Novela Cubana



MEMORIAS DE UN MACHADISTA

Published in the United States of America

José de la Campa Gonzalez.

MEMORIAS DE UN MACHADISTA

Novela Histórico Social.

De Los Dias Del Machadato.

Compónese de los capitulos que siguen: Florida; Emigrados; Génesis; Tierra; Murió León; Agrario; Cábalas; Porristas; La Casa de Orates; Muñecos del Destino; Vasquez Bello; Summer Welles; Finis; Caos.



El Heraldo Dominical Publishing Co.

MELVIN J. FIKSDAL, PUB.

Tampa, Florida; Estados Unidos de Norte America.

MEMORIAS DE UN MACHADISTA

Los pedidos de ésta obra deberán dirigirse a
"El Heraldo Dominical Publishing Company."
Box 5319; Ybor Sta., Tampa, Florida; U.S.A.

— Precio $1.50 —

MEMORIAS DE UN MACHADISTA

PREFACIO

Dedicado a mi viejo compañero y amigo Ismael Callejas, como un modestisimo recuerdo del autor.

Este libro pudiera muy bien llevar el titulo de "Memorias de Un Viejo Emigrado Revolucionario Cubano," pues el relato histórico del mismo se basa en la vida de uno de nuestros emigrados, fallecido hace poco en Tampa. El anciano, durante las noches del invierno de 1934, nos contó su pasado, y sus relatos son los que inspiraron ésta obra. Era un desencantado, un vencido. Sucede siempre asi cuando nos toca ser actores en el momento mismo que las fuerzas de renovación llegan para dar batalla con el ayer, para abrir con esa lucha los nuevos derroteros del porvenir. Decimos que pudiera llamarsele "Memorias de Un Viejo Emigrado Revolucionario Cubano"; pero hemos preferido darle el titulo de "Memorias de un Machadista," pues precisamente por el desenlace mismo, el autor se ha visto precisado a vivir más esa época que otras, y porque, en cierto modo, Machado se encontró, precisamente, arrastrado por el vórtice de las dos corrientes, el pasado colonial, y el presente pletórico de esperanzas, y en el momento mismo en que se hacia un gigantesco esfuerzo por crear la nacionalidad cubana, el cual se hundió en la pasión por la incomprensibilidad, incomprensibilidad tan necesaria al nacimiento de nuevos ideales de redención humana.

(El Autor.)

FLORIDA

Hablemos algo de la Florida, tierra descubierta por nuestro antepasado don Juan Ponce de León, y explorada durante largo cautiverio por Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Tierras y climas. Van apareciendo y entrando en la colada algunos viejos emigrados revolucionarios cubanos y otros que no lo fueron; pero que también nos cuentan algo bueno.

I

Hay dias en el estado de Florida que el invierno cubre de manto gris obscuro, aquella peninsula, extremo sur de la gran república Estados Unidos de Norte América. Y los dias son pálidos, de un pálido enfermizo; el horizonte hinchase de nieblas azuladas, que resuman frio; humedad que penetra hasta el hueso. El sol aparece muy lejos, bañando la tierra con amarilleces de hierba seca. Las nieblas vienen de las costas, según afirman pescadores y veteranos de la emigración, que nos aseguran que ello es debido a pasar, lamiendo la peninsula, el "Gulf Stream," corriente ecuatorial, simil a la que invade por el litoral del Pacifico, viniendo esta última de las lejanas costas del Japon. Y esa corriente, como una araña de enormes rejos hirvientes es lo que hace llevadera la existencia de los habi-

tantes de las costas del Pacifico, de otro modo heladas e inhospitalarias como las del Norte del Atlántico. ¡Porque qué gran diferencia entre el clima de San Francisco de Califórnia, que está a la casi misma latitud de Nueva York, y ese frio humedo, nocivo, hórrido que bate en invierno sobre la ciudad de los rascacielos! Los viejos nos afirman en Florida que las nieblas vienen del mar, la corriente ecuatorial, y no lo discutirémos, y alguno afirma enfáticamente y con toda exactitud, que San Francisco seria igual e inhospitalario como Nueva York, sino fuera el Kuro Sivo, que asi llaman la corriente que avanza del Japon, de sus costas, en forma de aguas calientes, que al alcanzar la costa Pacifico Americana derrite el hielo, que en grandes témpanos baja en interminable y peligrosa caravana salida de las cuevas lejanas del Polo Norte.

Puede que tengan razón los pescadores que cruzan las costas de Florida, y los viejos emigrados que han experimentado el fenómeno; los neblinazos que por las madrugadas, en dias de calor, vienen sobre la ciudad de Tampa, y que en invierno flotan sobre el estado y lo hacen el estado gris. Por los bosques de feos pinares y verde palmetaje deslizanse esas nieblas, formando fantasmas brumosos; escuálidos pinos flotan en ellas como dentro de la humareda de un incendio forestal, y en las oquedades del terreno formanse como nubes que rasan el bajo suelo.

El fantasma gris va saliendo de los montes, llega a las tierras calcinadas y finalmente envuelve las ciudades. Y en el invierno el dia es frio, intensamente frio y humedo. El sol no aparece. El dia es cortisimo. Los muchachos encienden fogatas frente a las casuchas de madera y es acercan restregando

las manos ateridas. Son jornadas cansinas, en que se ansia la llegada de la noche, que no aparece definida, porque frio, viento y niebla la van envolviendo y se cae en ella, insensiblemente, sin destacamiento de tonos; el fantasma gris la flanquea y se siente uno al fin en la lobreguez, en la noche inmisericorde, que trae la escarcha, que cuaja como en pequeños diamantes sobre los techos de las casas, en los árboles quemados como por incendio, en las llaves de agua donde florecen ramilletes de hielo.

Sin esas nieblas, sin los frios humedos y sin estos dias penosisimos no se concibe la Florida, para aquellos, que por suerte o desgracia, han envejecido en largas décadas en la forzada emigración.

Y, cuantas veces, cuando era verano y la neblina aparecia, casi siempre a cosa de las siete de la mañana, y la ciudad bañabase, los cristales sudaban, los árboles de la esquina nadaban en el vapor, cuantos de esos dias se oyó decir al viejo emigrado, que llegó alli con las primeras fábricas de tabacos.

—¡Hoy va hacer calor; mirad la neblina!—

Para muchos la niebla del amanecer en los dias de calor a la que sucede la de las siete de la mañana, es presagio de gripes, de catarros, de reumatismos, de asma. Y no que éste clima sea el más malo e insalubre, que después de todo es tan bueno como otros, dentro de las imperfecciones de la naturaleza, pero siempre ha sido más cómodo a los viejos achacàr las enfermedades al clima, y no a los pecados por ellos en la juventud cometidos.

El agua caliente que viene de la zona ecuatorial, allí donde el sol cae de plano e encendia; agua que flota sobre la superficie y va empujando sus vapores sobre las costas lejanas del norte. Por lo demas,

Florida es una larga lengua de tierra. En el mapa de la gran nación semeja éste estado el cuello y cabeza de una tortuga que avanza el hocico hacia las costas de Cuba. Tierra lisa y llana como la palma de la mano, Sus alturas mayores, Monte Hood y Monte Iron, son mesetas suaves, colinas rodantes, y eso allá por el centro del estado, como una giba o s'nuosidad leve. Más siempre la tierra baja, pantanosa, cubierta por feos pinares y palmetos, de la familia de las "Palmiceas" cubren la larga peninsula. Festona los toscos pinos una patilla vegetal, la guajaca. "Barba Española," como la llaman los nativos. Aqui el vapor forma crestas, ondulaciones y se extiende como un cendal y se teje como guirnalda sobre las ramas de los árboles antes de emprender su deslizamiento sensible hacia poblados y ciudades.

Hay quienes difieren y aseguran que las nieblas las generan los pantanos, que tanto abundan en la tierra floridana. Más no llevemos la impresión que Floridá sea excesivamente pantanosa. Hay aqui regiones en que las rupturas tenebrosas cubren salteadas millas y millas de territorio, pero la mayoria de aquella tierra es arenosa sobre la que crece escuálido el pino y el palmeto, que son a manera de cabello pobre sobre las calvas extensiones de arena estéril. Puede que los pantanos generen las nieblas, o sean el medio de prolóngar su estancia hasta bien entrado el dia en verano y por toda la jornada en el invierno ,ya que es carateristico de esos vapores el refugiarse y robustecerse en donde hay roturas del terreno y en ésta Florida ciertamente abundan.

Era una tarde del mes de Enero.

Port Tampa es el puerto de la ciudad de Tampa, distando de ésta cosa de catorce millas y se llega al

puerto por amplio camino asfaltado, por una linea de carros urbanos, amen del ferrocarril, cuyo último limite en la costa del oeste de Florida es el espigón de Port Tampa.

Allá, por el año 1880, genios emprendedores, que cuando son de menester nunca faltan, comprendieron la necesidad de crear una linea de vapores que fuese de la ciudad de Tampa a Key West y Habana. Flaggler y Plant fueron los atrevidos inversores; tendiendo las lineas ferreas que atravesaron las vastas extensiones del oeste y llevaron las locomotoras de salto en salto, desde Jacksonville, en el extremo norte hasta Port Tampa en el extremo continental al oeste. No que aqui remate el dominio de la poderosa bandera de las barras y las estrellas, pues flota airosa en medio del Golfo Mexicano, en la laja rocosa de Key West, conocida por los cubanos como "Cayo Hueso," pero de Tampa a Key West hay muchas millas de mar y no muy suave por cierto.

Flaggler y Plant construyeron las primeras lineas de ferrocarril y más tarde Plant concibió el proyecto de levantar un hotel en los orillas del rio Hillsborough para alojar a los turistas que huian del Norte en busca de los climas semi tropicales de Florida. Se alzó el Tampa Bay Hotel, un verdadero monumento de arte para el lugar y para su época; media docena de torrecillas, rematando en orientales medias lunas coronaban el magno edificio. Su tipo asiático, visto de lejos, sus torres retratándose en las aguas del rio, pobladas sus cercanias por espeso arbolado, semejase en el paso del tiempo los restos de una civilizacion enteramente exótica, aqui donde los edificios adquieren siempre la precisa

uniformidad de cuadrángulos, siempre iguales, con la excepción de tantos o más pisos.

El Hotel Tampa Bay fué en los primeros tiempos, cuando Tampa era sencillamente una aldea larga, corrida por los orillas del rio, el lugar a donde iban a carenar viejos y viejas gotosos, reumáticos, que devolvia el crudo norte, hechos ya armazones de carne y hueso, anémicos, que tomaban el sol junto al rio y añoraban sus patrios rincones, a la sazón sepultados bajo toneladas de hielo.

Y la aldea, bajo el impulso vigoroso de la industria del tabaco, llevada alli por los cubanos, abrió, rajó sus pinares y palmetales para dar cabida a una gran cindad; las lineas del ferrocarril torcieron su curso y el hotel acabó al correr de los años, por resultar viejisimo y anticuado; el caudal turista se dirigia hacia Cuba y por el centro de la ciudad de Tampa; el viejo hotel, abandonado y altivo vino a ser como un recuerdo de los lejanos tiempos; un monumento a los hombres empresivos de dos generaciones atrás.

Pero, Port Tampa, al revés, no habia sufrido cambio notable. Las comunicaciones maritimas con Key West y Cuba continuaron siendo las mismas; los viajes en vapor comenzados con la llegada remota del "Olivette," un buque cansino y remolón, que surcó muchos años las aguas del Gulfo hasta estrellar las narices contra las costas cubanas. La misma "Peninsular Occidental" seguia operando la linea, otros buques habian reemplazado al "Olivette" y su gemelo el "Mascotte." El muelle de tablones por cepillar, las lineas de ferrocarril rematando en el espigón, y el viejo almacén de madera dura con techo de zin, con su tono de incuria y vejez, como

construido, sencillamente, para salir del paso.

Mas si el puerto seguia siendo el mismo, si los muelles eran idénticos, y la compañia de vapores la propia de antaño, "Peninsular and Occidental," no eran del mismo calibre los buques, que ahora, bajo la presión del gobierno federal, se habian modernizado y humanizado en buques a la moderna.

Era uno de aquellos dias grises y azulados. Era un Lunes del mes de Enero, dia de salida del buque hacia la Habana.

Y a aquella hora, las seis de la tarde, el "Cuba" blanco, como si fuese un pájaro redondo y sútil, se mecia suavemente entre el remanso de negras aguas que lamian el muelle. Los viajeros habianse ido alineando en la borda; la sirena del buque silbó desesperada, estridente; era ya la tercera vez, y ello queria decir que cinco minutos después se safarian las amarras. Bajaban, pues, agitados, los familiares y amigos con el apresuramiento de quienes temiesen quedarse dentro del buque.

Los que bajaban guardaban completa analogia en el vestir con los viajeros. Muchos de ellos llevaban abrigos ligeros y todos trajes de casimir, y buenos sombreros de fieltro. Hubieraseles tomado por comerciantes o industriales a los hombres y a las mujeres por damas de elevada clase social. Sobre todo abundaban las que vestian solamente sedas y en general, y con alguna posible excepción, los trajes denotaban una clase bien comida y bien vestida y satisfecha. No obstante lo cual, digamos francamente que, tanto aquellos que iban como pasajeros, como los que habian venido a despedirlos, cubanos en mayoria o descendientes de cubanos muy pocos o ninguno debian sus atavios a comercios o indus-

trias. Eran sencillamente tabaqueros y despalilladoras de la fábricas de tabaco de la ciudad, amén de un corto número de fabricantes de tabacos que iban a Cuba o comprar material en rama.

Mas estos últimos no formaban en los grupos de la borda, Como dioses que disponian de las vidas económicas de los otros, mantenianse solos en un extremo de la cubierta, sentados en cómodos sillones y echando al aire sorbo tras sorbo de humo de sus tabacos y chachareando en voz baja entre si. Podia verse que eran todos españoles, de esa casta fuerte y emprendedora, que envia Asturias a América y que llegaron alli como sencillos obreros, y bajo la fácil democracia industrial del pais habian prosperado hasta ser los dueños de los talleres de tabaqueria, donde libraban la subsistencia millares de obreros, en tanto que ellos individualmente habian amasado fortunas de relativa densidad. Aunque como ya hemos dicho, llegaron al pais como abreros, y venian directamente del pueblo, se diferenciaban ya por el enfático modo de hablar, el dominio de la mirada sobre los demas; los sortijones de diamantes en algunos dedos y el chaleco puntilloso, de cuyo uso parecian tener la exclusiva. Chalecos y dinero eran sinonimos de éstas buenas gentes.

Tabaqueros y despalilladoras eran en su inmensa mayoria cubanos y los demas descendientes de cubanos. No que emplease la industria del tabaco ya por ésta época al cubano con preferencia, pero el español tabaquero rara vez viajaba hacia Cuba.

Habian, empero, aprendido el oficio de torcedores en aquella isla, más en los años que precedieron a la caida del gobierno español en Cuba y después de la Guerra Hispano Americana habian abandonado

la isla, y emigrado hacia Tampa, yendo a parar precisamente a los mismos sitios donde se guarecieron para conspirar contra España los separatistas cubanos.

Con ese orgullo racial, que tanto hay que aplaudirles, y en más de un caso hace a las personas tomar muy serio las cosas, para muchos españoles, que no eran más que obreros, la perdida del dominio politico en la isla habia significado el voluntariamente abandonar Cuba e irse a encontrar con sus mortales enemigos los separatistas en el extranjero, como si aquello fuese una persecución que continuase a través de las tierras neutrales del vecino.

Mas, ellos no tenian porque volver a Cuba, según su ortodoxia, y si asegurarse de modo terminante en las inmigraciones. Los cubanos, empero, los habia no uno ni dos, que habian cruzado continuamente el Golfo dos o tres veces por año, enriqueciendo a ésta compañia de vapores, pues es cosa discreta el afirmar que el cubano ahorrativo creia parte del patriotismo pasar la fiesta del 20 de Mayo, anniversario de la fundación de la república, en Cuba, y los habia también, y grande el número, que se les hubiera indigestado el lechon de Nochebuena de haberlo comido en Tampa, y que no podian prescindir de irlo a comer a Cuba, pues no hay duda que asado como los asan alli, en barbacoas, con su sahumerio de hojas de guayaba y el tradicional "mojo de ajo" resultaba mucho más sabroso, razón de mucho peso para que diesen el viaje hasta la Perla de las Antillas, aunque en ellos les fuese el ahorro de todo un año.

Bajan familiares y amigos apresuradamente; formanse los viajeros al rededor de la acerada baranda

del buque como listos para una revista militar; los fabricantes, empero, siguen allá, en su rincón favorito, charlando en voz baja, comentando irónicos, fumando y riendo. Del muelle se eleva al cielo el clamoreo de los que se quedan.

—Adiós, Manuel.—

—No dejes de ir por Santiago, José, y dile a Fico que le tengo conseguida una mesa en Corral.—

—No te olvides, Miguel, de traerme el Bacardi.—

—Acuerdate, Manolo, de mi encargo.—

—Dile a Manengue que me mande el gallo fino.—

Adiós, Adiós, Adiós.

Brazos robustos izan ahora hacia adentro la poderosa escala por donde acaban de bajar los visitantes. El buque derrama por su gruesa chimenea bocanadas de humo negro, que se dilue en el espacio. Y el cielo es gris, del encapotamiento de los dias de invierno. Docenas de largos y huesosos pájaros azules pasan al rededor del buque, vuelan a lo alto y lanzanse de cabeza al agua y disparanse después llevando en el pico un pececillo. Graznan de alegria; otros posanse tristes en las puntas de las estacas clavadas en la bahia y miran recelosos el pasaje. Un graznido fugaz corre el espacio.

El buque comienza a virar en redondo, poco a poco, como si temiese romperse al separarse del muelle. Es aquello en verdad estrecho, pero la maniobra bajo la hábil dirección del capitan Perkins, un viejo lobo de mar, safa pulgada a pulgada el buque, que va dando la vuelta ceremonioso hasta colocar su nariz recta enfrentando las procelosas aguas del Golfo.

Y ahora, ya bien seguros que se va, el vocerio se hace más potente. Los adiós de los unos a los

otros, los encargos repetidos a gritos; sacudimiento de pañuelos, con el nerviosismo de la partida; ojos anegados en lágrimas; sacudimiento de un largo brazo, que se eleva sobre todos frénetico, como movido por un ataque de epilépsia.

Deslizase ya el blanco buque con la suavidad de una de aquellas garzas azules, blando. Su chimenea, dedo negro apuntando al cielo, vomita el humo en nubecillas que se estrellan contra los elevadores de fosfato, y son hilachas, y buques y goletas regados por la bahia, parecen alcanzados por el incendio.

Los fabricantes, libres de lo que sin duda consideran impertinente curiosidad del público, se han puesto en pie y se reclinan en su baranda; carianchos, rotundos, mofletudos, sonrosados, con profusión de amplios abdomenes. Es evidente que se trata de personas de más rústica procedencia que la de aquellos que hemos calificado como sus obreros, Hombres de campo, ciudadanizados por las levitas y el dinero, mucho más vigorosos que los otros, con gestos más agresivos: fisonomias de esas corrientes en Cuba, donde los vemos detrás del mostrador y al frente de las industrias; vigor de las razas del norte de España, con gestos y ademanes decididos, si bien ya en algunos los años habian traido la flacidez del cansancio. Llevan los trajes con menos donosura que sus obreros, pero no es necesario ser observador para ver en ellos la superioridad del hombre que sabe hacerse camino a fuerza de sacrificios personales, con una sola doctrina en la vida; vencer. Grupo de hombres fuertes, decididos, frente a los otros; amojamados, amarillos, pálidos, trigueños, cetrinos; tipos cubanos del taller.

El buque vira ya en redondo; mecese suave y

enfila la bahia en busca del sur. La bandera de los Estados Unidos flota en la punta de una larga pértiga, y, ahora, el humo batido por el viento, forma giros retozones hacia el azul profundo; la sirena pita anunciando que viene el monstruo y que se quiten del camino los impertinentes.

Siguen agitándose los pañuelos; el adiós repetido piérdese fundiéndose en rumor ahogado en el espacio; los viajeros siguen contestando los saludos con los pañuelos con los sombreros, sin entusiasmo, con la parsimonia del deber cumplido.

El muelle se empequeñece Pronto el centenar de personas sobre el tablado por cepillar es un agitado hormiguero hundiéndose en el mar; el caserón de viejas maderas se hace más insignificante aun con la importancia bochornosa de la casa del cacique en un pueblo de indios.

Y el "Cuba" navega ya en mar abierto. Las costas de Port Tampa se van precisando en el gris obscuro de la tarde invernal; un millar de casas de madera, salpicadas aqui y allá por algun caserón de ladrillos; una torre puntiaguda, la Iglesia Metodista del poblado; tanques enormes, prestos a reventar, cargados de petróleo, que depositaran en ellos buques procedentes de Mexico o Texas; una docena de tanques bolos y amarillos riéganse por las orillas de la rada, como caidos al azar; dépositos donde yace el fosfato, la piedra marina, restos de animales fosilificados en el fondo del mar de otras edades; elevadores que desgranan el fosfato en buques pintados de negro; banderas que indican los paises consumidores; el Sol Naciente, gran importador de ésta piedra para sus tierras estériles. Suecia con su bandera roja y azul, España con sus franjas de oro

y sangre: Alemania, Brazil, Italia; Inglaterra con su franjerio del triple Jack, y se oye el ruido incesante de la piedra floja que de los elevadores desciende y cae en los vientres abiertos de los negros buques, levantando un polvillo sútil y blanquecino con cada estrepitosa caida.

Port Tampa ofrece un panorama desabrido; todo aquello es rutina; cargar incesante de fosfato y descarga de petróleo; vida principal de aquella rada a varias millas de la ciudad de Tampa. Atesados marinos, procedentes de todas partes del globo, recorren las cubiertas, pitazos estridentes avisan el comienzo o el paro de la descarga.

Por los cielos siguen como navegando también hacia Cuba y persiguiendo al blanco buque las azules garzas, graznando incesantes, tirándose de cabeza, saltan fugaces sobre las puntas de las olas rozando ligeras y deslizanse como reptiles de salto en salto perdiendose finales en el azul inmenso del océano.

Y agrandase ahora más y más la distancia. Aún hay saludos de brazos y pañuelos. Del muelle van saliendo hacia los automóviles familiares y amigos en busca de la ciudad.

Es la partida, esa partida que tanto han cantado los novelistas y poetas y que siempre es nueva por ser demasiado vieja. Los primeros que partieron para no volver jamás repiten la eterna cancion del Adiós.

Agreguemos a esto que el viaje a la Perla de las Antillas es de corta duración. Nunca se habia perdido un buque en éstas travesias y siempre se navegaba cerca de las costas. El viejo "Olivette" habia encallado en el arrecife cubano, sin otra pérdida que aquella armazon vetusta, de hierro gastado, perte-

neciente a otra edad; ni un solo pasajero perdiera en estos viajes la vida debido a tormentas o naufragios, no obstante ser éste mar el cruce obligado de los grandes ciclones antillanos, famosos por los estragos causados en el paso del tiempo. Por éstas mismas costas y por sobre éste mismo mar desde el comienzo del mundo batió el viento con la furia de los tifones especialmente en los meses de Septiembre y Octubre; Tampa y Key West sufrieron generalmente su saña; pero el buque habia sabido ocultarse a tiempo sin recibir en cincuenta años las frias caricias de la muerte.

Juan Hernandez, con los codos apoyados en la barandilla de hierro, veia desdibujarse el paisaje. La bruma azulada iba enroseándose alrededor de los objectos; el lejano muelle no más que una tabla flotando sobre el mar; los tanques de petróleo barriletes adornando las costas; los buques cargando fosfato, hormigas con pelos largos; el elevador, tan grande que cabian en el millares de toneladas de piedra, era ahora como el armazón de un papeloto roto y enganchado en un poste de telégrafo en una tarde de viento otoñal.

Juan Hernandez era cubano de origen campesino. Aucho de hombres, trigueño, de cara ancha, rasurada a la costumbre americana; su pelo entrecano, su estatura regular, tirando ya por los años a la gordura. Mesurado y cauteloso en el hablar como conviene a los que nacieron en la soledad de los campos. De la finca de labradores habia ido a parar al taller de tabaqueria, donde aprendiera el oficio en un pueblecillo de campo que nombraban Bejucal, pero que algunos en el argot tabaquero apodaban "El Bejuco."

Reclinado en la baranda, ante sus ojos, las costas de Florida iban fundiéndose en la noche. El blanco buque cabeceaba ligeramente, batido por el fuerte oleaje; otros charlaban en voz baja cerca de él, como conviene a la solennidad del mar; los fabricantes ahora en familia, jugaban al tresillo en su rincon favorito. La noche neblinosa y fria habia hecho a Juan levantarse la solapa de su levita.

¡Qué distintas eran éstas costas y mares a los de otros tiempos! Venia ahora el único viaje anterior, hacia ya 40 años, cuando por primera vez entrase en los Estados Unidos; dias en que todo le encantaba en la vida; aportando al pais donde entraba, como todo patrimonio una chaveta de tabaquero, su experiencia de 16 años y las ansias de ver mundo. Los años le habian encontrado en las varias emigraciones, en Nueva York, en Key West y Tampa, y ahora, ya casi en los umbrales de la vejez, iba a Cuba trás tantos largos años de ausencia.

¡Qué distinta ésta costa a los dias en que él viniese! ¡Cómo habia cambiado aquel mar....!

Ahora, desde la salida, el agua era negra, profunda, el ligero buque la cortaba seguro de no romperse las planchas en las piedras, siquiera como un recordatorio de otros dias hiciera temblar el espacio con el soplido imperioso de la sirena.

¡Qué costas aquellas de antes! Erizadas de cayos; bancos de arena por todas partes, como si fuese aquella tierra sumergida; la masa de arena emergia, cuadrada, amarillenta, como un terrón de oro en polvo, sacando su cabeza cuadrada sobre el nivel verdinegro de las aguas. El buque en que venia entraba en aquellas costas poquito a poco temeroso de encallar, el viejo "Olivette." La niebla, al igual

que ahora, venia densa del mar, y era tan espesa que no se veian los pasajeros el uno al otro a varios pies de distancia en la cubierta; era una llovizna incesante que le humedecia la ropa ligera que traia puesta. El peligro acechaba en todos lados; aquellos verdaderos laberintos de arena amarilla y aquellos oásis verdes, de plantas escuálidas sobre la laja marina, eran como el espinazo de un mundo roto. Pitaba sin cesar el "Olivette" para que tuviesen ciudado los que pasaban, para que no chocasen con él los pescadores atrevidos si no querian irse al fondo de légamo de aquella ensenada. El reflector eléctrico se movia de un lado al otro sin cesar, pero apenas si rompia las nieblas, y de vez cuando se encendia una luz y se apagaba en el mar, como si fuese un guiño burlón, y bramaba el océano por allá, lejos, estrellándose sobre la costa y sobre el fuerte federal de Egmont Key. La noche aquella habia sido de espanto para él, que por primera vez iba en buque, que por primera vez andaba por el mar. A cada paso imaginabase un choque, un encallamiento, naufragio, en fin, en que se ahogarian todos, y él el primero, pues no sabia nadar.

Asi habia sido aquel viaje por alli, por éste mismo mar, ahora tan limpio que tan pronto se safaron las amarras el buque se enfrentó valiente con los ondas negras. El misterio de la ingenieria, que habia limpiado las costas de bajos, arrecifes y sobre todo de bancos de arena. En los ultimos treinta años el Gobierno Federal lanzó millonada tras millonada, de modo que los bancos de arena saltaron hechos trizas por la dinamita, las dragas chuparon del fondo del mar el verde légamo, y fué todo a caer en las playas donde surgió pronto una hierba suave, como cabello

rubio sobre la calva de un niño..

—¡Qué distinto esto ahora!— dijo en alta voz que su más cercano compañero miró hacia él creyendo se le dirigia.

Charles Doors era otro cubano que habia fundado industrias en Key West, Tampa y Nueva York.

Alto, huesoso, trigueño, de una delgadez monacal; rapada meticulosamente la cara ,con su pelo ligeramente cano, más viejo que Hernandez, pero mucho más conservado. Su entrada en los Estados Unidos databa de hacia 45 años y pasaba de los sesenta, si bien no lo hubiera de apreciar asi el que le viese ágil, suelto, sin arrugas notables; esbelto en el andar y en el decir, conservaba la arrogancia de una juventud fuerte que se prolongaba indefinida.

Y en tanto que Hernandez habia venido a los Estados Unidos por ver mundo, Charles Doors le debia su visita a otras causas. Desde muy muchacho habia sentido que su independencia de carácter y su modo de ser discolo lo llevaba a los medios más opuestos en la vida. Criado en el ambiente nocivo de la capital cubana pronto sintió odio hacia aquellos peninsulares arrogantes y bocones que a cada paso demostraban al hijo del pais que en Cuba los españoles eran los dueños y no los nativos. Mal se avenia a semejante doctrina Carlos, que pronto se vió enredado en pendencias de las que salia bien librado gracias a sus vigorosos puños y sobre todo a su manera felina de acometer. Mas de una reyerta anotaba por causas casi baladies. Aunque era tabaquero, y el oficio lo habia aprendido en una fábrica regenteada por españoles, moviase mucho fuera del taller y por un "quitame allá esas pajas" se iba encima de carretoneros y de gente que se la privaban

de brutos. Asi habia crecido desafiante en un medio hóstil. Ello no podia perdurar por mucho tiempo, y ello fué que un dia, estando jugando al billar, uno de aquellos enfatuados peninsulares, vestido de uniforme, no obstante no estar de servicio, hubo de decirle algo a Carlos que no le gustó. Surgió la disputa, y las palabras fuertes y de las palabras fuertes a los hechos. El carretonero era de los que presumia de bestia y descargó tremenda bofetada a Carlos y éste, no teniendo otra cosa a que echarle mano, tomó una bola de billar, que disparó con tanta fuerza y maestria, que el cráneo del voluntario fué sacudido y en su interior se produjeron los derrames consiguientes.

No que fuera mala para él de todos modos la cosa. pues el hombre no murió; pero llegaron rumores a Carlos que aquello no iba a quedar asi, que la riña entre dos hombres se iba a convertir en el ataque a un voluntario, y del ataque a un voluntario, en el ataque a la institución más española de la isla y ya en éste camino, Carlos vió la cosa mal parada. Logró escaparse de Cuba, y tomando un buque entraba en los Estados Unidos, por la via de Key West.

Y fué asi como fué a parar a Nueva York y con intervalos en Tampa y Key West casi todo el tiempo lo pasara en la gran cosmópolis.

Ahora recordaba Carlos sus ideas de otros dias.

Enamoróse de las costumbres aparentemente sencillas del gran pueblo americano. Su ignorancia, propia de la juventud, é ignorancia de la historia, le hicieron ver en ésta raza asentada en el norte como la gente más hidalga y noble que apareciera sobre el planeta tierra. Interpretó como caracteristicas esas de la raza anglo-sajona y la hospitalidad

momentánea que le brindaban como virtud racial. Confundió los halagos y las zalamerias de aquellas gentes, que lo necesitaban, como estados naturales del gran pueblo y se le oia frecuentemente decir.

—¡Qué gente! ¡Qué gente más civilizada! ¡Qué gentes más buenas! ¡Qué hombres más sanotes estos americanos, de caras coloradas como tomates! ¡Qué gente tan generosa...!—

Eran los dias en que el cubano conspiraba contra el español, metido en los Estados Unidos. El cubanismo huero y falaz de las lejanias históricas, que no se avenia a ser considerado como inferior por unos cuantos centenares de campesinos peninsulares que al usar pantalones colorados y grandes bigotes, habian llegado a la inteligente convicción de considerarse superiores a los demas hombres.

—¡Hidalguia española! ¡Hidalguia española!— se oia a Carlos exclamar a cada paso —¡Hidalguia española y los gallegos nos hacen hasta vestirnos como a ellos les da la gana! ¡Hidalguia española! ¡Desde Pelayo para acá no ha habido uno que no traiga sangre de cura o de torero...!—

Y bueno es que al llegar a este punto digamos que Carlos al adoptar una uneva patria no cambiaba por eso su personalidad o carácter, que algo falto de meollo lo hemos visto hasta ahora, y fué asi que al caer en los Estados Unidos no hemos de esperar que en un pueblo tan exclusivista como aquel fuese a fundirse con el verdadero americanismo donde las costumbres integras de las raza se manifiestan, y donde la pureza, como en todas partes existe, y si su mundo de la Habaana se lo creaba en cierto modo él mismo, no habria de sucederle de diverso modo en la immigración yendo a parar á donde debe ir cada

cual llevado por idénticas tendencias, y por eso cuando se adentró con aquellos hibridos de Nueva York y las muchachas rubias y de ojos azules le saludaban zalameramente y jugaban de manos con él, en tanto que maridos y hermanos sonreian de aquellos pasatiempos inocentes, Carlos fuese formando su idea de la gran nación ,creyó que "todo el monte era orégano" y se persuadió una vez más que su raza española era la más atrasada del mundo, la más intransigente, la más cruel y sanguinaria.

—¡Oh, los Estados Unidos!— se le oia exclamar, —¡Este si es un pueblo libre! ¡Este si es un pueblo civilizado! ¡España! ¡Push, push, push. . . !—

Después las inmigraciónes eran todas tan bien tratadas, pero sobre todo la cubana. Era natural, aqui los conspiradores en contra de España encontraban siempre oportunidad de hacer daño a los españoles de Cuba, y la benevolencia intersada de los americanos empeñados en echarlos a pelear a los unos contra los otros, la interpretaba Carlos como la cosa más propia de hombres libres que se inclinan en favor de la liberación de los esclavos.

Y ansió naturalmente, que ésta gran civilización se corriese para Cuba, que Cuba fuese libre para que se introdujesen alli costumbres como esas de manosear a las mujeres solteras y casadas y ver que no se tomaba a mal por hermanos o esposos de las mismas.

Pero ya Marti habia comenzado la lucha enconada y tuvo ocasion de conocerlo; lo siguió como la sombra al cuerpo en los viajes que diera éste ultimo visionario y se le pegaban los dichos de Marti contra los españoles como si aprendiese la cartilla bajo la dura vara de un maestro de escuela campesino.

—¿Con qué cuenta usted para hacerle la guerra a España, Mr. Marti?—

—Cuento con los errores de los españoles.—

—¡Qué bien dicho!— exclamaba Carlos— ¡Qué bien dicho! ¡Qué bien retedicho! ¡Qué cerebro! ¡Qué colosal cerebro el del Maestro! ¡Qué portento!—

Asi mismo se habia convencido Carlos que no habia otro idioma que fuese más expresivo y más lógico que el idioma inglés, y no obstante ser dicho idioma de otra familia de lenguajes tan distinta al castellano, a él le parecia el más apropiado, el más fácil de aprender; un idioma tan perfecto que debia ser hablado por todo el mundo,. y aún se deberia de hacer obligatorio en todo el planeta.

Acabó por hacer como hicieron otros muchos de su época. Un dia una jovencita muy pálida y muy bella, de ojos azules, le habia llamado "Charles" que es el traductivo de Carlos, y a él mismo se le fué pegando el llamarse Charles y no Carlos, y cuando escribia a Cuba a los propios familiares y amigos siempre se firmaba Charles. Se habia adiestrado ya en el idioma inglés, y aunque ya le habian dicho que los apellidos no se traducen, él vió que algunos apellidos son traducibles, y como que su apellido, el de su padre, era Puertas, él cambió al traductivo inglés y de aqui en adelante se llamó Charles Doors.

Evidentemente, ahora, cortado el bigote siempre a la usanza del pais, hablando en su inglés, que hacia por pronunciarlo todo lo más gutural posible y con todas esas pausas con que lo hablan ciertas gentes en los Estados Unidos, olvidando cuanto podia su propio idioma el castellano, y mezclándose lo menos posible con los suyos, ya él creyo que habia adquirido los altos titulos de ser como un hijo del

pais.

Empero, Charles Doors, no por todo esto habia dejado su modo de ser levantisco, y en esto seguia siendo el mismo español de siempre y a medida que le huia al idioma más lo cercaba el españolismo en su propio carácter. Le parecia de muy americano el beber whiskey, una bebida fuerte, generalmente fabricada con alcohol de maiz, y meterse entre los bebedores y tahures del Bowery de Nueva York, siempre con el designio de hacerse lo más americano posible, y como que en la gran nación siempre privó la barbaridad personal en forma de boxeos, foot-ball y otros, pues el resultado tendria que venir y Charles Doors era conocido en el Bowery, como el más diestro repartidor de puñetazos conocido, cuando en las noches de terrible frio, metido en una de aquellas tavernas se iba encima de un montón de tahures y rodaban todos por el suelo machacándose los cráneos y desollándose los cuellos en la pelea.

Ya habia noches que salia de su cuarto directo a las tavernas con el propósito de sino busaban camorra con él, buscarla él con alguno. Y aunque a las veces el resultado eran los ojos amoratados, por regla general su presteza felina en poderarse en los momentos de peligro de una silla o una botella y rompersela en la cabeza al contrincante, era tal que pronto llegó a ser el terror de los "Bomers," "Hoboes," y "Loafers," que por todos estos nombres y aún una media docena más, se conoce alli a los elementos malcantes e intranquilos.

Como comprenderá toda persona avisada, Charles Doors con todo esto no se identificaria con los mejores elementos del pais, ni aprenderia el mejor inglés conocido, el idioma de Milton, pero eso si,

hablaba un inglés, salpicado continuamente con el vocablo "Hell," que lo mismo puede ser un insulto bochornoso que una gracia, pero que siempre es demostrativo de personas vulgares y rústicas.

De vez en cuando daba sus saltos hacia Key West y Tampa. Mas por el año 1898, los españoles, castigados rudamente en la jornada bélica primero durante tres años por los rebeldes cubanos, después por la desastrosa Guerra Hispano Americana habianse ido metiendo poco a poco en Tampa, invadiendo las fábricas y lo peor para el sentimiento de Puertas o Doors el hecho que ya casi todas las fábricas de tabacos, traidas originalmente por cubanos, habian pasado a manos de los españoles, más tenaces, más sobrios, y posiblemente más previsores que los cubanos.

Charles con corta expresión reasumió el hecho.

—¡Ya tenemos "la gallegada" en Ybor City!—

Dijo un dia, y tomando la maleta se plantaba de nuevo en Nueva York. Alli siempre encontraba donde trabajar, lejos, muy lejos, de donde hubiera "gallegos," como el los llamaba, y asi le corrió el tiempo. Ya estaba duro, en tiempo de casorio y comenzó a engolfarse en ilusiones hacia una joven rubia, "una pichona de alemanes," una descendienta de alemanes, y no tardó mucho en casarse con la joven e irse a vivir lejos de su colonia y paisanaje.

Fué por aquellos tiempos que la vida iba a darle un vuelco y a tener el pasado para él una significación distinta. Trabajaba en una fábrica de tabacos por la calle 84, y como que no queria saber nada con su propio idioma ni con los suyos, acabó por hablar sólo con irlandesés y judios que tanto mortifican en la metrópoli. Su inglés, que ya sabemos

nunca fué muy pulido ,pues tal cosa no convendria a persona falta de grasa intelectual como Charles, se enriqueció ahora con otro tipo de inglés, un inglés comercial, "de salir del paso," compuesto de tonalidades judias, con mucho accionar de manos y con acentos acaramelados. Bien, que como ya sabemos, hablaba el inglés de las tavernas y asi cuando pronunciaba a las veces era su inglés gutural y seco, pausado, como el de un "craka" de la Georgia, y a las veces fluido y molesto como el de un judio vendedor de toallas.

Y aqui en su trato con ésta gente pegajosa y avarienta, los judios, encariñóse con ellos y a veces decia:

—¡España, solamente a España se le habia ocurrido el botar a los judios! ¡Una gente tan trabajadora, tan agenciosa, tan buena! ¡Unicamente a España! ¡Ya lo habia dicho Marti, veniamos de una raza de curas y de toreros!—

No que él hubiese oido a Marti decir semejante cosa, pero un tabaquero le habia dicho que se lo oyó al visionario y con esto bastaba.

Y asi los años habian corrido con la fugacidad con que transcurren cuando se es joven y vigoroso y se vive en una gran cosmópolis. Botarata siempre, aunque ganase un buen "sobre," como llaman alli al devengo semanal, era al igual que sus hermanos de la emigración, poco previsor y mucho menos observador, viendo del gran pueblo sólo la aparente grandeza, pero sin anotar que en los Estados Unidos se rinde pletesia final a los ahorrativos, pacificos y prácticos.

La compañera que habia seleccionado le salió muy buena, pero en más de una ocasión habian tenido

por cuestiones de raza sus más y sus menos. Aunque Puertas o Doors se pirraba por huirle a todo lo que oliese a español, no habia en el otra personalidad que un español, pero rancio, es decir, del mismo tipo de aquellos carretoneros con quienes lidiara en la Habana, razón por la cual seguia siendo el mismo intransigente y presto a resentirse por cualquier pequeña alusión a su raza. Y la joven Nellie, la "pichona de aleman," no era por cierto parca en esto de señalar defectos a las demás razas, a las que conocia bien poco, limitándose a juzgar a los irlandeses por cierta muchachuela, flaca como un gato, y de muy malas pulgas, que en cierta ocasión la diera unos arañazos en la escuela, y a las demás razas del mundo por lo que leia en alguna revista de esas redactadas generalmente por judios, que continuamente se meten en camisas de once varas cuando juzgan a los demás pueblos. Por lo demás habia ocurrido un pequeño incidente, que a fuer de avisados, no debemos dejar pasar por alto, pues habia servido para que la "pichona de alemanes" formase un juicio exacto de toda una raza. Y habia sido lo más sencillo, que Charles fuera visitado por un su amigo, un mexicano, "un valedor," el cual le invitase para un baile. Le habia insistido con esa forma melosa del mexicano plebeyo.

—¡Ay, mi amigo, y mire que es la Fiesta de la Raza! ¡Ay, y mire que es el baile de la Raza! ¡Ay, y no deje de ir, mi amigo! ¡Ay, y no deje de llevar "su mujercita," mi amigo!—

Charles habia llevado a Nellie, y ésta que ya iba escamandose de Charles y de la raza de Charles llevó un buen disgusto aquella noche si bien no lo manifestara. Porque cuando llegó al salón de baile

todo lo encontró bellisimo, y al mismo tiempo, que aquellas buenas gentes fueron a colmarla de atenciones. Nellie, que era sencillisima, estaba encantada.

—¡Qué cariñosos eran los latinos!—

Todo varió cuando a media noche Nellie tendia la vista por el salon; negros tintos y retintos que hablaban con las blancas, ceremoniosos y discretisimos; tipos de corte asiático, de mirada inocentona y enigmática, como conviene a hijos del Oriente; hombres achaparrados, de pelo flechudo, envaselinado, y grasientas caras, que tenian los ademanes toscos de quien ha salido de una tribú de indios; y sobre todo mulatos, mestizos, donde se encontraban todos los tonos del arco iris, desde el gris perla hasta el achocolatado brilloso de pastel con ojos.

Nellie se irritó, y no tanto por los negros, que estos eran tan ceremoniosos que parecian zacatecas en dia de funeral, pero sobre todo aquellos mulatos que le pareció eran muy petulantes y pruebas fehacientes e incontrovertibles del gran pecado de las dos grandes razas, negra y blanca, herido su orgullo por el descoco, que ofendia su criterio cerrado de buena nórdica, germánica, la hija legitima de germanos, amarillos como el sol y azules como la cristaleria de Sájonia.

—¡Vaya con qué raza la de su marido! ¡Vaya con qué bailes de la raza!—

Y llamando a Charles preguntó irónica.

—Oye, ¿y ésta es tú raza? ¿Estos son los bailes de tú raza?— Y agregó— ¡Qué divertidos! ¿Eh?—

Charles no habia podido prever esto; era inocente del desaguisado y tentado estuvo de ir a buscar al "valedor," que tanto le insistiera que llevase "su

mujercita'', pero obtó por lo más corto y propio en en él, y contestó trás una breve pausa.

—Bueno, y, ¿qué? Aqui en New York no andan negros más prietos que esos con mujeres más blancas que tú?—

Nellie no contestó; sabia que Charles se irritaba fácilmente, pero para sus adentros se dijo; —Es verdad, pero son siempre extranjeras esas mujeres que andan con negros.—

Y nada más. Charles creyó que aquello no tendria más trascendencia, ignorando que las mujeres, y esto sin excepción, tienen sus alcancias para guardar agravios y tirarselos a la cara al marido cuando bien sea de menester.

Meses después, Nellie de vez en cuando, sin que viniese al caso, pero eso si con la indiferencia de quien bondadosamente se interesa en los pecados de los demás, le preguntaba.

-¿Es verdad Charles, que en Cuba los negros y los blancos viven juntos?--

O más discreta aún y siempre indiferente y mirando por la ventana al cercano parque.

-¿No es verdad, Charles, que en Cuba las mujeres blancas se casan con los negros?—

Esto lo recibia Charles de tan buen grado como recibe un buey cansado el aguijonazo que le da el carretero. Lo negaba, Pero entonces la mujercita tomabalo como un estribillo, tal vez porque veia que Charles cambiaba de color cuando ella hacia semejantes preguntas, y esto necesariamente iba a acabar muy mal. La muchacha tenia la costumbre de discutir a la hora en que menos convenia a Charles, q. era por naturaleza dispéptico, esto es, a la hora de la comida, acabandosele a él la pacien-

cia uno de aquellos dias, en que como ella no se convenciera por las buenas, él se levantó y le pegó un pescozón. Hubo escandalo, griterio, desmayos; llegada de los vecinos que entraron como una tormenta en el pequeño apartamento.

Ello terminaba con una demanda formal de divorcio por parte de la "pichona de alemanes", yendo todo a parar ante un juez muy severo y adusto, que al conceder el divorcio, no lo hizo sin antes hacer presente a Charles, que iba a ser benévolo con él, por tratarse de un extranjero, pero que tuviese muy en cuenta que la mujer en los Estados Unidos era "el ángel del hogar", y no una bestia de carga aporreable a la voluntad del marido, "como en ciertos paises atrasados que él conocia".

Quizás si fuera éste el primer trago amargo que el destino propinó a Charles Doors; salió de la corte bufando y a partir de aquel dia le pareció que no todo era trigo y pan pintado en la viña del señor.

Después los años cayeron sobre él con esa seguridad inflexible del tiempo, y decidió retornar a Tampa, Ya estaba positivamente viejo, si bien su exterior era como el de un edificio remozado; su juventud se habia deslizado casi toda ella en la gran cosmópolis, y ahora los inviernos, que antes tanto le gustaban, le caian como plomo. Tan pronto soplaban los primeros vientos de Octubre ya lo cojian los dolores de cabeza y la gripe; se sentia siempre reumático y dolorido y la sola palabra frio lo hacia temblar. Sin que él mismo se diera cuenta, Cuba lo arrastraba hacia ella. Habia ido a Tampa para ver, con sorpresa, la metamorfosis operada en los últimos años. El poblacho que él dejara era ya ahora toda una señora ciudad; los gallegos que el

tanto despreciara abundaban como las arenas del mar, pero no sólo esto, si que los sicilianos, campesinos, que habian llegado los últimos, estaban ya ocupando casi la mitad de la industria.

Agrióse aún más su vida. Pero como que ya hemos visto que habia creado la costumbre de lidiar mejor con los hijos del pais que con los suyos propios, y, como que los años no le habian aumentado mucho más el meollo que cuando saliera de Cuba, habia necesariamente de sufrir alguna prueba más que redujese su orgullo, aquel orgullo que le habia hecho adjurar de su propia raza española y cambiar el nombre de sus padres. Y fué que un dia cuando se engolfaba en una discusión con un "craka', éste le habia dicho en el calor del argumento.

-Ustedes los cubanos no creen en Dios ni en la patria; es natural, los negros son razas inferiores.--

Levantó la mano, aquella mano que siempre habia andado muy suelta y soltó una bofetada al insolente.

No salió del todo mal, pero a partir de aquel dia su entendimiento se abria definitivamente a ciertas verdades incontrovertibles.

Habia tropezado con Hernandez; habian hecho amistad y trabajaban juntos en la mismo fábrica. Hablando del pais, le dijo un dia Hernandez.

-Cada dia que pasa me convenzo más y más que el que emigra es un desgraciado insensato. Y cada dia que penetro más a estos americanos me gustan menos. Este es un pais tigrés, aqui es uno más y más extranjero cada dia que pasa. ¿Has estudiado tú eso, Charles?

Charles lo conocia, lo conocia por práctica, pero nunca lo habia definido. Se limitó a contestar.

—¿Qué quieres decir?—

—Te quiero decir, que un inglés, por ejemplo, cuando llega a Cuba es un extranjero, lo seguirá siendo toda la vida si se empeña, pero si él quiere cada dia que pase se acercará más y más al cubano, Aqui no, aqui cada dia que pasa es uno menos americano, Es natural, el hijo que te nace, educado en éste periódismo rastrero y en las peliculas, te considera de una raza inferior, porque no naciste aqui; la mujer si es americana te considera un inferior con doble motivo, y se te va formando a tu alrededor un mundo hóstil cada dia que pasa, cuando te vas envejeciendo y cuando no te puedes defender.--

Habia sido la lección final, ¿Pero como desandar lo hecho?. Quisieralo o no quisieralo, él era Charles Doors no Carlos Puertas y el atacar lo mismo que antes defendiera lo hubiera colocado ante si mismo en el ridiculo. Se ensimismó en aquel pensamiento. Habia comprobado lo que Hernandez le dijese, pues lo habia vivido, y a partir de aquel dia fué el amigo con quien compartia sus cuitas y a quien pedia consejos.

La noche se habia ya apoderado del mar y la tierra; noche en que la niebla vagaba de un lado al otro, pero en que el frio iba siendo atemperadó por el calor de las aguas del mar, en aquella marcha hacia el trópico. El buque seguia forcejeando; là maquinaria con la regularidad de un réloj, con su tic-tac preciso; el campanilleo anuncio que la comida estaba servida.

Fueron entrando en la primera del buque, salón lujoso, donde grandes espejos reproducian mesas y personajes; un mayordomo largo, calvo y estirado, enfundado en azul uniforme, señalaba con dedo inexorable el sitio donde habian de sentarse, -Cubanos

y españoles a esa mesa- -Americanos a aquella.—
La comida fué llegando.
-¿Te acuerdas del primer viaje?- -¿Te acuerdas cuando viniste?— preguntó Hernandez a Charles.
Y aquello trajó al recuerdo de Charles la comida y la forma en que se viajabe entonces.
La segunda del buque era una bodega infesta; venian alli metidos en pequeños camarotes, y la comida una verdadera basofia, se servia en grandes fuentes, con una liberalidad tal que lo único que faltaba era comer con las manos, Una mesa para todos los cubanos, negros y blancos juntos. Entonces no hubiese podido hacer distinciones, pero si después en que en su larga vida en el pais habia observado que en el sur, en el norte, en el este o el oeste de la gran nación el negro era considerado como un inferior a quien no se permitia convivir con el blanco; los presidios mismos tenian y siempre tuvieron dormitorios separados, comedores separados y no les estaba permitido otra fraternidad que el hablarse en los caminos donde paleaban incesantemente arenas. Aqui, por el contrario, el blanco y el negro comian y dormian juntos. ¿Pero qué negros y que blancos eran? Los cubanos; le parecia como si fuera una irónica réplica: —¿no aseguraban los cubanos que todos los hombres eran iguales?--
De su primer precipitado viaje recordaba cosas imprecisas. Venian en el 'Mascotte' varios negros, y él que nunca habia sentido prejuicios de raza, no lo estudiaba en ese aspecto, sino en aquella diferenciación ofensiva. Entre los que recordaba venian varios negros bastante sueltos ellos, pero sobre todo un blanco de cara patibularia, muy andrajoso él, como si acabase de salir de una accesoria a lavarse

la cara en la pila del patio, en chancletas, y trayendo un gallo fino, sin duda lo único que aportaba éste turista al adoptar una nueva patria. Tanto aquellos negros, como algunos de aquellos blancos, hubiera sido bochornoso para cualquier pais darles entrada, no por la color, pero si por las fachas de gente procedentes del hampa, y por sus visibles costumbres y gestos depravados. Mas en aqquellos dias se necesitaban tabaqueros en Tampa y la Emigracion, como llamaban a los oficiales de inspección en los puertos, poco les preocupaba que entrasen ésta clase de negros, ni ésta hampa de blancos, ni que viniesen blancos y negros juntos. Lo comprendia muy bien ahora; ésta era una raza que nos despreciaba a todos por igual, q. nos consideraba como si fuesemos "piara", con tal que les sirviesemos a los própositos de enriquecerse, y por eso permitian aqui esa promiscuidad.

¡Hipócritas!, pensaba para si, en tanto q. arrellanado en la mecedora veia el humillo de sus cigarro subir en espiral.

-Te ha hecho mal la comida?- le preguntó Hernández.

—No, estaba buena, pero, figurate, en el mundo hay un viaje tan caro; 23 horas por cuarenta pesos.-

Hernandez cabeceaba por el sueño. Y Charles seguia dandole al estribillo de aquella segunda de antes, sin comunicarse más que consigo mismo.

De pronto dijo;

—Hernández, ¡Qué hipócritas son esta gente!.—

—Por qué? —preguntó su amigo.

Le contó sus recuerdos.

-¡Y la comida aquella! ¡Qué basofia indecente!.- Después todos sirviendose de las mismas fuentes. ¡Estas gentes q. se la dan de tan higiénicos! ¡Hipó-

critas!--

E hizo una pausa.

—Y después los camarotes. Figurate tú, una segunda que si te tocaba un camarote de abajo y al que estaba arriba le daba por vomitar, pues te daba una ducha de vómitos en la cabeza.

-Las cosas han variado ya mucho, Charles.-

-Si, pero no ha variado lo de los blancos y los negros juntos. eso es lo mismo.--

Charles se quedó pensativo; después agregó.

-Sabes una cosa, Hernandez, que me parece que para ésta gente, nosotros, blancos y negros somos "cattle", (ganado)

Hernandez sacudió el sueño y dijo pausado.

—Y, para llegar a esa conclusión, Charles, ¿has necesitado vivir 45 años en los Estados Unidos?.—

EMIGRADOS.

Ligero estudio de la desintegración de las cunas del Separatismo Cubano. Emigrantes que llegaron jovenes y fuertes y retornan viejos y enfermos, y son extranjeros en una y otra costa. Los viejos revolucionarios callan; pero los nuevos revolucionarios hablan hasta por los codos. Los politicos son violentamente enjuiciados por los resentidos. El Tribunal Popular es inexorable y no les deja hueso sano, comenzando por Don Tomás.

II

El fabricante de tabacos, don Manuel Fernandez habia llegado a hacer compañia. Las fábricas de tabacos, los pedidos, el mundo que iba quedando atrás.

Fernandez era un hombre campechanote, sin otro delito aparente que su modo de ser abierto y genial, una buena persona, que se codeaba con el mundo en general, e iba de un lado a otro del buque saludando a los conocidos, tabaqueros, algunos como Juan Hernandez y Charles Doors, obreros de su propio taller.

—Y, ¿Cómo va la industria, Señor Fernandez?-

—¿La industria? -contestó él. -Pues la industria de mal en peor, muchachos. Pronto en Tampa no habrá industria; en todo el pais se está haciendo el tabaco a máquina.—

É hizo una pausa, y agregó;

—¡Y después ese trust, ese trust!—

El Trust, que era una confabulación de gigantes capitales dedicados a la explotación de la industria en todos sus aspectos, siempre evolucionaba para destruir las bases en que descansaba el patrimonio industrial tal como se habia creado en Cuba, es decir, a la base del crédito, la bondad del árticulo, la selecta mano de obra en el torcido; tabacos hechos por verdaderos artifices que habian aprendido el oficio en Cuba. ¿Pero de qué valia todo esto?

—Acabo de recorrer el oeste de los Estados Unidos. Estuve en San Francisco de Califórnia, en Portland, Oregon; en Seattle, Washington; en Topeka, Kansas- dijo Fernandez- y agregó. -En esas plazas vendia mi firma millones de tabacos al año, y ahora....—

Hizo una pausa.

—No lo creerán ustedes, pero la industria del torcido a mano se nos va. El trust últimamente usa una politica nefanda.—

-¿Qué hace el trust?- preguntó Hernandez, que conocedor de las artimañas de dichas corporaciones, siempre tendria algo que aprender con Fernandez.

—Pues el trust pronto exterminará lo poco que nos queda de la industria del torcido. Hace poco que se llevó las fábricas que tenia en Tampa, y ahora una campaña de anuncios, sobre todo los luminicos, en que gasta millones de pesos. ¡Pero que anuncios! En ellos, directa o indirectamente le

dice al fumador que el tabaco habano se hace a mano y se usa en el saliva.—

—¿Y les dará resultado semejante campaña?— preguntó Charles indiferente.

—¡Vaya, vaya, hombre, vaya que si les da resultado! Es que ya puede considerarse la industria del torcido a mano aniquilada por semejante campaña. Figurense, ¡decirle semejante cosa a un pueblo que presume de tanta higiene!—

—Si, si -arguyó Hernandez— He visto en los periódicos esos anuncios, Por cierto que los muy hipócritas lo hacen con toda la maldad posible. El anuncio que vi representaba el interior de un carro urbano, con el pasaje apelotonado, y hay un extranjero que ha escupido en el suelo. Digo un extranjero, porque es una cara de esas que en cines y periódicos presentan por tal, un sujeto obscuro. de gorra, bigotudo, un turco, un ruso o vease lo que es. El conductor del carro requiere violento al hombre; el pasaje, que se ve son americanos se muestra indignado; el conductor señala al hombre bigotudo un cartel en el carro que dice, "no se permite escupir". Y después, abajo de ese cuadro, un letrero muy saliente que dice: -No fumen tabacos hechos con saliva; fumen tabacos hechos a máquina.—

—¡Qué malvados!— dijo Charles irritado.

—Si- agregó Fernandez- Maldades, porque nadie es tan tonto que no caiga en su significado, que saliva y tabaco torcido por extranjeros es la misma cosa.—

Fernandez siguió su relato.

—Hace meses que recorro el pais y en todas las plazas encuentro lo mismo: anuncios y más anuncios que no fumen tabacos hechos con saliva; los refac-

cionadores que me preguntan y me advierten que el público rechaza nuestro tabaco. Y, figurense ustedes, el verdadero torcido a mano estilo cubano no puede variarse asi asi, Miren que rareza, hace veinte años hubiera sido el mejor de los anuncios el decir tabacos torcidos a mano por manos cubanas- y hoy el que hiciera semejante cosa se suicidaria, se acabaria su fábrica en una semana.—

—Y esto tiene además otra trascendencia- dijo Charles- según dicen, el tabaco que ellos emplean en las máquinas es tabaco grande y estirable, de Kentucky o Virginia, el tabaco de Cuba no se presta para la máquina.—

—Ahi, ahi, le has dado en el clavo- dijo Fernandez -Es un arma de doble filo, matar la industria del torcido por el momento y después reducir a los cosecheros cubanos para comprarles allá las vegas por cualquier cosa, porque, quieranlo o no, el tabaco cubano hay que usarlo, aunque no sea mas que para darle un poquito de aroma, y meterle su pedacido de Vuelta Abajo o de Remedios para que no resulte paja de maiz.—

Fernandez se extendio.

La industria del torcido habia sido próspera en Tampa mientras su politica no la dictó el judio, mientras la industria estuvo localizada en un rincon del pais y nadie se ocupaba de ella como de un gran negocio. El dia en que el judio entró en ella el concepto de hacer dinero a prisa de estos mercaderes apareció superior al concepto de crédito o de durabilidad. Hacer dinero pronto, ese era el lema, no importandoles poco ni mucho que se acabase una industria productiva y que se quedasen miles de personas sin trabajo.

Y agregó;

—Yo comprendo que nosotros los fabricantes hemos sido bastante defectuosos, pero eso si nos opusimos cuanto hemos podido a innovaciones que nos hacian salir del carril; nos opusimos al molde y le dimos sólo entrada cuando ya nos forzaba la situación y era de vida o muerte para nosotros; nos opusimos a la máquina, no obstante que ibamos perdiendo los mercados. ¿Pero qué importa esa actitud?. El asunto es de vida o muerte; ellos con sus propagandas arruinan lo poco que queda; hoy en dia es una obsesión la higiene, y ya ustedes ven por donde ellos vienen.—

—¿Y no comprenderán con eso que puede llegar el dia que ellos a sus vez sufran las consecuencias?— pregunto Charles.

—Tal vez sea asi, más adelante, pero por ahora el judio lo que quiere es acabar con los demás, y hacer dinero y que se hunda el copón: nosotros estamos luchando a brazo partido, pero cada dia que pasa vemos que Tampa se acaba más y más.—

Los judios.

Charles Doors recordaba ahora sus ideas de otros tiempos, las predicaciones de la época revolucionaria con que se les alentaba a derrumbar a Epsaña.

¡España, que habia botado los judios! ¡Qué infamia!, ¡Una gente tan buena, tan comercial, tan sana! ¡España, pais de curas y toreros! ¡Q. crimen el haber botado los judios hacia cuatro cientos años...! ¡Qué crimen!

Fernandez era el tipo del fabricante campechanote y decidor, uno de los pocos que habia permanecido cerca de sus obreros, Riquisimo, considerado como autoridad indiscutible en asuntos indus-

triales, ganaba de seguida las simpatias.

—Y tú, Charles, y tú, Hernandez, ¿qué? ¿A Cubita Bella?- preguntó Fernandez.

—Si, yo por lo pronto sali de alli hace cuarenta años- contestó Hernandez- y quiero ver como anda eso.—

Charles contestó dubitativo.

—Yo sali hace ya muchos años también, Se va uno haciendo viejo y veo que eso que usted dice es la verdad, la industria se acaba y nosotros los cubanos somos los que más vamos á sufrir las consecuencias.

Dueños de las fábricas, dueños de las tierras, respetados, quizás más que queridos, pero al parecer estimados, habian llegado los primeros manufactureros con su corte de torcedores. Los Pinos, O' Halloran, Ybor Manrara, Haya. . .si bien no todos los fabricantes eran cubanos, pero aunque no lo fueran estaba la industria dominada por los cubanos. En menos de veinte años los primeros manufactureros desaparecian y le sucedian en el dominio patronal los españoles. Mas esto no habia alterado el status del cubano que mantuvo su hegemonia en el taller a fuerza de ser los mejores artifices del torcido en el mundo entero. Y en tanto que con el tiempo los obreros españoles y sicilianos aumentaron gradualmente, el estado de las emigraciones de cubanos no habia de variar sino por las innovaciones totales a que se sometia la industria.

Era un pais en que pesaba mucho la propaganda y en ella se confiaba más que en crear crédito a base del producto, lo primero para el judio era hacer dinero, lo segundo el producto. El anunciar en grande escala tenia mayor importancia que la bondad del determinado árticulo. Además los trusts a

la par que anunciaban el torcido de máquina usando los métodos ya conocidos, habianse extendido por el campo de los cigarrillos, que por medio del anuncio habian acostumbrado a fumar a un pueblo que jamás los consumió y era evidente que el cigarrillo era el predilecto de la nueva generación.

Por su parte en el proceso del torcido habia entrado el molde, introducido en los Estado Unidos por los alemanes hacia cosa de un siglo, y esto iba alterando la base fundamental de la industria. Finalmente la máquina torcedora que avanzaba con pasos de gigante en las plazas manufactureras del norte.

La familia cubana habia sido poco previsora y era la más destituida de todas las colonias en la Florida; los sicilianos, campesinos, llegados a última hora y sin nexo histórico con la industria eran ahora los dueños de la propiedad urbana y se habian metido por cuanta hendidura encontraron, semejando cierta especie de hiedra que penetra por las grietas de los viejos paredones, y alli crece y se hace fuerte.

—¡Qué imprevisión la del cubano! ¡Qué imprevisión! ¡Qué falta de sentido común! ¡Qué torpeza!-

Rodeado de enemigos, por muchas razones, entre europeos acostumbrados al ahorro, no se daban cuenta que vivian en un pais extranjero, un pais por excelencia mercantilista en donde el mérito principal del individuo consiste en tener dinero.

Y Hernandez mismo podia decirlo asi. Ganando cuarenta pesos por semana, la ocasión en que más dinero reuniese era ésta en que iba a Cuba. Queria ver su pais. ¡Quién sabia! Las cosas andaban tan mal que al cubano no quedaria más remedio que volver a su tierra después de viejo, de haber agotado todas sus energias y haber enriquecido a aquellos

otros que ahora le despreciaban después de haber creado una civilización y una gran ciudad.

¡Qué tontos hemos sido! ¡Qué tontos!.

Recordaba la llegada a aquella tierra. ¡El paisaje habia cambiado tanto!....Una gran ciudad ahora que los rechazaba mansamente, la misma que ellos habian levantado dentro de un pantano, que no era ni siquiera un poblacho cuando ellos llegaron. Pantanos, pinares, palmetales, fiebres; mosquitos, vida insoportable en los trópicos. ¡Comó recibian aquellos "crakas" a los primeros cubanos torcedores!...Los agasajaban con tal zalameria repugnante. Por todos lados sonrisas y halagos....

¡Habian sido tan poco prácticos! Confundieron las cosas;; les trataban asi, porque sin ellos, sin su industria y su trabajo, los otros hubieran tenido que seguir siendo campesinos de miserable pelambre y pescadores dormitando al sol junto al rio. Los "usaron", —eso era todo— y ahora estaban de más.

—¡Mentecatos!— dijo dirigiendose a Charles.

—¿Estas soñando Hernandez?— preguntó su amigo.

—No, no estoy soñando; hemos estado soñando. ¡Qué bobos hemos sido! ¡Qué elemento más vacio de cerebro el nuestro!—

Ahora ya esclavos de aquellos solapados enemigos que los rodeaban, hambrientos, andrajosos, tenian que ir a mendigar un pedazo de pan del español, que expulsaran de Cuba, y eran inferiores a los sicilianos, campesinos que llegaron mucho después.

Y agregó.

—Siempre vimos en el siciliano un infeliz emigrante y les enseñamos nuestro oficio; ahora nos debemos convencer que los infelices y tontos era-

mos nosotros. Todos se han enriquecido con nuestro trabajo, de nuestra falta de previsión, y ahora nos desprecian aunque no nos lo digan en la cara. Y para remate de cuentas, estos ''crakas'', que vivian comidos por la anemia y los mosquitos, se han hecho hombres de negocios, médicos, abogados, burocrátas y la toman también con el árbol caido, el cubano, y somos negros y razas inferiores.—

Charles Doors creyo del caso agregar.

—Somos un pueblo de bellacos. Mucho combatir al español y salir de Cuba para hacerlo, y venir a parar aqui para enriquecer a españoles, a judios, a sicilianos, a ''crakas'' y a todo bicho viviente. Abandonar lo que teniamos en Cuba, nuestro patrimonio único, trabajo bien retribuido, pasarnos la vida haciendo patria, y ahora ser extranjeros aqui y ser extranjeros allá.—

Un elemento que no pensaba, Torcian tabacos con tal maestria que el arte parecia ser exclusivo de ellos. La fábrica en que entraban de seguida le llovian los pedidos; ganaban los cuarenta y los cincuenta pesos por semana, pero cuanto más ganaban más gastaban, con un derroche de aristocracia. ¿De que modo habian regido sus hogares en la emigración el individuo y la familia? Verdaderas malas administraciones; casas siempre abiertas donde entraba todo vendedor ambulante, donde se le compraba a cuanto judio aparecia, siempre al crédito, para pagarlo el sabado. Y cuando llegaba el fin de la semana comenzaba en la puerta del taller a desgranar el jornal; el lector, el cafetero, el rifero, el bolitero, los limosneros mismos, en la ciudad próspera donde no se explicaba la limosna.

Y ésta misma linea de vapores; ¿cuanto dinero no

habia hecho por ellos? Los habia de dos viajes anuales a Cuba, el uno a la fiesta del 20 de Mayo, anniversario de la fundación de la república y el otro en Noche Buena, que habia que pasarla en Cuba para comer ''Buen lechon tostado'' Los que ahorraban lo hacian con estas miras; buen número lo dejaban en las casas de juego, y la inmensa mayoria lo dilapidaban en la mala administración de los hogares. Y esta compañia se enriquecia llevándolos a Cuba, los negros y los blancos juntos y volviéndolos a Tampa, negros y blancos juntos.

¿Cómo es posible que nos sucediera de otro modo?- ¿Comó es posible que sucediera algo distinto?— dijo Hernandez.

¿A qué te refieres?- pregunto Charles.

—Porque no es que viniesemos a la emigración, es como hemos vivido en la emigración hasta llegar a ser la última carta de la baraja. —

—¡Vamos, Hernandez! ¿Y ahora te das cuenta de eso?—

—No, ya hace rato que me vengo dando cuenta, Pero te voy a decir, esto no ha resultado porque si, esto era como una consigna que se ha cumplido; nostros no tomamos la emigración en serio; no habria habido uno sólo de nosotros que creyese cuando la conspiración y cuando la guerra que permaneceriamos aqui después de realizada la independencia de Cuba. Marti fué el primero que nos engañó. Me acuerdo como si fuera ahora cuando dijo en el mitin de la puerta de la fábrica Martinez Ybor- que los emigrados cubanos no habian venido a Tampa y Key West empujados por el hambre como venian los de Europa, que nosotros habiamos escojido la emigración para mejor poder liberar a Cuba- y

aconsejaba que no tuvieramos aqui propiedades, pues nuestra emigración era única en el mundo, que estabamos de paso y que la arena era arena que se llevaria el viento.—

Hizo una pausa.

—No, la culpa no ha sido toda nuestra, no, pero las consecuencias si son todas para nosotros. Nuestra falta de sentido práctico es un gran delito, porque si hubieramos sido prácticos no le hubieramos dado oidos a Marti y no hubiesemos comulgado con sus ruedas de molino. Y el caso es que se hizo la república, que lleva ya treinta años de establecida, que de nosotros nadie se ha ocupado, ni nos ocupamos nosotros mismos hasta ver que el futuro se nos hace muy sombrio. Ahora es que vemos la imprevisión, nuestro desamparo, nuestra miseria, pero es hora también que recordemos los engaños de los politicos y conspiradores de núestro pais, verdaderos culpables que estemos asi.—

—Tienes razón.- contestó Charles.- Y, ¡qué malos han resultado nuestros politicos! Ofrecernos mucho y seguir aquel refran español, "prometer hasta meter y después de metido, nada de lo prometido".—

—Dimelo a mi- arguyó Hernandez, que cuando colectaba en Martinez Ybor para la patria, Charles Herrando a menudo me decia; -El dia que hagamos a Cuba libre yo tendré un buen puesto y tú irás para alla, aqui no se nos ha perdido nada a los cubanos.—

—¿Y que hizo después?—

—¿Qué hizo? Pues nada, que hace dos años le escribi una carta, recordandole nuestra vieja amistad, y le pedi que se interesase por mi porque cada dia me iba haciendo más viejo, y ya no era la mitad

de tabaquero que antes y me empezaba a escasear el trabajo. No me contestó; le volvi a escribir. Figurate, un desgraciado que lo tuve comiendo en mi casa cerca de seis meses. Por fin me determiné a escribir a una hermana que tengo en Cuba y fué a verlo con mi carta; la hizo dar tres viajes; finalmente la recibió, y le dijo que no podia hacer nada por mi, porque en Cuba se necesitaba gente joven y fuerte para el trabajo y hasta tuvo la avilantez de darle cinco pesos para que me los mandase; mi hermana se indignó y se los rechazó diciéndole que yo no necesitaba limosna. Cuando lo supe le mandé una carta que debe haberle hecho subir la sangre a las orejas si es que le queda alguna dignidad.—

—¡Bah, Hernandez! ¿Pero tú crees en politicos con dignidad? Pues a mi me pasó tres cuartos de lo mismo.- ¿Te acuerdas de aquel Rosendo Piedra que fué jefe de policia cuando Jose Miguel?—

— Si, si que me acuerdo.—

—Pues bien, el hijo de perra estuvo parando en mi casa en la calle 104 en Nueva York más de cuatro meses. Por cierto que se enfermó. Ojala que se hubiera muerto el muy canalla. Ya tu sabes que yo contribui a la patria con los diez por ciento, con los veinte por ciento, con cuanto pedian, y cuando pidieron un rifle di los veinticinco pesos en el acto. Lo hacia por Cuba, nada más que por Cuba; acompañé a Marti en más de un viaje y cuando fuimos a las Fernandinas, le pagué el viaje y gastos. No lo hice pensando nunca que me diesen nada, pero vamos que supe que era jefe de policia y le escribi, no le pedia gran cosa, que viera de ver si aunque fuera de portero, me lograba algo, porque ya el frio de Nueva York me mataba, me daba

gripe todos los años. Le escribi tres veces y siempre lo mismo, la callada por repuesta. Unos canallas.- Hernandez preguntó

—¿Y qué te parece lo que ha dicho Fernandez?-

-¿Qué me va a parecer? Que es la pura verdad. que pronto los cubanos vamos andar pidiendo limosna en Tampa; a nosotros no nos queda mas que una esperanza, que siga la paz en Cuba, que siga Machado en el poder; él esta industrializando el pais; Cuba es un gran consumidor y no hay duda que estará en completa prosperidad el dia que no tenga que comprar fuera y se independice económicamente. Yo creo que Machado es el hombre capaz, primero, porque es fuerte y sabe imponer el orden cueste lo que cueste, cosa ésta rara en un cubano, y por lo que ya lleva hecho se ve claro lo que va a suceder. Y Cuba industrializada y las inmigraciones restringidas, como lo está haciendo, naturalmente que podremos vivir alli como tantos otros.—

—Esa es tambien mi creencia- contestó Hernandez -pero de algún tiempo acá voy perdiendo la fe, ya estan hablando de él atrocidades.—

Si, lo decian. ¿Pero quienes eran? Los viejos politicos que querian volver a las andadas, a robar sin escrúpulos, a vivir mansamente de las aduanas, a enriqquecerse sin que cambiase la situación; y lo decian también los periódicos americanos que debian estar subvencionados por cierta gente a la q. no convendria la paz en Cuba, pero todo cubano, q. tuviese algún amor propio no debia hacer caso a campañas interesadas, y ver lo que de bueno se iba realizando alli y que no podia negarse.

Los falaces politicos cubanos fueron desfilando

ante ellos rigidamente misurados. No escapaba ninguno, ni siquiera Marti, del cual dijo Charles;

—Lo conoci muy bien y que más desinteresado que él no ha nacido nadie; pero me he desengañado tanto que creo que si viviese se olvidaria también como los demás, y no se acordaria de nosotros.—

Y iban psando, desnudos, enseñando sus lacras y los menos sus debilidades como gobernantes.

—El único con verguenza habia sido don Tomás, pero ya se veia, un pobrete maestro de escuela, que no le cabian en la cabeza más que media docena de escolares.—

Y dijo Hernandez pausadamente;

—De todo tenia menos de gobernante, corriendo una escuelita de barrio, quien sabe. Ahi, después de la Guerra de la Independencia lo que necesitabamos era un Machado para que, cortando cabezas acabase con tanto ambicioso; pero yo me temo que ha llegado demasiado tarde.—

Para ellos, Machado en el poder significaba la paz y el nacionalismo económico, que surgia bajo su mano vigorosa. Lo demás lo haria el tiempo que es el factor más poderoso. La paz y el orden, esa era toda la virtud de los Estados Unidos- La paz y el orden y que cada uno dedicase sus energias a la industria, al comercio, a la agricultura, seguro no le quitasen lo que producia.

Machado adquiria a los ojos de Charles superioridad sobre Marti. Marti era un visionario, jamás habia hecho más que soñar.

—Tú sabes que eso de "Cuba con todos y para todos". es filfa,- En toda época habria cubanos que estuvieran por debajo como en todas partes y cubanos que estarian arriba. La paz y el orden, con eso

bastaba, lo demas vendria por sus pasos contados.

Para Charles, Machado en el poder era la única esperanza, los años que habia regido en Cuba eran los únicos de gobierno que habia tenido la república.

La noche era intensisima. La máquina del buque respiraba fuerte, jadeante, como conviene a esos pulmones de acero. Los pasajeros se habian ido retirando a sus camarotes. Los fabricantes de tabacos seguian jugando su tresillo en el rincón favorito y Hernandez se habia enfundado en su ligero abrigo. No queria acostarse. le habia tocado un camarote del sur y estos eran muy calurosos y cerca de la máquina, y el ruido aquel no le dejaria dormir.

Las costas de Florida eran ahora una nube lejana; centenares de lucecillas iluminaban de trecho en trecho el mar como si fueran candelabros de un vasto velorio, iluminando el negro océano. El mar habia acabado por encresparse. El cruce del Golfo Mexicano es violento; el buque se mecia suavemente, pero su buena construcción, su preciso mecanismo vencia suavemente y sin mayor esfuerzo el vaiven del oleaje que se estrellaba en dolientes suzurros a sus costados. Marcha acompasada, pero veloz. ¡Qué distinta a la del viejo "Olivette", que era como una carreta atravesando el mar!

Estarian en Key West por la mañana. Hernandez pensaba saltar a tierra a visitar algunos amigos

En el puente, el oficial de guardia, un joven, alto, rubio, vigilaba el compas. La marineria pasaba distraida, arrastrando los pies y de los ámbitos del buque surgia un rumor leve de vida sosegada.

Y ya era bien de madrugada cuando comenzaron a pasar por frente a la boya de la campana. Sonaba el metálico son entre las negras aguas. Después se

la vió flotar, cabeceando entre el barajeo negro y azulado de las ondas y a cada cabezada un campanazo triste.

Por fin Key West comenzó a dibujarse saliendo de entre las brumas, De un amarillo pizarroso; los islotes cerca resaltaban su verdor. Los pájaros marinos se hacian más y más numerosos. Tocaba la campanilla a comer, pero Hernandez no quiso pasar al comedor. Habia fumado mucho y el estómago se le habia estragado.

En la borda se iban agrupando los pasajeros, muchos maleta en mano. Eran los que se quedarian en el Cayo. Muchos se acercaban a Hernandez y a Charles para saludarlos y preguntarles como pasaron la noche; eran casi todos conocidos de Tampa y Nueva York.

Key West quedó ya enteramente a la vista. La roca, último bastión en que flota la bandera de los Estados Unidos por este lado del mundo es una laja chata, de piedra caliza, de regular largura y diámetro, Desde el mar parece enteramente poblada, pero por dentro abundan los vacios en solares yermos, y, en un saliente se alza la defensa federal, el fuerte Numero Uno.

Nada hay por alli que pudiera ser sobresaliente. Las iglesias levantan alguna que otra torre; grandes almacenes corridos por el muelle, prueban que Key West fue ante todo el punto de remate de embarcaciones naúfragas, y lugar de arribo de esponjeros que salen al diario ajetreó hacia los yacimientos esponjeros cercanos.

Las fábricas de tabaco, en su mayoria ya abandonadas, pues la industria por este tiempo casi no existia en el Peñon, levantan sus moles uniformes

de cuadro enladrillado sobre el contorno del poblado.

A la hora de llegada del buque muy pocas personas se encontraban por el muelle, y solamente pegados a los almacenes, enfundados en sus chaquetones de frio algunos choferes mofletudos y rientes.

Hernandez al ver terminar de bajar a los que se quedaban en Key West, le extrañó no ver al manufacturero Fernandez. Preguntó a un camarero.

¡Oh, ya se fue! Salió como sale siempre, el primero, ya estará en la fábrica.-

No quiso insistir. Pero, ¿cómo se habria bajado Fernandez? ¿Descenderia por alguna escala secreta?

Fernandez corria dos fábricas de tabacos, una en Tampa y otra en Key West.

—Oye,- le dijo a Charles -¿Qué idea será la de Fernandez?- Es el único que vi en la primera en mangas de camisa.—

En efecto, Don Manuel Fernandez era poco amigo de la indumentaria, Toda su vestimenta consistia de un viejo sombrero de pajilla, que guardaba de cuando era obrero, una camisa azul, una corbata negra y unos pantalones azul prusia.

—No, sé,- contesto Charles -es excéntrico, y algunos dicen que le gusta hacer eso, porque asi desluce la primera del buque. Como verás ahi en el comedor de la primera todo es parsimonioso, desde el calvo mayordomo hasta la última vieja aceitada que ahi se sienta. Y es natural, Fernandez se aparece en mangas de camisa, se pone a discutir en castellano en voz alta, para que lo oigan bien, Te digo que eso le debe caer alguno como pedrada en ojo de boticario. ¿No lo oiste anoche gritando q. era el robo mas grande del mundo cobrar treinta pesos por un viaje de 24 horas y que el jamón estaba

podrido? Pues eso lo hace, dicen que apropósito. Yo creo que es asi, y naturalmente si fuera uno de nosotros lo hubieran ya tirado de cabeza al mar, pero, ¡Ay, mi amigo! es Mr Fernandez, dueño de dos fábricas de tabaco en Key West y Tampa y todo le está permitido.— Y agregó.

—Me gusta, me gusta eso, ese modo de ser. Me revientan esas gentes tan meticulosas, muchos de ellos unos pobretes y hipócritas. —Pero— e hizo alto pausado. -Es lo q. dices tú, Hernandez; ¿cómo pudo salir Fernandez del buque? Mira que yo no me movi de aqui, y vi salir desde el primero al último, Apostaria doble contra sencillo a que se tiró a nado o que tiene algun bote que lo espera cuando llega al Cayo, y sale por algnua escala secreta, no es posible otra cosa.—

—Es capaz de todo- dijo Hernandez- es capaz de todo.-

Y trás dos largas horas de espera en tanto que los oficiales de aduana examinaban los imformes dados por cada cual al gobierno federal, cotejandoles a cada pasajero su "Income Tax" (Informe para la Tasacion) el buque se habia hecho a la mar de nuevo en rumbo abierto hacia la costa cubana.

Tampa y Key West quedaban atrás, cunas de las revoluciones cubanas; la de la Guerra de los Diez Años y la de la Guerra de los Tres años.

Y hora es que hagamos aqui un ligero estudio de estos dos centros manufactureros de tabaco habano , que a la sazón en que este viaje se efectuaba por nuestros protagonistas, y cuando todo indicaba que dejarian de existir como tales y al mismo tiempo de asilo a las emigraciones cubanas, sus fundadoras.

Ambas ciudades debieron su auge a la industria

del torcido, es más, surgieron por esa industria, transportada allí por cubanos. Key West fué industrial en grande escala cuando Tampa no era más que una aldea de pescadores; más tarde la industria pasó al continente, y se desarrolló, haciendo posible el que se levantase la gran ciudad en las margenes del rio Hillsborough.

Y si bien ésta industria se fortaleció por el pase de leyes proteccionistas, en que el gobierno de los Estados Unidos ercó gran recargo al tabaco torcido que venia de Cuba, reduciendo al mismo tiempo el costo aduanal de la materia prima, no está demás hagamos la observación, que de no haber sido las conspiraciones contra de Espana y posteriormente las guerras, jamás en tan corto lapso de tiempo, y Tampa, en especial, hubiese crecido hasta hacerse la gran ciudad.

El cubano no habia emigrado por razones de caracter económico, que en aquellos dias los talleres de la Havana estaban repletos de obreros bien pagos y el torcido tenia amplias plazas sin contar la de los Estados Unidos. El cubano habia emigrado de su pais para poder conspirar;

Desemejante a las emigraciones que manda el Asia o Europe, que vinieron empujadas por el hambre o por la ambición de mayor auge económico del individuo, las emigraciones cubanas las formaron idealistas, que creian firmemente que lo que ocurria en Cuba debia de cesar, expulsando al gobierno español de la isla, y para mejor hacerlo se fueron a situar en las fábricas de tabaco en la peninsula floridana, desde donde por medio de recaudaciones surtian a los revolucionarios con armas y municiones con los cuales combatir al gobierno español.

Como ya hemos dicho, eran agasajados, por un elemento que tenia un doble interes, primero enriquecerse y salir de la limitada vida de aldeanos y pescadores en que vivían, y un segundo móvil -echarlos a pelear los unos contra los otros- favoreciendo en este caso al más débil, a fin de destruirlos con sus propias armas; medio que sienpre han usado los pueblos anglo sajones con los pueblos latinos y muy especialmente los Estados Unidos contra España.

Para el cubano el exilio era solamente temporal, llevadero mientras no se hiciese la independencia de la patria, en que esperaba retornar a su pais ya libre de la ferrea mano del gobierno colonial. Esto tuvo mucho que hacer con la imprevisión, si bien es un hecho comprobado que el cubano por regla general, careció de sentido práctico y resultó inferior cuando tuvo que confrontarse con los hombres tenaces, duros y enérgicos que envian Europa o Asia.

Mas, de todos modos, esto no privaba del hecho que tomaran como pasajero, lo que por la negligencia y falta de interés de los gobernantes cubanos pasó a ser después un estado definido. No aprovecharon las favorables circunstancias que se les presentaban, es más, destruyeron su propia heredad con un espirtu verdaderamente suicida.

Los raros contrastes y bofetadas sin mano que da el paso del tiempo, hizo que andando los años, los mismos españoles combatidos por ellos desde la emigración, fueran a asentarse en la misma y meterse como cuña histórica de orden económico. Y en tanto el cubano esperaba la llegada de la repúblíca para embarcarse definitivamente y dar por ter-

minado su exilio, el español y el siciliano venian con el designio de conquista, de quedarse para siempre en las emigraciones. Duros, tenaces, observadores y prácticos, los que llegaron con pequeñas fábricas fueron pronto los dueños de las que habian fundado los cubanos y otros, saliendo de la mesa del taller o la escojida, habian progresado y se hicieron dueños.

El industrial cubano probó ser excepción a la regla, que el capitalismo industrial es creador; en lugar de crear una industria y expansionarla y ser amantes de la misma, fueron sencillamente a enriquecerse o a disfrutar de la riqueza fácil, con aventurismo de quien se aprovecha de las situaciones, en aquellos dias fáciles en que no regia la ley de competencia y en que las fábricas todo lo que tenian que resolver era contar con torcedores, pues los pedidos llegaban con mucha mayor rapidez por correo que potencialidad habia para producirlos.

No habian pasado veinte años de la llegada de los primeros manufactureros cubanos, cuando estos habian desaparecido de la escena. No puede atribuirse sino a incapacidad manifiesta de sostenerse como factor industrial y la historia de muchos de aquellos manufactureros nos dicen cuan dilapidadores eran de las fortunas que les tocaron sin mayor esfuerzo. Los unos hicieron dinero y vendieron de seguida para hacer vida muelle, los más, regidos por pesimas administraciones, no dedicando a la industria el celo necesario, ya enamorados de los viajes o las mujeres, necesariamente habrian de ir a la ruina o quedar fundidos en el nuevo engranaje que el tiempo tendia en favor de los más vigorosos y pacientes.

Digamos también en justicia, que de no haber entrado el español en la industria el cubano obrero se hubiese visto destituido en más corto tiempo, pues la república para nada se ocupó de ellos y se dió el caso paradójico, que los españoles que llegaron y muchos de los cuales salieron de Cuba al perderse la soberania española o antes cuando todo lo indicaba asi, salvaron la industria en gran parte para el cubano obrero, pues aunque en años posteriores el elemento obrero español y el siciliano aumentaron considerablemente, no obstante, el cubano por sus méritos como artista del torcido y sus vinculaciones raciales siguio siendo en el taller la mayoria. Y era esto más de notar y lo daba el proceso económico superior al proceso politico, pues los cubanos habian venido a las emigraciones para expulsar de Cuba el dominio español, y el español habia pasado a Tampa y robustecido el acerbo de la familia cubana, ya que su tenacidad prolongó la industria que desaparecia en manos de los cubanos.

Añadase a esto que el manufacturero español fué renuente a introducir innovaciones en el torcido, oponiendose al avance del molde y la maquina y salvando de este modo la industria para una generación más, que de no haber sido un creyente en el crédito y arte del torcido como siempre fué, la ciudad de Tampa no hubiera crecido de modo prodigioso, ni tampoco el cubano obrero hubiera tenido lugar donde emplearse.

Este retardatismo del español a las innovaciones, unido al hecho de ser los cubanos los mejores artistas del torcido de la producción a mano defendieron la industria, y la prolongaron en la misma forma en que se hizo centenaria en Cuba.

Empero, éste retardatismo salvador, caracteristico del español, habia de sucumbir en una industria que finalmente habria de sumarse al industrialismo nacional. El molde hubo de ser introducido para poder salvar de un colapso total el torcido y más tarde la máquina, que durante los últimos viente años avanzaba en los mercados del norte, matando a su paso arte y condiciones especiales de la industria creada por los cubanos, hubo de venir sobre Tampa, reduciendo cada dia más y más el campo en que el cubano pudiera dedicar sus actividades en la emigración y conduciendolo de la mano a la miseria.

Por el año de 1932 ya Key West era un centro industrial muerto; sus grandes talleres cerrabanse por falta de pedidos, quedando alli los enormes edificios solamente. El cubano de Key West se metia en Tampa, donde la vida de la industria iba a su vez empobreciendose y el circuito de defensa de las emigraciones se estrechaba con matemática precisión, como un dogal que iba aprisionandole el cuello.

Tampa, a su vez, presagiaba una ruina completa en la industria como Key West;más potente, su caida naturalmente era más lenta. Los fenómenos de extinción y desintegración eran cada dia más visibles y era por eso, que nuestros protagonistas a bordo del "Cuba", rumbo a la Habana, reprepresentaban el sentir de los millares de emigrados cubanos que pensaban en Cuba solamente, y que anhelaban la prolongación alli de paz y estabilidad que permitiera el vivir en la república.

El nombre del General Machado era una inspiración y una esperanza para estas emigraciones, un

espejismo, posiblemente para muchos que ya estaban en los umbrales de la muerte; Machado iba a ser el salvador, y lo no realizado por los anteriores gobernantes lo realizaria él. No repatriando las emigraciones, pero manteniendo orden y paz, que permitiesen la nacionalización, que garantizaria al fin trabajo en su p opio pais y no la vida mortificante y deprimente a su dignidad de hombres libres que veian acercarse en el suelo extranjero.

Positivamente las emigraciones cubanas habian sido engañadas por los conspiradores y los politicos; las usaron ampliamente para lograr de las mismas jugosas donaciones; con estas fué posible el comprar armas y municiones para los rebeldes y la emigración no se ocupó poco ni mucho en hacerse fuerte en el pais extranjero, esperando se cumpliese lo prometido; el retorno a Cuba al obtenerse la independencia politica del pais. Habiendo perdido las primeras oportunidades, que siempre se presentan cuando se coloniza, otros más fuertes, más decididos y ya con una consigna, la de vivir siempre en Florida, se habian adueñado de todo aquello que constituyese su patrimonio.

Los politicos siempre habian pospuesto el cumplir la promesa. Lo que habia ocurrido individualmente a Charles Doors y a Juan Hernandez sucedió a las emigraciones en general, cuando se dirijieron a los gobiernos cubanos, que siempre dieron la callada por repuesta, o evasivas que sembraban más y más el desaliento en los emigrados, que veian más cerca cada dia la miseria, no solamente por el auge y empuje de la ciudad que les era hóstil, si que también por el hecho de hacerse más viejos cada dia, y más impotentes para la propia defensa.

Esta emigración, ya lo hemos dicho, no tenia el mismo histórico antecedente de otras y posiblemente era la única que vino a los Estados Unidos en gran número con sólo un ideal: conspirar. Era natural, los politicos con el paso del tiempo no reconocieron esto y los emigrados cubanos fueron para el pueblo, neutral e indiferente, ni más ni menos que otros emigrados cualquiera.

Digámos que la emigración por haber amamantado y sostenido las dos guerras de liberación, pasando la juventud labrando el nuevo determinismo politico, conservó hacia los gobiernos de Cuba, no obstante la negligencia con que se la trató, el respeto a lo legalmente constituido, y asi respetaron las administraciones cubanas todas, desde Don Tomas a la fecha con el fundamento que no importaba lo mal que se gobernase: -eran gobiernos cubanos y los males pasajeros el tiempo los iria subsanando.—

Habia sido un respeto definido a los gobiernos de Cuba, y la critica de dichos gobiernos se hizo después que los mismos se retiraron, como una fiscalización histórica, q. sirviese de ejemplo a los nuevos gobernantes.

Nada habia ocurrido en Cuba en el sentido de nacionalismo económico. Machado al intentar sacar a su pais de la rutina en que habia vivido, contó de seguida con las emigraciones que vieron en él al gobernante capaz de fundamentar las predicaciones y apostolado de Marti.

No es extraño, pues, que en este buque fueran a Cuba todos los que habian podido hacer algunas economias a visitar a su pais con la esperanza que pronto podrian vivir en el mismo, ya de sus oficios

primitivos o de algunas otras ocupaciones que era de suponer se presentasen en un pais en franco periodo de nacionalismo e industrialización. Machado en aquellos dias era la última esperanza de los emigrados.

Key West ya estaba liquidado; Tampa estaba liquidándose. No les quedaba más salida que su propio pais; pobres, enfermos, abandonados, Cuba los recibiriai cariñosa; detestables podian haber sido los politicos del pasado; pero la única tierra en que tendrian cabida era aquella, la que ayudaron en sus mocedades a liberar, por la que habian sufrido los rudos inviernos, las enfermedades, el fardo rutinario del trabajo, y finalmente la indiferencia y aún el menosprecio de aquellas gentes que habian sacado de la quietud de pescadores y aldeanos, para convertirlos en dueños y señores; profesionales, comerciantes, banqueros; figuras de la gran politica nacional de los Estado Unidos.

Náufragos de un ideal impreciso, arrojados por la marea petulante de la vida; en las otra costa brillaba para ellos la luz, el nacionalismo económico en que fervorosamente entraba el pais, bajo la mano ferrea del General Machado. y era aquel nombre una inspiración y suprema esperanza. de las preteridas emigraciones las que hicieron por su esfuerzo posible la nacionalidad. cubana.

GENESIS.

Desde los primeros tiempos la ambición del mando fué superior al deseo de formar la nacionalidad. Por lo menos asi la creen muchos cubanos. Es conveniente que el lector oiga con calma lo que piensan estos emigrados acerca de los Padres de la Patria y de otros que intentaron serlo a toda costa.

III

En la cubierta aparecieron ahora muchos. Charles y su amigo Hernandez no creian que fuesen tantos los que habian tomado pasaje para Cuba, bien que en Key West habian subido también algunos.

El aire fresco de la mañana, el sol cayendo juguetón sobre las crestas espumarajeantes del mar, formaba tonos metálicos, brillantes, como sobre el lomo de un semillero de reptiles.

Iban ocupando sillas y sillones, formándose en una "piña". Un poco mas allá, los turistas americanos que huian hacia Cuba el frio de sus regiones, que los perseguia en esta edad madura como una pesadilla blanca. El pais que dejaban atrás era ahora un enorme ventisquero sobre el que flotase el humo azul de las chimeneas. Viviendas y campos quedaban sepultados bajo la nevada inmisericorde. Buenas gentes

que habian envejecido en el trabajo o en industrias o comercios, que sacaban partido a la cosa, tomando un descanso, huyendo de aquel frio; viejos y viejas a los que el recuerdo de sus regiones mezclaba el amor al terruño con el horror al viento helado.

La caravana de los que ya la edad hace sentirse mal. El norte era hecho para la juventud fuerte a la que gusta patinar sobre la nieve en los grandes parques, tirarse las pelotas de hielo a las caras, donde se desgranan como un terrón de azúcar sobre los rostros colorados como tomates, en medio del griterio y la alegria. La vida roja del norte, sanguinea, comelona, robusta, de sangres vivas.

Nueva York con sus frios humedos, lloviznosos q. suben del rio Hudson; Chicago con ventiscas. Hombres y mejeres encapotados, y con orejeras, pues las orejas sufren mucho, se hacen un cristal y se parten.

¡Qué vida aquella! ¡Qué climas aquellos, donde hay que pelear seis meses contra la naturaleza, en que el hombre piensa con preocupación semestral en la llegada nórdica, en que se mobilizan todos los recursos para luchar contra el enemigo mortal de los maduros, viejos y reumáticos; el frio! Frios que tanto nos gustan en la juventud, y; ¡Cuán caro nos hacen pagar los entretenimientos en la vejez, llevándonos de un soplo a la tumba!

Y observando aquellos turistas venia a la mente de Charles una de aquellas escenas vividas de New York. Era una tarde invernal cuando un sujeto entró en la casa de huéspedes donde él paraba. El hombre se sentó a horcajadas en una silla, el cuerpo estremeciase como si fuese la hoja de un árbol, sacudida por el viento. El creyó en una fiebre de frio, pero el sujeto a poco comenzo a toser y expec-

torar sangre. Lo condujeron de seguida al hospital, pero era ya tarde: un descuido le habia echado encima una neumonia doble. Según le dijeron, el hombre habia salido de una habitación caliente y se descuidó en protegerse, y este descuido habia sido su muerte, tan rápida como si alcanzado por un rayo.

Gentes que venian de las Dakotas, estados fronterizos al Canadá, donde la temperatura baja en invierno a 30 bajo cero; el viento del noroeste entra como por un callejon, en este pais, en el embudo que forman las altas planicies de Dakota,Minnesota, Utah y Nebraska. No es alli tanto la nieve como el viento helado que levanta tormentas de polvo que se mezclan con el viento frio; la piel se raja como si fuese una fruta madura.

Cuando una tarde en Filadelfia, oyó decir a un viejo emigrado--Temo que venga la huelga de mineros. ¡Qué cosa más horrible es estarse sin carbón de piedra en el invierno! ¡Qué horror me inspiran esas ventanas! Hay que cuidar mucho las ventanas. Le temo más que al frio a la tormenta de ventisca que parte los cristales. ¡Oh, una casa que se le rompen los cristales! ¡Qué sepulcro tan horrible!-

Los estados de la Nueva Inglaterra, esa cinta que corre desde el New Brunsvick Canadense hasta New York, por la costa del Atlántico, donde la nieve cae sin cesar con impertinencias de aguacero; borra los caminos, pinta de blanco sedoso las montañas y el agua resbaladiza es baba sobre la piedra caida de los cielos.

¡Qué frios! ¡Pero qué señores frios! ¡Qué climas pero que climas de donde vienen estas gentes, estos viejos y viejas!, pensaba mientras que desfiilaban

ante sus ojos las caras donde los rudos inviernos dejaron una traza de carnes marchitas, llenas de arrugas como de elefantes pequeños.

¡Vienen en busca de Cuba, de su clima, de su vida suave!

Hombres y mujeres eran altos. Los de rubios cabellos, salpicados de gris, pareciánle descendientes de noruegos o finlandeses; los más bajos, gruesos y tirando a la gordura; trigueños, de pelo negro en su mayoria, descendientes de alemanes o irlandeses.

Vestian bien, pero sin atildamiento; algunos llevaban trajes costosos, y los habia que a fuerza de llevar pesado abrigo en su pais seguian con él en el buque hacia Cuba. De vez en cuando descubria algun tipo suriano, "Crakas", como les llamaban a los q. nacieron más acá del estado de Pensilvania.

A estos era a los que más mala voluntad profesaba. Se les distinguia del grupo nacional, pues si bien en los Estados Unidos no hay lo que pudiera decirse tipos caracteristicos de la nacionalidad, estos "Crakas" son por lo regular trigueños, de pelo negro, altos de pecho y con piernas desmesuradamente largas.

El sur no era tan frio, ¿pero qué más se podia pedir que aquella ocasión que viviese en Georgia y las montañas cercanas èran túmulos blancos y el frio bajaba de las altas mesetas, entraba en cuanto intersticio encontraba y las viviendas no preparadas para él se sentia aún más el invierno que en el mismo New York? Porque en New York o Chicago se encuentra la ciudad modernizada para resistir el clima, pero en el sur, esa Atlanta, ese Richmond, ese Knoxville se les construyó hace rato y no se contó gran cosa con el intruso que aparece en el

invierno, que entra en las casas, y es dueño y señor de ellas por muchos meses.

Estas buenas gentes huian con abrigos puestos, y su desconfianza era tal, el frio los habia hecho tan recelósos, que iban en el buque con los mismos encapotamientos del norte. Sus tipos confundianse en las diversas clases sociales, asi hombres que corrieron pequenos negocios y se habian retirado, como obreros que disfrutaron de buenos jornales y vivian ahora de las pasadas economias; otros, ancianos, que podian vivir modestamente debido a los retiros de seguros de vida, que estuvieron pagando semana trás semana durante veinte años. Mas en los Estadós Unidos es dificil el distinguir por sus tipos las clases sociales; en un pais en que todas las clases se mezclan es imposible se formen tipos caracteristicos, ya que estos vienen, por lo común, de aquellas tierras donde prevaleció siempre cierta ley de castas.

Las mujeres guardaban mucha analogia con los hombres. Eran por lo regular flacuchas, o amojamadas, gordetas en exceso y feas, y tambien era visible que el vestir no implicaba para ellas elegancia, sino más bien necesidad. Algunas cubrianse de telas costosas, pero no era muy corriente èl ver que supiesen llèvar bien la vestimenta. Y es natural que abundase lo feo, porque alli iba lo viejo, que entre estos turistas raras veces va la juventud, que viaja menos en estas marchas al trópico. El turismo es un negocio para los que lo explotan, pero le es más para los que van en él, pues les prolonga la vida estas excursiones.

—¡Enfermos, son enfermos!- acabó por pensar y repetirse a si mismo -¡personas que dentro de diez

años se habrán borrado todas del mundo de los vivos!—

Acabó por observarlos indiferente. El se sentia fuerte, no obstante haber pasado los sesenta años, fuerte y ágil. Rapada su cara cada mañana, meticulosamente descañonado. Habia sido casi siempre obrero del taller; pero en toda ocasión que pudo tomó el fresco, se marchó por temporadas, de modo que habia llegado a conservarse bien. Además siempre creyera en el ejercicio como una religion. Le parecia que estaba tan fuerte y tan sano como si fuese un joven.

Los cubanos que retornaban a su pais, muchos de ellos creyendo quedarse definitivamente, eran, poco más o menos, un centenar. La mayoria hombres de avanzada edad, algunos septuagénarios, los más duros; restos de los dias de conspiración y guerra. Los largos años dentro de los talleres de tabaqueria habian dejado en los rostros ese color barroso, de personas que apenas si disfrutaron del sol. Al grupo donde se encontraban Charles Doors y Juan Hernandez se habia agregado un hombretón brusco, de ademanes de joven, a quien todos conocian por Manengue. No tardaron en discutir asuntos patrios.

—Don Tomás- dijo Manengue- no fué más que un infeliz. ¿A quién si no a él se le hubiera ocurrido decir que en Cuba debia haber maestros de escuela y no soldados? Tenia que sucederle.... le reventarón una revolución que le "zumbó el cohete," y escapó con la pelleja de milagro. Además...si don Tomás era un pobre diablo ¡en cambio el Gabinete de Com bate....! ¡Ay mi amigo,! ¡Qué gentecita aquella del Gabinete de Combate....!

Hizo una pausa.

-Sobre todo aquel vejete de chivo, el Freire Andrade. No creo que haya habido un viejo más entedador en el mundo. Dondequiera metia las narices y donde las metia ya habia camorra.. Además...don Tomás no robaba,....pero dejaba que otros robasen y no lo impedia.—

—Hablas por hablar- exclamó Luis Medina- Don Tomás quiso crear el crédito: sabia con quien estaba tratando, con los Estados Unidos, y queria pagar la deuda del dinero que se dió a los libertadores. Acumuló veinte millones de pesos en poco tiempo, fué muy honrado, y no hay quien pueda ponerle el pie delante como cubano.—

— Precisamente eso, eso es lo más malo que hizo- contestó Manengue- fué tan sabio que guardó en la nevera un queso de bola y teniendo miedo que se lo comiesen los ratones metió en la nevera los gatos. Pues no hubo una vez que un tal Zayas, que se la habia pasado tomando mucha leche condensada y comiendo mucho jomene en la emigración se le presentó en Palacio y le dijo-Oiga, viejo, vengo a que me dé la cartera de Gobernación, que usted me la ofreció en New York. Usted me lo prometió, y lo prometido es deuda.—

Hizo una pausa y agregó:

—Y, ¿qué hizo el viejo? Pues le contestó diciéndole, -Si, hijito, pero he tenido que darla a Yero Buduen, que es también un gran patriota- Y el otro entonces se le encaró violento y le dijo: -Pues a mi hay que darme una cartera de a porque si.—

Y agregó;

—Y el viejo entonces. . . .pues creó la subsecretaria de Gobernación para darsela y callarlo....

¿Qué te parece....? ¡Qué gobernante....!

Los demás habian permanecido silenciosos. Manengue siguió con calor su peroración.

—Ese era don Tomás, muy bueno, demasiado bueno, muy débil, sin habilidad ejecutiva alguna, y que no conocia los cubanos. Se habia pasado la vida en el extranjero, y de buena fe creia que en Cuba querian la libertad, y lo que querian era botar los españoles para pegarse ellos a las 'mamaderas'.-

—Bueno- contestó pausado Medina -es verdad en parte lo que dices, que él no conocia a su pueblo, pero,....te voy a decir....es cosa del destino. Es, Manengue, que el mundo es una cadena y aqui pagamos todas las que hacemos. Don Tomás la pagó, la que le habia hecho al Padre de la Patria, cuando don Tomás era joven; él fué el causante de la muerte de Céspedes.—

Al oir esto Manengue se quedó pensativo, No lo conocia bien, o no lo conocia en lo absoluto, y era de los que no gustan quedar deslucidos. Obtó por preguntarle, haciéndose el interesado malicioso.

—Bueno, ¿pero tú crees que fué para tanto lo que le hizo a Céspedes?—

—Si, si lo creo, para la mayor parte de los revolucionarios de la Guerra de los Diez Años, don Tomás fué el causante de la muerte de Céspedes.— Y agregó;

—Veo que estas ignorante de esto y lo mismo sucede con lo otro que has hablado, por eso comienzas por ser tan injusto con el pobre don Tomás.—

—Bueno, dejate de preludios y explica que de particular tuvo lo que le hizo a Céspedes.—

Medina, un hombreton grueso, de coposo pelo

blanco, de ademanes señoriles; con grandes antiparras de aro de carey, se arrellanó cómodamente en el sillón, echó un sorbo de humo al espacio y dijo sentenciosamente.

-Bien, todos ustedes saben que Céspedes fué el que se alzó en la "Demajagua", y que dió el "Grito de Yara" en 1868.-

—Si, lo sé, como también sé que Céspedes le hizo traición a Aguilera.—

—No, hombre, no, no andes tan aprisa, oye.—

Hizo una larga pausa.

—Bueno, que Céspedes pudo tener sus más y sus menos y sus equivocaciones, Todo gobernante las tiene y más en periodos de revolución, pero te recordarás a este respeto lo que dijo Marti; "Cuando toda la envidia y toda la baba humana se hayan vertido sobre la personalidad de Céspedes, aún quedará material suficiente para la estatua de mármol y bronce que admiren las generaciones futuras."—

—¡Bah, bah, cosas de Marti, retóricas y sentimentalismos! Eso me hace el efecto de la otra salida de Marti cuando decia,- "allá en Cuba, nuestras novias las palmas, nos esperan"....¡Bah, cosas de Marti, retóricas y sentimentalismos....!

-Bueno, hombre; pero esperáte, que siempre lo dejas a uno a medias....Céspedes tuvo que gobernar como pudo. verdad es que pocas veces se ha dado una abnegación más grande que la del Padre de la Patria. Un presidente, que tenia como su Casa Blanca un bohio grande, Cerca de él su secretario de estado, su propio hermano, que escribia sin parar cartas a las republicas hermanas, escribiéndolas con una pluma de avestruz. Un negro cocinando para

el presidente media docenas de yucas y unas pencas de tasajo....Asi vivia el presidente de la república en armas....¿Quieres una abnegación más grande?

—Bueno, deja lo sentimental a un lado y vamos a lo que hizo don Tomás.

—Bueno, hombre, bueno, no te impacientes, allá voy.—

Se habian ido agregando muchos otros al grupo siguiendo con interés este pugilato, fiel trasunto de los continuos debates en las tabaquerias, y que a veces degeneraban en lo que en el argot de los tabaqueros eran "perreras", pero que aqui, por razon de la augusta magestad del océano, y la proximidad de los turistas americanos podria mantenerse en un inteligente medio de interesante discusión.

Los turistas cercanos sonreian al oirlos. No entendian el lenguaje y hasta es posible que ignorasen a que raza pertenecian aquellas gentes, pero era evidente que seguian con mucho interés la agitación de brazos, el continuo accionar con las manos y los taconazos con que a veces se robustecian las expresiones.

-All right- continuó Medina- Céspedes es el Padre de la Patria, guste o no guste. No fué un santo, bueno, no fué un santo, pero fué el que tuvo valor para alzarse y desafiar a España. Como es natural, en aquellos dias, y como será siempre en toda revolución desordenada, alli eran pocos los cabecillas que obedecian, y se intrigaba y se combatian los unos a los otros con más saña, por quitarse los puestos y mandos, que lo que combatin contra los españoles. Bueno, cosas de cubanos, al fin....—

Manengue no pudo contenerse. Su carácter impul-

sivo y su modo de discutir tan gritón.

—La mayor parte de eso tenia la culpa el mismo Céspedes. No he leido tanto como tú, pero sé también mi poquito. . . .Céspedes era el culpable de esa lucha entre los mismo rebeldes.—

—¿De qué era culpable?— preguntó Medina.

-Era culpable de la falta de unidad de los rebeldes, Un hombre que escribe, que habla, que se rebela contra los españoles y los acusa de criminales y tiranos, y lo primero que hace él mismo, sin que nadie lo autorice, es nombrarse por si y ante si capitan general e imponersea los demas. ¡Vamos, hombre, vamos, que de lo sublime a lo ridiculo. . . . !

—Bueno- contestó Medina sin inmutarse -Bueno, Céspedes pudo darse otro titulo, alguno tenia que tener. El fué el que dió el "Grito de Independencia," todos los revolucionarios lo aceptaron como jefe, y era lo natural que tuviese algun titulo.—

—Permitéme que te diga que no, que no lo aceptaron, que ahi está la clave, que no lo aceptaron. La revolución nació como todas las de Cuba, unas minorias disgregadas, unas de otras, uno aqui y otro allá y otro en las "quimbanbas," y con una ambición todos que era bochornoso.—

—Bueno, hombre, bueno, veo que me vas dando la razón.-

—¿Cómo qué te doy la razón? ¿En qué te la doy?

-En qûe pintas lo desorganizados y discolos que eran y lo ambiciosos. Bueno, pues alli habia que en alguna forma, aunque no fuese muy fuerte, imponer alguna autoridad, que es en el fondo lo que siempre nos ha costado mucho trabajo acatar.—

—Si, pero la autoridad en las revoluciones debe de venir del pueblo, de alguno que no sea uno

mismo- contestó Manengue -Céspedes no quiso acatar voluntad popular alguna, Fueran varios o fueran miles los rebeldes, acuerdáte que Céspedes se hizo capitan general sin más ni más, y el que habia tronado tanto contra los españoles, que entre las cosas malas que tienen figura su religión y sus curas, pues cuando la toma de Bayamo, don Céspedes, vestido de mucha gala, igual que un capitan general español fué a oir un Te Deum en la catedral de Bayamo, lo mismo que el Rey de España.. ¡Vamos, hombre vamos, que yo tambien he leido mi poquito....!

Terció en el asunto Hernandez.

-Pero, vamos por partes, Manengue, asi no sabremos nunca lo que hizo don Tomás a Céspedes, Calláte, y deja a Medina, y después le contestarás.

Medina, hombre por naturaleza dado a discutir en tono algo académico, disciplinado en estas lides por tantos años del taller de tabaqueria, no se molestaba por las salidas violentas del otro, que a veces le hacian sonreir.

—Bueno, no voy a decir nada más hasta que acabe Medina, pero conste que lo veo venir- dijo Manengue aparentemente resignado a mantener el silencio.

—Bueno, pues como decia anteriormente, Céspedes no podia hacer más de lo que hizo. En más de un caso hizo cosas que no estaban bien, no digo que no, pero no tan exagerado tampoco. Aquello no era un pais con una nacionalidad constituida, con leyes aprobadas y todo disciplinado. Alli no habia más que grupitos revolucionarios que obedecian malamente y que se combatian entre si y todos querían ser jefes supremos. Y un enemigo que no

daba cuartel, y como que los rebeldes tenian que estar huyendo de aqui para allá, y como es natural, el jefe supremo tenia que actuar por su cuenta y riesgo la mayor parte de las veces.—

Manengue se impacientaba. Acabó por romper la consigna de silencio é interpeló.

—Pero, vamos, ¿qué fué lo hizo don Tomás?—

—Allá voy hombre, allá voy....Agramonte se habia alzado en Camaguey poco después que Céspedes, y de seguida se fueron a las greñas. Agramonte, que lo respeto como un gran patriota, tengo que decirte que fué más agresivo de la cuenta contra Céspedes, más de lo necesario y quiso dar la campanada más alta de la cuenta. Céspedes libertó a los esclavos en Oriente, los suyos primero que otros, pero no queria meterse a libertarlos a todos en el territorio revolucionario, temeroso que esto trajese complicaciones y que muchos dueños de esclavos que estaban por el separatismo se fueran a voltear y negarle su concurso. -

No pudo contenerse Manengue.

-Y Agramonte- dijo- que era un espiritu liberal verdad y superior al de Céspedes, queria la ley igual para todos, es decir que la revolución se declárase en contra de la esclavitud. ¿No es eso?—

Charles Doors creyó del caso.

-Oye, Manengue, ¿no prometiste callarte hasta que terminase Medina?—

-Si, pero no puedo dejar pasar esa grilla.

-Grillas no,- contestó Medina con mucho aplomo- -Pongamos las cosas en su lugar. El Camaguey es un pueblo que se ha distinguido en nuestras dos guerras por el mucho legislar, Las gustó siempre estar pasando leyes, vinieran o no al caso---Céspedes

temia la deserción de muchos separatistas que tenian esclavos. Era lógico....él queria la libertad para todos, pero como politico comprendia que podia salirle mal la cosa y esperaba. Agramonte la emprendió con Céspedes sin ton ni son y lo acusó, lo insultó por no haber decretado la libertad de todos los esclavos en general, La verdad, te lo digo, con sinceridad, me parece más grande Céspedes alzandose contra de España en "La Demajagua" y dando libertad a sus esclavos, aunque se negase a darsela a los otros por el momento, que Agramonte, que no tenia un solo esclavo, metiéndose a arreglar el mundo y a redimir las propiedades de otros, y acusar a Céspedes en la forma calunniosa que lo hizo.—

Hernandez volvio a promediar.

—Bueno, pero oye, Medina, la cosa es que hemos sujetado a Manengue para que no interrumpa, pero tú haces tantas disgresiones que vamos a llegar a la Habana sin saber que fué lo que don Tomás le hizo a Céspedes.—

-Si hombre, si allá voy, si allá llegarémos- contestó Medina.

Y siguió su relato.

—Agramonte tanto dió que por fin se formó el gobierno en la manigua. Todos han reconocido que no solo no ayudó el elemento civil en la manigua para hacernos más pronto independientes, sino que tanto en la Guerra de los Diez Años, como en la de 1895, precisamente por no querer esperar y tener república en la manigua y querer de a porque si hacer ciudadanos, donde lo que hacia falta eran guerreros, estuvimos siempre en pique en la revolución los civiles y militares. Nosotros hemos dado

el ejemplo de ser la única colonia sublevada en América que contaba con mas burocrátas que soldados, porque cuando apenas si habia rebeldes para combatir ya teniamos un ejercito de cobradores de contribuciones en las comarcas sublevadas. Si Céspedes, de capitan general, o de cualquier otra cosa, hubiese sido el único a mandar, y no sujeto a tanto politiqueo la Guerra de los Diez Años se la ganamos a España. Pero es natural, a Agramonte le gustaba mucho echar discursos, y tanto dió que vino a formarse la república en territorios que no poseiamos más que horas para tener que salir safando, y esta república imaginaria tomaba el aspecto que era invadida cada vez que venia una colunna española, con el resultado que haciamos los papelones más contradictorios, nos combatiamos entre militares y civiles, donde no debia haber más que guerreros, y el enemigo nos zurraba la badana a los unos y los otros.—

—Lo mismo nos la hubieran zurrado si Céspedes es el único a mandar- objectó Manengue.

—No te digo que no, pero me atengo a lo que dice la critica histórica de los hechos y no a lo dudoso.—

Prosiguió.

-Sigámos. Esta Cámara Insurrecta, Cámara de Representantes de las Comarcas Sublevadas no hizo más que pronunciar discursos, pasar leyes y más leyes que no se podian cumplir, y quererlo volver todo al revés, queriéndo que fuesemos republicanos antes de tener nepública que debia ser cuando se expulsara a los españoles de la isla. Bien, algo que parece cosa de chiquilllos, sino fuese que dió resultados tan trágicos. Es natural, tenian que salir con

la suya no importaba la que sucediera, y se destapó una de oradores manigueros....y como es natural, nada más que para criticár, aunque para pelear no servian, y cuanta operación militar se realizaba era fiscalizaba con la rigidez que pudiera hacerlo el imperio alemán, y sobre todo las que efectuaba Céspedes. Y entre los que más figuraban en estas criticas y que no encontraban nada bueno estaba don Tomás, que representaba la zona de Bayamo, Zambrana, que siempre estuvo dirigiéndo alocuciones a las matas de aguacates y Ramon Perez Trujillo, el mismo que fué secretario de la Cámara, y que después negoció el Pacto del Zanjón y echó aquella verguenza sobre los revolucionarios verdaderos. Porque....a fin de cuentas....los titulados de dictadores y tiranos por los oradores manigueros no se sabe que capitularan; los unos murieron a manos del enemigo y los otros marcharon al extranjero; pero no capitularon que es a lo que vinieron a parar los oradores y la Cámara. Es decir que después de tanto criticar fueron ellos los que enterraron la república....—

—Alto ahi- dijo sentencioso apuntando con dedo rugoso y largo el viejo Miguel Benavides, el cual habia permanecido callado hacia rato. -Alto ahi, la república se hundió por Vicente Garcia que se sublevó contra la Cámara, de ahi en adelante la guerra estaba perdida.—

—No le digo que no- contestó mesurado Medina -¿pero por qué se sublevó Vicente Garcia? ¿Sabe por qué se sublevó?—

—Porque no quiso obedecer al gobierno de la república, que era la Cámara.—

—No, señor, está usted equivocado. Vicente Gar-

cia se sublevó, porque aunque la Cámara debia conocer la revolución y su pueblo algo, quiso ignorar que el cubano es localista por excelencia y le ordenó a Vicente Garcia que con la División de Tunas invadiese Occidente, y Garcia se negó, porque sabia que a los Tuneros no habria fuerza capaz de sacarlos de su territorio, no lo seguiria nadie y tendria que invadir él sólo. Occidente estaba que ardia, ya Maximo Gomez habia sido empujado para atrás, y Vicente Garcia sabia muy bien que si se metia a iniciar la invasión, los Tuneros se le desertarian. Se lo advirtió a la Cámara de ese peligro; no le hicieron caso a esas advertencias, y como verdaderos déspotas ordenaron que invadiese sin tardanza, Como no les hizo caso lo destituyeron, como hicieron con Quesada, con Céspedes, con Máximo Gomez, pero ahora se encontraron con la horma de su zapato, que en lugar de aceptar la destitución les fué encima con su gente y les hizo dar a los palucheros más carreras en Lagunas de Varona que las que habian dado huyéndole a Balmaseda.-

—Pues Sanguily en las "Hojas Literarias" dice que la verdadera causa de la desobediencia no fué esa, y dice que si Máximo Gomez no da el combate de las Guásimas, que debilitó la insurrección no ocurre la desunión y no se amotina Garcia- dijo sentenciosamente el viejo emigrado Rafael Montes de Oca.

Manengue se metio de seguida en la discusión.

-Sanguily puede decir lo que le dé la gana. El tal Sanguily fué otro candelita de basurero, que se la pasó haciendo leyes y obstaculizando también. Ese era también del grupo de los palucheros que sufrió la revolución y ayudó a matarla. Además—

agregó después de corta pausa,- Sanguily hablando de la libertad me hace el efecto de si hablase Weyler. Usted, Montes de Oca, sabe bien quien era el tal Sanguily, Mejor se las podia entender uno con el rey de España que con hombre tan orgulloso y de tantas infulas, y que tanto despreciaba a su pueblo. Acuerdése cuando la Infanta Eúlalia visitó la Habana, porque la hicieron un gran recibimiento, Sanguily desde Nueva York, donde no le podian quemar el pellejo, publicó que el pueblo de Cuba era un pueblo de esclavos y que la única manera de libertarlos era llevar dos cientos mil irlandesés de esos que andaban borrachos por las tavernas de Nueva York, y botar de alli los españoles. Un verdadero déspota el tal Sanguily, mi amigo.—

—En eso si que estamos casi de acuerdo- contestó Medina -un ensoberbecido porque sabia leer y escribir mejor que los demás y se creia un Dios y todo lo criticaba.—

Intervinó Hernandez de nuevo.

-Pero, por Dios, Medina, no hagas caso sigue lo que tenias que decir de don Tomás.—

—Allá voy, hombre, allá voy. . . .Estábamos en que todo lo que hacian los militares lo criticaban los civiles, y lo q. hacian los civiles lo criticaban los militares, Bueno, pues Céspedes propuso para mandar el ejército revolucionario a Manuel de Quesada. ¿Qué era su cuñado? Lo sé; pero era el único cubano que sabia mandar, Habia sido general en Mejico donde peleó contra los franceses a las ordenes de Juárez. La Cámara lo aceptó, y una de las mejores expediciones que desembarcaron en Cuba fué la de "El Galvanic" que desembarcó por la peninsula del Ramón.—

Hizo una pausa Medina, Hilaba sus recuerdos. Comprendia que Manengue debia haber leido o oido leer en las tabaquerias tanto como él. Además, Manengue, si bien era un hombre duro era más joven que él y estaba poseido de esa memoria rápida y feliz, y él en cambio, agotado por el trabajo y las enfermedades. Y continuó.

—Céspedes nunca fué militar de mucha monta y fuera de la toma de Bayamo hizo poca cosa, Pero el otro si, era militar. De poco le valio también; perque gente más indisciplinada y discola y enemiga de que se la someta al orden, no la hay más grande que el cubano, y sobre todo cuando se vuelve revolucionario.-

-En eso, en eso...- dijo con voz fañosa el viejo emigrado Jose Cotanda -en eso....en eso te doy la razón. ¿Te acuerdas lo que pasó con Jordan?-

—Ahi, ahi lo tienes, el general Jordan, un general verdad, que lo trajeron de los Estados Unidos para mandar los cubanos. ¿Qué dijo a los pocos meses de estar en Cuba? ¿Qué es lo que dijo? Pues dijo que los cubanos eran muy indisciplinados, que no servian para nada, que no ganarian la guerra porque combatian mucho más entre si por mandar que lo que combatian a los españoles, y con la misma, tanto lo fastidiaron, que tomó la maleta y se marchó. Y....era un general verdad, que dió dos batallas y los dos las ganó. Pero a la verdad, somos indisciplinados, y ambiciosos y discolos- hizo una pausa -es decir, lo son los que les da por eso.—

Volvió a reasumir sus recuerdos. Y continuó.

-Don Tomás era el parlanchin más grande que se conoció en aquellos tiempos y no le perdia pié ni pisada a Céspedes para criticarlo viniera o no a

pelo.—

Manengue no esperó mas.

-Bien, ¿no estaria viendo si asi criticando lo hacian a él presidente? ¿No fué finalmente presidente también?—

—Si, hombre, lo fué, en la guerra aquella que duró diez años tuvimos diez presidentes, uno por año.—

Manengue se pasó la larga mano por entre sus melenas gris negras, como si con ello sacudiese su entendimiento dormido.

—¡Ah, si, ahora me acuerdo,, si, hombre si....! Ahora me recuerdo, si, lo capturaron los españoles corriendo por un monte con una maleta cargada de papeles colgada del pescuezo, alli iba toda la república cubana.—

Todo el que ha viajado sabe que el mar infunde tal respeto que con raras excepciones los viajeros maritimos en todos partes del mundo sienten serenidad y quietud. El liquido elemento capaz de hundir dentro de si en un momento dado a los más valientes y cobardes influye en ese silencio, mutismo prevalente en los viajeros de todo buque, en que cuando se habla es en tono mesurado, pero en que las discusiones no toman el aspecto agresivo de alzar la voz, que es frecuente en otros sitios. El mar azotando las bandas del buque, la inmensidad del océano donde caben fácilmente todos los problemas a resolver, que nos priva de la vida rápidamente hacen del pasajero un ser apocado y en que los brios oratorios no se manifiestan. Pero, ¿seria ésta una excepción? ¿O será que el cubano cuando el fulgor patriotico aparece se coloca por encima del ambiente que lo rodea y que domina los demás

seres?

Aquellos cubanos, y en especial Manengue, habian atraido la atención y los demás que eran también en su mayoria emigrados de largos años se iban acercando y sumando a la discusion con la misma franqueza que lo harian en un cafetin de barrio.

La discusión, aparte de su relativo valor histórico estaba salpicada de ese gracejo peculiar a cierta clase de cubanos, en que la inteligencia natural suple con superabundancia los conocimientos, y a las veces los iguala. Es raro el encontrar diez cubanos juntos sin que nos tropecemos con a lo menos uno del tipo de Manengue y otro del tipo de Medina.

Los cubanos, en fin, que iban en el buque, muchos de ellos antiguos conspiradores, no conocian mucho y menos habian analizado criticamente la historia de su propio pais. Verdad es que poco substancial se habia escrito de ella, cosa de notarse pues no obstante haberse hablado tanto de Cuba y sus guerras, adorando en exceso sus héroes y mártires, el conocimiento, empero, de la verdad histórica en el pueblo era limitadisima, sobre todo teniendo en cuenta que la última epopeya libertadora en América, la de Cuba, distaba solamente poco más de un cuarto de siglo.

Por lo demás al cubano le gusta por excelencia el discutir, mucho más que el saber por medio del libro o por documentación irrefutable. No es patrimonio exclusivo este de una parte o de todo el pueblo de Cuba que siempre fué más fácil aprender de viva voz, siquiera los conocimientos fueran imperfectos, que tomarse el trabajo de leer y estu-

diar con los examenes lógicos de tiempo y distancias. Y por eso también los sucesos históricos, literarios o artisticos, asi como la maldad, la virtud o la belleza en nuestro pueblo se han transformado de su pristina verdad a medida de la poderosa imaginación, que siempre fué muy nuestra, y en la que razonablemente, pudieramos vanagloriarnos de superioridad sobre otros pueblos, aunque quizás por eso los hechos a veces queden tan desfigurados que se semejen leyendas.

Los que se acercaban iban sintiendo comezón por echar también su "manita", Los politicos dieron siempre mucho que hablar en Cuba, y mucho más aún para censurar. De manera que creemos que muy poco habria de eucontrarse criticable en esa tierra si no fueran sus politicos, y la educación por los mismos impartida, y precisamente por esos politicos y por sus actuaciones se nos juzga en el extranjero, desgraciadamente siempre para desdoro del pueblo de Cuba.

Un viejo de cara acaballada, de largos y retozones bigotes, de ademanes fuertes, entraba ahora a formar parte en la discusión, no sin antes hacer saber enfáticamente a los oyentes que hablaba con autoridad.

-Yo sé lo que me digo... yo sé lo que me digo- afirmó enfático y estirando hacia la cara de los oyentes una mano largusima, rugosa, como la raiz de un árbol, el viejo Calisto Cabrera Camacho, que hizo saber de seguida a los oyentes que hablaba con autoridad, pues habia sido compañero inseparable de Marti.

—Yo sé lo que me digo....Yo sé lo que me digo....Don Tomás fué un santo y hasta sus ene-

migos politicos lo han reconocido a su debido tiempo- dijo con vozarrón que dominaba el ronco océano que se estrellaba en las bandas- todos han reconocido- repitió- que don Tomás fué un santo.... Es muy fácil hablar por hablar. . . .Manengue, por ejemplo, está hablando de cosas que sucedieron cuando él era un muchacho, y que habrá leido en los periódicos de Cuba, que valen bien poco por cierto, por lo general periódicos chantagistas, empezando por el desgraciado "Diario de la Marina," y acabando por las revistas pornográficas que alli se publican.—

Aquella voz dominante, los ademanes fuertes y enérgicos, su mano rugosa, que se sacudia al aire, tal agresividad, que impuso el silencio a los maldicientes..

Hernandez promedió.

-Pero, Mr Camacho, por Dios. Estamos interesados en saber lo que dice de don Tomás este Medina, Dejélo hablar y terminar y después. . . .

—No, si yo nada tengo que argumentar a lo que dice Medina, pero si a lo que ha soltado aqui este Manengue, Este habla por hablar.—

Manengue obtó por callarse. La sombra de la personalidad de Calisto Cabrera Camacho se proyectaba lugubre en la emigración. Conociase demasiado que por una pequénez soltaba una bofetada, y también que corriendo una cosa de juego en West Tampa habia hecho morir de manera misteriosa a algunos.

—Bueno- siguio Medina. -Don Tomás fué presidente de la república en armas, y andando por los mentes, perseguido, fué capturado por los españoles.—

Manengue volvió a interrumpir.

-Si, y cuando lo hicieron prisionero capturaron a la república cubana toda. No era la primera vez. Los politicos en la guerra fueren más funestos que los mismos guerrilleros. Don Tomás andaba con un maletin colgado del pescuezo y con otra maleta que la llevaba un negro. Alli iba por el momento todo la república cubana, y cuando los españoles lo capturaron después de muchas carreras, no lo quisieron matar, porque los españoles no eran tan bobos que no supieran que estos politicos eran los mejores aliados que ellos tenian, porque andaban siempre en pendencia con los rebeldes, con la gente armada, los verdaderos libertadores, y los españoles sabian que estos politicos servian mejor que ellos mismos la causa de España.—

—Mientes, mientes en eso, Manengue- dijo violento y sentencioso el viejo Camacho.

-No, no miento, Mr Camacho, no miento. La critica histórica se ha encargado de poner las cosas en su verdadero lugar. La guerra de los Diez Años no fué una guerra contra los españoles, fué una perenne pendencia entre los jefecillos por quitarse los mandos. Los cabecillas, no los soldados; los soldados no eran otra cosa que los negros esclavos que venian huyendóle al cuero que les sonaban en cafetales y ingenios.—

—¿Cómo los negros? ¿Cómo los negros?- gritó airado Camacho- ¿Qué? ¿Máximo Gomez era negro? ¿Agramonte era negro? ¿Céspedes era negro? ¿Calisto Garcia era negro? ¡Vamos, vamos, Manengue, que hablas como hijo de un guerrillero....!

—No, no, hablo con la verdad en la mano. Usted Mr Camacho habrá conocido y tratado mucho a

Marti y a otros, pero yo he leido las Memorias de Máximo Gomez y él mismo dice que el 80 por ciento de los rebeldes de la Guerra de los Diez Años eran negros que huian de la esclavitud y se incorporaban a la rebelión.

Hizo una pausa y agregó;

-Ahora, que si usted se cree con más autoridad que Máximo Gomez para hablar de estas cosas, entonces me callo......

El viejo Camacho se quedó meditativo. A la verdad que Manengue lo habia "descacharrado," Pero acostumbrado también a los torneos de tabaqueria, dijo pausado y convencido.

—No, hombre, no, no, digo que tenga más autoridad, pero si te digo que los politicos no hicieron todo lo que tú les atribuyes. Fué y es nuestro modo de ser, que somos discolos, que no queremos obedecer a nadie. ¿Es qué acaso entre los rebeldes y sin la intromisión de los politicos no andaban a la greña? Si no fuera que nuestro pueblo es asi no harian juego de él los politicos. Es que no tenemos sentido politico ninguno, que no servimos. "That is all." (Ese es todo)—

Manengue notó que el viejo Camacho estaba muy excitado, sabia lo violento que era y salió del paso diciendo;

—Bueno, al fin hemos convenido en algo yo y usted, Mr Camacho, es decir que no servimos para nada, que somos una real porqueria. Eso, eso mismo.

Medina vio los cielos abiertos. Era hombre muy pacifico. Conocia muy bien a Camacho y también a Manengue. y ya estaba arrepentido hasta de haber disertado, porque veia en su poderosa imaginación al viejo Camacho levantarse, echarle la mano al

cuello a Manengue y ahi te va Manengue por la borda y ¡zas! al mar y en la boca de los tiburones.. Y el escándalo.... Le huia al escándalo, él que era tan puntilloso, y ¡nada menos que a bordo de un buque y donde tantos americanos los estaban observando!—

Y comenzo a hilar de nuevo para acabar ahora pronto.

-Bueno, voy a terminar. Don Tomás fué el qué más encarnizadamente persiguió a Céspedes.

Pausa.

La Asamblea o Cámara Revolucionaria habia acordado destituir a Quesada. No se sabe aún porque razón. Unos dicen que Quesada dió dos o tres buenas acciones de guerra, y con la misma se ''encasquîlló'. Los más dieron como razón que queria hacerse dictator, Fuese lo que fuese, la verdad es que la Cámara, una media docena de gatos, destituyeron a Quesada y mandaron la destitución a Céspedes para que la cumpliese como jefe de la república en armas.

Pausa.

-Todo el mundo sabe que fué una bofetada sin. mano. Céspedes se nego a destituir o deponer a Quesada y entonces don Tomás, Zambrana, el Perez Trujillo, total unos cuantos, se reunieron debajo de unas matas de mangos y después de hablar mucho de patriotismo y muchas boberias más, atacaron a Céspedes, que compararon con Balmaseda, el general más sanguinario que España enviase a América. Don Tomás, que era elocuente y arrastraba a un grupito de Bayamo, hizo la proposición de destituir a Céspedes y salió con la suya.-

—Bien, yo respeto mucho los viejos patriotas de

los Diez Años- dijo Rodolfo Benitez -otro hombrecillo enteco, que pasaba de los setenta y habia seguido atento el debate,- yo respeto mucho los viejos patriotas, pero a la verdad, sin acusar a nadie, y hablando en justicia, la Cámara estaba disgustadisima con Céspedes. La revolución se habia convertido en pelea perpetua entre Asambleistas y Céspedistas y la Cámara no vió otro medio sino cortar por lo sano y quitar del medio a Céspedes.-

—Bien- dijo Medina -admitamos eso, que la Cámara estuviese justificada, que lo dudo mucho, porque ellos eran en este caso juez y parte, Pero, ¿qué es lo que se hizo con el Padre de la Patria, con Céspedes?—

Pausa.

-Se le calunnió, se le degradó, se le desttuyó, porque se le quitó del mando supremo por rivalidades, todo eso era mucho, pero es que no se le dijo siquiera,- no sirves como presidente, no sirves como general, pero si sirves como soldado; incórporate a la fuerza tal -Ya eso hubiera sido mucho, un verdadero sonrojo, pero, ¡ni siquiera eso!....Se le destituyó acusándolo de tirano, palabra muy favorita del cubano cuando quiere quitar del medio al gobernante, pero es que se le arrojó del campamento mambi a la merced de sus enemigos.—

Hizo otra pausa y prosiguió.

-Cuando se estudia nuestra historia, compatriotas, viene uno a la conclusión que hemos sido terribles e implacables con los más genuinos revolucionarios y muy consecuentes y muy mansos con los enemigos de la revolución....Céspedes fue arrojado del campamento mambi y por el que dirán le nombraron una escolta. ¿Pero qué escolta? Un sólo hombre,

José Lacret Morlot, que era entonces capitan. Yo creo que esto lo hacian hasta para espiarlo, ¡porque nombrar semejante escolta a un hombre tan perseguido! ¿No estarian pensando que Céspedes, despechado, se pasaria al enemigo?—

Medina ahora siguió hablando con el calor del fervor patriótico ante la injusticia cometida.

—Don Tomás, si, don Tomás fué el verdadero causante. Ese crimen tenia que pagarlo. El fué quien abofeteó la dignidad del Padre de la Patria. Céspedes, enfermo, viejo prematuramente, y sin recursos, ya que todo lo dió a la revolución, sin guardianes que lo protegiesen, el hombre en quien tenian los feroces integristas puesta la mirada. No se sabe lo que Céspedes haria, pero se cree que esperaba un bote para irse de Cuba por la costa de Oriente.

Pausa.

-Se habia quedado casi ciego, y asi, metido en los montes estaba aquella mañana en que iba a perecer como un mártir. ¿Quién condujo los miserables guerrilleros a aquella casita junto al barranco en el bosque? ¿No fué un espia cubano? ¿Quién dió el soplo a la guerrilla que alli estaba Céspedes?.... ¿De dónde vino la miserable entrega? ¿Cómo murió?....Unos dicen que se suicidó al verse acorralado; otros que las balas de los guerrilleros lo alcanzaron cuando se despeñaba por el barranco. Pero, sea como sea, de un modo o de otro, don Tomás sabia que la sombra de Céspedes lo perseguia....Los guerrilleros fueron crueles, que profanaron su cadáver. ¡Dicen que eso era la rudeza de los tiempos!....Tenia que morir y alli era mejor, que si lo llevan para la Habana alli no le

hubiera faltado nada para ser un Cristo. Lo habrian montado en un mulo, paseado por las calles y después de apalearlo, y vejarlo, fusilarlo en medio de una plaza pública y después pisotear su cadáver o quemarlo, como lo hicieron con Agramonte.-

Hizo otra pausa.

Pero. en tanto que todo cubano conoce que los españoles mataron a Céspedes, los politicos cubanos y sus escritores se han encargado de dejar en la obscuridad todas esas cosas que condujeron a la muerte al Padre de la Pàtria, es decir, la labor insensata de los propios cubanos....—

Todos convinieron en este respeto, pero Manengue, de suyo amigo de llevar la contraria arguyó;

—Céspedes no tenia las dotes de un verdadero libertador, Era un rezagado, nada mas que un rezagado, y si bien es verdad que alli habia muy pocos que estuvieran sirviendo a Cuba, y que por sus traiciones hicieron terrible daño al pueblo cubano, no te olvides, Medina, que Céspedes era un hombre inútil, lleno de ambiciones, y que si todas las cosas deben estudiarse en sus origenes, Céspedes fué quien sembró la semilla de la traición, pues él fué el primero que comenzó por traicionar a Aguilera.—

—Ahi, ahi, esa es la verdad. Le diste en el clavo--exclamó Luis Velasco, un hombrecillo pálido, de grandes ojos negros, y ademanes nerviosos como si fuese un epilépico.—

—Bueno, eso está por veremos, está en veremos--replicó el viejo emigrado Carlos Magriñat, y agrego.—

—Hay quienes aseguran que Céspedes hizo lo que hizo porque no lo pudo evitar.-

—¿Quién lo dice?— preguntó airado Velasco.

—Yo lo he leido hace poco— contestó Magriñat:

—Si, pero lo que usted ha leido es lo que ha publicado el hijo de Céspedes. Es natural, los hijos agradecidos. El hijo, que como politico es tan inútil como el padre, ha salido a la palestra cuando hurgaron en la traición que hizo Céspedes a Aguilera, pero la verdad, como dijo don Jose de la Luz Caballero, es la que nos pondrá la toga viril.—

—Bueno, ya no afirmo nada, digo que está por probar— replicó Magriñat.

Velasquez se afirmó en el asiento.

-Pues yo digo que está probado- afirmó Velasco, -el verdadero Padre de la Patria si hubiese justicia seria Aguilera y no Céspedes, Eso lo sabe cualesquiera.—

El viejo Calisto Cabrera Camacho creyó del caso el dejar sentir su autorizada palabra en aquella forma firme, sentenciosa y profunda en que presentaba sus hondos pensamientos.

—Al viejo Aguilera si hay que reconocer que no hay peros que ponerle, pero tengo que correccionar algo de lo dicho por Manengue, que Céspedes era un ambicioso, pues yo sé que los emigrados de Cayo Hueso hicimos una colecta para comprarle una espada de oro y la rechazó, y dijo que se vendiera la espada y se dedicase el dinero a la patria.—

Manengue entró en discusión entonces.

-¡Golpes de politico, hombre, golpes de politico! Pero que era un ambicioso y que si lo dejan se hace dictador, esto lo saben hasta los gatos.—

Manengue en su forma suelta y disoluta comenzó a esbozar a su manera al Padre de la Patria.

—Todo el que se haya tomado el trabajo de leer

un poco sabe, por lo que dicen las gentes imparciales, y no lo que diga un hijo agradecido, que Céspedes traicionó a Aguilera y de muy mala manera.—

Y fué apareciendo, retratada por su viva imaginación la silueta del Mártir de San Lorenzo.

Un abogado sin pleitos, arruinado; porque a Céspedes le gustaban mucho los viajes, y disipó pronto el patrimonio paterno. Cuando se cansó de viajar y de botar dinero se metió en Cuba. Andaba por Bayamo sin casos que defender. El ingenio 'La Demajagua'' era ya una ruina, con sus calderas viejas; los negros eran una carga por lo viejos y matungos que estaban y lo mucho que comian y alli no habia fortuna de ninguna clase. Por el tiempo aquel ya Céspedes estaba a lo que ''se té cayó''. Aguilera, en cambio, era el hombre más rico en todo Oriente y quizás de la isla, con grandes contingentes de esclavos, dueño de potreros tan grandes como provincias y con una fortuna en metálico que se calculaba en varios millones de pesos en oro. Era el patricio verdadero, que sacrificó todo por Cuba. Era el verdadero Padre de la Patria.

IV

Volvianse las miradas a don Pancho Mendoza, lector que habia sido de tabaqueria; anciano que pasaba de los ochenta años; amigo intimo que fuera de Aguilera. Las grandes, blancas barbas del anciano caian sobre su pecho inspiradoras de respeto. Manengue, sin argumentos ya, se dirigió al anciano.

—Vámos Mr Mendoza, usted es el que va decidir. Cuenténos algo; usted lo sabe y lo sabe bien.-

Excusóse Mendoza; pero tanto Charles como Medina le insistieron. Sabian que habia conocido personalmente a Aguilera, y que por su edad, más de 80 años, habia vivido aquellos dias lejanos.

Mendoza al fin cedió y su palabra firme y mesurada fué presentando a Aguilera.

Cuba habia sido el único pais de la América que no habia generado la revolución en su propio seno. Las revoluciones de los distintos paises de América habian surgido dentro de los mismos con las influencias externas naturales en las épocas en que se realizaron. La de Cuba, por el contrario, fué importada y fué impuesta. Deede los primeros inicios se ve la tendencia de una exigua minoria imponiéndose a todo un pueblo. Era un defecto original. Las cortisimas emigraciones de gentes enormemente ricas inician los primeros empeños. Desde los años 1840 a 1850, Nueva Orleans es la cuna del separatismo y del anexionismo. Narciso Lopez fué el in-

trumento, el primero que "de a macho" quiso imponer la separación y sus dictados a un pueblo eminentemente español, más española esta provincia que las mismas provincias españolas de Europa. Los expedicionarios de Narciso Lopez, extranjeros, con una sola posible excepción, no combatieron tanto contra tropas de linea importadas de España, como contra los propios cubanos, que servian bajo la bandera de España. Aquella invasión, la primera del separatismo, se encontró con el paisanaje armado, sobre todo el campesinaje armado, que atacó a los expedicionarios, los persiguió y exterminó con saña de cazadores de piratas. El pais cubano ofreció a este primer impositor un desamparo horrible. Este aventurero, al que apoyaba una minoria de hombres ricos y ambiciosos, situados en la emigración no se le permitió descansar un sólo minuto, no pudo reclinar la frente sobre la tierra que anhelaba emancipar, Fué combatido sin tregua, Al tomar a Cárdenas, donde por primera vez ondeara la bandera de la estrella solitaria, apesar de su efectivo éxito contra el paisanaje y soldados, se le incorpora un sólo hombre, el portorriqueño Felipe Gotay. ¡Qué odisea aquella de los expedicionarios del "Creole" y el "Pampero"....!

En el cafetal de Frias derrota al ejército colonial, matando al general Etna. Avanza contra el cafetal la Iberia y derrota a Elizalde, pero el pais no lo secunda, lo ataca furioso, y lo que no pudieron los soldados coloniales lo logra el campesinaje, que bate en guerrilla al invasor, lo aniquila, lo va dejando maltrecho, hambriento y sediento por los caminos, para recogerlos después como se recoge a animales sueltos. Los lleva para la Habana, en

"piaras" y alli son fusilados 250 de ellos entre los cuales hay 125 americanos. El Castillo de Átares baña en sangre sus laderas, Los integristas meten las bayonetas en los vientres de los fusilados y corren por las calles de la Habana, llevando pedazos de visceras en los cortantes filos. Nareiso Lopez muere en el garrote vil, el pago a los traidores y renegados. El mundo contempla que Cuba es española y que un grupo insignificante no puede imponerse a todo un pueblo. Aunque parezca paradójico, es la única ocasión en que el pueblo de Cuba se afirma en un ideal definido de no dejarse imponer por minorias y no se amedrenta con su desastre.

Pero la minoria cubana, pues minoria ha sido en todas las contiendas, suple al número con la acometividad y suple la fuerza con la astucia, usando medios buenos y malos para vencer, para imponerse a la mayoria. Es como un designio, un atavismo de los primeros tiempos de la historia, donde el grupo corto que forma castas por su valor y destreza en las armas, se impone a todos y después habla en nombre de un pueblo al que jamás convenció, pero al que se le impuso, siendo el miedo el factor decisivo.

Aquellas minorias incignificantes de 1850 no se dan por vencidas, Las expediciones de Goicuria, Quitman y otras, asi como repetidos intentós resultan en otros tantos fracasos, y llevan al convencimiento a la minoria que para atacar y atacar con éxito es necesario meterse en el propio pais, que la revvolución es una semilla que hay que regar continuamente con sangre hasta que de arbolito insignificante sea roble lirico y potente, y sobre todo que la revolución tiene que ser cultivada de adentro.

Allí al llegar ese lapso histórico es que aparece Aguilera. ¿De qué podría querellarse? ¿Qué le había hecho España? Bajo la bandera de los conquistadores y precisamente por la esclavitud que implantaron y que les echó encima culpas sin cuento, pudo él tener esclavos, como cepas de platáno en sus potreros y ser inmensamente rico. Lo más exigente de la vida de los tiempos era alcanzable para él. Los esclavos le lavaban los pies a él y a sus hijas. Hubiera querido ser grande de España y con sólo una indicación lo hubiese obtenido. Mas Aguilera nunca habló, nunca protestó; pero tampoco nunca se acercara a donde el gobierno colonial. Planeaba secretamente la revolución, Vendió miles de cabezas de ganado para acumular millones y comprar buques cargados de armas hasta el tope. Queria tener miles de hombres convencidos y preparados. Dar un golpe único, energico; ser victorioso contra el gobierno colonial y ahorrar derramamiento de sangre. Un golpe hábil, enérgico, atrevido, algo asi como aquellos que trajeron la independencia de buena parte de America Central.

Para mejor conectar los hombres del pueblo, que tanto de útil llevan en si, abrió aquella carniceria en Bayamo. Salia a caballo y visitaba las más lejanas comarcas; habia no que buscar hombres, que ésto ya por si era muy peligroso; habia que descubrirlos con un estudio genial, sútil; el momento era de alta traición y todo conspirador pagaba con su vida. Y como un quimico, en el silencio del gabinete, él iba descubriendo el elemento revolucionario, como un esencial necesario. Era muy delicado el caso; el pais en general juzgaba todo movimiento rebelde como anexionismo. El convencia que

no, y su alcurnia, su vida de campesino era como el fiel que inclinaba la balanza en favor del determinismo separatista, que pugnaba por brotar en un terreno naturalmente cubierto por el integrismo, La obra de Aguilera de no haber sido traicionada hubiera independizado a Cuba, sin darle tiempo a los reyes a mover sus tropas sobre la colonia.

Fué Aguilera el que convenció a Céspedes para que entrase a formar en la conspiración, y asi llegó Céspedes a ser parte del Comité Revolucionario, representando a Bayamo. El recien llegado desde el principio se mostró contrario al plan de Aguilera, de intensa disciplina y de preparación. Para él los planes de Aguilera tomaban mucho tiempo para ser ejecutados. Él creia en una revuelta sin preparación, un movimiento que pudiera llamarse suicida. Su superioridad intelectual, su fogocidad en el discurso, ganó pronto el ascendiente y fué apoderándose de los conspiradores y minando los planes del patriarca bayamés. Logro por fin que Aguilera señalase plazo fijo para el levantamiento, pero con el acuerdo, que si se presentaba lo imprevisto, y el gobierno colonial descubria la conspiración, entonces cada cual de los revolucionarios actuaria por su cuenta y se alzaria.

Mendoza continuó.

—Nunca el viejo Aguilera me dijo porque fué Pero a lo menos con tres meses de adelanto y sin que le avisaran y pudiera terminar sus planes, Carlos Manuel se alza en el ingenio "La Demajagua', el dia Diez de Octubre de 1868. Se vienen a tierra los planes de Aguilera. Después Carlos Manuel se declara jefe de la revolución. Ahora, yo no sé decir si fué por traición. Aguilera nunca me lo dijo, y

miren que lo trate mucho en Nueva York.—

El anciano era oido con el augusto respeto de una reliquia del viejo tiempo héroico.

¿Qué habia hecho el patriarca? Se habia alzado en armas a su vez con un grupo de veeinos, La precipitación de Céspedes no solamente destruia los planes de Aguilera, si que ponia en inminente riesgo la vida de los conspiradores y en especial de Aguilera. De ahi en adelante. el generoso paladin, no muestra nunca su desaprobación. El gobierno colonial no podia confiscar gran cosa a Céspedes, pero arruinó por completo a Aguilera. Este no ofreee un solo reproche, acepta a Céspedes como jefe, y su personalidad se agiganta cuando pasa a Nueva York y alli figura siempre al frente de las Juntas, El dinero que llega a sus manos es sagrado .Lo olvida todo; como el amargo pan, y sus buenas hijas, que tuvieran esclavos para lavarlas los pies, trabajaban de costureras para los baratillos de la gran cosmópolis y él, viejo, achacoso, aeumula fondos para preparar expediciones y enviarlas a Cuba. Era grande, era noble, era generoso, Guardaba analogia su personalidad espiritual con su cuerpo. De grandes barbas, tenia el aspeeto sereno de los patriarcas biblicos, y su figura de apóstol lejano se agrandaba como si fuera un dios sobre el pico de una montaña. Muere en la emigración sin ver jamás la independencia de Cuba.

Manengue no esperó más.

—Si don Tomás fue el causante de la muerte de Céspedes, es una cadena de cosas indicadoras de la falta de patriotismo verdadero entre los unos y los otros. Céspedes traiciona a Aguilera por coger el mando, don Tomás lleva a la muerte a Céspedes

por quitarle el mando. Esa es la eterna lucha de nuestro pueblo, el "quitáte tú para ponerme yo", y asi es toda nuestra historia, sino fuera eso no habria historia de Cuba. Es una lucha en q. los revolucionarios verdaderos perecen por las ambiciones del grupo, y todos los platos rotos los paga, ¿quién? Liborio, que paga los platos rotos; Y ese Céspedes será el Padre de la Patria para muchos, no para los que conozcan un poco de nuestra historia.—

—Pues yo, sin negar que Aguilera sea el verdadero Padre de la Patria, he de decirte Manengue, que hace poco se esclareció esa parte- dijo senteneiosamente el viejo conspirador Rafael Montes de Oca -se ha publicado la verdad histórica y es que Ismael Céspedes, sobrino, según creo de Carlos Manuel, era telegrafista en Bayamo y pasó por sus manos el telegrama que venia del Capitan General Español, que desde la Habana notificaba al gobernador de Bayamo que detuviese a Céspedes por estar conspirando. El sobrino se lo comunicó a Carlos Manuel, y éste se alzó en armas.-

—A ese tengo yo que arguir- dijo Medina -que se ha refutado semejante cosa, y se dice que esa versión fué preparada por el hijo de Céspedes, pero no hay quien lo crea. Los revolucionarios de 1868 han convenido que Céspedes positivamente se adelantó a Aguilera, y que por eso tuvimos una guerra de diez años, donde hubieran bastado diez dias.... Pero, eso no quita que sea el Padre de la Patria. y no por lo que le hizo a Aguilera se me eculta que su grandeza era superior a la de los que lo combatieron y lo exterminaron. Don Tomás fué el más importante de ellos, y esa es my tesis. Tampocó esto es decir que después don Tomás no fuera gran

figura patria. He querido resaltar que venimos desde el comienzo seguidos por un designio y obscuro en nuestros pasos hacia la libertad. El caudillaje y el grupito, el deseo de mandar es nuestro mortal enemigo. Es como una cadena de fatalidades. —

El buque, entre tanto, seguia su rumbo fijo en busca de la bahia de la Habana. El aire fresco, viniendo de las amplias azuladas inmensidades, hacia deliciosos estos viajes en primera en este dia de invierno ligero. Los turistas americanos, muy cerca de donde se situaban los cubanos, observaban con interés á estos que discutian acaloradamente aquellos asuntos patrios.

El viejo Camacho habia ido por un tabaco a su camarote, y Medina y Manengue, centro de la discusión, seguian perfilando siluetas de la politica cubana.

Juan Hernandez, el viejo emigrado y conspirador, permanecia silencioso la mayor parte del tiempo. ¡Eran tantas las veces que habia oido discusiones semejantes....! Su memoria era pésima y por eso siempre eran nuevas para él. Por lo demás, a medida que el tiempo pasaba, le parecia que los personajes de la historia patria iban tomando otros contornos, bajo la critica implacable del presente.

Se descubria que el cubano, todas aquellas sus homéricas luchas, que aparentemente habian sido libradas contra el extranjero, en verdad habian sido contra si mismo. El cubano habia entrado equivocado en su jornada revolucionaria. El ideal de independencia sombreóse demasiado impreciso en los demas pueblos de la América, con la excepción de los Estados Unidos, verdaderos inspiradores. Mas, en tanto que traiciones y pendencias entre

los revolucionarios se encontraban en la historia de todos los pueblos, era evidente que el caso cubano era superior a todos. Las minorias imponiendose a las mayorias hacian nacer este aspecto horrible de tragedia eterna.

Para las emigraciones el patriotismo habia consistido en ideales y sacrificios, entusiasmo y fervor. ¡Pero cuan pocos habian actuado asi....! En los otros lugares el patriotismo habiase convertido en desenfrenada ansia de mando, y la Guerra de los Diez Años una incubadora de deserciones, de ambiciones, de traiciones a los mejores revolucionarios, destruyéndolos entre si, y produciéndose un fenómeno amoral que hizo brotar la guerra civil más salvaje conocida.

Para él, Manengue valia poco en muchos sentidos, pero era el pueblo, suelto y disoluto en el pensar, la inteligencia natural, el institinto de la muchedumbre, que sabe que la unidad y la disciplina y el orden son la base del patriotismo verdadero, cuando va a nacer una nacionalidad sobre la tierra.

¿Los defectos de origen eran atribuibles al pasado colonial? ¿ los habian heredado los colonos? No podia ser. Los españoles actuaban disciplinados, unidos; un rey, una bandera; un ideal de posesión y de conquista. España habia procedido y enseñado dentro de un sentido nacional neto. Las guerras civiles carlistas representaban tendencias enteramente antagónicas, verdaderas llamas de pasión de los tiempos. El carlismo era el pasado, que intentaba contra viento y marea vivir, y el republicanismo o liberalismo; la infiltración de una lucha continental; la Europa monárquica combatiendo a la Europa republicana.

¿No eran el presente y el pasado en su eterno embate en secular proceso de reorganización social? El asunto cubano era distinto. El presente, el separatismo, el pasado, el integrismo, no era lo que surgia perenne a la superficie, sino el choque continuo de los revolucionarios entre si, lo más importante del sangriente lidiar cubano. Grupitos que se combatian entre si, en tanto el enemigo venia en masa,, entrando libremente y ampliando la brecha sangrienta que dejaban los rebeldes.

Pensó si esto no seria el resultado de los pueblos en los que domina el inferior concepto de gobierno de las razas africanas, y los elementos étnicos y sociales, formatos de la colonia. El patriotismo era cosa muy distinta de lo que ocurria en Cuba, y aqui el negro pensaba como negro antes que como cubano, la masa heterogénea de la población era un bullir y rebullir de conceptos primitivos y antagónicos, el hijo del pais se encontraba frente a legiones de extranjeros, enemigos de todo lo que fuera innovación.

—No somos nada de patriotas, no tenemos nada de revolucionarios, no somos más que un grupo de colonos, discolos, mal avenidos e ignorantes— dijo dirigiéndose a Charles Doors.

Este, que tambien habia permanecido silencioso, reflexionaba. La verdad la veia por si mismo. El patriotismo en él habia consistido en un odio feroz a todo lo que fuese español, que lo habia hecho en sus años mozos cambiar su propio apellido, el apellido de su padre, Pero dificilmente le habia entrado en la cabeza otra clase de ideologia patriótica.

—Si- contestó Charles -quisimos echar al español

de Cuba y politicamente, y con la ayuda de un vecino interesado, lo echamos, pero se nos olvidó que el dominio politico es de poca monta, que lo vale es el dominio económico, y resulta que nuestros enemigos politicos de ayer son hoy económicamente más fuertes que en cualquier periodo de la colonia.—

—Si- agrego Medina -lo son, porque quien manda es quien tiene la fuerza económica, y algunas veces me imagino, aunque suene raro, que nuestras guerras de independencia que costaron la vida a medio millón de cubanos no se hicieron en beneficio del criollo, y si por razón especial de historia y lugar en favor del extranjero, en especial del español. No puedo explicármelo de otro modo. No sé como explicármelo. Sólo sé lo que se cuenta, y lo que nos leen en los talleres, pero si aquellas luchas fueron para hacernos salir de los dias obscuros del coloniaje, y hacer una nacionalidad y coger un pedazo debajo del sol, no puede comprender como es que después de la república el cubano sea menos cubano que antes. No me puedo explicar que estemos más envilecidos, que los que mejor vivan en nuestra tierra sean los extranjeros y los enemigos más encarnizados que tuvimos hasta ayer; porque de la Guerra de Independencia para acá media tan sólo una generación.

-Hay que convenir- agregó Hernandez- que hasta la entrada de Machado no hemos tenido un verdadero estadista. Es el único que está haciendo algo, hay en el más de nacionalismo y constructivo que de politico, y eso es lo que más me gusta de él.-

Aquello habia caido como una bomba, los jovenes protestaron.

—¡Machado estadista.... ! ¡Machado estadista,,!

—exclamó un joven delgado y enteco, de amarillez de ictericia. —Machado lo que es un tirano, un asesino de jovenes estudiantes y un ladrón de caballos.—

Aquella salida violenta y agresiva causó en la mayoria mal efecto y volviéronse hacia el irruptor miradas de muy mala inteligencia. Era el desplome de la capilla durante un severo culto. Los más que alli iban marchaban a su pais pensando en el orden impuesto, y en que la única esperanza que les quedaba, como emigrados preteridos, era Machado y su industralización del pais.

Camacho habia ocupado su asiento.

—Vamos, vamos, por partes— dijo con aquel aplomo y aquella verdadera autoridad que emanaba de su persona toda— vamos por partes, vamos por partes—

Y mordiendo la gruesa perilla de su tabaco, encendiólo pausadamente. Prosiguió.

—Vamos por partes, No debemos juzgar al gobernante por lo que digan cuatro politicos despechados, ni por lo que digan los periódicos chantagistas, en especial la prensa americana.—

Pausa larga y mesurada.

-Recuerden q, con todo lo que se diga,, don Tomás fué un santo y se le ha acusado de tirano, de viejo bobo, de incapaz, de muchas cositas más. No me refiero a lo que se ha discutido aqui, no, pero eso mismo lo han dicho o lo dijeron miles y miles de cubanos y formó opinion y se impuso. En los dias de don Tomás para miles y miles de cubanos don Tomás era poco menos que un Nerón. De José Miguel se le ha acusado de ladron y los negros cubanos dicen que asesinó impunemente cinco mil negros

por satisfacer deseos politicos. Recuerden que Zayas, que siempre fué pueblo, se le acusó en periódicos, en tertulias, en el chisme continuamente, que era un tirano, y le echaron todo lo malo arriba, incluso que se habia enriquecido mucho y enriquecido a los yernos, que estaban podridos de dinero. Y si fuera la opinión de unos cuantos, menos mal, vamos, menos mal, pero no, hombre, no, fué de miles y miles de cubanos.—

Pausa larga de nuevo.

-Y después, cuando los años pasan y los criticantes se han apoderado del poder, entonces se empieza a ver la verdad, esto es, que don Tomás no era el que decian que era, que José Miguel no era el que decian que era, que Zayas no fué lo que decian que fué.—

El joven de palidez enfermiza y amarillez de dalia, y que respondia al nombre de Marcelo Acevedo contestó excitado.

—Si, pero eso que usted nos dice, todo el mundo sabe que en parte es verdad y en parte propaganda politica, pero en cuanto a Machado no se puede negar que ha matado ya miles de cubanos, y es peor que Weyler.—

—Bien— terció Hernandez— ¿No hemos de suponer que también cuando los años pasen, y verdaderamente se juzgue sin apasionamientos a Machado, nos encontremos que entre lo que se dijo y lo que sucedio ha habido una diferencia enorme? Yo creo como Mr Camacho, que nosotros juzgamos más por los chismes de café que por estudio desapasionado de situación y tiempo, que es donde se puede ver si hay defectos capitales o por el contrario defectos humanos nada más.—

Era evidente que cuando se trataba de Machado, los viejos emigrados eran parcos en el juzgar, pero los demas, algunos maduros, y los más jovenes, eran contrarios ya al gobernante. Mas en estos grupos abundaban los que solamente les quedaba un refugio, Cuba, tranquila, sosegada, en paz, y que el único capaz de realizar tal cosa era el actual gobernante. El espejismo de un nacionalismo brotando bajo la égida de Machado era obsesionante a los emigrados, preteridos por otros gobiernos.

Otro joven, que hasta entonces permaneciera callado, vino en defensa de Acevedo. Este joven o mejor dicho hombre de mediana edad, era Luis Jimenes, y habia sido lector de tabaquerias en Tampa.

—Machado— dijo— no es más que un ladrón de caballos, un verdadero sultán que cuenta las queridas por docenas y está separado de los esposa legitima.—

Volviéronse a mover las cabezas, y las miradas entre sorprendidas y coléricas cayeron sobre el maldiciente.

Hernandez creyo prudente dejar pasar aquella marejada de acusaciones. Estaba tan seguro que no era asi. Machado al querer imponer el orden, un nuevo orden de cosas en Cuba, se encontraba con los atavismos, con la inquina de los politicos, que eternamente habian adulado las bajas pasiones.

Sucedióse un silencio ominoso. Las últimas palabras de Jimenez parecian haber caido en medio del desierto, sin eco y sin luz.

Los mas jovenes al ver que no encontraban calor las acusaciones contra Machado obtaron por callar.

Pero de pronto, Jimenez con aquel su tono de

baritono que usaba cuando leia a los tabaqueros, soltó la pregunta.

-¿Pero qué? ¿No será verdad q. José Miguel se enriqueció como un rajá de la India a costa del pobre Liborio? ¿No será verdad eso?

Lo preguntó desentedidamente mirando hacia el mar. Ya aquello podia pasar, en el grupo se notó cierto bienestar y alegria. Qué pasase la tormenta, pero no tocase a Machado.

Acevedo y Manengue se prepararon ahora para entrar de lleno en la brega.

—¿Y que me dices de Menocal?— pregunto Manengue.

Acevedo limpiose ligeramente el rostro y contesto punzante.

—¡Ah, he ahi un buen pájaro de cuentas! ¡Para mi, para mi, que ese no es cubano!-

Hizo una pausa.

—Cuando sea cubano un sujeto que habla el castellano chapurreado, que se pasó la vida en los Estados Unidos, ''guataqueandole'' mucho a los americanos, que no fué más que un mayoral de un ingenio, el ''Chaparra'', y soltó el puesto por mandato del yankee para hacerse mayoral del otro ingenio, ''Cuba'', cuando ese sea cubano, yo seré chino.—

Viró la cara, tosio violento y lanzó un escupitajo al mar, y continuó.

—Menocal, que ha permitido que las tres cuartas partes de la república sea de extranjeros, que permitió la entrada de cuarenta mil jamaiquinos para que trabajasen por una peseta al dia, y matasen de hambre al infeliz cortador de caña cubano, todo para enriquecer a los amos de Cuba, los americanos;

que se reeligió por sus.... y que después fué a levantar un hospital de inválidos en Francia con d nero del pueblo de Cuba, para que el hospital lleve el nombre de no sé quien, tal vez de él mismo, cuando se hable de un personaje asi se puede decir que es un yankee nacido en Cuba por nuestra desgracia.—

—Y de la cepa que viene Menocal, ¡Que famil a más ilustre y patriota!- dijo Camacho- La madre, la Sra. Maria Deops, la gran patriota que d.jo a los hijos, "una sola cosa les pido, y es que si muero siendo Cuba de España, lleven mi cadáver fuera, al mar, donde no flote la bandera española y lo tiren al agua.—

—Bueno, esos son arranques de viejo- interpoló Jimenez- Arranques de viejos, el hijo, el hijo no ha servido mas que para acabar con Cuba, para acabar con el nativo, hacernos más colonia, trayende negros y chinos para enriquecer las compañias americanas. La madre seria una gran patriota, pero él ha sido un gran despatriota.-

El viejo Camacho penso entrar a discutir, pues guardaba en cartera algo que seria una reveración en favor del gran gobernante y Héroe de Victoria de las Tunas, y que segun Camacho era una prueba legitima que Menocal era uno de los grandes estadistas mundiales, pero lo dejó para mejor ocasión: esperaba coger cansados a los jovenes cuando usara baterias de formidables, irrebatibles argumentos, que los dejaria con la boca abierta.

—Y del chinito Zayas, ¿Que decimos del chinito?- volvió a preguntar zumbonamente Jimenez.

-Nada, otro que bien baila- exclamó un sujeto de porte fino, que vestia impecable flus de casimir a rayas- dicen que Zayas se llevó hasta los tibores.

Por no dejar de botar dinero de la república le compró a los curas todos los viejos conventos insalubres de la Habana, y dicen que lo hizo por complacer a cierta señorona muy beata y santisima ella. No mató a nadie con las armas, pero se llevo hasta los tibores, y enriqueció a los yernos, y lo manejaba como a un muñeco José Manuel Cortina, y dicen que a los cincuenta años estaba caduco.—

- Yese era el amante de las libertades civiles?- preguntó con sorna Manengue.

Acevedo agregó.

—Si, hombre, si, el mismo que se hizo levantar una estatua en vida, como los emperadores romanos. El mismo que toleraba treinta mil prostitutas en la Habana, de modo que las familias decentes tenian que vivir mezcladas con las mesalinas. No le pagaba a la policia, es verdad, pero permitia que los policias fueran chulos de las meretrices, y vaya lo uno por lo otro.—

Luis Montesinos creyó llegado el momento para entrometerse en el debate.

—Si, el mismo que todos los dias recibia la visita de Crowder, que lo requeria como requiere el capataz de Corral a los tabaqueros, como a un muchacho, y no le faltaba más que bajarle los pantalones y darle de nalgadas.

Charles Door pregunto.

-Y, ¿por qué siendo pueblo, como era Zayas, le llamarian también tirano, pues yo lo lei varias veces en los periódicos?

Porque en Cuba le llaman tirano a todo gobernante que intente poner orden, pero aqui hay un caso único, Zayas, que se lo llamaban apesar de que Zayas siempre mantuvo el desorden. Bueno, que si

yo llego a ser presidente de Cuba y dicen que soy una persona decente, creo que en un oprobio disfrazado- contestó el joven Carlos Velarde.

Y mientras se discutia, el buque venciendo la fuerte marejada del Golfo, avanzaba siguiendo linea recta hacia el sur, la Habana, Penachos de negro humo flotaban por los cielos, y corriendo el horizonte formaban extrañas nubecillas en las inmensas lejanias azules. El mar se levantaba formando escamas negras, cuyos lomos, bajo el reflejo del sol, parecian de metal amarillo, De la embarcación toda se desprendia un voluptuoso vaivén, y el aire, corriendo juguetón, sacudia las cortinas de las ventanillas de los camarotes, en un repiqueteo de tela y maderas. Iba a ser un viaje feliz, en estos mares, suaves la mayor parte del año, menos en otoño cuando entran en él, barriéndolo, los grandes ciclones antillanos.

Notóse en la proa cierta agitación. Se levantaron varias damas americanas; los hombres se ponian serios. El viejo capitan Perkins tendia el poderoso gemelo a una señora, gruesa, con gordura apoplética y grandes papadas bajó la barbilla. Los cubanos habian suspendido su debate y se preguntaban.

—Nada, nada, hombre, debe ser un buque ardiendo en alta mar-

Al sur una cadena de humaraje se alzaba fugaz, ligera, emborronando, y como si fuese una pieza de entredós desplegándose sobre el infinito de los cielos.

—Un buque ardiendo— dijo alguien— sin duda que tendremos que ir en su auxilio.—

-No, yo no creo que sea eso- contestó Camacho- debe ser alguna otra cosa.—

Fuerónse disolviendo, corriéndose discretamente hacia donde estaba el pasaje de americanos.

El capitan Perkins explicaba a una dama, tomaba el anteojo y se lo graduaba, Pronto supieron de lo que se trataba. La torre dorada del Capitólio de la Habana, que se veia a aquella distancia de treinta millas.

Camacho fué por un magnifico gemelo y subió por la escalerilla con él en la mano.

—¿Pero como es posible? El capítan dice que estamos a 30 millas de la Habana, ¿cómo se va a ver? ¡No es posible!—

-Pues si se ve -contestó Camacho extendiendo a Medina el anteojo y diciendo;

—Mira, derechito, aqui— y señalaba con el dedo hacia unas nubecillas que formaban una ligera cordillera en lo alto.

Se pasaban el anteojo con la expresión.

-¡Maravilloso! ¡Es maravilloso!-

Todos se alegraban infinito. Por fin Medina fijó bien el anteojo. En efecto, trás unos segundos pudo precisar bien el asunto. Allá, por entre las nubes, como si bajase del cielo, un diamante rojo del tamaño de la cabeza de un alfiler, que brillaba como un meteoro incendiado.—

Charles Door se acercó al capitan Perkins. —¿Seguro es el Capitolio, capitan?—

—Sure it is (Seguro que si) contesto displicente el capitan y viró la espalda a Charles, volviéndose hacia las damas americanas.

Medina observador vio como todos se alegraban ahora, Francamente todos, ahora todos querian ser cubanos. El Capitólio que se veia a treinta millas. ¡Qué cosa mas grandiosa! ¡Qué maravilla....!

¡Qué portento!

Los cubanos habian cesado de protestar de los malos gobernantes. El anteojo de Camacho pasaba de mano en mano y lo devolvian contentos de aquella infinita satisfacción.

-¡Maravilloso! ¡Maravilloso!.

Sólo uno, el joven anémico, Marcelo Acevedo, después de usarlo un rato, lo devolvió diciendo.

—¡La obra estúpida de un tirano!—

Lo miraron de reojo coléricos. Hernanddez dijo a Charles.

—Este tipo debe padecer de estreñimiento.—

Pero a Charles no le habia gustado ni un poquito aquella virada de espalda que le diera el capitan Perkins. Se fijaba ahora en los oficiales americanos que cuchicheaban entre si. Conocedor de aquella gente le parecia leer no sabia que gesto de ironia en aquella conversación por lo bajo y con sonrisitas, Uno de los oficiales le dijo;

-Look the Capitolio- (Mira el Capitólio)

No les contestó: les viró la espalda y fué hacia sus amigos.

Estaba disgustadisimo. Retornaba a Cuba trás tantos largos años de ausencia. Estaba disgustadisimo, La mirada oblicua y burlona de aquellos oficiales; la virada de espalda que le habia dado el capitan Perkins le habian enfermado la tarde.

En aquellas miradas y cuchicheos de los oficiales veia una burla. En aquel afan del capitan de pasar el gemelo a las damas para que vieran aquella torre dorada percibible a treinta millas de la Habana habia reproches. No era aquello como si se dijeran mudamente; "He ahi la pedanteria de esa gente. Son una colonia nuestra y se creen una gran nación,

y son tan vacios de cerebro que se jactan de haber levantado un Capitólio más grande que el de Washington! ¡Qué gente sin sentido común!-

Y se dijo para si— Bah, ¡sin duda son las neuras que me atacan....!

Pero de adentro, de su más intimo sentir llegaban aquellas palabras que le oyera a un viejo emigrado en Nueva York, "Charles, cuanto más se vive en estos Estados Unidos menos se quiere a estos americanos".

Aquella discusión sobre los asuntos patrios pudiera haber terminado; pero Cuba estaba lejos y quedaban algunas cositas por aclarar.

Charles Doors se habia sentado de nuevo. Estaba disgustadisimo. Aquella virada de espalda que le diera el capitan Perkins lo habia dejado muy mal humorado. ¡Ah, de ser en sus buenos tiempos...! No le quedaria gana a aquel zoquete, que parecia una caja con levita, son su rechonchez inaudita de cerdo cebado, el virarle asi la espalda. Y no uno ni dos, que eran docenas los que habian probado sus manazas, y lo pronto que se daba por ofendido en aquellos sus buenos tiempos del Bowery. Aquellos dias que anhelando hablar un inglés fino, se habia metido entre irlandeses, judios y polacos, en aquel hacinamiento llamado la cosmópolis.

Mas ya hacia rato que cumpliese los sesenta y se habia pacificado bastante, aunque al mismo tiempo se volvia irrascible por poca cosa y la tormenta le andaba por dentro, como se dice vulgarmente.

—¡Qué grosero es ese tio!— dijo dirigiéndose al grupo.

—Pues mira que no— le contestó Hernandez— es lo más tratable del mundo, pero te metiste a interrumpirlo en su cortejo, porque tiene más años que Matusalen, pero es enamorado a matarse. Hace muchos, pero muchos años que está en ésta linea, estaba cuando yo vine.—

—Te digo que es un grosero. ¿Por qué me viraria la espalda?—

—No te ocupes por lo que fué— dijo Manengue bromeando— cuando alguno de ellos esta con mujeres entre los suyos, el meterse uno de nosotros a interrumpirlos es no conocerlos. Por dentro dicen que somos unos "cuban negroes", y si los estrechamos por fuera nos lo dicen en la cara. Por eso, que se vaya a la "vieja", y vamos a cosas más importantes.—

—Pues yo —dijo el muchacho pálido, granulento, que respondia al nombre de Marcelo Acevedo— lo que sé decir es que no hay politicos y en especial los cubanos, que tengan verguenza.—

—No, hombre, no, no tan calvo —advirtió el viejo Camacho- Los de Cuba no son de los más malos, los hay más malos que ellos, y parecen santos.—

—Quisiera saber— dijo Acevedo— si se encontrará en el planeta tierra un presidente menos honrado que José Miguel Gomez que se llevó hasta los clavos, y que decia de él "La Politica Cómica" que "Tiburon se baña, pero salpica", es decir que robaba, pero dejaba robar. ¡Qué honor haber tenido un presidente asi..!-

Montesinos preguntó interesado.

—Y de Don Mario G. Menocal,¿qué diremos de ese señor?—

Habia llegado el momento decisivo para Camacho, cuando los jovenes estuvieran cansados, y.... ahora verian que los iba a dejar deslumbrados, Por eso comenzó con gran prosopopeya.

-Bien. Menocal tuvo sus más y sus menos-comenzó pausado y enfático- pero no olvidemos que él fué el único que decidió cuestiones internacionales. Por él se ha sabido que eramos una república. El fué quien liquidó la reclamación tripartita.—

Dijo esto de tripartita gagueando un poco. Era evidente que no se habia acostumbrado a usar la palabrita.

Y la verdad fué que todos se quedaron haciendo cruces. Nadie alli parecia saber lo que significaba la palabra, y menos lo que hubiera tenido que hacer con ella Menocal. Por el momento Camacho fué el centro donde se dirigieron las miradas, entre ellas las de Medina, que sabemos conocia bastante y habia disertado extenso. Pero, Acevedo, impulsivo y enredador, no era de los asi impunemente se le pudiese endilgar un vocablo no conocido, y por eso, mirando al mar, pues no se atrevia a dirigirse a Camacho, y como si la pregunta fuese hecha al liquido elemento.

—Bueno, ¿con qué se come eso de tripartita?—

—Eso mismo iba a preguntar yo— advirtio Manengue.

Camacho estaba seguro que la palabra estaba bien aplicada al hecho, porque si bien era verdad que la mayor parte del tiempo no tenia tiempo ni para rascarse la caspa, tirando como tiraba dos bolitas diarias en West Tampa, corriendo por la noche un siló, y tirando otra bolita extra el domingo al medio

dia y otra bolita reglaméntaria el domingo por la noche, no obstante, habia dado la casualidad que le oyó contar aquello de la reclamación tripartita a un Menocalista, un cierto tabaquero, que jugaba el sol antes de salir, y se habia adueñado bien del relato para hacerlo cosa suya.

—Pues la reclamacion tripartita, pues la reclamacion tripartita. ¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre!, y son cubanos....¿y no lo saben?

Y agregó con su voz ronca, dejandose oir y en tono de reproche.

—No conocer lo de la reclamacion tripartita, ¡hombre, hombre! y han discutido de cosas tan viejas como Céspedes y Aguilera y ignoran lo de la reclamación tripartita, ¡Hombre! Hombre! ¡Hombre....!—

Echó un sorbo de humo al espacio. Hablaba con cierto tono de reconvención en el que habia un dejo de ironia. Ya sabemos que Manengue era "leido y escribido", que Medina habia oido leer más novelas y periódicos que de pulgadas hay de aqui al cielo, pero sin duda que de esto no conocian una jota. Acevedo, que era un busca bullas, cogió por el pelo la oportunidad.

—No, en eso nos la partieron, no creo que haya aqui quien lo sepa y quizás usted tampoco— dijo dirigiéndose a Camacho; pero mirando discreto al mar.

Camacho lo baño en mirada de acero. ¿Quién seria este moquillento que tenia más barros en la cara que bolitas habia él tirado en West Tampa? -De seguro- se dijo para si- que este tipejo no me conoce y no sabe como me las gasto.—

—Bueno, pues voy a complacerlos, He de mani-

festarles en primer lugar que no he estado muy al tanto de la hermosa labor gubernativa del ilustre general Menocal, y tambien que hay algunas cosas en su administración que no me gustan, pero tuve ocasión de admirar esa honda labor internacionalista por él realizada— y desde luego y aun sentando la premisa que no es santo de toda mi devoción— pero la verdad, como dijo don Jose de la Luz y Caballero, "es la que nos pondra la toga viril".—

Manengue, lo mismo que Acevedo se miraron con ánimo de reirse, pero Manengue conocia muy bien al viejo, y el otro, no sabia porque....pero las miradas displicentes que le habia achado encima Camacho lo tenian preocupado.

Y en la mente borrascosa de Acevedo venian una trás de otra las preguntas a si mismo.

-¿Si seria? ¿Si no seria? ¿Si será éste hombre? ¿Si no será éste hombre? ¿Si será el mismo que dicen que mató a Fulanito? ¿Si será el que corre una casa de juego en West Tampa y hace alli lo que le sale de... ¿Si será? Si no será? ¡Quién sabe!.-

Bueno, que Acevedo, por si o por no obtó por esperar un rato, y callarse.

Medina creyó del caso .

-Bueno, Mr Camacho, lo esperamos; digános que es eso de la tripartita.—

—Si, hombre si, alla voy. "Wait a minute, wait a minute" (esperad un minuto)

Se echó atrás en su sillón.

—Pues a Menocal, con o sin justicia se le atribuyen muchas cosas; ser un mal patriota, haber metido en Cuba más chinos que ajonjoli dan por medio, que entrase en Cuba la sarna jamaiquina,

que debe ser la misma que hacia exclamar a nuestros abuelos, ''sarna con gusto no pica'', porque dicen que al que se le prende ese infección en la piel, ya tiene sarna para rascarse un rato, pero eso si......—

Acevedo no pudo aguantarse más. Aunque se armase alli una ''tangana'' con el viejo de cara de caballo. Aqui no estabamos en West Tampa. Aqui estabamos en los Estados Unidos, pues donde esta la bandera está la nación, y miraba para la bandera que flotaba allá, en lo alto del mástil, y que a él le parecia un gran refugio.

—Bueno, dejese de tantos floreos y preludios, no vaya a ser usted como aquel orador que tanto se preparó para el discurso que cuando subió a la tribuna dijo; ''He dicho''—

Volvió a tenderle encima la mirada displicente, cortante y fria. ¿Por qué no estarian en West Tampa en lugar de un buque? se dijo Camacho para si— ¿ Por qué no estarian en West Tampa, alli en uno de aquellos callejones obscuros y llenos de maleza? ¿Por qué, hombre, por qué? ¡Ah qué ya sabria éste malcriado que con Calisto Cabrera y Camacho no se podian usar salidas de niño gótico asi impunemente.

-Bien- dijo Camacho, dominándose- La ju— ventud es siempre impaciente. Yo aseguro que Menocal es el único presidente que nos sacó del estracismo, Don Tomás fué un santo a mi parecer, Otros tienen sus opiniones y yo las respeto, y creen que fué un tonto; puede que ambas cosas; es cuestión de opiniones. De José Miguel dicen que se llevó hasta los clavos, pero de Menocal se puede decir en justicia que fué el que nos sacó del ostra-

cismo y hizo que nos conocieran en todas partes del globo.—

Era ya tiempo que interviniese Manengue.

—Si, de Menocal, se dicen muchas cosas, pero no se puede negar que fué el hombre de la reclamación tripartita— dijo esto con sorna.

Y aquello hizo que Camacho se dejase de más preámbulos. Temia que en lo único de los asuntos cubanos en que estaba fuerte, Manengue se hubiese hecho el atolondrado y le desluciese al final. Por eso mismo comenzó con pies de plomo.

—Bien, cuando la guerra de 1869.—

-No, no la guerra de 1869; la Guerra de los Diez Años.— interrumpió Manengue.

-Bueno, sea- convino Camacho - en la Guerra de los Diez Años se destruyó una enorme cantidad de ingenios y de plantios en Oriente.—

-Espere un momento- insistió Manengue- Tengo que hacerle una salvedad, en esa parte nada más. Usted dice que enorme cantidad de ingenios. Eso está exagerado, Cuando empezó la Guerra de los Diez Años en Oriente no habia más que una docena de ingenios. Oriente no era territorio cañero; eran cafetales lo que habia, era territorio cafetalero.—

Camacho lo tomó con calma.

—Bien, puede que asi sea— contestó— pero es lo mismo si habia pocos ingenios y eran grandes a tanto monta— agregó con altivez y el dominio aquel que hacia temblar a los jugadores.— lo que yo me referia ocurrió también en la Guerra de 1895. Bueno, que hubo mucho destrozo no sólo de ingenios, de plantios, pero fincas que fueron arrasadas, y almacénes quemados y ciudadanos muertos.-

—Es natural —interpoló Acevedo,— la guerra que iba a ser sino eso.-

Camacho continuó.

-Bien, pues en la de 1895 fué el acabóse; se quemaron ingenios, campos de caña, poblados; se hizo polvo la isla. Todo eso no hubiera traido gran trascendencia; pero hete aqui que entre las propiedades destruidas y entre los muertos figuraban franceses, alemanes e ingleses. Cuando don Tomás ocupó la presidencia, y por lo tanto vino la república, se aparecieron las reclamaciones. Las tres grandes potencias, Alemánia, Fráncia y Inglaterra. Se les dió largas, primero por don Tomás, después por José Miguel, pero ellos dale que te dale y dale que te dale. Hasta que ya por la época de Menocal, estaban tan impertinentes y decian que o les pagaban los daños y perjuicios causados por la guerra o se verian en el caso de llevarlo a no sé que tribunal.—

-El de la Haya- agregó sentencioso Medina.

—Pues ya saben ustedes, ahi en ese corto discurso lo que quiere decir tripartita; porque eran tres las potencias que reclamaban de Cuba. Por eso es tripartita.—

—¿Qué por eso es tri-par-ti-ta? ¿Qué por eso es tri-par-ti-ta?— dijo soltando una carcajada Acevedo. —pues a mi es la primera vez que me dan garrote.—

Camacho no pudo contenerse.

-Oiga, joven, a la verdad que es una lástima que no le hayan dado garrote antes. ¡Cuba lamentaria mucho sú muerte prematura. -

Tentado estuvo Acevedo de darle una repuesta, que como las suyas, hubiera soliviantado al viejo,

pero este le habia dicho las últimas palabras con tal ironia fria y mordaz que Acevedo vió los muertos de West Tampa con las cabezas rotas por las balas y los vientres rajados; y palideció.

No era hombre de jaranas éste.

Camacho continuó.

—Menocal fué el hombre que ganó para Cuba ésta batalla. No era una cosa cualesquiera, nos pedian nada menos que dos cientos millones de pesos, para tenernos hipotecadas las aduanas y quizás lo que fuera. Menocal comprendió que habia llegado el momento de acabar con aquel peligro para la nacionalidad cubana y comenzaron las negociaciones con las cancillerias. Asi estuvo entreteniéndolos mucho tiempo. Y en esto vino lo que él esperaba. Inglaterra y Fráncia declararon la guerra a Alemánia. Menocal no perdió tiempo, declaró la guerra a Alemánia, ocupó los buques alemanes que estaban en Cuba, en los puertos. Demás está que les diga que con aquello se acabaron todas las reclamaciones. Primero, Cuba estaba en guerra con Alemánia y quedaba todo liquidado, y Menocal tuvo el acierto de caer al lado de los aliados y entonces Fráncia y Inglaterra al ver la decidida actitud del pueblo cubano le echaron tierra a sus reclamaciones. Asi terminó aquel triunfo diplomático obtenido por su gobierno.—

Continuó.

—Ahora bien, no solo eso que dió tan buenos resultados a Cuba, pero Cuba, declarando la guerra a Alemánia probó a los que todavia decian que no eramos más que un protectorado yankee, que no habia tal cosa, Probamos al mundo que existiamos como nación y aunque no fueron soldados nuestros

a los campos de batalla en Europa, fué porque los Estados Unidos no quisieron y nos dijeron— ustedes ganan la guerra dandonos azúcar.—

Manengue entonces comenzó con aquel su modo peculiar de ver las cosas.

—La verdad es la verdad y el mérito es el mérito, y no debemos negar eso; pero si Mr Camacho no lo sabe, debo decirselo. Menocal no es, ni ha sido capaz de realizar somejante cosa. Si se ganó esa partida seria por Desvernine o por Rafael Montoro, que es un viejo ladino como una zorra. porque en la cabeza de Menocal no caben tales combinaciones. Y en cuanto a que nosotros probasemos que eramos una nación, si en lugar de declarar la guerra a Alemánia lo hacemos a Inglaterra, entonces Uncle Sam, que es el que hacia bailar al muñequito de cuerda, hubiera dicho, "alto ahi," y como nación habriamos quedado como don Alonzo cuando lo orinó la vaca.—

-Bueno- contestó Camacho- aceptado que Menocal no lo haya hecho directamente, pero fué su gobierno y a eso me referia.—

Terció el lector Jimenez.

—Si fué el viejo Montoro desconfio de ello, o no sacamos nada de eso, o no valia nada, o algún otro mal nòs debe haber sucedido por la victoria diplomática. El tal Montoro, el españolizado que felicitó a Weyler por la muerte del Titán de Bronce nunca hizo jugadas limpias. Su papel, como dijo Fray Candil, hubiera sido digno si toma soleta con las primeras tropas españolas que evacuaron, pero como que era muy caretudo, después de combatir la revolución se aprovechó de ella, sirviendo en los partidos politicos de la revolución, enredando y tra-

bajando a la sordina para desacreditar la revolución vencedora.—

—¡Don Rafael Montoro....! ¡Don Rafael Montoro........! -dijo enfáticamente Camacho- hay que reconocerlo como el primer orador de la América.—

Montesinos no pudo contenerse.

—Eso, eso fué por el tiempo de Mamá Mojones, cuando se ataban los perros con longanizas. Montoro desde hace ya muchos años no es más q, un intrigante, y eso lo saben hasta los perros.—

Camacho se quedó callado, pero resentido.

El lector de tabaquerias, Luis Jimenez tomó la palabra.

—Yo respeto mucho las opiniones y sobre todo la de Mr Camacho, en el cual todos reconocemos su patriotismo inmaculado; pero a Menocal no hay por donde cogerlo. Metió los negros, metió los chinos; metió la sarna jamaiquina en Cuba; permitió que los americanos comprasen casi toda la isla y no fué como presidente más que un gerente de ingenio; el ingenio era el pueblo cubano; subvirtió el orden social con poblaciones no afines y detestables, colos chinos que pasaron por Tampa y el gobierno americano no les permitió ni siquiera sacar las narices fuera de las ventanillas. iban metidos en fragatas lacradas; tanto miedo le tenian al contagio. Y esto no me lo contaron, no, que los vi cuando venian de Mejico y pasaron por Fort Myers; cuatro fragatas cargadas de chinos asquerosos para Cuba. Y esos mismos Estados Unidos, q. asi actuaban con los chinos, permitian que Menocal los metiese dendro de nuestra población, Bien, lo que les importaba a los americanos era explotar el trabajo

barato.-

Hizo una pausa.

—El fué el que trajo a Crowder, un militarote americano a Cuba y pidió soldados americanos para guardar ingenios. Y esto no que me lo contaron, que yo los vi en Camaguey donde estuvieron hasta bien entrada la administración de Zayas, y lo de la sarna jamaiquina no es cuento, que alli en el Camaguey me cayó a mi que nunca habia tenido antes enfermedades de la piel.-

Todos parecian convenir que Menocal habia sido un gobernante muy funesto, excepto el viejo Camacho; pero éste permanecia silencioso.

—Yo siempre me senti Zayista, aunque he respetado todo gobierno cubano- dijo Medina- agregando— con todo lo que se diga ha sido el único presidente que contentó a todo el pueblo de Cuba.-

—Hay´ que reconocerlo asi— interpoló Manengue- pero eso si, no se té olvide que José Miguel y Zayas siguieron la misma politica, robando y dejando robar. José Miguel se diferenció de Zayas en que era mas descarado, porque el chino es el politico más ladino que hayamos tenido en Cuba, pero eso si, su gobierno fué el gobierno de la familia hasta la quinta generación, colocados todos, pegados al biberon todos y entraba en toda clase de chivos, bntelleos, colecturias y hasta indultos para los criminales. Además, si tú llamas gobernar a un pueblo el dejar que cada uno haga lo que le dé la gana, cuando eso sea ser estadista, entonces Zayas será el primero, no de Cuba, sino del universo.—

Y agregó. .

—Y aguantón hasta no más, Toleró a Crowder, que lo único que le faltó fué bajarle los pantalones

y darle de nalgadas.—

—No tan calvo, hombre, no tan calvo -dijo Camacho,- don Alfredo Zayas y Alfonso ha tenido sus arranques, si, sus arranques, y ha probado que es hombre de gran civismo cuando llega la hora, Miren lo que hizo con Crowder.—

—¿Qué hizo con Crowder?— preguntó Manengue.

-Pues que Zayas lo mandó a freir boniatos, le dijo que se metiera a arreglar los Estados Unidos y el hombre se quedó callado y se fué.-

Acevedo saltó.

—Si, pero eso no tiene nada de particular, Ya Crowder mandaba más que el presidente. Eso comenzó con Menocal, a quien tanto usted aplaude. Menocal fué el que trajo a Crowder. Le parecia que en Cuba no habia nadie que supiera hacer leyes electorales. Trajo a Crowder, que no es más que una verguenza que traigan a un militarote americano a enseñarnos hacer leyes electorales, que cualquier politico de barrio sabe hacerlas con la punta de.... los pies, y nada menos que a un pais donde los politicos y demás ralea se la dan de tan leidos y escribidos.—

—Pero yo lo que afirmo es que Zayas fué el que botó a Crowder- contestó colérico Camacho.

Manengue vino en auxilio de Acevedo.

-Si, pero no importa, Mr Camacho, esa salida de Zayas, como lo de la reclamación tripartita carecen de importancia. Y, además, no hacemos nada con que hagan una cosa bien y después veinte cosas como bandidos. El gobernante cubano es pésimo y muy pésimo, Esa es muy tesis.—

—Pero, como dijo Marti— "con esos gueyes hay

que arar''— gritó Acevedo.

Habia sido un grito tan desmesurado, que aunque la mar picada murmuraba ronca contra las bandas del buque, lanzando montañas de negras aguas, los americanos turistas creyendo se habia vuelto loco, volviéronse hacia el grupo, asombrados y curiosos.

Pero no se enmendó por esto, antes al contrario, levantó aún más la voz, gritando;

—Si, con esos ''gueyes hay que arar'', ya lo dijo Marti. Y Marti conocia bien su gente, como que se la pasó, por allá, por la emigración, viendo al cubano muy vicioso, muy jugador de bolita, de pitintin y de siló, y mientras tanto hablando mucho de patriotismo de boquilla.—

Aquellas expresiones habian caido muy mal entre los viejos emigrados, y miradas coléricas se posaron sobre la cara granulenta de Acevedo.

Camacho comprendió que era el pistoletazo final, dirigido a él.

Era verdad que hacia cerca de treinta años que vivia explotando el vicio en West Tampa. Habia llegado como tabaquero con las primeras fábricas, y torció tabacos algunos años; pero pronto comprendió que él habia nacido para mejores y más dignas empresas, y también que era mucho más cómodo que otros trabajasen para él, y una vez convencido de esto abrió una modestisima casa de juego. El negocio habia crecido fabulosamente, ido de viento en popa. La bolita se hizo cosa universal, y eran muchas las familias que la jugaban diaria, suscrita, y algunos le ''metian de firme''; pero como hay siempre quien toma estas cosas como entretenimiento inocente y les gusta algo más fundamental, en que les roben el dinero más pronto, Cama-

cho, que era hombre a la moderna, e innovador por naturaleza, pronto establecia cuatro mesas de poka, dos de siló, y tres de pitintin, esto último para ir poco a poco trenando a los viejos remolones.

Su café era frecuentado por lo mejorcito de aquellos elementos que nacieron para ser explotados por los "vivos". De éxito en éxito fué hasta que finalmente habia llegado a sèr quien cobrase el barato entre los jugadores, y corriese a cargo de la llamada "protección", de las demas casas de juego, que en número de 140 habia en la ciudad.

Como todo en la vida moderna marcha a la centralización, por ley evolutiva, no habria de dejar de suceder asi con institución tan respetable como el juego, y Camacho pensó en crear un monopolio para engordar él solamente; pero cierto abogado de la ciudad que lo dirigia en la parte doctrinal o dogmática del asunto, le hizo ver al cubano que eso estaria bien en Cuba o en España, pero no en los Estados Unidos, pais de la democracia, y en que toda forma de centralización o monopolio debe ir acompañada de frotaciones vaselinescas, para que todos se imaginen que tienen derech a vivir ;y, como que Camacho era inteligentisimo, oyó lo que el abogado le indicaba, y se creó lo que se llamaba "protección", que era más humano y está basado en la doctrina biblica de "vivir y dejar vivir".

Como ignoramos quienes han de leernos ,y no todas las personas han de estar atentas acerca de los modismos y lógicas a que ha sido sometido el idioma castellano en Tampa, digámos para informe de los no académicos, que la mayoria entiende que "protección" significa el que un individuo o entidad proteja a un segundo en contra de las trans-

gresiones de un tercero; mas los que asi lo entiendan en éste caso, van equivocados, pues "protección" en Tampa, significa, que los jugadores pagan a la segunda persona para que los proteja, no en contra de un tercero, sino para protegerse contra los mismos a quienes pagan, esto es, a las autoridades de la ley, pinches y policias, pues la muy señora ley, ni en Tampa, ni parte alguna, ha podido valerse por si misma, y siempre ha delegado en alguien que bien la sirva.

Y hemos hecho ésta pequeña disgresión que mucho nos la han de agradecer los no acostumbrados a estas menudencias, y ya con ésta explicación y la conciencia limpia, podrán entenderse mejor algunas otras partes substanciales del discurso.

Todo aquel que haya vivido en Tampa por la época a que se contrae ésta veridica novela, no nos hará mentir cuando digámos que se jugaba por todo lo alto, aunque en justicia debemos confesar que lo eminentemente clásico era la bolita, siguiéndole en dignidad la poka y el siló, y yendo a la retaguardia pasatiempos inocentes, como el de pasarse toda la santa noche jugando al pitintin para perder al final un sanwiche mixto o una taza de café con leche.

En los Estados Unidos toda clase de juegos de azar está prohibido y castigado con severas penas. Pero el caso era que en Tampa se jugaba, y se jugaba mucho, y esto dió lugar a que surgiese una turba de calunniadores que aseguraban que si habia juego era porque los jugadores pagaban "protección".

Los calunniadores llegaban a afirmar que alli se pagaba "protección" al jefe de policia de la ciu-

dad; también afirmaban que se le pagaba "protección" al sherif del condado, que es a modo de otro jefe de policia territorial; iban algunos calunniadores más lejos y afirmaban que se pagaba "protección al fiscal, es decir la persona electa para pasar sobre la moralidad o inmoralidad de los demás; los atrevidos lenguaraces, apostaban q. también los jueces de paz figuraban en las nónimas de los jugadores para q. los "protegiesen", y asi mismo que se pagaba por "protección', a los condestables, que son a manera de alguaciles de los juzgados de paz. Los habia calunniadores bocones, que sin analizar las cosas a fondo, afirmaban que el mismo gobernador del estado, personalidad por todos conceptos honorable, llevaba su parte en la "lechona", cosa ésta imposible; pero los calunniadores convenian todos que con los policias de uniforme los jugadores se mostraban siempre pulidos y corteses, aunque todos también admitian que a los uniformados y a los "pinches' llegaban sólo las "raspas", en forma de unos tabacos toscos, que alli llamaban "rabos de cochino".

Se decia que Camacho habia sabido organizar la "protección" a las mil maravillas, y no hay duda que si bien era verdad que Camacho, un jugador profesional, sacaba la barriga de mal año, no era menos cierto que algunos señorones de mucho fuste y muchas campanillas, que no dejaban por nada del mundo de pertenecer a cuanta iglesia, o sociedad secreta a de virtud, existiese, vivian a la sazón en los aristocráticos barrios de Hyde Park y de Seminole en magnificos bungalows japoneses, y paseaban sus figuras llenas de austeridad y de parsimonia en lujosos automóbiles Cadillac y

Packard..

Afirmaban los calunniadores que esta prosperidad la debian tan honorables personas a las pingúes entradas que colectaba Camacho, asi como a lo bien que a Camacho habian ido los negocios con sus pokas, sus silós, su bolita diaria, y sobre todo con la última invención de Camacho, que consistia en una bolita extra al medio dia de los domingos, y la super especial, que se tiraba también los domingos, pero por la noche, a la hora en que las iglesias celebraban culto.

Pagaban "protección" pues, los jugadores a Camacho, y esto queria decir que no serian molestados en su honrado negocio por pinches o policias. Pero también se afirmaba que aquel que no se las entendiese con Camacho, con su subscripción mensual o semanal, la cólera del cielo descendia de improviso sobre el recalcitrante, y esta tomaba diversas expresiones del lenguaje tabaquero, es decir, que "le metian las nalgas en el cubo de manteca", o "se le llenaba el cuarto de agua", o cuando menos "lo partia un rayo", yendo a parar a la carcel, por haberse descubierto que estaba nada menos que violando las leyes que prohibian juegos de azar.

Camacho, al oir las últimas expresiones de Acevedo pensó marcharse. ¿Pero cómo hacerlo sin llamar la atención? El sillón le quemaba las posaderas de manera lastimosa; pero más le asustaba la suposición, muy discreta por cierto, que tan pronto se fuese le iban, como decian los tabaqueros, a "arrancar las tiras de pellejo". Por eso haciéndose de la vista gorda, dijo sentencioso.

—Menocal no ha sido tan mal gobernante, respe-

tando lo que aqui se ha dicho. Lo que pasó... lo que pasó..... es que vino la crisis del azúcar, y la labor de su gobierno quedó empequeñecida. Pero, yo, caballeros, con todo lo que he oido, digo, que siendo cubanos todo está bien, con tal que no nos gobiernen los gallegos, estoy conforme. —

Acevedo comprendió que habia metido en un puño al viejo tahur, y replicó como un pistoletazo.

—Pues para mi, Menocal no hizo más que robar. Yo prefiero a Arroyito mejor que Menocal. —

Camacho habia soltado otra de sus miradas escalofriantes a Acevedo, que por cierto ahora hubo de encontrarse con aquellos puñales que penetraron por sus ojos verdosos, ictericiacos, formando en ellos remolinos rojos, de pasión reprimida.

—Algun dia.... algun dia...—se dijo para si Camacho este lombriciento caerá en mis manos en West Tampa y ya verá como me las gasto.—

Y como viese que Manengue se preparaba a comenzar otro debate, se levantó suavemente, diciendo muy politico.

—Señores, la conversación es muy grata; pero voy al camarote a buscar un tabaco.—

Y su cuerpo, alto, encorbado, como la osamenta de un pájaro antidiluviano, se alzó. La levita de color carmelita se le habia pegado a la espalda, y, asi, puesto en pie, parecia un caballo flaco parado en las patas traseras y envuelto en un mantón de Manila.

Acevedo no esperó más.

—Oye, Manengue, ¿éste es el famoso Camacho, que dicen que se come los niños crudos y el agua sin mascar?. —

—¿Qué? ¿No lo conociste, Acevedo?—

—No, nunca lo habia visto hasta ahora. Verdad que yo no estoy metido por los garitos jugando pitintin. ¡Pero qué viejo más petulante! ¡Qué mejor está Cuba gobernada por Menocal o cualquiera otro que no sean los gallegos! ¡Mira que hay que aguantar cosas en éste pueblo! ¿Este tipejo creerá que ha honrado a Cuba pasándosela en el extranjero degradando a los suyos propios con el siló, la poka y la bolita...?

—Bien, como cubano— dijo Velasco— dicen que no hay quien le ponga el pie delante.—

-¡Bah, hombre, bah, chistes, hombre, chistes..! ¡Cubanos! Asi son muchos de ellos, muy cubanos, muy patriotas, de boquilla, pero honrar a su colonia en el extranjero, eso no. Este tipo se ha pasado la vida tirando bolitas, y ahora se mete a elogiar a Menocal. ¡Bueno, dime con quien andas y te diré quien eres!- contestó Acevedo.

Y no siguió; porque vió aparecer por allá donde salia la escalera a Camacho y supuso que vendria de nuevo. Pero no fué asi. Camacho con un tabaco encendido, entre los dedos, se dirigió a la proa.

-Pues, como iba diciendo- comenzó Manengue,- la culpa de todo lo que ocurre en Cuba la tuvo José Miguel Se llevó hasta los clavos, se hizo multimillonario, y después dejó en el puebo cubano la creencia que el gobernante es bueno si roba y deja robar. Con José Miguel comienzan los males de Cuba.-

Medina creyó muy del caso.

-¿No estará muy exagerado eso, Manengue? No porque yo haya sido jamás Miguelista, no, pero yo creo que los Conservadores hicieron demasiada propaganda contra de José Miguel y inventaron mu-

chos robos y fraudes, que aún estan por probar.-

-¿Cómo que no? ¿Cómo que no? ¿Y lo del Dragado fué invento? ¿Y lo de Villanueva fué invento? ¿Y el que dejase en la Habana varios palacios es invento? No, hombre, no. Tienen razón los que hablan de él, y no han dicho ni la mitad. Y además, con José Miguel se enriquecieron muchos, y él salió podrido de dinero de Liborio.-

Medina con su forma cadenciosa comenzó a justificar a José Miguel.

La guerra habia dejado a Cuba destruida. Los cubanos perdieron todo lo que tenian. Vino la república, y, es natural, don Tomás era un hombre bueno, pero no entendia que alli los criollos esperaban que corriese el dinero, que se probase qu Cuba habia cambiado. Don Tomás, queriendo hacer maestros de escuela y no soldados estaba en lo cierto para los que comprendan que el patriotismo verdadero nace en la escuela y comienza en la cultura; pero don Tomás desconocia el estado espiritual de la colonia. No que él (Medina) estuviese en favor de que robase el estado; pero, a la verdad, el cubano al terminar la guerra se encontraba que el enemigo secular estaba en todas partes como antes. El español lo habia ocupado todo, si hubiese tenido sólo el dominio politico; pero es que tenia el dominio económico, que es el principal. No habian sido castigados por el desastre en el que tuvieron tanta culpa por su intransigencia, y aparecian ahora sonrientes y gozosos bajo la nueva situación detrás de sus mostradores. Es más, parecia como si la misma Guerra de Independencia hubiese sido peleada para libertarlos a ellos. Las infestas barbacoas de las bodegas, todo lo que les perjudica-

ba en su vida, propiedad y negocios lo habia barrido la revolución innovadora. Los españoles de aqui en adelante no sufririan y moririan del terrible azote la fiebre amarilla. La república comenzó desde el dia después de la victoria a tratarlos con demasiado cariño, y no que él (Medina) estuviese tampoco en favor de injustas persecuciones; pero la verdad era que el cubano era después de la lucha más paria que antes; porque al enorme número de los que habian muerto por la reconcentración y la guerra, habia sucedido que toda la riqueza cubana, consistente en pequeños predios de cultivo hallabase reducida a terrenos yermos, donde quedaba entre las maniguas el recuerdo del hogar feliz de otros dias en forma ahora de troncos carbonizados. Podia asegurar el criollo que se habia enriquecido politicamente; pero, en cambio, en otro sentido era mucho más pobre que cinco años atrás.

Don Tomás no reconoció que el pueblo tiene algunas tendencias que no son buenas, pero que estan en él tan arraigadas, que se imponen y barren con quien no las entienda. ¿Que importa que los intelectuales y puros piensen solamente en ideales? ¿Q deseen crear un estado de superior dignidad social? Los intelectuales son por lo general personas que comen bien, Pero las masas, el pueblo más indefenso, ese siempre espera de toda revolución y de todo motin algo directo. Si no fuese asi no podrian producirse revoluciones y arrastrar a los miserables y desposeidos y olvidados. De esos elementos se nutren las revoluciones, que con los intelectuales solos no se iria a ninguna parte. Y ese pueblo que sigue la revolución, y que la enriquese con el caudal de sus medios y arbitrios de lucha, espera el dia de

la victoria de todo menos idealismos, que con idealismos jamás se llenó el estómago. Una parte de estas gentes se le habia asegurado que vendria una distribución de bienes, y es natural que esperasen algo que se tradujese en comer, en bienestar de carácter general; algo substantivo y no solo en bienes de dominio politico que les son secundarios.

La guerra habia reducido a la pobreza aún más de lo que estaban a los hijos del pais, y el llegar estos a la ciudades y poblados, pronto trás los ruidos y aclamaciones de las muchedumbres hasta ayer enemigas, vieron que aquello tenia el aspecto de siempre. Verdad que muchos entraron a servir la nueva forma de gobierno, pero no era lo suficiente. El dogma del Generalisimo Máximo Gomez, 'Unión, Paz y Concordia y Olvido de lo Pasado'', era una corriente fervorosa favorecida sobre todo por el coloniaje vencido, que le daba impulso por la propia conveniencia y para conservar sus privilegios.

Salian de la capital trenes cargados de alegres excursionistas, recorriendo los poblados de la isla y pronunciándose discursos en que se encomiaba la bravura del soldado español, tanto o más que la del soldado manbi, que el viejo guerrero que dirigio los libertadores era el primero que imponia su altivez en aquello de ''olvido de lo pasado'' Y caia aquello como un bálsamo que adormecia las conciencias embriagadas por el grito de la victoria. Como todas las cosas de la vida aquello habia cesado. Al sonar incesante de las marchas revolucionarias habia sucedido la fuerte indiferencia de lo eterno. Los soldados libertadores eran liquidados y botaban o guardaban su dinero Habiase acabado con esto, producto de la necesidad, de dar el golpe

de muerte a una revolución en que el idealismo quedara en cierto modo trunco con la muerte de los grandes revolucionarios. Volvia la vida a ser la paz octaviana de la colonia, Los únicos que parecian haber vencido eran los enemigos. Las grandes fuerzas económicas quedaban más y más ajustadas dentro del marco colonial. La colonia caduca politicamente iba a renacer económicamente, pero siempre bajo el dominio de los menos. El cubano más desposeido ahora que antes sentia lo inútil del esfuerzo realizado.

Asi habia subido al poder don Tomás Estrada Palma, producto hibrido de las concupicencias militares del interventor, y de tendencias de la intelectualidad y el militarismo revolucionario triunfante. Y continuó Medina.

—No, yo no digo que no fuera el más llamado a presidir en Cuba, no, yo no digo eso. —

Hizo una pausa.

—Pero si se estudia debidamente, la actuación de don Tomás no fué cubana, fué más bien contra el cubano. José Miguel, por el contrario, reconoció la urgencia del momento. Eso de que robaba y dejaba robar siempre lo tomó el pueblo a bien. Es natural. El cubano no tenia nada; era un paria, asi que las dilapidaciones del gobernante por necesidad tenian que ser de los que poseian la riqueza. El cubano, el verdadero pueblo cubano nada tenia, por lo tanto nada podia robarsele. Esa es mi tesis.-

Charles, que habia oido en silencio, sin duda no comprendió esta filosofia de Medina porque entró violento en la discusión.

—No, no, no puedo crer que haya aqui quien haya seguido mejor a don Tomás que yo. No, no lo

creó. No puedo creerlo.-

Y don Tomás surge, honrado, severo, justo de los labios de Charles.

Revolucionario desde sus primeros tiempos habia pasado a través de todas las vicisitudes. Desterrado a España, trás de ser hecho prisionero, habia sido el seleccionado por Marti para sucederle en la obra de liberación. ¿Cómo la habia servido? Desinterés, honradez, actividad incansable; inteligencia de viejo gato montés. Don Tomás habia sido en el extranjero el más grande de los revolucionarios civiles, y al terminar la epopeya, quedaban dos destacadas figuras; el militarismo, encarnado por el Generalisimo y el civilismo revòlucionario que encarnaba don Tomás.

Lo recordaba Charles como si lo estuviese viendo ante si. Eran aquellos sus dias del Bowery, en Nueva York, cuando de tabaquero ganaba un gran jornal, cuando como cubano daba cuanto le pedian, cuando como hidrófobo habia cambiado su nombre de Carlos Puertas por Charles Doors por odio a aquellos odiosos opresores. ¡Qué bien recordaba a don Tomás.!

¡Qué viejo más insansable....! Su oficina tan modestisima era un hormiguero de entrar y de salir, Emigrados revolucionarios, que querian ir de a porque si, en las próximas expediciones; periodistas americanos, jovenes en su mayoria, rubios y enclenques, que salian sonriéndose, simpatizantes con Cuba. No recordaba estos dias del pasado sin traer a su mente a los periodistas. El periodismo americano habia servido la causa de la revolución más que cualquier otro sector de la gran nación. ¿Y la habian servido por lirismos o por conveniencia?

El aún se inclinaba aún a creer que por lirismos. Eran todos jovenes. Sentian admiración muchos de ellos por los que bravamente luchaban.

Las campañas de los periódicos, con posiblemente alguna divergencia, habian sido en favor de Cuba, y habia sido una campaña inteligente y tan tenaz y tan constante, que habia logrado sacudir la modorra del pueblo americano, a fuerza de pintar reconcentrados enseñando los huesos del costillaje como si fueran perros flacos, hambrientos; con los continúos imformes muchos de ellos falsos, habia que confesarlo, pero que servian a las mil maravillas. Después los corresponsales que fueron a la guerra y alli levantaban croquis de los campos de batalla y negaban las victorias de Weyler, cazando desde los árboles en que se encaramaban, noticias sobre fantásticas victorias del mambi.

Los años le habian vuelto ya muy receloso, No que él hubiese siempre creido q. en estas campañas todo fuese sentimentalismo, pues bien sabia que hubo siempre cierto interés manifiesto de una raza que habia combatido a España en Europa y la habia arrancado su dominio secular, y que estos de aqui no eran otra cosa que los cachorros de Inglaterra, asentados en la costa del Atlántico. Pero, no cabia duda, entre la tendencia gubernamental en los Estados Unidos a tiempo de la Guerra de Independencia, y las tendencias del periodismo americano hubo una pugna notable, en la que venció el periodismo. ¿Cuáles habian sido mas puros en el asunto cubano los periodistas o los gobiernistas? No podria ya asegurar nada; tal era su desconfianza que le nacia de su conocimiento claro de las cosas al presente. A veces le parecia que aquello habia sido no más

que una horrenda falsa. Siempre habia creido en que habia sinceridad de parte de algunos de los sectores de la vida americana. Ahora estaba casi convencido que no. Estas gentes se creian superiores y maquinaban la destrucción de las demas razas cuando no las podian explotar a su antojo, con la mansa perfidia que despliega el gato cuando va a cazar el ratón. Tanto les habia importado a ésta gente el asunto cubano como les importaban los de los antropóides. Era hora de liquidar a España, y después de liquidarla ir gradualmente despreciando, venciendo y haciendo desaparecer paulatinamente a los hijos de España. Venia a su mente aquel viejo emigrado, que él conociera, y que viviese 50 años en los Estados Unidos y que moribundo le habia dicho. —Charles cuanto más años se pasa uno en éste pais menos quiere a estos americanos.- —Pero no habia duda, para una u otra cosa, el periodismo americano habia servido de gratis. ''Mejor es que no hubieran servido'' se dijo in mente.-

Don Tomás en medio de aquel entrar y salir de las gentes ocupaba un pequeño saloncito, pintado por las telas de araña. Un muchacho le servia de asistente o mandadero. El viejo atendia a las quejas, y mientras contestaba pausado a un periodista, que le pedia imformes, habia entrado un hombre de coléricos bigotes y ademanes de loco, encarándosele violento, porque su petición para irse en la expedicion de Betancourt no le habia sido concedida. El hombre parecia que iba a comerse a don Tomás. Pero éste, paciente y tranquilamente, le habia desarmado con su serenidad augusta, Verdadero maestro de escuela, que le parecia estar

siempre en la clase, una clase turbulenta de niños mal criados. El patriota que entró iracundo habia salido diciendo que se iria en la proxima expedición o se saltaria la tapa de los sesos.

Asi estaba el viejo dia trás dia. ¡Qué resistencia! No recibia un peso de las colectas sin dar su recibo, Era puntilloso, contaba el dinero, que pasaba como si fuese una cinta de seda, por sus manos antes de meterlo en la caja de hierro de la delegación.

Después, y en esto Charles era dominado por la imaginación, veia al viejo recorriendo el Bowery. Sin duda ya el viejo tenia dinero suficiente y se proponia recorrer los rastros y ver cuantas armas y cuantas capsulas podia conseguir, baraticas, de relance. Cuanto fusil viejo, pero servible, cuantos remates de municiones de las tantas férreterias que se iban de cabeza en Nueva York. Alli ya estaba don Tomás comprando por diez lo que valia cien. Lo mismo compraba dos fusiles Remington, calibre 43, desechados por alguna vieja milicia de estados, como compraba a algun cerrajero suizo un par de Mauseres. No muchos Mauseres, no, que esa era arma que no servia gran cosa para la guerra de Cuba. Todo dueño de rastro conocia a don Tomás. Aqui compraba unos revólveres de reglamento; allá un par de fusiles Springfield; más lejos un cargamento de polainas que las remataban baraticas. Y más allá lo veia quedarse entretenido viendo en la vitrina de un judio trapero un par de pistolones de los de la Guerra de Secesión. Finalmente lo veia entrar en la tienda y ponerse a regatear con el judio para comprarle el "Junk" como llaman por alli a esos deshechos.

Asi también eran las expediciones que salian para Cuba. La mayor de todas habia sido la de Rius Rivera. Le venia a la mente como se componiar aquellos cargamentos de armas.

Fusiles Springfield, desechados por alguna averia de poca monta y que usara la milicia de algun viejo estado de la Union ciento cincuenta; Krag Jorgessen, pesadote fusil que usaba el ejercito federal, adquiridos de relance, cien fusiles; Mauseres suizos y argentinos, comprados a algun armero en la metrópoli, diez solamente, al cubano no le gustaba esta arma de largo alcance, pero que causaba muy poco daño; Winchester, acabaditos de salir de la fábrica, relucientes, de recamara amarilla, ciento cincuenta; escopetas recortadas, de segunda mano, adquiridas de algun judio traficante cincuenta: revólveres Colt, de reglamento, cincuenta; machetes Collins una centena; polainas de segunda mano 300, compradas de relance; botiquines de campaña, conteniendo sobre todo quinina, cincuenta. Después cajas pequeñas, paquetes, saquitos, en general una miscelánea completa.

Habia después de esto que atender a los pequeños, a los cabecillas qué escribian por su cuenta. Don Tomás tenia que satisfacerlos a todos.

Las peticiones eran curiosisimas.

—Oiga, mandenos 30 Remingtons, calibre 43—

—Acuerdése, mandénos media docena de Mauseres. Tenemos que tirotear los poblados; la loma está muy lejos y el Mauser es el mejor porque alcanza dos leguas.-

—Oiga, no mande armas; con los machetes nos bastan; pero mandénos quinina.-

—Mire a ver si nos consigue 50 revólveres de

reglamento, pero que sean Colt, de parque amarillo, pues estamos formando de la infanteria un escuadrón de caballeria.-

—Oiga, tenga mucho cuidado con lo que compra. El último cargamento de balas que nos mandó no servian; tenian unas estrías entre la bala y el casquillo. Mire que operamos por Jiguani y tenemos que atravesar grandes rios a nado; el agua nos entró en los "jolongos", y no nos dieron una paliza los "gallegos, de milagro; la polvora estaba mojada y las balas no reventaban. Tenga cuidado; mire que gracias a los machetes y a que vino Calisto Garcia en ayuda, que sino por sus balas de usted estariamos en "el pico de las auras".

O bien como estas peticiones.

—Oiga, no nos mande machetes de media cinta; aqui somos blancos y tenemos los brazos cortos: mande los media cinta a los negros de Oriente que como descienden de gorilas, tienen los brazos largos. A nosotros nos manda machetes "quinbos", que son corticos y manejables.—

Oiga, no nos mande quinina, aqui no hay fiebres, pero mandenos Palmacristi; mire que aqui padecemos todos del estómago, porque el agua es infernal.—

O ésta otra petición.

—Oiga, mandénos machetes media cinta, de esos que la empuñadura es de cabeza de águila. Aqui no queremos "quimbos"; esos "quimbos" mandéselos a los de la provincia de la Habana, que como son hijos de gallegos tienen los brazos cortos; aqui somos cubanos Orientales; tenemos los brazos largos; no somos "fifirichis", y sabemos **manejal** los media cinta.—

Los cabecillas cada uno queria distinta cosa y

habia que complacerlos, porque la guerra no podia hacerse uniforme y si se hiciese uniforme se perdia, pues cada zona y cada fuerza tenia sus problemas; el éxito en contra de España estribaba precisamente en aprovechar en cada hombre sus vocaciones; el viejo lo sabia por experiencia; era necesario dejar a cada hombre la selección en el arte de combatir.

Y mientras tanto don Tomás tenia que tener un gran cuidado con lo que hacia, Iba de una lado al otro, como una sombra, vigilando las boca calles. El gobierno federal perseguia a los revolucionarios mucho y costaba más trabajo burlar a estas autoridades de los Estados Unidos que a los 50 cañoneros y cruceros españoles, que formaban al rededor de Cuba un cinturón. Para el gobierno de los Estados Unidos don Tomás debia ser simplemente un presidente de un comité revolucionario; pero no quien traficase con armas y municiones en contra de una nación en paz y amistad con los Estados Unidos.

Y asi iba el buen viejo preparando el envio de expediciones, sigiloso, seleccionador, inteligente, sacándole el máximo a cuanto dinero enviaban desde los campos de Cuba los revolucionarios, o con los giros que llegaban de las emigraciones de cubanos diseminadas por los Estados Unidos y las Américas.

Bajo aquella inteligente dirección habian salido para las costas de Cuba cuarenta expediciones pequeñas y grandes; se habian perdido tres y habian capturado a medias los españoles una, la del "Competitor", que, por otro lado, no fuera fletada por la Junta.

Y ahora veia Charles lo amargo, lo defectuoso que siempre se es en la vida; no importa lo perfecto

que sea el hombre. Don Tomás habia tenido la culpa de la pérdida de una de las mayores expediciones. Culpa de la misma probidad del viejo, que siempre queria adquirirlo todo tan barato. El viejo regateaba esto de los gastos de toda clase como cosa propia. El buque lo daban por cualquier cosa, pero tenia la quilla en muy males condiciones. Se lo advirtieron algunas comisiones que no lo comprase, pues la expedición que habia costado dos cientos mil pesos era posible se perdiese. El viejo se empeñó en comprarlo, porque se lo daban por cualquier cosa, y también porque algunos de los expedicionarios, locos de aquellos dias, opinaban que para un par de viajes estaba aún bueno.

¡Cómo se habia perdido aquel buque en alta mar, cerca de las islas Bermudas! Un golpe rudo a la revolución. Don Tomás habia llorado al saberlo. Nadie se lo echó en cara, ya que se sabia que si habia cometido el error, habia sido porque para el viejo el dinero que colectaban los revolucionarios habia que aprovecharlo y sacarle el mejor partido.

—Muy grande habia sido don Tomás— decia Charles— El que lo habia conocido y seguido creia que era superior a Marti; porque Marti no contaba más que con el talento y el brio de los años duros, pero don Tomás era la experiencia. La larga jornada de los diez años que le habia dado un pleno y acabado conocimiento de los suyos y del poderoso enemigo que tenian enfrente.

Y concluyó Charles diciendo.

—Y a mi si que no se me puede disfrazar lo que era don Tomás. Porque lo conoci; porque lo vi, porque en más de una ocasion le entregué el dinero que colecté en las fábricas de Nueva York.

Era un santo, y el pueblo que en Cuba asi lo maltrató no era ni más ni menos que el mundo de esclavos viles con sentimientos coloniales, bajos y perversos, que siempre sacrificaron a los Cristos. José Miguel fué un atrevido, y a su vida de atrevimientos por ocupar el poder, debemos el estar hoy los cubanos en el extranjero despreciados, olvidados, un grupo de patilludos, hambrientos y famélicos, bajo el duro clima del norte y bajo el desprecio de esas gentes del sur que lo menos que piensan de nosotros es que somos negros. De no ser un José Miguel y con él otros, pero el el principal, no habria llegado a suceder que treinta años después de la república la emigración, a la que tanto se debe, haya ido desapareciendo a fuerza de agotamiento y muerte sin que la república que tanto le debe la haya repatriado.—

Medina comprendió que Charles no le habia entendido, y no obstante no simpatizar con José Miguel, ahondó en la discusión.

—No, no Charles, no me entendiste, yo no defiendo, jamás defenderia a politicos que toman el poder por la fuerza, base de todas las calamidades, no. No, yo no lo defiendo, no defiendo a José Miguel, solamente hago un estudio de tiempo y situaciones, Precisamente por un don Tomás pudo aparecer en la escena un José Miguel, sin don Tomás, jamás José Miguel hubiera sido nadie.

Agregó.

—Tú has presentado a don Tomás como era, pero don Tomás no comprendió, no quiso comprender, no podia comprender.—

Y Medina entonces continuó presentando a su manera las razones que llevaron a José Miguel a

ser el idolo del pueblo.

Don Tomás para Medina, era un personaje creado por la fantasia más que por la realidad. Habia sido un verdadero revolucionario, que se inspiraba sin duda en el otro patriarca que le antecediera, el viejo Aguilera. Pero cuando la Guerra de los Diez Años don Tomás era un joven, y cuando salió de Cuba para no volver, perdió la noción exacta de las cosas, viviendo en el tranquilo y demócrata medio de Central Valley. En Cuba no habia pueblo, el régimen colonial habia sido el más largo conocido en la historia del mundo y habia sido demasiado nefasto. El pueblo no existia casi en la América latina, Pueblo cabe el ser asi designado cuando esto implica seres los cuales saben hacer uso del derecho legal y saben por esos medios evolucionar, dejando a la politica un lugar secudario y no creando a su pais tantas dificultades. En Cuba no habian existido mas que grupos y fulanismos. Don Tomás posiblemente representase el patriotismo ancestral de la tribú, pero nada más. José Miguel, por el contrario, representaba la encarnación de una tendencia acabada y completa para un lugar donde el ideal era fulanista. José Miguel tenia que apelar más era más cubano, si cabia tal expresión, porque malo o bueno estaba más cerca del latido violento de la opinión que era en Cuba, después de la guerra definidamente de guaperia y de obtener de un modo u otro beneficios directos al pueblo cubano.

Don Tomás habia hecho un mal al pueblo de Cuba, más que un bien. Si en lugar de haber creado maestros hubiese creado soldados, seguramente que la revolución de Agosto no surge, pues no era otra cosa que el último fermento que quedaba y la mania

violenta de un sector que ha estado en guerra tres años; se le ha empobrecido, y no obtiene beneficios trás la pornada. Si don Tomás hubiese creado un buen ejército, sacándolo de las propias filas libertadoras, soldados y oficiales, no hubiese tenido Cuba tanta desgracia.

Pero don Tomás, conocedor de la ignorancia que existia, y educado en su edad madura muy lejos de Cuba y en un medio tan distinto, no quiso comprender que trás aquella sangrienta contienda habia aspiraciones que debian cumplirse, La tendencia al saqueo era muy revolucionaria; tenia justamente que serlo, sin que ello fuese falta de virtud. Los revolucionarios habian vivido tres años saqueando al amigo y al enemigo. ¿Cómo don Tomás no contó con esto? Aquel sector revolucionario, y trás él buena parte del pueblo de Cuba, habia vivido tres años con las armas encima batiéndose contra un poder colosal y haciendo milagros.

¿Como no comprendió don Tomás que estos hombres armados eran en la paz la mejor garantia para la república acabada de constituir? Habia habido hasta en la paga del ejército libertador el deseo de ignorar la contienda, pagando a los libertadores para que estos no tuvieran que echar en cara su sacrificio. ¿Por qué se habia querido ignorar éste factor que era el creador de la república? ¿En manos de quienes caerian por necesidad las conquistas revolucionarias? Era evidente que en el mismo enemigo. El Partido Autonomista, compuesto por lo más intelectual de Cuba, era un enemigo lleno de despechos, solapado, que deseaba probar al mundo la incapacidad del revolucionario y del pueblo de Cuba, y desde luego que don Tomás les

hizo el juego que deseaban.

Por eso José Miguel, hombre en contacto con aquel sector impositivo, venció tan pronto. ¿Qué valian aqui los méritos de revolucionario civil? ¿Alli donde solamente el que habia peleado creia haber hecho la patria? ¿Para qué servia crear maestros de escuela si no podria haber república? La libertad se encauza dentro del orden, y el orden ciertamente no era deseado por tantos y tantos, El ensayo habia sido funestisimo; don Tomás era el verdadero causante. Sin un don Tomás no hubiera podido surgir un José Miguel, como no hubieran podido surgir como producto de corrupciones otros gobiernos tan detestables.

Medina terminó.

—No, el dicho de "robaba y dejaba robar",— no dicho en forma de disgusto, sino de alegria por el pueblo más destituido, es la consecuencia de que de todos nodos nada se robaba al cubano, porque no lo tenia; era al extranjero, qué dueño de la vida económica vendria a ser quien pagase en forma de tributaciones. Don Tomás si, un santo, un verdadero revolucionario que entendia que la revolución que no enseña a vivir espiritualmente a las muchedumbres no es revolución sino cambio de régimen solamente. ¿Pero para qué sirvió pensar de ese modo? ¿No es una verdad que hizo un daño gravisimo a Cuba?

Jimenez saltó.

—Ya lo dijiste Medina, el viejo no fué más que un tonto; no quiso darse cuenta que alli lo que habia eran cuatreros vulgares y no revolucionarios. Creyó en la moral politica donde no habia más que botelleros.—

—Así mismito,— exclamó Manengue. —Hay que ser o no ser, dice un proverbio o lo q. sea, en inglés. Don Tomás fué el causante, sólo disculpable, porque asi como compró un buque viejo para ahorrarle dinero a Cuba, y lo que hizo fué derrocharle dinero a Cuba, asi tambien por hacer un bien a Cuba le hizo terrible daño. Yo don Tomás al José Miguel me lo guiso, lo fusilo en el acto y acabo con la quinta y con los mangos. ¡Ah, si hubiese vivido Máximo Gomez la cosa hubiera sido diferente....!

Charles se quedó pensativo, No contestó, Charles reflexionaba. Era posible, muy posible que tuviese razón.

A pocos pasos sendos abdomenes de turistas américanos estirabánse hacia la borda, Mujeres rubias, de palidez espectral, que aspiraban el aire suave del mar. Hombretones toscos, vestidos con trajes claros y otros encapotados, que mascaban goma y escupian incensatemente al mar.

El buque deslizabase ya rumbo abierto al sur en busca de la costa cubana. Largos y huesudos pájaros cruzaban el infinito azul, aleteando incesantes. El capitan Perkins se mecia suavemente en su sillon, en tanto que dos muchachas, jovenes y bellas oian chascarrillos, sin duda de su vida de marino durante largos años en estos mares.

El Cuba, airoso, mandaba bocanada tras bocanada de humo negro ensuciando el paño azul del cielo. La tarde dejaba descender el sol sobre las ondas incesantes del mar, sobre cuyas curvas campeaba blanca la espuma.

—¿Y a todas estas a que hora entrarémos en la Habana?— preguntó Luis Acosta.

—Como a las seis —contestó Jimenez— hace ya

más de media hora que el capitan dijo que estábamos a treinta millas, asi que las costa cubana debe estar a la vista.—

Miraron todos hacia el lejano horizonte al sur, donde el mar encrespándose levantaba montañas azules, que se inflaban y desinflaban en florecillas blancas de espuma.

—Pronto estarémos en el Canal de Bahama— dijo Acevedo y dirigiéndose a Charles le pregunto.

—¿Y cuánto tiempo hace que usted no va a Cuba?—

—¿Yo? Pues no hace más que la friolera de cuarenta y cinco años. Sali de ahi siendo un muchacho y vuelvo siendo un viejo.—

Acevedo sentia ahora cierta admiración por Charles por haberle oido aquella disertación sobre don Tomás.

Acevedo vivia hacia algunos años en Tampa y entonces preguntó.

—No lo recuerdo a usted de Tampa. Sin duda que por Nueva York mirando rascacielos y enredado con alguna yankee.—

—No, ahora precisamente no. Ya hace años que estoy en Tampa, pero casi siempre por Nueva York, por Chicago, por San Francisco de California— contestó Charles.

-Ahi, en esas ciudades es donde yo quisiera vivir, entre americanos, fuera de esa maldita ciudad de Tampa. Allá, donde no haya más que americanos, Me apesta mi propia gente.—

Soltó una risa irónica Charles. Y contestó.

—Pues no has perdido nada con pasarte el tiempo en Tampa. Yo creo que con todo lo que se diga todavia es Tampa el mejor lugar en que vive la

emigración, especialmente si se es joven.—

—Pues si es vivir bien el sudar amasando los cachos duros en Tampa; aguantarle tantas zoqueterias a los gallegos capataces, y viendo que el español y el italiano se lo han cogido todo. Yo voy ahora para mi tierra; tiré la chaveta al agua en Port Tampa, y me limpié de arena los zapatos.-

—Bien— dijo Charles— si sales con la tuya muy santo y muy bueno. Por mi parte pienso que tendré que meterme de nuevo en Nueva York, la ciudad menos ciudad de todas las ciudades.—

¿Y que no le gusta?

-Si, si, me gusta; pero prefiero mi gente con todo lo malo que tienen a aquellas gentes de allá.-

Era el primero que volviese de Nueva York a quien Acevedo oyese expresarse asi.

—¿Pero que? ¿No lo han tratado bien? ¿También allá le llaman a uno negro?-

—No, no me han tratado mal, y eso de llamarme negro, el que me lo llame con darle un par de bofetadas estamos al otro lado.—

Y, modesto como era, enseño no obstante, su caña de brazo. Acevedo quedó admirado.

-¿Usted fué boxeador, no?-

—Algo lo fui en el Bowery cuando era joven, pero ya no valgo nada.—

—¿Y que no le gustan los americanos?—

Me gustaron como todo lo que uno no conoce, como le gusta a uno Nueva York cuando no ha tenido que irse a ganar el pan aquellas mañanas, cuando el hielo le rompe a uno las orejas, y como gusta cuando uno es joven, pero para mi Nueva York tiene tanto atractivo que desearia que la sacudiera un terremoto.—

—¿Por que?— pregunto Acevedo.

—Porque le tengo un no sé qué. No se puede amar un pais que cuando uno necesita calor y necesita sol y necesita amor, le dan sombras, le dan frios, le dan hielos y le dan odio.-

—¿Pero que? ¿ Lo han maltratado?—

—No, hombre, no, ¡qué me van a maltratar!— pero- hizo una pausa -pero nada, que me gustan cada dia menos. -

—Eso, eso digo yo— exclamo Manengue. —Mientras ustedes estaban hablando yo me fijaba en estos cerditos que van en el buque, Van para Cuba, pero les gusta tanto oirnos hablar español eomo a un perro le gusta que le pisen el rabo.—

—Pues tienen que comerselo, quieranlo o no— grito desaforadamente Acevedo, volviendo la cara hacia el grupo de turistas.

A los turistas no les pasó desapercibido aquel grito y se miraron unos a otros y sonrieron. No entendian lo q. habia pasado, es más, posiblemente era lo mas seguro que no supieran ni distinguir a que raza pertenecian aquellos extranjeros, pero les hizo gracia el grito escandaloso.

Charles se quedó muy serio, en tanto Acevedo reia su propia gracia.

Charles creyó su deber dirigirse a Acevedo.

—¿Tú hablas ingles?—

-No, no lo hablo, lo único que he aprendido bien es —I love you— (Yo te amo) y —Good Morning— (Buenos Dias) Lo demas no me entra ni a tres tirones.—

—¿Por que lo preguntaba?—

—Por nada, porque te iba a advertir que no gritases. Estas gentes cuando ven uno asi y se rien,

no es porque les haga gracia, sino porque lo consideran muy latino eso y cosa de locos.—

—Pues por mi que se figuren lo que les dé la gana.— contestó Acevedo.

Los fabricantes de tabacos habian ya suspendido su tresillo. Los pasajeros todos se iban agrupando en los costados del buque y se afanaban en escrutar el horizonte del sur. Cuba debia aparecer de un momento a otro y la conversacion entre los viajeros habia perdido su agitado apasionamiento. Era evidente que la cercania de la tierra donde todos ellos habian nacido imponia cierto sentimiento de quietud.

¡TIERRA!

Va apareciéndo la fastuosa capital de la Perla de las Antillas, como un palacio de oro, sobre la punta de una montaña, hundida en medio del océano.

V

No tardó en efecto mucho sin que allá lejos en el horizonte marino se viese como una sombria nata azulada flotando sobre el mar, Podia verse lo preciso de aquel contorno, que no bastaba a desaparecer y borrar el oleaje en su vano empeño, estrellándose allá lejos en motas de blanca espuma.

—Alli, alli está— dijeron varios voces a un tiempo.

—Si, esa es Cuba— dijo cauteloso Acevedo, que estaba más al tanto por haber viajado varias veces en los últimos tiempos.

—Aquello que parece una mota de algodon azul es el Pan de Matanzas.— dijo Acosta.

—No, hombre, no— contestó Acevedo— eso son las Tetas de Camarioca, que parecen una sola cosa de lejos.—

—No, esas no son las Tetas de Camarioca, Ese es el Pan de Matanzas,— dijo Jimenez— es el primero que se ve siempre.—

Otro agregó.

—Y esas otras dos puntas grises que se ven aqui al frente son las Tetas de Managua, Por ahi está la Habana.-

Hernandez y Charles estaban el uno al lado del otro. Pronto se les agregó Camacho, que comprendiéndo que la enojosa discusión cesara, se acercaba cauteloso. Indefectiblemente que la presencia de Acevedo, sobre todo, le imponia embarazo. —Aquel lombriciento— como ya le llamaba le molestaba hasta con la sombra.

Hubo de virar la cara Acevedo y lo vio llegar. Y dijo desentendidamente dirigiéndose a Jimenez.

—¿Es verdad, Jimenez, qué Machado no permite el juego en Cuba?—

Jimenez no debió comprender la intención y contestó.

—No lo sé, unos dicen que si, y otros que no.—

Manengue también, sin darse cuenta, dijo.

—No, es verdad, no deja jugar, lo sé por un amigo que vino de allá hace tiempo. No hay pitintin, ni siló, ni poka como en Tampa.—

Comprendió Camacho que aquello iba con él, pero arrecostado en la borda, permaneció indiferente. Echó una bocanada de humo al aire y dijo a Hernandez.

—Pronto estarémos en el muelle.—

Ya tenia ganas de llegar, muchas ganas de llegar.

Si por una casualidad tropezase en la calle con Acevedo le escupiria la cara virulenta. Si lo encontrase se lo comeria. Si lo encontrase lo abofetearia. No le iba a quedar ganas da hablar de silós o pitintines. Y su pensamiento entonces se engolfaba en aquello, diciéndose para si, ¿quién era aquel Manengue para hablar de juegos ni dar patentes de moral politica. —El que no té conoca que té compre- se dijo para si. Bien sabia él a que atenerse con referencia a éste Manengue. Un tabaquero que ganaba, como se decia vulgarmente, lo que le daba la gana y que tal como lo ganaba lo gastaba en vicios. Las noches que lo habia visto, toda la santa noche en el juego en West Tampa, rompiéndose el "sobre" de la familia en la mesa de poka".

Y mientras que allá lejos el contorno leve azul se iba marcando más y más, por la mente de Camacho pasaban estos individuos.

¡Cuidado que habia descarados! ¡Dando potentes de moral! El que habia visto a muchos de estos entrar en la casa de juego al salir del taller el sabado por la tarde y pasarse todo la noche del sabado y todo el domingo pegados a las mesas de juego con las manos aún sucias del tabaco. El no tenia que dar cuenta a nadie de sus actos, Su familia siempre habia vivido bien, no se recordaba una sola ocasión en que él dejase de llevar para su casa el sabado que los diez, que los veinte pesos para el gasto de la semana. Y después... ¡si él corria una casa de juego no era porque cogiese a nadie por el cuello para que viniesen a jugar, y si venian era porque eran viciosos!

¡Este Manengue, éste Manengue....! Todos saben en Tampa que mal trato daba a la infeliz

mujer, la pobre, que tenia que darle la cara a los cobradores. Los cobradores, que comenzaban con el cobrador de la casa, un americanote, de cara de bulldog, que los lunes por la mañana andaba de casa en casa cobrando la renta, llevando un montón de letreros de cartón con la palabra "Se Alquila", y al que no pagaba le pegaba el cartelón. ¡Qué americano más grosero aquel, que en lugar de tocar a las puertas con los nudillos de la mano, tocaba con un martillo!

La pobre esposa de Manengue, una victima de aquel Manengue. La infeliz tenia que soportar los insultos de aquel "craka" salvaje por causa de este tipejo que ahora decia —Machado no permite poka ni siló— por molestarlo a él. ¡Partida de degradados!

Y aquel Acevedo, aquel moquillento, sin duda otro jugador. El no lo habia visto por West Tampa, pero la cara se lo decia, y él era un fisonomista en esto de los jugadores. Aquellas granulencias en la cara y aquel color amarillo veteado de Acevedo, era propio de quien ha pasado muchas malas noches y ha aspirado el aire enrarecido de las casas de juego. ¡Oh aquella cara, aquella cara era de vicioso!

No podia pensar lo mismo de Hernandez, que le parecia una de las buenas personas que alli iban, que hacia muchos años conocia en la emigración. Charles Doors también para él era otro sujeto extraño. Bueno, que todo le indicaba que éste Charles, "el Americano", como lo llamaban, se habia pasado la vida por Nueva York.

—¡Tamaños sinverguenzas!— se dijo para si— ¡señalarle pauta a hombres honrados como yo!—

Aquel Manengue, tabaquero de la 'Rosa de Cuba',

que jugaba el sol antes de salir. Aquel Acosta, otro que bien bailaba, aquel Acevedo, aquel Sanabria, que se hacia el atolondrado, pero que él lo conocia muy bien, porque una vez le robó cinco pesos cuando lo empleó para que le corriese una mesa de juego.

Y por su mente desfilaban las preguntas; ¿por qué irian a Cuba? Sin duda que algunos de ellos para ver el pais trás largos años de ausencia, otros para ver si conseguian un destino. Era tan corriente eso. Desde que la república se habia inaugurado el cubano de las emigraciones habia dado muchos viajes en busca de prebendas. Era dificil comprender que muchos de estos no fueran ahora por lo mismo.

Hernandez, a su vez pensaba en otras cosas. Durante los largos años de exilio, la república habia tenido gobiernos que no le gustaron del todo, pero eso si, nunca ni en los talleres ni en la calle, habia censurado de aquella forma sistemática y despiadada de los suyos. ¿Por qué? La verdad, él habia viajado a través de los Estados Unidos, habia visto que ese pais tenia todas las cosas censurables del mundo; habia aprendido el idioma defectuosamente, pero se entendia, y no recordaba haber oido criticas al gobernante, cuando más alguna que otra censura; pero no ésta forma intolerante que no les concedia ni la sal ni el agua. ¿De dónde lo habrian aprendido? De los españoles no seria, porque su rey aunque parecia bastante defectuoso, no obstante no lo criticaban, y la inmensa mayoria creian que Alfonso era el hombre más sport del universo; otros que era hombre de gran talento y casi todos convenian que era honrado a carta cabal.

En los talleres de tabaquerias no le oia al siciliano hacer criticas de aquella clase; no lo oia al español;

si los veia erguirse, irritados, y hacerlo cosa de amor propio cuando alguien censuraba lo de ellos. Era el cubano, el único, el que aspiraba a encontrar el gobernante utópico, el que sale fuera de toda realidad. Los unos bobos, los otros ladrones, todos tiranos, todos malvados. No habia quien sirviese para nada. ¿En qué se inspiraban?

La costa cubana empezaba a levantarse y era como un reptil larguisimo que flotase arropado por las olas, Azulosa, perdiase en la distancia cerrando el horizonte. Allá hacia el oeste las costas de Pinar del Rio. —Aquello es el pico del Anafe— se dijo— que desde que era muy chiquito contemplara; estaba allá por las cercanias de Guanajay; era como una ornilla, azulado, cuadradote, tosco. Y aqui enfrente, como dos pirámides, las Tetas de Manágua, como dos centineles que vigilasen la Habana.

El era de alli, de un pueblo cercano a la capital, desde el cual desde niño viese aquellas lomas, Sintió una intensa alegria trás tantos años de no verlas. Alli estaban, como él las dejara; ni la lluvia ni el sol de tantos años habian podido mellar sus piedras milenarias.

El pasaje era ya un hormiguero. Habian salido de los camarotes todos y se arrescostaban en la borda. El buque jadeante, iba ya en franca busca de la bahia de la Habana. Las tierras iban perdiendo su vaguedad para convertirse en cosas tangibles y precisas.

Se dirigió a Charles, que ahora era todo ojos mirando aquella tierra larga, azulada, imprecisa.

—¿Que te parece, Charles?—

Charles no contestó, pero Camacho recordando las palabras del gran almirante, en forma ceremo-

niosa y grave. dijo.

—La tierra más fermosa que ojos humanos vieron-

Montesinos pensó en amargar la alegria.

—¡Lástima de un pais tan bello y tan desgraciado!—

—¿Por qué desgraciado?— preguntó Hernandez.

—Es porque es lo nuestro, que siempre nos parece pequeño. ¿Desgraciado? ¿Por qué? Es nuestra Cuba, es nuestro pais y es grande y es bello.—

Sobre las motas que formaba el agua marina, agitada, llevando de aqui para allá los copos de espuma, se veia como tendida sobre el lejano horizonte una alfombra de terciopelo verde, tirando a negro .

-Ahi, ahi está Cuba- dijo Manengue con cierta emoción.

Después las brumas se iban desdibujando poco a poco. El buque surcaba la superficie sin apuros, pero firme, preciso. La sirena atronaba de vez en cuando el espacio. El paño azul, como tendido sobre el mar, se hinchaba allá lejos, como inflado por el viento, se engrandecia; formaba jorobas y sobre aquel paño como sobre el lomo de un animal anclado en medio del mar, se marcaban precisas gibas azuladas enormes, que se levantaban al cielo como tumbas prehistóricas.

Después los picos más elevados eran a manera de botellones en el azul inmenso. Las lomas de Pinar del Rio, el monte del Anafe, cerca de Guanajay, aque monte que llamaron El Anafe, por lo cuadradote y tosco, semejando a las fogones en que nuestros abuelos cocinaban.

Se habia suspendido toda conversación o se cam-

biaban impresiones por lo bajo, como temerosos de romper aquel encanto, trayendo a colación anteriores disputas.

Pero, Acevedo, inquieto, nervioso, de los que no pueden estar quietos, soltó una de las suyas.

—Lástima que un pais tan bello no tenga otra clase de gobernantes.-

Charles creyó propio decirle.

—¿No es qué exageramos más de la cuenta? ¿No serán los largos años de conspiración? ¿No será el hecho que fuimos los últimos en emanciparnos y recogimos toda la hiel para lanzarla al enemigo y nos ha quedado la boca siempre amarga? ¡Gobiernos malos, gobiernos malos! Eso en todas partes ocurre, los gobiernos son cosa temporal, la nacionalidad es eterna.—

—Si, pero aqui no se enmiendan ni se arrepienten -dijo Jimenez. Y agregó. -Aqui hemos tenido una colección de notabilidades como gobernantes: hemos tenido presidentes bobos, ladrones vulgares, saqueadores, escamoteadores, borrachos consuetudinários, y lo único que nos faltaba tener era un presidente asesino vulgar y ya lo tenemos; Machado.

Era más de lo que Charles podia tolerar. Y por eso replicó indignado.

—Asi, asi, son muchos de nosotrós; primero porque don Tomás quiso educar su pueblo, un viejo bobo, después porque José Miguel ocupó por la violencia el poder, precisamente por la anterior propaganda contra don Tomás, un ladron vulgar; después Menocal, más tarde Zayas, todos llenos de defectos, y por último, Machado, que intenta crear una verdadera nacionalidad, lo quue soñó Marti, un asesino vulgar.—

-Pero- arguyó Manengue- daté cuenta Charles, que Machado se ha impuesto lo mismo que lo hizo Menocal, -daté cuenta que lo ha hecho en contra de la voluntad popular.—

-No hay tal cosa, y tú lo sabes bien: Machado no se ha reelecto; el pueblo cubano, los tres partidos lo prorrogaron, por ser ese el sentimiento del pueblo de Cuba.—

—No, no es asi— dijo un señor de mirada torva y rostro cetrino ,que estaba pegado a la borda, -no es asi. Yo tengo una carta que me lo cuenta todo. Eso de los tres partidos fué una mogiganga, Machado en combinación con Menocal y otros se ha quedado porque si, reeligiéndose.—

Charles volvióse sobre el.

—Bueno, ¿porque alguién le escriba a usted una carta, qué quien sabe que clase de sentido comúu tiene y que ni usted mismo sabe quien eś, ya se forma usted toda una opinión?—

—No, hombre, por la carta no sólo— contestó el sujeto —Yo sé tambien que Machado mandó matar a Armando André, el único que se atrevió a ponerle una bomba a Weyler.—

Recordaba Charles aquello de la bomba a Weyler. Un cuento. Ya lo habia oido muchas veces en la emigración, Una bomba, que reventó en un retrete de un palacio enorme, en un retrete donde no entraba Weyler. Esta hazaña se la habian atribuido a lo menos dos docenas de revolucionarios.

—Todo eso es filfa— dijo violentamente Charles. —Usted es uno de los tantos lenguaraces que padecemos. Y el tal Armando André, que yo si lo conoci y usted nunca lo vió, valia bien poco. Y eso de que lo mandó matar Machado falta verlo.—

II

Cuba es pais eminentemente montañoso. Esto lo nota más el viajero procedente de la Florida, tierra espantosamente llana sin más que dos o tres sinuosidades en toda su grandeza. Las montañas cubanas, de regular elevación en Occidente, van alzándose poco a poco, hasta terminar en Oriente con las alturas mayores del pais. El monte riscoso o pelón se hiergue lejos, formándose valles de monte a monte; lluvias copiosas de los tropicos caen sobre la montaña y el llano, y el gran aguacero lanza sus derrames sobre los valles como represa que se rompe en las alturas. Rios, muchos rios, riachuelos; todo ello en laberinto que cruza la isla en arabescos interminables, llevando su humedad y sus abonos sobre las tierras de los valles; tierras de aluvion, ricas y negras. Parecida su estructura topográfica a la de la costa atlántica de los Estados Unidos, la montaña verdadera está aqui lejos de la costa, precediéndola elevaciones graduales; la montaña es el guardian final de las tierras. Asi anfructuosa, y saltando de un valle a una colina, y de la colina a loma y de loma a montaña, Cuba es un pais de grandes hoyas, sin duda lugares donde residieron lagos que formaron ricos sedimentos aluviales.

Desde el buque los viajeros iban precisando las alturas cercanas a la Habana. Las gigantes Tetas de Managua, que situadas en una planicie destacanse altisimas, con esa magestuosidad que se asemeja a las Ozarks, de Louisiana, grandes, gigantescas, no por la altitud sobre el nivel del mar, sino por ser como una pirámide de piedra sobre una plataforma.

Las cordilleras de Matanzas, brumosas, apenas adivinables entre el cortinaje de las nubes y la bruma. Los montes de Guanajay. Todo ello como si alli, en medio del Golfo Mexicano, se hubiese alzado para cerrarles el paso una sierra, llena de diformes picachos, encrespada y colérica levantando sus riscos a los cielos. Cerraban bien el horizonte al oeste las lomas de Pinar del Rio, y la costa al este extendiase lejos, perdiéndose en recodos, bordeados siempre por el mar que rugia contra el acantilado, para irse a perder todo, en la vaguedad azulada de las montañas matanceras.

Hernandez, nativo de uno de los poblados que sombreaban estas lomas, sentia su corazón batir violentamente, Era cubano, cubano solamente en lo más noble de aquella acepción. Amó siempre su pais, nunca hubiera querido salir de él. Lo dejara por joven, por inexperiencia, y cuando pasó al extranjero llevó consigo unas buenas manos de artista, no dejando trás si odios ni rencores.

No entendia y renegaba de esta otra generación en que abundaban hombres como Jimenez, Acevedo, Manengue y otros; tan lenguaraces y enredadores. No solamente le parecia imposible el pensar asi, sino que lo consideraba muy impropio, sobre todo en el extranjero. En la emigración él habia sido el patriota que cumple con un deber, Siempre creyera que la mayoria tenia la razón y a veces pensaba que entre el Maestro Marti, al que conociera, y estos otros que tanto hablaban, "y se decian sus discipulos", habia gran diferencia. Después de todo, pensaba, —Marti era un idealista y estos otros no se sabia lo que eran, envenenados por tanta lectura en los talleres por la nicotina del tabaco y tanto

politiqueo. —Pero de aquello a su cubanismo habia gran diferencia. Los largos años en las emigraciones y el continuó vulgarizamiento de la idea revolucionaria lo identificó con aquella lucha en que cumplia un deber como cubano, Era la mayoria y estaba con ella por disciplina social, pero si su opinion particular fuese nunca habria habido lucha, pues nunca se sintió postergado ni deprimido por persona alguna.

Los que habian iniciado ataque contra Machado quedáronse callados. Evidentemente entre aquellos centenares de emigrados no habia más que ellos que pensasen mal del gobernante. El viejo emigrado nunca combatió los gobiernos de la república, pues ofendia a su criterio cerrado de fundadores atacar aquello mismo que habian creado. Pero los que conocieron a Marti disminuian más y más dando paso a este otro cubanismo que apenas si conocia a Cuba y su pasado, y que era venenoso contra todo gobernante. Para los viejos emigrados, de largos años en los Estados Unidos, la decadencia de la industria del tabaco; el encontrarse frente al desamparo, los antecedentes de los servicios prestados, hacian que volviesen hacia Cuba las miradas. Las aspiraciones libertarias habian dado paso a la necesidad de buscar salida a cada miseria, y a cada penuria. La república, por una u otra causa no habia atendido las emigraciones, y estas se iban reduciendo más y más cada dia. Por eso aquellas expresiones contra Machado no hallaron eco. En vano fue que Acevedo y Jimenez hablasen en aquel tono altisonante e impropio y que tratasen de picar el amor propio de los viejos emigrados. Manengue se habia callado. Era de los que no gustan quedar

deslucidos. "Los tabarristas", como llamaban a esta clase de sujetos en los talleres de tabaqueria, acabaron por callar, quedándose como ensimismados en el paisaje que cada minuto se precisaba más. El cuadro amarillento de la ciudad se afirmaba en el horizonte. El buque pitaba sin cesar. El capitan Perkins, al lado del timonel, dirigia la embarcación. Era evidente que entrarian aún de dia en el muelle y esto alegraba mucho a Hernandez y Charles.

En los años que ellos faltaran habia surgido la nueva Cuba, Cambios notables en el pais, sobre todo en la Habana. La época de las "vacas gordas"; las opulentas inversiones; la creacion de repartos, que extendieron la urbe, el levantarse incesante de edificios habia ocurrido en los últimos veinte y cinco años.

La Habana estaba ya enteramente a la vista, No era una ciudad lo que a los ojos de Hernandez se presentaba. El concepto de ciudad es alga definido que termina en alguna parte. Lo que aqui aparecia era cosa interminable, sin fin. La gigantesca masa de piedras se perdia en el horizonte, Por detras de aquel anfiteatro de suntuarias piedras, las lomas de Managua levantaban sus cabezas como dos eternos vigias. Mas la ciudad no tenia fin en parte alguna, Se perdia en el sur, en el norte, en el este, en el oeste, en un interminable escalonamiento de piedras, como en escaleras, superponiéndose en elevación las unas sobre las otras. —Como la Acropólis griega —se dijo Charles— que habia visto un trasunto de ella en un museo en Nueva York.

Las lomas de Guanajay parecian mas cerca ahora y estrechaban la ciudad en las lejanias, De aquellas masas de piedra venia un ruido ensordecedor de

urbe agitada. El sol de la tarde bajaba, dorando los altos techos.

A la vista de la enorme capital de la república en los ojos de los viejos emigrados aparecieron lágrimas. Sollozaban algunos. Otros cubriánse las caras con los pañuelos para ocultar la honda impresión.

-¡Qué bella!- ¡Qué bella!- se les oia exclamar.

Acevedo que comprendia habia disgustado a algunos por los cuales habia llegado a sentir admiración, como por Charles, quiso ahora lucirse, Servirles de algo. Con alguna posible excepción los que alli iban llegaban trás largos años de ausencia, El. por el contrario, el último viaje habia sido seis meses atrás nada más.

El Morro no habia variado. Era el saliente que tenia como nariz la alta farola, y a su espalda, como protegiéndolo, la fortaleza de la Cabaña con sus cañones negros y largos. La bahia negra, atestada de buques y goletas, y allá por los recodos obscuros circulaban pequeños botes a vapor y a remo. Para Hernandez la ciudad que aqui aparecia era otra ciudad.

¡Qué cambios habianse operado en los 30 años de república! Como si al espejismo ominoso de aquellos gobernantes contestase la realidad aqui visible, la ciudad habia avanzado imponiéndose. La república habia sido más decidida que sus gobiernos. La ciudad que él dejase era visible en todos sus contornos; cabia en la palma de la mano. La que habia surgido se perdia en confines imprecisos de masas amarillas de canteria. Por sobre las cuadros de piedras elevaban sus cabezas desafiantes las torres. Primero, el Malecón, que no era ahora un

paseo junto al mar; sino una pista incesante de automobiles que pasaban con la rapidez del relámpago, atronando el espacio con el silbar de sus bocinas. No era un paseo junto al mar, era una cinta coriendo por el norte, ciñendo la ciudad por todas partes, en el afan de sujetarla en su afan de meterse en el mar. Como si todo aquello estuviese sombreado con tintas de oro, las casas de la Avenida de Ancha del Norte de amarillo palido; todas simétricas, todas iguales, como un paredon levantado alli por si fallaba ante el empuje del mar el murallaje del Mal cón de dos yardas de ancho. El Parque Central, cortando la ciudad por el medio con sus arbolitos pequeños, verdes, de un negro mate, como pequeñas cabecitas, como quitasoles de oscuro color azul.

Recordaba Hernandez lo que habia por alli antes. Robles centenarios, deshilachados, con ramas que se derrengaban hacia el suelo; desiguales y feas. El piso era de barro, mezclándose al excremento de palomas y pájaros que anidaban en los viejos árboles bajo el chapotear de los paseantes.

Y ahora era como si fuese una carroza larga, de esas del carnaval Mardi Gras de Nueva Orleans, una carroza de cabecitas verdes y sentado al timon un auriga vestido de riguroso frac negro.

—¿Quien es aquella figura a la cabeza del Parque?—

—Oh, ese es el monumento a Juan Clemente Zenea. Parece que esta pegado al parque, pero hay una rambla por medio— contestó el joven.

Seguian pasando por el Malecon raudos los tutomóbiles como si se disputasen el llegar primero, sonando las bocinas, en un desparrame de hormi-

guero que ha recibido una patada.

Su vista se detenia en cada uno de los salientes de la capital. La ciudad iba elevándosa como si se asentase sobre las escarpas de una gran montaña. Los edificios más lejanos estaban como sobre l'as puntas de una loma.

-¡Ah, el Capitólio.! ¡Qué grande debia ser!.-

Como un gigante panzudo que saliese por entre los árboles y estirase sus brazos para abrise paso hacia el paseo, separando casas y árboles de su lado, asi a la distancia el Capitólio daba la sensación de fuerza, de poderio, de riqueza. Sobre su dorada torre caian estrellándose en salpicaduras de oro los rayos del sol. La torre era como uno de esos cascos de hierro que se usaran en la guerra. ¿Seria el dios Marte a quién se quiso idealizar? Las figura de aquel dios de la guerra guardaba cierto parecido con este rechoncho edificio que se abria paso por entre los árboles.

Acevedo informó.

—Ahi donde usted lo ve ha costado viente millones de pesos y es mayor en cinco pies que el de Washington.—

Los viajeros habian suspendido al charloteo, y apenas si tenian tiempo para recrear la vista. El buque se acercaba más y más a la ciudad y la bahia se enfilaba direstamente, y por entre la masa de buques embanderados y goletas avanzaba la lancha de la Capitania del Puerto con su sirena chillando incesante.

La torre del Capitólio, redonda y dorada habiase engrandecido. La torre de la Camara de Comercio, la Lonja, otro edificio ancho, grueso, de un color gris acerado; en el centro de la torre el dios Mi-

nerva extendia sus brazos. El viejo Convento de San Francisco, el Palacio Presidencial, con sus costillajes de persianas y ventanas.

-El Palacio Presidencial, ya usted lo ve, es bellisimo —dijo Acevedo—

—Pero de lo único que se habla es del Capitólio-contestó Hernandez. y agregó.

—Debe ser el más alto.—

—No, yo creo que no— contestó Acevedo— Para mi el Edificio de la Cuban Telefone es el más alto de todos; ese que usted ve ahi saliendo por el lado del Capitólio; aquel que tiene una torre blanca, como un minarete.- Y agregó.

—Ahora que yo no sé que misterio tiene el Capitólio, por donde quiera que ande uno en la Habana lo ve, si usted está en el Cerro lo ve, si está en Marianao lo ve, si anda allá abajo, por algun callejon estrecho al llegar a la boca calle ve usted la torre del Capitólio. Parece que está en todas partes—

Y allá, por entre todos, como tratando de rivalizar en altura y atrevimiento, la torre de una iglesia. Del Capitólio ya sabia Hernandez, pero este nuevo edificio gris con su torre de aguja como tratando de ensartar las nubes; nada sabia. Volvióse a Acevedo.

—¿Y aquella torre de aguja?—

—¡Ah esa es la iglesia de los Jesuitas! Es tambien bellisima. Está por la Calzada de la Reina. La levantaron hace poco.—

Llegaba ya incesante el rumoreo de la muchedumbre.

—Esa es la marca de fábrica de esta ciudad—dijo Manengue— ya lo notó bien Zamácois, cuando la llamo "la ciudad del ruido."—

—Verdad,—contestó Charles— es un ruido, que ni en el mismo Nueva York.—

Los viejos emigrados ahora pensaban.

¡Qué orgullosos se sentian haber sido ellos los que con su modesto obolo de obreros habian sido capaces de levantar la república cubana! Pensar que sin ellos todavia aquello seria como cuando lo dejaron, viejo, enfermo, nauseabundo. Era una recompensa, una recompensa a los sacrificios hechos, una justa recompensa.

El viejo Calisto Magrinat se secaba las lágrimas. Cotanda permancia silencioso y abstraido. Montes de Oca estaba como si fuese un beodo aturdido en la contemplación de la metrópoli cubana.

¿No era aquello alli presente, indiscutible, positivo la réplica elocuentisima que daban a los lenguaraces los gobiernos todos que habian formado los treinta años de república, y sobre los que la baba de la critica impia se habia desencadenado en el viaje? Repuesta muda, sombria, elocuente. —Alli lo tenian, la labor de los gobiernos cubanos.—

¿Pero es qué los gobernantes cubanos habian recibido esta bella ciudad, habian recibido esta isla asi, habian recibido una colonia siquiera en franco periodo de actividades?

¿Qué, es lo que los gobiernos de la república recibieron comenzando por don Tomás Estrada Palma trás tres largos y cruentos años de guerra civil y trás cuatrocientos treinta años de coloniaje?

La revolución les entregó un pais enteramente en ruinas, desolado, arrasado, una tierra de escombros; despoblado; donde no existian plantios, ni una sola casa en pie en los campos, sobre los que el incendio y la matanzas dejaron charcos de sangre y madera-

menes carbonizados; no existian ganados en las vastas planicies, los árboles frutales habian desaparecido por el hacha y exterminio; los predios de cultivo eran maniguales como océanos; el campesinaje habia desparecido y llenado, desbordandolo, y rompiendo las paredes del camposanto en busca de más tierra donde reposar, en aquel cementerio que se llamó la Guerra de Independencia, con su Reconcentración y sus martirios. Habia que hacerlo todo, poblacion, campos; ganado; la república en fin.

¿Q. recibieron los gobernantes cubanos de manos de la colonia y la revolución en el sentido de higiene pública y privada?

Recibieron la fiebre amarilla, azote generado por la falta de higiene, que mató millones de españoles en América y enfermó a la mayoria de estos inmigrantes trabajadores y laboriosos, haciendo de la palabra ''vomito negro'' la obsesión tenaz, destructora, durante cuatro cientos años; la contribución de sangre que debian pagar para poder vivir en los Trópicos.

Habian recibido la viruela negra, horrible incubo, que aparece en el periodo biblico, procedente de Etiopia, traida a Cuba por las esclavitudes africanas, que tatúa horriblemente los seres, que pudrió la colonia de continúo; mandando centenares de miles de personas a los cementerios; carne lacerada y purulenta.

Habian recibido el coléra morbo asiático, monstruo nacido en las margenes del rio Ganges en la India, bácilo asqueroso, que deshace en diarreas los seres humanos; traido a ésta colonia por las esclavitudes procedentes de China y India, y que diezmó la poblacion periodicamente por el espacio de dos

cientos años.

Habian recibido la peste bubónica, la infección extraña, que llena de hongos podridos el cuerpo, y manda a los cementerios masas hediondas de carne que se desgrana a pedazos.

Y habian recibido tambien todas los endemias menores conocidas, que enviaban el Asia y Europa a ésta lejana colonia, que caian como en el fondo de un saco en esta isla, extremo de la actividad europea y que merced al abandono y la desidia de los moradores y al excesivo calor tropical crecian y tomaban terrible fuerza destructora.

¿No habian desaparecido todos los azotes que perduraron durante cuatro cientos años de colonia? ¿No habian desaparecido bajo la mano enérgica de aquellos gobiernos a quienes tanto se criticaba. ¿No era Cuba ahora el pais más saludable de la tierra, donde la higiene era una religión?

¿Qué habian recibido los gobernantes cubanos como herencia de la colonia y la revolución en el sentido de cultura popular?

Un pais donde los analfabetos cubrian el 80 por ciento de los habitantes; la instrucción publica oficial apenas si existia, y el analfabetismo y la ignorancia constituian la médula nacional.

¿Qué habia llegado a ser durante la república?

El analfabetismo casi desparecido por completo; la instrucción oficial obligatoria; el cubano en general sabia leer y escribir y la cultura habia llevado la república a rebosar de médicos, abogados, intelectuales en fin.

Los gobiernos de la república habian tenido que hacerlo todo, ¿Por qué la contumaz crítica del cubano? ¿Por qué su inconformidad siempre? ¿No

era esto precisamente lo que habia impedido la marcha acelerada a la formación de una verdadera y fuerte nacionalidad antillana? ¿Por qué pretendian siempre el gobernante utópico, el qué sale fuera de toda realidad, el que no existe en parte alguna?

La Habana, un verdadero pudridero en los tiempos coloniales. Alli por donde ahora pasaban raudos los automóbiles un foso inmundo donde los albañales de la ciudad llevaban a la bahia la hediondez y la muerte, Perros, caballos, animales muertos, formaban el triste escenario alli donde ahora los parques eran como brillantes que hubieran surgido de un pantano.

—¿Por qué tanto criticar los gobernantes?—pregunto Hernandez a Charles.

Y agregó.

—Té acuerdas lo era ese lugar del Malecón?—

—Si, una cloaca asquerosa, tan asquerosa que ésta ciudad la tuvieron cuarentenada los Estados Unidos durante cuarenta años.—

—Mirálo ahora—

Y sentian odio hacia aquellos cubanos que con tanta impiedad criticaban al gobernante.

La Habana era el mentis rotundo. Alli estaba ella, que contestaba a la critica apasionada de los tiempos todos.

Y venia un rumor siempre creciente, siempre creciente. La urbe inflamada, altiva, contestaba con aquel bramido sordo al buque que venia dél extranjero y bajo cuya bandera los propios cubanos hablaban tan mal de su pais.

La ciudad ahora, dorada por el sol de la tarde, era un interminable semillero de edificios que se levantaban altivos, frescos, remozados y era como si

dentro de aquellas piedras saliese un hormiguero que corriese piedras arriba y piedras abajo con vida loca, como los primeros temblores de un volcan que iba a reventar en el espacio.

—¡Qué contornos! ¡Qué contornos! Es toda una señora ciudad— dijo Charles. —Mira que cuando yo sali cabia muy bien en la palma de la mano y que fea era.—

—Me acuerdo bien— agregó Hernandez— me acuerdo bien. Por alli, por aquel lado montes y piedras y aqui, ahi en ese Malecón volaban docenas de auras tiñosas llevándose las tripas de los caballos, que parecian serpientes retorciéndose en el cielo. Venia una hediondez horrible que llegaba hasta el vapor.—

—¿Y te recuerdas lo qué habia alli Hernandez?— preguntó Charles, señalando con el dedo hacia allá lejos por donde aparecian varios techos cuadrados.

—No, no me acuerdo bien.— contestó Hernandez.

—Pues por alli estaba la Caleta de San Lazaro. Ahi se bañaban los caballos en compañia de las personas, No sé como no le cayeron garrapatas en la piel a la gente. —Y agregó—

-¿Y los Baños de los Soldados? ¡Qué cosa tan cochina! ¿Y la zanja real? ¿té acuerdas de la zanja real? Te acuerdas que venia por la calle de la Marina, al descubierto recogiendo todos los escrementos, entre ellos los del Hospital de Lazarinos, asi al aire libre, con una peste de mil demonios, y pasaba por todo el Vedado y iba a parar a la bahia. ¿Té acuerdas?

—¡Como qué si me acuerdo! Por cierto que habia una especie de puente y un cañon clavado, y que al pasar tenias que sujetarte al cañon, y por maldad

lo pintaban de escrementos y te cagabas todo al tocarlo.—

—¿Donde estará ahora el Torreón?— preguntó mirando a las lejanias.

Acevedo terció.

—Aquello que se ve allá como una garita, Eso es lo que queda del Torreón; tumbaron el castillete, pero dejaron de recuerdo la torre.—

—Pensar que eso estaba pegado al mar y ahora parece a dos cuadras de distancia— dijo Charles.

Seguia atrayéndolos el Malecón, como quien está entretenido y apostando a un chofer en una carrera de automóbiles. Después el Parque Central con sus arbolitos simétricos.

—¿Y qué calle es esa?— preguntó Charles a Acevedo.

—Esa de ahi— dijo el joven señalando con el dedo— pues esa es la avenida de las. Misiones. Ahi donde estan esas acacias de flores rojas. Y aquello, aquel edificio de tantas persianas, ese es el Palacio Presidencial, Ahi vive Machado; lo levantó Menocal.—

La Habana asi la asemejaban como si se hubiese vestido de gala para recibirlos. Sin duda aquel dia de Enero, tan suave, tan tibio, el sol que caia tan flojo; sin duda también las impresiones de tantos años de no verla, creaba fantasmagorias en la mente de los viejos emigrados, que la dejaron, los unos durante los dias de conspiración; los otros a raiz de terminarse la Guerra Hispano Americana.

Alguien dijo.

—Cuando yo sali de aqui todavia andaban los carritos tirados por caballos.—

—Si, hombre, pero mira ahora.—

Y era como si los hubiesen oido allá lejos, pues vieron pasar uno trás del otro, como pisándose los talones, los carros eléctricos en desfile interminable.

—¡Qué tráfico, si parece a Nueva York!— dijo Charles.

Y de todos lados griterio. Ya percibian algunas voces sueltas que salian sobre las otras, como si ello fuera un coro que elevaba la ciudad a aquella hora al sol moribundo que se iba hundiendo en el horizonte. Como letania incesante, como música, que encendiese sus nervios en aquella hora precursora del crepúsculo, en que el Malecón se iba llenando de pueblo que afluia de los centros de la urbe, paseando a lo largo del murallón recio que enfrenaba el oleaje. El paseo que hizo recordar a Charles la poesia de Santos Chocano.

—El desden femenino luce toda su gracia
—A la luz del crepúsculo y a los bordes del mar,
—La pereza desfila llena de aristocracia,
—Cual si fuese la herencia de un esplin secular.—

Bien hubiese querido Hernandez tener poder para que el buque fuese muy poco a poco a fin de contemplar en toda su extensión y belleza minuciosamente la Habana; pero el "Cuba", seguia el designio alevoso de encerrarlos pronto dentro de los paredones centenarios de la capital cubana, Pitaba sin cesar el buque. Chorros de humo salian a borbotones por la amplia chimenea. Los viajeros, agrupados en las barandillas, observaban, comentándolos, los diversos repligues de la bahia. Los americanos turistas cambiaban sus primeras impresiones.

Los muelles quedaron perfilados. A un costado el Morro, seguido a la espalda como un guardian

por el Castillo de la Cabaña, sobre la extensa, elevada planicie. Al fondo de la bahia otra loma como cortada a hachazos con su castillo de Átares, llenas las laderas de la loma de letreros hechos con botellas por los borrachines de la ciudad.

Ya estaban tocando a tierra. En los muelles de la "Peninsular and Occidental", el remolino del personal de aduanas y de interpretes y maleteros levantaba incesante griterio.

Acevedo conocia bien el apretujamiento que pronto vendria. Advirtió a los amigos. De algo debia servirle el viajar de continuo.

—Miren, ustedes hace años que no vienen aqui. Esta gente lo vuelve loco a uno cuando desembarca. ¿Alguién los espera a ustedes?—

Hernandez tenia un amigo de la niñez que lo esperaba, por lo menos le habia escrito, y Charles iria con el.

—Bueno te lo agradezco, pero si mi amigo Francisco Torres, el policia, no está ahi, pues si nos quieres llevar hasta una posada té lo agradeceremos.—

No es necesario que digámos que tanto a Hernandez como a Charles, se les habia hecho muy antipático Acevedo, y tentados habian estado de decirselo. Pero aquella acción ultima, y lo tranquilo y mesurado, y el interés que tomase en ellos a última hora, los habia desarmado. Acevedo, empero no era más que uno de esos productos desordenados de las ciudades, falto de seriedad en sus asuntos y mortificante por excelencia. Por encima de su juventud, pues no debia pasar de los 30 años, era duro en su figura y en su expresión; su modo tan violento de ver las cosas chocaba con hombres

de probada experiencia como eran los dos amigos. Era poco simpatico y casi aborrecible. Su rostro largo, lleno de manchas y barros, hablaba de purulencias mal adquiridas o de trascendencias parentales de mala prosapia. Su lenguaje era aspero, agrio, y en la mente de los viejos cubanos de la generaciones pasadas el sólo oirlo atacar a los gobiernos cubanos tan impiamente habianle ganado ya un nombre— un lombriciento, un mal educado— ¿Pero eran ya tantos los lombricientos y mal educados?— se decian para si los amigos que seria inutil el combatirlos.

Por otro lado lo que les habia hecho sentirse mal los unos hacia los otros lo disipaba el irse a encontrar en la misma tierra donde todos nacieran. Cuba los iba acercando a los buenos y a los malos, con una seducción de madre cariñosa. Hernandez vió en los gestos de Acevedo, al hombre del pueblo, vociferador, aparentemente malo, pero quizás el más presto para prestar un servicio.

Y ahora subia las escalinatas del buque, como si fuera un maromero, el práctico del puerto, trás él veia llegar una lancha de vapor donde venia el jefe de sanidad. Cuba no permitia anclar al buque a menos que se convenciera que no habia enfermos contagiosos.

El capitan Perkins hablaba ahora con el práctico, y el buque iba enfilando el muelle a lugar de anclaje. El médico pasaba de uno a otro en un examen de rutina, pero sobre todo al pasaje americano; el cubano tenia derecho a entrada, viniese lisiado, con cancer o con tisis. La inspección fué cosa de minutos, y el buque lentamente se dirigia a su lugar de amarre como un buey llevado por el

narigón.

El muelle de la "Peninsular and Occidental", estaba bien resguardado para no ser invadido por el pueblo que afuera formaba grupos; malcteros, interpretes, corretajistas, que buscaban en el turismo unas pesetas. Pero en el muelle propio no habia más que empleados de la Aduana y de la compania; atrás, al fondo del caserón estaba la muchedumbre.

Se notaba en los dos amigos cierta inquietud, No asi en Acevedo acostumbrado a estos ajetreos. Allá lejos, pero no tan lejos, bramaba algo terrible, la marejada de los que buscan en estos buques la peseta diaria, interpretes, maleteros, corretajistas; gentes mortificantes e incansables.

Era algo imponente para el ánimo de Hernandez, acostumbrado a viajar por los Estados Unidos, donde hay ciudades que lo vapulean a uno a empujones, que casi lo desnucan, pero eso, si, lo hacen sin ruido, de manera discreta, sorda, que nadie se ocupa. Pero éste griterio ensordecedor, éste griterio de plaza de toros, de valla de gallos, o más bien de linchadores enfurecidos, le molestaba sus nervios, dormidos por tantos años de emigración tranquila y sedentaria y deseaba salir pronto de aquellas zozobras; trasponer la puerta de la Aduana hallarse fuera en las calles.

El viejo Camacho creyó muy del caso decir en la forma cautelosa y profunda que acostumbraba.

—Son los maleteros y los imterpretes; unos muertos de hambre, que creen que todos los americanos son millonarios.—

Pero dió la casualidad que Acevedo volviese la cara y se encontraron las miradas. De parte de Acevedo escrutadoras, de parte de Camacho una

amenaza y un peligro inmediato.

La mirada acerada de Camacho queria decir;— Pronto estarémos en la calle, granuja, y me las vas a pagar todas juntas, no té van a quedar ganas de hablar de silós y pokas en tu vida.-

Acevedo no era un psipcólogo, pero eso si sabia leer bien las miradas. Sintió que un frio de gripe le corria por la espina dorsal. ¿Cómo no habia previsto esto? ¿Cómo no habia previsto que pronto estarian en tierra cubana, fuera de los pliegues de la bandera de los Estados Unidos y con un sujeto como aquel que no dejaba para luego eso de darle de bofetadas a cualquiera?

Y la figura huesosa de caballo parado, la cara huesosa de Camacho tiñóse de carmin, y se pegó a la banda del buque, pero eso si, sin perder pie ni pisada a Acevedo.

Y ahora Acevedo convenia que habia tenido el gran acierto, pegarse a Hernandez y Charles, los dos emigrados más salientes, de más dominio, y sobre todo aquel Charles, que viejo y todo, tenia unos molleros de boxeador, el único capaz de poder medir sus fuerzas con Camacho, Por eso se le pegó aún más y fué más cariñoso.

Mas Hernandez desesperado por el ruido se precipitaba a querer salir. Acevedo lo sujetaba por el brazo.

—Espere, Hernandez, espere, que usted no conoce esto y es mejor esperar para salir los últimos.—

Y ahora él seguia los movimientos de Camacho, que se dirigia a la escalinata, no sin antes volver dos veces la cara hacia él como diciéndole; —té espero afuera, granuja.—

A Charles le parecia impropio el salir de carrera.

Haberse pasado 45 años en la emigración y llegar ahora con tanto apretujamiento, y correr para salir pronto. No, era ridiculo, estaba por lo que Acevedo decia; esperar.

Pero el momento era de apretujarse, de salir, de gritar, como si los primeros toros estuviesen ya en la plaza. Los primeros habian logrado trasponer la puerta para enfrentarse con los empleados de Aduana. Los empleados del buque sacaban apresurados maletas, y por el otro lado las carretillas corrian de aqui para allá con ruido rutinario llevando baules de los pasajeros, para la inspección.

Y para recompensar aquellos últimos tiempos cuando Charles oyera las insultantes palabras de "Cuban Negroes", con que algunos mal educados trataban al cubano en desgracia, tuvo la satisfacción de oir, cuando un empleado de la Aduana, con voz estentórea, gritó al pasaje listo a salir.

—Oid, los cubanos, primero.—

Por primera vez era el cubano el primero en los largos años que mediaron del coloniaje al presente y en esta única costa. Primero cuando dejara a Cuba, el español era el primero y el cubano después. Y en los Estados Unidos el cubano era el último, especialmente en aquella Florida, donde italianos, esuañoles, todos eran primero que él. Pero aqui no, aqui era el primero; perfilóse claro el porque de ciertos odios y de ciertas luchas.

—Los cubanos primero, los residentes después, los americanos los últimos— gritó el empleado.

Y el pasaje empezó a descender por la escala hacia el muelle.

Y a cada uno que salia el griterio era más potente.

Acevedo dijo sentenciosos.

—Con nosotros no la tomarán mucho, porque por las caras saben que somos tabaqueros de Tampa y no nos pueden coger ni odio, pero con estos yankees si, les caen como perros hambrientos.—

Acevedo habia visto que Camacho estaba ya dentro de la Aduana. No queria salir hasta que Camacho y la sombra de Camacho estuviesen lejos. El estaba determinado; conocia bien aquello; si lograba no ser agredido en cinco minutos después que saliese, la cosa estaba resuelta, pues tomaria un automóbil, y se largaria de por alli pronto. Dentro de la Aduana no creia que el viejo le hiciese nada, por estar aquello lleno de policias, ¿pero si la daba por emboscarse en las afueras? ¿Y si le daba por seguirlo en automóbil, una vez él saliese, para cogerlo allá donde él tenia la familia, en la Vibora? Y renegaba para sus adentros el haber estado tirándo indirectas al viejo todo el camino y sobre todo las últimas.

Pero ya no podian esperar mucho más, porque la fila de los que bajaban era solamente un hilo fino ahora; la mayoria ya habian entrado en la Aduana, donde el ruido era ahora de mil demonios.

Hernandez ensimismado y borracho por el griterio recordaba lecturas pasadas del taller de tabaqueria.

Era en los dias de la Revolución Francesa y en el Temple se habia constituido un tribunal popular ante el cual desfilaban los nobles, los clérigos, los guardias zuizos, a los cuales se juzgaba con cuatro preguntas. En el patio estaban los asesinos armados de puñales. Y cuando el acusado comparecia ante el tribunal, llevado a empujones, despachabasele de seguida, y el griterio de victoria y locura que

venia del patio crispaba los nervios del pobre diablo, que sufria el terror de lo desconocido. Asi salia para el patio donde los asesinos se apoderaban de él y lo cosian a puñaladas, en tanto que daban alaridos feroces que crispaban los nervios a las cercanas victimas que esperaban su terminación violenta.

—Viejas lecturas— pensó para si.—

Pero era asi algo parecido aqui que con cada uno que salia venian nuevos y extraños alaridos de victoria.

Acevedo vio que habia que salir sucediera lo que sucediera, y dió sus instrucciones finales, pegándose mucho a Charles.

—No hagan caso, sigan de largo como si no hubiesen hecho otra cosa que salir a un escenario.—

Fueron bajando la escalinata del buque. Acevedo y Charles primero y a retaguardia Hernandez. Ya en la Aduana, Acevedo tendió la vista. No estaba por alli Camacho. ¿Estaria esperándolo afuera? Apretujamiento, que hacia volverse los cuellos de la camisa esponjas de sudor; ir y venir de maleteros, q. empujaban al pasaje; agentes de la autoridad, policias, que imformaban y ponian orden; gritos desaforados de los interpretes de hoteles. Los aduaneros, sudando hasta por el pelo, abrian violentos las maletas, metian las manos en las mismas, lo viraban todo al revés; metian las narices en la ropa buscando cigarrillos turcos, que estaba severamente penado el introducirlos. Y después pegaban un largo listón con yeso a la maleta y iban sobre otra virándola de revés.

A nuestros amigos les tocó un aduanero gordo, bigotudo. A Charles le pareció uno de aquellos ca-

rretoneros de otros tiempos, pero pronto se convenció que no lo era. Fué cosa de cinco minutos; pero en tanto que esto ocurria los maleteros incesantemente les iban encima como una jauria de perros hambrientos, que detenia continuamente Acevedo con su voz chillona.

—Ya les he dicho que no necesitamos maleteros, que somos cubanos.—

Acabaron con los aduaneros, sudorosos, y fatigados. Acevedo entretanto se habia llegado hasta la puerta que daba a una explanada, amchisima y desolada, atisbando si por alli andaba Camacho, No lo vió, pero receloso, que estuviese melido en alguna bodega cercana, aún trató de estar algun tiempo más en aquel lugar donde los policias abundaban.

El griterio habia cesado mucho, y Hernandez, pensó en su amigo el policia Francisco Torres, que desde muchacho no viese, pero con el que se habia cruzado algunas cartas. Paseó la mirada sobre los varios vigilantes que por alli andaban, El ligerisimo recuerdo que tenia de la última vez que viese a Torres lo representaba como alto y delgado. Aqui solamente habia hombres corpulentos, enfundados en azul, que le miraban indiferentes. Se determinó a preguntarle a un vigilante.

—¿Francisco Torres? ¿Francisco Torres? ¿De la tercera estación, dice usted?-

Y el vigilante fué solicito preguntando. De pronto entraba un vigilante ya viejo y fornido. Se dirigió de seguida a los tres amigos.

—¿Juan Hernandez, eh? ¿Juan Hernandez?

Lo habia reconocido. Se abrazaron efusivamente.

—Chico, me engañé con la cuestión de a que hora entraba el buque; pero aqui me tienes, ¿cómo

estás?—

Llegó el momento de despedirse. Acevedo iba a tomar un automóvil que lo llevase a la Vibora. Se despidió de los amigos con fuerte apretón de manos. Le pareció propio del caso.

-Quiero que me visiten en la Vibora, y no tomen a mal lo que dije en el buque, No lo dije por ustedes, no, lo dije por el viejo petulante Camacho. No lo tomen a mal.—

Los dos amigos le estrecharon la mano.

La Habana ahora era otra. Tan distinta a la que vieran desde la barandilla del buque.Era una Habana de paredones amarillentos, desconchados muchos, de pavimento negro de asfalto diforme, de callejuelas y de cador asfixiante, no obstante ser el mes de Enero.

El auto viró por la primera boca calle. El chofer, un mulatón corpulento, fumaba un larguisimo y grueso tabaco. El policia se habia sentado junto al chofer y los dos amigos en la parte de atrás de la máquina.

—Danos un recorrido, chofer- mandó el policia.

Bajaron hacia los muelles. Muralla seguia la misma calle estrecha y repleta de brillantes casas de negocio. Las calles de la antigua Habana, aquella ciudad que se encerraba entre la bahia y Egido era la misma del periodo colonial, sobre todo hasta Tallapiedra. Estrechas callejuelas, obscuras, Carros eléctricos metidos por embudos, Los peatones tenian que pegarse contra las paredes como si fuesen extraños moluscos, al entrar los raudos automóviles o el carro urbano, que subia sus planchas sobre las estrechas aceras. Almacenes en su mayor parte, en Sol, en Luz, en Acosta, en Lamparilla. Las

calles sombrias aún bajo el sol que caia de un cielo intensamente diáfano.

Olor fuerte de vinos, olor fuerte de perfumes, olor adormecedor de telas y de cales, Muy pocos transeuntes por aqui, El pavimento crujia bajo el paso de los automóviles. Paredes calcinadas, sobre todo amarillas, de un amarillo quemado como si fuesen las entrañas de un horno de cal.

—Esto está igual que cuando yo era mandadero de la tienda la Isla— dijo Hernandez.

—Si, ésta parte es la más antigua de la Habana- contestó el policia. —Ha variado muy poco o nada. Es al norte, por el Malecon, por el centro, y en las afueras, donde hay mucho cambio; pero la antigua Habana es la misma de nuestros abuelos.—

Seguian avanzando buscando la Plazoleta de las Ursulinas, en tanto que el pregonar incesante aturdia. Billeteros que pregonaban a grito pelado, vendedores de tomates, de boniatos, vendedores de dulces. Un loco empeño de escandalizar. Llegaron a la Plazoleta de las Ursulinas. —¿Si habria cambiado aquello?— se preguntó Hernandez a si mismo.

Pero no, no habia cambiado, solamente que parecia más pequeña la plazoleta, por los entronques de carros urbanos, que la habian viviseccionado. Y la Habana, la remozada Habana comenzaba alli. Las calles se abrian ahora formidables como desde el centro de un abanico. Por un lado Dragones, que proyectaba un descanso, plegándose en los parques de la Fraternidad y el Capitólio. Egido, larga y ancha. La Calzada del Monte, como un brazo torcido largo, bifurcado, a la izquierda, la avenida mas larga y más popular de la república.

—¿Y qué dicen por allá de lo que pasa en Cuba?-

— preguntó el policia.

—Pues por allá que esto está en revolueión; los periódicos todos los dias hablan de la caida de Machado, Yo crei que estarian los soldados en todas partes, pero no he visto más que alguno de paseo-contestó Hernandez.

-No, por intenciones no ha faltado; pero el 'viejo' les ha "sonado el cuero" a tiempo.—

—¿Quién era el "viejo"?-

—Machado.—El General Gerardo Machado Morales, presidente de la república.-

—¿Pero no existe la ley mareial?— preguntó Charles.

—No, la ley marcial no existe, nunca ha existido aqui, a no ser en una época en tiempo de España, hace muchos años. Estan suspendidas algunas de las garantias constitucionales; y hay dos batallones de infanteria de linea de Columbia para ayudar a los policias, eso es todo— contestó el vigilante.

Pasaron junto al Instituto Provincial. Alli estaban los soldados. Eran delgados, secos, seriotes, tipos de campesinos, vestidos con inpecable kaki, con sus fusiles al hombro, dando vueltas al amarillo edificio. En frente a la misma puerta, otro soldado, erecto, con bayoneta calada, montaba la guardia.

El policia continuó.

—Machado tuvo que traer los soldados y meter algunos en la carcel, y eso fué todo; no hay ley marcial, algunos soldados como esos guardando viejo caserones.—

—Pues la prensa de los Estados Unidos dice que aqui ya no se puede vivir, que la revolución está en todas partes- afirmó Charles.

El policia se extendió.

—Si los dejan no hay duda que eso sucederia, La oposición que tiene el gobierno hasta ahora no cuenta con fuerza suficiente, Los viejos politicos echan los estudiantes de carnada, Hace dos semanas que hubo una refriega, y murió un estudiante. Estos oposicionistas, como no cuentan con fuerza, han intentado darle sustos al gobierno con bombitas y rompiéndo cristales; para que digan eso por allá y no vengan los turistas, Unos dias le salió bien la cosa, pero el viejo sacó los soldados y fueron a parar a ''gayola'' unos cuantos y se acabó, y ya ustedes ven como vienen los turistas, que ustedes vinieron con ellos.—

Era evidente que surgia una lucha de vida o muerte entre el Municipio de la Habana y la Presidencia de la República. Machado quiso formar lo que llamaron ''Districto Central'' y abolir de ese modo la alcaldia de la ciudad de la Habana y la del cercano pueblo de Marianao.Esto colocó contra Machado a millares de oposicionistas nuevos. La alcaldia la ocupaba Miguel Mariano Gomez, que tenia aspiraciones presidenciales. Machado, politico hábil, no habia podido o no habia querido atraer a su lado a este sujeto, y es lo más posible que quisiese destruirle las fuerzas con que contaba. ¡Error craso del presidente de la república! La oposición a Machado hasta entonces carecia absolutamente de elementos Y a medida que se iba acercando la hora de entregar la alcaldia por Miguel Mariano la violencia se acentuaba más y más con barruntos de rebelión. Evidentemente era pugna entre politicos por el dominio del poder. Miguel Mariano sumàba más fuerzas de las que Machado supuso. Al quererlo empequeñecer, Machado colocó

al Ayuntamiento de la Habana contra la Presidencia de la República; el Ayuntamiento venceria.

Las creencias de Machado debian estar basadas en que en todo el pasado las revoluciones en Cuba habian surgido en el campo en contra del poder central radicado en la Habana. La capital habia sido siempre conservadora, y cuando menos inactiva. Machado no sospechó el cambio operado. Indiscutiblemente el factor tiempo y sobre todo la imposisibilidad de arrastrar a los campesinos a nuevas empresas guerreras, cansados como estaban estos de ser victimas de los politicos y que preferian el orden viniese donde viniese, lo interpretó Machado como el cese de todo espiritu de rebeldia. Machado habia navegado con suerte y logrado salvar todos los obstáculos, hasta crearse él mismo éste que era del cual saldria su caida. El tiempo abolia la revolución en los campos, pero surgia en las ciudades.

¿Cómo el viejo y tenaz luchador no contó que el mayor Gomez habia creado nuevas y tremendas fuerzas? Querido en general, popular entre el pueblo de Cuba, por su modo de ser demócrata; hijo del ex presidente José Miguel Gomez, éste joven fué quien minó las bases del Machadismo y trajo su caida. La terquedad de Machado en desconocer a este rival habia desencadenado una terrible lucha, que en cierto modo podria llamarse del Municipio secular de la Habana contra el Presidente de la República. El sistema anterior de combatir los gobiernos por medio de partidas armadas en los campos no era posible. Pero si lo era la labor de un corto número de terroristas apoyados en intensa propaganda dentro y fuera de la isla. ¿Cómo Machado desconoció que todo habia variado racional-

mente? Los terroristas eran la vangüardia de la revolución y eran movidos por los viejos politicos y sobre todo por Gomez. Este habia calificado a su propia policia como ''genizaros''.

Fué bien de notarse que los ataques directos al Machadato antecedieron por poco tiempo a la salida de Miguel Mariano de la alcaldia, y creación del llamado ''Districto Central'' A medida que llegaba la hora de cesar la Municipalidad de la Habana tomaba mal cariz la oposicion, se volvia violenta, agresiva. El motin del mes de Diciembre de 1930 en que tomaron parte estudiantes y gente allegadiza, que culminó en la muerte de varios estudiantes y rotura de cristales al por mayor, fue un golpe artero dirigido al corazón de la república. Era la llegada del turismo, que es una fuente grande de ingresos para Cuba y los oposicionistas buscaron espantar los turistas. La crisis económica del pais se acentuaba más y más cada dia. Nada mejor para destruir al gobernante que quitarle al pueblo de Cuba los millones que entraban por razón del turismo, ahondar más la crisis y culpar de ello al gobernante. No tuvieron éxito en sus comienzos. Machado sacó los soldados de Columbia, se restableció el orden, y los turistas comenzaron a llegar a la Habana y derramarse por la vieja capital antillana.

La Habana, que durante las guerras de liberación fué siempre conservadora, se habia vuelto revolucionaria; un grupo de politicos viejos y ambiciosos movian la trama contra el gobierno por medio de algaradas del estudiantado, en tanto que algunos terroristas por medio de bombas trataban de aterrorizar el vecindario. Por otro lado, esta campaña de

violencia y ardides era apoyada por la prensa de los Estados Unidos, que fuera de otra miras, tendria siempre la muy plausible, de dirigir sus turistas hacia Califórnia o Florida y no a Cuba.

Habia entrado el automóbil en la Calzada del Monte, y ya en ella podia Hernandez apreciar que cambio tan notable se habia efectuado en la ciudad. La avenida parecia más estrecha a fuerza de tanta renovada construcción. Pero sobre todo, las calles que morian en el Parque de la Fraternidad eran ahora como embudos; las casas de un piso habian dejado su sitio a construcciones de varios pisos. Por eso, al enfilar Cienfuegos, Someruelos, Factoria, Revillagigedo Suarez, y otras sorprendiale aquellas calles que tan bien conocia de muchacho.

—¿Qué te parece la Habana?— preguntó el policia.

—Sorprendente— contestó Hernandez— parece que ésta es otra ciudad, una nueva ciudad.-

-Y con todo, apenas si se ha construido algun que otro edificio— afirmó el policia— ésta es la ciudad de los parches, Las casas de tres o cuatro pisos de hoy son las mismas que tenian un piso antes; pero aqui se le pueden echar pisos a las casas sin peligro.—

La Calzada del Monte era un bazar completo. A ambas aceras, uno trás de otro, sin cesar, saltando del cafe a la tienda de ropa, de la bodega al puesto de frutas, de la sederia al puesto de vender frituras, los negocios corrian, corrian cuadra trás cuadra. Era una verdadera borrachera de negocios, agitados, con movimiento incesante de entrar y salir de público.

El gentio a esa hora de la tarde era asombroso,

gentio que subia por la avenida metiéndose por debajo de los soportales, pasando por entre las columnas, en marcha haeia el centro de la ciudad. Era como si allá, por el cruce de los Cuatro Caminos se hubiesen roto los diques de un océano, que inundase las calles hasta llegar a los parques. Aquel mar de gente se nutria sin cesar de las avenidas y calles, afanosos por llegar pronto al centro, al Parque de la Fraternidad, Capitólio, Parque Central, al Malecon.

—¿Hay diferencia entre esto y la Florida?— preguntó el polieia.

—¡Que si la hay!— contestó Charles— como del dia a la noche. Es más, aqui hay remansos de público como en Nueva York.-

El Parque de la Fraternidad quedaba a la derecha. ¿Cómo conocerlo? Recordaba Hernandez las paradas de voluntarios cuando de muchacho recorria las calles siguiendo a los batallones, atraido, seducido, por esa música española, música de toros, proverbial y gentil de España.

—¡Caramba! ¿y éste es el Parque de la Fraternidad?—

—Si,—dijo el policia— obra del dinámico Carlos Miguel de Céspedes, el Secretario de Obras Públicas. ¿Té gusta?—

Charles intervino.

—Hombre, no está mal del todo, pero el que tuvo esta idea se inspiró en el clima del norte y no en el de aqui. A cualesquiera se le ocurriria que aqui hay demasiado sol y calor, y que se necesita algo más que esos arbolitos de abanico para la estación canicular.—

Y agregó.

—¿Es cunista el dinámico?—

El policia no le entendió.

—Quiero decir si es cunista, porque esa es la obra de alguien que cree sólo en la luz y el calor, no en la comodidad.—

Tendia la vista sobre el parque donde el sol caia moribundo a aquella hora de la tarde, pero del que salia un calor de horno, donde el arbolado era tan pobre.

El Antiguo Campo de Marte, donde el arbolado intensisimo daba paso ahora a este parque todo viviseccionado, en que los carros cruzaban por el centro, con su olor de hierro viejo, en que pasaban las máquinas despedidas, en que la mirada veia los destellos solares caer sobre los pequeños arbustos y sobre media docena de palmas de pencas caidas y resecas. Todo ello como agostado bajo los rayos del sol.

Y no era que aquella hora precisamente pudiera notarse mucho la diferencia, pues era el mes de Enero y el calor no tanto, pero sus recuerdos le obligaban a convenir que aquello seria muy bello, pero lo que él habia conocido alli cuando España era lo más apropiado. Un verdadero bosque, con sus palmas y todo; un pedazo de la campiña cubana, colocada en medio de la Habana. Y ahora un paseo que parecia cosa de Inglaterra, de los Estados Unidos, pero no de aqui donde el parque debe ser para en las largas horas de sol y calor encontrarse con la frescura de las frondas.

—Debe ser cunista ese dinámico— debe ser cunista— se dijo Charles para si.

Y siguió la máquina por la calzada en busca siempre de los Cuatro Caminos. Para Hernandez

como si atravesasen una nueva ciudad, desconocida. Pasaban los tranvias haciendo un ruido de mil demonios. Nunca habia visto un despliegue mayor de automóviles desvencijados en su vida. Pero eso si, alli sin duda estaban los mejores choferes del mundo, porque allá a la distancia, los veia irse los unos encima de los otros; un automóvil que venia recto a dar contra un carro eléctrico y todo aquel panorama, que lo dejara en suspenso observando el choque horrible e inevitable, se diluia enseguida en el veloz paso de una máquina, el encorbamiento de otra, que se safaban la una de la otra como si fuesen aves que rozan sus plumas antes de emprender vuelo.

—¿Qué té llama más la atención?— preguntó el policia a Hernandez.

—Chico, te voy a decir la verdad, lo primero que me llama la atencion es el chirrido continuo de hierro seco que oigo por todas partes. ¿No usan aqui aceite? Si pasa un automóvil pasa chillando por falta de aceite, si pasa un carro eléctrico es un chirrido histérico, como si faltase aceite en las chumaceras. Si abren una ventana un chirrido, y si bajan una de esas puertas de los establecimientos, otro chirrido áspero. ¿Que? ¿no usan aqui aceite?

¿Eso es lo qué más te llama la atención?— preguntó el policia,—pues chico, ya verás a media noche cuando cierran los establecimientos. Entonces es cuando vas a oir chirridos de veras.—

Charles dijo.

—Pues o mi lo que más me llama la atención son los choferes. Aqui deben estar los mejores del mundo, Mira que ya he visto cuatro choques volverse

nada.—

Rió el policia.

—No hay novedad por esa parte. Aqui no hay choques. No puede haberlos, el que tenga choque lo partió un rayo. Y aqui el matar un peatón es algo serio, no es como dicen de otro lados, aqui el que la hace la paga; no lo cogerá la "perpetua", pero tiene que andar muy de razón para que no lo cojan catorce años por homicidio. Además- agregó- aqui para manejar hay que probar que uno conoce todo el mecanismo de la máquina y es un verdadero experto.—

—Si, ya lo veo, tienen que ser expertos, Mira aquello- agregó Hernandez, señalándo para el vórtice que formaba la calle, y donde dos automóviles parecian enredados a pescozones. Y casi antes de que mirasen ya cada uno seguia su camino bordeaba al otro y pasaba como una exhalación.

—¡Qué prodigios!— dijo Charles.

—¿Cuánto tiempo piensas estar, Hernandez?— preguntó el policia.

—No lo sé bien, por lo pronto "hice carbon para pasarme dos meses", estoy cansado de la emigración.

El policia no le entendió.

—¿Qué quieres decir con que "hiciste carbón"?-

Se echaron a reir los dos amigos.

—Bueno, chico, ustedes aqui en Cuba estan atrasados. En la emigración, los tabaqueros decimos "hacer carbon" cuando se guarda algun dinero.

El policia rió de la expresión.

Hernandez agregó.

—Por allá hay frio, pero conozco a la Florida bien y cuando comienza Diciembre con niebles

azules y lluvias continúas y viento. el frio es de arranca pescuezo, y todo Enero y Febrero son frios, lluviosos y muy cansados los dias. "Le chifla el mono a aquello". Estoy ya viejo y esos frios me dan unos dolores reumáticos en la cintura que me doblan. Creo que voy a ver si encuentro algo que hacer por aqui, sobre todo en los inviernos.-

No habia progresado nada, no habia hecho dinero. Era un buen tabaquero en sus mocedades, No lo habia jugado, no lo habia bebido, no era un botarate, pero parecia sufrir el mal de su pueblo, no sabia ahorrar. Porque para ahorrar hay que tener la tenacidad y el hábito, y estar enamorado de 'esconder algo', y éstas cosas la naturaleza se las negaba a los criollos. Los últimos años estaba muy defectuoso para torcer tabacos. Los capataces de las tabaquerias cuando veian a un cincuenton llegar a las puertas le viraban la espalda. Los talleres además estaban ya dominados por las mujeres, y si por una casualidad uno lograba "colar", cuando lo veian con espejuelos la tarea era revisada con mayor detenimiento que de costumbre, y aunque no hicieran eso, ya el gusto se habia pardido.

—Yo creo que tú siempre fuiste buen tabaquero, Hernandez— afirmó el vigilante.

—Si, lo fui, pero lo que fué y no es, pues no ha existido. Además, el oficio de tabaquero es el menos oficio de todos los oficios. En cualquier cosa uno sabe más y es más hábil cuanto más avanzan los años. Los tabaqueros somos como los artistas del cine; flor de un dia.—

Y asi era que el carpintero podria llegar a ser contratista, a saber como levantar una casa completa, o un palacio con la práctica continua, El

oficio lo llevaba a mayores empresas, y si llegaba a la vejez siendo carpintero siempre estaba abierto el campo dentro del propio oficio para avanzar. No asi con el tabaquero. Este era bueno durante la juventud, que pasaba de seguida, pero en la edad madura, cuando todo otro artesano ha adquirido el máximo de conocimientos, el tabaquero se tenia que retirar o lo retiraban. Era un oficio en que la juventud inexorablemente expulsaba al viejo. Pero si la juventud, por mandato inexorable no lo expulsaba, de todos modos estaba expulsado por no ser ya artista.

—Los tabaqueros comenzamos por despalillar y acabamos por despalillar.—

—Pero tú no eres viejo aún. Estás conservado.- Rióse Juan.

—No, hombre, no estoy cañengo, pero tú no conoces eso. Tú fuiste policia, eres policia y seguirás siendo policia, y después te retirarás con pensión, pero un tabaquero no es tabaquero más que unos diez o viente años. Además, el oficio es muy enervante, mata todo espiritu, lo empobrece a uno y acaba porque el tabaquero no sirve más que para torcer tabacos.—

Hablaron de las emigraciones.

—Chico, no hay mas que una aspiración entre todos los que quedan en la emigración, Paz y orden en Cuba, cosa de algun dia poder vivir en unestro pais. En los Estados Unidos es donde mejor estamos, pero somos ya una carga, nos miran mal, y aunque por el modo de ser de ellos no nos lo digan, nos mascan pero no nos tragan. Yo me alegro que aqui haya un gobernante al fin que tenga verguenza, que haga patria verdadera, como debieron de hacer-

la otros, a ver si tenemos donde meternos, La emigración cubana en los Estados Unidos, después de todo, es pequeña; cabemos en una accesoria grande.—

Habló el policia.

—Chico, Machado ha ido poniendo esto en orden, Pero en este pais es muy dificil hacer nada. Cuando se hace una bien se hacen dos mal. Ahora mismo el viejo Machado la cogió con Miguel Mariano, y yo creo que se va a descomponer todo esto.-

Miguel Mariano era para el policia el mejor alcalde que habia tenido la Habana. Muy buena administración, cerca de un millón de pesos en caja. Y agregó.

—Pero, chico, tiene la gran debilidad cubiche, quiere ser presidente. Bueno, cosas de cubano. Todos quieren serlo.-

Y agregó.

-Y figurate tú, el viejo Machado no quiere aqui más presidentes que él. Es decir, primero el presidente Machado; segundo el General Machado; tercero el primer magistrado Gerardo Machado Morales, y creo que está estudiando el modo de seguir gobernando después que se muera.—

¿Bueno y cuantos años lleva Machado de presidente?— preguntó Charles, haciéndose el ignorante.

Torres contestó.

—Bueno, cuatro años que lo eligió el pueblo; y después otro cuatro años que lo prorrogó el pueblo; total que ahora lleva unos seis años, pero hay quien dice ahora que Machado se prorrogó él mismo.—

Y agregó.

—Ahora que cuando la prorroga no decian eso;

lo dicen dos años después. Pero yo no sé— se quedó pensandolo— si será porque cuando lo prorrogaron a Machado, todavia Machado podia sacarle dinero a los Americanos y ahora como va escaseando dinero, tal ves se llamen a engaño. Bien, yo no sé, Cosas de cubanos.—

Charles creyó del caso.

—¿Bueno, es decir que de todos modos ocho años.—

—Si, ocho años.—

—Bueno —agregó Charles— bueno, ¿por qué no ha de estar los ocho años? ¿acaso en otros lados no estan más?-

El policia contestó.

—Si, pero aqui se guian por los Estados Unidos.—

—Pues si se guian por los Estados Unidos— contestó Charles- van equivocados; porque alli ha habido muchos de ocho años y si prestan un buen servicio, ¿por qué no tenerlos ocho años? En los Estados Unidos tenemos que Washington presidió ocho años, Lincoln ocho, Cleveland ocho y Wilson ocho. Después de todo la Constitución creo que no lo prohibe.—

—Bueno, yo no sé —contestó Torres— ¡Cosas de cubanos! Puede que la Constitución no lo prohiba; pero aqui la gente se da cuenta q, si Machado está los ocho años o más, él y los de la familia comen, ¿pero los demás?—

—Pero bueno, me refiero al pueblo cubano— contestó Charles- ¿es qué el pueblo cubano no piensa más que en comer a costa de la república?—

—Bueno, yo no sé— contestó Torres— yo no sé, cosas de cubanos.—

Y agregó.

-Yo, por mi parte, quisiera que nos gobernase un siglo, Porque eso si, es el único presidente que nos ha pagado el sueldo completo, que ha cumplido con nosotros los policias y con los empleados del gobierno; aunque no haya dinero en Palacio, lo que es el 28 de cada mes nuestro cheque.—

—¿Y cuánto sueldo tienes?— preguntó Hernandez.

—Ciento treinta pesos al mes— y dijo después de vacilar— y siempre hay sus buscas. ¡Cosas de cubanos, chico!—

—¿Y sin duda que no mucho trabajo?— preguntó Hernandez.

—Nada, en toda ésta semana no he arrestado a uno sólo. La semana pasada, el recorrido de costumbre, y después llevar a un loco a examinarlo al Hospital Calisto Garcia.—Y tocó la empuñadura del revólver.—

—Y éste hace ya más de seis meses que no lo he tenido que sacar de la funda.-

—Pues siempre se dijo que en la Habana habia muchos criminales.—

El policia contestó.

—Si, en otros tiempos Eso se acabó, Aqui se acabó la guaperia, aqui el que la hace la paga, Y los robitos de pantalones y zapatos se acabaron. No quedan más que los delitos de sangre; pero tú sabes que eso no se pueda evitar, siempre habra enamorados que le den un navajazo en una nalga a la querida para ponerle la marca de fábrica, y siempre habrá "cundangos", que hieran al querido por estar enamorando a otro "cundango" Pero eso también va disminuyendo. Porque el "cuero se les suena", ah si, se les suena, no importa por lo que

sea.—

Llegaron a la casa del policia.

MURIO LEON.

Donde se cuenta que dos viejos conspiradores se echan a husmear a ver si descubren si se conspira o no, y han perdido el olfato y no dan pie con bola. En donde se ve que en la época de Marti se conspiraba de una manera y en la de Machado en forma distinta. También se habla aqui de cierto hombre que murió de neumonia y le hicieron un gran entierro, y esto unido a algunas cositas más hace que Juan Hernandez y Charles Doors se vayan dando por enterados que no es oro todo lo que reluce.

Mal anda una república donde los comerciantes se vuelven solapados conspiradores.

VI

Cuando un nativo vuelve a su pais después de 50 años de ausencia es como si naciese de nuevo. Asi sucedia a nuestros protagonistas Juan Hernandez y Charles Doors, que a cada paso despertaba en ellos el pais sensaciones nuevas. ¡Qué cambios tan notables se habian operado desde el tiempo que faltaran! ¡Qué distinta vida la del presente al compararla con la del periodo colonial! El coloniaje si existia, se refugiaba en los espiritus. La capital habia sido remozada. El esfuerzo individual, el capital privado, habian operado el cambio más que la propia accion gubernamental, Pero sin la vigilancia

y dirección del uno el esfuerzo gigantesco del otro habria resultado trunco. Se habia revelado la existencia de una fuertisima iniciativa en el propio pais. El capital extranjero habia sido factor inportante, pero la ambicion de los nativos, dedicados al comercio, la industria, la finanza, la remodelacion del pais habia sido fuerza irresistible. La república habia aprovechado todas sus energias y se daba el espectáculo de un pueblo viejo con todas las galas de una civilizacion nueva. La Habana habia crecido considerablemente, Los repartos en los suburbios habian hecho de la antigua ciudad un centro de atracción tan poderoso, que la urbe rebosaba en su interior de vida tan intensa que no parecia conservar nada de su pasado voluble y quebradizo. Los negocios absorvian buena parte de las actividades, y la clásica ociosidad del criollo, que dedicaba poco esfuerzo a la industria y el comercio, marchando con parsimonioso embarazo, daba ahora via libre a la acción del individuo bajo la mirada ordenada de un gobierno, que comenzó por crear el orden, sacándolo del caos y dejando que la libertad brotase libremente, como un concepto público, diferenciado de la licencia.

Ya llevaban bien dos meses en la capital cubana los dos amigos.

Deteníanse extáticos en la contemplación de tanta belleza, analizando detenidamente asi las copas de los pequeños árboles del parque, como el fino mármol de los monumentos; parabanse con el asombro pintado en el rostro ante los edificios de la ciudad, aquella ciudad donde tanto abunda el hierro y la canteria, ciudad suntuaria, potente, hecha para resistir ciclones y embates de los hombres.

Ya llevaban los amigos dos meses en la capital antillana.

El ruido los aturdia, pero no daban un paso sin admirarse de las bellezas de toda indole que la capital presentaba. Parques, palacios; monumentos a los grandes de la patria, en que es riquisima la capital cubana. Continúo pregonar de vendedores. Chirriar de las maquinas sin aceite; todo aquello los entretenia y las ocho semanas habian pasado como un sueño.

Una tarde dijo Charles a su amigo Hernandez.

—Sabes una cosa, Hernandez, que desde q. llegué me ha interesado más que la brillantez de la capital y más que el ruido y más que todo, el saber si positivamente aqui se está conspirando contra Machado. Me ha intrigado esto, No que yo sea un detective, es que tanto tú como yo hemos sido conspiradores, y por el olfato he tratado de descubrir la verdad. Me he guiado por lo que dijo el vigilante Francisco Torres, que aqui no hay más que algunos politicos despechados, algunos estudiantes molestos, porque Machado les cerró la Universidad, y algun q. otro terrorista bobo, que coloca calderos con pólvora en las esquinas para hacer ruido, Me he convencido, no veo nada asi a la superficie que me indique nada serio, nada que me hable de revolución. No oigo hablar más que de la peseta. Parece que aqui la gente esta dominada por el frenesi de buscarse la peseta, Por todos lados oyes lo mismo; la peseta, la peseta, la peseta. Es el pueblo de los peseteros. Pero no oigo una palabra contra el gobierno.—

A Hernandez no le habia interesado aquello y es más no le gustaba ni hablar de ello. Era un sacri-

legio. ¿Es decir que la última esperanza que quedaba se desvaneceria también para los emigrados? Por eso contestó.

—No he pensado en eso, me ha parecido que es sólo darle a la lengua, y aunque hablan de bombas que revientan, sin duda como ninguna ha reventado cerca de mi, creo son cuentos de camino. Nada he visto hasta ahora y no me explico que haya nada de monta. Y a la verdad -agregó- seria un verdadero sacrilegio que hicieran ahora una revolución. Un sacrilegio, si; porque mira que éste es un orden como jamás lo hubo en Cuba. A veces me parece si estamos viviendo en Berlin.—

Y mientras Charles aguzaba el olfato y el entendimiento para precisar si positivamente habia algo en contra de Machado, encontrando por todas partes la indiferencia, Hernandez buscaba trabajo, se afanaba por quedarse en la capital cubana.

Extrañabánse sobre manera cómo era que no creaban amistades, En las casa de huéspedes donde paraban trataban de hacerlo. Pero no obstante ser su propio idioma, nadie parecia entenderlos. Alli habia surgido otra Cuba nueva, extraña, incoherente, que hablaba de carreras de caballo, de foot ball, de base ball, y que hablaba sin parar de los Estados Unidos, con una ambición ridicula de hablar inglés. Aquello disgustaba sobre todo a Charles, aquella adoración estúpida a todo lo que fuera de los Estados Unidos, era para él la completa demostración de abundar en aquel pais los monos que no sabian mas que imitar a los demás. No habian hecho una sola amistad, y se sentian más extraños que en los Estados Unidos. Solamente de tarde en tarde y al rededor de la estatua de Marti tropeza-

ban con algunos tabaqueros de Tampa, pero era la misma rutina; hablar de mesas, de "mogollas", de fabricantes, de como seria para la industria el año próximo en Tampa.

Por eso fué un acontecimiento fèliz el que tuvieron una mañana cuando recorriendo el Parque Central, un hombrachon de gorra amarilla se levanto de su asiento y les corto el paso.

—¿Cómo por aqui, Hernandez? ¿Cómo por aqui? ¡Caramba, caramba! ¿A qué no sabes porque te conoci? Y agregó— Te conoci por el modo de llevar el cigarro entre los dedos.-

Y agregó.

—¿Y qué haces, pato de la Florida, aqui por los parques? ¿Perdido? ¿Eh? ¿Perdido?.-

Y fueron a sentarse en el amplio y fresco banco que tenian más cerca.

Era Atilano Acosta, conocido, muy conocido de Hernandez, que habia sido compañero de él en un comité en una huelga de tabaqueros. Hacia mas de diez años que no se veian, y Atilano no tardó en hacer historia de su persona.

—Nada, chico, aqui buscándome los frijoles como puedo. Unas veces de interprete, otras trabajando de albañil. Vamos, como puedo.-

Atilano oia a los dos amigos ponderar los grandes progresos de la ciudad sin chistar. Cuando hubieron terminado dijo a Hernandez.

—Todo eso que te sorprende es más aparente que real y te sorprende porque no has vivido aqui tantos años. Pero esto es todo aparente, no hay nada que sea real. Aqui todo es aparente y sobre todo el espiritu popular. Estos edificios, estas bellezas, que tanto te llaman la atención son solo remien-

dos. De todo eso que ves, de casualidad hay algo nuevo: todo es viejo aqui y disfrazado, es una casa vieja pintada, Eso es todo. No te dejes engañar, ni que te den careta.—

—Pero, digáse lo que se quiera- objectó Charles- ¿no es esto orden, no es esto belleza, no es esto civilización?—

—Si, lo aparente, lo exterior; pero nada más- -contestó Atilano- y agregó- Aqui lo que si hay positivo, lo que si no tiene vuelta de hoja es un hombre, que se considera el Unico, el Insospechable, el Dios, el Rey y al que no puede criticarse, porque a lo menos pasa uno un susto.—

El Paseo del Prado transformado. Los árboles centenarios que corrian de un extremo al otro habian desaparecido. Alli donde las ramas secas colgaban dando el aspecto de haber pasado un ciclón. Los pájaros y palomas anidaban en aquellos viejos robles y cai sobre el fango y el polvo del paseo el excremento en el chapoteo incesante del público. Aquello era detestable para el mejor paseo de la capital. Habia todo desaparecido y en su lugar el piso era ahora de mármol, un mármol del pais, de Isla de Pinos. Donde existieron los árboles desgarbados, semejantes a viejos partidos por la cintura, ahora arbustos pequeños, de copa redonda, de un intenso verde, que debian ser importados de algun otro pais, pues no recordaba Hernandez, que era campesino, haber visto aquella forma de coniferas, de copa redonda y ancha. El parque daba la sensación de un lujoso salón de baile. Los grandes bancos de piedra sombreados por aquel arbolado, que eran como paraguas o quitasoles frecos y humedos, propios de la estación cani-

cular.

Acabaron los amigos por sentarse. Allá, al frente, en forma oblicua, el Capitólio sólido, macizo, con redonda torre dorada, daba nacimiento a otro parque, que parecia brotar de sus entrañas. Era el Parque del Capitólio, con palmas jovenes y fuertes, que sacudian sus pencas de un verde claro contra los paredones y ventanas del magno edificio. Una gran escalinata conducia a la puerta, que a la distancia parecia un marco de oro.

El palacio de la república era simbolo de fina belleza, de fuerza, de poderio. Su ladrillo costoso de un amarillo de oro viejo; sus contornos de mármol, sus ventanas fijas sólidas, artisticas. Su cupula, de la que salia un destello rojo que bañaba el edificio, como llovizna dorada que cayese de los cielos.

Atilano no pudo contenerse.

—Como eso, como ese monstruo— dijo en alta voz— asi, asi son las cosas de aqui. La gente muriéndose de hambre y la república tiene millones para levantar semejante barbarie. Es mayor que el de Washington, tiene cinco pies más de largo. ¿Lo quieres más claro? Y sobre todo, la mismita figura de Machado, apatarrado, gordote, seriote, amenazador— y agregó- a veces me parece que es el monumento en vida que se ha hecho el tirano.—

Hernandez objectó. En el fondo le disgustaban semejantes discusiones. Tener que seguir oyendo y rebatiendo las mismas cosas de siempre.

La miseria, ¿pero que? ¿Se habia votado la construcción del palacio de la república en tiempos de miseria? ¿No se habia votado durante las administraciones anteriores, cuando Cuba estaba muy

próspera? Machado no habia hecho otra cosa que cumplir lo prometido al pueblo. Además, ¡siempre la miseria! ¿Pero es qué porque haya miseria se han de dejar de construir cosas grandes y bellas? ¿Por otro lado no es un medio de reducir el hambre el dar trabajo? Aquella era una obra grandiosa, persistiria cuando ya la república no existiese; era un crédito, un anuncio para Cuba. Era posible que se hubiese ido un poco lejos en suntuosidad, pero no era de extrañar; no siempre el hombre hace las cosas dentro de la medida de una justa proporción.

Atilano volvio de nuevo.

—Dirás lo que quieras, dirás lo que quieras, Creelo y no, tú no eres aqui más que un extranjero, ni más ni menos que uno de estos polacos, al que deslumbren las cosas nuevas. Hay que ir al fondo, hay que ir al fondo. Ahi lo tienes, ahi tienes a Machado, ahi tienes a Carlos Miguel de Céspeles; le dicen el "dinámico", debieran llamarle el loco, porque es el nombre que le corresponde. Ahi lo tienes, la obra de ellos, obra de locos, de extravagantes, En lugar de un palacete bello, pero no tan monumental, estos individuos tienen la conciencia que proceden de las divinidades. Asi como los faraones del antiguo Egipto, levantaban pirámides, que son nada más que barbaros monumentos a las esclavitudes que los produjeron, y las levantaban alli en las planicies de Menphis, por donde desaparecia el sol, que se hundia en los mares, fin de la tierra y donde empezaba lo infinito y levantaban esas barbaries para que les sirviese de tumbas, momificados, para vivir eternamente, asi Machado y su gente se creen reyes, se creen dioses por derecho divino y malgastan el dinero del pueblo para

perpetuar sus nombres, para perdurar por los siglos de los siglos. ¿Qué efecto debe producir este Capitólio a esos americanos, que pasan por aqui y que saben que no podrémos pasar de medio siglo de república sin caer dentro de la constelación estado unidense? ¿Qué efecto puede causarles?

Atilano era elocuente, elocuencia que no deslumbraba a Hernandez, que lo conocia bien, pero que habia dejado meditativo a Charles, que le admiraba aquel decir rápido, fugaz, de hijo del pais. Y sobre todo por algo que hacia rato daba vueltas en el cerebro de Charles sin resolverlo. Se preguntaba asi mismo mientras oia. -¿Dónde he oido yo a éste hombre antes? ¿Dóude he visto yo a éste hombre antes? ¿Si será éste hombre? ¿Si no será éste sujeto? ¡Caramba! ¡Qué memoria más mala la mia!

—Pues yo —dijo Hernandez— veo que a estos americanos les causa asombro y alegria cuando se fijan en el.—

—Si, ya lo dijiste, asombro, ¿Pero qué asombro? ¿Asombro a la belleza? No, es el asombro que nos causa una cosa atrevida, una cosa petulante. Alegria, si, ya lo dijiste; porque cuanto más les hipotequemos la república más cerca estarémos de no ser una patria y convertirnos en un estado de la Unión, o lo que es peor, en un "mandato" como ahora dicen.—

—No, tanto, hombre, no tanto.—

Si, si, si tanto. Yo los conozco, yo los conozco. No se necesita ser un lince para ver esto. ¿Crees tú que ese monstruo se construyó ahi por algun ideal de perpetuación de las instituciones patrias? No, estás equivocado si asi lo piensas. No, estas gentes que nos gobiernan ni penetran esas cosas ni

tienen más jugo cerebral que un ladrillo. Conozco eso bien, conozco eso bien. Tu conocerás mucho de la emigración, pero yo entiendo esto. Eso que ves ahi, es como dicen por aqui, un "gesto", una pedanteria, no tanto de Machado al fin que le gusta lo grande, como buen guajiro, no tanto de Machado como de su secretario, que tiene la cabeza llena de viento. Un enriquecido, ¡quién sabe cómo! Un fastuoso, un botarata. Bien, con lo suyo muy bien que lo sea. ¿Pero a qué ni remotamente te das cuenta del objectivo que los movió a ambos, que ideal les sugirió el levantar ese elefante blanco que solamente en una noche consume de electricidad cinco mil pesos? Pues algo que haria a un sajón desternillar de risa.

Hizo pausa, y señalando con el dedo, continuó. ¿Ves aquello que esta allá lejos, aquel otro palacio, tambien producto de la pedanteria de "valgo mas que tu"? Pues es el Centro Asturiano. Ya sabes que entre las borricadas que tienen los asturianos figura el querer ser mejores que los gallegos. Pues bien, para deslucir al Centro Gallego, que es ese otro edificio aqui a la derecha, con más adornos que una vaca en dia de feria, los asturianos levantarón aquel caserón blanco, que les costó un capitalazo y acabarán por perderlo. Y en esto se apareció Machado con su secretario de Obras Públicas y dijo—¡Eh, alto ahi, la república tiene que estar por encima de gallegos y asturianos!—Y ahi lo tienes; está más alto q. todos; costó veinte millones de pesos; se robarian la mitad; pero ahora viene lo bueno. .les sucedio lo que al tabaquero que jugó la rifa del elefante, se sacó el elefante, pero después no tenia para mantenerlo. Pues eso es lo

mismo.—

—¿Costó veinte millones?— preguntó Charles.

—Si veinte millones y está a medio amueblar. Se necesitan cinco millones para amueblarlo por completo. ¿Qué le parece la animalada?-

—No, le preguntaba— dijo Charles porque usted dijo antes que se robarian la mitad. Y como que habló de los americanos, si le preguntamos qué es lo que piensan del costo dirian que ahi no pudo haber robo alguno, porque ese palacio en los Estados Unidos costaria cuarenta millones el hacerlo.-

—Si, puede que sea asi— contestó Atilano— pero es porque allá se paga a un carpintero siete u ocho pesos al dia, a un plomero diez y asi por el estilo, pero aqui no es lo mismo, aqui se pagan dos pesetas al dia por doce horas de trabajo, por eso aún robándose la mitad aún queda dinero para hacerlo por poca cosa.—Y agregó—Aqui todo el mundo sabe que en las obras del gobierno la mitad se queda en comisiones y fraudes.—

Charles no continuó pero Hernandez le dijo.

—Pero eso de coger dinero en comisiones y fraudes no es de aqui solo, hombre, no es de aqui solo, En los Estados Unidos se roba en contratos, y en todo; hay combinaciones de toda clase, no se puede señalar como defecto único nuestro; el coger dinero fácil es cosa de todo el mundo.

El Capitólio parecia atraer continuamente la atención. La bandera de la república flotaba sobre el centro de la torre y agitada por el viento estremeciase como saludando a los que lo aludian.

Atilano volvio a repetir.

—Ahi tienes a Machado, apatarrado, gordo, seriote, desafiante; es la misma figura de él, con

una cabeza muy grande, pero sin sesos como buen campesino. Y ahi lo tienes, la obra despampanante de su secretario de Obras Públicas. Donde-quiera verás los nombres de los dos entrelazados, asi de esta forma; Siendo Presidente de la república el Honorable Gerardo Machado y Morales y Secretario de Obras Públicas Dr. Carlos Miguel de Céspedes. Es la marca de fábrica.—

A Hernandez no lo convencia aquella critica mordaz. ¿Cuándo habian sido distinto los suyos? No los oia continuamente en el taller, no los oia en el buque, no lo oia ahora mismo..?

Mas la vista se le iba en la contemplación del bello edificio. Sus paredes, a aquella hora lamidas por el sol, eran como si estuviesen labradas de oro bruñido, y su casco sobre el que flotaba la bandera de la república, parecia un sombrero redondo con una larga pluma de oro. Aquello le hacia sentirse más cubano, ¿Por que no? ¿No era aquello un legitimo orgullo? ¿No habria de verse más que lo malo de las cosas? ¿Por qué no darle su verdadero mérito? Tal vez algo exagerado, pero por algo todos ponderaban aquella obra del gobierno actual.

Después el paseo. Derroche de sutil elegancia. ¡Qué bonito todo aquello! ¡Qué simetria! ¡Qué buen gusto presidió todo! ¡Qué bien ornamentado! ¡Qué bien calculado, y bien medido! Con aquel gusto exquisito al que no se olvidó nada. El paseo se extendia hasta perderse en el Malecón, Los arbolitos simétricamente colocados, como cabecitas verdes, que cubrian las espaldas de los bancos de piedra, y alli sentados reposando, leyendo, con la tranquilidad sana, de quien está sentado oyendo música veia a los turistas, a los hombres pobres

del pueblo, a la juventud acicalada, vestida de eterno dril blanco.

No quiso comentar, porque estaba convencido que Atilano tendria siempre alguna razón para no convenir; eran dos polos opuestos en el modo de pensar.

A lo lejos el monumento a Zenea, de espaldas, negro, un bronce sentado al lado de una piedra, extendia sus brazos ciñendo la montaña de la inmortalidad.

Y después, el Malecón, a la distancia, por donde los automóviles pasaban fugaces, dejando estela de humo, y oyéndose el continuo silbar de las bocinas. Y al fondo, como saliendo por un costado el pasado histórico,el Morro, con su amarillo renegrido de vejez.

—¡Qué paisaje más bello!- dijo Hernandez, señalando con el dedo hacia allá, a trueque que se desatase su amigo de nuevo.

—Bien, el paisaje es bello, no puede negarse, hay que reconocer que han sabido unir lo viejo con lo nuevo. El Morro, lo viejo, caduco, la edad militar de este pueblo, lo joven, la república, emergiéndo como la soñase Marti.—

Le extrañó a Hernandez el porque del cambio.

—No, no es cambio, no, estoy en el justo medio. Me gusta decir lo que siento; pero no negar la sal y el agua. No, Machado es un tirano, un loco, sobre todo cuando levanta un Capitólio como ese, pero no diré lo mismo de la Carretera Central ni del embellecimiento de la Habana.—

Parecian convenir.

—Pero, ¿qué tirania, después de todo, Atilano?-

—Imponerse, imponerse como se impone; hacer

lo que le viene en gana; mandar matar como un asesino vulgar a quien lo critica.—

—No, no lo creo asi; han matado algunos; pero me parece que eran terroristas. Al terrorista no queda más remedio que contestarle con el terrorismo.—

—Bueno, lo que sean, no hay porque asesinarlos asi, por la noche, a mansalva, haciéndose el gobernante reo del delito de tirania.—

Y volvio sobre el Capitólio.

El Capitólio no habia surgido por el noble empeño de que la república tuviese un edificio propio de ella. No, la república con aquello, como con otras cosas, desapareceria bajo la abrumadora deuda. Aquello era espiritu de emulación, nada más que emulación. Emulación tonta. ¿Que importaba que gallegos o asturianos levantasen fastuosos edificios, mejores que los del gobierno? Después de todo gallegos o asturianos no existian más que de nombre; aparte que la mitad de los miembros de las sociedades regionales eran hijos del pais, de todos modos era mejor que gallegos y asturianos levantasen tan monumentales centros, y el orgullo de aquellas gentes las hiciera meter alli tanto dinero. Era mejor eso q. no que lo mandasen para España. Era mejor si, era mejor que lo que hacian los chinos, que lo mandaban para Cantón. Gallegos y asturianos. ¡Qué ridiculo! Por imitarlos a ellos, por ser más que ellos se habia levantado el Capitólio. ¿Podria existir mentecatada mayor que esa?

No era posible, aquello no podia ser asi. El Capitólio habia sido iniciado por la administración de José Miguel; Zayas lo habia comenzado y lo dejó en el caparazón. Machado no habia hecho más que

continuarlo y terminarlo. Era una ambición popular, y la prueba de ello estaba en que el pueblo aplaudia cada vez que del Capitólio se trataba, es más, no se acordaban de ponderar las demas bellezas de la ciudad y ni se mencionaba el Palacio Presidencial. De los tiempos de don Tomás ocurria; el estado tenia sus oficinas en viejos caserones allá por la parte más impropia de la Habana, junto a los muelles, y habia el deseo general de hacer algo digno de la república, el Capitólio, donde se congregasen los legisladores.

—Todo eso está muy bien— arguyo Atilano— ¿pero el pueblo? ¿Qué es lo que vale la opinión del pueblo? ¿para qué están los gobernantes sino es para enfrenar las tontas tendencias populares? Los gobernantes están para hacer obra seria de gobierno y no dejarse dominar por espejismos vacúos. Cómo es qué ahora ese mismo pueblo no hacia más que quejarse, porque se moria de hambre, en tanto se enviaban fuera del pais centenares de miles de pesos para pagar interesés del dinero tomado a alto rédito?—

—¿Cuándo lo inauguraron?—

—Hace ya rato— contestó Atilano.— Por cierto que Machado, que ya está cansado del "dinámico" y de la sombra del "dinámico", porque Machado no quiere que se fijen más que en él, y el "dinámico" sonaba más que Machado, habia destituido a Garlos Miguel, lo iba arrinconándo como él hace con los que sobresalen; pero para el dia de la inauguracion lo nombró Secretario de Obras Públicas por un dia, para que inaugurase el Capitólio. ¡Fijate tú, qué gestos de gobernantes! Parece cosa de muchachos. El viejo se la sabe de memoria y

todo aspirante a la presidencia él busca darle en el suelo. Bueno, que lo nombró Secretario de Obras Públicas por un solo dia, Al "dinámico" se le antojó hacer un mapa de Cuba con diamantes y las rayas de diamantes señalaban las vias de la Carretera Central. ¿No te parece eso un cuento de las Mil y Una Noches?—

Y agregó.

—Y, ahora, ahi lo tienes; no se pueden encender las luces porque costaria cinco mil pesos por noche, Ahora, a mi se me antoja si no habrá sido hecho eso apróposito; porque tanto Machado como el Carlos Miguel son accionistas de las compañias de electricidad y teléfono y les conviene que gasten electricidad y que la pague Liborio.—

Hizo una pausa.

—Y vino el dia de la inauguración que fué muy fastuosa. Carlos Miguel hizo que el diamante que representaba la isla, diamante barato desde luego, pero asi y todo le costó a Liborio catorce mil pesos, hizo que se iluminase y alli se vieran los ramales de la Carretera Central. Fué una fiesta tremenda, pero, figurate, no hay quien le entre al Capitólio, porque es tan grande, y es tan fatigoso el visitarlo, que se noecesita estar aburrido de la vida pasa recorrerlo todo.—

Atilano con la misma contó su visita al magno edificio de la república.

—Habia que entrar con un permiso del secretario de Gobernación; porque temian que algun loco le metiese una tonelada de dinamita y lo volase. Me dieron un sargento del ejército para que me acompañase. El sargento, un guajiro estúpido, me llevó por todos los salones, y me decia enfática y

muy magestuosamente, cuadrándose, —Aqui tiene usted el Salón de la Cámara.— Y figurate, un salón que vale un capital; sillones de terciopelo rojo; pero sillones de esos que usan los reyes para sentarse en las grandes festividades; de esos de respaldar muy alto; todos los rebordes de los sillones con marco dorado y los sillones de terciopelo finisimo. A veces nos encontrabamos que los tenian metidos en funda para que no les cayese polvo. La sala de la Cámara con sus ciento cincuenta asientos. En medio una especie de chimenea de madera fina que iba a parar a un tunel donde estaba el micrófono para que se transmitan al mundo las barbaridades que los Representantes pronuncien, porque jamas hubo gente más ignorante en el Senado y la Cámara que ahora.—

Y el soldado volvia a pararse, cuadrarse y me decia enfático;

—Aqui tiene usted el salon del Senado— y se quedaba alli como un papanatas con la boca abierta, mientras que yo observaba el tapizado, las paredes, la pintura de los techos; obras de arte verdadero que han costado un dineral; las unas por italianos, las otras por belgas, las otras por franceses; los más famosos decoradores europeos. Después el soldado me llevaba a otro salón y decia magestuoso— He aqui el salon de la conferencia de las mayorias— Y figurate, otro salón tan grande como el del Senado y tan costoso. Después a otro salón para enseñarme que —era el de las minorias parlaméntarias.— Porque, eso si, no pasan una ley que sirva para nada o en beneficio del pueblo, eso no, pero ostentosos y pedantes, eso si, hasta matarse.—

Hizo una pausa y continuó.

—Asi me fué llevando de salón en salón. Si en uno admirabas los tapices, en el otro las paredes, en el de más allá el techo, y siempre aquellos asientos retocados de oro y de terciopelo rojo. ¡Vamos, una riqueza asiática! Te digo q. era para darle a uno sueño, porque para eso, el Capitólio está muy bajo de puntal y de todo hay menos luz solar. Sin duda para que usen electricidad, que asi sacan mejor dividendo Machado y Carlos Miguel.—

Hizo otra pausa.

Tiene un salón que llaman de los "pasos perdidos" y otro de los "pasos encontrados", y las paredes de los corredores estan llenas de cuadros con los retratos de cuanto cabecilla patriótico anduvo poniendo emboscadas y matando guerrilleros; una coleccion de figuras extrañas, entre las que hay muchas caras de gente penitenciable y algunas de gente patibularia. Entré ahi a las diez de la mañana y a las doce andaba aún por la mitad, No habia visto aún el salón donde tienen encerrada la estupidez número cien; un monumento de bronce, que ha costado dos cientos mil pesos y que dicen es el busto de la república. No quise ver más, me llenaba de ira ese despilfarro, en tanto alli en las escalinatas del Capitólio las mujeres anémicas, con los vientres abultados por tanto agua que toman se hacen hidrópicas. Ahi donde los niños temerosos, muertecitos de hambre, se acercan al transeunte y dicen con voces que parten el alma, —un kilito, señor, un centavito— porque no se atreven por nada del mundo a pedir un medio. Sali de alli y no quise volver más.—

Hernandez, por decir algo, afirmó.

—Atilano, tú por lo visto eres furibundo anti

Machadista.—

—No, no soy anti Machadista por serlo; es qué no me puedo explicar como hay tanta falta de sentido común.—

Es la misma falta de sentido común de todas partes, Los gobernantes no pueden pensar en la miseria, no pueden pensar en los que piden pan, cuando se trata de la magestad de la república, de la monarquia o del imperio. ¿Puede ser supeditado el principio del nacionalismo por el principio de comer? ¿Por qué habia de ser una excepción el gobernante cubano? En todas partes y mientras la guerra se debatia en los campos mundiales, y la sangre corria a torrentes de las abiertas heridas de la muchedumbre, cuando las madres empapaban en llanto les almohadas, que recogieron sus suspiros, salidos del corazón mismo, los gobiernos levantaban monmentos gigantescos al principio de la nacionalidad, que debe surgir, que tendra que surgir siempre por encima de todo y que no tiene nada que hacer con la desgracia. ¡Oh la desgracia, la miseria, el hambre! El ayudar al desválido miserable es un principio evangelico; una menudencia, que perteneció siempre a los dioses atenderla, en tanto los gobiernos atienden a cosas mas importantes, como es levantar estatuas a los generales y palacios para los gobernantes. El pueblo bien puede seguir confiando en las máximas del cristianismo y resignarse en todas partes a que Dios los atienda, mientras sus gobernantes se ocupan de otras cosas más bellas, más importantes y substanciosas.

Y el sol de la mañana impasible y fiero, sol de tintes violáceos, bañaba la torre del Capitólio, caia sobre las grandes ramblas. Pasaban fugaces los

automóviles, dominados por timoneles los más audaces del mundo, y sobre el parque descendia el calor deteniéndose en las copas de los pequeños árboles, formando giros retozones entre las verdes frondas. Allá lejos sobre el Morro, se sacudia al aire como un látigo la bandera de la revolución triunfante y el viejo castillo emergia, como queriendo cerrar el boquete del Malecon como avanzando para detener al presente con sus fuerza y resistencia de los dias militares del pasado. A veces por entre los rayos irrisados del sol le parecia que se estrechaba la distancia y el vestusto baluarte amarillo acercaba su nariz larga de rinoceronte sobre el corte en que el viejo castillito de la Punta, enfilaba sus cañoncitos pequeños, como juguetes, hacia los piratas ya perdidos en el infinito de los tiempos. El mar azul, enerespaba sus olas y reventaban con horrisono estrépito, saltando el espumaraje sobre las piedras de canteria del Malecón y dejando empapado el piso. La quietud de la naturaleza durmiéndo bajo el sol de fragua que caia de los cielos estremeciase al rugir del oleaje azul, con el reventar continuo de las potentes olas sobre el acantilado que le cerraba el paso, Como la voz de enorme ciclópe encadenado, que anhela romper sus hierros, el fugitivo espectro de la humanidad del presente que sucumbe bajo las leyes inflexibles del tiempo, y la rebeldia incesante y fiera que no se aviene a la resignación y injusticia.

—¿Y qué dicen por allá de Machado? ¿Qué dicen esos viejos emigrados? ¿Qué dicen los periódicos del Norte?—

—Charles seguia estudiando a Atilano y dandole vueltas a aquella obsesión. ¿Dónde habia visto él

a éste hombre anteriormente? ¿Dónde lo habia oido? ¡Qué memoria, qué memoria más mala la suya!—

Pero Hernandez contestó.

—Figurate, desde q. hay aqui república el presidente del que más se ha hablado en los Estados Unidos es de Machado. De los periódicos, te puedo asegurar que la inmensa mayoria los tiene en contra, Y como que en los Estados Unidos hay veinte y cuatro mil periódicos, pues ya te puedes figurar. Es raro que encuentres un americano que no esté en contra de Machado; desde luego hablan por lo que leen; porque no hay pueblo que se guie más por el periódico que el pueblo americano. Algunos periódicos llegan a calificarlo de bestia. Entre los emigrados no, entre los emigrados lo consideramos como el Salvador.—

Atilano enseguida arguyó.

—Es natural. En los Estados Unidos no tienen cabida gobernantes de esa clase. Alli hay un verdadero espiritu de justicia.—

El modo de ser tranquilo de Hernandez mal se avenia a discusiones con quien era tan terco como Atilano. Estimaba al sujeto y no deseaba que el encuentro fuese a crear malas impresiones. Pero Charles, que no hacia más que observar, intrigado, a Atilano replicó, mesurado, pero firme y duro.

—Está usted en un error. Usted no conoce esa parte. El pais que se llama Estados Unidos es el pais por excelencia de todas las injusticias. Nada le tienen que echar en cara a nadie. Machado tiene la ojeriza de ellos, porque está haciendo algo que no hicieron los otros presidentes, y a ellos no les conviene. Pero de eso a ser justos hay gran diferen-

cia. Eso estará bien que lo piense quien no los conozca, y no sepa el modo de ser disimulado y zorrote del americano.—

Buscaba dos cosas; primero, rebatir lo que consideraba impropio, y segundo ver si lograba ensartar en el debate a Atilano para ver si podia precisar donde lo habia visto, que a las veces le parecia que era en Nueva York y estando Atilano en algo que era poco limpio.

Pero por una ú otra causa, sin duda la forma firma de expresarse el hombre y sus ademan enérgico hizo que Atilano no contestase.

Y pasaban por delante de ellos hombres vestidos de riguroso luto, de negro cerrado, en dirección al Centro Asturiano, Pronto les llamó la atención por el continúo pasar de ellos en grupos. Por sus caras, por sus ademanes, podia verse que eran españoles. Hernandez se fijó y preguntó Atilano.

—Nada que ha muerto en los Estados Unidos, en Nueva York, uno de los condueños de la tienda de ropas la Iberia, y debe haber llegado ya el cadáver y van a darle guardia de honor.—

Se levantaron, Pasaban hombres cargados de corbatas, en cajas colgando del cuello, con los cuellos torcidos hacia delante como bajo un peso inexorable; narizones, extraños al pais; tipos de judios. Pasaban negros arrastrando sus chancletas por el fino marmol. Oiase el continuo y atronador vocerio de los vendedores. La gente de trajes negros seguian pasando meticulosas, seriotas, preocupadas, y allá lejos se iban perdiendo por la escalinata del Centro Asturiano.

—Vamos a verlos— dijo Atilano.

El gran palacio del Centro Asturiano ocupa toda

una manzana del centro mismo de la Habana. Sus grandes y elevados pisos rèmatan en adornos de piedra blanca, q. parecen piñas, y el edificio daba la impresión de blanco bosque de cristales, de persianas y de columnas; blanco todo, de un blanco apagado y elegante. En aquellos momentos algo muy importante ocurria, pues era un entrar y salir incesante de público.

—¡Ha muerto León! ¡Ha muerto León!— ¿Han traido ya a León?— se oia a cada paso.

Era evidente que les interesaba mucho la muerte de León y la llegada del cadáver.

Los tres amigos subieron por la ancha escalinata de aquel verdadero palacio, llegando al segundo piso donde el salón grande, de un cuadro de toda una manzana, se habia convertido rápidamente en capilla ardiente. Brillante en su infinita tristeza, deslumbrador, magestuoso el cuadro. Las luces formando racimos, allá en un techo tan alto como el cielo, habian sido encendidas a aquella hora de la mañana, derramando copiosa luz que venia de lo alto, brotando de centenares de bombillas. Se detuvieron ante todo en la contemplación de aquel espléndido alumbrado. Por racimos las bombillas expedian una luz tan viva que expulsaba de las ventanas la que venia de los rayos solares de la calle. En medio del salón la capilla ardiente. Un sacerdote gordo, de figura apoplética, vestido con el traje talar, atendia la colocación de un gran numero de candelabros y macetas de flores. Acababan de colocar el sarcófago y los amigos se abrieron paso para llegar donde estaba el féretro. El sarcófoga era cortìsimo; pero muy ancho, denotando que el sujeto era grueso y de corta estatura.

Pero lo que más llamó la atención de los amigos fué que a aquel ataud de riquisima madera se le hubiera convertido en algo parecido a una caja de mercancias. Por cuanta ranura debiera tener la madera habian pegado una cinta de tela engomada, como de esparadrapo. No habia duda se asemejaba a uno de esos cajones de tabacos con los filetes mal pegados. Y el sarcófago estaba herméticamente cerrado y todo liso, de manera que no podia verse el rostro del fenecido. Asi estaba colocado en medio del salón dentro de una docena de candelabros de dos yardas de alto, mezclándose aquella luz extraña de los candelabros a la de las bombillas que caia, como un aguacero, del alto cielo raso y mexclándose a la luz del sol, que venia de los amplios ventanales. Dentro de un silencio ominoso habiase montado la primer guardia de honor.

El salón rebosaba de público. Posiblemente a aquella hora hubiesen alli varios miles de personas, pero se notaba que la inmensa mayoria eran españoles, de las tiendas de ropa de la Habana. Muchas mujeres, pero muchas, iban desfilando por el costado del sarcófago, donde se detenian cosa de un minuto y seguian a engrosar el colosal gentio. Era la dependencia de la gran tienda la Iberia.

—Era un joven cubano, pero muy querido de los dueños— oyó decir Hernandez a uno de los hombres vestidos de negro— y le oyo agregar— Era muy querido, era la confianza de los dueños.—

Atilano se llevó a Hernandez y a Charles junto a una ventana.

—En éste pais todo se vuelve raro, y todo se vuelve trascendente. Este sujeto ha muerto de pulmonia en Nueva York.—

Charles preguntó.

—Y ¿Qué? ¿Era tan importante el sujeto que todo el comercio español está de duelo y está aqui?-

Atilano contestó.

—Bueno, era el encargado de la tienda de ropas la Iberia y creo que vice presidente de éste centro, pero hay algo más que no se dice.— dijo en voz baja.

—¿Y ésa es la dependencia de la tienda?— preguntó Hernandez.

—Si tienen como mil dependientes, casi todas mujeres, y solo los encargados de algunos departamentos son españoles; los demás cubanos; ese mismo que ha muerto era cubano.—

—Entonces no es tanto como se dice que aqui el cubano no tiene entrada en los comercios.— agregó Charles.

—No, contestó Atilano— en las tiendas de ropas ya hay más cubanos que españoles; es cierto eso.-

Después Atilano contó lo que se decia.

—Ese que ha muerto era la confianza de los dueños de la tienda, que figurense, es una senora tienda que es dueña también de un banco. Son multimillonarios; tres españoles ellos. Parece que eran ellos los que cogian todos los años el monopolio en el negocio del Carnaval. Ahora— agregó Atilano— no da mucho, pero antes era un bocoy lo que daba. Ellos tenian acaparado el negocio con el gobierno, lo tenian monopolizado y pagaban una cantidad fija. Figurense ustedes, explotaban todo; primero, los asientos del paseo del Prado y después los árticulos propios del carnaval, como confetis, serpentinas y caretas y toda esas porquerias que se usan, Bueno, que hacian una millonada cada año. Figurénse, los asientos del Malecon, que de-

berian ser gratis para todo el mundo, pues ellos tenian el derecho úuico de explotar el negocio y esos asientos se le alquilaban a 25 pesos por dia a los turistas americanos. ¿Qué les parece que negocio? Han estado haciendo dinero sin parar; ahora parece que ha venido un desacuerdo grande entre ésta gente y la del gobierno. Segun dicen, como que las "cosas andan revueltas", Machado no quiso comprometerse a permitir las fiestas del Carnaval.—

Hizo una pausa.

—Bien, Machado no es ningun bobo; el sabe que a los españoles se la dieron con queso en el Carnaval del 24 de Febrero de 1895, porque andaban muy distraidos con el Carnaval; Machado no quiere que vayan a darle otro "Grito de Baire", y ordenó suspensión de todas las fiestas en esa fecha. Y es natural, como que la tienda la Iberia habia gastado más de un millón de pesos en confetis, caretas y porquerias, como cintajos y perfumes chillones, pues se les quedó todo en el almacén. Figurate, se la partió Machado, no porque quisiera, sino porque Machado le tiene más miedo al pueblo que a los fantasmas, Los gallegos fueron a protestar, es decir que fue a protestar ante el presidente ese que esta metido en la caja, y a decirle al presidente que con la suspensión de las fiestas de Carnaval se dañaban los sagrados interesés económicos del pais. Figurate, los sagrados interesés eran los de ellos. Pero buena se las gasta el viejo, que todos sabemos que es testarudo y estúpido y vengativo a matarse. Se voló y le mandó a ese que está "embarrenado" en la caja que se largase de por alli antes que se molestase verdad. Se fué, pero desde entonces, y parece que por indicación de ese que esta ahi "enca-

jonado'', los de la tienda la Iberia, los tres españoles, comenzaron a abrir las bolsas y ayudar los oposicionistas. para que comprasen bombas.

Hizo una pausa.

—Parece que lo supo Machado, y figurense, y sobre todo supo que el cubano, es decir ese que está ahi ''encarabinado'', era el principal consejero de los tres viejos españoles y el que los habia metido a conspiradores; dicen que lo llamaron a cierto lugar secreto y lo llevaron donde Machado y éste le dijo que si queria escapar con el pellejo que saliera de la isla en 24 horas. No me extraña, porque eso es muy de Machado, pero la cosa es que el amigo que esta ahi ''enbarrenado'' en la caja, se le antojó que lo mejor era aprovecharlo todo, dejar que se corriese la bola que si se iba de la isla era por amenazas del gobierno. Esto convenia a la tienda como anuncio, porque los enemigos de Machado estan entre los ricos de la Habana, que viven en el Vedado. Era un modo como otro cualesquiera de traer marchantes, y como que ya está acercándose la primavera, pues le sacaba partido a la cosa; salia como expulsado y traia marchantes y después hacia las compras de primavera en Nueva York y todo era negocio. Pero no contaba el amigo, que está ahi ''encarabinado'', que alli lo estaba esperando una pulmonia fulminante que lo reyentó como a un volador de a peso.—

Los dos amigos lo oian entusiasmados. Charles que no hacia más que trabajar con aquella obsesión de,— ¿Dónde he visto yo a este sujeto antes? ¿Dónde lo he visto? ¡Dios mio, que mala memoria!— se sonreia de las salidas de Atilano.

Atilano continuó en voz baja.

—Que lo que se dice es verdad, está fuera de toda duda, es decir, que Machado lo expulsó de la isla, y que estos españoles se dan por muy ofendidos por eso. Y fijense en una cosa, que es lo que me ha dado toda la clave. Se muere en Nueva York de pulmonia y cuando el gobierno sabe que lo van a traer para Cuba, entra en acción la Secretaria de Sanidad, y dice, —alto ahi, no permitiimos que se le traiga, porque murió de infuenza y cuando Menocal por haber traido el cadáver de otro que murió de influenza, se contagió toda Cuba.--

Hizo una pausa.

—Pero estos se la saben de memoria y creo que detras de ellos estan los revolucionarios. Usaron influencias y más influencias con el secretario; han querido hacer una anuncio grande para la tienda y sacarle partido politico a la cosa, y tanto han batallado que al fin el gobierno les permitió que lo trajeran; pero para que aprendan o no sé porque, tuvieron que pagar un inspector de Sanidad para que fuese a Cayo Hueso y alli lacraran la caja, q, como ves, más q. persona parece que lo que viene ahi es alguna mercancia.—

Que aquella muerte era muy sentida no cabia duda, pero sobre todo llamaba la atención el tremendo despliegue que hacia el comercio de la Habana horas antes de la llegada del cadáver y en la preparación para el entierro. Se comentaba en los corrillos, en voz baja, la intransigencia que habia mostrado el gobierno, que habia costado Dios y ayuda para traer el cadáver a la capital.

Hernandez oyó a alguien decir por lo bajo.

—Tate, tate, cuando el rio suena agua o semillas de aguacate lleva; ese estaba conspirando y el

viejo Machado le habia echado la vista encima.—

Los grupos eran notablemente compuestos de españoles del comercio. Seguian llegando, todos vestidos de negro riguroso y a cada minuto se hacia mas irrespirable el ambiente. Aquellos hombres vestidos de negro y tan seriotes se sentian tan doloridos como si se les hubiese muerto un familiar. Se acercaban cautelosos a la caja y se formaban después en pequeños grupos, en tanto que el cortejo de la capilla ardiente seguia sin cesar sus desfile de guardia de honor. Eran mil dependientes de la tienda, en su mayoria cubanos.

Ya habia Hernandez notado esto del cubano en los establecimientos de ropa, Por donde quiera los veia, era indiscutible que habian ya penetrado estos reductos ocupados antes solamente por españoles. El nacionalismo se abria paso vigoroso en muchos lugares a la vez.

Oyó comentar a otros.

—Era un joven de mucho mérito. Era cubano, ¡pero qué talento para los negocios el suyo! ¡Qué manera de ganarse las simpatias de todo el mundo! Era el jefe de la dependencia del gran establecimiento. ¡Oh, era la confianza de los dueños! ¡Qué lástima de juventud extinguida de un sólo soplo!—

Atilano, que se volvia cubano rabioso cuando se encontraba frente a cosas extranjeras. dijo a los amigos en voz baja.

—Me alegro que Machado sea asi. No faltaba más que se le fueran a imponer estos gallegos. Se creen que porque tienen las bodegas y tiendas son amos de todo. Machado no es mentecato. Le tiene miedo al 24 de Febrero porque sabe que cuando hay máscaras le pueden dar en el suelo, y ésta

gente queria los carnavales para salir del millón de pesos en cintajos, caretas, confetis y demás porquerias. Me alegro que haya reventado ese.—

Pero hablaba muy bajo al oido de los amigos. Charles observaba los rostros y comprendia que algo misterioso estaba ocurriendo. ¿Cómo los extranjeros, estos hombres a los cuales importaba tanto que no se quebrase el orden admirable que el gobierno habia sabido imponer, sacándolo del caos y desorden anterior, ¿cómo estos extranjeros-se repetia— daban pasos como éste tendentes a minar la paz de la república? ¿No comprendian que la mejor garantia para ellos era un gobernante del tipo de Machado?

¡Qué fenómeno más amoral! Donde quiera que el comercio, la industria, las fuerzas vivas que representan la riqueza se colocan en contra del gobernante, ayudando a los opositores, se cortan el pescuezo. Las primeras victimas de toda revolución son siempre los que tienen algo. ¿Cómo es qué no se daban de esto cuenta?

Los oposicionistas de Machado, que eran revolucionarios, también aprovecharian este despliegue de fuerza que se hacia so pretexto de un funeral, y sacarian ventaja de ello. ¿Cómo no comprendian estos españoles, que siempre habian sido conservadores, que su posición era falsa, que ellos representaban alli la riqueza relativa, que Machado cualesquiera que fuesen sus defectos era el mejor guardian de sus interesés de hombres de negocios, apoyado, como estaba, en las instituciones armadas? ¿Qué pretendian? ¿Someterlo? ¿Debilitarlo?

Charles era un novato en esos asuntos de la nacionalidad cubana y de los juegos malabares de los

cubanos de ésta otra generación; habia vivido tantos años fuera del pais, y dudaba antes de formarse una opinión completa. Mas que aquellas caras tristes, que aquellos personajes seriotes, vestidos todos de luto no estaban alli para sólo dar testimonio de pena, y si con otro designio no se le ocultaba. Siempre habia sido el funeral de algun personaje militar o politico en Europa el medio de los oposicionistas demostrar su fuerza y a veces producir la revolución. Era una escuela solapada, pero efectiva, que permitia por medio de estos despliegues, al parecer inofensivos, conocer con que fuerza se contaba, dentro de un acto en la apariencia piadoso y cristiano.

Y dudaba que Atilano, apesar de ser quien le señalase el caso y con lo perpicaz que era, se diese cuenta de la importancia que tenia para el gobierno aquello. El conocia mejor que Atilano el pasado; porque lo habia vivido, y en las distintas épocas de la historia de Cuba el español siempre se habia mantenido del lado conservador y cuanto mas duro fuese el gobernante más seguro podia contar con éstas gentes del comercio y la industria. Después de todo los palos del gobierno en Cuba, antes y después de la dominación española, iban a parar a las costillas del cubano. Y ya fuese con Weyler o con Machado, ellos eran los que estaban más seguros de vivir mansamente dentro del gremio de la fuerza. En Cuba, después de todo no habia mas que dos bandos; el criollo enteramente desposeido y el extranjero dueño de todo, Cuando el gobernante apelaba a la fuerza sin duda era contra el cubano, porque todo gobernante, sin excepción, tiene la misión de proteger lo que está consagrado

y no las tendencias levantiscas y motinescas de los que quieren cambio, buscando un poco más de pan.

¿Cómo, pues, éste paso atrevido?

Se habian detenido una vez mas a admirar el salón, en el que cabrian millares de parejas de bailadores, ahora convertido en capilla ardiente. El olor del incienso, junto con los variados perfumes, hacian irrespirable el ambiente, Las mujeres cubanas, en las que prevalese la palidez espectral de las fuertes razas tropicales, desfilaban. También, como los hombres, ellas vestian de negro.

Una tristeza infinita bañaba el salón. Oyó a alguien decir.

—Las muchachas lo querian mucho, era cubano, era como un hermano. ¡Qué lástima de juventud!-

Pero para Atilano el sujeto carecia de importancia. ¿Qué importancia entrañaba para el mundo un encargado de una tienda de ropas? Lo que sucedia que querian darle importancia falsa porque asi les caonvenia hacerlo. Para Atilano, León no era más que un hombre ambicioso, que se habia hecho querer por los dueños del establecimiento; que era el que los dirigia con su facundia tropical a los tres ancianos españoles, que no hacian nada sin consultarlo.

Oyó a uno decir lastimeramente.

—Era la confianza de ellos; ¡miralos que tristes están.!—

Y entonces observaron que allá, en uno de los rincones del salón estaban formando un grupo los tres dueños de la Iberia, la famosa tienda habanera. Los retrataron bien, sobre todo Charles, que le pareció que aquello tenia grande trascendencia his-

tórica. El uno era un hombre bajito, de patillitas a lo Weyler, el otro desmesuradamente alto y trigueño, como andaluz, con su cara toda rapada. El tercero un hombretón grueso y anchote, con la cabeza tan calva que la luz caia sobre ella y la hacia brillar con destellos de disco de cristal.

Los dueños de la Iberia eran personas de buen ver, sobre todo el más pequeno, el de patillitas, que se veia a las claras que era un ser bonachon y simpático.

—El pobre León— oyo decir a otro— ¿quién se lo habria de decir? Llegar a Nueva York el lunes y morirse el miércoles. ¡Quá lástima de hombre!— Se acercaron a uno que tenia en la solapa del saco una larga cinta negra. Debia ser de la Comisión Funeraria. Le preguntaron.

—¿A qué hora es el entierro?—

El hombre miró para todos lados. Evidentemente para este sujeto todo aquel que hubiese entrado a ver a León debia participar del secreto. Después dijo, midiendo muchos las palabras y en voz baja, como una confesión.

—Bueno, no sé si saben que el gobierno se negó a que se le trajese y que ha habido que gastar un dineral; lo han permitido como una gran concesión, después que el Centro garantizó todos los gastos, incluso el de los inspectores de Sanidad que fueron a Cayo Hueso, para pegarle a la caja esos cintajos. Pero eso si— bajó aún más la voz— dicen que el mismo Machado dijo que habia que enterrarlo a las ocho horas en punto de su llegada.—

—¿Van a cerrar los establecimientos?— preguntó Atilano.

—Oh si, ya eso está acordado. La Lonja de Vive-

res en sesión extraordinaria votó el cierre ésta mañana en señal de duelo, y es posible que todo el comercio cierre; las tiendas cierran todas.—

Charles preguntó haciéndose el ignorante.

—Muy querido debia ser ¿eh?—

—¡Oh, ya lo creo, era un joven cubano de mucho mérito, La confianza de los dueños de la Iberia, Era cubano, ¡pero qué talento para los negocios el suyo! ¡Qué lástima de juventud asi malograda!—

Y dijo esto tan compunjido que parecia iba a llorar.

Preguntó Atilano.

—Entonces, ¿a qué hora precisa está el entierro señalado?—

—Ni un minuto más, justamente a la cuatro— contestó el hombre, que habia sacado el pañuelo para secarse una lágrima.

Salieron por entre inmenso gentio.

Era ya la hora de almuerzo.

Entraron en un cafe. Estaban en el corazón mismo de la capital y alli el barullo era incesante; el griterio de los vendedores se unia al ruido incesante de colmena, al chirriar de las maquinas que pasaban; de los carros urbanos. La Habana en los últimos 20 años se habia congestionado notablemente. El centro de ella era tan vivo como la misma Nueva York, la que sin duda intentaba imitar. A aquella hora de la mañana, en que todavia las oficinas del estado no habian echado fuera sus empleados, ni los establecimientos y industrias que mandan gente a la calle a comer, la Habana parecia como si fuese a la caida del sol. Un público bien vestido rebosaba los cafés, los restorantes, y discutian en las esquinas.

—¿Qué te parece cómo ha crecido esto? —preguntó Atilano Acosta a su viejo amigo Hernandez.

—Oye, es admirable. ¡Qué intensa es la vida aqui! ¡Cómo discuten! ¡Cómo se bebe! ¡Cómo se come aqui! A la verdad que todo me sorprende: me llama mucho la atención lo mejorada que está la capital; pero más me llama la atención el pueblo. Es un pueblo selecto, pudieramos decir, bien vestido, encorbatado. No se ve a nadie en camisa; parece que el vestir y lucir bien es aqui una preocupación, no obstante el calor.—

Y que el calor era de horno lo evidenciabam los trajes de dril crudo que la mayoria usaba. Por las sobaqueras salia el sudor formando manchas negras, que en algunos casos corrian hacia el pecho. Bebian, discutian, comian sin parar.

Entraron en un café y mientras que Atilano pedia una achampañada, muy en boga alli y que no es otra cosa que ginebra, con azucar y agua, pedia Hernandez un jugo piña.

Queria prober este exquisito refresco hecho de piña y inventado por los quimicos del pais.

Los cafés de esta época diferian mucho de los que él dejase hacia cuarenta años; cafés dormilones donde se veia de tarde en tarde alguna mesa llena, pero por lo general personas sueltas que saboreaban los refrescos o el vino, charlando en voz baja. Esto todo se habia integrado, crecido, espesado. La vida nacional tomaba tonos de uniformidad en que parecian ya todos hijos del pais y todos de una misma región.

Saboreaba la exquisita bebida atento a los que se hablaba. Sobre todo discutian mucho de pelota, de carreras de caballos, del turismo; nada del go-

bierno, menos de Machado.

Hernandez se lo hizo notar a Atilano.

—No, eso era en tiempos de Zayas y aún de Menocal; pero ahora no hay quien se atreva. Es que hay mas de 25,000 porristas en la Habana, estan regados por todos lados; son gentes que viven explotando al comercio y con "sobras", que les tira el gobierno, y el que se atreva a decir una sóla palabra contra Machado, pues estaca limpia a él.—

Pero a Hernandez, ya más dueño de la situación, le pareció exagerado lo que decia Atilano. Le pareció que la lucha por la "peseta", como oia decir, era tan intensa por conseguir la peseta, que no tenian tiempo para discutir del gobierno.

En efecto se podia apreciar que todos los que hablaban lo hacian de planes para agenciar dinero; los unos en las carreras de caballo; los otros en la pelota, los más con el turismo. Unos que esperaban tener un automóvil mejor para el "peseteo"; otros que aspiraban a colocarse en el gobierno de un momento a otro"porque no habia nada donde ganarse la peseta"; otros hablaban de lo flojo que venia el turismo, que no se podia conseguir la "peseta" Y era siempre lo mismo; un ajetreo de todos los dias, incansable, sin una hora de reposo, para buscar dinero. "Pesetear, pesetear", era lo que por todas partes oia.

—Pasaban por la calle los vendedores con continuado griterio— Cinco docenas de tomates por medio— Cinco libras de boniatos por medio— Papas del pais cinco libras por medio— Boniatillos, coma boniatillos— y por encima de aquel vocerio el vendedor de billetes— Hoy mismito se juega,

aqui tengo el premio suyo. Hoy mismito, hoy, se juega.—

La impresión que nacia de una ciudad asi era que éstas gentes no podian hablar de otra cosa que no fuera buscarse la vida, buscarse la "peseta" La vida de la Habana se presentaba tal como ella era; dura, exigente, incansable; sin piedad para nadie. "Buscándose la peseta".

En la puerta habia aparecido una mujer rodeada de unos niños; los chiquillos harapientos, con las cabelleras desgreñadas y sucias, de piojosos; anémicos, con ojos saltones, amarillos. La madre, desde la puerta, los dirigia como un oficial a sus soldados en el ataque, de manera que entraron los chiquillos regándose por el café, separados, pidiendo de uno en otro. Oyó Hernandez uno que se le acerco diciendo.

—Señor, un kilito.—

No habia terminado el muchacho de pedir cuando Atilano dijo imperioso a Hernandez.

—Oye, no dés nada, mira que te vienen todos arriba.—

Sujetó Hernandez la mano que llevaba al bolsillo y el niño dió media vuelta y fué a pedir a otra mesa. Pero Hernandez y Charles, que seguian con interés a los muchachos, vieron que no habia habido uno sólo que los socorriese, y es más, que tanto unos como otros siguieron tomando sus refrescos o comiendo sus sanwiches sin ocuparse ni siquiera de mirar a las criaturas.

¿Habiase ya perdido el concepto de la caridad? La compasión proverbial del cubano, ¿habiase embotado al extremo de seguir bebiendo, comiendo y charlando sin dar un solo centavo a los infelices?

—Tiene que ser asi— dijo Atilano— tú no conoces esa gente, Si le das a uno se corre entre todos los pedigueños de la ciudad, y no puedes dar un paso, porque se creen que eres turista y te siguen como los perros al que lleva longanizas.—

Le parecio anómalo a Hernandez aquello. El cubano siempre habia sido dadivoso, espléndido, humano. ¿Cómo es que ahora se mostraba tan indiferente al dolor ajeno?,

Pero cuando los tres amigos momentos más tarde iban por las calles comentando sobre los asuntos del dia, a cada paso se veia el mismo espectáculo; mujeres hambrientas que llevaban una recua de chiquillos y detenian los transecuntes; pero era raro el que metiese la mano en los bolsillos.

—Oye Atilano, ¿cuántos limosneros hay aqui?

—¿Cuántos? Ya lo ves. Debe haber no menos de cincuenta mil, y eso que está prohibido por la policia. Este es el pais de los contrasentidos. Se visten bien y no comen; chacharean sin parar y no hacen nada, no trabajan; el pais es rico y hay hambres indias. Los gobernantes tienen para Capitólios y otras cosas;; pero no para ayudar al miserable.—

Era verdad. ¡Qué de pedigueños.! Al doblar una esquina Hernandez se quedó rezagado un poco y de detrás de una colunna habia salido un joven, de amplias melenas, y que no debia pasar de los veinte años; o era un artista o aquello era la desesperación misma.

—Señor— dijo en voz baja, como abochornado— deme aunque sea un medio; aún no he tomado cafe.—

Lo dijo con tal sinceridad que Hernandez metió

la mano en el bolsillo y le dio un medio a tiempo que Atilano le increpaba.

—No dés nada, el que tenga hambre que robe, que sasalte, que mate, que hagan otro cosa, no pedir, Mientras el gobierno permita que se mueran de hambre, y ellos no tengan valor más que para mendigar, no acabarémos con la injusticias.—

—Pero hombre— arguyó Hernandez— me parte el corazon el ver estos cuadros de miseria positiva.—

Soltó Atilano una carcajada.

—No estás preparado para nada. Eso de "partirsele a uno el corazon" es aqui palabra de meretrices. Deja que se mueran de hambre; esos son los primeros que cuando sale Machado a la calle lo aplauden frenéticamente; de esas gentes se nutrió Nerón, Julio Cesar y Machado ahora. ¡Qué se mueran, hombre, qué se mueran!

Y agregó.

—¿Quién manda a los padres, que son unos miserables, a tener tantos hijos? ¿Por qué no comienzan por libertar a su tierra de tanto ladrón y de tanto extranjero explotador antes de hacer hijos para que sirvan de esclavos a los tiranos?

Era la dureza de las revoluciones porque pasara Cuba; los años continúos de guerra; la impia Reconcentración de Weyler. Cuba habia perdido su natural sencillo y tierno y era un pais duro como la Europa, donde la miseria y el hambre son continúas y los sentimientos se embotan. Por otro lado la Habana siempre habia sufrido estos elementos flotantes, que vivian de la limosna, y nunca se habia librado de ellos ni aún en la epoca de las "vacas gordas".

Atilano se extendió.

—La miseria existe solamente donde no hay pueblo. Que aqui no lo hay es evidente. Aqui rigen las minorias, los que comen bien y les importa un bledo la muchedumbre ni la miseria, es más, desean que la haya,¿Por qué nos va a importar a nosotros, que después de todo no somos ricos ni estamos en la indigencia, pero que estamos en el plano de la dignidad hambrienta? Mientras haya quien predique y practique el principio cristiano, tal como lo aceptan las iglesias, nunca irémos a ninguna parte. Yo creo que los rusos estan en lo cierto; el cristianismo es el enemigo más grande qüe tienen los rebeldes, Mientras siga el ideal cristiano con el cuento del amor, primero en las iglesias, y después con el judio Emilio Zola y otros, no irémos a ningun lado. Yo creo con Zimovief y con Lenine que el odio es el arma mas poderosa y que sólo con el odio darémos al traste con las injusticias.—

Charles, que habiase mantenido silencioso, creyó propio decir algo. Seguia estudiando a Atilano a ver si se recordaba donde lo habia visto anteriormente y no queria poner en guardia, con su silencio continúo, a un espiritu tan avisado como el de Atilano y por eso dijo.

—Por lo visto usted, Acosta, es comunista. Yo creia que eso que el gobierno propalaba de comunismo era simplemente un ardid.—

Atilano contestó mesurado. Charles le intimidaba, y él no sabia porque.

—No, el gobierno persigue a todo el que se le opone y le echa mano al comunismo porque es el disco que está de moda. Yo no soy comunista, positivamente, y yo creo que aqui no hay comunistas por doctrina; pero si me parece qüe toda marea de

protesta al presente, por donde quiera que se la trate de encarrilar fracasan; el comunismo está en el ambiente, aunque no sepan lo que es ni hayan leido o Lenine ni a Carlos Marx.

Hizo una pausa. Y agregó.

—No sé que opinión se haya formado usted de mi. De acá, del amigo Hernandez, nada tengo que decir; me conoce hace años. Pero le voy a llamar la atención nada más que a este pequeño mundo nuestro, y si usted lo estudia verá que no estoy equivocado. Machado ha intentado crear aqui el nacionalismo. Muy tarde para eso, el nacionalismo hoy se llama comunismo, no hay otra salida. Los viejos politicos, creyendo que van a volver los dias del pasado, atacan a Machado usando la juventud, los estudiantes, para que coloquen bombas. ¿Duda usted que esten jugándose en ello las cabezas y sobre todo el pesebre? Se van a encontrar con la horma de su zapato. Las jugadas de los politicos viejos no pueden ya con las corrientes que vienen de abajo, y no serán capaces de torcerlas. Aqui hay un fermento que viene de lo hondo; son los siglos de hambre, y cuando se desate eso no lo van a poder sujetar en un marco ni liberales ni conservadores ni dios padre. Machado con su nacionalismo, ya muy tardio, y los viejos politicos con sus jamaqueos, producirán aqui el comunismo, mejor dicho, encenderán la candela, y de sus llamas saldrá el comunismo.—

Hizo una pausa.

—Y puede que surja el facismo; pero yo me inclino a creer que el comunismo; porque aqui el pueblo es demasiado paria; aqui todo está en manos de extranjeros.—

¿Entonces, usted cree que el mundo va al comunismo? —

Sin apelación, sea bueno o malo va hacia allá; no le digo que para el bien no, porque quizás no sea más que un engaño cualesquiera, pero de todos modos no se puede negar que la marcha del hombre es biológica más que otra cosa y sin la lucha y las renovaciones no puede prolongar su vida la especie humana. Es ley enexorable. La lucha esta empeñada. Hay que echarle leña al fuego, Hay muchos que estan haciendo jugadas con la juventud creyéndose que la podrán engañar, pero no se han dado cuenta de los cambios que se están operando en el mundo. Aqui la fuerza comunista sera mayor que lo que podria ser en otra época, porque Machado, precisamente con cerebro de campesino, ha intentado crear nacionalismo, sin darse cuenta que el nacionalismo del presente es el comunismo, y q. su nacionalismo, para "comer unos cuantos" es demasiado tarde.

Hernandez terció.

—¿Y qué te parece lo de esos españoles?—

Nada una hipocresia como otra cualesquiera. Ahora que esas gentes, aunque no lo creas, ven que a ellos que siempre comieron bueno, se les van poniendo los bisteaks por las nubes. Esos mendigos te lo indica. Los mendigos son el barometro. El ejército de haraposos es cada dia mayor. Y ellos comen bueno; no ves lo satisfechos y cebados que estan. Pues como que Machado no les permite seguir con toda clase de monopolios y privilegios se escrespan y amenazan. No creas que tampoco Machado lo hace por desaparecer el monopolio por espiritu de justicia, no. Machado lo que intenta es

acabar con los monopolios de ellos para que viva el monopolio de él, y eso es lo que los revienta. ¿Qué les importó a esas gentes nunca la justicia? ¿No fueron esos mismos elementos los secuaces de Weyler? ¡Ah, pero Weyler era integrista. Todo para ellos. Machado es otro Weyler, pero todo para él; lo ven como un peligro; porque Machado se ha metido en todas partes, en el comercio, en la industria y se quedará con todo, y esa es la diferencia. Weyler trabajaba para ellos y Machado trabaja sólo para Machado y la familia de Machado.—

Y ahora Atilano iba presentando a Machado como comerciante, como agricultor, como industrial, como acaparador. Agregándo.

—Lo ven como un peligro, y con razón. Nunca ocurrió eso aqui con los gobernantes españoles y menos con los cubanos. Los españoles, los capitanes generales, a hacer vida muelle y coger sueldazos. Los presidentes cubanos a coger dinero manso de las aduanas y ''dolce far niente'' Pero éste es de los que está dispuesto a acabar con la quinta y con los mangos. ¿A dónde van a parar si esto sigue los privilegios y monopolios que tienen los españoles, los chinos, los armenios, los polacos y todo bicho viviente? Machado es el único, y cuando se le antoja, manda un proyecto de ley a la Cámara y los revienta sin apelación, porque los ''embarrena'' con impuestos, y no los deja moverse. Y con la misma les pega una fábrica o un comercio, y donde Machado se mete se acaba hasta la hierba. El tiene aqui muchas combinaciones de acaparamiento; pero sobre todo tiene una que su hermano es el jefe, es la corporacion Mestre Machado, y ya la mitad de los productos que vienen del extran-

jero los monopoliza Machado por medio de su compañia; mientras tanto mete la mano en las industrias, va levantando fábricas; creando escuelas agricólas, escuelas industriales y poniéndole su nombre a todo. Figurense, eso es nuevo aqui, y desbaratar los monopolios de cuatro cientos años no es cosa tan fácil. Comienzan a ladrarle.—

Machado habia hecho un esfuerzo gigantesco para industrializar la isla; habianse establecido fábricas de pintura, fábricas de telas, fábricas de calzado; fábricas de sombreros. Donde quiera que para levantar una industria era necesario el usar la aduana, Machado hacia que entrasen libre de derecho maquinarias y materias primas y facilitaba el levantamiento industrial por medio de una vigorosa labor legislativa.

Y continuó Atilano.

—Figurate, cada una de esas metidas hecha abajo algun monopolio. Yo conozco uno de estos españoles, que tenia un almacén de forrajes y siempre iba a las contratas de abastecimiento del ejército con pliego cerrado, Cuando José Miguel de cada cuatro contratas se llevaba tres y cuando Menocal se las llevaba todas; cuando Zayas escaseó algo; porque Zayas fué el precursor de Machado en eso de trabajar para la familia. Pero llegó Machado y a cada paso dice el español; —Machado, un gran gobernante; acabó con los guapos, acabó con los vagos, acabó con los bandidos, y hay orden; pero yo he tenido que cerrar el almacén de forraje, porque todas las contratas se las lleva la firma de Mestre y Machado.—

Y agregó.

—Ese de que hablo está en la oposición. Ese es

el secreto porque ves a ésta gente ir contra Machado, No van contra él porque mate cubanos, ni porque persiga revoltosos, no, ellos van contra Machado porque si dejan el Machadismo en el poder en varios años todo el poderio económico con que cuentan habrá pasado a Machado y la familia. Ahi está la clave de la cosa.—

Hernandez preguntó.

—¿Pero es posible qué el presidente de la república pueda atender todas esas cosas que tú dices?—

—Y, ¿cómo qué si puede? Tú no eres capaz de imaginarte quien es Machado. Hay que hacerle justicia en esa parte. Como trabajador, eso si, como trabajador, no parece cubano, parece un gallego recien llegado en eso de doblar el lomo. A las seis de la mañana está en la oficina, donde despacha la correspondencia con rapidez de rayo. No pasa un sólo dia sin que se le meta algo en la "chola" en el sentido de innovaciones o impuestos, algo que revienta siempre a industriales o comerciantes. Lo mismo te atiende a traer un par de cochinos de Escocia para hacer crias, que trayendo maquinaria para hacer leche condensada, Para todo tiene tiempo, inclusive para dar sus bailecitos en cueros, por allá por Rancho Boyeros, donde sale todo el mundo luciendo lo que Dios les dió.—

Soltóse a reir Hernandez y dijo sentencioso.

—Tú exageras mucho Atilano; tienes más imaginación de la cuenta.—

—¡Los fósforos! ¿Imaginación? Como te lo digo. Lo sé bien, porque precisamente tengo un amigo, que vive en Rancho Boyeros y tiene amistad con los soldados de la guardia de Machado, y el me contó que un dia vió a varios soldados recogiéndo

flores, de esas que llaman "Maravillas", y haciendo coronas con ellas, y fué y les preguntó que para que eran las flores, y los soldados se lo contaron todo. Le dijeron lo que habia, es decir que el viejo dá unos bailes encueros alli a donde asisten muchas hembras y se quedan todas desnudas y luciendo cada perra nalga que parte el alma y el viejo las comtempla y después coge las flores, que llevan una a manera de cinturón, y son como coronas, y les coloca ciudadosamente los cinturones de flores para cubrirles en parte las perras nalgas y hacerce la ilusión que está ruborizado y que él es el árabe Ali Bilongo de la opera Rigoleto. Después ellas le bailan "del haren soy la sultana", y el viejo se queda extasiado viéndolas bailar, mientras se fuma un tabaco, en calzoncillos, con unos calzoncillos corticos, que se parecen a los pantalones de los jugadores de golf. Tú no lo creerás, pero tenemos un presidente, que parece un personaje de las Mil y Una Noches, q. ni mandado a buscar por cupones a Chicago. Es garañon a matarse.—

Charles quiso torcer la conversación.

—¿Pero bueno, cual es su filosofia con los pedigueños?—

—Pues los pedigueños, que sigan pidiendo limosna. No darles nada para que roben, para que asesinen, para que formen ejércitos, que tal vez algun dia den al traste con las tiranias, y sino que se mueran de hambre.—

Agregó.

—Hay que empujarlos, hay que acorralarlos para que cada dia haya más gente hambrienta, más gente pidiendo limosna, más gente que asalte al turista a ver si espantan de aqui el turismo, cansados de

ver tanta miseria y de ser saqueados, y sino que se mueran. De todos modos asi como andan no valen nada, y si no viene un cambio, ahi estan ellos como soportes de las tiranias; de esa masa sacan ellos soldados, rompehuelgas, bandidos y policias secretas. Por eso yo no les tengo lástima ninguna. ¿Los niños? Bueno es lamentable por los niños, pero si dejamos que nos domine el sentimentalismo no iremos a ninguna parte; es mejor que se mueran dos millares de chiquillos de ahora que no que lleguen a hombres; porque de ahi saldrán dos millares de soldados para fusilar a los verdaderos rebeldes. Como decia Malatesta— para acabar con las chinches hay que quemar las camas y quemar las casas si es preciso.—

Y como si aquellas últimas palabras fueran un mágico conjuro, pasaban hambrientos, haraposos, niños, mujeres y hombres. ¡Cuánta miseria habia en aquel pais y surgia trás las bellezas de la ciudad! Por todas partes andaban gentes, que pedian limosna, que se detenian observando si venia el vigilante de posta. Los chiquillos tenian gran parecido con pollos hambrientos, que van trás las lombrices. Eran los más atrevidos; la miseria los habia adiestrado y paraban sin contemplación a todo bicho viviente. Era interminable aquello.

—¡Qué de pordioseros!— exclamó Charles.

Atilano sintió satisfacción al oirlo. Y agregó.

—Por lo menos hay cincuenta mil. Ya es algo, ya es algo, cinco veces más que el ejército de Machado. Me alegra mucho ver como crece mi ejército. —Y agregó —Y ya ven, el cubano no da una sed de agua; fijense y lo verán. Ya aqui a fuerza de hacer victima al que trabaja no hay quien se

apiade de nada. Son tantos los que piden, que si no fueran los turistas, no podria ocurrir más que una de dos cosas, o reventaba una revolución de pordioseros, que le "zumbaria el corojo" y que se llevaria por el aire todo lo que está parado, y saltaria esa torre del Capitólio hecha pedazos como si fuera una bola de cristal alcanzada por una pedrada, o se moririan de hambre y vendria una epidemia como esas que corrian las ciudades de la Edad Media, en que no quedaba titere con cabeza. No hay más remedio; tendria que ser asi.—

La Habana nunca se habia visto libre de estas plagas. Existieron desde que la ciudad se fundara; habian perdurado durante siglos, y ni siquera cesaron durante las "vacas gordas" en que habia tantos o más pordioseros. No se podia estar seguro para formar juicio de aquel pais, que éste pordioserismo fuese el resultado del malestar económico, porque en dias de opulencia el visitante se encontraba, como ahora, con ésta lacra social. Por eso era dificil el distinguir la verdadera miseria de aquella que nace y muere con cierta clase de familias o de tribús, los desidiosos, que no gustan hacer nada. Aqui el pordioserismo era una epidemia. En general para el cubano el ver pordioseros era tan natural como ver el brillo del sol sobre el pavimento, o la caida de un aguacero.

Hizo un alto en sus reflexiones Atilano.

—No lo creerán ustedes- dijo- pero yo soy de los que amamanto la miseria no dándoles nada a los pedigueños; teniéndoles mucha lástima; pero no dándoles una sed de agua. —Y agregó.

No lo creerán ustedes; pero asi voy formando el ejército inmenso de los hambrientos que tienen

una alta misión que cumplir; destruir a Machado. Los hambrientos lo llevaron al poder, porque éste es un pais de ambiciones y ambición de comer es ya algo. Un dia ésta falange que besa los pies al tirano se desatará ý se vendrá al suelo el sátrapa inexorablemente. ¿No lo creen ustedes? ¿Eh?—

Y agregó.

—Por eso, si, que aumenten, que lo inunden todo, que llegará el dia del milagro.— Y agregó —O reventarán todos de miseria.—

Hernandez creyó propio.

—¿Pero crees tú que todos son lo mismo?—

—No, no lo son; eso es lo mejor que ellos tienen, porque asi podemos hacer de ello la critica de la injusticia social. Si, es lo mejor que tienen, que no todos lo son producto de la desidia; estan entreverados y podemos por eso hacerlo causa de injuscia social, cuando es desidia y vagancia. —

Hizo un alto.

—Ahora atente a la filosofia que nadie conoce mejor que uno su propia casa, y que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Aqui no te digo que no hayan personas muy dignas pasando hambre; pero ¡ay, chico, se ha extendido tanto eso de vivir de los que trabajan! Nace del gobernante, de tanto hambrón, que se enriquece sin tener derecho a ello. Y a que mientras ves esta riqueza asombrosa de la ciudad, allá en los campos los cortadores de caña sucumben hoy anemizados por el trabajo rudo, bajo un sol de fragua, cortando caña doce horas por treinta centavos, mientras que aqui ves un derroche tal que asombra al mundo, que no sabe levantar la bordada túnica que cubre a éste Lazaro purulento.—

Volvio a hablar de la fuerza de los mendigantes.

—Es el ejército, el ejército que yo preparo para que nos libre del tirano. Un ejército positivo, que tiene sus caudillos, que se pondrán al frente en el momento preciso, que no se les conoce por charreteras o insignias, pero que surgirán en el momento preciso.—

Y como si quisiera completar su argumento.

—¿Ves aquel hombrachón que viene por alli?.—

Paasaba abochornando la belleza verde y blanca del sereno parque un sujeto gordo, barrigón, tan asqueroso, tan sucio, que a su alrededor las moscas revoloteaban como un salpicar de gotas de metal amarillo con alas negras. El hombre sacudia con una mano gruesa y velluda algunas moscas que le mortificaban las orejas.

—¿No te parece un caudillo de la revolución?— preguntó a Hernandez.

—No— contestó de seguida Hernandez— lo q. me parece es un caudillo de un chiquero de cochinos.—

Se iba acercando, se iba acercando. Era un monstruo de suciedad y desidia. Sus piernas cortas estaban enfundadas en unos pantalones remendados, cubiertos por tanta grasa, como si acabase de salir de un baño de chapapote. Una levita negra, larguisima, con las mangas arrancadas por los codos, abotonábase sobre un pecho, que dejaba escapar, como un bouquet que se abre, un bosque de pelos.

—Voy a llamarlo; voy a presentartelo.—

Hernandez intervino rápido.

—¡Atilano, por Dios, deja pasar al asqueroso.!—

Pero ya Atilano le habia gritado.

—Eh, Pan Duro, ven acá Pan Duro.—

Habia en aquella llamada toda la dignidad que imprime el amo cuando llama a su perro que anda por el patio.

El hombre extraño se fué acercando lentamente, escudriñándo a los tres amigos.

Sus barbas estaban pegadas a la carne como si los pelos, después de estirarse hacia afuera, se hubiesen encaracolado hacia adentro para formar una alambrada de puás sobre aquellas mejillas de redondez de nalgas, en medio de suyas malezas, unos labios babosos y rojos eran como impúdico corte saugriento entre una maraña de pelos.

El acercamiento y la fetidez que notaron los amigos fueron simultáneos.

El hombre sacudió una mosca, que intentaba libarle en los ojos.

—Pan Duro, te presentó a estos dos amigos, tus admiradores.—

El pordiosero vació sus ojos en los trajes primorosos de los dos, y su mirada sarcástica era como si cayese un salivazo sobre el atildamiento del casimir flexible y sobre la esencia que exhalaban los cuerpos. No contestó una palabra, Metió la mano mugrienta en el bolsillo hondo y se vió salir una navaja sevillana reluciente, como acabada de salir de la fábrica. Después el chirrido metálico de abrirla, que dejó en suspenso a los dos amigos. ¿Si iria a agredirlos? Los ojos mortecinos, chatos, de buho, parecian nadar en alegria.

—¡Que navaja!— se dijo para si Charles— ¡Vale más que el hombre!—

Hernandez lo contemplaba sin chistar. ¿Para qué Atilano se metia a llamar a éste asqueroso?

La navaja brilló al sol, como si estuviese bañada por un tinte de plata. Empuñóla, como quien va a saltar sobre una victima.

La otra mano sarnosa metióse ahora en el otro bolsillo y fué saliendo un pan largo, seco, obscuro, manchado.

El mendigo tomó la navaja y cortó, con precisión de maestro, dos pedazos grandes de pan, Y los extendió a los dos amigos, uno a cada cual.

—Gracias,- dijeron ambos de seguida- gracias.—

Pan Duro los miró ahora de hito en hito; sus ojos redondos negros, de buho escrutador, que iban más allá de la conciencia. Metió los pedazos de pan en el bolsillo, hondo como un saco, y después pausadamente cerró la navaja, q, chirrió suave.

Atilano sabia que era de muy pocas palabras; le quiso tirar de la lengua.

—Sabes, Pan Duro, que de poco acá has engordado mucho. Ya estás bueno para que Machado te eche en la bahia para engordar los tiburones.—

El hombre sacudió los hombros indiferente y contestó con voz cavernosa.

—Cuando yo vaya a los tiburones no me comerán, porque ya otros los habrán cebado.—

Y tendiéndoles a los tres su mirada indiferente siguió parque arriba llevando tras si el cortejo de moscas y la fetidez de letrina, bajo la mirada sorprendida de los turistas, extrañados de ver entre la belleza verde blanco del parque salir aquel monstruo de suciedad y desidia.

Atilano se habia quedado como alelado. Por fin habló:

—¡Es admirable! ¡Oh es admirable! ¡Es el jefe nato!—

Charles pidió una explicación. ¿De qué podria ser jefe aquella masa hedionda?—

Atilano explicó.

—No, no quiere decir que mande a nadie ahora, los mandará a su hora. Es jefe, porque mis mendigos no pueden escoger gente de levita para que los mande en el momento de la hora justiciera.—

Agregó.

—Es un Cristo, porque es humilde hasta la exageración. Es grande por su misma asquerosidad. Es el hermano fraternal, que lo primero que hace es partir su pan con los humanos. Un dia el será el jefe cuando los hambrientos se determinen a acabar con el tirano.—

Hernandez conocia muy bien a Atilano. Charles lo seguia estudiando y no preguntó nada.

Pero para Charles ahora habia dos emigmas. ¿Quién era éste Atilano? ¿No era el mismo que él oyera en Nueva York cierta noche en el Madison Square Garden? ¿Por qué la policia permitia tipos como aquel Pan Duro por la calle?

Y sobre todo aquella navaja sevillana, brillante, pulida, ¿para qué la queria el haraposo?

Y aquello fué para él como una obsesión. Sobre todo, recordaba los cortes hechos al pan, cortes precisos, iguales, de carnicero, de quien está acostumbrado a tallar carnes en una carniceria.

La tarde habia avanzado. Un aire ligero venia allá del mar, agitando las copas de los arbolitos. Pasaban soldados, vestidos de limpio kaki amarillo, con sus machetes media cintas, como culebras colgándo de las cinturas. Pasaban mujeres bonitas, luciendo sus cuerpos acorselados. El griterio incesante no se amortiguaba. Los autos pasaban dando

mareos. De las calles que subian de los muelles venia pueblo sin cesar. Era la hora del cierre de las oficinas del estado.

—Si ustedes quieren ver el funeral, mejor vamos— dijo Atilano.

Y agregó.

—Yo quiero verlo, porque éste es el primer paso formal para romper el orden.—

—¿Crees tú que se altere el orden?— preguntó Hernandez.

—No, he querido decir que por seis años consecutivos Machado ha impuesto aqui orden sin nada trascedental para romperlo, y ahora a la sordina va a empezar a quebrarse.—

—¿Tanta importancia le reconoces tú al sujeto?- preguntó Hernandez.

—No, el sujeto no era mas que un dependiente aventajado. Pero le reconozco mucha importancia, porque estos patanes, que no saben lo que se pescan, le van a dar una demostración al gobierno como diciéndole; —oye, aqui somos nosotros los que mandamos—y agregó—y eso es primera vez que ocurre.

Después explicó.

Machado habia recibido de Alfredo Zayas la gobernación del pais en un estado tal de caos nacional, que parecia aquello una eterna orgia. Las libertades civiles que preconizaba Zayas se habian convertido en licencia. El respeto a la vida humana, consagrado por las costumbres y las leyes, habia desaparecido y en su lugar campeaba el matonismo. La moral de la familia estaba aqui por debajo del próstibulo. Solamente en la Habana habia treinta mil prostitutas. La policia no cobraba los sueldos; pero estaba al tanto de las casas de juego y eran

chulos de las meretrices. Los peores criminales obtenian indultos comprados, no se sabia por donde, pero era positivo. En los campos nadie se sentia seguro, ni podia contar con lo que sembrase o criase. El gobierno estaba corrompido hasta la médula; desde los empleados y policias hasta los más cercanos al presidente. A esto le llamaba cierta gente en la Habana, libertad, pero era un derroche de abusos al derecho, licencia en fin.

Machado habia puesto aquello en orden. Comenzó por fusilar, y salió el garrote, que estaba mohoso desde el tiempo de don Tomás. En los campos el bandidaje y el matonismo cesaron con algunas ejecuciones sumarias de gentes dudosas que vivieron siempre a costa de los demás. La mano de hierro del gobernante sacaba a mandarriazos el orden, y la capital habia tomado el aspecto de una verdadera raza civilizada.

Y continuó.

—Machado hizo todo eso y bajo él se han enriquecido y medrado, debido a la seguridad que él creara. El mantener el orden es muy dificil en este pais, pues hay mucho deseo de vivir en el desorden y se busca un pretexto cualesquiera. A palo limpio Machado a enseñada a tener verguenza, y a que se den cuenta que no somos una tribú de Cafreria. Pero ahi lo tienes, para que veas como es este mundo, los que más se han aprovechado del orden creado por Machado, ven ahora un enemigo en él; el monopolio viejo la toma con el monopolio nuevo y ahora van a meter su cuñita con el pretexto del funeral. Es una protesta sorda. Le tienen miedo a Machado que les está quitándo uno, pero —y hizo una pausa—me parece que van a cambiar la vaca

por la chiba, y algún dia les va a pesar lo que han hecho.—

El Centro Asturiano estaba desbordante de públieo. Los salones que podrian contener cuatro o cinco mil personas estaban repletos, sin poderse dar un paso. Pos las calles cercanas no se veian mas que trajes negros y sombreros de fieltro. Fueron a situarse en un balcon. Desde alli se veia bien la calle donde debido a la congestion del público una veintena de policias de tráfico mantenian a duras penas el orden. En el interior del edificio se respiraba el aire viciado, propio de estos lugares, mezclándose con el fuerte olor a almizcle de los pebeteros religiosos. En medio del salon, un alto dignatario de la iglesia, gordo, colorado y de cogote de ternero, entonaba una salmodia, q. era coreada por los acótos. En todos los rostros se leia la intensa pena.

Oia exclamar de continúo en voz baja.

—¡Quién habria de decirselo, tan lleno de vida!—

—¡Qué talento el suyo, qué lástima!—

Y sobre todo oia a muchos decir. en voz baja charloteando entre ellos mismos.

—¡Era cubano, pero qué hombre de negocios era!—

Los pisos en la Habana son muy altos de puntal y estos del Centro Asturiano tan elevados que las luces en el cielo raso parecian regadas por un cielo azul. Los tres amigos se fueron a situar en un balcón del tercer piso. Por dos veces consecutivas Hernandez sintió esos vértigos que son tan peligrosos y dijo a Atilano.

—Oye, no nos podriamos meter en ese edificio de ahi enfrente, que es más bajo. ¿No sabes lo que temo estar en pisos tan altos? Me dan ganas

de tirarme a la calle.—

Se abrieron paso por entre aquella muchedumbre a duras penas y cuando llegaron a la calle entraron por entre aquel apretujamiento, aquel murallón de humanidad. Subieron a los altos de la casa de Gomez Mena, desde cuyos pisos se podia contemplar en toda su magnitud el imponente espectáculo.

Era un mar de gentes, Se disertó sobre las flores. Era algo para llamar la atención de los extraños. ¡Qué pais para producir flores! Las flores más raras, más costosas del mundo, aqui abundaban en todas partes, En éste funeral, como en todos de alguna monta, las flores en coronas enormes eran cosa corriente. Aqui a la vista estaba la magnifica carroza funeraria, que esperaba en un costado del edificio, y que parecia nadar entre el mar de gentes. Después contaron hasta 30 trucks cargados de flores, coronas, ramos, ramilletes, en una profusión de todos los colores conocidos.

—Con todo eso— dijo Atilano— tantas flores no habrán costado dos cientos pesos. Aqui las flores se dan como la hierba.—

—¡Qué pueblo tan inmenso!— dijo Charles.

—No debe sorprenderle, a usted que ha visto los públicos de los Estados Unidos.—

—Si, pero aun con la pequeñez comparada de Cuba, éste funeral tiene el cariz de los de un magnate en las ciudades americanas.—

Y era verdad, porque cuanto alcanzaba la vista no se veian más que sombreros. Y elli donde estaban situados la mirada cubria bien dos millas, el Parque Central, las calles que viniendo del oeste desmbocaban hacia el Parque Marti. Un mar de cabezas y los automóvites como pedazos de madera

que flotase sobre las aguas de un rio.

—No creo que podamos salir de aqui en largo rato— dijo Charles.

—No, por lo menos dos horas durará el disolverse esto— contestó Atilano.

—¡Pues no es nada!— objecto Hernandez al que ya pesaba el haber se metido en aquel lugar.

Atilano exclamó.

—¡Cuánto me alegraria que estallase ahora una bomba!—

—¿Pero seria posible una bomba en un acto como éste?— preguntó Hernandez.

—¿Por qué no? Una bomba la pegan aqui lo mismo en una iglesia, en un cine, que en un parque, o en un retrete.—

La policia seguia luchando con el pueblo, y allá lejos en el parque, Marti levantaba sus largos brazos extendiéndo la bendición.

—Mira el Apóstol, parece que está arengando la multitud— dijo Atilano.

Y era que la estatua de Marti quedaba en el centro mismo, como un orador que usase como tribuna las cabezas del gentio.

Hernandez dijo senteneioso.

—Digáse lo que se quiera, pero no hay duda que éste si es un elemento que tiene unidad de acción en sus cosas, Si nosotros fuesemos asi.—

Atilano contestó.

—Es verdad, pero si te fijas, tienen la unidad de acción sobre todo cuando intentan el suicidio colectivo.—

—¿Qué suicidio?—

—Bueno, aqui por estos mismos sitios, estas mismas gentes eran un oleaje encrespado el dia que

fusilaron los Estudiantes de Medicina en 1871, que no fué más que un intento de suicidio; después el otro intento de suicidio fué cuando fueron asi mismo en turba a recibir a Weyler, y ahora estan cometiendo el tercer intento de suicidio, que creo que sera el último, porque al socavarle el orden a Machado se van a suicidar verdad.—

—¿Lo crees asi?—

—¡Cómo si lo creo! Como también creo que nunca dejan de equivocarse. —

El féretro finalmente fué bajado por las escaleras dentro de un silencio ominoso y colocado en la carroza funebre, una de esas carrozas llenas de negras torrecillas y que la diferenciaba de las de antaño sólo el hecho de ser tirada por motor. El oleaje se plegaba facil al marchar el féretro a la carroza. La carroza echó a andar, pareciéndole a los amigos que más que el chofer que la manejaba, era el públieo empujándola suavemente. La policia rompia por entre la densa muchedumbre para abrir paso al cortejo funebre, levantándo los clubs en alto, y dando voces estentóreas. Habian recibido aviso de no usar la violencia, de ir con cautela. El ambiente estaba demasiado cargado; la policia tenia ordenes de actuar con mucho cuidado. Hacia poco que habia ocurrido la reyerta entre la policia y los estudiantes.

Pero a la verdad que la muchedumbre se plegaba facilmente, como si fuese una tela ligera y sútil. El verdadero objectivo del funeral politico no es producir el motin. Es un medio solapado para conocer con que fuerza se cuenta, el motin desluciria un acto de esta indole. No se tenia que ir tan lejos. Ya se habia obtenido el éxito deseado; bas-

taba enseñarle a Machado las orejas. Machado podia ser todo lo campesino que se quisiese, pero no era ningun zote y mucho menos los que lo rodeaban.

—Pero, para un gobernante, que como dices tú, ha puesto aqui orden de a porque si, no se le intimida facilmente; esto lo hara reir. Después de todo, ésta es una parada de extranjeros y el extranjero en todas partes, no importa el número o la riqueza, la pierde con el gobierno. Estos no pasarán de aqui.—

Atilano replico.

—¡Extranjeros, extranjeros! ¡Los fosforos! Estos no son aqui extranjeros. Extranjero aqui eres tú, no ellos. Estos españoles se la saben de memoria y desgraciado de Machado si le ponen bien la punteria.—

Y hizo una pausa.

—Tú, Hernandez, estás juzgando como si estuvieras en los Estados Unidos. Pero no te das cuenta que estás en Cuba. Allá, una gran parada de estas o tres veces mayor, de extranjeros, alemanes, digámos por ejemplo, no tendria importancia, porque hay un verdadero pueblo americano. ¿Pero aqui? Tú estás soñando. Si Machado no es un zote, que se anote ésta y tenga cuidado.—y agregó—estos la matan callando y no te fies del agua mansa. Fijate que estos y sus hijos son la verdadera clase media de aqui.—

Y terminó.

—Esto se me parece a esos largos toques de corneta que llaman "atención". Es el aviso que dan a los revoltosos que ellos tambien se van a poner contra al gobierno y ya sabemos como lo hacen a la sordina, pero muy efectivos. Estos tra-

jeron a Weyler, pero cuando no les convino entre ellos y los del otro lado del charco lo tumbaron, y después cubrieron la cosa yendo a lanzarle piedras al consulado de los Estados Unidos. para echarle la culpa del relevo. Tú no los conoces.—

Y empezó el romperse de la muchedumbre que tardó bien dos horas, en desfile suave trenzándose y destrenzándose a lo largo de parques y calles, siguiéndo la imponente manifestación, que iba subiéndo la Calzada de la Reina, imponente, magestuosa, con aquel ejército de más de veinte mil hombres, vestidos de riguroso luto, a pie, marchándo trás los quinientos automóviles. Era un desfile interminable, una negra nube iba acompañando a León hasta su último lugar de descanso.

Cuando los dos amigos, ya cerca de la noche, se separaron de Atilano, Charles que apenas si hablase delante del agitador, le preguntó a Hernandez.

—¿De dónde conoces tú a este tipo?—

Hernandez le extrañó la forma de la pregunta.

—De Tampa, hace cosa de diez años, trabajamos juntos en Cuesta y Rey. ¿Por qué? ¿No te ha causado buena impresión?

—No, ni un poco, me parece un apóstol falso.—

Hernandez replicó.

—Su modo de ver las cosas fué siempre asi. Rebelde a matarse. Inteligente, atrevido, No simpatizo con lo que pretende, pero eso si, como rebelde, el mismo de siempre. En Tampa por poco le dan una paliza los ciudadanos, y salió escapado de alli.—

—Pues— dijo Charles— yo no sé, no sé.... Mi memoria es muy buena para lo que leo o oigo, pero muy pésima en distinguir los individuos. Todo

el dia he estado dándole vueltas en la cabeza a ver si me acuerdo de éste sujeto. Estoy seguro, como dos y dos son cuatro, que le oi hablar en un mitin en Nueva York, pero eso no es tanto, lo que me intriga, es otra cosa.—

—¿Cuál?— preguntó Hernandez.

—Nada, que me parece que éste es el sujeto que se llamaba allá Apolinar Reyes, que capitaneó un grupo de rompe huelgas y le dieron una paliza en Nueva York.—

—Estás equivocado Charles, estás equivocado. Si éste siempre fué el azote de los rompehuelgas en Tampa.—

No insistió el amigo. No le gustaba formarse juicios rápidos basados en su modo vacio de juzgar por las fisonomias, Pero si dijo.

—Chico, ¿y cuando lo conociste?—

—Yo lo conoci por el año 1906 en Tampa y después cuando volvió de Cuba, creo que por el 1923 o cosa asi.—

Charles se quedo meditativo.

Los dias siguieron corriendo.

Hernandez comenzaba a sentirse disgustado. No habia creado una sola amistad. Su caracter llano, sincero, enemigo de chacotas, y tomando las cosas del mundo con seriedad sajona, le molestaban estas gentes, pamplineras y que tanto daban a la lengua. El era guajiro; de los sombrios campos cubanos habia recogido la quietud de su espiritu.

Además, los largos años fuera del pais, le hacian sentir éste sol de Cuba mucho. Y las comidas mismas, tan distintas a las de los Estados Unidos, por lo menos lás sazones tan ricas de Cuba, le hacian sentirse mal. En aquel pais aun los refres-

cos tenian un vigor parecido al de los alcoholes ligeros.

Una tarde Atilano vino a visitar a Hernandez.

—Oye, Hernandez, a ti como amigo intimo, a ti que conozco bien, te voy a presentar un grupo de jovenes conspiradores, gente de valia, estudiantes.—

Hernandez se molestó.

—No me presentes a nadie, No, no me los presentes. Parece mentira, ¡caramba! ¡parece mentira que los cubanos seamos tan tontos! ¡El único gobernante cubano que hemos tenido, que quiere hacer algo por su pueblo. ¡Parece mentira!—

Se hizo como si estuviese irritado Atilano.

—Pero Hernandez, ¿cómo es posible el cambio? Tú el primero siempre en las huelgas, tú siempre oyendo a Zola, a Kropokin y prensa libertaria y ahora enamorado de éste tirano. ¡Hombre, eso si parece mentira!—

—No, enamorado no. Enamorado no. Es que es el único gobernante que hemos tenido. Es que veo, como se ve una cosa crecer, que está surgiendo el nacionalismo, y una cosa asi es dolorosa, pero viene, y viene para bien de todos y es una maldad el conspirar contra él. Machado, chico, lo que sucede con Machado es que es un verdadero carácter, y eso nosotros no sabemos apreciarlo, porque entre nosotros abunda mucho la jarana, el destruir y el criticar y darle a la lengua, y el no saber apreciar nada. Tenemos mentalidad de negros.—

Lo dijo dando un puñetazo sobre la mesa. Atilano sabia que Hernandez era sincero y un hombre "redondo", como se solia decir, y obtó por tomarlo con calma.

—Bueno, eso que el nacionalismo esté surgiendo es muy posible, yo lo digo también y que Machado tenga mucho que hacer en ello no lo dudo; pero el bien que trae es muy dudoso, y lo recompensa el mal que en otros sentidos hace.—

Hernandez objectó.

—¿Qué mal ocasiona éste gobernante al que se limita a ir a lo suyo, al que no quiere vivir de la politica ni de monopolios, a hombres como tú y como yo, que solamente dependemos de nuestro trabajo?—

—Pero te parece poco lo que está haciendo, no sólo que no se puede decir una palabra de critica sin una paliza por los porristas, que manda matar al que estorba, que ha cerrado la Universidad y ayer, por ejemplo, ha suspendido todos los periódicos de la Habana?—

Hernandez dijo violento.

—Mira, Atilano, no te he dicho esto ya otra ocasión, porque siempre me mido mucho. Pero estoy ya harto de oir éstas cosas, y te lo digo ahora. Eso de matar terroristas, que colocan bombas, que destrozan personas indefensas, es obra santa, ni más ni menos que matar culebras de cascabel en Florida. El darle buenas manos de estaca a tanto charlatán, que en cafés y esquinas no hace más que darle a la lengua, en lugar de estar haciendo algo útil, está muy requetebien. El cerrarle la Universidad a los niños góticos, muy bien hecho. Lo que está mal es que no la ha mandado a demoler para que vayan a romperse el lomo, como los que tenemos que trabajar en los talleres o en el campo. Esa Universidad no sirve más que para que cuatro zoquetes, hijos de ricos, vayan ahi a comprar

los titulos, porque como es un pais de gentes con cerebros vacios, les basta tener el titulo y llamarse doctor para que todos les hagan el "rendevous", y en lugar de médicos o abogados lo que se convierten es en politicos para estar agitando, y tener siempre revuelto el pais y para saquear al verdadero pueblo. Aqui lo que hay una partida de granujas disfrazados de redentores para coger el poder y que trabajemos para ellos. Y esos periódicos, deberia suspenderlos para siempre; porque un periodismo como éste que siempre vivio del chantage, de subvenciones, de sabrosos, y degradando al pueblo de Cuba, pues cuando se degrada al gobernante se refracta eso sobre el pueblo que lo eligió, lo mejor que sucederia es que se acabasen de una vez-

Estaba irritadisimo. Hizo un alto.

-¿Los periódicos? Tú mismo lo dices, que estan en contra de Machado porque no los subvenciona. Y mientras que Machado, con todos sus defectos, es un cubano verdadero, que es lo que duele a todos los extranjeros de aqui y fuera de aqui, como no les da dinero, como no lo pueden explotar, es un campesino ignorante, una bestia y otros nombretes. Si aqui en lugar de haber esclavos, hubiese pueblo, esos periodistas tendrian que ir a cortar caña en los ingenios.—

Hernandez estaba irritadisimo. Atilano lo conocia bien. Era un guajiro, al que los años y las emigraciones no habian podido quitar su verdadero carácter de cubano positivo, sin extranjerias ni máculas. Por eso Atilano creyó prudente despedirse diciéndole.

—Bueno, Hernandez, no te molestes, me hablaste de no tener aqui amistades y te iba a presentar

a algunos jovenes de verdadero mérito conspiradores.—

—No, no me presentes a nadie. Ya estoy muy cansado de que me engañen redentores y mentecatos de levita. Y se necesita ser un imbecil y no tener sentido común para teniendo uno que romperse siempre el lomo venga a hacerle la jugada a los nuevos aspirantes a que trabajemos para ellos. Y se necesita no ser cubano, y no tener dignidad, para habiéndonos dado tantos palos y habernos siempre despreciado tanto, aun sigámos siendo juguetes de los extranjeros aqui y fuera de aqui.—

Y acompañó sus expresiones con un fuerte puñetazo a la mesa.

AGRARIO.

Donde se relata que Juan Hernandez, como buen guajiro, se va para el campo, donde presencia la más encarnizada y fiera batalla de la historia, donde boniatos, ñames, piñas, quesos de bola, plátanos; aves de cria y toros cebu combaten rudamente contra los océanos de caña de azúcar, en la más descomunal de las refriegas históricas. Donde se ve que Machado ha despertado el endriago, que habitaba en los cañaverales cubanos y lucha a brazo partido para dominarlo. Esto y algunas cosas más todas substanciosas y de gran peso desfilan ante la mirada del nativo, extranjero en su propio pais.

VII

Casa de huéspedes, alli en la Calzada del Monte; comida muy sana, servicio en su misma habitación; todo módico y limpio. Alli vivia Hernandez.

Frente por frente, el Parque de la Fraternidad, antiguo Campo de Marte, viviseccionado ahora, parque de luz y de sol, aquella hora en que la niebla dorada espolvoreabase sobre las copas de los pequeños árboles y sobre cuatro palmas esmirriadas y feas. Un poco más allá, la Ceiba, simbólo de la fraternidad Pan Americana.

Habia sido otra de las grandes celebraciones de la época de Machado, y un presidente de los Esta-

dos Unidos, quizás por primera vez, habia salido de su frio pais, para congregarse con los delegados de todos los otros pueblos de America. Se habian traido varias toneladas de tierra de cada uno de los 25 paises y echado en la cuba, dentro de la cual creeia el árbol de Fraternidad Pan Americana.

Frente por frente a su habitacion la parada de autos y autobuses, que hacian viajes por las provincias, Desde madrugada le rompian el sueño el griterio de aquellos "guagueros", como los llamaban alli las gentes.

—A Camaguey. A las Villas. A Oriente. —

Era como un vigoroso ritornelo de los viejos abuelos de aquellos mismos que ahora gritaban, cuando a tiempo que salia Hernandez de Cuba oia sin parar.

—A la Vibora. A Puentes Grandes. A la Ciénega.

Es decir barrios de la Habana, lugares que parecian muy remotos a la mentalidad de hacia cincuenta años.

¡Cómo habian cambiado los tiempos! ¡Cómo habian cambiado las distancias!

Guagueros patilludos que gritaban, "A la Ciénega", "A la Vibora", barrios de la capital a donde se llegaba en cosa de una hora por medio de barrancas y baches, entre el correr ináudito de los perros, que huian despavoridos al oir el atronador estruendo de las guaguas que venian con sus ruedas de hierro sobre el pavimento de asfalto y sobre de baches, cuerazos a las mulas; los pasajeros caian y se alzaban; se iban de bruces los unos sobre los otros. A alguien le habia caido encima una negra lavandera con toda su cesta de ropas, y un español, recien llegado, colorado y gordo como un tomate,

sacaba su cabeza de globito rojo que iba a reventar.

Viajes de antaño, Viajes alegres de nuestra niñez, Viajes atrevidos en tiempo de nuestros abuelos. Se habian ido para siempre.

¿Pero no era éste griterio el resurgimiento?

¿Se habia realizado lo imposible?

¿Cómo habia ocurrido el fenómeno?

—A Oriente, A Camaguey. A las Villas.—

Para Hernandez, salido del pais hacia cuarenta y cinco años aquello era poco menos que un milagro; porque para la mente de aquellos dias, que era la suya propia, aun despertando ante los nuevos advenimientos no era;

¿Cómo si Oriente estuviese tan lejos como al otro lado del mundo? ¿No era un pais agreste, cuajado de montañas, de rios indomables por naturaleza?

Rios caudalosos, montañas las más altas del pais; terrenos llanos, de alti planicies, pero llenos de quebradas, que aislaban aquella region en la época de las crecidas, cuando la montaña lanzaba para abajo torrentes de lluvia, que caian formándo estrépito y llevándose por delante casas y hombres. Indómita region, donde se refugiara por diez años consecutivos el espiritu revolucionario y contra cuyas agrestes soledades se estrellaron los soldados de Europa. Terrenos jamás pisados por la planta del hombre blanco. Oriente, que era el extremo de ésta larga isla, tapizado de montañas que tocaban las nubes y llegaban al mar, encerrándola en canteria inexpugnable. Oriente, que jamas venció la conquista ni la guerra. Y ahora, asi, rendido, abierto, atreviéndose con el las guaguas y los peatones. ¿Cómo era posible?

—A Camaguey. A Camaguey.—

¿Y no era aquel Camaguey una sabana enorme de hierbas de Guinea, con unos cuantos poblachos, con mucha manigua, por entre la que enlazaban las bestias cornupedas sus cuernos, en tanto los jinetes, metidos entre el espartillaje sacaban sólo las cabezas, como náufragos en medio de un océano y veiase allá a la distancia, como una espiga alta de la hierbaza, la torre larga y retadora de una iglesia?

—A Las Villas.—

¿Y no era el territorio de las Cinco Villas una región donde el cañaveral alfombraba el terreno, con sus viejos pueblos aislados por rios indomables, como el Sagua, el Jatibonico del Sur, el Jatibonico del Norte, el Jagua, el Hanabana, que la separaba de la provincia de Matanzas, a donde llegaban sólo en tiempos antes de la guerra los comisionistas de las casas de comercio españolas.?

—A Pinar del Rio. A Pinar del Rio.—

Y ésta otra provincia, que seguia a la de la Habana por el oeste, toda ella llena de valles y montes azulados, y que a pesar de la corta distancia de la capital sólo llegaba el ferrocarril hasta la mitad de la provincia, dejando el otro territorio para que entrasen en él los atrevidos, yendo en caballo o mula, ésta última la mejor bestia para las lomas.

Cubanos distintos en todos lugares, Orientales, Camagueyanos, Villareños, Pinareños, Habaneros, Mataneeros.

Nunca se pudo hacer un viaje completo ni siquiera a una provincia, La isla después de 430 años de descubierta estaba aun por conocerse y explo-

rarse. Posiblemente sólo la guerra la habia atravesado y conocido, y ya sabemos, cuán dolorosa huella dejó esa exploración. Y era esto notable, porque después de todo, aqui fue donde España dirigió continuamente sus emigraciones durante el siglo diez y nueve, y España era pais de navegantes y aventureros, y de gentes que huian del servicio al rey. Aqui habia surgido posiblemente el pais más seccional de toda América y celoso de su patrimonio local, más que la misma regional España, madre de estos pueblos.

Oriente viviendo al lado de sus grandes montañas; Camaguey dentro de sabanas de hierbas y animales; Pinar del Rio, tierra de montes y valles, donde se producia el mejor tabaco del mundo; Oriente de los ricos cafetales; las Villas de los grandes ingenios y cañaverales, como mares verdes; Matanzas y la Habana, còn sus poblados centenarios.

De toda aquella variedad un hondo sentimiento localista; Orientales que despreciaban a los Camagueyanos, Villareños que despreciaban a Orientales y Camagueyanos. Gentes del este, de la Vuelta Arriba, que consideraban como españoles a todos los criollos nacidos más acá de las Villas. Camagueyanos, que consideraban indigno el poner la mano sobre la macera del arado si bien que correteasen en sus caballos por semanas enteras; los mejores jinetes del mundo; Orientales, los más valientes de la isla; Matanceros, que se consideraban los más intelectuales, por haber nacido alli unos cuantos versificadores. Familias montunas, que teniendo los poblados muy cerca nunca fueron a éllos. La isla era desconocida para el propio nativo,

sedentario, y poco amigo de los viajes. Era una maraña sombria, de montes, de zarzas, de riscos, de piedras, de bosques, de rios, de pantanos; sin caminos, sin comunicaciones más que las rudimentarias, que abren las bestias jibaras en su diario ajetreo del comer.

La Guerra de Independencia la sacudió de un extremo al otro. Las descargas de fusileria y las balas de cañon rompieron las misteriosas marañas de siglos; el campesinaje fué hecho salir de carrera de la modorra en que vivia, por el incendio de la caña, y el tiroteo continúo a los poblados, y los occidentales vieron a los orientales por primera vez, y sintieron sobre las espaldas los planazos de los libertadores, que les arrancaban con fiera rudeza los arados pegados por siglos a las manos. Las violentas convulsiones de la guerra partieron, rajaron la unidad de la familia y comenzaron a desintegrarla, como el rayo cayendo sobre la piedra. Y mientras la guerra sacudió al criollo y al residente en forma violenta y lo hacia soldado a la fuerza y lo hacia victima de la Reconcentración se habia acabado de deshacer la familia criolla, que saltó por los aires, viróse de revés y los campesinos y poblanos fueron a caer, como pedazos de piedra lanzados por un volcán, lejos, muy lejos del terruño. La inmisericorde campaña, rompiéndo la eterna unidad seccional, la disgregó en conjunto multiforme de pasiones y de necesidades, Y a la Habana fueron a parar guajiros de Oriente, y a Oriente fueron arrojados, como deshechos de una tormenta, gentes de las Villas y Matanzas.

El localismo recibió por la guerra un golpe rudo que lo fragmentaba y disolvia aparentemente. Como

resultado del sacudimiento terrible se habia generado la horrenda sangrienta y contradictoria guerra civil. En tanto que veinticinco mil criollos servian en las filas de los rebeldes, un número tan grande o mayor de nativos peleaban bajo las banderas de España. Los orientales veian con odio a los occidentales, y asi de provincia a provincia hasta acabar de pueblo a pueblo. El poder secular dominador se valió de estos elementos de seccionalismo y los habia lanzado a los unos contra los otros al igual q. en las clásicas guerras de España. Y habia sido más que una guerra de cubanos contra españoles, la sangrienta reyerta de guerrilleros y insurrectos. El campesinaje habia peleado contra el poblado y el poblado contra el campesinaje. La contienda decidióse siempre en favor del campo; pero era evidente que la última y más dolorosa empresa manumisora en America, la de Cuba, debia su origen tan barbaro y sangriento al aislamiento en que se viviera durante el largo periodo de enclaustraje colonial.

Y cuando la república quedó establecida, en tanto que muchos que habian nutrido las filas de la insurrección retornaban a sus lugares para encontrar tan sólo las ruinas del hogar y los huesos de sus familiares, otros volvieron paso entre paso a sus lares, de donde la Reconcentración los sacara, y asi de este modo volvia a recomponerse lo que la guerra desquiciase; y el localismo, caracteristico de los pueblos sin comunicaciones, volvia a resurgir potente,

Los gobiernos de la república se limitaron en cuanto a su pais, a tomar las pingües rentas de las aduanas para el sostenimiento de los mismos y

no se interesaron jamás en que Cuba fuese cono cida y cambiada, y solamente a propagar la rutina de su azúcar y su tabaco, únicos yacimientos de riqueza existentes, segun los estadistas de la época. Y en los treinta años de república el cubano campesino volvia a ser como en tiempos de España, un apegado a las tradiciones enervantes del rincón en que vivia; en tanto que la ciudad de la Habana, atiborrada de inmigraciones inasimilables tomaba ahora los matices de un poblacho chino, otras veces era una ciudad de España, o un barrio de Jamaica, y en general. los tintes de una colonia disimbole, rica y rara, metropolitana, contradictoriamente. en ésta remota encrucijada del mundo.

Una de aquellas mañanas determinó Hernandez el hacer el viaje. No era costoso, cómodo relativamente, y tomándo uno de aquellos automóviles, en que iban varias personas más, salia de la Habana.

Habia notado con verdadero placer el cambio operado en la ciudad con relación a los campos. Aquellos "Mercados Libres", creación de Machado, donde centenares de campesinos y poblanos ofrecian al transeunte su mercancia, mercancia toda cubana. Era un modo de disponer del exceso de producción de los campos, y viendo que no pagaban licencia, y que todos eran cubanos, comprendia que aquella era otra forma de nacionalismo que venia, trenándose en el comercio los nativos y mobilizándose lentamente nuevas riquezas, en tanto que la preparacion comercial llevaria pronto a estos mismos cubanos a ser los detallistas trás el mostrador.

Una corriente impetuosa venia ahora de los campos hacia la ciudad. Antes el campo era el batey

de un ingenio y la transportación de sacos de azúcar moscabado. Eran ahora sendos trucks cargados de frutos de todas clases que venian entrando en la ciudad. Antes la quietud, como si la Habana fuese la cabeza que se moviese y agitase, y después el resto del cuerpo en eterna parálisis. Ahora, al econtrario, ésta vibración sin parar venia del campo a la ciudad y la inyectaba vigorosamente con nueva vida a cada minuto, y aquellos trucks cargados de frutos, y los ''Mercados Libres'', donde se liquidaban los productos del suelo, eran demostración del acercamiento de los campos y la ciudad; el contubernio único que puede producir una civilización. Campos vigorosos y ciudad vigorosa, que crean entre los dos la riqueza nacional y hace reconocerse los unos a los otros en común familia y comunes aspiraciones. A la Habana, continuamente agostada por sus excesos y morriñas, mandaban su continua savia, como un canal de sangre que vigorizase a un cuerpo anémico, Boniatos, yucas, carnes, aves, legumbres, arroz, café, cuanto posiblemente daba Cuba, y que lo daba en aquella tierra privilegiada sin regateo alguno. Al ver pasar aquellos trucks cargados de toda clase de alimentos, en un pais que siempre comprase el exterior todo lo que consumia, le pareció aspirar el aroma de los verdes plantios y como si los montes lejanos se acercasen, cuchicheando entre si, como dioses salidos de un destierro.

—Se ha unido la Cuba campesina con la Cuba urbana— se dijo viendo aquello.

Y asi iba en el automóvil, sentado cerca del chofer, en tanto que los trucks cargados hasta los topes con frutos de la tierra, con carnes, con aves,

pasaban en ringlera inacabable.

—No hay duda— se dijo— Machado es el hombre, Ha hecho el milagro, Tiempo era ya que nos reconocieramos integramente los cubanos.—

Y bien cuidado tenia Hernandez de sentarse cerca del chofer, un viejo español, que bien frisaba en los sesenta años, de largos y caidos bigotes y que manejaba el auto con evidente confianza en si mismo.

El piso aparecia mojado por una llovizna y pronto entrarian en la Carretera Central. El chofer dijo dirigiéndose a Hernandez.

—No me pidan que vaya a prisa cuando entremos en la Central. Es muy resbalosa la carretera. Nunca he tenido un accidente.—dijo esto tocando con los nudillos de los dedos el cristal, forma que se usa en Cuba para ahuyentar malos espiritus— Nunca he tenido un accidente y hoy quiero llevarlos sin tener ni una goma ponchada.—

Fueron rajándose los suburbios de la Habana, en tanto que trucks cargados de mercancias entraban del campo. Atronabase el espacio y la máquina, buscando la salida más corta, enfilaba un viejo camino en busca del cruce de la Central.

Fué cosa de media hora cuando se vió aparecer el lomo obscuro de la carretera. Habia lloviznado, y en tanto el chofer hablaba, no dejaba de vigilar con mucho cuidado el timón. La carretera aparecia obscura, verdosa, bajo el sol ennublecido, semejandose al lomo de una larga botella.

—Es fuerte, más fuerte de la cuenta— dijo el chofer, en tanto el automóvil entraba en la calzada. Y agregó.

—Cuando nos hayamos muerto nosotros y cinco

generaciones más, aun estará aqui ésta calzada. ¡Lástima que no sea más ancha!—

Cotejó Hernandez. No era ni más ni menos que de la anchura semejante a las carreteras de los Estados Unidos, y sobre todo las de Florida, donde las calzadas son de ladrillo; pero ésta calzada no era flexible como aquellas; parecia tan sólida y ajustada. Era como si se deslizasen sobre una plancha de acero.

Y asi fué enfilándose la carretera, en tanto pasaban los trucks por los costados de la maquina, cargados de frutas, de viandas, derramándose de cochinillos abiertos y sangrantes. Era como si alli, un poco más allá hubiese una mina de donde saliese el prodigio.

Admiró de seguida la ausencia de curvas en la Central. Como una plancha larga, tendida entre los dos horizontes, la calzada se perdia en la distancia, apoyada en el magno espejo de los cielos, lejanos y azulados. El sol cayendo en charcos rojizos en su lomo encendia las gotas de la lluvia recien caida, como si sobre aquella espalda obscura se hubiesen derramado millares de pequeños cristales.

Pero en tanto que admiraba y le causaba tan buena impresión la carretera, ¡qué hondo disgusto le daban los poblados! Le parecian ahora más achatados y diminutos que cuando los dejase hacia cuarenta y cinco años. Cuba en su interior tenia estos pueblos asi, tan gastados, tan viejisimos, que eran como ruinas que ha dejado un ciclón. Por las tierras bajas y por sobre los escuetos maizales salia un torrente de humo formando globos negros en el espacio y la torre cuadradota de una iglesia, un puño dando puñetazos al cielo. La calzada seguia

desenroscándose, entrando por los pueblos, otras veces bordeándolos; siempre lisa, siempre uniforme, siempre negra, como el lomo de un reptil dorado por incendio. Llegaron por un sitio en que el arbolado era centenario. El chofer dijo pausado y erudito.

—El "Dinámico" quiere arrancar estos árboles y sembrar en su lugar acacias, porque dice que las raices destruirán la calzada.—Y mostraba los árboles, una especie de atejes de tronco blanquecino, que lucian sus ramas retorcidas y hilachadas como si fuesen sogas para ahorcar.

Después dijo el chofer.

—Por aqui pasó la recurva del ciclón del 26, y ya ven, no pudo tumbarlos.—

El automóvil crujia dolorosamente. Aprovechólo el chofer para hablar de la mala situación. El habia llegado a ser rico; tantos habian sido ricos. El habia tenido seis automóviles de alquiler y hecho un dineral. Pero todo habia ido tan mal los últimos años....Habia venido a menos y a menos; ya no le quedaba más que éste Dodge viejo, ésta "carrancla", que estaba buena para tirarla.

—Pero ¿qué vamos a hacer? Hay que buscarse la peseta. El peseteo, nada más que el peseteo nos queda.— dijo filosófica y resignadamente.

Y la calzada era positivamente resbalosa, como si la hubiesen echado encima una baba gris, porque apesar del cuidado del cauteloso chofer, vio Hernandez, de repente darle un vuelco violento al timón.

—Me fui cuatro pies fuera de la linea—dijo— hay que tener mucho cuidado con ella.—

Resultado de la fuerte construcción, aquella

calzada era como el Capitólio para siempre. Nada de aquellos caminos, q. se hicieron anteriormente; piedras picadas que se disgregaban y que fueron a parar pedazo a pedazo al rio, en este pais de tremendos aguaceros tropicales y de soles que rajaban las piedras; el sol que desintegraba y las lluvias q. completaban la obra llevando pedazo trás pedazo por las vertientes al mar.

Mas ahora el astro rey se alzaba imponente en el horizonte, e hizo brillar la giba de la calzada como si de repente la hubiesen bruñido con un paño de terciopelo. Y aun el cauteloso chofer español no dudó acelerar.

Cuatro Caminos, un pequeño poblado, de poco tiempo, pasó como una exhalación. Lomas de Tierra, Jamaica: nombres que oia el viajero por primera vez, Campos de la república que se desplegaban ahora escuetos, tristes, con tan poco sembradio y profusión de barrancas, piedras y lomas peladas. Era un paisaje que hablaba muy poco a la imaginación. La caña fué la reina de éstas regiones hasta la Guerra de Independencia. Los montes, las más de las veces pelados, como una cabeza a la que comienza a surgir cabello ralo. Algunos sembradios de malangas habian llegado hasta la punta misma de la loma. Pero abundaban aqui las oquedades del terreno, roturas geológicas, que formaban bolsas obscuras, donde parecia extraño no surgiera el pantano. Arboles muy escasos, de un obscuro aplomado Casuchas de guano y tabla de palma como las primeras que encontró Velasquez cuando exploró la isla.

—¡Qué milagro que no se llevó el ciclón estos bohios!— se preguntó a si mismo.

Pero notó Hernandez que los demás viajeros que iban al fondo de la máquina se sujetaban los sombreros violentamente y que las cabelleras de las mujeres flotaban como crines al aire, Miró alarmado el espedómetro. ¿Si se habria vuelto loco el cauteloso chofer español?

—Noventa kilómetros por hora— dijo el español con indiferencia.

—¿No hay peligro?— preguntó Hernandez.

—Nada en absoluto. La calzada es inmejorable. Eso si, cuando llueve hay que llevar la máquina como caballo por la brida, por lo resbalosa que es, pero ya usted ve, ¿cómo va a haber peligro? Si se poncha una goma y salimos de la calzada, no hay peligro porque ahi esta el espaldón de tierra y la sujeta de seguida, y no hay precipicios. Lo más que hay que temer son las curvas. ¿Ve usted alguna?—

No, no las veia y esto le llamaba mas la atención; porque aqui era dificil cortar un camino por entre peñas, al compararla con las calzadas de los Estados Unidos, donde a cada medio kilómetro hay una curva, en lugares donde las desviaciones no obedecen a la necesidad, sino al cohecho, la entrada de algun dinero dado por algun terrateniente al que convienen las bifurcaciones de la carretera para valorizar sus terrenos, aunque después sea el pueblo en general el que lo pague.

Pero si mucho habia en esto que admirar, que vuelco mas desagradable se sufria al aparecer los pueblos. Las casas de guano los rodeaban y ceñian como si estuvieran con taparrabos, somo esos Hawaianos que usan unas trusas de hebras, que recuerdan las botellas de Champagne que llegan

del extranjero. Cinturón de guanos y hierbas cercando a los poblados, como indicadores que aun no habia terminado el reinado de los Siboneyes. Edificios de un sólo piso, de mamposteria, sobre los que la lluvia y el sol habian dejado un tinte verdoso de piedras enfermas. Las calles de los pueblos llenas de barrancas, de piedras machacadas, como si un paso más allá hubiese un derriscadero.

Nada o muy poco habia progresado la Cuba verdadera, la Cuba de los campos. Cuba habia tenido siempre fama de bella. Pero sin duda era la belleza natural, tropical, de los montes, de los bosques, de los rios de lugubre bravura; pero ahora que la Carretera Central la abria de par en par, ¡qué desconsuelo causaba al ánimo! Era como le habian ya dicho —la Habana nada más, lo otro es primitivo— Era como si se cayese en otro pais. Y como una mujer de bello rostro y larga y abundante cabellera y después unos pechos lacios, caidos y unas piernas de palo. La Habana, bullanguera, bailadora, alegre, rumbosa; elegante, brillante, limpia; los poblados, en cambio, con el mismo arcáico pelaje de hacia un siglo. Y esto era más lamentable, porque la Cuba verdadera eran los campos, su poblados, sus habitantes y esto seguia con el abandono de centurias.

Todo en este pais habia sido en favor de la capital. Como algunas de esas personas, que se afeitan, se acicalan y se dan polvos, pero en cambio no se bañan. Todo por y para la Habana. Es decir para lo menos cubano que habia en toda la isla. Mala distribución a lo largo del tiempo de las energias económicas, La una, la menos cubana de todas, la de los extranjeros, la del cosmopolitismo; la rica

en edificios, en ornato, en mejoras y en belleza hasta la saciedad que se lo habia llevado todo sin producir nada. Como el parásito, la capital, que apenas si habia contribuido a la grandeza de un pais que era por excelencia agricola en dos solos productos la caña y el tabaco, el cubano habia trabajado y seguia incesantemente trabajando por la belleza y grandeza de la capital; sufriendo siempre la volubilidades de ella como amante abandonado y preterido, pero al que cada dia que pasa se quiere menos y se le rinde más. Asi habia ocurrido con la Cuba de los campos al compararla con la Cuba de la Habana.

El general Machado habia intentado realizar el milagro en beneficio de los campos por medio de aquel enlace de comunicaciones; la Carretera Central; pero entonces, y por primera vez, conocia el cubano su propia tierra, sumida, a lo largo de los periodos coloniales y la república, en eminente atraso. No existia la nacionalidad, y el empuje de todo un pueblo habia sido para convertir la capital en masa enorme de mármoles y riqueza en detrimento de una proporcional distrubución. Cuba, pais agricola por excelencia, si bien de dos grandes industria rurales, conservaba todas las caracteristicas de la colonia; sus poblados, bajo la lluvia y el sol de cuatro siglos, parecian completa ruina, más apreciable para el viajero.

Como consecuencia de ello la falta de espiritu civico, y donde no existe ese espiritu no puede crearse una nacionalidad o la que existe desaparece. Comparándo los Estados Unidos, la nación que querian imitar, en el más lejano de sus estados, ya Nebraska, dentro de sus riscos pedregosos, o la

planicie pinareña de Florida, donde la vida nacional llega como un latido mortecino, ¡que diferencia! Siempre el viajero encontraba, aun en los más apartados rincones, la demostracion de actividad civica. Un letrero sobre una casa de vivienda o un modesto establecimiento revelaba la existencia de una organización, generalmente una ''Camara de Comercio''. La actividad de las regiones se enlazaba con las de las más cercanas, y extendia como una red de peticiones continúas y de continúo esfuerzo por el bien común.

El oire fresco de los montes le llenaba la cabeza de extrañas ideas. Veia ahora más claramente; Machado estaba despertando a un monstruo. Se habia metido a desencadenar algo desconocido para él. Creia que era fácil hacer de Cuba un pueblo económicamente independiente, cuando siempre habia sido colonial por lo atávico de la raza y por sus medios de subsistencia. Creia que podia ganarle la batalla al azúcar de caña, que era el pasado, combatiéndola con frutos menores, como las piñas, las carnes, los boniatos y las yucas. Los esfuerzos en aquel sentido se revolvian airados. Era querer torcer los designios que el tiempo habia acumulado, y se levantaba el clamoreo cada dia más potente a medida que la depresión mundial arreciaba.

Venian a él aquellas criticas, como si las respirase en el aire que le entraba por la nariz.

¿Qué pretende Machado? ¿Qué hace? ¿Para qué sirve la Carretera Central si no hay laterales? ¿Para qué queremos Carretera Central sino se puede entrar en los poblados, que se visten con guano como los Siboneyes, y guardan sus derriscaderos para arteramente partir las yantas de los

automóviles?

Y le parecia oir la palabra senteneiosa del viejo emigrado Valentin Iglesias, que conocia de Nueva York, y con quien habia hablado hacia unos dias en la Habana.

—No se deje emgañar, Usted es un cubano que aun cree. Quedan muy pocos asi. Usted oyó a Marti y se dejo engañar por él. No crea usted nada de lo aqui vea o le digan. En cuanto a que hayamos creado algo con el Machadismo, lo dudo. Machado ha impuesto el orden del soldado; pero el único orden que perdura es el orden que impone el mismo pueblo. El dia que falte el soldado faltó todo. Este aspecto que le deslumbra no es más que una máscara en dias de Carnaval. En la Habana, pase; pero vaya al campo y ya verá que viven como en los tiempos de Hatuey, y lo más doloroso es que ahi está la verdadera Cuba, y no en ésta Habana.—

Y sonaban las palabras oidas en aquellos circulos de la oposición donde se denunciaba la Carretera Central.

—Una millonada de pesos que hundiria a Cuba. Para enriquecerse lo habia hecho Machado. No puede ser por otra cosa; porque los pueblos todos necesitan pavimento, necesitan luz, necesitan agua, necesitan cloacas. La mitad por lo menos hay que derrumbarlos. El campesino vive en chozas y no hay quien le haga salir de ellas.—

Y comenzo a dudar, Pero al ver que pasaban como exhalaciones los trucks cargados de frutos de la tierra, de carnes, de aves, que era como si los campos abiertos lanzasen chorros de vida económica sobre los poblados, volvia a renacer su fe de creyente.

El paisaje habia cambiado notablemente, Los montes ahora se destacaban lejos, por el frente, como si corriesen a cerrarle el paso a la máquina. Le parecia que eran las cumbres que cortan la divisoria de las provincias de la Habana y Matanzas. Los puebleeillos siempre los mismos. Hombres de largas patillas, como en la época colonial; chinos con dos cajas de dulces balancéandose de un palo; negros con pañuelos rojos envolviéndoles las cabezas. Desde aquel sitio veia la entrada de un pueblo, y un edificio vistoso que surgia entre el pedregal de la calle, y en frente del cual habia un gran letrero que decia,—Salón de Baile, ''El Cometa''.

¿Qué parecia importar a aquellas gentes la industria, la transportación, el comercio, las actividades de las regiones entre si? El terruño siguia siendo para ellos una región superior; porque sus hombres eran los más valientes o sus mujeres las más bellas. Pero aquello que pasaba raudo, aquello que movia incesante la isla industrializándola y sacándola de su marasmo, era la obra gubernamental, el vigoroso impulso dado de arriba, pero poco secundado o negado desde abajo.

Machado indiscutiblemente era candido cuando creia posible independizar a Cuba de la tutela económica. No se le ocultaba que Machado tendria sus miras personales: ¿pero en qué pais de la tierra y a la sazón se podia señalar un sólo gobernante, grande o chico que no tuviese miras personales? Los Estados Unidos, la tierra que por excelencia se señala como modelo de gobernantes, era mentira convencional, buena para el que no hubiese vivido, como él, en el corazón del monstruo cuarenta y cinco años. Pais de politicos corrompidos y de buro-

crátas consuetudinarios, que iban a la caza del dólar. La virtud de los Estados Unidos radicaba en su disciplina social que no permitia sacrificar lo eterno, la nacionalidad, por lo temporal que era el politico. El americano veia al politico como un mal inevitable, pero impotente a vencer la eterna creación que venia incesante de un pueblo de grandes energias civicas y donde todo se esperaba del individuo y nada o muy poco del gobernante. Aqui, por el contrario todo se esperaba del gobierno. Machado era un utópico que creyó de buena fe que alli se queria aquello cuando siempre lo que se queria era lo que conviniese al grupo determinado.

Y entonces las sabias palabras del viejo Valentin Iglesias sonaban cortantes y precisas.

—Se ha equivocado Machado. Aqui cuando se dice que se quiere una cosa, no es más que una jugada malabar. Aqui lo que se quiere es algo que nos enriquezca prontamente, sin esfuerzo nuestro. Pero el sacrificio en pro del bien común, el hacer frente a los problemas nacionales con nuestro propio sacificio, eso no. Vaya usted a nuestras Cámaras; oirá usted discursos que le encantarán y le harán ver que esas gentes conocen al dedillo todos los problemas y desean hacer algo. Pero al final verá que o no hacen nada o si lo hacen es por el beneficio propio; se apoderan de una cosa cualesquiera para obtener influencias o dinero. Machado se equivocó. Quien supo gobernar fué José Miguel. ¿No le dice a usted mucho que siempre su memoria es bendecida, el mismo que acabó con lo poco que quedaba de la pureza revolucionaria?—

Y las continuas criticas corrian desde el aire de las montañas.

—¿Para qué sirve la Carretera Central si no hay laterales? ¿Para qué sirve la Central sino se puede entrar en los pueblos? ¿Por qué primero no pavimentó? ¿Por qué primero no atendió a dotar de alcantarillado a la mitad de la Habana que no la tiene?

¿Se habia dado cuenta Machado que en aquella obra gigantesca él estaba sólo y que el aliento que recibia era aliento falso, de los que ansiaban medrar con aquella innovación, con el esfuerzo menor posible? Era humano? ¿No habian sido más humanos los que nada hicieron? Machado o estaba loco o era un genio y locos y genios gereralmente no fueron entendidos en sus épocas. Machado habia supuesto que la Guerra de Independencia habia creado una nacionalidad, por el hecho de existir una bandera y ser él el primer magistrado de la nación. ¿No era lo que se decia de él?—es un campesino con muy corta visión de las cosas.—

Habia entendido que la Guerra de Independencia habia sido una lucha por ideales, y que habiéndose creado una nación lo único que necesitaba para completarse era librarse de la tutela económica, que se habia impuesto por rutina. Estaba enteramente equivocado. La Guerra de Independencia habia sido la lucha de sectarios, de gentes discolas, de región contra región; del campo contra el poblado y sus revoluciónarios no lo eran más que porque metian ruido; pero en su mayor parte eran enamorados. El espiritu regional era tan poderoso que los insurrectos se negaban terminantemente a salir de sus regiones, por lo cual hubo que ejecutar a muchos de ellos: pero se habia impuesto el seccionalismo, la voluntad de no obedecer a un poder central. Los

insurrectos natos eran los que por las noches tiroteaban los poblados en cuyas aceras dormian tirados los soldados de la columna local. Era el deseo que al otro dia se dijese;—Anoche Acosta tiroteó el pueblo—divulgándose entre los familiares y amigos, para que lo supiese la novia o la amante o la mujer ansiada, de la cual estaba locamente enamorado y era desdeñado.

No habia en ellos unidad revolucionaria, y díscolos por naturaleza, se manifestaban a traves de toda la historia revolucionaria.

Machado habia entendido que el expulsar a un determinismo politico era crear la patria y no era asi. Y cuando esfumado el humo de las últimas descargas cruzadas con el enemigo, el criollo retornaba a su tierra, a su región, donde lo sacara el afan de aventura o la Reconcentración para encontrarse con el hogar destruido, caia en el terruño, bajo la inercia aplastante de aquel sol, con su machete al cinto y cantando sus guajiras, siempre sencillo y siempre creyente. Pero no habia hecho tal patria, no habia hecho más que cambiar de dueños. Y aquello que creara no era una patria; era sencillamente la liberacion de un determinismo politico.

Los pueblos no pueden reconocerse en tanto no se acercan, y los nucleos de un pais son pequeñas nacionalidades por si hasta que las comunicaciones entran como un arado rompiendo la creencias regionales, comunicando a los unos con los otros y acercándolos para fundirlos en una aspiración común. La nacionalidad no es otra cosa que el común entendimiento y la comunes aspiraciones. La república no habia podido crear esto porque siempre careció de comunicaciones, y al terminarse la Gue-

rra de Independencia lo único nuevo que habia surgido era el Ferrocarril Central. Pero aquel medio tardio, costoso, no era el más apropiado para ensanchar la esfera de las humanas actividades y fundir al pueblo en sentimientos comunes. Cuando los pueblos son agricolas, y el de Cuba lo era, la calzada, el camino real, la carretera son vias de entronque en que el pasado se identifica con el presente, y por ellas se dirigen las actividades del hombre confiadamente. No asi el ferrocarril, cuya ascendencia de llevarnos muy lejos de la tierra en su raudo vuelo, y no pegarnos e identificarnos a ella cuando como cruje bajo nuestros pies. La transportación, las comunicaciones, son las arterias del nacionalismo; asi se borran la distancias, las fronteras, y las lobregas creencias del pasado para dar paso a las creaciones nuevas, que brotan en el cerebro como si la luz hubiese logrado abrir una brecha en nuestro espiritu y enseñarnos la verdad.

Estaban muy cerca de Guines, la población mayor después de la capital. Por aquellos sitios el terreno ofrecia la misma silueta triste de abandono; los labradios eran tan primitivos, que parecia que la bendición del automóvil no hubiese llegado hasta alli. El campesinaje tenia el mismo pelambre de hacia un siglo. Las casas de tabla de palma y techo de guano, que conocia tan bien de su época de muchacho—¡Cómo debe haber niguas en esa casa!—se dijo, recordando como le comian los pies las niguas, en un pais donde jamás se cuidó al ganado en forma racional y se dejaba a los cerdos podrirse de niguas que se comunicaban a la personas.

—¡Qué bella es Cuba!— oyó decir a alguien que estaba dentro del automóvil.

Lo miró detenidamente. ¿Se estaria éste sujeto burlando? La Cuba que desfilaba no podia ser más fea. Era obscura, bañada por un sol que sacaba materialmente candela a la calzada. El arbolado era escasisimo. Los montes pelones, sin belleza alguna, en tanto que el sol parecia como si con sus barrenas doradas los estuviese horadando. Los animales pastaban en un pasto miserrimo.

—¡Qué bella ni que demonios!— se dijo para si.— Esto no seria bello ni para un habitante del Sahara.— Estos campos habian sido explotados hasta la saciedad, pero cuando se convirtieron en estériles nadie se habia ocupado en abonarlos y cuidarlos.

Pensó en la tan decantada holganza del cubano, que según algunos era un natural trasunto de sus antepasados andaluces. Pero ahora precisamente a su vista se desarrollaba un plantio que no era de más de cuatro acres de tierra, Bajo aquel sol cegador veia un hombrecillo arando la tierra, Tenia sus dos yuntas de bueyes, tirando del arado; debian ser fuertes; pero apenas si podian con el anticuado instrumento de labor. La tierra dura, negra, iba rajandose lentamente, avanzaba dejando trás si seccionados terrones negros como tinta y como si en lugar de tierra estuviese removiendo trozos de canteria. Empequeñeciase el campesino a la distancia; pero él admiraba el tesón con que sujetaba la macera del arado, que sin duda le resbalaba al correrle copioso sudor en las manos. Asi iba, poco a poco, y detrás quedaba el surco negro hecho un canal de cantos cuadrados de pegajosa tierra negra. Compadecia a quien asi trabajaba. El surco iba a rematar en una loma, que yacia recostada en el amplio

horizonte incendiado. ¡Qué trabajo más rudo el de estos campos. ¡Verdad es que brotaban opimas cosechas, ¡pero qué dura de trabajar ésta tierra, a la que habia que dar dos manos de arado y a veces dejar a la lluvia que la disgregase! Por eso viendo al hombrecillo derritiéndose como una esponja de aceite bajo aquel sol se contestó;— mentira, el cubano que como éste trabaja hace labor por cinco, Esto es lo más primitivo; arando con arado de reja, con arado romano, y como si rajase una gran piedra negra y aceitosa con ese arado y su yunta de bueyecitos.—

Y ante el recuerdo del pais que acababa de dejar donde habia leido revistas en que expresaban su opinión judios que jamas salieron de detrás de los mostradores, o de oficinas bañadas por abanicos eléctricos, sintióse resentido como quien se encuentra frente a una gran injusticia—Claro—se dijo—con arados eléctricos, sentado uno comodamente en el timón, con temperaturas de 60 grados y con un gran quitasol, cualquiera ara tierras, que por lo demás son generalmente arenosas. Pero aqui, con ese arado romano, con esa yunta de bueyecitos, con éste sol que saca vejigas en la espalda, con esa tierra, que es como andar entre baba y cemento, con esos zapatos de vaqueta, con pegotes en ellos que pesan media docena de libras, es donde yo quisiera ver los prodigios que harian los americanos o judios que tachan al cubano de holgazan.—

Y iban ahora veloces por la carretera. Los montes se alzaban ahora en frente a la derecha imponentes, lejanos, azulados. Las cumbres de la provincia de Matanzas que dividen la de la Habana, después de pasar Guines. Los pueblos siempre los mismos; la

viejisima estación del ferrocarril; hombres de figuras desidiosas, con sendas patillas de abandono; chinos, con sus dos cajas colgando al final de una pértiga, tambaleándose, como frutas que van a caer; negros con sendos pañuelos de bayajá en la cabeza, formàndo roscas rojas, gentes que observaban indiferentes el paso del automóvil, con esa displicencia de las razas vencidas. Era la colonia. pero más vieja aun, más gastada, más derruida, más falta de ambición, como un bagazo estrujado y molido en las duras contiendas, como si hasta la última gota de energia la hubiesen chupado las continuas guerras civiles.

Con todas éstas disparidades se encontraba el gobernante, que sin duda ni de ello se daba cuenta, y veia solo el esfuerzo exterior, el terrorista, el disconforme, y acababa por desconfiar hasta de si mismo, receloso, perseguidor y fiero.

Machado habia hecho un esfuerzo titánico para independizar su pueblo. Aparentemente lo secundaban; pero no nacia de un verdadero sentimiento nacional; los más permanecieron indiferentes a su inmensa labor por no comprenderla; otros lo ayudaron interesadamente mientras duró el dinero que llegó en fragatas desde los Estados Unidos; cuando el dinero se le acabó, y no por otras razones, todos los interesados se llamaron a engaño y lo atacaron furiosamente, señalándole defectos a su colosal obra de gobierno. Ante éstas desavenencias del sentido común, cuya verdadero origen era la no existencia de un pueblo civico, el gobernante se enfurruñaba, usaba la fiereza y la venganza, y el orden se le minaba, cayendo todo aquello que levantara bajo al continuo soplo de las minorias violentas y atre-

vidas y bajo la mirada indiferente y cobarde de los más.

Asi lo iba perfilando en su mente sana de patriota y campesino Juan Hernandez, en tanto que el auto entraba en el cruce de la Carretera Central que bifurcase cerca de Guines hacia Matanzas.

El chofer no pudo por menos que comentar.

—Ese ramal que aparece ahi va para Guines, y el otro para Matanzas. Ese cuadrángulo lo han dejado ahi para levantarle el monumento a Carlos Miguel de Céspedes, que va a ser el monumento más alto de toda la isla.—

—¿Quién es ese Carlos Miguel?— preguntó Hernandez haciéndose el ignorante.

—¿Ah, no lo sabe? "El dinámico", el que hizo la Carretera Central.— y agregó— es un talento.—

—Y, ¿qué? ¿Ha muerto? —preguntó Hernandez.

—No señor, muy vivito y coléando— contestó el chofer.

Hernandez no se pudo contener.

—¿Y qué es lo que ha hecho? ¿Esta carretera?— y agregó— Pues en ninguna parte se le levantan monumentos en vida a los gobernantes y menos a un ingeniero, porque dirija los trabajos de carretera; si asi fuera en los Estados Unidos tendrian que levantarle a los ingenieros de cada condado un monumento, y se llenaria todo el pais de ellos; los monumentos estan bien para después de muertos— y agregó— Vamos, ¡qué de lo sublime a lo ridiculo....!—

El chofer lo tocó levemente con el hombro y le hizo un guiño de ojos; sabia que alli entre los de la parte de atrás de la máquina iba por lo menos un porrista, y comprendia que Hernandez por des-

conocimiento se exponia a un susto.

Esperó un momento Hernandez para fijarse en el interior de la máquina, Pronto habia examinado a sus otros cuatro acompañantes.

Una señora gruesa, de papada, q, usaba un monóculo, que debia ser una aristocrática averiada o lo más seguro, una imitadora; era doña Carmina; junto a ella una joven trigueña de grandes ojos negros; un negro tinto y retinto, que iba de bombin y que a primera vista se le hubiese tomado por un muñidor, tal era la funebricidad del contorno; Muy comedido debia ser el hombre, porque para dejarle amplio sitio a la señora de edad, doña Carmina y a Isabelita, la joven, el negro se habia encaracolado en el rincón del automóvil como huyéndole a Isabelita, que era la que tenia más cerca y que bien dotada de caderas era un problema escapar de ella. Tanto se habia recogido el negro huyéndole a las caderas de la joven, que parecia como si por aquel lado le hubiese salido al automóvil una larga arruga obscura debido a las lluvias.

Completaba el pasaje de los cuatro de atras un mulatón, muy caretón él, que llevaba un coco macaco, un bastón con regaton de oro, parecido a los que usaran los celadores en tiempo de España. El mulatón, se desprendia de él tanta autoridad, que instintivamente Hernandez se dijo para si— Bah, este es el porrista, ¡Qué fácil es distinguir a un plebeyo cuando va investido de autoridad aunque vista de paisano!—

El mulatón ocupaba practicamente la mitad del automóvil atrás y se comprendia que no deseaba estrecharse. El negro, por el contrario, sufria las

consecuencias, y cuando el mulatón se echaba hacia adelante, su amplio pecho parecia una loma, y su cabeza de torete, ,rematada en labios redondos y cortos, con pequeñisimo bigote, echaba hacia adelante un abdomen burgues, voluminoso y redondo, Estrechabase entonces doño Carmina, Isabelita trataba de recoger sus caderas como si fuesen la cola de un vestido, y el negro encaracolado en el extremo adquiria las vagas tonalidades de un espectro en noche de luma. Su bombin era como un remache grande, cuya parte posterior se clavase al fondo del auto.

El automóvil seguia fugaz; el corte señalado para el magnifico monumento quedaba atrás; el paisaje comenzaba ahora a cambiar favorablemente. Los montes que dividen la Habana y Matanza corrian vertiginosos por el frente, formando a manera de un arco, como queriendo cerrar el cruce de la máquina. Era un saberbio anfiteatro de montañas verdes y elevadas. ¡Pero qué montañas! Alli se podia decir que empezaba Cuba. Montes elevados, llenos de arbolado lozano de un verde intenso, picado de motas blancas como pedazos de algodon que hubiesen quedado prendidos a los árboles. —Las yagrumas— se dijo para si— aquellas que visten con su blanco crespon los montes verdi negros. ¡Qué recuerdos tan gratos le evocaban de cuando muchacho, cuando salia al patio de su casa, y veia aquellas lomas de las que venia un soplo de aire fresco lleno de aromas y de encantos!

Los montes seguian deslizándose y le parecia, sin tener de ello seguridad, que eran las cumbres del Purgatorio, de la provincia de Matanzas. Escabrosas lomas contra las que se desangraron impo-

tentes los soldados de Weyler contra el fuego multiforme de varios centenas de revolucionarios. Y tardes pasadas del lejano joven cuando el sol cai lento sobre el poblado y la colunna entraba a toque de corneta, cansados, molidos los soldados, con sus muertos y heridos de la gresca con la loma imponente. Era la peña colosal que rechazó las invasiones europeas y mando para el valle, como si fueran un alud que se desploma, como avalancha rota y sangrienta, los soldados en camillas y los cráneos volados por las inmisericordes balas explosivas.

Los trucks seguian pasando cargados de viandas, de carnes, de aves, de frutas.

—Hay que reconocer lo rica que es Cuba— dijo el chofer— Ya usted ve, apenas si hemos visto labradios y ya ve, es como si por algun misterio viniese tanto fruto.—

—Hombre, como que es un pais donde el boniato se da en treinta dias; un pais donde se da un mamey, que cuando cae de la mata parece una bomba que revienta— dijo Hernandez.

Hizo sus refleciones. ¡Qué tierra aquella al compararla a la de los Estados Unidos, todo a fuerza de abonos!

Y Cuba estaba produciéndo como si fuese solamente por magia.

El cauteloso chofer español acabó por decir.

—Bueno, lo que ha sucedido, y esto lo sé bien, porque llevo aqui cuarenta años, y lo conozco bien, es que siempre hubo buenos frutos, porque los da la tierra, sin cultivo; no habia más que buscarle salida por la carretera. Por eso aunque no se labre mucho, el producto es tan abundante que es como un rio que se sale de madre.—

Hernandez dijo.

—Pero esto lo ha creado Machado, sin un hombre como Machado aun siguiéramos comiendo las papas de los Estados Unidos y el tasajo del Uruguay.—

—Ah si,—agregó el chofer—Machado ha puesto aqui orden. ¿Cómo era posible que antes se ocupase nadie de producir? ¿Para qué le llevasen la vaquita o el cochinito?

Fruto de la Guerra de Independencia donde por tres largos años consecutivos se surtió el revolucionario, el guerrillero y el soldado de lo que producia el campesino, al terminarse la guerra quedaba un bandolerismo suave, basado en el matonismo y apoyado en la mansedumbre del criollo y a fuerza de robarles poco a poco, y enteramente expoliarlos en las tantas revueltas que sucedieron a la creación de la república, el abandono y la desidia del campesinaje se hizo crónica. En cualquier lugar que se metiesen los saqueaban. ¿Para qué producir? ¿Para qué se lo robasen?

—Con **Machao** se acabó **toitico** eso— dijo del interior el sujeto que Hernandez supuso porrista, el mulatón del coco macaco. Y agregó.

—El que roba en el campo **pue** verse en el espejo de una mata de guásima.—

La guardia rural habia metido en cintura a todo bicho bibiente, y el campesino podia vivir ahora con la puerta abierta noche y dia, y desgraciado de aquel que cogiese la rural y no pudiese identificar donde habia adqurido lo que llevaba consigo. Habia bastado ahorcar algunos y darle componte a otros. El matonismo se habia desaparecido como por encanto. Los "guapos", que siempre abusaron de la infelicidad del campesino habian tenido que ir a

doblar el lomo, a trabajar. Y sino el plan de machete de los rurales como medida de prevención.

El porrista contó como habian llegado las cosas.

Hacia algun tiempo una señora en el poblado de Alquizar pasó por la Plaza de Armas y se le cayó la cartera. No la vio y poco después alguien lo notó y se formó un grupo; pero no habia quien se atreviese a tocar la cartera, temeroso de un disgusto. La misma señora volvió por el lugar y no se atrevió a tocarla. El sargento de la rural andaba por las afueras y cuando llegó a la Plaza de Armas, a caballo vio el grupo. Recogió la cartera, y le preguntó a la señora qué tenia en ella, y como le contestó adecuado se la entregó.—

—Asi, asi es como se debe vivir en un pais civilizado como es Cuba— afirmó Hernandez— el derecho de propiedad es sagrado, sea para el grande o para el chico, y el orden es la base de la libertad.—

—Pero ahi tiene **uste**— dijo el porrista— hay muchos que nos les conviene eso, Dan de la lengua contra el **generá**; porque se acabó el relajo.—

Hernandez le contestó.

—Si, siempre ocurrirá eso, pero es el defecto de los pueblos que ha vivido una parte de ellos en el desorden, pero los demás, el que piense bien, siempre ha de estar con él; después de todo, los Estados Unidos lo único de superior que tienen es eso, respeto a la propiedad y orden. Eso es todo.—

El porrista agregó.

—Ya **uste** lo dijo. Con el **generá** se acabó el relajo. Hay quien no lo quiere. **E naturá**. Se acabó el relajo; el que no trabaja no come— y dijo esto dando un fuerte golpe con el bastón en el piso del automóvil— y agregó— aqui mi amigo, hay que

coge la mocha y tumba la caña. —

Hernandez entonces ponderó el avance de Cuba en sus campos, los frutos menores. El porrista se interesaba en hablar con Hernandez, cuyas opiniones dichas en forma académica le cautivaban.

—¡Ah, no hable, no, no hable de los frutos menores! No hable, que **uste** no ha visto **na toavia.** Deje que entre en Matanzas y vea las crias de **ganao**; deje que entre en las Villas y vea los criaderos de pollos ,y deja que llegue a Camaguey y vea los **queso** de bola por **tonelá** a cuatro centavos la libra; y deje que llegue a Puerto Principe y vea **lo toro** cebu, y la carne por **tonelá** a dos centavos la libra, y deje que llegue a Oriente y vea los cafetales y vea los almacenes de café por **tonelá**— y agregó— No hable de eso, mi amigo, que **uste** no ha visto **na entoavia.**—Y dió un fuerte golpe con el coco macaco en el suelo, se infló más y causó un estremecimiento de los otros, que se recogian y estrechaban cuando el ponderoso mulato echaba adelante el pecho de toro.

Iban desfilando los campos con sus plantios de piñas, de malangas, de yucas, con intervalós de canaverales robustos, que sacudian sobre la calzada sus hojas verdes como un saludo a los paseantes; los trucks cargados de frutos pasaban sin cesar timoneados hábilmente.

Se sucedió por fin un silencio ominosos. El mulatón echó de nuevo su pecho robusto hacia adelante y se dirigio al negro, que permecia encogido en el rincón y preguntó enfático.

—Y ¿qué? ¿A las Villas, ciudadano Vivanco?—

Este por primera vez despegó los labios Estaba muy cohibido. No era para menos, Isabelita, qui-

sieralo o no, estaba tan bien dotada que por mucho que se recogiese siempre le sobraba carne que rozaba ligeramente una pierna del negro.

El ciudadano Vivanco contestó pausado, ceremonioso y académico.

—Si, a Santa Clara, ciudadano Ledón.—

Y volvió a caer en el mutismo, ensimismado en hondos pensamientos.

Pero el porrista Ledon, volvió a preguntar, alzando la voz.

—¿E verda, ciudadano Vivanco que e clu Epaminonda nombró socio de honó ar generá Machao?—

—Si—contestó el negro abombinado—y agregó— No ha hecho ma que su debe, ya el clu Atena nombró socio de honó ar generá hace dia.—

Hernandez preguntó por lo bajo al chofer.

—¿Seran clubs de griegos, no?

Sonrióse el discreto chofer español y le dijo por lo bajo.

—No, son clubs de las personas de color. Desde que entró Machado son muy estudiosos.—

Estuvo para soltar la carcajada Hernandez. Y asi pasaron las Villas, pasó Camaguey y entraron en Oriente.

— II —

Y aquella noche, ya en su habitación, en una modesta casa de huéspedes de la capital de Oriente, Hernandez recostado en la cama veia desfilar ante si el paisaje.

¡Qué rápido y sorprendente viaje! ¡Qué extrañas y contradictorias ideas sugeriale! ¡Los frutos menores! ¡Qué empuje gigantesco dado por el gobierno en aquel sentido! ¿Pero era eso sólo? No, es que Cuba toda se industrializaba rapidamente; y más

que los frutos menores el haberse independizado ya Cuba de las carnes. Campos de piñas, que cubrian caballerias de tierra; campos de yuca, como mares verdes, donde temblaban las hojas en los plantios altos y robustos; campos de patatas; campos de maiz, espigado y vigoroso; criaderos de pollos, con millones de pequeñas crias; sabanas donde pastaban los toros cebu, aquellos que eran obra del gobierno su introducción, bolas de carne, porque apenas si tenian huesos, pastando en las sabanas del Camaguey; crias de reses en Matanzas; crias de caballos en las cercanias de Cárdenas; queseras multiples en el Camaguey; pequeñas industrias que surgian al al paso del viajero; fábricas de leche condensada; fábricas de calzado, fábricas de sombreros, tenerias; por todas partes chimeneas echando humo al espacio; hornos de cal a las orillas de las calzadas.

Después los almacenados; almacenes de quesos en Camaguey, donde por tonelados se producia el queso del pais, que se vendia en cantidades a cuatro centavos libra; almacenes con la carne al por mayor a dos centavos libra, mientras nunca bajo de cinco centavos en los Estados Unidos; trucks cargados de quesos; trucks cargados de jamones, de mortadellas, de tocinos. Las mismas grandes firmas de los Estados Unidos, que tenian almacenes en la Habana, como Armour y otras, ya no hacian pedidos al norte, sino que compraban milllones de pesos en Cuba, de carne cubana, para refaccionar los miles de establecimientos de la república. Productos mucho más baratos y mucho mejores; no aquellas carnes sin jugo que habitaron en neveras durante años; todo fresco y todo sano.

¡Qué inmensa labor la realizada en seis años de

gobierno bajo la dirección de Machado!

Un paso más y no solo Cuba independiente én ese sentido; pero al mismo tiempo exportando a otros paises sus productos del suelo.

Pero ahora que en su retina plasmábase todo aquello, ¿cómo es qué en ella acababa por quedar solamente una cosa; la caña de azúcar, como una interrogación?

Habia desfilado por delante de aquella otra producción. Que enormes plantios desde la post guerra universal para acá. Su retina bañabase en el verdor de los canaverales. Habia corrido el automóvil a 90 kilómetros por hora, viendo hora trás hora nada más que caña, como rios que cerraban el paso. La vision multiforme de los frutos menores, sembrandose en colores en su retina; el amarillo dorado de los campos de piñas; el púrpura obscuro de los caimitos; el verde mate de los malangales; el azul claro de los campos de yuca; el verde amarillo de las espigadas matas del maiz; el laberintico alambrado de los boniatales; verdor negro salpicado de oro en los cafetales de Oriente; los amarillos palidos de los bananos y el verde brilloso de los aguacates: las gran vision hirsura de pelos largos y retorcidas astas del ganado pastando en los prados; el juguetear incesante de las blancas crias de pollos: los cerdos ociqueando entre las tierras humedas, todo ello borrabase como de un manotazo ante el inmenso enorme panorama verde obscuro de los cañaverales que formaban sin cesar horizonte.

¿No era aquello como si aqui hubiese dos mundos, semejándose a la division terraquéa: el mar siempre imponente y fiero y los campos pequeños como si cupiesen en la palma de las mano?

La caña era siempre el océano, con su oleaje inquieto y amenazador. Comenzaban los cañaverales en Matanzas, corrian y se espesaban en las Villas, eran un alfombrado infinito en Camaguey y cataratas en Oriente, sobre las lomas, cubriendo las alti planicies, bajando, arrastrándose por las laderas de las montañas; metiéndose por entre las barrancas cenagosas y marchando por las orillas de los imponentes rios, siempre, hacia Occidente, como comquistadores; arriba, sobre sus cabezas los penachos de color violeta, que se sacudian al aire embravecido de los montes; siempre saludando con sus flores altas, saliendo por arriba por entre el verdor incesante y emborrachador de los plantios sin fin, Era como si millones de guerreros bajasen de las montañas orientales, abanicándose continúamente; cañas altas, robustas, firmes, batidas por el viento; estremeciánse en su avance de posesión de las tierras. Sobre aquel mar flotaba a veces algun árbol centenario, en medio de aquel mundo de verdor, la ceiba gigantesca, sacando de entre aquella maleza dulce su ramas, como ahogada entre los millones de cañas finas, como si fuese una mosca cogida entre las patas de una araña.

Después la vida intensa de aquella otra Cuba. Pitar estridente de locomotoras, arrastrando centenares de fragatas cargadas con el dulce fruto; ajetreo sin parar de carretas y trucks de acarreo. Miles de hombres, negros y blancos curvados como en perenne penitencia, segando la dulce mies, bajo un sol rojo, implacable; negros, blancos, chinos, cubanos, jamaiquinos, españoles, en multiforme mezcla.

¡Qué mundo! ¡Qué mundo de cañas!— se dijo

para si. ¡Qué mundo de cañas!

Y comparaba in mente la obra gigantesca de un gobernante con esta obra del capital extranjero y veia ahi empequeñecida la obra de Machado.

¿Qué valian piñas, yucas, boniatos, toros cebus y crias de pollos en frente de esta marea incesante, que causaba vértigos?

Habia tenido que acabar por retirar su vista de aquellos campos, q. le causaban sopor, nauseas y sueño por el olor acentuado del azúcar.

Y volvian a aparecer cañaverales, los unos macizos, densos, los otros espigando, como tomando el puesto en la avanzada de peligro y siempre amenazándo y abanicándo al viajero, tembladores, que se sacudian en pencas sobre la calzada, y tan altas a veces que se encorbaban y arrastraban como enemigos que acechan su presa.

Mas de cien ingenios que arrojaban una producción de seis millones de toneladas de azúcar; la mitad del consumo mundial, y representaban una inversión de más del sesenta por ciento del valor total de la isla. De ésta industria dependia directa o indirectamente el setenta por ciento de los cubanos.

Y ahora veia más clara la cosa; el gigantesco esfuerzo del gobierno por crear otra Cuba y enfrentarla a ésta de la caña, plausible y heróico, entrañaba como si Cuba con su pequeñez antillana quisiera hacerle frente al mundo aquel que era el internacionalismo. La caña no era cubana más que por producirse en Cuba, Aquellos cañaverales como mundos, aquellos centrales, eran propiedad del extranjero. Y veia claro era una batalla, la mas descomunal y rara que presenciara la historia; Ma-

chado intentaba destruir la caña con los frutos menores y el ganado. Era una batalla encarnizada, de un lado piñas, boniatos, ñames, plátanos, pollos, toros cebus, quesos de bola contra los inmensos cañaverales. Y en su imaginación veia aquellos quesos de bola caer por toneladas entre los cañaverales, aquellos toros cebus embestir los mares verdes, aquellos yucales caer alli dentro de las cortantes olas verdes y todo aquello producir el mismo efecto que si Machado llenase un saco de piedras y lo descargase en medio del Golfo Mexicano. Todos aquellos ganados todos aquellos plantios, todas aquellas pequeñas industrias no podian vencer en ésta riña formidable entre el presente, la Cuba Nueva y la Cuba Ancestral, de los cañaverales y la esclavitud.

¡Pobre Machado! ¡Pobre Machado! Querer ganar una batalla asi, con quesos de bola y toros cebus; ganársela a la caña. ¡Pobre Machado!

Y hacia una reflección. —¡Y todavia si tuviese pueblo! ¿Si lo entendieran? Pero no lo entienden, no lo pueden entender. No les conviene entenderlo.

Aquello verde, amenazador, destruia todo lo que se intentase en Cuba. Aquel capital extranjero pedia garantias, garantias para esclavizar al nativo, para hacerlo cortar caña por veinte centavos al dia; habia que dar esa garantia y al hacerlo esclavizaba a su propio pueblo y el esfuerzo de las piñas y los ñames y las yucas para crear una Cuba nueva independiente, se venian abajo por el clamoreo de los hombres apaleados por los rurales, que intentaban matar las justas protestas del ansioso de vivir una vida mejor, y no ser autómatas, doblados como arcos sobre los campos cortando caña por veinte

centavos al dia.

—¡Pobre Machado!— se dijo —ésta batalla de frutos menores contra la caña, no puede ganarla a menos que venga el milagro.—

¡Pero que obra ha realizado con la Carretera Central! ¡Qué obra!

Una carretera sólida, dura, maciza, eterna, que corria de un extremo al otro de la isla, con sus 1440 kilómetros, sin un cruce de trenes, sin más que alguna que otra curva. Todo comunicado ya, No más Orientales, no más Camagueyanos, no más Villareños, no más Mataneeros, no más Pinareños. No más Habaneros. Cubanos solamente.

Nacionalismo peligrosisimo en estos momentos Las ansias imprecisas de tantos siglos, las aspiraciones cortadas por el cruce de los rios, por los bloques de piedra, por los bosques impenetrables, que borraban los vestigios del camino, desaparecian como por arte de encantamiento, Ahora si existia Cuba, una sola Cuba. ¡Pero que Cuba tan peligrosa!

Cuando la invasión oriental recorrió de Oriente a Occidente en histórica cabalgada.

Habia sido el dia 29 de Noviembre del año 1895 cuando las fuerzas orientales mandados por Maceo habian entroncado con las mandadas por Máximo Gomez en las Villas Occidentales. en el potrero San Juan de Dios. Habian bajado cómo rayos desprendidos de las montañas, siguiendo las mismas huellas de los primeros invasores españoles. El paso era disputado de vez en cuando; pero podia decirse que la Invasión Oriental, como se la llamó, no tuvo que vencer gran resistencia del enemigo; pero si los medios de comunicación tardios, inseguros, y sobre todo desconocidos.

Máximo Gomez habia tenido en aquella expedición, como si fuese el capitan de un buque, desconocedor de las costas, que valerse de los hermanos Antonio y Enrique Nuñez, y Roberto Bermudez, que habian sido como pilotos que le acompañaron y le indicaban los cruces mejores para poder llegar a Occidente. Sin estos tres cubanos, que conocian la isla palmo a palmo, el celebre guerrillero no habria podido llevar sus libertadores a las margenes del Almendares. Noventa dias habia tardado la columna invasora en llegar a la provincia de la Habana, y eso que marchaban con magnificos caballos, los mejores de la isla. Los españoles no les habian disputado el paso; y solamente en Iguará las armas orientales encontraron debida resistencia.

Pero no habia caminos; habia que abrirlos con los machetes por medio de los bosques y al paso de la columna invasora salian de entre el espartillaje secular los poblados caducos y centenarios, iluminados por el incendio.

Y pensar que ahora se llegaba a Oriente en cosa de horas.

¡Qué dirian los invasores si se levantasen de sus tumbas y vieran el prodigio realizado?

CÁBALAS.

Donde se cuenta de un policia "qué se la sabia de memoria" y de un honrado bodeguero, al que las bombas traian inquieto y le hacian perder el sueño. Donde se ve, si se ahonda un poco, que los peores enemigos que tenia Machado eran sus propios amigotes, que aspiraban a la presidencia. Donde se ve que en los seres más humildes hay siempre que aprender algo, que pueda servirnos para cosas más substanciales en el futuro.

VIII

La policia por el tiempo de Machado habia llegado a su cenit. Peso, y talla venian de la primera intervención americana, y era corriente oir decir; —si no da talla y peso no entra en la policia aunque sea hijo del Presidente de la República.—

Cuerpo vistoso, que honraria exteriormente a la ciudad más exigente del universo. Pero con Machado la policia habia logrado adquirir carácter, personalidad, respeto. Finos, comedidos, educados, respetuosos y respetados,alli donde era tan dificil no se confundiese la cortesania con la dejación de

autoridad. Los jefes de ella, generalmente coroneles del ejercito, la habian disciplinado, sobre todo disciplina social. Y en cuanto a lo que la policia podria hacer, ero corriente la expresion entre los mismos vigilantes.—Aqui en Cuba se escapa el que nosotros queremos q. escape— Tres mil vigilantes de policia formaban la custodia de la gran capital antillana. Hombres perfectos, si tal cabe; equipo el mejor del mundo.

Entresaquemos a uno como el tipo perfecto del policia cubano. Era Francisco Torres Codina, que precisamente lo hemos visto ir a recibir al viejo emigrado Juan Hernandez, y tanbién le hemos oido decir algunas cositas picantes con referencia a lo que en Cuba ocurria.

Para todo el mundo era conocido por Pancho, el policia. Y decimos que todos lo conocian, que "hasta los gatos lo conocian", porque en la época a que nos referimos era muy dificil en la Habana encontrar a una persona que no conociese a Pancho, el policia. como cariñosamente le llamaban.

Alto, robusto, huesoso, con la cara rapada meticulosamente, Pancho, el policia, habia entrado en el cuerpo por los dias de José Miguel. Por la época a que se contrae esta veridica novela ya era duro, si bien muy ágil y su modo de andar ligero guardaba analogia con el de los gallos atravesando un patio. Exhornaba su cara un par de gafas de aro de carey, semejantes a las que usaba Machado. y era listo y avisado, tanto en el servicio como otras cosas aun más intimas.

Tenia una experiencia final y acabada de lo que debe ser un policia. Durante todos aquellos años habia servido en la tercera estación donde precisa-

mente discurre lo más importante de la capital cubana, por estar situada precisamente en el centro de la urbe. En cuantos años llevaba de servicio no habia sido tocado por el más leve rasguño. Y no que fuese nuestro biografiado un pusilánime, ni que le huyese al peligro, Todo lo contrario. En más de una ocasión habia tenido que desenfundar su revólver y irle encima a famosos criminales. Pero tenia un tal dominio de si mismo y sabia dar los golpes con tanta efectividad, que era la admiración de todo el cuerpo.—No tiene nervios—decian hablando de Pancho, el policia. Se recordaba cuando la captura del negro Cambolo, como el vigilante habia atrapado a éste criminal, al que todos le huian el bulto. Se le habia acercado y poniéndole la mano en el hombre le dijo;—Sé que eres macho; tengo que arrestarte, pero a los valientes, como tú, no se les esposa ni se les saca el revólver. En tú palabra confio, siguéme.—

Y el negro habia contestado;—si es asi, con el vigilante voy hasta el fin del mundo—y lo habia seguido no al fin del mundo, pero si a Isla de Pinos a cumplir cuarenta años de presidio por dos asesinatos y veintiseis robos.

—Y tiene una mano— decian todos— no tiene nervios— conoce hasta donde el jejen puso el huevo.—

Lo conocian hasta los gatos y cuidado que en aquella parte de la ciudad donde prestaba servicio vivian gentes.

La Habana en el centro era un hormiguero. Las gentes parecian multiplicarse diariamente. En los lugares ya de suyo congestionados, donde las calles son estrechisimas y los peatones van por las aceras

de uno en uno, habia solamente en la época colonial edificios de un piso, Por alli precisamente no habia habido ensanche. Las calles ahora eran como cañones. ¡Pero qué marea salia por alli cada mañana! Parecia como las bocas de cañerias por donde saliesen vomitadas las hormigas. El abigarramiento de la capital, que no varió por la república, ni por el embellecimiento, habia aumentado la población, que se refugiaba en el centro. En el pueblo de Cuba hay un elemento que siempre fué por naturaleza gregario, y que nunca se ha sentido bien a no ser que esten pegados los unos a los otros. Es una costumbre de apretujamientos, que ha costado siempre mucho trabajo enfrenar para que no resulte en exceso. De alli el clásico ''rascabucheo'', que consiste en cientificamente restregarse contra la mujer o el hombre que les cae delante, práctica ésta que ha sido ya universalmente aceptada como inocente y entretenida; pero prácticas que se consideraron feas por Machado, que a fuerza de multas y estaca habia logrado desterrar. Era uno de los cánones del orden: —Fuera los apretujamientos, fuera los rascabucheos y fuera las tropetillas, y fuera las costumbres de batey de ingenio. Este es un pueblo libre y no debe vivir a estilo de salvajes.--

Pero la congestión, esa no podia cambiarla ningun gobierno. La Habana sobre aquellas casuchas centenarias, bajas, de mamposteria, habia echado piso sobre piso. Las accesorias mismas donde siempre vivió el elemento más pobre se habian higienizado; pero ahora contaban con cuatro o seis pisos y era aquello una babel de gentes, lo que entraba y salia por alli continuamente. Los establecimientos, ni en los meses más tardios del año como son Agosto o

Septiembre podian dar abasto a la marchanteria. Era casualidad si se obtenia el ser despachado en cosa de diez minutos en el café o la bodega. Era un cambio muy notable de aquella parte de la ciudad. Por otro lado, ¿no se imitaba a Nueva York? El cubano en todo queria imitar a los Estados Unidos, pero sobre todo le parecia muy yanki aquello de empujarse los unos a los otros, y ser ágil en el caminar, aqui donde la costumbre siempre fuera medir los pasos. Por entre aquel gentio, por entre aquella masa de establecimientos era conocido Pancho, el policia, como si fuera por su propia casa.

Alguien habia dejado caer una cáscara de banano en la acera. La sanidad prohibia terminantemente esto, y fuera el uno ú el otro sufria las consecuencias el dueño del establecimiento, que pagaba la multa por no haberla recogido. Como decian aquellos bodegueros; —nos tienen "jiros".—

Don Sindo venia siendo detallista de viveres desde mucho antes de la llegada de Weyler, a cuyo recibimiento aportara su grueso abdomen, sus cortas ancas y sus pies desmesuradamente grandes. Era bodeguero genuino, que trás tantos años en Cuba, se habia "aplatanado", habia creado familia, y con el objecto que no le echasen nada en cara se habia hecho ciudadano cubano en los dias de Menocal. Era natural que con todos estos antecedentes discutiese las cosas de Cuba como si fuesen las de su propio pais, y hemos de convenir que en justicia debia hacerlo asi.

Don Sindo habia advertido la cáscara de plátano sobre la acera y rápido le dijo al "recien llegado" Manin.

—Vamos, Manin, redios, recoja **ustez** esa cás-

cara de plátano. No ve que son cinco pesos, redios.-

Y Manin habia salido escurrido a recogerla. Don Sindo dió vueltas detrás del mostrador. A aquella hora el establecimiento estaba de bote en bote, pero él tenia más cuidado con la acera que con la marchanteria, porque práctico y sometiéndolo todo al lapiz, decia.

—No es el hacer cinco pesos, es el saber conservarlos.—

Cuando Manin retornaba con la cáscara de banano le dijo.

—Oiga, don Sindo, por la esquina viene don Pancho, el policia.—

Alegróse el buen bodeguero, Precisamente queria verlo. Un inspector de sanidad lo tenia "jiro"; los porristas se presentaban continuamente y lo saqueaban. Queria echar su cuarto a espadas con el vigilante, que conocia de hacia tantos años.

Grande fué su sorpresa cuando lo vio entrar.

¿Cómo de paisano, don Pancho? ¿Cómo lo conoció Manin, asi tan cambiado?—

Los marchantes se habian vuelto indiferentes, pero no tardaron en dirigirse de nuevo a sus copas de cognac y achampañadas, servidas en la cantina.

El policia se acercó al mostrador, por uno de los rincones donde no habia público y podian estar solos.

—¿Y para que queria verme, don Sindo?—

—Pues para nada, hombre, para nada, me es grato el charlar con ustez, don Pancho— Y agregó.

—¿Por qué el cambio de vestido?—

A la verdad, el policia vestido de paisano lucia tan raro.........

La costumbre del uniforme, el hecho de no haberse

puesto el flus en tantos años, es decir desde que se casase cosa de quince años atrás; su figura desgarbada y altisima, con aquella ropa de paisano, parecia un ministro protestante; la levita tan larga y tan suelta sobre aquel su cuerpo, que a fuerza de tantos años de llevar el uniforme acorselado le habia dado contornos precisos, como si hubiese modelado la cintura en un torno. Ademas, las arrugas del traje, que parecia como si le hubiesen pasado por encima media docena de trucks.

—Pues nada— contestó el policia.— Nada de importancia. El jefe ha mandado que cuando quedemos francos de servicio hagamos doble servicio por la noche; pero vestidos de paisano. Por eso, aqui me ve.—

—¿Y para qué tanto?— preguntó don Sindo.

—Porque, hombre, vamos a ver si de ese modo los 'niños'' no tiran más bombas , a ver si viendónos vestido de paisano se asustan y no fastidian más con las bombitas.—

Era lo que esperaba precisamente don Sindo.

—A la verdad, don Pancho, que esto ya pasa de castaño obscuro. Bombas y más bombas. ¿No sabe **ustez** q, anoche explotó una en esa misma esquina?-

No lo sabia el vigilante.

—Pues si, hombre, eran como las tres de la mañana. Yo creo que la tiraron desde un automóvil, Por aqui nadie vio a nadie, Bueno, eso de no hemos ''visto a nadie'', ya sabe **ustez** que es muy viejo; pero yo si creo que la tiraron desde algun automóvil. Yo estaba molido y jorobado y durmiéndo a pierna suelta, como si me hubiesen metido una bala por la frente, cuando se estremece toda la casa, se rompe una ventana, cae un poco de cal del techo,

y, ¡zas! una explosión de padre y muy señor mio, Bueno, que me pareció que era tan grande como la explosión del "Cabo Machichaco" en Santander, que por cierto la oi porque vivia cerca. Vamos, que le digo a ustez que he pasado un susto.... y dado un salto. . . .que me parecia que me habia reventado un cohete en salvo sea la parte.—

Se echó a reir el policia en tanto que el bodeguero se limpiaba el rostro. El recuerdo de la explosión lo hacia sudar.

—Y, ¿qué? ¿Se rie ustez de cosas tan serias, vigilante?—

—Bueno, don Sindo, me rio; ¿porque qué importancia tienen ya las bombas?—

Recordaba. ¡La ciudad estaba tan congestionada! El conocia aquella Habana como si la hubiese parido. ¿No era resultado de tanto orden, que viniesen las bombas? Machado a fuerza de disciplina habia acabado con la Habana rumbosa, bullanguera, que necesita de algun suceso importante cada dia, como un alimento cuotidiano. El nativo no era un norteño, acostumbrado siempre a la paz. El nativo era hombre al que gustaba el baile, el ruido, el apretujamiento, el rascabuchear, el piropear, el tirar de vez en cuando sus tropetillas. Machado les habia quitado todo esto. Es más habia incurrido en disgusto con ciertos elementos, de mucha valia en la ciudad, no permitiéndoles bailar la Conga y la Chambelona. Machado entendia que las diversiones deben ser de otro género, y que éstas eran desordenadas. No que no hubiese diversiones cuando Machado, pero eran diversiones sosas, propias de gente aburrida, y el viejo Machado se habia querido meter en todo inclusive en señalar las clases de diversiones y no dejar-

los al libre albedrio. Y ahora, pues no queria ruido, pues no queria desorden, en lugar de una taza dos, cada bomba que reventaba con ruido atronador, que parecia se iba a caer el mundo.

—El bodeguero se dirigió de nuevo al policia al ver que éste no tomaba mayor interés en la cosa.

—¿Pero cree **ustez**, don Pancho, que esto deba continuar?— Y agregó— ¿Qué hace la **autoridaz**? ¿Qué hace el gobierno? ¿Qué hace esa policia de la Habana, modelo de modelos y que es superior a la de **Madriz**?—

El vigilante le expuso sus razones.

—Mire don Sindo, usted lo sabe bien, desde que fundaron la Habana siempre disgustó el orden, y sobre todo al cubano le gusta meter ruido. En la guerra usaban las armas de fuego que más ruido hacian. Y ahora como no les dejan bailar por las calles, moviéndose mucho por la parte posterior y como han prohibido la Conga y La Chambelona, pues hay quien ha inventado el hacer ruido de todos modos. Pero— dijo muy seriamente— no tenga cuidado, el dia que la policia quiera acabar con eso, la policia acaba, vaya, que si acaba. Además, no hay porque tomarlo tan a serio; todos sabemos que son los niños góticos los que tiran las bombitas.—

—¡Niños góticos! ¡Niños góticos! ¡Los fósforos!- dijo el bodeguero. —¿Niños góticos? ¿Niños? De esos habrá algunos, no lo dudo; pero don Pancho— hizo una larga pausa como si temiese hacer revelaciones —Don Pancho, aqui hay lo que se ve y lo que no se ve.—

El vigilante volvió a insistir. Para que tomarlo a serio. El gobierno el dia que la diera la gana acabaria con aquello. Pero total, ¿qué es lo que

hacian las bombas? Mucho ruido, nada más que mucho ruido.—

Después preguntó al bodeguero.

—¿Hubo algun herido por esa bomba de anoche?-

—No nadie fué herido, ¡pero que susto, don Pancho!—

—Bueno, pues asi es siempre; la mayor parte de esas bombas no son más que calderos llenos de pólvora, y los tiran cuando no hay nadie cerca.—

Don Sindo creyó del caso.

—Si, hombre, puede que asi sea en la mayor parte de los casos. Pero— hizo una larga pausa— pero comienzo quieren las cosas, y si los dejáis seguir tirando, porque es un pasatiempo, después será ya tarde. Porque aqui hay lo que se ve y lo que no se ve, don Pancho.—

El policia replicó.

—No aqui todo es claro, Politicos contra politicos. Los enemigos del presidente usando los estudiantes y estos haciendo el papel de mentecatos— Cosas de Cubanos, don Sindo.—

—¿Pero ustez cree que sólo haya eso?—

—Solamente eso, puede creermelo.—

Para don Sindo aquello traia su rabo, vaya q. si traia su rabo. ¿Los politicos? Demasiado los conocia. Pero habia alguna otra cosa, algo más hondo que él no sabia expresar, pero que sentia y que era ya como una pesadilla que le obsesionase por las noches.

El policia agregó.

—Les han cerrado la Universidad, y estan bravitos, y hacen ruido, pero yo le aseguro a usted que el que yo coja poniendo una bomba no le va a quedar gana de ponerlas más en su vida.—

A la verdad que él se pasaba los meses sin hacer nada mas que vigilar, vigilar y vigilar. Siempre llegaba muy tarde a los lugares de las explosiones y le parecia, como no las oia, que no tenian tanta importancia. La Habana, todos los dias necesitaba algo nuevo. Era el pasado de Cuba, que en los últimos treinta años habia sido muy movido. La Guerra de Independencia, Revolución de Agosto, Guerra de Razas, Levantamiento de Caicaje, Moratorias, Quiebras. Siempre algo fuerte para hablar las gentes. El dia que no hubiese algo nuevo no tendrian nada de que hablar, y el hablar y hablar sin cesar era una segunda naturaleza.

El bodeguero continuó.

—Pues yo gobernante no dejaba eso levantar cabeza. Me ponia al acecho y al primero q. cogiese, hombre, ya veria si se acababa o no. Hay veces, vigilante, que conviene un escarmiento. Primero tirarán por pasar el rato, pero estan tanteando, dese cuenta que estan tanteando a ver lo que hace el gobierno, pero después van a tirar a dar, dese cuenta vigilante.— Hizo una pausa y agregó.

—Además, que no es tan de jarana la cosa; ya varios infelices han saltado hechos pedazos con esas gracias de las bombitas y con eso ya sobra y ya basta para hacer con ellos un buen escarmiento.—

El policia objetó. No creia que se pasara de ahi, El gobierno tenia fuerza suficiente. Machado era un hombre enérgico, demasiado enérgico, y el dia que viese que las cosas iban más lejos de la cuenta, pues de un solo golpe lo pondria todo en su verdadero lugar,

Además, Pancho, el policia, no obstante conocer de tantos años a don Sindo, a nadie ni a su

propia sombra le decia todo lo que sabia de aquella Habana. El haber servido tantos años de policia y haberlo hecho en tantas administraciones, debiase sobre todo a su modo hondo de estudiar las cosas en aquella Habana.

Habia ocasiones que se pasaba horas enteras en divagaciones consigo mismo con referencia a aquello de las bombas. ¿Quién le decia que las bombas no fueran obra de la misma policia judicial? ¿Y si eran obra del propio Machado? ¿No era esto un medio como otro cualesquiera de sacar los soldados a la calle y hacer ciertas combinaciones y aparatos que le convendrian? Siempre habia visto a Machado como hombre tenebroso y capaz de todo género de combinaciones.

Por otro lado no se le ocultaba de que serie de dificultades estaba preñado el problema desde cada punto de vista que se le mirase.

Los terroristas todo indicaba que eran los estudiantes, cuando menos hijos de cubanos ricos y intelectuales q. vivian por el Vedado. Estos cubanos ricos, raro era el que no fuese del propio partido de Machado. Los liberales habian ocupado el poder sin cesar desde la creación de la república, pues para el vigilante que conocia bien su pueblo, en Cuba no habia más que liberales, y estando aun Menocal en el poder los liberales eran los que mandaban. Eran miles de liberales los que se habian hecho de dinero en los diversos periodos de la república, y era natural, los hijos de estos eran los estudiantes, con la posible excepción de alguno que otro hijo de comerciantes españoles. Era muy dificil a Machado usar una mano de hierro inexorable para exterminarlos, porque eran en cierto modo su propia

gente. Pero si para Machado era un problema, ¿qué no seria para un sencillo vigilante de policia, que se daba cuenta de las combinaciones en las que el que quisiera hacer verdadera labor policial posiblemente cayese en las mallas de alguna combinación que hasta le costase el puesto? Lo que decia don Sindo era lo que se debia hacer aqui, ¿pero cómo hacerlo? Los estudiantes eran hijos de los mismos partidarios de Machado, hijos de liberales, y el atrevimiento de estar colocando bombas, no era ni más ni menos que obra de mal educados, que sabian que corrian poco riesgo tirándolas, por los entronques politicos y familiares que siempre les salvaria el padrinaje. Era verdad que la porra podia echarle mano a alguno y matarlo a cabillazos, pero sin duda que era alguno que no tenia padrino y en aquella Habana era muy dificil que hubiese alguien que no estuviese "bautizado". Por lo demás ya él habia tenido ócasión de comprobar que no estaba equivocado en lo que pensara.

Y recordaba a éste efecto una cosa, que si no hubiese sido su mucha experiencia de la vida y del modo de ser de su pueblo, le hubiera elocuentemente servido para saber a que atenerse. Por el barrio de los Sitios andaba un estudiante colocando bombas con la naturalidad de quien siembra patatas. La policia sabia bien quien colocaba las bombas; pero temian arrestarlo; porque sabian era hijo de un señor politico de rabo gordo, intimo amigo del mismo Machado. Pero las bombitas, que al principio no hacian más que ruido acabaron con una que al reventar le llevó un brazo a un niño que pasaba, y de alguien habia venido la orden secreta de arrestar al terrorista y hacer con él un escar-

miento. Lo habian apresado de seguida y lo condujeron al Castillo de Atares donde lo iban a matar a cabillazos como a una fiera cualquiera. Pero dió la casualidad que Pancho anduviese a la sazón por alli y siguió a la comitiva al castillo.

No habian hecho mas que llegar cuando se acercó sigiloso, un sargento del ejército y le dijo al de la secreta que habia arrestado al terrorista.

—Acaban de llamar por teléfono, Dicen que se comunique sin tardanza.—

El de la secreta preguntó al sargento.

—¿Quién llamó?—

Pancho, el policia, estiró las orejas cuanto pudo para ver si cogia el nombre del comunicante, pero el sargento le habló en el oido al secreta, que torció de seguida el gesto.

Finalmente el policia secreta habia cogido disgustadisimo el receptor, e hizo un movimiento de mucho furor, cuando preguntaba en voz muy baja por alguien que a Pancho, el policia, se le antojó era algun sujeto del rabo gordo. No pudo oir nada le la conversación; pero si vió que la cara del secreta cambiaba de color varias veces, que se indignaba, sin decir palabra y como diciendo amén a todo, y que finalmente tiró el receptor violento y dirigiéndose a sus compañeros dijo cólerico; —suelten al niño gótico y que siga poniendo bombas.—

¿De dónde venian estas llamadas, que asi minaban y destruian el orden? ¿De dónde venian? ¿Qué ocurria que por un lado una mano tan áspera para tratar éstas cosas al extremo de asesinar algun terrorista y tirarlo después a la via pública, y después este otro contrasentido, donde un criminal de la peor especie, que estaba ocasionando victimas se

le soltaba por tener padrino? ¿No estaria el mismo Machado usando el sistema jesuitico de una de cal y otra de arena, o no habria aqui tenebrosas cábalas en que Machado llevaba todas las culpas, y en cambio no se le concedia crédito a ésta continua vacilación en que vencia el padrinaje del amigo politico?

Recordaba una historieta de un caso en que cayó otro terrorista en manos de la policia y poco después el padre del terrorista iba a visitar al presidente de la república y éste después de la conferencia con el padre, que era un politico prominente de los liberales, el mismo Machado habia trasmitido la orden por teléfono en ésta forma; —suelten al niño gótico, que no es más que un mentecato.—

No estaba seguro Pancho, el policia, que Machado actuase asi, y es más se inclinaba a creer que aquello era parte de la propaganda malsana y continua en que sin parar se debilitaba a Machado atacándolo por verios lugares a la vez; por los unos tildado de demasiado tolerante e incapaz de garantizar el orden, y por el otro de ser una bestia vengativa y feroz. Y acabó por dejar de pensar para lanzar una expresión elocuentisima, según él.

—¡Bah, cosas de cubanos!. ¡Cosas de cubanos!—

Pero eso si aquella tarde su criterio quedó cerrado. Habia que tener mucho cuidado con lo que se hacia, porque el que no nonociese de éstas artimañas y intrigas, o a lo menos fuera desconfiado, muy bien podia quedarse en la calle y a merced de la nueva marejada politica que subiese.

¿Quién habia dado aquella orden que hizo al de la secreta indignarse? No podia creer que fuese el mismo Machado, pero que era algun personaje

tan o más fuerte que el presidente, no se le ocultaba. ¡Porque cuidado que soltar asi a un terrorista tan peligroso, cogido infraganti colocando bombas, y decir como dijo el de la secreta indignado— dejen al niño gótico que siga colocando bombas— tenia que ser una orden dada por alguien que podia facilmente pulverizar al de la secreta si no obedecia, y personajes asi no habia más que varios, y todos ellos muy pegados al presidente y muy a la cabeza del régimen!

Y veia pasar ante si la silueta del jefe del ejército, aquel general Herrera, que de vez en cuando veia en las paradas, muy lleno de entorchados y cruces, como si fuese un general turco, viejote y ambicioso, que aspiraba a la presidencia de la república, pero en forma solapada, la única posible para que Machado no lo quitase del mando del ejército. Y recordaba una anécdota de hacia poco, en el caso de de otro terrorista, la madre del lanzador de bombas habia ido a visitar al jefe del ejército y habia obtenido la liberación del terrorista y entre los medios de convencer al general de la inocencia del sujeto le habia dicho; —General, el muchacho es algo loco, pero aunque admitamos que combate al general Machado, he de decirle que en casa todos somos Herreristas.—

Es decir gentes que lo apoyarian en su ambición de la presidencia de la república. Y el terrorista habia sido puesto en libertad.

—Tate, tate —se dijo Pancho—Tate, los enemigos de Machado son los propios amigotes que tiene al lado y que quieren ser presidentes y estan viendo el modo de usar la politica de una de cal y otra de arena, sirviendo a Machado; pero aprovechando

también las posiciones para salvar terroristas, y de ese modo hacerse simpaticos con la juventud oposicionista.—

—¡Cosas de cubanos! —se dijo Pancho. —¡Cosas de cubanos! Todos quieren ser presidentes de la república, No importa cómo. aunque sea haciendole tración al mejor amigo.

Después aquel Clemente Vasquez Bello, aquel era otro aspirante a la presidencia, eso si a la sordina, porque Machado le cortaba la ramas a todo arbolillo presidencial que creciese a su lado. Este Vasquez Bello era otro que de vez en cuando sonaba su nombre, interviniendo ante el presidente en favor de algun oposicionista, Y aquel Carlos Miguel de Céspedes, ¿no era otro aspirante a la presidencia? Y aquel Barceló, gobernador de Oriente, ¿no era también aspirante a la presidencia? Y aun el mismo gobernador Antonio Ruiz, de la provincia de la Habana, ¿no era otro aspirante? Todos estos eran gentes pegadas al presidente, a un presidente, que no se necesitaba ser un lince para ver que nunca dejaria la presidencia, pues si la dejase seria para colocar alguien que le sirviese de muñeco durante cuatro años y volver a turnarse. Todos estos sabian que con Machado en el poder ellos no verian satisfechas sus ambiciones, pero al rededor de Machado todo hablaba de derrumbes; una bomba de un terrorista, que lo matase, el cansancio mismo, la locura a que lo llevarian tantas cosas a un hombre fanatizado en hacer bien a su pais, dejarian vacante la presidencia y se encaramarian ellos.

Y era natural; con éstas condiciones habia que ser cauto con los terroristas, Estos navegaban con suerte relativamente por razon de aquella maqui-

naria nociva al rededor de Machado. El policia no hubiese sido capaz de definir ninguna de éstas cosas por completo, pero eso si, tenia una experiencia acabada y era receloso a matarse, El juego politico cubano era complicadisimo y a las veces venia por donde menos uno pudiera esperarlo. Mas le acabó de confirmar sus sospechas el hecho que seis meses después del incidente del terrorista en Atares, y yendo Pancho por los Cuatro Caminos, vio entre un grupo de hombres patilludos y enfermos a un rostro q. no conoció. El patilludo era el secreta que aquella ocasión llevara al terrorista al castillo para matarlo a cabillazos, El no lo habia reconocido; tan cambiado estaba; pero en cambio el secreta lo conoció a él, y le contaaba lo que le habia sucedido. Lo habian dejado cesante; no sabia porque; se habia hasta enfermado del disgusto; el que siempre habia querido dar el máximo de servicio en la persecución de criminales. El siempre habia estado con Machado ¿Por qué lo habrian cesanteado?

Y ahora, sólo, entre aquel pueblo que lo odiaba por su anterior proceder, parecia un leproso del que todos huyen, —Tate— volvio a decirse el policia— a mi no me dan en el suelo, Esta es una cuerda floja que hay que ser buen maromero para bailarla. ¡Cosas de cubanos, Pancho! ¡Cosas de cubanos.!

Y ahora oia encantado al bodeguero que pedia sogas, guillotinas, garrotes, todo lo que fuera necesario para exterminar los terroristas y que no estallasen más bombas como aquella de la noche anterior, bombas que ponian en peligro la vida de las personas siñ comerlo ni beberlo. El policia acabó por decirle.

—Don Sindo, usted vivió los dias más malos de Cuba; la Guerra de Independencia; la Reconcentración; la Guerra Hispano Americana, y el que pasó por todo eso, ¿cómo puede asombrarse de éstas pequeñeces de bombas más o menos? Cuando llegue el momento, no lo dude, Machado es el hombre, pero ahora no hay que ponerle mucho asunto. Cosas de cubanos, don Sindo.—

Pero don Sindo al oir de los pasados horrores contestó.

—Bueno, pues le digo a **ustez**, que nunca en todos esos tiempos se perdio aqui el respeto a la **autoridaz**, Además, esto de las bombas es nuevo en Cuba y propio de otros lugares del mundo, como allá en España, en Cataluña, pero aqui, cuando creyeron que España andaba mal se fueron para el monte a pelearla, pero a nadie se le antojó el colocar una bomba en la via pública, que lo mismo puede ser sólo un gran estampido, que suceder como sucedió el otro dia en la calle de San Miguel, que reventó la bomba y le llevó una pierna a una pobre mujer que salia con una table de planchar. No, don Pancho, aqui hay lo que se ve y lo que no se ve.—

—Usted lo ha dicho don Sindo— afirmó el vigilante— lo que se ve y lo que no se ve, pero de todos modos, cosas de cubanos.—

—Será asi, vamos, que será cosa de politicos; pero aunque no conozco tan bien como **ustez**, para mi que por aqui anda alguna cosa más que esa, vamos, vamos, alguna cosa, vamos.—

Positivamente a don Sindo le parecia que si le decia lo q. pensaba, no lo entenderia. No era muy ducho en nada más que en despachar en su bodega, pero eso, si, no se le ocultaba que la cuestión

politica era una; pero que detrás de ésta andaba otra cosa, algo muy misterioso, y que no acertaba a definirse a si mismo. Era cosa instuitiva. Su bodega, la mejor surtida del barrio, su pequeño capital, acumulado trás tantos años de quitárselo a si mismo, que le habia permitido el educar a su hija para maestra de escuela y al baroncito que lo tenia en Belen estudiando teneduria de libros, le hacia mirar con mucha aprensión lo que venia ocurriendo. Nunca las riñas entre politicos le habian interesado; pero esto que ocurria ahora si. ¿Cuándo en la Habana se habia visto semejante cosa?

—Don Pancho, aqui hay lo que se ve y lo que no se ve.—

Después le contó al policia. ¿Qué exigencias eran aquellas? El inspector de sanidad lo tenia "jiro". Todos las semanas habia algo nuevo, alguna multa, algún recado, o alguna instalación que hacer.

—Y se lo digo a **ustez** francamente, se lo digo francamente, ya **ustez** ve que todo está higiénico y no se puede pedir más en ésta bodega.—

Decia esto a tiempo que por duodécima vez se secaba el sudor con el mismo paño que usaba para secar los vasos.

—Después, don Pancho, ¿qué es lo que pretende Machado? ¿Qué se trae? Todos los dias más y más multas; todos los dias más y más impuestos; todos los dias más y más porristas, Y tenga **ustez** entendido q. hablo asi con **ustez**, porque lo conozco, que sino no decia ni una palabra.—

Y contó como varios individuos que decian ser porristas, la habian cogido con él, bebiendo alli todos los dias a su costa, y entre ellos habia un negro que lo tenia "jiro". Era un negro limpiabotas

por el dia y porrista por la noche.

—Mire ustez, vigilante, sé a que atenerme, sé a que atenerme, que a lo mejor por un quitame allá esas pajas lo denuncian a uno como contrario a Machado y le dan una mano de estaca sea o no sea verdad; pero si no, ya yo le hubria ajustado las cuentas a ese negro porrista.—

A Pancho le parecia que el porrista era el peor enemigo que tenia Machado. Este gobernante no tenia porque temerle a una oposición que no valia nada; unos cuantos politicos enredadores que se le habian desertado cuando se le acabó el dinero y algun que otro estudiante; pero Machado se iba conquistando enemigos a granel por permitir a ésta clase de gentes, los porristas, campear por sus respetos, adueñándose demasiado de su papel y atropellando a infelices.

—Estoy con usted en eso, don Sindo. El viejo no sabe lo que ocurre, nadie le dice la verdad, lo han rodeado como un dios y nadie que no sea los cuatro amigotes que tiene, que para mi son sus peores enemigos, se le puede acercar, Creáme, el presidente es un hombre bueno, que está enamorado de hacerle el bien a Cuba, y cree que con eso basta, y no se da cuenta que esos porristas le hacen tanto daño.—

Y después, como hablando consigo mismo. ¿Qué pretendia Machado? ¿No se estaba dando con el presidente el mismo caso que con España? Cuando al preguntarle a Marti con que contaba para destruir el dominio español contestó— cuento con los errores de España— Esta gente de la oposicion era una minoria insignificante, que contaban solo con los errores del gobernante. En todas partes el

gobierno ignora lo que ocurre; no puede llegar a conocimiento del gobernante la verdad de lo que sucede en las más bajas capas sociales, no pasa su visión hacia el bajo mundo que es donde se forman tormentas que esperan su oportunidad. Machado se debilitaba sin necesidad. Los males economicos eran atribuidos a él. Sus medidas para modernizar, para traer el nacionalismo, daban un resultado contraproducente; porque confiaba más que a la acción serena educativa de la gobernación bien enfrenada, en la acción violenta de gentes de la peor jaez conocida. Por otro lado. ¿no se daba cuenta que a medida que ganaban terreno y ascendencia estos porristas se decrecia y empeñecia la acción policial, nulificándose aquella fuerza tan bien organizada y efectiva? El policia rara vez descendia a aquellos métodos de rufianes, y el policia, el verdadero salvaguardador, el vigilante eterno, iba quedando postergado poco a poco por el porrista, que lo hacia todo; el porrista era el bajo medio, conocia y sabia sacar mejor partido que el policia. En una ciudad como la Habana, donde siempre existio un hampa numerosa, era fácil el reclutar veinte mil porristas; ¿pero no era esto practicamente el acabar con el dominio policial? Y estaba sucediendo el fenómeno: el policia no veia nada a pesar de la formalidad del cuerpo, de su magnifico equipo, de su organización, que como muy bien decian— el que se escapa es porque nosotros queremos.—

—Don Sindo usted tiene la razón; pero si usted no protesta, el porrista le acaba con la bodega, Vaya a ver al jefe de los Expertos, vaya al capitan de la tercera estación, o sino al jefe de la judicial, cuénteles lo que le pasa. ¿Es qué aqui los porristas

van a ser la autoridad y acabar con el comercio y hacerle enemigos a Machado?—

Se estremeció el bodeguero.

—Por nada del mundo voy donde **ustez** dice. Sé bien a que atenerme, por nada del mundo.—

Y agregó.

—Don Pancho, aqui estamos como el curro de la feria, que no podemos irnos ni podemos quedarnos. Por nada del mundo denunciaria yo al porrista. No ve que si lo suprimen los demás me buscarán las cosquillas y cuando vengamos a ver pues va a resultar que soy un enemigo de Machado. ¿No ve, vigilante, que aqui porristas, inspectores y policias parece que marchan de común acuerdo para acabar con el comercio?

—No, no lo creo, don Sindo. El gobierno no pretende acabar con el comercio ni mucho menos, ni hay tal consigna; lo que si hay es gentes abusadoras. El general aprecia el comercio, Cuba se puede enorgullecer de contar con un comercio, que estando en manos de españoles es cubano por los cuatro costados.—

—Pues mire, vigilante, que si no pretenden acabar con el comercio, no hay cosa más parecida. Se parece tanto como una gota de agua a otra gota.—

Volvieron al tema de las bombas. En solo un mes habian reventado en la Habana tres cientas bombas.

El bodeguero preguntó.

—¿De donde saldrá el dinero para comprarlas? Debe salir de algun lado, porque mire, la dinamita es cara, y cuesta buen dinero y cuesta trabajo conseguirla y hay que saber como prepararla. Lo conozco porque antes de venir a Cuba, fui pinche de una mina en Asturias y sé lo que es la dinamita.--

Después preguntó violento.

—Y, vigilante, ¿qué se ha hecho de aquella real orden dada por el rey don Amadeo Primero de Saboya por la cual se prohibe el tener explosivos a no ser que haya permiso? ¿Por qué no se aplica sin consideración?—

A la verdad que no era concebible que con un cuerpo de policia modelo, con la secreta, con la judicial, con los expertos, con los porristas, pudiese suceder aquello sin que atrapasen de donde salian las bombas.

Pancho, el policia, se dijo para si.

—Y éste Machado, éste Machado, es hombre de mucha trastienda. A mi no hay quien me quite que esto viene de arribita. Tantas bombas no pueden venir sólo de los niños góticos. Es lo que dice don Sindo, "hay lo que se ve y lo que no se ve".—

Los soldados habian salido a la calle, procedentes de Columbia, y guardaban los viejos castillos y se les veia en alguna que otra esquina. Pasaban airosos con sus relucientes kakis, amarillos, ceñidos, con los rifles al hombro. Otros con solo el machete colgando del cinto. Eran delgados, entecos; figuras verdaderamente de militares. No veia uno sólo grueso, ni uno sólo sonriente. Parecian todos de una misma casta; campesinos. Pasaban indiferentes calle arriba y calle abajo. Su misión no era la de un ejército cuando prevalece la ley marcial. Se habian suspendido tres árticulos de la Constitución; los soldados estaban para ayudar la policia; las autoridades civiles funcionaban como siempre.

El soldado habia tenido la virtud de inspirarle confianza al gobierno. El policia estaba cerca del pueblo; el soldado cerca del gobierno. Cuando en

las esquinas se formaban grupos, el policia generalmente sonaba el club contra el pavimento para que se disolviesen antes que él llegase. El soldado no decia una palabra, sacaba su enorme machete media cinta y el primer aviso era un planazo formidable, que restallaba como un látigo sobra las costillas de alguno, en tanto los demás huian despavoridos.

—Ese es Machado— se dijo el policia.— No le inspiran confianza los policias y crea la porra; no le inspiran confianza los de la secreta y crea la Sección de Expertos. Y como que ya desconfia de los unos y de los otros, pues al primer amago de motin saca los soldados. ¿Para qué estos alardes de fuerza en un pueblo especial como aquel? ¿No daba esto fuerza a la oposición y arreciaban las criticas? ¿Por qué traia estos soldados tan brutales? ¿Qué es lo que habia ocurrido en Diciembre de 1930? Una riña de estudiantes y policias que duró cinco minutos; tiros, carreras; palos, rotura de ventanas. ¿Para qué tuvo que traer al soldado de seguida?—

El, por ejemplo, sabia que por donde anduviese los terroristas no se atreverian a colocar bombas. Conocia aquella ciudad al dedillo y nunca ocurrió que por donde él recorriese estallasen bombas. ¿Los que las tiraban eran solo los niños góticos? ¿No andarian otros poniendo bombas también? ¿Sobre todo aquellos porristas, que practicamente le habian usurpado a la policia sus funciones? Y era un enigma que daba vueltas como un molinete en su cerebro de viejo sabueso.

La noche se iba acercando, Esta noche en que lo habian destacado para ocupar un asiento en el cine Campoamor, y vigilar, vestido de paisano, por si se aparecia algun terrorista por alli a hacer de las su-

yas. Se detuvo al paso para oir lo que se comentaba.

Nada de particular. La Habana en aquella noche de mucho calor se echaba a la calle en busca del aire fresco del Parque Central, del Parque de la Fraternidad y iban hacia el Malecón donde venia el soplo tibio del mar. Era una noche legitima de Cuba, azulada y serena, Los altos cielos mandaban reflejos metálicos, La Habana hervia de tanto público, y observaba los tipos que pasaban indiferentes. Por aquel pueblo, que pasaba confiado, no podia descubrirse nada anormal. Es más, parecia haber más paz en el ambiente que en cualquier otro periodo de la historia de la ciudad. Suspendidos los mitines públicos y grandes fiestas la gente se metia en los cines, donde el local siempre era fresco por el continuo batir de los abanicos eléctricos.

Se fué acercando al teatro. Se reia para sus adentros. La parecia que la medida de vestirlos de paisano, era sencillamente ridicula. Todo el mundo conocia al policia, porque el entalle era el de esos militares, que a fuerza de vestir ceñido, han creado cintura. Era muy fácil destinguir a una persona como policia si se vestia de paisano.

Saludó al muchacho que estaba en la taquilla y se introdujo en el teatro. Sentóse en una de las sillas cercana a la puerta y por donde podia ver pasar a los que entraban, y iban desfilando por delante de él en abigarramiento colonial, hombres, mujeres, niños; viejos y jovenes.

La función habia ya comenzado, Una cinta muy gastada, en la cual a cada paso tenia que detenerse el operador. Pero era una pelicula de gran belleza, "Carmen" de Amicis, y no obstante haberla visto ya en otras ocasiones, al policia siempre le intere-

saba aquella vida de un torero, brutal como un caballo, que de un empujón tira en medio de un charco de fango en la calle a una cigarrera sevillana, enamorada perdidamente de él, y que después, como un chiquillo, se mete en un lodazal a darse un baño a la vista del pueblo.

Estaba entretenido, Muy entretenido. El buen pueblo, el buen pueblo que se divierte, reventaba en carcajadas, Nada de terrorismos aqui, Precisamente en los cines es donde no estallaban aun bombas. Los terroristas no eran mas que unos mentecatos que se creian que podian asustar la Habana con sus calderos de pólvora ,que hacian mucho ruido. ¡Pero en lugares como éste que va....!

Y la pelicula iba desfilando, atrayente, en tanto que una música de órgano derramaba los pasos dobles españoles tan llenos de vida y armonia riente. El policia se sentia vivir.

De pronto sintié un sopor, como un sueño intenso y extraño. Se quitó las gafas y las empezó a limpiar. Se restregó los ojos. Se estaba poniendo ya viejo; ya era tiempo, y le causaban cansancio las cintas cinematográficas.

Después notó otra vez el sopor, pero ahora sopor invencible, que no pudo resistir, y que le hizo cerrar los párpados con la placidez de un niño. No supo cuanto le duró aquello; pero de pronto se sintió sacudido por un brazo; dió un salto y oyó un grito terrible, que salia de la muchedumbre; —¡Una bomba! ¡ Una bomba!— gritaban.

El policia dio un salto, sacando el revólver, pero le venia una náusea horrible, como si el estómago fuese ahora un charco de ácidos infectos, y un deseo agónico e imposible, de vomitar. El revólver se le

escapaba de la mano.

—¡Vigilante! ¡vigilante! ¡salga, vigilante!— oyó que gritaban, y una mano fuerte le llevó a la calle sin poderse defender. Y cuándo ya esperaba oir el estremecimiento del edificio, que se venia abajo, y ver saltar hechos pedazos mujeres, hombres y niños resonó una intensa carcajada. Caian a su alrededor las mujeres desmayadas. Corrian hacia la puerta algunos; pero los más se desternillaban de risa.

—¡Pues si la bomba estaba debajo del asiento del vigilante!— gritaban, riéndose a carcajadas.

Pancho se dió cuenta; era una bomba de gases, un tubito de cristal, largo y fino. No en valde se sintió con aquel sueño de sopor, no en valde casi vomita, Y cólerico contra si mismo dijo para si.

—¡Malditos niños góticos! ¿Por qué no le pondrian la bomba a la vieja en los fondillos?—

Ya la habia recogido uno de los empleados tapándola con un lienzo mojado. Era de gases venenosos, que hacen vomitar.

El orden se habia restablecido finalmente con la llegada de algunos vigilantes de policia y las mujeres fueron llevadas en brazos a los cafés cercanos. El encargado del cine mando desatar la furia de los ventiladores eléctricos para expulsar el aire envenenado.

Pancho, el policia, se dejó caer en una silla del café en tanto que oia.

—¡Qué atrevidos! ¡Pues no pusieron la bomba debajo del vigilante!—¡Qué atrevidos!—

Pero habia en ello un aire tal de alegria, de ver el principio de autoridad asi prosternado y ridiculizado por las habilidades de aquellos que combatian a Machado, que el policia se indignó y dijo para

sus adentros.

—Hijos de......

Mas la Habana, su Habana valia más que todo aquello, Reian, comentaban, bebian, fumaban. Se discutia bravamente en aquellos cafés. Era el acontecimiento de la noche, aquello valia más que la pelicula. ¡Pues no le han puesto una bomba a un policia debajó de la silla! ¿Qué le parece? ¿Quién seria?

Y la alegria lo invadia todo. Sin comentar nada del gobierno, ¡que bien sentaba a aquel pueblo el faltar al respeto a la autoridad! Habia sido una fiesta y comprendia muy bien que la cosa era para reirse; pero nadie le quitaba la ojeriza contra aquella gente. Por encima de lo cómico del caso, flotaba el deseo de romper con el principio de autoridad, de ver con buenos ojos que se alterase el orden y se les ridiculizase a los agentes del gobierno; y aquello lo volaba.

Pero acabó por reirse también y se dijo para si—Pancho, acuerdate, fuiste vigilante con José Miguel, con Menocal, con Zayas, con Machado y tienes que seguir siendo policia con el que venga después.

Y tomando la gorra que se habia quitado para aliviarse el dolor de cabeza que el gas le causara, se levantó, marchando paso entre paso para su casa, comentando consigo mismo acerca de su extraña facha de policia vestido de paisano.

PORRISTAS.

Donde van apareciendo algunos porristas y algunos idealistas, y otros que sin ser ni una ni otra cosa, causan grandes desazones al régimen y fuertes dolores de cabeza a Machado. Charles va ahora entrando en el corazón del monstruo y ve que positivamente, bajo un exterior displicente, se prepara la revolución trascedental y escurridiza.

IX

Desde aquella tarde en que nuestro biográfiado Juan Hernandez despidiese a cajas destempladas a su amigo de la emigración, Atilano habiase sentido inquieto. Queria ver a Hernandez y ofrecerle una satisfacción. Estimaba más a Hernandez de lo que éste pudiera suponer, pero temeroso de otra explosión violenta del viejo revolucionario, dejaba pasar los dias. En el entre tanto Charles obsesionabase continuamente por descubrir quien era Atilano, o mejor dicho confirmarse a si mismo que era el sujeto que oyese en un mitin del Madison Spuare Garden tronar contra el capitalismo yanki y que después meses atrás viera capitaneando un grupo de rompehuelgas, donde Atilano se pescó la más tremenda de las palizas, y salió huyendo de Nueva York.

¡Eureka! ¡Eureka! Habia exclamado por fin Charles una mañana, repitiendo la frase que hizo famoso a Arquimedes cuando logró encontrar la verdad en un descubrimiento cientifico. ¡Eureka! Si, ahora estaba seguro. Atiano era el mismo Apolinar Reyes. Estaba ahora seguro; porque aunque le huia, habia tropezado con él en el parque y al quitarse la gorra y mostrar su enorme cabeza pelona, Charles habia visto la marca imborrable que hubiese dejado en aquella cabeza un martillaso recibido en plena testa cuando iba a entrar en una fábrica de conservas a romper una huelga al frente de algunos más, en Nueva York. Y con aquello quedó ya cerrado el asunto; no tendria trato con personas asi, rebeldes por un lado, y traidores por otro.

Pero el destino, que es el que finalmente manda, quiso otra cosa, Y ello fué que Charles, que siempre fuera dispético, y al que asentaban mal las comidas cubanas, tan ricas y sabrosas, hubo de caer con un terrible ataque de gastritis que casi lo lleva a la tumba. En la casa de huéspedes llamaron de seguida un médico y Charles estuvo dias entre la vida y la muerte. Y como que asi estaba decretado, fué que Atilano hubo de venir a dar la satisfacción a Hernandez, encontrando que el viejo conspirador, como buen guajiro al fin, se habia quedado por el campo, y que Charles estaba muriéndose. Y Atilano entonces soltó su trabajo, en aquellos dias de peón de albañil, y se pegó al lado de la cama de Charles. Habia sido cosa larga, cosas de dos meses, y no hubo una sóla noche que no la pasase a su lado, confortándole, sirviéndole hasta en los más bajos menesteres, hasta verle fuera de peligro. Charles habia apreciado aquello tan hondamente que se

juró no decir palabra a nadie de la doble vida de Atilano y hacerse la ilusión que en el mundo no habia una persona más humana y justa que el agitador.—Puede ser un falsante— se dijo para si— pero ha sido conmigo más que un hermano.—

Trás dos largos meses de enfermedad Charles Doors hallabase ya bien y repuesto y por las tardes sentábase en el Parque Marti, por donde precisamente discurre media Habana. Eran tardes de conferencia con el Apóstol, conferencias mudas, en que sólo hablaba el cerebro.

—¡Qué monumento más feo!— se dijo para si— Tan viejo, tan desgarbado, tan desesperado, con una desesperación intima que brillaba en la piedra. ¡Y aquellos zapatones! Aquello nunca lo usó Marti, que tenia pie pequeño. ¿Si se lo iban a decir a él que acompañó a Marti en el viaje a Fernandinas? ¿Si se lo iban a decir a él que fué a recibirlo y lo acompañó en Ocala cuando el visionario llegó al poblado y visitó la fábrica de tabacos de Barreto, donde Charles trabajaba?— No se parece nada a él— se dijo.

Marti habia muerto muy joven cuando contaba 43 años, Una edad tronchada, una vida malograda. El viejo que veia aqui en el monumento parecia un señor usurero, que vive retirado, y que una noche cuando más aprecia el sueño, comienza una murga de guitarristas en la boca calle. El viejo se levanta frenético por aquella imprudencia de enamorados serenateros, y al levantarse rápido se lleva una frazada, pegada a la espalda, y cólerico, porque le han destruido su descanso, sale por el balcón y apostrofa a la muchedumbre de guitarristas, —Follones, malandrines, que no me dejáis dormir-

La comparación le hacia reir. —Nada mas que un viejo usurero es lo que parece.—

El monumento habia sido lugar de desfile de miles de niños de las escuelas públicas en el dia del natalicio del Apóstol. Habiánse depositado muchas flores al pie del monumento, Charles se levantó y fué a leer las inscripciones. Le llamó la atención una gran corona compuesta toda ella de jazmines del cabo, blancos, en medio de la cual habian colocado una flor muy grande, roja, como una gota de sangre coagulada, en medio del blancor de los jazmines. Una cinta roja con letras doradas, decia. —Al Apóstol, tus continuadores, El Estudiantado.--

Después fué leyendo las otras en las cuales el pensamiento sencillo campeaba. hasta detenerse en una corona de gladiolas, encapuchadas dentro de un aro de oro que valdria muchos pesos; pero que no era lo más apropiado colocar alli donde durante la noche podrian llevársela. Leyó. —Su excelencia, el ministro de los Estados Unidos, Guggenheim, fraternalmente al pueblo de Cuba, en el natalicio del Apóstol.—

—Mentirosos— dijo para si— ¡Fraternales! ¡Mentira! Colocar una cosa costosa como esa aqui, para que se la roben y después presentarnos allá como gente que no respeta lo más sagrado. ¡Mentira! ¿cuándo nos han considerado fraternalmente éstas gentes, que nos desprecian en las emigraciones y nos consideran inferiores?—

Volvió a sentarse. La tarde era calurosa y parejas de enamorados iban en dirección del Malecón. Turistas llevando sus cámaras fotográficas; polacos que asediaban a los paseantes con sus corbatas y nuñecos; soldados que pasaban, describiendo sus

machetes un rabo largo; policias de pasó cansino, que salian de las estaciones rumbo a sus casas. Griterio de los venderores de tabacos, que los detallaban a "kilo"; griterio de vendedores ambulantes. Y arriba un sol que descendia aquella hora por entre las gradas del Capitólio e iba a perderse en torrente de luz por el Parque de la Fraternidad.

Acabó por sentarse sin fijar su atención en otra persona que estaba a su lado, Ensimismabase en sus recuerdos de Marti. Se dijo para si. —Hablan mucho de lo que éste hombre hizo y le atribuyen muchas cosas también que no hizo, ¡leyendas!, pero que pocos son los que saben que éste hombre fué un ser múy enfermo, un hombre muy desgraciado.—

Después recordaba los apóstrofes de Marti; las llamadas a las armas que dió a las emigraciones; "Cubanos, nuestras novias las palmas nos esperan".

Sonrióse sarcásticamente. Y dijo como dirigiéndose a la estatua.

—Maestro, afortunadamente hablaste al pueblo de las emigraciones y hace tantos años.... Si hoy dices eso te chiflan. "Las palmas nuestras novias nos esperan". Vaya, vaya, maestro, que dijiste una ridiculez. ¿Lo sentias?

Agregóse después in mente. —¡Pero qué enfermo! ¡Qué enfermo estabas siempre, maestro! Eras un visionario, maestro. Encubaste sin darte cuenta, tantos malvados....

Sus dias de la emigración, sus acompañamientos con Marti, a quien habia conocido en Nueva York, que lo habia seguido como una sombra por Florida, y a quien no acompañó a Dos Rios por una enfermedad imprevista. Le parecia estar viviendo aquellos dias. ¡Cómo tomaban en serio todas éstas cosas

las emigraciones y él mismo! ¡Cuantos pesos habia él dado para la causa de Cuba! No habia guardado los recibos.

—¿Quién lo habria de decir? Todos los q. prestaron algun servicio a Cuba lo cobraron con creces; pero los emigrados cuyas pesetas hicieron posible la patria para esos un completo olvido e indiferencia....

—¿Será posible, maestro? ¡Ah, si hubieses vivido!— Después se agregó —¿Qué te habria pasado? Tú no eras más grande que Bolivar, ¿y qué dijo Bolivar cuando estaba moribundo en Santa Marta Alejandrino? Pues dijo,—Ha habido tres tontos en el mundo; Jesus, Don Quijote y yo.—Eso mismo tendrias que haber dicho tú.—

Y asi estaba ensimismado en su conferencia mental con el Apóstol cuando salió de su lado un grito estridente, que le hizo dar un salto y vio a otra persona que estaba alli sentado hacia rato y que gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—Oh, Padre de la Patria, te sacaron los ojos para que no vieses tantas degradaciones.—

Habia sido un grito tan insólito, que tanto empataba con su propio pensamiento, que alarmado Charles se habia puesto en pie.

—Un loco— se dijo.

Era un joven, de densas y negras ojeras; un tipo criollo, de facciones regulares y de cutiz pálido. Malamente vestido; hambriento sin duda. Su melena caia en bucles casi tocando el hombro. Era una cosa rara y recordaba los personajes de la revolución francesa. Gesticulaba el joven y sus ojos lanzaban llamas de furor.

Charles intentó dominarse, pero nervioso pre-

guntó.

—¿Habla usted conmigo?—

El joven sacudió la cabeza como si fuese un bouquet sujeto por una mano; las largas melenas safarónse, como pétalos que van a caerse.

—Perdone usted, camarada, perdone usted, es que no puedo dormir por las noches, es que he estado como soñando: me mata el insonnio, Hablo sólo.—

Charles lo primero que pensó y dijo para si.

—Porristas por todas partes.—

El joven continuó, ahora levantando el brazo y dirigiéndolo al monumento.

—Te sacaron los ojos para que no vieses tantas infamias.—

Charles se volvio a preguntar a si mismo. —Hay porristas por todas partes.—¿No seria un pretexto éste para sonsacarlo?—

Y nervioso aun y buscando la manera de asegurarse en si mismo preguntó.

¿Y por qué cree usted eso?—

—Lo creo, porque es asi, le han sacado los ojos— y extendiendo la mano hacia la cara del monumento afirmó —mirélo usted mismo.—

Charles apesar de tantas veces que habia estado cerca del Apóstol no se habia fijado en tal cosa. Por eso se levantó y fué hacia Marti, El joven lo habia seguido.

En efecto, Marti no tenia ojos. El artista los habia olvidado ¿o era apropósito? En las negras concávas el verdin habia cruzado rayas que parecian ir hacia el cerebro.

—Puede usted creer que nunca lo habia notado— dijo indiferente.

—Pues yo si, hace ya tiempo que vengo obser-

vando eso, y no pudo evitarlo el artista, no, el Apóstol tenia ojos; pero se los han sacado para que no vea.—

Y por el extraño sentimiento no definido, el joven comprendió que aquel hombre de pelo canoso, viejo, pero muy fuerte, con toda la cara rapada, y que tenia contornos casi sajones, debia haber conocido a Marti. Sin duda un viejo emigrado, de esos que de vez en cuando venian a Cuba procedentes de Florida. Por otro lado, los rasgos faciales eran ya más de americano que de cubano, en tanto que en el acento habia algo impreciso, como de persona no muy acostumbrada a usar su idioma.

Y el joven le habia preguntado. apaciguado un poco ahora.

Charles vió que era la manera de entretenerlo hasta poderse ir.

—¿Cómo si lo conoci?—

Y metiendo la mano en su vieja cartera recorrió sus papeles hasta encontrar una carta ya amarilla por los años y el uso. y mostrándosela le dijo.

—No creo que haya muchos que tengan algo asi.--

Era una carta toda ella escrita en aquella letra enredadisima de Marti, confiándole una comisión delicada en las emigraciones, en aquella forma que sólo él tenia para escribir; Marti, el artista, el poeta, el escritor, el soñador, el visionario; perseguido a través del mundo, peregrinando por las Américas, uniendo los hombres con sus frases llenas de candor, subiendo a los talleres de tabaqueria, dando el brazo a la negra Paulina Pedroso.

—Un idealista— no pudo por menos de decir Charles al joven que lo oia con embeleso.

El joven perdió la timidez. Quien habia andado

con Marti no podia ser porrista ni estar con Machado, y ahora su fogosidad de insonnio estalló violenta, y levantando la voz grito.

—Si, un visionario, un idealista—ya lo dijo usted. Por eso, por eso mismo le han sacado los ojos. El primero entre los grandes revolucionarios del mundo, Murió de cara al sol frente al enemigo y como Cristo perdonando, y vinieron los de segunda fila, los agachados, para aprovecharse de su obra, para robarle al Cristo su corona. —

Hizo una pausa y volvio a gritar.

—¿Para qué lo hiciste, Padre de la Patria? La guardia civil nunca fué tan malvada como son los rurales. El guardia civil daba componte al vago, la rural apalea al q, se va del ingenio y no trabaja a peseta al dia. ¿Para qué lo hiciste, Padre de la Patria?—

No le quedaba duda a Charles; un morfinómano, un fumador de marihuana. ¡Estaba tan corrompida la juventud del presente!

Pero habia un peligro, un eminente peligro acechándolos. Eran sobre estos asi escandalosos sobre los se cebadan los porristas. Y porristas los habia en todas partes. Se habia ya formado un grupo.

—¿Estamos en China, maestro? ¿Estamos en China?— gritó desaforado.

Tentado estuvo Charles de marcharse. Aquellos gritos atraerian la atención, Los soldados guardaban la ciudad; la policia andaba a estaca limpia; los porristas abofeteaban; era un peligro al que se exponia, él, un desconocido, estando junto al joven. Pensó en largarse. ¿Mas no era una cobardia? De sus años mozos, cuando en Nueva York se liaba a puñetazos con los tahures del Bowery hasta que

llegaba la policia y les molia las costillas á todos, era su natural. Hacia ya muchos años que no iba nunca en busca de tragedias, pero eso si, a donde llegaba alli se quedaba; no le gustaba buscar el peligro, menos huirle. El peligro, decia, —es como los perros, si se planta uno huye, pero si corre lo siguen y lo muerden.—Creyó, sin embargo, que su edad le autorizaba para prevenir al joven.

—Pero joven, cállese, dicen que hay muchos porristas.—

El joven se irguió, pareció crecer en estatura.

—¡Qué vengan hombre, qué vengan, ya tengo ganas que me maten o matar alguno de ellos! ¡Qué vengan!— dijo sofocado y a gritos.

Y después más bajo y como hablando consigo mismo.

—Hace tiempo que combatimos al tirano; no hemos querido tirar a dar. Son avisos, nada más que avisos, ¡hombre, que se marche! ¡hombre, que se marche! porque sino— hizo una pausa— sino aqui se va acabar todo, Sanson y los filisteos.—

—Loco, loco de atar,—se dijo para si Charles— y se agregó a si mismo —Bueno, nada pasará, porque en todos lados a los locos se les trata como locos.—

Llameabanle los ojos y manoteaba con ese perenne mecanismo del criollo.

—Cállese,—mando imperioso Charles.—

—No, no me callo, no me da la gana de callarme.--

Y sus melenas, alborotadas, eran ahora como una manigua cortante. Habia levantado los dos brazos a un tiempo e increpaba al monumento.

—¡Oh padre de la patria! ¿estamos en China?— ¿Estamos en China, maestro? Oh si, debemos estar

en China porque veo chinos por todas partes, y si voy a buscar trabajo a una fonda no lo hay, porque aquello es China y hay un chino o muchos chinos ocupando mi puesto. Si pido de comer me tengo que humillar por un poco de basofia. ¡A mi maestro, a quien tú redimiste con tú sangre en Dos Rios! ¿Para qué lo hiciste, Padre de la Patria? ¿Para que nos quitaste un tirano para entregarnos a otro que hoy nos gobierna? —gritó frenético.

Habia llegado un curso peligroso. De los que se habian agrupado algunos echaron a andar. Sabian como se las gastaban los soldados, que cuando veian un grupo sacaban los machetes y la emprendian a planazos sin dar aviso. Por si acaso se iban escabuyendo.

—Está loco— dijo uno que echó a andar.

—Es un lombriciento— soltó otro a medida que se marchaba.—

—Es un estudiante, ¡Mal rayo lo parta!— soltó un tercero.—

—Estan disgustados con Machado, porque les cerró la Universidad. ¡Qué doblen el lomo y vayan a cortar caña!—

Otro agregó.

—Estos estudiantes son peores que un ataque de almorranas. ¡Qué doblen el lomo!—

Pero un hombretón de grandes espaldas y de un bigote tan largo que le formaba guia junto a las orejas se habia pegado al joven como si fuese un cancervero. Debia ser español; porque aquel tipo le pareció a Charles un carretonero de sus buenos tiempos. ¿Quién seria éste monstruo? ¿Qué haria si los porristas venian? Pues si le daba por pelear ya se necesitaban algunos porristas para él sólo

Y mientras algunos se marchaban otros se iban agrupando de nuevo.

Charles habia formado su plan. No dejaria al joven y se pegó cerca de él. El muchacho se creció al verse ya con pueblo suficiente. Y levantando de nuevo el brazo, dirigiéndose a Marti, gritó.

—¿Estamos en España, Padre de la Patria? Cuando va uno a alquılar sus brazos a una bodega ya hay alli un gallego que llegó antes que yo. Si va uno a la fonda, un chino o varios chinos; si va uno a la bodega un gallego o varios gallegos. ¿Es España esto, maestro, o es China? Contesta, maestro. ¿Es qué ellos son mejores que nosotros? ¿Es esa tú Cuba con todos y para todos? ¿Es que aqui el único que no cabe es el cubano?—

El hombretón enorme extendió los brazos hacia adelante y gritó.

—Está diciendo verdades como un puño, redios. Este pais es de nosotros los cubanos, redios. El rapaz dice la verdad, redios, y el que no le guste que se largue.—

—¿Quién es el sujeto?— preguntó Charles.

—Ese, un español medio chiflado, que dice que es cubano.—

Ya Charles lo habia notado por el acento, pero ahora se confirmó mas. cuando el sujeto gritó al joven.

—Chacho, **emuburrialle**, que aqui está Patallo, el de Cabruñana y que vengan los de Teverga, que tengo ganas de **entralles**.—

Charles oyó a uno que dijo por lo bajo;

—¡Ah, qué saco de patadas le van a dar a éste gallego!—

El muchacho se creció al oir semejantes exhorta-

ciones.

La tormenta se acercaba más y más. A cada minuto se unia más gente al grupo y el joven de las melenas habia acabado por subirse encima de una de las sillas extendiendo sus brazos hacia el Apóstol, apostrofando. Parecia un reto entre aquellas dos figuras, la una pedrea, fria, rigida, con su brazo, como una rama seca, extendiéndose fijo al sur, el otro moviendo sus cuerpo y sus brazos como por una epilepsia atenancéando la cara del Apóstol con sus dedos largos y arañantes. Como dos en furiosa reyerta de palabras vivas.

—¿No fuiste tú, Padre de las Patria el que dijiste a las emigraciones, a los obreros, que en Cuba la justicia se impondria, que nuestra tierra no albergaria tiranos? Pues vete a los ingenios y dime, ¡oh maestro! ¿Estamos en Haiti o en Jamaica, Padre de la Patria? Alli el trabajo se paga con una peseta al dia. Alli hay toda clase de injusticias y toda clase de esclavitudes. ¿Es esto Haiti, maestro?—

Después en el paroxismo de la exaltación dió un grito aun más violento.

—¡Oh, no en balde te sacaron los ojos para que no vieras las degradaciones en esta tierra! Levantate, maestro; redimenos de nuevo. ¿Dónde está tú Cuba con todos y para todos?—

El hombre de los soberbios bigotes aplaudió dando un grito.

—Metele, chacho, que vas dandolle en el clavo—

Y como pasase un polaco con una caja de corbatas colgando del cuello, inclinada la frente hacia la tierra como bajo el peso de una cruz en el cogote, gritó.

—¿Estamos aqui en Checo Eslovakia?—Ahi lo teneis, un polaco, un judio, un diablo, que salió de otra parte del mundo para meterse aqui, ¿Por qué no se quedan los polacos en su tierra? Que se largue para su tierra.—

Todos miraron cólericos para el polaco; el hombre de los largos mostachos gritó.

—Si, home, que se largue para Checo Eslovakia ese polaco, redios.—Que se largue.—

El polaco echó a andar mascullándo algo que debia ser oprobiante; pero que no entendieron.

Siguió el joven en tanto más y más gentes se acercaban.

—En este pais todo el mundo tiene derecho a vivir, a progresar, a reirse del hijo del pais, pero nosotros, los cubanos, no cabemos en ninguna parte; dicen que no servimos, y no se ocupan más que de tiranizarnos y de enriquecerse.—

Y como viese un negrito con un cajón de limpiabotas gritó.

—Todo aqui de extranjeros; los ingenios de los americanos, de los haitianos, de los jamaiquinos, En la Habana, el gallego, el chino, el polaco son los dueños, Y por último en esta ciudad hay cinco mil lugares donde se ganaban la vida los negritos limpiándo zapatos. ¿Quién los ocupa ahora? Los armenios. ¿Por qué esa degradación, maestro?—

Y después con risa sarcástica.

—¡Cuba con todos y para todos..! ¡si con todos y para todos, pero no para los cubanos!—

Ahogabase bajo la rabia que le dominaba.

—Nada, un fumador de marihuana— se dijo para si Charles. Está tan corrompida la juventud del presente.— y agregó —pero dice verdades como

un puño.—

Y resonaban en los más hondo de su cerebro aquellas palabras como grabadas a fuego lento.—¿Estamos en España, maestro? ¿Estamos en Haiti, maestro? ¿Estamos en China, maestro?—

Y él mismo podia apreciar esto, Ya hacia largo tiempo que estaba en la capital, No que le urgiese tanto trabajar; ¿pero dónde podia hacerlo? Fuerte, vigoroso, dueño de si mismo, no obstante su edad. No era posible, donde quiera que se habia acercado habia encontrado lo mismo; todo ocupado por los extranjeros; todo en manos del extranjero, el cual monopolizaba las cosas y creaba condiciones tales, tan imposibles, que si el cubano llegaba a ocupar una posición, tenia que convertirse en esclavo para poder seguir en ella.

Y habia ido de la seca a la meca pidiendo trabajo, nada más que por saber. Los talleres de tabaqueria apenas si existian; toda la industria casi se la habian llevado los americanos para los Estados Unidos donde estaban los consumidores. Ya aqui no existia casi industria del torcido.

El joven seguia su violenta peroración.

—Si, maestro, todos aqui se enriquecen y nos explotan y nos desprecian, nos matan de hambre y un tirano salido de la misma revolución redentora está ahi altisimo para por medio del soldado dominar al pueblo de Cuba y someterlo. ¡Un tirano que protege las inversiones del extranjero en contra de su propio pueblo!—

Se habia acercado al grupo un soldado. Habia subido sigilosamente por una calle lateral, pero quizás la costumbre de dar planazos sin saber porque, le hizo ahora esperar, para enterarse antes de sacar

su media cinta.

Al verlo el joven gritó;

—Si, si, un tirano, Usas el ejército, el mismo que debiera ser el continuador de la obra libertadora. Los campesinos, un ejercito de desarrapados y hambrientos recorrió a sangre y fuego la isla y destrozó la tirania de España. El ejército cubano de hay está compuesto de los nuestros, de los hijos del pueblo, de los hijos de aquellos mismos campesinos. ¿Por qué lo usas para defender el capital extranjero en contra nuestra?—

El soldado mostró como si una densa inquietud le subiese por el rostro huesoso y largo. Estaban atacando al gobierno y eso estaba entermente prohibido, como prohibidas estaban las reuniones, Hizo un ademán, tocó con la derecha la formidable empuñadura de cabeza de águila de su machete e hizo un esfuerzo para romper por entre el pueblo en tanto que las miradas cólericas se clavaban en él. Pero el orador debia de ser dentro de su locura admirable psicólogo, porque ahora dió un grito estentóreo dirigiendose al monumento y gritó— El soldado cubano es un hijo del pueblo, de campesinos, y no debe atropellar a sus hermanos. En Cuba el soldado, el obrero y el campesina serán la fuerza invencible que barra con el tirano y con el extranjero. En el soldado está que haya justicia, ¡Oh, Padre de la Patria! Pide al soldado q. siquiera una vez haga justicia a sus hermanos; es nuestro hermano mayor, que debe salvarnos, mandáselo. Mandáselo, maestro.—

Dió los gritos con un gesto tan valiente y expresivo que pareció como si el brazo largo de piedra, como si la cabeza cansada y enferma del mármol

dijese,—Sea—

Y el soldado ahora se contuvo bajo la mirada inquietante y severa de la muchedumbre. ¡Soldados y obreros y campesinos! Ya lo habia oido antes. Su natural sano de hijo de los campos le hizo reflexionar. El nuevo Cristo que brotaria de las entrañas del pueblo barriendo de la tierra la injusticia secular. Lejanas voces de alerta de un pasado de esclavitud del campesinaje le llevaban inconcientemente a sujetarse, a dominarse, a oir al joven. Era verdad, Como sus padres, como sus abuelos, como sus tatarabuelos, de los tiempos en que los pies se podrian de niguas, como si aquellas figuras extrañas e ignotas se levantasen de sus tumbas, las victimas del pasado heróico, tremolando una bandera como un lienzo sacado de un charco de sangre. —¡Campesinos, obreros, soldados!— se dijo para si—Pero estaba prohibido aquello, Y vacilando, dió media vuelta airoso, se perdió calle arriba, erecto el pecho, marchando gentilmente; su largo machete trazando raros arabescos en el aire.

De buena gana se hubiera quedado. ¿Pero si pasaba un oficial y veia que no estaba cumpliendo con su deber? ¿Su deber? Ya le repugnaba semejante deber. Su deber hubiera sido ahora entrarle a planazos a éste joven. Era un hambriento, sin duda un hambriento; porque sólo en la mente fatigada de un hambriento cabia ese desprecio al encierro en la Cubaña y quizás lo que fuese.—Pero habla la verdad— acabó por decirse. Después como hablando consigo mismo.

—¿Pero si me ven? ¡Qué malo era quedarse a la intemperie! ¿Y quién no se quedaba? El gobierno resolvia estas cosas facilmente; la expulsión del

cuerpo, y después el desprecio de los demás y el hambre que ciega y debilita. Pero aquellas palabras; ¿por qué el gobierno estaba usando el ejercito para defender siempre extranjeros? ¿No eran ellos en los ingenios como una guardia negra? El trabajador tenia que acomodarse a ganar dos pesetas al dia. El sabia lo que era cortar caña, y después coger fiado en la bodega del central, y al terminar la zafra quedarle debiendo a la bodega, y si queria uno marcharse, entonces el soldado para dar componte y que siguiera trabajando en la época muerta, limpiándo paja de caña hasta liquidar en la bodega lo que nunca sucedia. Sus padres habian sido macheteros, cortadores de caña. Las palabras de aquel joven serian las de sus padres si pudiesen hablar asi. Torcidos sobre la tierra domando terrones, produciéndo para el extranjero. —Y nosotros— dijo— de esbirros para que se enriquezcan otros.—

Y por el aire levemente dorado parecia flotar una bandera roja como la sangre; patria de soldados, de obreros, de campesinos. De los cielos parecia descender la justicia. Y siguió calle arriba.

El pueblo que habia visto al soldado marcharse creció en confianza, Precursores aleteos de descontento estaban minando el ejército demasiado en contacto con éste pueblo de la Habana. Machado descansaba demasiado en esta maquinaria de rifles, ametralladoras y kakis, y echaba todo el peso nacional, todas las querellas nacionales sobre ellos ¿Era el ejército suficiente fuerte para resistir el peso? ¿No se quebraria la maquinaria de hierro y pólvora y se vendria a tierra, hundiendo en su caida a las instituciones y enterrando a Machado?

El violento ataque continuaba despidadamente

por parte del joven.

—Maestro, tú vestiste un traje viejo y raido y con las pesetas de los obreros nos diste patria. Este tirano vive como un principe de Oriente, rodeado de queridas, votando el dinero, enriqueciéndose, Cristo tuvo una piedra para descansar la cabeza, el Papa tiene una almohada forrada de oro.—

Aquello no podia prolongarse. De pronto Charles vió moverse por los soportales cercanos varios policias. Pararon varios automóviles a la vez y salieron como vomitados de ellos hombres armados de estacas, de tubos de automóvil, y cocos macacos. Hombrachos, de grandes sombrerones, q. venian rectos hacia el grupo. Algunos se empezaron a escabullir; otros gritaron. "La Porra, la Porra"— Charles previó el choque y trató de bajar al joven de la silla. Pero éste furioso, parecia crecerse ahora. y gritó.

—¡Son los esbirros, que vienen a apagar las vocas de protesta de un cubano. Qué vengan, tengo ganas ya que me maten!—

Los porristas habian entrado veloces en el parque yendo rectos al grupo. Charles sintió sus impetus de acometividad de sus años mozos; pero se contuvo, Pensó solamente en salvar al joven.

Charles fijó entonces su atención en el hombre de los tremendos mostachos y quedó como electrizado. Habia dado un grito, propio de fiera de las nevadas montañas.

—¡No huigáis, chachos! ¡Son los de Teverga! ¡A mi, a mi, los mozos de Cabruñana, redios!—

Y su brazo terrible se irguió sobre la muchedumbre. Ahora se habia transformado; sus bigotes largos como una guia, eran dos cuernos erectos y finos

de un toro que va a acometer.

Rápido como el rayo, se habia ido sobre las sillas de hierro. Y el milagro se efectuaba; las sillas estaban soldadas una a la otra, pero de un tirón habia safado una silla, saltando los remaches por el aire.

Ante aquella asombrosa fuerza y destreza Charles sintió el deseo vivo de la pelea, pero sus brazos parecian sin sangre, su estómago, débil de la reciente enfermedad, enviaba mareos a su boca. Se sintió impotente para pelear; un desfallcimiento horrible se apoderaba de él.

El ataque habia sido feroz, Los porristas fueron sobre el grupo rompiendo a zurriagazos y palos. La gente comenzaba a resistirse a puñetazos y veia manos inquietas, q. buscaban nerviosas en los bolsillos algo, con la desesperación de la impotencia.

Patallo se habia lanzado con brusquedad de león, su silla describió en el aire un estraño molinete, yendo a caer terrible y lacerante sobre la cabeza de un porrista a tiempo que gritaba como un salvaje de las cavernas.

—Anda, llevale esa a la **viella.** —

Todos parecian ahora electrizados por el valor de aquel hombre tan fuerte y acometian a los porrista por muchos lugares a la vez. Pero se veia la inferioridad latente de gente desarmada, enteramente a la merced de los acometedores.

Charles sintió una desesperación infinita, ¡Ah, si fuera en sus otros tiempos con Patallo y él bastaban!

Ya varios porristas habian rodado por el suelo ante los silletazos de Patallo. Este habia alzado la silla de nuevo, toda jorobeteada y descargó terrible golpe que alcánzó por el hombro a un mulatón que venia sobre él con un coco macaco. Habia gritado.

—Anotáte esa, chacho.—

Y el mulatón habia rodado por el suelo.

Pero Charles ahora veia que el joven de las largos melenas caia de la silla. Alguien le habia tirado de una pierna y en la caida se rompia la cabeza de donde manaba abundante la sangre, haciendo de su melena una esponja rojiza. Trató de salvar al joven, en tanto que veia ahora como si fuera un sueño, la silla de Patallo describir siluetas por el aire, Ya no era más una silla parecia una mata de zarzas y oia el vozarrón terrible que gritaba.

—¡A mi, los mozos de Cabruñana, redios!. ¡A mi los mozos de Cabruñana, redios!—

El tenia recostado a su pecho ensangrentando su ropa al joven, intentándo sacarlo de entre aquel gentio y rodeado a su vez por los porristas que levantaban su estacas amenazadoras. Habia hasta entonces logrado esquivar los golpes y llevaba a rastro al joven.

Era evidente que los porristas centralizaban el ataque sobre Patallo. Un golpe le habia alcanzado en la cara y esto habia enfurecido al hombrazo.

—¡Ah, le diste en la cara a Patallo! ¡Te cogió el **cibiello**, porrista.—

Y fué un alarido feroz y otro silletazo tendia al sujeto por tierra.

Era evidente que la gente no huia, sujeta, electrizada por aquel Sansón de la muchedumbre, que a cada golpe tendia un hombre por tierra, Pero un porrista se habia corrido descargando terible cabillazo por detrás de la cabeza a Patallo. Este vaciló, la silla que no era mas que un puñado de hierros saltó en el espacio; el hombreton y la silla cayeron

sobre el duro pavimento.

Charles en medio de la pelea oyó una voz sarcástica que gritó.

—Muerto el perro se acabó la rabia, Se acabó con el gallego parejero.—

La gente empezó a huir por el parque y Charles entonces vió avanzar sobre él aquella jauría. Llevaba al joven a rastro, sintiéndose el mismo desfallecer. Un hombre barrigon se le iba encima a quitarle al joven herido. Habia logrado tirar de una pierna del herido, q, se desprendió de él dando con la cabeza en el duro pavimento. Pero Charles de un salto se paró abriendo sus piernas sobre el joven tendido en tierra. Trataba de salvarlo, invocando la justicia.

—Pero dejen al muchacho, está herido, está herido, No hacia nada de malo, no hacia nada de malo.—

Pero otro porrista iba sobre él levantando un bastón con empuñadura de hierro y gritando.

—¿Quién eres tú para meterte en lo que no te importa?— y levantándo sobre su cabeza el coco macaco amenazador.

Ya iba a descargarle un golpe de muerte cuando para Charles brilló como una inspiración y en aquel su inglés gutural y seco de "crakas" de Georgia, gritó lo más alto que pudo.

—I am a United States citizen, and you have no right to commit this outrage.—(Soy un ciudadano americano y ustedes no tienen derecho a cometer éste atropello.)—

Aquel grito seco, áspero, de un inglés sin acentos extranjeros, sujetó a los porristas que venian en masa, Pero el más atrevido de ellos, un sujetó de ojos saltones y cara de bulldog contestó rapido.

—Pues ni hablando inglés ni la madre que te parió te salva de un "yayazo", castrón.—

Y el coco macaco levantóse y Charles esquivo el primer golpe, y cuando ya el porrista levantaba de nuevo la vara recta al cráneo de Charles, el porrista fué sujetado fuertemente por la levita, por otro que debia ser el jefe y que le gritó.

—Cuidado, Pedro, cuidado, acuerdate lo que dijo el jefe. Cuidado, que es americano.—

Y aquello fué el final. Charles siguió arrastrando al joven, en tanto que por los soportales veia los clubs de la policia venir como un bosque de palos pintados, viendo en el aire centellear hojas de machete como relámpagos, oyendo el estampido preciso de los disparos y viendo nubecillas de blanco humo como si desde la tierra centenares de fumadores mandasen bocanadas de humo de sus cigarrillos. Y oia pasar la gente diciendo; —Aqui el único que no vale nada es el cubano; miren como no se atrevieron con el señor cuando les habló en inglés. ¡Qué degradación!—

LA CASA DE ORATES

Donde se descubre el porque desde los Estados Unidos 24.000 periódicos combatian a Machado que les habia quitado el mercado de Cuba y estaba a punto de quitarles los mercados de la America Central. El nacionalismo como medida salvadora. Era un enemigo peligroso que habia que anular y destruir, apoyados en los oposicionistas de Cuba. La cuestion era de vida o muerte para Estados Unidos. Donde se cuenta que no querian matar a Machado, pero si volverlo loco.

X

Charles habia quedado subscrito a un periódico de los Estados Unidos, el cual recibia en la Habana. Una de aquellas mañanas le indignó una noticia sensacional en la primera plana. El corresponsal de la Prensa Asociada en la Habana afirmaba, que no se podia vivir en la capital antillana, que la revolución habia tomado ya tal fuerza que el Parque Central estaba erizado de ametralladoras listas a disparar, y que los soldados, parapetados detrás de sacos terreros y alambre de barbeta se preparaban para el ataque. Le indignó tanto aquello, porque precisamente él vivia frente al Parque y desde su

llegada no habia tenido oportunidad de ver ametralladoras, que estarian en la Cabaña o quien sabe donde, y en cuanto al alambre de barbeta sólo lo habia visto en las ferreterias.

Tiró el periódico. Después pensó en ir a visitar al Dr. Alberto Mulkay, un viejo amigo, que conociera en los dias de la guerra, en Nueva York, y que a la sazón ocupaba un puesto de jefe de departamento en la Secretaria de Justicia. El doctor Mulkay figuraba entre los intimos del mismo Machado.

—Doctor y usted conoce inglés, Lea eso y digáme lo que pienta. Usted sabe que no es sólo éste desgraciado periódico, sino los 24,000 periódicos que hay allá, regenteados por judios, los que hacen semejante infame campaña. ¿Por qué el gobierno no toma medidas y impone censura a semejantes noticias que tanto daño nos hacen?—

El doctor leyó detenidamente y le dijo.

—Charles, esto no es nada nuevo para mi, con la excepción de algun que otro árticulo, a Machado se le ataca despiadamente desee allá, pero lo que tú propones es peor el remedio que la enfermedad. Esa seria un arma de doble filo, Figurate lo que sucederia si imponemos la censura, fortaleceriamos las criticas y eso es uno de los planes de esa cochina gente.—Y agregó.

—El presidente los tiene en contra por muchas razones, y por ahi se dice que una de ellas es que los cuatro corresponsales de la Prensa Asociada aqui, siempre tuvieron sus "botellas" de 500 pesos mensuales cada uno y Machado no ha querido entrar en eso, dice que a él no se le "chulea" el dinero asi.—

Después el doctor fué presentando un acabado

estudio con referencia a Machado y los Estados Unidos.

Figurate, estan rabiosos; pensar que antes le gastabamos trescientos millones al año, es decir, la tercera de lo que gasta Inglaterra, y que ahora sólo les consumimos veinte millones. Figurate es para estar rabiosos. Tú sabes que por un mercado más pequeño que ese se han ido los pueblos a guerras horribles, ¿cómo iban ellos a pasar por alto el Nacionalismo de Machado?

Charles creyó llegado el momento de hacer declaración de fe.

—Doctor, he tenido y sigo teniendo una gran fe en el presidente, y lo he visto como la único esperanza de nosotros los que aun andamos de la seca a la meca en los Estados Unidos y que deberiamos estar en Cuba, donde tantos caben, pero a veces me parece que la visión del presidente en éstas cosas es limitadisima.—

—Puede que lo sea en algunas cosas, Charles, pero sé por donde vas, y creo estas equivocado. Machado lo que precisamente ha tenido es una visión muy amplia y más que amplia muy humana, que es lo que nunca el pueblo de Cuba sabrá apreciar.—

Y el doctor bosquejó lo que habia conducido a Machado a llevar a su pais a una inmediata nacionalización industrial.

Trás la guerra mundial, Cuba habia sufrido una de las crisis más grandes de su historia, quedando enteramente empobrecida de la noche a la mañana debido a la baja del precio del azúcar. En la Habana misma por razon de las quiebras de los bancos y la paralización total hubieron familias riquisismas,

dueñas de ingenios, que se acostaban sin comer, Una crisis como jamás se conoció y donde se veia a personas con bienes de fortuna valuados en millones de pesos teniendo que ir a mendigar a la bodega. El pueblo de Cuba fue azotado más violentamente aun que en sus diversas guerras, y pasó más hambre. Era natural que esto ocurriese, porque Cuba consumia todo del exterior y para obtener alimentos tenia que vender su azúcar y al no venderla quedaba la poblacion cubana inerme ante aquella inmensa desgracia. Aquella habia sido la leccion final; porque resultaba bochornoso que un pais de tierras tan ricas y donde se daban los productos del suelo tan fácilmente fuese alcanzado por semejante cataclismo, por una crisis y miseria en la que no habia puesto la mano el cubano. que no fue producto de revoluciones internas ni de cambios politicos. Cuba habia comprendido que necesitaba valerse a si propia y no dar mas ese espectáculo. Machado habia tenido esto muy en cuenta. Durante la administración de Zayas levantó algo el precio del azúcar, pero el problema quedaba natente. Machado habia seguido muy bien el movimiento mundial. Después de la guerra el fracaso en Europa de las democracias y los cambios violentos operados en las antiguas naciones consumidoras iban a colocar el mundo viejo contra un mundo nuevo; la desintegración politica de Europa resultado de la misma guerra universal estaba barriendo los viejos pueblos. Las tendencias radicalmente opuestas, el Facismo y el Comunismo iban a enfrentarse en otra lucha de tales colosales proporciones que empequeñeceria todos los antiguos sangrientos campos de batalla. Rusia se habia pasado al comunismo y vencia en el

esfuerzo de independizarse económicamente. Italia se habia independizado ya del yugo extranjero; en tanto que Alemania vacilaba entre el Facismo y el Comunismo amenazando arrastrar a otros paises. Era evidente que ésta descomposición seguida del cierre aduanero, los recargos prohibitivos, el esfuerzo de cada pueblo en crear su independencia económica, repercutian en todas partes con amagos de una paralización general de actividades. La deuda de guerra incurrida por los aliados con los Estados Unido era imposible cobrarla, se repudiaban los contratos, y los Estados Unidos perdian todo aquel dinero invertido allende el mar. A su vez la gran nación era alcanzada por la desintegración europea, y sus talleres, minas y campos lanzaban millones de hombres a un paro forzoso. Las medidas gubernamentales para evitar el desastre en los Estados Unidos con recargos prohibitivos en los aranceles. no evitaban el continuo cesar del yunque y el martillo. Aquella misma nación, la mejor dotada que el mundo conociera, estaba llamada a verse envuelta por la revolución de los sin trabajo, que se comenzaban a mostrar ariscos, sobre todo el campesinaje arruinado en todas partes y perdiendo sus propiedades y desintegrándose la nación. Un porvenir muy pavoroso se presentaba. Los embajadores cubanos, los consulados de la república, informaban a Machado de la marcha aterradora que iba tomando éste movimiento mundial que colocaria dos mundos frente el uno del otro. Cuba para poder medianamente vivir necesitaba que le consumiesen su azúcar, y la exportación disminuia a pasos de gigante y amenazando al cubano más que a ningun otro pueblo, pues dependiendo de una industria relativa-

mente formidable en la producción toda la vida nacional estaba en ella empeñada.

El Doctor hizo un alto.

—Machado no fué corto de visión, precisamente lo que tuvo es una visión asombrosa, y puedes creermelo como estamos aqui, que si él no mueve nuestro pueblo y lo independiza económicamente el hambre en Cuba hubiese tenido sólo parangón con las hambres de la India.—

Hizo otra pausa.

—Ahora, que eso los que saben lo aprecian, pero hay muy pocos de esos, los más ignoran estas cosas y permanenecen indiferentes y los otros, viejos y artimañeros politicos, que van a la caza del poder abusando de la ignorancia popular, no les conviene reconocerlo asi. Y ya te dije, el pueblo de Cuba tardará muchos años antes que comprenda la generosidad y lo humano que ha sidò Machado.—Y continuó.

—En frente a los informes de embajadores y consules y ante el problema cada dia más claro de la cesación de nuestras actividades en la caña, el presidente quiso salvar a su pueblo. Lo primero era rajar la isla de cabo a rabo para que pudiesen salir los productos y con la misma dar impulso inicial a la obra con los frutos menores, con las crias de reses y aves, con la creación de fábricas; hacer en una palabra lo que el resto del mundo estaba haciendo. Esto lo habia tomado tan a pecho el presidente que él mismo se colocó a la cabeza de las industrias colocando su dinero en el propio pais e inspirando confianza en un porvenir venturoso, un dia que cesando el recurso de la caña, el pueblo cubano pudiese cantar victoria apoyado en sus uberrimos

campos. Y que su pueblo no pereciese de hambre.—
Y habia ocurrido un fenómeno propio de aquellos lugares donde la ambición politica es superior a los intereses nacionales. Los cuatro años primeros terminaron y encontraban a Machado en medio de su obra grandioza, y temeroso de disgustar con una reelecc ón quo por una u otra causa habria sido en Cuba mal vista, se negó ir a ella. Entonces hubo un movimiento, quizás el más popular de Cuba, y el más raro en su historia, y fué la unificación de los tres partidos existentes para llevarlo al segundo periodo administrativo. Solamente asi Machado aceptaba, y si de ello no nacian protestas trascedentales. No las hubo, con la excepción de un manifiesto tirado por algunos estudiantes, Los tres partidos lo aclamaron y prorrogaron y se dio el espectáculo de recorrer la isla el tren presidencial en medio de aclamaciones y victores de una muchedumbre en pie desde Maisi hasta el Cabo de San Antonio.

—¿Cómo ahora se llamaban a engaño y la critica sañuda y despiada de los mismos que lo llevaron a la prorroga? Hombres que habian marchado a su lado y dado su aliento se le habian volteado y el descontento comenzaba a surgir. Machado habia cumplido y casi habia industrializado la isla y preparado para las grandes emergencias. Pero habia ocurrido algo notable. En los dias en que todos lo llevaron a la prorroga, la crisis mundial estaba en sus comienzos aun no alcanzaba a Cuba y Machado habia obtenido créditos por más de tres ciento millones de pesos, que cayeron en Cuba como una aguacero sobre las arenas estériles. Habia dinero de sobra después de la prorroga y cuando la prorroga; las obras como el Capitólio, la Carretera Central y

el vasto programa de educación industrial estaban en marcha. Mientras duraron aquellas toneladas de dinero Machado siguió siendo un gran gobernante; pero el dinero terminaba dos años después de la prorroga y entonces se le llamaban a engaño. El dinero habia cesado y Cuba tenia ahora que enfrentarse con la crisis que ahora si llegaba amenazante y sujeta solamente por las sabias medidas del gobernante. Y habia comenzado entonces la critica de los mismos que lo llevaron al poder, Los sueldos cercenados, las prebendas negadas, la reducción de los presupuestos.

El doctor hizo un alto. Continuó.

—¿Quieres un descaro más grande? Lo prorrogan ellos mismos, desde la Punta de Maisi al Cabo de San Antonio, van de brazo con él, sigue siendo el gran gobernante por dos años después. En esto se le acaba el dinero y le viene encima la crisis mundial, y entonces le vuelven la espalda, y se llaman a engaño. ¿Qué te parece?—

Las aduanas que producian mas de ochenta millones por año, por razón de la no importación arrojaban solo treinta millones. A esto el gobernante trataba de suplirlos con impuestos, levantándose un clamoreo de protestas. Los amigos más intimos se desertaban y encubrian su egoismo y falta de lealtad con pretendidos desafueros a la justicia y el derecho. Parecia como la historia del hombre rico que de la noche a la mañana se queda pobre y lo desertan y critican sus propios amigotes de ayer. Asi habia sucedido con Machado.

Viejos politicos y malvados que engañaban la ignorancia de los más atacaban por un lado, en tanto que terroristas y estudiantes lo hacian por otro.

Todos parecian llamarse a engaño. En el entretanto era necesario volver la vista y estudiar lo que ocurria de parte de los Estados Unidos.

Este pais no podia por menos que ponerse inmediatamente en contra del programa de Machado si bien buscando, como siempre lo han hecho, pretextos lejanos y haciéndolo siempre como defensores de la justicia. Hipocresia conocida. La industrialización de la isla era un peligro para la gran nación. Machado no solamente les dejaba de comprar, pero era un ejemplo elocuente y posiblemente imitable por otros pueblos de la America Central y del Sur cuyas tierras y recursos son similares a los de Cuba. Machado no solamente habia independizado a Cuba, pero su obra podia ser el comienzo de la independencia económica de la mayor parte de la América Latina.

Esto era visto con alarma por los Estados Unidos.

El Doctor agregó.

—Figurate tú, q. no les compramos más de veinte millones por año y antes comprabamos tres cientos millones por año, pero hay algo que es palpable y que tal vez ignores, pues no creo lo sepas, que Cuba está introduciéndo sus productos de la carne en America Central habiando gastado éstas repúblicas ocho millones de pesos el año pasado, árticulos manufacturados en Cuba. ¿Comprendes ahora por qué esa ojeriza a semejante gobernante? ¿Comprendes ahora el eslabón que une a los oposicionistas de aqui con los de los Estados Unidos?

Machado al independizar a Cuba del consumo de carnes del exterior privaba de ese negocio a los grandes ganaderos de las planicies de Illinois. Cuando independizaba el mercado cubano de las

leches y productos derivados como son mantequillas y otros arrancaba el negocio a los vaqueros y fabricantes de leche condensada y mantequillas de los estados de Minnesota y Wisconsin; al no comprar patatas en el exterior dañaba los intereses de los districtos cosecheros de Montana; Machado cuando daba impulso a las crias de ganado de cerda dañaba a los ganaderos del estado de Kansas. Machado cuando levantaba vastos campos de maiz, perjudicaba a los cosecheros de Indiana y de la Georgia; Machado cuando levantaba fábricas de calzado dañaba a los fabricantes de calzado de Boston, dañaba a los grandes ganaderos de Texas, y a los dueños de tenerias en Arizona, y cuando cosechaba arroz dañaba a la Lousiana, cuando se independizaba del café, más que al Brazil dañaba a los acaparadores de Nueva York; cuando fabricaba sombreros dañaba a los manufactureros del estado de New Yersey; cuando levantaba fábricas de leche condensada le quitaba el negocio a los fabricantes del estado de Vermont; cuando hacia mezclar harina de yuca a la de trigo, dañaba a los cosecheros de Illinois y a los molinos harineros de las margenes del Missisipi.

¿Pero era esto sólo?

No, la riqueza del suelo cubano, la rapidez misma del levantamiento nacionalista económico demostraba la potencia inmensa de Cuba, que en cuatro años realizaba lo que en otros lugares costara medio siglo. Era un peligro que Cuba produjese carnes para poderlas vender en bruto al extranjero a tres centavos libra cuando los Estados Unidos nunca la pudieran vender a menos de cinco centavos y medio; cuando producia queso a cuatro centavos libra ame-

nazaba los mercados de Sur y Centro America donde trafican los Estados Unidos.

Y habia otro peligro aun mayor. La facilidad dada a las industrias, permitiendo el pase de maquinarias y equipos libres de derechos, hacia que el capital americano se extendiese para Cuba, y ya es sabido la desmedida ambición de dicho capital que va a la busca del dominio económico, no importándoles poco ni mucho el daño que el propio dinero americano haga a los Estados Unidos. Muchos millones de pesos de dinero americano se habian invertido recientemente en la nueva industrialización; aun no hacia semanas se habia abierto una planta de leche condensada en Guanajay tan buena o mejor que las de los Estados Unidos.

—Ahi tienes algunas de las razones; porque esos veinte y cuatro mil periódicos estan en contra de Machado, Los de aqui, los sinceros, hacen el papel de muñecos y los otros los malvados hacen el papel que siempre hicieron; enriquecerse, destruyendo nuestra nacionalidad y haciendonos más colonia.—

—¿Y el pueblo de Cuba no se dará cuenta?—

—En Cuba no hay pueblo, en Cuba hay gobierno y gentes en contra del gobierno. Somos un pais donde la burocracia politica es el todo, y donde todos se dirigen en sus aspiraciones a la ocupación del poder, ¿Qué les importa a estos que Cuba se nacionalice? Es más, no les conviene, lo que convino siempre aqui fué comprar al extrajero, recibir dinero suave de las aduanas y la politica del "dolce farniente".—

Charles preguntó.

—¿Y qué hace el periodismo cubano que no le presenta la verdad al pueblo?—

Rióse sarcástico el doctor y contestó.

—Charles, me haces reir. ¡Periodismo cubano! ¡Periodismo cubano! Aqui el periodismo es el peor enemigo de Cuba. No escriben una linea en favor del gobernante si no los subvencionan; ya sea subvención directa o "botellas' a todo garrapateador de letras. Si no lo hace asi el gobernante está perdido. Aqui oyes a muchos de ellos, de los principales que dicen, —Machado es un campesino ignorante, no subvenciona los periodista. Tenemos que estar contra Machado.— ¿Qué te parece el descaro? Los tiene en contra por eso y además....

Hizo un alto y agregó.

—Además, ¿cómo van a defender a Machado y decir la verdad? ¿Tu no sabes que las dos o tres empresas que hay aqui los accionistas la mayor parte son americanos?— Y agregó —No hombre, no, hacer el daño mayor a Machado, lo cual no tendria importancia sino fuese que a quien se lo hacen con conocimiento de causa es a Cuba.—

Terminó diciendo.

—Ha habido que suspenderlos varias veces por estar alarmando indebidamente. Hace poco el presidente los llamó a una junta y les dijo que él se alegraba que hicieran una critica depuradora y que publicasen la verdad; pero no mentiras que le hacian daño al pais. Todos convinieron. Pocos dias después hubo una reyerta y en el "Diario de la Marina" aparecieron una serie de fotografias de automóviles volcados y acribillados a balazos, que aparecian ser de una reyerta ocurrida en esos dias entre estudiantes y policias. La verdad es que los tales automóviles habian sido volcados y acribillados a balazos, pero en Chicago en una riña de

"gansters", y estos descarados imprimian aqui los cliches como ocurrido en Cuba, y después en los Estados Unidos reproducian las fotografias y asi se hacia la campaña de falsedad aqui y allá. Figurate, el presidente llamó al director de "La Marina" y le dijo que eso era bochornoso para un periodista y que eso hacia un daño injusto a Cuba en el exterior y en el pais y que si volvian a hacerlo se les suspenderia el periódico. A los pocos dias volvian a hacerlo y fueron suspendidos el Mundo y el Diario de la Marina. Figurate, el periodismo cubano en manos de los mismos enemigos de Cuba. — Y terminó diciendo.

—No hay periodistas, no hay más que "botelleros" más o menos descarados. Esa es la diferencia.—

Eran ilusiones, que comenzaban a desmoronarse. Evidentemente Machado no podria salir con la suya. No sólo los enemigos de afuera; pero los de adentro. Después, todo terrorista cuando cometia algun atentado contra el gobierno se escurria hacia Miami, Tampa o Key West donde buscaba refugio como asilado politico.

Era el pasado resurgiendo siempre. ¿No era eso mismo lo que habia ocurrido antes? ¿No era él Charles Doors, la prueba más evidente? ¿No le habia dado él un bolazo en la cabeza a un voluntario y después huido hacia las tierras del norte, sin que pudieran tocarlo? Era el pasado repitiéndose siempre por diversos sitios, para venir a la misma conclusión final; éste pais no podria más que ser una colonia, no obstante que todo indicaba que la ultima emancipada de América tenia todas las trazas de una nación, que iria a la cabeza de todas

las demas hispano americanas.

—No obstante— dijo el Dr.— voy a llevar y leerselo al presidente este periódico. ¡Qué gente más hipocrita y falta de verguenza ese periodismo americano!—

Y agregó.

—Charles, me conoces, me conoces desde Nueva York. Sabes que por una u otra razon siempre he estado empleado por diversos gobiernos de la república. Pues con todo eso te digo, que prefiero este puesto humilde o cualquier otro similar y no ser presidente de un pueblo donde se procede como aqui. Me da pena a veces el presidente.—

Y habló largamente de Machado.

—Si los oposicionistas lo dicen y yo creo que casi ya lo han conseguido. —No lo mataremos— dicen al referirse al presidente; —pero reventará a disgustos y sino se volverá loco— y agregó—y yo creo q. lo vuelven loco. El presidente a veces me parece que actua como si le faltase el buen sentido. Hay dias que lo encontramos grandemente preocupado. Otros dias rabioso, que da puñetazos que parten el cristal de su mesa escritorio. Vive una vida de terrores, de sobresaltos, que hubiera enviado a Mazorra a otro que no fuese el hombre de hierro que es Machado.—

—Figurate, —añadió— hasta el presente se han descubierto cuarenta intentos contra su vida; en eso puede que ande tanbien la secreta, la judicial, los expertos, Pero he ahi la cosa, que el hombre tiene que desconfiar ya hasta de su sombra, Soy médico y puede apreciar bien lo que quiere decir sobresalto, eso que llaman los americanos "worry". A mi—terminó diciendo—ya hace rato me hubieran

mandado a la casa de locos. Aun Machado no ha ido a parar alli, pero no dudes que irá de seguir en el poder.—

Y pasaban ahora los cuadros de atentados al presidente que habian sido fustrados.

Seis veces se habian descubierto bombas colocadas en lugares por donde acostumbraba a pasar el presidente, Unas reventaron, otras fueron ocupadas sin estallar. Le habian metido una bomba en el toilet en donde se servia, por medio de un soldado de la misma guardia palatina. Habia recibido millares de cartas amenazándole la vida.

—Para volverse loco, para volverlo loco, parece más que el intento de matarlo.—

En efecto, si tantos eran los que lo odiaban y si querian "quitarlo del medio", como vulgarmente se decia, ¿cómo era qué no lo habian ya matado?. El presidente ultimamente, ya no tanto, pero por lo regular habia andado con poca protección.

—Naturalmente— dijo Charles— eso es lo que me choca. Cuando Angiolillo quiso matar a Canóvas lo siguio como la sombra al cuerpo y finalmente lo asesinó a tiros.—

—Cuando Santos Caserio quiso matar a Carnot le mató al fin, sin hacer ruido, sin colocarle bombas y prevenirlo antes, sencillamente abalánzandose a su carroza y apuñaleándolo. Cuando Gaetano Bresci pensó que lo mejor que hacia era ir a Italia y matar al rey Humberto por los sangrientos sucesos de Milan, salió de Patterson, New Yersey, fué a Italia, y mató al rey de una puñalada.—

—Y últimamente— y éste lo conoci en Tampa— dijo Charles— Pardiñas, el pintor trashumante que vivia en Tampa, mordido por la neuroris, y viendo

en Canalejas, a la sazón primer ministro en España, un enemigo de las clases obreras, salió de Tampa, se metió en España, en Madrid, y mató a Canalejas de un tiro.—

—¡Ah!, pero —interrumpió el doctor —aunque equivocados, locos o neuróticos, esos arriesgaron la vida, verdad. Caserio murió en la guillotina; Angiolillo en el garrote, en la horca Gaetano Bresci y Pardiñas se suicidó una vez cumplido su designio; fué la obra de locos, pero hay que reconocerles que tuvieron una convicción, dar sus vidas por la de aquellos que equivocadamente sacrificaron; pero estos no van por ese camino, aqui hay otra politica, aqui lo que se intenta es matarlo por medio de la locura, nadando y guardando la ropa. Y ya te digo, creo que lo conseguirán.—

El método seguido por los terroristas, dirigidos por viejos politicos era un producto exótico en Cuba; algo de los gansters de Chicago, algo del anarquismo, algo del nihilismo; de todo un poco, junto con la maldad tropical, inventora de todo lo más complicado y enredador para obtener lo que se proponia.

Habia que ver como habian cazado a los oficiales de policia, a los politicos, usando métodos complicados, donde el golpe venia de donde menos se pudiera pensar.

Y venian las escenas de como habia muerto deshecho por una bomba el capitán de policia de la 8a estación.

Cada caso lo trabajaban intensamente y hacian del matar un arte original, siempre nuevo.

Un individuo habia alquilado un cuarto en una casa de huéspedes de la calle de Revillagigedo.

Segun el dueño de la casa, le pareció un extranjero, un hombre obscuro, de gorra metida hasta los ojos, ese tipo intermedio entre el obrero mecánico y el desesperado.

El hombre pagó su cuarto por adelantado, un mes. Se fué. Después lo vieron entrar, Habia metido una colombina en el cuarto y unos libros. Pero aqui es donde ya la trama comenzaba. La señora del dueño de la casa de huéspedes se habia puesto al acecho; ya el terrorismo habia hecho de las suyas en la Habana, y ellos, españoles, no querian verse envueltos en un lio judicial. La señora observó con aprensión, que el sujeto, sólo en su cuarto habia comenzado por poner un taponcillo de papel al ojo de la cerradura, y como hubiese una ranura en la puerta por dentro le habia pegado un pedazo de cartón. Esto despertó su sospecha. ¿Pero no era precisamente eso lo que el terrorista aspiraba, llamarle la atención? El hombre desapareció, y como pasaran dias, tanto el marido como la mujer, pensaron que debian avisar a la judicial lo ocurrido, pues le llamaba la atención las precauciones. Pero la judicial, demasiado ocupada en aquellos dias, dejó pasar el tiempo, de manera que el buen señor que corria la casa fué a ver al mismo jefe de expertos el cual, llamando por teléfono al capitán de policia de aquella estación le mandó que investigase el asunto.

El capitán, un hombre rayano en los sesenta años, se dirigió a la casa de huéspedes. La puerta seguia cerrada a cal y canto. El capitan forzó la puerta, lo qual era ya de atrevidos. Pero cuando seguido de un sargento y dos policias entraron en la habitación no vieron nada que inspirase sospecha.

Una colombina y dos sillas era eso todo, y sobre la mesilla dos libros de forma de enciclópedia, colocados el uno encima del otro.

El capitán se sentó y tomaba un libro en la mano. Nada de particular, Un libro comunista que se —titulaba la Santa Rusia— y el sargento más precavido le dijo; —Tenga cuidado, capitán, acuerdese lo que dijo el experto en explosivos que no tocase nada.—

—Si, hombre, pero aqui no hay nada de importancia; libros de la gente loca, los comunistas. La señora se ha alarmado innecesariamente, Debe ser un chifletas de esos que anda por ahi creyendo que el mundo hay que virarlo al revés.—

Y el capitán, dejaba el libro sobre la mesa y tomó el otro que tenia el titulo —la Revolución Social— y al abrirlo una tremenda explosión habia sacudido todo el barrio; las paredes de la habitación cayeron a la calle; la cabeza del capitán, separada del cuerpo, habia salido como si fuera una de las tantas piedras y caido entre pedazos de persiana y manposte en la calle, Los otros tres yacian por el suelo arrastrando las visceras sangrientas.

—Ya lo ves, ¿qué te parece? ¿No te habla de algo que ha sido aqui importado?—

¿Y qué del caso en que habian matado a uno de los jefes de explosivos; nada menos q. un experto?

Pues colocaron una bomba en medio de un camino que se perdia en unas maniguas. Era cerca del campamento de Columbia que andaba el jefe de explosivos. Por la mañana cuando el oficial salia con un teniente en dirección a la Habana habian visto aquella máquina infernal. De seguida el experto le dijo al teniente. —¡Una bomba, cuidado!—

Y ambos vieron que un alambre eléctrico corria por entre la manigua sin duda a algun sitio donde estaba la bateria lista a dejar ir el fluido que produjese la explosión. El jefe de expertos, un valiente, comprendió, pero si tuviese un alicate, un picotazo bastaba para cortar el fino alambre y el peligro cesaba.

Gritó a un soldado del campamento, —Trae un alicate.— Y el soldado salió a toda carrera a buscarlo, mientras que el jefe de expertos y el teniente permanecian a bastante distancia para que no les alcanzase la bomba si reventaba. Pero el experto se desesperaba por la tardanza y avanzó con su cortaplumas y de un tajo seccionó el alambre.

—Ya terminó el peligro— dijo gozoso y cargando la bomba la llevó para el campamento para desmontarla.

Habian venido de seguida varios oficiales más a ver la extrana máquina infernal, que era como una pequeña sorbetera de las que usan para mantecado. Todos comentaban el atrevimiento del jefe de expertos, en tanto que éste iba safando la tapa de la bomba, que cedia fácilmente.

Y de repente una tremenda explosión. Cayeron por el suelo heridos y muertos, y el cuerpo del jefe de explosivos, destrozado, fué lanzado a través de la tienda de campaña sobre un matorral vecino.

—¿Qué te parece? Pusieron el alambre como una carnada y el mecanismo estaba en otra parte. ¿Oiste en Cuba cosas semejantes anteriormente? ¿No te parece esto importado?—

—Si, no sólo me parece importado sino que detrás de ello debe haber uno de los cerebros criminales más grandes de la época.

—Ahora, fijate, es natural, con semajante terrorismo, el gobernante contesta con el terrorismo y entonces resulta que el gobernante es un criminal y el terrorista queda como un mártir. ¿Qué te parece?—

—¿Y cuando la bomba revienta entre gente infeliz?—

—Bueno, pues ya ves que cosa más rara; en lugar del pueblo en ese caso indignarse por semejantes actos terroristas tan injustos pues se le achaca al gobierno todo el mal.—

El presidente vivia una vida de zozobras. No era para menos. Tenia que salir custodiado, pero era que no podia confiar ya en nadie. El terrorismo se infiltraba como un espectro por las paredes del palacio. El peligro lo asechaba, si salia, si se quedaba, y en las horas de comer, aquel hombre debia comer siempre pensando que pudieran envenenarlo.

Una de las últimas combinaciones no habia dado resultado de milagro.

—Figurate, una barbaridad; volar el Palacio y desde luego con el Palacio a más de un centenar de personas que prestan en él servicio, a familiares, mujeres, niños, ancianos y el copón.—

—Como es sabido el Palacio es refaccionado por diversos establecimientos de la ciudad. Y no es nada de extraño que entren en el patio autos y trucks enviados con mercancias, Los terroristas sabian que una de las casas que refaccionaba era el almacén la Viña. Pues consiguieron una máquina del tipo de las que usa esa casa; la pintaron igual a las de la casa, esto es, con el nombre del establecimiento y ya asi cargada de dinamita conectada con la bateria del automóvil, que no habia más que hacer

sonar la bocina y reventarian unas mil libras de dinamita. Manejada por un hombre, aparentemente un empleado del establecimiento, entró en Palacio por entre los soldados y se situó precisamente frente a las cocinas. El individuo que la manejaba paró la máquina y poco después salia. No llamó la atención. ¿Por qué habria de llamarlo? El mayordomo de Palacio estaba a la sazón ocupado y el hombre se escabuyó. Como es natural habia muchas otras máquinas alli en el patio y llegó el momento de hacer la limpieza y alguien preguntó donde estaba el chofer. Es costumbre siempre sonar la bocina cuando no se encuentra el dueño de un automóvil que estorba, y ya uno de los soldados iba a sonar la bocina cuando alguien sospechando que hubiese una combinación se lo impidió. Vino el jefe de expertos, y se vió que si llega a sonar la bocina se hubiera venido el Palacio abajo por la carga de dinamita que tenia dentro de si el automóvil.—

—¿Qué te parece eso? ¿No es para que el presidente desconfie hasta de su sombra?—

—¿Y qué decirte de la sorbetera de mantecado? Esa fue otra; enviada cuando habia una fiesta en Palacio: una señora sorbetera, que despacharon a los soldados diciéndoles— ahi esta la sorbetera de mantecado, pedida al Anón del Prado— como que positivamente la esperaban en Palacio, fué un milagro que no se hubieran metido a destaparla; era una sorbetera, pero de nitro-glicerina que habria hecho añicos a todo bicho viviente de la familia del presidente. ¿Qué té parece?—

—Después, ¿no lo haz notado? ¿No ves como Machado procede?— dijo esto casi al óido— ¿no

ves en los movimientos de las fuerzas armadas y de seguridad la incerteza que domina al presidente? Un dia lo vez que pone toda su confianza en la policia; pero como no pasa tiempo sin que en la policia se descubran fermentos de conspiración; pues entonces el presidente deposita su confianza en los expertos; pero como no pasan dos semanas sin que algo ocurra en los expertos que indica que hay mar de fondo, el presidente deposita entonces su confianza en la judicial. Y como la judicial después hace algo que no gusta, el presidente vuelve a la policia. Y por fin si hay el menor amago de revuelta, que no está justificado el sacar los soldados, pues ya tienes los soldados en la calle. Como comprenderás, todo eso mina, destruye; hace desconfiar a los que estan a cargo de velar por el orden; nadie se siente seguro con quien asi procede; nace una desconfianza, un celo de cuerpo, una desunion, que da por resultado que nadie preste ser vicios como debe. Porque el policia no sabe a que atenerse, el judicial tampoco; las expertos no pueden hacer más que lo que hacen y después la porra llega en momentos a ser la que garantiza el orden y sabes que la porra es una verguenza para un pais civilizado.—

Y agregó —Yo veo en esto sintómas que el presidente está ya loco, o está volviéndose loco.—

Y agregó.

—Voy a Palacio todas las mañanas y cada dia que lo veo me parece otro hombre. Más trabajador no lo hay; ¿pero de qué vale eso? El hombre no hace más que cabilar el modo de sacar a su pais de los males económicos que le asechan, siempre atendiéndolo todo, ¡pero son tan cortos los dias,

son tantas las cosas que le caen encima! Nada hay que haga más daño a una persona que trabaja mentalmente que las preocupaciones, las preocupaciones, y sobre todo la preocupación de la vida en peligro o la de los familiares que aun es peor; es la vanguardia de la locura. A eso conducirán a Machado.—

Pronto se iba a celebrar la gran fiesta en honor de los marinos muertos en la explosión del acorazado ''Maine'' y deseoso de ver al presidente de la república, Charles habia conseguido con el Dr. un pase para el pabellón presidencial. Ya se lo habian dicho —es una fiesta grande, quizás la mayor que se celebre en la capital, pero el único lugar donde puede uno verla bien es desde el pabellón del presidente y los invitados, porque si tienes que pasartela de pie y bajo ese sol de la mañana, saldrás con un dolor de cabeza y muy mal impresionado.—

Esta fiesta del ''Maine'' representaba desfilar de soldados, músicas, hinnos y un pueblo inmenso que formaba a lo largo del paseo del Malecón.

Habia obtenido el permiso y fué a ver a Atilano para que lo acompañase; el amigo pretextó ocupaciones, y como insistiese le dijo.

—Mira ya yo estoy cansado de ver fiestas al ''Maine'', y mañana voy a tener mucho que hacer, y además— hizo una pausa— y además, mañana no iria: no me conviene que me vean por alli; Hace mucho tiempo q. a Machado no se le ve en público y pudiera ser....—

—¿Qué pudiera ser?— preguntó el amigo.

—Pudiera ser que le tirasen una bomba o estallase una bomba entre el pueblo y no me conviene estar alli por muchas razones.—

Le insistió, pero se negó rotundamente.

La mañana de aquel domingo era una de esas mañanas nubladas, más bien fria que caliente. Era el mes de Febrero y la festividad daria comienzo a las diez.

—¿Cuánto me cobra usted, chofer— dijo en el centro de la Habana— por llevarme hasta el monumento del "Maine"?—

—¿Le parece mucho veinte centavos?— dijo el chofer dubitativo, temeroso, que ni aun asi el hombre lo contratase.—

—No, hombre, no, me parece bien.—

De aquel lugar a donde está el monumento al Maine debia haber seis millas y éste chofer pesetero cobraba mucho menos de lo que costaria el llevarlo la gasolina que entonces se pagaba en la Habana a veinte y nueve centavos galón.

Salieron repidamente. Los paseos desfilaban y aquellas ramblas que formaban el Prado y el Malecón era como deslizarse sobre patines, la solidez del pavimento de concreto guardaba muy grande disimilitud con el de las viejas calles de la Habana llenas de baches, donde los autos saltaban como si fueran animalillos entre los baches y las anfructuosidades del terreno. La vieja Habana seguia con el horrendo pavimento de asfalto en bloques, deformes, desiguales, que quemaban los pies y formaban en todas partes un rompimiento de nivel que hacia dar saltos y molersele a uno los riñones.

Elogió Charles aquel paseo donde se podia ir tan de prisa.

—¡Ay, mi amigo! —dijo el chofer— un mulatón ya entrado en años— esto si, pero esto es para los americanos, para nosotros los cubanos, baches, char-

cos de agua, y roturas de yantas.—

Desfilaban los monumentos en que la Habana se ha enriquecido notablemente. Y aquella parte del Malecón cercano a los parques evidentemente las contrucciones no diferian en altura ni en color. El color amarillo de oro viejo, apenas dorado por alguna hilacha de sol, en aquella mañana brumosa, triste.

Maceo, enorme, levantaba su machete, alto. Pasó como una exhalación. Cabezas de hierro verdosas, que eran bustos a personajes americanos. Después Alejandro Rodriguez en su marmóreo caballo. Allá Estrada Palma con el brazo extendido; el Conde de Pozo Dulces, propietario en una epoca de aquellos terrenos del Vedado, ahora se levantaba de su asiento de piedra, sereno, soñador.

Y la máquina tenia que irse deteniendo a cada instante, porque el pueblo afluia materialmente por todas partes. Eran falanges, que no pueblo, aquello, como si viniesen de los distintos barrios de la ciudad a una consigna. Negros, blancos, mulatos, chinos, españoles. pero todos ellos relativamente vestidos con cuidado, si bien una parte del pueblo aparecia siempre andrajosa pero no formaban la carateristica en aquella gran mañana.

El pueblo iba formándose por más de dos millas apoyándose en el Malecón. Allá el mar, como una sabana azul, inmensa, tiraba contra el acantilado sus primeros oleajes de la mañana, reventando sobre la canteria y cayendo bien entrada la rambla, El pueblo imperterrito veia aquel derrame de aguas marinas y alguno salia salpicado por ellas, Pero amedida que se avanzaba hacia el monumento el oleaje no llegaba tan violento. La boca de la bahia, estre-

chada, producia el fenómeno de un terrible oleaje matutino. Aqui ya el mar estaba lejos y llegaba arrastrándose y venia a caer sin fuerza sobre la canteria.

El monumento se alzaba en la distancia. Los edificios de Ancha del Norte, el Hotel Nacional, recien construido sobre el sito donde se elevase la antigua "Bateria de Santa Clara", espigaba hacia arriba sus torres y mostraba sus centenares de ventanas.

Iba Charles preocupado. Le habian advertido tanto del peligro. Una bomba. Y si reventaba una bomba, no seria allá donde el pueblo. Quienes tan bien sabian preparar las cosas no deberian pasar por alto éste dia. El hecho de tan inmenso público le convencia más y más del peligro. Por fin el monumento se vio aparecer destacandose por encima de las millares de sombreros de pajilla. Un águila que extendia sobre un pedestal sus alas, un águila de esas que parece una gallina que va a echarse. El obelisco ahupaba el águila q. se mecia en la mañana triste sobre apuel aguijón de piedra.

Era enorme el gentio de modo que el automóvil tenia que ir sonando la bocina. Centenares de máquinas unas detrás de las otras iban buscando salida de aquel hormiguero.

A un lado de la rambla y frente al monumento estaba el pabellon. Ligero, como para un sólo dia; con un millar de asientos, en forma de anfiteatro el pabellón con techo de lona de rayas rojas.

El viento del mar soplaba incesante sobre el dosel que levantaba airado sus flecos largos como cabellos de una bestia.

—Pasa, paso, paso— paso— oia frecuentamente

gritar a los policias, que abrian, rajándolo, al pueblo para que se enguyese los automóviles como si fuese un animal de millares de cabezas, donde los negros autos se perdian dentro del almohadillado de carne. ropas y sombreros de pajilla.

Finalmente el chofer le dijo —no puedo llevarlo más lejos. ya ve.—

Efectivamente. Ya aqui la muralla humana era imposible de romper; a lo menos veinticinco mil personas, que iban a desafiar el fuerte brisote de aquella mañana, la niebla que venia del mar y el sol que se desencadenaria, cayendo sobre gentes y cosas.

Se echó a tierra. Caminó por entre el público escurriendose en dirección al pabellon.

Si como se decia habia tanto peligro para Machado no habia duda que los que entraran donde él se iba a sentar serian registrados. Por eso llevaba su tarjeta de invitación en la mano. Mucho le duró aquello. como si fuera un náufrago batido por oleaje a veces se veia obligado a retroceder. La gente que llegaba hacia fluctuar la masa de pueblo, enredarse y quedarse fundidas en ella los que querian salir y los que llegaban.

—¡Qué pueblo.! ¡Qué inmenso pueblo!.—

Por fin, continuamente repitiendo —hagan el favor,—habia se encontrado en la entrada sur del pabelloncito.

Habria ya aquella hora cosa de tres cientas personas, salteada la ocupación de asientos.

Pero para su sorpresa, nadie le pidió el pase, nadie le preguntó; entrando ocupó la silla con que tropezase.

Desde alli veia la primera hilera de sillas. For-

maba esta hilera en el medio como una rotura, con dos asientos, en el respaldar de uno de ellos leyó.

—Presidencia.—

Los demas asientos de norte a sur en larga fila y partiendo del sitio central eran para los ministros. Cuarenta y siete naciones estarian representadas por embajadores o consules. En los respaldares fué leyendo; al lado del presidente Estados Unidos, al otro lado España; después, Chile, Uruguay, China, Argentina, Siam, etc.

Ya sentado fué apoderándose más y más de la situación y formando sus juicios. Miraba al rededor y oia hablar sosegadamente. ¿Quienes eran los qué por alli estaban? Era evidente que empleados del gobierno, pero sobre todo alcaldes y altos magnates gubernamentales de provincias. Pero el tipo en general le parecia como si todos fueran de una familia; las caras rapadas; las antiparras a lo Machado con aros de carey, daban a todos aquellos hombres un aire de familia.

—¿Todas éstas gentes serán familiares del Presidente?— se preguntó, sabiendo q. no, pero convencido también que todos se parecian a Machado, a primer golpe de vista.

Llegaron varios oficiales del ejército. Entró uno muy gordo, viejote, con tremendas antiparras, y seguido de una joven gruesa como él. —¡Bah, esa es la hija y la otra la esposa!— se afirmó.

Era dificil distinguir la graduación en el ejército, pues en tanto que no andaba ninguno sin un latiguillo, cosa que le llamaba la tención, eran parcos estos oficiales en estrellas y galoneados. Sobre las hombreras el distintivo. No estaba seguro quien

seria el militar tan gordo, pero pensó que era un coronel. Y si lo era, ¿quién seria? Recordaba haber visto los seis coroneles retratados, pues eran seis los departamentos militares.

Lo sacó de sus dudas, un hombre gordo, de cara rapada que saludó al militar.

—Vd, coronel, siempre en Oriente, parecia que no queria vernos.—

—Si, hijito, pero ahora me tienes en la Cabaña.—

—¡Bah, de Oriente! —se dijo Charles. —¡Ah, si ya sé quien es; el coronel Gonzalez Valdez!—

Y como alli hubiesen buen número de turistas oyó el inglés, aquel inglés que tanto le llamara la atención cuando joven.

Uno de los hombres con cara Machadista dijo —Hoy aqui todos somos americanos y cubanos.—

Comprendió Charles que estaba muy cerca del asiento presidencial, no más de media yarda, y veia que ya en aquel lugar formaban piña militares a pie y ciudadanos. —No voy a poderlo ver bien, mejor me corro para atrás.— Y asi lo hizo, colocándose en un asiento desde el cual dominaba bien el lugar presidencial.

Le habia tocado a su lado una hermosa mujer rubia, que comprendió era una turista, Altisima, de contornos muy bien perfilados y dicharachera hablaba con quien él supuso la madre.

Y de alli el cenotafio en medio de la rambla enfrente era cosa bellisima. Aquel monumento que en los dias de semana llamaba bien poco la atención. Demasiado sencillo, con sus dos muñecos negros y en cuyo bajo pedestal se leia la resolución conjunta que decia. —Cuba es y por derecho debe ser libre y independiente.—

Y después la pirámide sobre la que un águila del tamaño de un león; pero con la postura de una gallina, extendia alas que parecian caerse.

¡Pero que bello el artistico mármol aquella mañañana! ¡Qué impresivo! El mar al fondo formaba como un escenario; el oleaje revuelto tiraba sus espumas sobre la canteria del Malecón como si allá en los negros abismos surgieran flores y más flores y las tirase el mar como ramilletes. Los soldados de infanteria de marina daban guardia colocados entre los brazos del monumento, Los dos largos cañones de proa del que fuera un crucero de los Estados Unidos, empotrados en los costados parecian como dos perros largos, dormidos al pie del dueño. Coronas muy grandes, de flores vivas, formaban las banderas de Cuba y de los Estados Unidos, unidas. ¡Qué despliegue de belleza natural alli! Las coronas habian sido depositadas bajo el monumento ciñendolo en aromas y colores. Un piquete de veinticinco soldados, vestidos implecablemente de kaki, formaban la guardia abajo.

Y cuando batia el viento semejabase como si al mecerse el techo del pabelloncito se comunicase al monumento y éste se balancease en el aire, y a las veces era como una avión alli en medio de la calle detenido, que iba a levantar el vuelo. Y era a las veces un sarcófago, en que aun reposasen los 265 marinos que perecieron en la explosión y aquella tamba inmensa invitase a sentirse triste, a llorar.

¡Qué bien, pero qué bien saben estos cubanos presentar sus cosas!— dijo la joven a su espalda.

¡Qué bien pero, qué bien dicho aquello!— Nada más bello, más impresivo, más triste, más propio de la ocasión, Y el mar como agitado por la pasión

de los seres enviaba su oleaje continúo, y sus flores que caian sobre la costa entre el rugir vago y dolorido del remanso.

Sentia ganas de llorar cuando se ensimismaba en aquel mármol. Una tristeza infinita; el pasado diluyendose ante sus ojos y el presente como una reconvencion, como un altar.

Y ahora cuando tendia la vista más y más caras; todas ellas a lo Machado.

—¿Como andan por Campechuela, Mayor?—

—Hombre, muy bien, todo tranquilo y, ¿como andan por allá por Mayarit, senador?—

—Bien todo, bien todo.—

Eran sin duda las provincias, donde la paz reia, aquella paz sólo interrumpida por la Habana, la que no creó la república, la que combatió la república, y que ahora intentaba destruirla.

Pero era evidente que de un momento a otro llegaria Machado. Esto era lo que le interesaba. Veia allá lejos a la policia que acorralaba al pueblo a fin que se mantuvieran a no menos de dos cuadras del pequeño pabellón. Y era dos grandes enormes masas de humanidad. Al sur el océano de sombreros se perdia en los recodos que conducian a Almendares. Allá lejos el Malecón, sembrado materialmente de público, que no terminaba sino lejos, pareciendo que el Morro los empujase hacia acá.

—Lo menos cien mil personas— se dijo— hay aqui.—

Instantes de expectación. Evidentemente todos esperaban a aquella hora una cosa. La fiesta del 'Maine' desaparecia, dando paso a una idea obsecionante: Machado. ¿Si llegaria? ¿si no llegaria? ¿si se haria el enfermo?

¿Lo aplaudirián? ¿no lo oplaudirian? ¿Reventaria una bomba? ¿Y si reventaba en medio de aquel público inmenso? ¿Y si reventaba alli donde él estaba?

Hacia ya seis meses que el dictador no aparecia en ningun acto público, y por eso aquella presionante inquietud de todos. Y los minutos parecian horas y el pueblo mostraba impaciencia que acallaban los policias pasando con los clubs desenvainados. —No estamos en el teatro ni en la plaza de toros.—

Iban llegando los ministros. El de China, un chino largo y ceremonioso, al que no faltaba más que saludar con la punta de los dedos restregantes. El de los Estados Unidos, Guggenheim, un hombre viejo, de tipo de joven, alto, erecto, con un mechon blanco de cabellos que salia de la maleza negra de su cabellera. Tenia un rostro aniñado, y paseó la mirada saludando a algunos conocidos. El ministro de España, un señor seriote, grueso, con un abdomen saliente como si fuese un tumor. Pero sobre todo el de Alemania. Todos alli vestian de chaquet, menos este, galoneado como si fuese un lacayo, lleno de cordones. ¿Pero, no habia ya república en Alemania? Era un señor colorado, alto, y bien portado, al que deslucia la profusion de oro y colorines.

Solamente algun q. otro asiento vacio. Y impaciencia e impaciencia. Y Charles desde su posición se prometia no dejar escapar un sólo gesto, ni una sóla señal. La advertencia aquella— cuidado, es seguro que estallará alguna bomba— a él, nuevo en la capital, a él asustado por los continuos relatos que le hacian.

Impaciencias, impaciencias de todos. Vueltas de la policia que andaba club en mano de un lado al otro sin cesar.

¡Cómo seria el tirano! Habia oido hablar tanto del ogro, del malvado, del asesino de niños imberbes! ¿Cómo seria? Era evidente que las fotografias del dictador presidente no se ajustaban a parecer un tirano. Un hombre gordo, cariancho, voluminoso. Pero la fuerte expresión, los ademanes vivos; La mirada torcida, viscosa, sin duda; todo eso debia tenerlo un tirano, y sobre ello añadido el terror que le causaba la persecución que sufria. Un ogro, un espectro, una fiera humana con apariencia de hombre. ¿Seria como de Ivan, el terrible, su mirada? ¿Imperiosa como la de Napoleón? En esto estaba seguro; los retratos aparentaban un Napoleón tropical al que faltaba el uniforme. ¿Como seria? ¿cómo miraria? A su alrededor como una aureola de brillantez de alguien que tiene las vidas en la punta de los dedos. ¡Le atribuian tantos crimenes! Lo habian comparado con Weyler, cuyo rostro habia visto en fotografia en los dias que era joven y que no podia nadie equivocarse, Ver a Weyler y ver a un hombre fuerte era todo uno; porque Weyler era chiquito de cuerpo, pero su torax era como el de un buey guardando disimilitud con su cuerpo; su cabeza empatillada, sus gestos de violencia, terrible, enfrenada. No podia equivocarse. ¿Cómo seria, pues, el primer magistrado, el tirano, el que mandaba a matar los jovenes y después hacia que los tirasen en medio de la calle o fuesen a cebar los tiburones de la bahia?

Por fin vióse allá, lejos, como se rajaba el pueblo abriéndose una avenida estrecha por entre el gentio;

la policia, con los clubs en alto, cubria la máquina por ambos costados. El automóvil presidencial iba avanzando, poco a poco, ceremonioso, funebre.

Alguien levantándose del asiento, gritó.

—¡El Presidente de la República!—

Y la máquina, que era de un gris obscuro, fué deslizándose pegada al público. Y Charles sintió la sensación del peligro. —Una bomba a la máquina —pensó, y los semblantes de aquellas caras a lo Machado variaron de color.

La policia con clubs desenvainados cubria los flancos del automóvil. El chofer no era visible. Por fin como si en lugar del automóvil del presidente de la república fuese una ambulancia, hizo una parada. De ella descendió rápido el primer magistrado entre un silencio sepulcral. Unos cuantos aplausos del pabelloncito, pero aun estos contados.

Cuando se ha vivivo en pueblos expansivos que demuesran cariño o odio, siempre éste silencio era ominoso.

Evidentemente el hombre que llegaba era temido, pero no querido.

Y deslizóse la máquina gris, y el murmurio a su alrededor era alegre. —¡Llegó el Presidente!—

Descendió de la máquina, y con la misma extendió la mano para que bajase una joven mujer que le acompañaba. Era su hija Elvira, una mujer, regordeta, de poca personalidad, que sonreia forzada y quizás timida.

Y pudo verlo a sus anchas.

A su espalda la muchacha turista, de cuerpo cimbreante, que parecia un reptil, al ponerse en pie habia soltado la exclamación.

Mr. Manchado paints his hair—(Mr. Machado se pinta el pelo)

En efecto, Machado, que no parecia haber venido con sombrero, menos con chistera, mostraba su cabeza. De regulares proporciones, un poco elevada en el centro; esas cabezas que dicen los frenológos que indican fuerza de voluntad. El pelo era espeso, y de una amarillez semejante a la que causa el peróxido en los cabellos blancos o negros.

¿Pero era éste el tirano? ¿Era éste el ogro? ¿Era ésta la bestia humana?

¿Quién era éste hombre? No, ciertamente el que más de una centena de veces habia visto en fotografias. Era otra persona; el que viera era un señor grueso, antiparrado, de cara gorda, mofletuda, de abdomen prominente, con una sonrisa extraña en la facciones.

No era, no, ninguno de los retratos que habia visto de éste hombre que llegaba.

Además, éste era más pequeño de estatura.

En ningun lugar hubiera podido identificar como tal al sujeto, que ahora saludaba con un leve movimiento de cabeza los partidarios sentados en el pabellón. Un leve araremolinamiento se habia sucedido en las primeros filas.

Y Charles, pulgada a pulgada fué examinándolo.

¡Pues si de todo tenia menos la figura de un tirano! ¿No era uno de aquellos cosecheros de tabaco que se veian por la Habana procedentes de Pinar del Rio? ¿No era un comisionista de una firma vendedora de viveres? Un buen señor, sin más relieve que un hombre del pueblo enlevitado.

Su mirada era indiferente, sin penetración y se veia que habia ido a aquello con la imperiosidad de

quien tiene un deber que cumplir, pero nada más. Su levita le pareció de alpaca, que se hinchaba al viento que flotaba viniendo de la amplia planicie azul marina. —Como la levita que vestia Marti— se dijo Charles, Un pantalon jerga azul, Una camisa blanca.

De toda su vestimenta se desprendia algo asi como dejadez, pues aunque era negra la ropa, no se veia atildamiento de ninguna especie. Por lo demás, la cara, aquella cara no era de hombre viejo, pero eso si, ¡qué cara de cansancio! No habia visto un rostro donde se advirtiese más patente la edad madura a la que la vejez queria imponerse por medio de arrugas, Su rostro revelaba, intenso cansancio, como quien está rindiendo una labor doble, triple a sus fuerzas. Gestos de cansancio emanaban de toda su persona.

—¡Qué acabado está éste hombre!— se dijo— ¡qué atribulado está! —Es lo q. dicen por allá, está —full of worry— lleno de zozobras.— de eso no tenia la menor duda.

Habiase dirigido a saludar a los ministros en fila, y fué asi, de asiento en asiento, de uno en otro, dando la mano y acompañándo el estrechón con alguna palabra, que él no podia oir bien, pues era baja. La posicion de los asientos mirando al mar y la estrechez del pasillo ante la baranda hacia que el presidente estuviese de cuerpo entero ante la mirada de Charles, en tanto que avanzaba dando la diestra a los dignatarios; los cuales se iban alzando y volviéndose a sentar. Eran quizás unos cuarenta; algunos asientos estaban vacios. Todos los ministros vestian chaquets y constrastaba aquello con el presidente en su modesto traje de hombre de negocios.

Menos el embajador de Alemánia, éste galoneado de arriba abajo, extraño entre aquel elemento civil, como si Alemánia fuese aun imperio. Le extrañó. El ministro alemán era un señor ya entrado en años, y con tanto galón, tanta cinta y tanto cordelejo, que le parecia un ayudante de campo de un general español.

Machado era de regular estatura, tirando a alto, Bien cubierto de carnes; pero nada de mofletudo como aparecia en las fotografias.

¿Positivamente era éste hombre el que habia visto tantas veces fotografiado? Pues ni en uno sólo de los retratos se parecia a él, Este era otro hombre, positivamente otro hombre.

Machado acabó al fin por sentarse, moviendo su asiento para que viniese entre él y la hija a quedar como un triángulo.

Una vez sentado, se secó el sudor.

Y el desfile comenzó a sucederse.

Por la mente de Charles corrieron entonces diversas preguntas. ¿No habia en ello error? ¿Cómo es que el hombre de las fotografias y éste otro eran dos personas distintas? ¿No seria asi entre lo qué representaban qué este hombre era y lo qué positivamente fuese? ¿Y no era asi también la historia donde los gobernantes no fueron juzgados por lo que fueron y si por lo que de ellos se habló?

He aqui un hombre modestisimo, que no podia negarlo, Tal vez aquella mañana estaba entretenido en alguna cosa que le agradaba y tuvo que salir de carrera, porque llegase tarde, no afeitándose y quizás ni lavándose, A la verdad, le parecia que ni se habia lavado. Su bigote rapado y su barba no eran espesos; pero la barba recien nacida, mos-

traba que aquella mañana no se habia afeitado. Se dejó caer en su asiento en tanto que la primera banda de música atronaba el espacio con las notas del hinno bayamés.

El pueblo aplaudió frenéticamente el hinno tocado por la banda del Estado Mayor, y aquellos aplausos ensordecedores llevaban a la comparación la llegada de Machado. Era evidente q. si lo habian aplaudido tres cientas personas era mucho, y ahora al hinno lo aplaudian cincuenta mil almas.

—¡Qué bofetaba sin mano!— se dijo para si-- ¡Qué argucias usa el pueblo para atacar a los que teme!—

El vigoroso aplauso que resonaba como una granizada interminable, habia dejado aun más hundido en su asiento al presidente de la república.

Charles lo creyo sólo, absolutamente sólo; le parecia que ni sus mismos palatinos demostraban cariño por él, y sintió pena por aquel sujeto, tan poderoso, que según sus enemigos, mandaba a matar por un quitame allá esas pajas, y ahora se sentia tan sólo, como si estuviese sentado entre las arenas del Sahara.

¡Qué cobarde consigna! El mismo pueblo que hacia corto tiempo lo habia aclamado frenético, el mismo que se puso en pie de un lado al otro de la isla cuando la prorroga de poderes, "Con Machado a pie" "A pie" "Con Machado a pie".

—¡Qué tenaz debe ser éste hombre!. Yo hubiera mandado a todos a freir boniatos— se dijo— ¡Qué pueblo! ¡Pero qué pueblo!—

Un batallon de infanteria de linea comenzaba su desfile; un gallardo coronel a caballo y después su estado mayor; después soldados. Iguales, delgados, casi entecos; amarillos vivos; pero con hombreras

napoleónicas de dia de gala. Unas hombreras rojas, que formaban montañitas y que sombreaban firme contorno entre el amarillo del kaki y aquel intenso rojo.

Y siguió el desfile; artilleria de costa; batallones de infanteria; destacamentos de caballeria, con sus caballos, que caracoleaban frente al monumento, como si hicieran una demostración ante el presidente que si toleraban encima el jinete era porque querian; pero no porque no tuviesen fuerza para estrellarlo contra el obelisco de piedra.

Fué un largo desfile que el presidente presenciaba indiferente. Pero marchó un batallón con tal vida en el paso, con tanta gallardia, que Machado y su hija aplaudieron contentos. El se sonrió y dijo algo a Elvira.

Después vino la policia, 700 hombres; vestidos de aquel azul añilado; formales, serios, gallardos; el mejor cuerpo fisico de la república, El presidente no aplaudió no obstante.

Después desfile de ametralladoras, Después Veteranos de la Guerra Hispano Americana. Americanos radicados en Cuba y que vinieron de los Estados para la gran festividad, Un sequito de hombrachos, que parecian inflados, llevando banderas de los regimientos de voluntarios que sirvieron en la Guerra Hispano Americana, y ahora fué el aplaudir incesante de la muchedumbre que aplaudian dando estruendosos vivas a los Estados Unidos.

Después los veteranos cubanos de la Guerra de Independencia, Una centenar nada más de ellos, Blanquitos en canas, delgados, entecos, vestidos los unos de blanco, los otros de negro, con estandarte. Más tarde las emigraciones, una centena de viejos

emigrados de Key West y Tampa, entre los que reconoció Charles algunos viejos amigos.

Y la parada larga llevaba ya cosa de tres horas y aun aparecian allá lejos más y más hombres en marcha.

—La Guardia de Palacio— se oyó a alguien exclamar.—

Y aparecieron a caballo, trotando, sacandole al pavimento candela con los cascos los jinetes de la guardia. Eran cosa de unos cincuenta, Con uniformes de color gris, un color muy raro y que remataban en soberbios plumajes en las morriones. Fueron aplaudidos desde el pabelloncito, pero el pueblo permaneció silencioso.

A la verdad, aquella guardia disgustó a Charles. Si parecian ministriles. ¿Por qué tanto galoneado? ¿Por qué tanto plumaje? ¿No seria un piquete de soldados turcos?

Y ahora habian comenzado los discursos. El ministro americano Guggenheimera alto, bien parecido, con tipo de niño en su rostro de hombre duro. Con un mechon blanco de cabello, que salia por entre el matorral de su cabeza negra y larga y de forma de pepino parado. Estaba leyendo un discurso en inglés, que Charles no alcanzaba a oir. Fué corto y le siguió otro señor que Charles no pudo precisar quien era. Cerró por parte del gobierno el secretario de estado de la república cubana.

Era evidente que estabase ya en la terminación del festival. El monumento ahora bañado por un leve sol, que habia sucedido a la mañana brumosa, seguia encantador. Y el mar, en el fondo, seguia rugiendo y mandando bocanadas de espuma sobre la costa.

Durante todo aquel tiempo el más leve rumor, el más leve movimiento de la masa allá lejos era contenido por la policia. Y a cada instante creia Charles en una terrible explosión que hiciera saltar en pedazos la tiendecilla. Pero la mañana discurria sin novedad. Evidentemente si algo habia tramado se deslizaria sin atrevimientos.

Llegó el final. Un desfile de policias francos de servicio.

Y sonó la corneta, como diciendo, "rompan filas'. Y entonces, entonces, Charles se sintió estremecer por lo imprevisto todo su cuerpo. ¿Qué habia ocurrido? ¿Habia sido hecho apropósito, o fué un descuido? Allá lejos las dos montañas de muchedumbre se habian roto como un dique y avanzaban hacia el pabelloncito, como una marea sin ruidos; pero terriblemente imponente, No veia más que copas de sombrero y cabezas de hirsutos cabellos desgreñados. Miró hacia el norte y allá se habia roto el dique también. Y avanzaban y solamente se veian cabezas, copas de sombreros en tres millas a la redonda, Era aquel pabellón como una isla diminuta en medio de un océano que avanzase manso.

¿Cómo la policia no habia tenido en cuenta esto? ¿Quién habia dado la orden de soltar las amarras de la fuerza inmensa del pueblo? ¿Era descuido o qué fue? No comprendia Charles tantas precauciones primero y ahora este desencadenarse de gentes que no se sabia hacia donde irian. Tembló, y sin quererlo tocó al hombro de alquien que estaba cerca de él. El hombre lo miró. Era una de aquellas caras Machadistas de grandes antiparras y aunque Charles no pudo leer la ansiedad de los ojos, vió el fulgor pálido de la sangre que huye.

—Mala cosa es ésta— se le escapó.—

Era evidente que en un minuto más el presidente estaria rodeado como si fuese un náufrago en medio del océano. Y antes que pudiera pensar, vió que el presidente quedaba envuelto por la muchedumbre alli tocándole el hombro.

Palideció. Era el momento terrible y la inquietud le mantuvo sin moverse de su sitio. Si sólo uno diese el grito de ¡arriba!, y sólo huyesen, aplastarian a Machado y la hija, que quedarian como dos pedazos de papel de estraza, pisoteados por aquella masa de cincuenta mil almas.

Machado se habia puesto en pie. Su hija también y vió que el rostro de amarillo oscuro, ahora le subia la sangre y le bajaba dandole cambios bruscos, Y vió entonces, de costado, la cara del presidente y aquellas facciones, asi de costado eran extrañas. Y era la cara del diablo, rematando en la barbilla como si fuese la punta de una hoz. —¡Q, cara esa!. Mefistófeles— se dijo para si—como la viera en la opera Fausto.—

¡Qué distinta aquella cara vista de frente a vista de costado! ¿Era otro hombre? El presidente habia cambiado de color. Charles queria asi con estos tanteos, medir, comprobar bien la situación del gobernante. Estaba convencido; Machado no tenia ya esa esa simpatia de la muchedumbre, q. se manifiesta en aplausos, en victores, y que son de tantisima importancia sobre todo en Cuba, pais por excelencia efusivo. Machadista, como se sentia en el alma, aquello le desalentaba, Creia en una injusticia, una injusticia manifiesta, pero no podia por menos que aceptarlo.

¡Qué freneticamente habian aplaudido el himno

de la revolución! ¡Qué freneticamente a los americanos, como si les pidieran de nuevo ayuda para liberarlos! ¿Cómo no habian aplaudido al ejército? ¿Cómo habia pasado desapercibida la guardia de Palacio, qué aunque raramente vestida, hubiera atraido aplausos por su misma rareza?

Y viendo al hombre al que llegaba la muchedumbre, y que nadie tocó en aquel segundo que fué un siglo, —No, no quieren matarlo, quieren volverlo loco, que se vaya, no quiere nadie matarlo,— Un sólo grito, un ¡arriba!, y aquella masa suelta del respecto hubiera hecho trizas al presidente.

Este, cuyo color era de una amarillez obscura, habia quedado tan estático como si fuera de piedra y su cara vista asi de costado era como la cara de un diablo asustado. No podia ver la hija más que de espalda, gruesa, robusta, como estatua, cuyos pies fueran como un pedestal.

Su vista no queria separarse, porque le parecia oir un grito, un alarido, una puñalada, un tiro que viniese de alguna mano, de aquellas que yacian alli, asi pegadas al presidente, Una bomba que estallase tirada por mano alevosa y barriese a Machado y con él al pabelloncito.

Sin duda tantas advertencias y tantos miedos le hacian ver cosas extrañas y fué para él un gran descanso cuando vió la cara petrificada del primer magistrado abrirse, rajar una sonrisa; el automóvil como si fuera una ambulancia, que va a recojer un herido, se habia ladeado, y Machado daba la mano a la hija y ésta entraba y vio finalmente desaparecer sin apresuramientos al presidente de la República que entraba en su máquina.

Y cuando ya rompiendo por entre la muchedumbre

oia a la policia dar ordenes con la potencia de un látigo raventando en el espacio —Paso, paso, paso— el Presidente de la República— paso— y la masa fué disolviendo, como si fuese un inmenso pastel que se disgregaba y en ella entrando la máquina poco a poco hasta verla perderse allá muy lejos, Miró a su alrededor, los tipos de amplias antiparras salian bajando del pabelloncito, la muchacha cimbreante pasó por su lado y desde aquella altura vió que el automóvil se perdia allá lejos por entre la muchedumbre como si fuese un pedazo de hule negro flotando sobre el mar embravecido de cabezas.

—Tiene razón, la tiene el Dr. Mulkay no quieren matarlo; pero tienen el designio de volverlo loco, o que se vaya.—

Y partió a su vez en busca de un automóvil para que lo condujese a la Habana. Logró dar con uno y cuando la máquina iba venciendo el humano oleaje veia que se discutia, pero en voz baja y que la marejada era tan intensa que al romperse allá seis millas lejos bajaba con la fuerza de corrientes que descienden de una montaña, y el pueblo era un aguacero en los Parques y el remanso de gentes vestidas de fiesta llegaba a la Calzada del Monte que parecia haberse inundado a aquella hora temprana del domingo.

¡Qué pueblo! ¡Qué grande en sus manifestaciones y qué hóstil como si obedeciera a una consigna! Era como en los Estados Unidos ya en despligue de fuerzas politicas aquella ciudad, pero pausados, como si cumpliesen un juramento todos, decirle a Machado que no estaban ya con él.

¿Quién se lo fuera a decir al qué hacia tan corto tiempo aclamaran en la Habana con más fuerza,

con más pueblo, con más entusiasmo que lo hicieran con el más grande de los libertadores Máximo Gomez?

Y pensó. ¿Tendrán razón? ¿Positivamente la cara de buena persona, que parecia de un comerciante en tabaco, aquella indumentaria de persona atareada en el bien del pais, que huia sin duda de lo mundanal y que debia ser bueno como el pan, no seria la que quedaba siempre el vacio en tanto que la otra aquella que descubriera de costado, aquella cara de diablo, mefistofélica, fuera la que mandaba imperiosa? ¿no seria una doble personalidad éste hombre, una de esas grandes personalidades de la historia q. no se sabrá juzgar nunca si como locos o como genios?

E iba por aquellas calles cotejando las dos caras; la una de buena gente, la otra de malvado, que habia visto que existian en un espacio no mayor de unas pulgadas. ¿Regia en aquel cerebro el diablo o regia Dios?

Pero que alli habia una lucha de una minoria decidida no lo dudaba, pero eso si, ésta minoria ya contaba con la gran masa de la capital que la secundaba, no dando el cuerpo, pero usando el más suave pero efectivo medio de probar al gobernante q. lo odiaba. Aquello se lo habia demostrado. ¿Seria capaz el presidente de tocar las fibras sensibles y volver a los dias en que fuera el idolo?

¿Podria éste hombre salir en bien de todo esto y no volverse loco? ¿No lo estaria ya?

—Lo volveran loco, no lo dude, usted, lo volveran loco —le parecia oir continuamente

---

MUÑECOS DEL DESTINO.

Donde se ve que siempre es bueno oir a las dos partes para decidir un pleito. La Cuba Nueva parece tener tanta o más razón que la Cuba Ancestral. Y los unos y los otros parecen juguetes del destino manifiesto.

XI

Desde aquella tarde que Charles de manera tan eficiente interviniese cuando la reyerta entre oposicionistas y porristas en el Parque Marti en favor del joven de amplias melenas, entre él y aquel joven habia nacido profunda amistad y agradecimiento. Charles habia logrado salvarlo de la furia de los porristas conduciéndolo a su casa. Muchos dias padeció el muchacho de resulta de los golpes recibidos, y al término de aquella convalecencia, Charles era para el joven "el Maestro Charles", el que habia sido amigo de Marti; para Charles el joven era sencillamente "Saint Just".

La explicación tenia que venir; el joven le hizo declaración de fe, Era un estudiante, que ya llevaba tres años estudiando derecho cuando, Machado

ordenó el cierre de la Universidad, y le arruinó su carrera. Esto le habia agriado la vida, y se habia metido a conspirador. Su verdadero nombre era Alberto Alvarado; pero los conspiradores le habian apodado Saint Just por guardar mucha similitud su larga y huesosa cara y sus melenas con el celebre revolucionario francés, y por ser tambien él, quien en cierto concilio celebrado por los oposicionistas, habia pedido la cabeza de Machado, igualándose en esto al revolucionario francés, el primero q. pidió en la Convención la cabeza de Luis XVI.

De aqui en lo adelante Charles se dirigia al joven llamándole Saint Just, y el muchacho en justa reciprocidad, llamábale el Maestro Charles, en recuerdo al Maestro Marti, al que acompañase en su peregrinación el viejo emigrado.

Y algunas veces Charles discutiendo consigo mismo se hacia reflexiones de los extraños rumbos que tomaba la vida. Habia llegado a la Habana siendo un fanático por Machado, y seguia siéndolo, más mesurado empero. y habia tratado de husmear de ver si positivamente habia algo serio contra el celebre dictador. No habia logrado hacer una sola amistad con Machadistas y en cambio los dos únicos nuevos conocimientos en la ciudad eran dos personas q. por diversos caminos eran ahora sus compañeros, y anti Machadistas a matarse. Atilano Acosta, sobre cuya personalidad y honradez tantas dudas tenia, pero al que queria como a hermano, y éste muchacho, al q. por un accidente, habia salvado de una muerte segura en manos de los porristas embravecidos y cólericos.

—Tiene esto que ver— se decia— yo un Machadista cien por cien, venir a parar por tener como

dos intimos amigos a dos furibundos anti Machadistas, q. piden la muerte de mi idolo. ¡Qué raro!—

Pero habia ocurrido otra cosa, El joven Saint Just le habia insistido.

—Maestro, tengo que presentarlo, si tengo que presentarlo. Usted me tiene que complacer, Miguel Arnao, Rivera y otros jovenes quieren conocerlo; usted me tiene que acompañar. Usted por eso no deja de ser Machadista, pero si todos los Machadistas fueran como usted, quien conoció y fué amigo de Marti, es de los nuestros.—

Al fin habia accedido y presentado a un circulo de jovenes entre los cuales Miguel Arnao y Cecilio Rivera figuraban como las cabezas cantantes. Fué una presentación sencilla, para que se sintiese entre amigos, Todos parecian conocerlo de hacia tiempo y la valerosa conducta de Charles salvando a Saint Just abria todos los corazones. Sabian que era Machadista, pero Arnao habia dicho terminante. —No estamos en contra de los que de buena fe crean en Machado, si contra los que mantienen el régimen por el terror y la violencia. Usted es como de los nuestros.—

Y habia acabado por tomarles amistad. Le parecia una joventud tan fuerte y vigorosa y tan llena de entusiasmo, y equivocada. ¿No seria él el equivocado? Esta era la verdadera Cuba, la que venia a sucederlo a él y a otros como él, ¿no serian ellos lo qué estaban en lo cierto? Pero cuando reflexionaba bien hondo siempre encontraba la palabras, unas solas palabras; —estos jovenes destruyen los que hicimos los revolucionarios del 95; estan engañados, no conocen. Con Machado desaparece el único y último ensayo para que surja la nacionalidad

cubana. Con Machado se determinan dos cosas, si hemos de seguir siendo colonia o un pueblo libre.—

Los visitaba de vez en cuando, los veia por la calle, por aquel Prado, y lo saludaban cariñosos. Pero huia de ir a las reuniones, y solamente, lo hacia bajo la presión de Saint Just. que le decia; —a ellos les gusta discutir con usted, porque usted ha vivido en los Estados Unidos y porque usted sabe; aunque no convengan con usted les gusta hablarle.—

Y los dias corrieron y llegó a veces ser una rutina para él conversar en tono mesurado con Arnao y Rivera los dos más salientes y más precavidos. Charles habia expresado su creencia firme que eran los Estados Unidos los verdaderos enemigos. y ellos solamente, "resentidos", que le hacian el caldo gordo a los judios del norte.

Charles explicó su tesis.

Desde el establecimiento de la república, los Estados Unidos, fuera de todo derecho, habian mantenido a manera de una tutela por medio de los embajadores sobre los gobernantes cubanos. Esta tutela se traducia en continuas amonestaciones e intromisiones en los asuntos internos del pais, cosa que resultaba a veces una indignidad al principio de ciudadania. Este se hizo más de notar durante las administraciones de Menocal y Zayas, si bien se podia asegurar que desde la constitución de la república no habia pasado un sólo mes sin que la mano de los ministros de los Estados Unidos o las notas del departamento de estado americano recordasen al gobierno de Cuba la vergonzosa tutela a que se le sometia. Esto habia creado a modo de una segunda naturaleza y habia sido admitido sin pro-

testa por los acomodaticios gobiernos cubanos.Naturalmente que lo que daba sombra a esto era la llamada Enmienda Platt, invocable en solo casos determinados; pero verdadera espada de Damócles suspendida sobre la cabeza de gobernantes cobardes. Asi habia subido al poder el general Gerardo Machado Morales, el cual desde los comienzos demostró una actitud de no sometimiento a tan bochornosa práctica. Durante sus seis años de gobierno no se habia recibido una sola nota, ni se habian aceptado interferencias del ministro americano en la Habana. El orden habia sido garantizado debidamente, las obligaciones siempre cumplidas y la dignidad del gobierno habia arrinconado la Enmienda Platt, que cuando Machado si no desaparecido habia quedado solamente como documento de carácter histórico, ya q. al no ser posible invocarla, como todo lo que no se usa, desaparece o no existe. Esta actitud del gobernante no era bien vista por Washington; el sometimiento de los anteriores gobiernos habia ya creado una rutina. Pero no tenian otra cosa que hacer los gobiernos de los Estados Unidos que acatar las nuevas condiciones creadas por Machado.

Mas, eso podian pasarlo por alto y lo pasaron. Pero cuando Machado comenzó la industrialización de la isla, esto fué visto con mucha aprensión por los industriales de los Estados Unidos, los ganaderos y en general los que refaccionaron siempre a Cuba. No podian, empero, hacer otra cosa q. esperar hasta donde llegaba aquello y aprovechar la primera oportunidad que tuviesen para destruir la obra de Machado que los perjudicaba. Es natural que esto no podian hacerlo diciendo la verdad, es decir que

Machado con su industrialismo les quitaba un buen comprador, ni menos hacer notar que era peligroso el industrialismo de Machado por otras razones. Machado habia ido viento en popa libertando de la esclavitud económica de la importación a su pueblo, Independizada Cuba de comprar patatas, judias, arroz, café y demás productos, pronto se independizaba de comprarles las carnes y más tarde de comprarles mantecas y mantequillas.

Habia venido después una industralización rápida del pais, levantándose por doquiera fábricas de calzado, de leches condensadas, de telas, de envasaje de carnes, apoyado todo esto precisamente en dinero americano, que venia rápido a la isla, amenazando convertirla en un pais aun más industrial que los Estados Unidos, desde luego en su escala relativa. Es más, para Charles, que conocia muy bien todo el gran pais norteño, Cuba estaba ya más industrializada que los Estados Unidos, en el sur de la gran nación y en el noroeste y oeste. Esto no podian negárselo a él, porque habia vivido en todos esos lugares.

Y Charles hizo un alto para explicarse.

—A mi no se me puede negar esto; porque lo he visto. Si se atraviesan los estados del sur de los Estados Unidos, Georgia, Alabama, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Kentucky y Tennesee, es decir, un espacio cuarenta veces el tamaño de Cuba, en ninguno de esos lugares, y descontando las minas, hay más actividad industrial o campesina que en Cuba. Y si uno de ustedes recorre los estados del oeste; Utah, Nebraska, Nevada, Dakota del Sur, Dakota del Norte se encontrará que en comparación con ellos Cuba esta industrializada ya tres veces

más que ellos. Eso lo puedo apreciar yo bien, porque he vivido allí tantos años, y porque puedo comparar lo de aqui porque sali hace cuarenta y cinco años y veo el progreso realizado.—

Por 1932 Cuba consumidora a Estados Unidos de 200 millones anuales en mercancias, bajaba a veinte millones. Mas no era esto sólo. La gran riqueza de pastos de Cuba y del suelo en general, hicieron que Cuba comenzase a levantar la cabeza como un posible competidor en Centro América y Mexico, sobre todo en las carnes que podian venderse facilmente por la mitad de precio que lo hacian las firmas americanas, y no solamente las carnes frescas, sino jamones, tocinos, mortadellas ext. En el año 1931 exportaba Cuba productos valor de ocho millones de pesos a América Central sobre todo carnes. Esto desde luego no convenia a ganaderos, industriales y traficantes de los Estados Unidos, pero no podian impedirlo en ley y razon. Estaban, empero, en acecho a la primera oportunidad para atacar a Machado, buscando hacerlo apoyando de manera solapada los enemigos que alli se le presentasen por una u otra causa, y que conocedores los Estados Unidos de la caracteristica del cubano, siempre disconforme, no habria de tardar en venir.

La prorroga de poderes les ofrecia el comienzo. Pero como la prorroga de poderes fué un movimiento que partió del mismo pueblo cubano, y en una forma ú otro era apoyado, eran necesarios otros medios y otras oportunidades, sin echar esto en saco roto. Como medida de aviso a Machado que él no podia escaparseles asi asi, el recargo al azúcar de caña, pricipal fuente de ingresos de la isla y sin la cual y sin el ingreso aduanal, por la no importación no

se podria sostener el gobierno. Aplicaron la medida, pero ella no les dió el resultado por ellos apetecido. Como es natural, se suponia que Machado para contrarrestar esto tendria que recurrir a las tributaciones directas al comercio, la industria y el pueblo creándose por este medio muchos enemigos a su régimen, pues esta forma de tributación siempre fué muy mal vista en Cuba, pais donde al compararlo con los Estados Unidos, apenas si se pagaba tributación. Por el año 1932 ya Cuba estaba casi independizaba económicamente del mundo; la creación de industrias para lo cual se dieron toda clase de facilidades por el gobierno; la cria continua de ganados y la vigorosa acción del gobierno permitiendo el pase de máquinaria para toda clase de fábricas llevó al colmo de la desesperación en los Estados Unidos. Machado a la sazón no contaba con un sólo amigo en dicho pais, con la posible excepción de las varias casas bancarias que prestaron cerca de tres cientos millones de pesos, y las cuales desde luego estarian a favor de un gobierno como el de Machado que cumplia sus compromisos con rigurosa exactitud, Pero todo lo demás lo tenia en contra.

En los Estados Unidos la fuerza más poderosa es el periodismo y éste no podria entrar en acción a menos que no hubiese en Cuba revoluciones o motines al menos. Machado habia navegado con suerte, pero desde 1929 se comenzaba a señalar en los propios Estados Unidos la depresión que ya por 1932 habia lanzado fuera de las industrias y labores campesinas más de diez millones de personas. Recargado el precio del azúcar y siendo menor la capacidad adquisitiva de los propios Estados Unidos

por el paro que alli se sufria, Cuba, que siempre tendria que depender su prosperidad del exceso de prosperidad de los Estados Unidos, comenzó a sentir los tenaceos de la crisis. Las aduanas bajaron a un extremo de colectar solo 30 millones de pesos por año de cerca de 80 que regularmente cobraban. Machado se vió obligado, acabado el dinero de las grandes obras, como eran la Carretera Central y el Capitólio, a reducir radicalmente los presupuestos, cortando sueldos a empleados y cesanteando Esto de seguida creó muchos enemigos a Machado, junto con sus medidas de gobierno tan pésimas como la formación del "Districto Central", el cual tenia por objecto el expulsar del dominio politico a Miguel Mariano Gomez. Este mal paso de Machado le echó encima millares de oposicionistas, y comenzaron los actos de violencia; los motines en la Habana. Era la oportunidad prevista en los Estados Unidos.Sus veinte y cuatro mil periódicos entonces comenzaron a hacer todo el daño posible. Los actos terroristas eran explotados para presentar a Cuba en estado de incerteza y aparte de lo que positivamente ocurria ellos se encargaban de falsificar la verdad alarmando cuanto podian al pueblo de los Estados Unidos, para de este modo evitar nuevas inversiones industriales alli y quitarle el recurso del turismo. Los terroristas, y en especial los oposicionistas dirigidos por Mendieta, Menocal, Miguel Mariano y otros se apoyaban ahora en ésta propaganda alevosa, que repercutia por el radio, siendo lo más raro oirse en la Habana noticias de revoluciones y matanzas imaginarias en la misma capital, cuando todos quedaban soprendidos al oirlas trasmitidas por radio desde los Estados Unidos. Toda suerte de informa-

ciones falsas se diseninaban. La Prensa Asociada, organización regida por judios, fué el enemigo exterior en tanto que el verdadero enemigo eran los industrialistas y ganaderos, q. sostenian esos periódicos. Esta prensa americana sigue las tendencias nacionales con una disciplina completa y por donde va un periódico van todos, cuando se refiere a cosas en el extranjero y donde les va a ellos algo de interés. Pronto el pueblo de los Estados Unidos, que es uno de los pueblos más crédulos de la tierra, volviase en contra de Machado. Era notable que cuando en la Habana era muerto un terrorista en el momento mismo de colocar una bomba, el retrato del terrorista muerto, tirado en la calle, llevaba consigo en esa prensa el letrero de consigna; no era un terrorista; era sencillamente un estudiante mandado asesinar por Machado.

Y Charles hizo un alto.

—Yo quisiera que ustedes hubiesen vivido como yo alli y vieran lo que ha sucedido con Machado. De don Tomás para acá ha habido malas administraciones en Cuba y excesos de revoluciones y ataques al derecho, pero todo eso no consituyó nunca tema en aquel pais y raro era si alguno de aquellos americanos preguntaba que pasaba en Cuba. Pero por resultado de la diaria, continua, suspicaz campaña contra Machado presentando su gobierno como un verdadero oprobio no tropezaba uno en Tampa o en otro lugar un solo americano q. no preguntase que pasaba en Cuba y cuando en el curso de la conversación se les esclarecia la verdad, ellos dudosos decian;— el gobierno de Machado parece ser un gobierno muy detestable— Y no entendian nuestro problema como no entienden ninguno pues se guian

por lo que les dice el periódico.—

Y continuó.

—¿Cómo es qué durante la época de Menocal, con el robo de eléeciones aqui ocurrida, con las imposiciones de fuerza de dicho gobernante, con una revolución qué estalló en los campos y llevó miles de hombres a ella, como en los Estados Unidos nadie se ocupaba de eso? Sencillamente porque la labor periodista se hacia siempre justificando al gobernante que era Menocal. ¿Por qué la tomaron con Machado? La cosa es clara, porque les estaba causando un gran perjuicio a sus intereses. Pero al dañar esos intereses, ¿en favor de quien lo hacia Machado? ¿No era en favor del pueblo de Cuba?—

Después Charles contó de un altercado que habia tenido con un americano en la misma Tampa por éstas cosas y terminó diciendo.

—No lo creerán ustedes, pero discutian de los asuntos nuestros con un interés y apasionamiento que jamás tuvieron en los treinta años de república, los cuales yo pasé alli y tuve oportunidad de compararlos.—

Los jovenes le oian sin interrumpirle.

-Ustedes no lo creerán; porque en ustedes hay fe, hay entusiasmo, hay deseos de justicia, pero ustedes al final no servirán la justicia, ni el derecho del pueblo cubano, no, de eso estoy muy seguro, pero estoy también bien seguro que ustedes estan sirviendo los intereses del industrialismo americano, al cual no conviene que nuestro pueblo sea económicamente independiente. Ustedes combatiendo a Machado, que es una cosa temporal, por malo que sea, acabarán por esclavizar más este pueblo, porque la mayor esclavitud del pueblo de Cuba, no está en

gobernantes tiranos. Consiste en que siendo su suelo tan rico tenga que depender del extranjero para su alimentación, y cuando de afuera no quieran comprar azúcar por una u otra razón ya tendrá Cuba hambres indias aqui. Machado ha querido que eso cese, ha levantado su pueblo y ha comenzado por crear el orden y ir levantando los frutos menores y el ganado. La labor de ustedes muy santa y noble es una labor contra el cubano, y es una labor que destruye las visiones de Marti, que ciertamente no soñó en un pais rico y eternamente esclavo económicamente y juguete de otros pueblos. Machado ha creado un nacionalismo. Como es natural en una obra que viene después de cuatro cientos años, viene preñada de obstáculos; pero si en lugar de combatir al gobernante se cooperase con él, Cuba seria en unos cuantos años el asombro del universo.—

Después agregó.

—Les hablo asi, porque me han pedido una opinión y me gusta ser sincero. Yo conozco aquello porque he pasado mi vida por allá. Los Estados Unidos nunca han combatido por la justicia en ninguna parte. Han usado la palabra, eso es todo. Si hacen de alli esa labor es para tener siempre esclavivizado nuestro pueblo, para que les compre sus patatás, sus tocinos, sus jamones, sus quesos, sus mantequillas. Si, ustedes lograsen echar abajo a Machado y con él el Machadismo, sencillamente echarian la obra de liberación económica abajo, pues na habrá quien la continue y volverémos al tiempo de Menocal o Zayas, sin dignidad nacional y sin defensa económica alguna. Ustedes no han salido de aqui, no conocen los intereses que alli se mueven, por eso cometen semejante error, Pero recuerdenlo,

si algun dia destruyen ustedes a Machado, que lo dudo, llegará un tiempo que con la madura reflexión de los años comprendan que han cometido un error trascedental, y un error no reparable a nuestro mismo pueblo, que es bueno, cándido y confiado, y que ignora como ustedes, con quien estan tratando, con un pais de mercantilistas donde el hombre vale bien poco, pero el dinero es el simbolo nacional.—

Terminó diciéndoles.

—Yo he vivido alli cuarenta y cinco años, he vivido entre ellos, los conozco bien, Ustedes me han pedido una opinión; yo podria reasumirla en decirles esto— estan cometiendo un crimen contra ustedes mismos que son la Cuba del mañana, estan cometiendo un sacrilegio, una impiedad contra los intereses del pueblo cubano.— Destrnir a Machado es destruir a la Cuba Nueva, que viene forjándose con infinitos dolores en medio de una crisis mundial sin precedentes.—

El joven Miguel Arnao habia oido a Charles sin interrumpirle, De vez en cuando una sonrisa sarcástica se dibujaba en su rostro, su ojos parecian recibir extraña luz. Cuando hubo terminado dijo.

—Maestro Charles, le hemos oido y lo oimos con gusto. Algo nos enseña, mucho nos enseña lo que usted dice, pero usted juzga equivocadamente las cosas de Cuba. Usted ve el exterior y para usted Machado es un salvador, un nacionalista, Para nosotros, sentimos decirselo, es una de dos o un loco o un vulgar ladrón. Nos inclinamos a creer lo último. Cuando uno como usted llega a un pais como éste tras cuarenta y cinco años es natural que le parezca haber cambio notable, porque fisicamente lo ha habido, Pero usted se equivoca en cuanto a

creer que Machado sea un continuador de la obra de Marti, o sea capaz de emancipar nuestro pueblo. ¿Qué obra nacionalista es la de Machado que cada dia qué pasa nuestro pueblo es más esclavo y más sometido y más maltratado? ¿Qué nacionalismo es ese? Está usted equivocado, maestro Charles. —

El joven hizo un alto.

—Voy a explicarle a usted como han ocurrido aqui las cosas, porque hay que comenzar en ellas para poder llegar a una conclusión final. Machado no ha hecho otra cosa que enriquecerse. Todo lo realizado aparentemente para salvar a nuestro pueblo, pero en el fondo para esclavizarlo y enriquecerse él. Machado en cierto modo es la culminación de una politica nefanda seguida por los politicos cubanos engañadores, desde que se constituyó la república. Machado ha usado un pretexto, el nacionalismo, para enriquecerse. No crea usted otra cosa.--

Hizo otro alto y siguió.

—Usted nos va a perdonar, vamos a señalarle punto por punto para probarle que usted está equivocado. Vamos a comenzar por Machado al ser nominado por la Asamblea Liberal. Todo el mundo sabe que apoyado en dinero de uno de los grandes explotadores de Cuba compró dicha asamblea derrotando a Mendieta, Una asamblea de hombres vendidos lo nominó. Subió al poder creyendo la mayor parte que Machado seria el continuador de José Miguel en eso de "robar y dejar robar". Eran dos politicos similes en varios sentidos. En eso se equivocó el pueblo, Machado robaba, pero no dejaba robar, eso fue todo en esa parte.—

—Vamos al orden que impuso. Cuando Zayas es verdad que no andaban muy bien las cosas, ¿pero

usted cree que lo que impuso Machado fué el orden? Está usted equivocado. Machado desde sus primeros 90 dias impusó el terror. No hacia más de 60 dias de haber tomado posesión cuando era asesinado vilmente Armando André. No crea usted que el Armando Andrés fuese santo de mi devoción, no. Pero los ataques al derecho no importa contra quien sean. Se asesinó a Armando André, ¿por qué razón? Sencillamente para matar toda oposición, toda critica a los gobernantes. Muerto Armando André, que ha sido obra del gobierno, porque de no haberlo sido se hubiese apresado a los criminales, pues aqui se escapaba el que queria la policia, se le señaló al pueblo de Cuba claramente que el gobierno usaria el terror. ¿Usted cree que el terror sea orden? El orden nace de la bien enfrenada acción gubernamental y de los departamentos policiales y judiciales de la nación, amén de la educación que se imparta a las masas del pueblo. ¿Es eso lo que ha usado Machado? No, comenzó usando el terror, ¿Por qué razon? Para callar la boca al periodismo y al pueblo, para crear el dominio unipersonal, Machado y nada más que Machado.—

Hizo un alto.

Eso en la Habana, Veamos el orden impuesto en los campos. Hagamos historia, porque hay que comenzar en el principio. En Ciego de Avila se cometió un secuestro. Todo el mundo sabe que en Cuba el bandolerismo ha tenido su verdadera raiz en la guardia rural; cuando la rural no ha querido que haya bandoleros, no los ha habido, un componte o algunos a presidio bastaria. Cuando el secuestro del coronel Pina. Machado demostró como se impone el orden en los campos. Al igual que en la

Habana lo impuso, ¿Qué clase de orden? Un terror sin precedentes. Usando el justificativo absurdo e imfame y reñido con todos los preceptos de los códigos, asi el atrasadisimo del tiempo de Roma, como códigos impuestos por inquisidores en la Edad Media, yendo más lejos que todos esos códigos, por sospecha, por sospecha, solamente por sospecha, la gúardia rural ahorcó una docena de campesinos en una jurisdicción para acabar con el bandolerismo. ¿Es eso imponer el orden? Eso es sencillamente imponer el terror. ¿Concibe usted algo más inicuo qué el castigo en masa por el sólo delito de sospecha? No hay código en el mundo, no lo hubo jamás que justifique semejante cosa; ni siquiera las ordenanzas militares en tiempo de guerra; hay que probar el delito para castigar. ¿Pero ha sido eso solo? No, esa es la ley feroz que rige en los campos bajo la férula brutal de la guardia rural. En los campos no hay orden, lo q. hay es barbarie; la vida humana a la merced de un sargento de la guardia rural; incubador semejante proceso de toda clase de infamias.—

—Nos habla usted de nacionalismo. ¿Sabe usted para qué ha impuesto el terror? Sencillamente para matar toda protesta viril de los campos y de las ciudades. ¿Qué nacionalismo es ese qué el cubano en los campos y en las ciudades es más esclavo hoy qué nunca? Todo nacionalismo económico se supone que sea para levantar un pueblo, y no privarle de sus libertades inprecriptibles. Machado ha intentado matar todas las libertades inprecriptibles que nacen con el individuo, que no pueden morir sino con el individuo, que son la vida, la libertad, y el derecho de poder ejercitar todo eso dentro de una

garantia absoluta. Todo el mundo tiene derecho a exponer sus opiniones públicas o privadas y mantenerse dentro de los principios que mandan que la libertad de un individuo se termina donde comienza la de otro. ¿Es eso lo qué ha impuesto Machado? No, el ha impuesto que aqui hay que pensar solamente con el cerebro de Machado. Usted no es un tonto y usted lo puede ver facilmente. Metáse en una bodega, en una esquina, a decir siquiera que Machado es viejo, o que no sabe gobernar. ¿Qué le sucederá? Se presentará un porrista indecente, un sujeto prodedente del hampa y lo hará a usted callar a golpes con un tubo de goma de automóvil. ¿Es ese el orden qué garantiza Machado? El orden no puede subsistir sin la libertad, porque orden no es tirania y sujección, orden en la fuerza reguladora de la libertad y nada más.—

Hizo una pausa.

—Vamos ahora a la moral gubernamental. Oirá usted como se han desterrado los vicios, como se han purificado las oficinas del estado. Esa es otra mentira convencional en favor de Machado y sus secuaces. Por ejemplo, es verdad que si un empleado comete cohecho, por pequeñisimo q. sea, es expulsado o es procesado. ¿Pero qué moral gubernamental es esa, donde el propio hermano del presidente es el acaparador de todas las contratas del estado y de una gran mayoria de los árticulos que se importan? Hace poco fui a alquilar una máquina de escribir Royal, No pude hacerlo; hay que comprarlas, ¿A quién? A la firma de Mestre y Machado. ¿Cree usted qué eso esté bien? Pero eso es general y donde no está Machado estan sus satélites ocupándolo todo. ¿Qué hacemos con quitar los barrios

de lenocinio y perseguir a una infeliz mujer que por miseria vende su cuerpo y en cambio mantener un Casino de la Playa, las Carreras de Caballo, cuyas concesiones explota el gobierno? ¿Quiere usted mayor inmoralidad? Seguramente que le dirán a usted que esos tres cientos mil pesos que pagan los promotores americanos por explotar el vicio en grande no van a Machado. Puede que sea verdad; pero van a tres prominentes, uno por el partido liberal, uno por el conservador, y uno por el popular; tres grandes personajes de la república, que han obtenido esa concesión del presidente para apoyarlo. Esos señorones se reparten cien mil pesos por cabeza con esa explotación del vicio. El vicio aqui se ha perseguido; pero es el pequeño, el de los pobres, no el de los grandes, hoy hay tantas o más inmoralidades y me inclino a creer que el doble más que en cualquier otro periodo de la república.

Hizo otro alto.

—Llegamos a un punto vital; prorroga de poderes. Esta es otra mentira convencional. No hubo tal pueblo, si apareció cargando las candilejas, porque aqui el populacho es juguete de todos, ¿Pero sabe usted cual fué el secreto? Una compra, la compra de los jefes liberales, conservadores, populares, los unos por préstamos directos del presidente, los otros por medio de la colocación de familiares en las oficinas del estado. Ese mismo Casino de la Playa se afirma que fué el precio que pagó Machado para que los tres señorones que representaban los partidos popular, conservador y liberal le ayudaran en esa mogiganga de la prorroga de poderes apoyada en el pueblo de Cuba, es decir nominado por los tres partidos. Todo el mundo sabe que ese

era un muñeco hueco, propio para el que no nos conozca. Al pueblo de Cuba lo mueven por grupos. Compre usted al jefe del grupo y ya va el grupo a aplaudirlo. Eso llevó a Machado a la prorroga de poderes. Lo particular es que la trama fué tan bien urdida, q. nadie protestó; solamente los estudiantes que veiamos a los bandidos de un lado y del otro en conciliábulo y veiamos lo que se traian. Machado no está ahi por voluntad popular alguna, está por regar concesiones y dinero. Por eso una vez que no puede dar dinero ni hacer concesiones lo han desertado. Eso no es aplicable, empero, a nosotros que protestamos en contra de la mogiganga.—

Usted ha hablado del nacionalismo.

—Ya le dije anteriormente que Machado era o un loco o un ladrón, pues le digo que es las dos cosas, Usted nos habla de su nacionalismo, ¿Para qué nos sirve que haya ñames, yucas, cochinos, carnes o fábricas si el cubano hoy es más impotente y más infeliz qué nunca? ¿Qué clase de nacionalismo es ese qué en lugar de mejorar y dar más libertad cada dia empobrece más y reduce más a la tirania al mayor número? El nacionalismo es el nuevo disco para enriquecerse. Machado es accionista o dueño de casi todo empresa, Además, ya le dije que obra de locos. Unicamente a un loco se le antojaria que él pueda independizarse de los Estados Unidos económicamente y dejar de comprarles y que ellos le vayan a comprar su azúcar, Unicamente en un cerebro de un guajiro estúpido cabe semejante cosa. Usted mismo lo ha dicho, tiene en contra al industrialismo americano y los ganaderos. Ahi tiene usted que clase de gobernante tenemos que no supo prever una cosa tan lógica como dos y dos son cuatro.

Es verdad que Cuba consumió un año a los Estados Unidos tres cientos millones. Pero ¿por qué pudo hacerlo? Sencillamente porque ese mismo año los Estados Unidos compraron quinientos millones de pesos aqui. ¿En qué cabeza cabe qué Machado pueda traer el nacionalismo y no comprar los árticulos de comer y vestir y al mismo tiempo se crea qué pueda pasarle la mota a los Estados Unidos, es decir no comprarles y qué ellos le compren tres cientos millones en azúcar, qué es lo menos, menos qué nos compran? Estudie eso bien, maestro Charles, y verá usted q. no andan exagerados los que dicen que está loco o es demasiado ignorante. Y el resultado ya lo ve usted; una crisis formidable azotándonos. Las aduanas no producen nada, y el azúcar sin salida, debido a los recargos que en represalia le imponen de allá y Machado, furioso, va contra todos, contra comercios, industrias, pueblo y mata con impuestos. No se necesita ser un lince para ver que no puede cubrir el definit aduanal a menos que le quite a industriales y comerciantes mucho más de lo que les ha dado. Por eso ahora todos levantan el grito al cielo. Pero como Machado previó eso, apaga toda protesta por medio de la porra y la violencia.—

El joven terminó.

Machado no ha ido más que a enriquecerse. Accionista en todas partes y el hombre que habla de moralidades levanta pueblos que desde la primera hasta la última casa son de él, como ese Rancho Boyeros que lleva ahora el nombre de General Machado. Además, en los mismos ingenios, ¿no es dueño de varios o tiene metido mucho dinero en ellos? No es uno de los principales accionistas de empresas americanas como son la compañia de elec-

tricidad y de teléfonos? ¿No es uno de los principales accionistas del Royal Bank of Canadá? ¿Qué moralidad politica, ni que nacionalismo, de un hombre que de la noche a la mañana vemos que le crece el dinero como si fuese la hierba después de un aguacero? —Y agregó.— Y esto que yo le digo lo puede usted facilmente comprobar, está ahi a la vista; no es calunniar ni mucho menos.—

Cecilio Rivera tomó entonces la palabra.

—El maestro Charles cree de buena fe que hay gobernante y lo que hay es un bandido. No hay orden, hay terror, y ese terror del gobierno ha producido sus efectos, y vemos ésta Habana temblar bajo las bombas, el único medio de protestar contra semejante gobierno. Tiene el terror y el nacionalismo como medios de enriquecerse. El terrorismo de hoy no es más qe el hijo legitimo del terror impuesto por Machado, q. ha educado la gente en la violencia. Nosotros, los jovenes, no crea usted, no estamos contra Machado sólo, Tal vez usted piense como muchos que somos juguetes de los enemigos de Machado. Estan equivocados en eso. Nosotros somos la Nueva Cuba, que ahora vamos contra Machado y una vez los destruyamos con sus Machadistas irémos contra todos los demás politicos, el Menocal, el Mendieta, el Zayas, toda esa turba de ladrones hasta purificar el ambiente, y después sobre el imperialismo yanki, que no se nos oculta lo que usted dice, es decir que saca partido de nuestras justas protestas, pero se equivocan al usarnos pues estan afilando la cuchilla que les cortará el pescuezo.—

Varios de los otros jovenes definian el porque de la actitud de violencia que habia surgido entre la oposición y el gobierno. Uno dijo.

—Usted oirá que el presidente a todas horas habla que desea la paz, que quiere un entendimiento, que quiere una critica depuradora de la acción gubernamental. Esto es una hipocresia; es solamente para descubrir sus enemigos y cazarlos. Usted comprenderá q. si él fuera sincero, comenzaria por disolver la porra, que no permite la expresión libre del pensamiento. El no lo hace porque quiere governar rufianescamente. Aqui la Habana tiembla por los atentados terroristas, pero estudiese bien y se verá que la culpa es de Machado, ¿Fueron los estudiantes los qué crearon el terror? ¿No ha sido Machado comenzando por el asesinato de Armando André y acabando por el de Blas Maso, un oposicionista que de todo tenia menos de terrorista? Machado en si es pésimo y el porque actua asi es para poder seguir usurpando el poder y enriquecerse.—

Charles les oia sin replicarles ya nada. Comprendia. Era una juventud llena de brios, valiente, fanática; pero equivocada y es precisamente los aquivocados, cuando son jovenes, los inconvencibles, porque la naturaleza misma manda que no se dejen convencer, que de serlo se detendria toda marcha hacia adelante. Lo veia por él mismo. ¿Quién lo habria convencido en sus años mozos qué él no hacia bien odiando a los carretoneros y voluntarios? ¿Quién le hubiera convencido qué no debia combatirse a España con las armas en la mano y valiéndose de todos los medios? Y acababa por decir amén, si bien su conocimiento hondo del asunto encontraba siempre una repuesta para todo, Lo que pedian los jovenes, por ejemplo, orden basado en la libertad, habia sido imposible en Cuba. Todo gobernante, asi los coloniales como en la república,

que no habian impuesto orden por medio de la violencia habian dado pésimas administraciones, pues la libertad la entendian como licencia y ataques al derecho. El veia que Machado no podia ni habria nadie que impusiera orden en Cuba a menos que no usase violencia o terror. En cuanto a que Machado se enriqueciese, no solamente creia muy exagerado lo que decian, sino que el enriquecimiento de Machado y acaparación, dado el caso que fuera verdad, era cosa temporal; moriria con Machado en varios años más, en cambio el destruir el nacionalismo por él creado que debia ser eterno, si era un crimen porque no podria reponerse el mal que se hacia al pueblo de Cuba. En cuanto a lo que ellos juzgaban locura de Machado de creer que Machado fuese tan torpe que no comprendiese que al no gastar en alimentos los Estados Unidos dejarian de comprarle el azúcar y le destruirian sus planes, estaban ellos equivocados. Machado estaba haciendo algo que no convenia y le hacian la guerra desde los Estados Unidos; pero no habian podido combatirlo con eficacia sino apoyando la oposición, El recargo al azúcar no podia ir más lejos, Ya los Estados Unidos le habian aplicado todo lo que podian aplicarle y hacia ya dos años de ello. Y no podian ir más lejos, porque cuando grababan el azúcar cubano dañaban sus propias industrias en los Estados Unidos y ya el clamoreo de protesta de los perjudicados se alzaba en aquella nación Amén que la subida del azúcar lesionaba intereses americanos, pues la industria azucarera de Cuba estaba en manos de ciudadanos de aquella nación. Ellos no podian prescindir del azúcar cubano, porque si prescindieran tendrian que cerrar millares de industrias que usaban el pro-

ducto. Habian hecho todo lo que podian hacerle, recargarle un centavo. A Charles que conocia bien el pais, sabia no era como Cuba, que siempre fue pais de centavos y la unidad mayor la peseta. No, los Estados Unidos la subida de un centavo en un árticulo carecia de importancia a un consumidor generalmente liberal y que ganaba verdaderos salarios. Por lo tanto, ya en 1929, los Estados Unidos en esa parte habian ido en represalia lo más lejos que podian, pero Machado los vencia. El bajar la exportación de azúcar a aquel pais no venia por la subida irrisoria, venia por algo que estos no querian entender y era la crisis mundial, que lanzaba millones de hombres a paro forzoso y en los Estados Unidos, más de doce millones ya sin trabajo, bajando el poder adquisitivo de la gran nación. Machado si podia afirmarse tenia mala suerte en esto, pero no dimanaba el malestar de Cuba de aquel recargo y es más si Machado no hubiera industrializado la crisis seria espantosa. Esto no podian ccomprenderlo ellos, que sentian tal adoración por los Estados Unidos, los q, no conocian, que se imaginaban aquel pais en un estado tal de properidad como si fuesen inmunes a la crisis mundial. Machado estaba en lo cierto en imponer la violencia si no habia otro medio de poder gobernar alli, y habia plantado las cosas en tal forma que no quedaba a los enemigos que tenia en el norte otra salida que la de siempre, apoyar los descontentos que Machado tenia para hacerlo saltar. Toda represalia económica les fracasaria con Cuba.

Pero nada de esto aducia; ¿para qué? Era una juventud briosa, llena de entusiamos y que le trataba bien. El no habia ido alli para convencerlos.

Solamente por pasar el rato y oirlos. Por otro lado no habia hecho amistades y le repugnaban aquellas conversaciones continúas, de carreros de caballos y foot ball de otros lugares.

Y habia sido alli en aquel conocimiento que estableciese con Saint Just, Arnao y Rivera que conoció a varias muchachas conspiradoras. La mujer cubana, generalmente retraida y sujeta por la educación religiosa y criolla, se sumaba a la rebelión aportándo éstas muchachas de cabello cortado a lo garzón, mayor entusiasmo que los jovenes.

Se reunian por grupos y discutian siempre minuciosamente las "tanganas" que tenian preparadas para molestar a los de la porra, No le perdonaban jamas a Machado el hecho de haber creado la "porra de las mujeres" que la emprendió con ellas, desnudándolas en la via pública y propinándolas sendas nalgadas como a niñas mal criadas.

¡El viejo libidinoso.! ¡El viejo impúdico!

Asi las cosas una de aquellas noches hubo una reunion en que por primera vez conoció a Adelfa Luján.

Desde que Charles vio aquella muchacha le llamó la atención. ¡Qué mujer más gentil! Rubia, de un rubio fino, de rostro tan blanco y pálido como de cal; de mirada enigmática, acerada y fina. Alli donde la hija del pais era generalmente trigueña y efusiva.

Comentó el caso con algunos de los jovenes. A aquella hora la muchacha, que segun supo era una bohemia, estaba discutiendo cerca del grupo en voz baja con otras amigas de la conspiración.

—¿Es americana sin duda?— preguntó Charles.

—No, nada de eso, cubana por los cuatro costa-

dos, nacida en Oriente, la llaman la Oriental.—

—Pues si se dice es americana no habria quien lo dudase. Tiene la figura de una muchaeha del norte de esos cruces prodigiosos de suecos, eslavos, irlandess, hungaros, Es una Venus del mundo—

—Ya hay muehas como esas aqui— agregó Arnao.

—He venido notando algo de eso— agregó Charles— Me ha pareeido al verlas q. eran americanas, y sólo me ha dejado en dudas el modo de andar, por ello he venido a comprender que son cubanas. Pero tienen todas las trazas de hijas de los Estados Unidos. Pero no me refiero a eso; me refiero a que éste tipo de mujer es poeo común.— Y agregó.

Un tipo asi tan exótico es raro. En el eabello como del norte, en los ojos un sur borroso, que no es ni negro ni azul; la piel blanca, tan blanca, que se ve solo entre las razas sujetas por la religión, eomo por ejemplo entre los judios. Porque las mujeres asi, sólo en las grandes metrópolis se ve alguna. —Y agregó— Y yo he visto muchas mujeres. Horas me he pasado junto al Flatiron Building en Nueva York, donde desfila el hembrerio más exótico del mundo. — Y terminó— No es porque sea rubia, no; el rubio por si es vulgar. No, por la mezela rara hasta produeir la Venus del mundo blanco. Por eso me llama la atención.—

Un joven agregó.

—En Cuba hay miles de mujeres rubias. De la Guerra de Independencia para aeá esto varió. Y en las emigraeiones de polacos y de checo eslovacos prevalecen los rubios; ademas en Cuba misma abunda mucho más mujer rubia de lo que siempre se ha creido.—

Adelfa Lujan figuraba en el grupo de las selec-

tas. Saint Just le dijo algo de ella por lo bajo. era del grupo de las del espionaje. El joven agregó.

—Quizás sea la más hábil de todas, y tal vez a ella debamos algo grande, porque ella— y dijo esto en tono confidencial— es de las que siempre anda por Palació.— Y agregó.

—Esa muchacha vale un imperio; las otras son escandalosas; pero ésta es de las que las mata callando; está muy cerca del tirano.—

Dijo esto e hizo un guiño.

Para Charles aquello bastó por el momento. Rumores corrian por toda la isla de las lubricidades de Machado. Algunos hablaban con avidez de las queridas con que contaba el general, y nunca puso a esto mucha atención, porque detestándolo, como lo detestaba, aquel modo de ser del cubano que siempre buscaba por donde acabar con las más sólidas reputaciones de sus gobernantes, ya achacándoles afeminamientos, ya que eran borrachos o demasiado libidinosos o ladrones vulgares. Forma mortal de entender la critica, que hacia que en corrillos y revistas se denigrase el gobernante ¡Qué bochornoso era todo esto! ¿Por qué no aprenderian éstas gentes lo bueno que tiene el americano? El presidente de la república debia ser respetado por todos; porque en cierto modo encarnaba la nación. Era la selección de todos y si era un afeminado o un libidinosos, ¿no ponia esto de manifiesto que el pueblo qué semejantes gobernantes elegia debia ser un pueblo de corrompidos? Para Charles, el gobernante debia ser como lo entendian en los Estados Unidos, el primero de sus ciudadanos y si se le denigraba el baldón acabaria por caer sobre el mismo pueblo a quien representaba.

Al "tirano", como llamaban a Machado, le atribuian una lujuria senil inaguantable. Pocas eran, segun algunos, todas las mujeres de la isla para saciar la sed lujuriosa del ogro. Verdaderos cuentos pornográficos se contaban del primer magistrado.

Por eso al ver como se conducia Saint Just que le dijo al oido sin que lo oyesen los otros; —ésta rubita, que parece que no rompe un plato está muy pegadita al presidente, pero es de las nuestras.—

Repugnaba estos métodos indecentes de criticar al gobernante, impropios de hombres civilizados. Y pasaba ante él el histórico pasado. El cubano cuando se proponia vencer era militante por excelencia y usala las artes malas y buenas sin consideración al "que dirán", con tal de denigrar al gobernante, de destruirle su reputación, su vida moral, todo estaba justificado. Por eso dijo cuidadosamente.

—Se hablan muchas cosas de Machado y sus queridas.—

—¡Oh, es libidinoso como un sátiro— dijo el joven y agregó— parecerá mentira, pero está probado. No se sabe las mujeres que tiene, pero se pirra por las sayas como un chivo del Camaguey.—

—¿Y ésta?— preguntó Charles.

—¿Ésta? Metida siempre en Palació ,No sé porque no pondria la cabeza en un picadero, pero me parece que aqui si que no se "mōja" el viejo.—

Y le contó historias picantes, que a Charles le parecieron ridiculamente exageradas y propias de las revistas pronográficas, acerca de Machado.

—No lo cree usted, maestro, ¿no lo cree?—

—Hombre, porque voy a dudarlo.—

Cecilio Rivera intervinó.

—Maestro, usted no lo cree, se lo veo en los

ojos, no lo cree. Usted cree que es invento, Pero, digame, ¿por qué salió huyendo de Cuba Sergio Carbó? ¿Lo sabe?—

Charles no contestó. Y el joven preguntó.

—¿Y por qué hicieron salir de Palacio cierto personaje qué se iba de la lengua?—

Como Charles no contestase, entonces él amplió.

—Pues verá; Machado visitaba en Matanzas una familia de las más distinguidas, donde vivia la muchacha más linda de la ciudad. Aprovechaba unas obras públicas que alli hacian. La visitaba y los visitas dieron lugar a un embarazo. Le nació un niño a la joven. Sergio Carbó sabia de las visitas y imprimió cierta caricatura. Por la noche cuando iba a abrir la puerta de su casa en el agujero de la llave habian metido goma de mascar. Era un aviso, porque eso mismo le hicieron a Armando André, que mientras estaba peleando con la llave y la goma de mascar le volaron la cabeza. Diga usted que Carbó enseguida emprendió la carrera. Al otro dia lo visitaban para avisarle de parte de Machado que saliera de Cuba en 24 horas si no queria morir como un perro por meterse en la vida privada del presidente. Y salió escapado en un aeroplano para Miami.—

Continuo.

—¿No sabe todo el mundo en la Habana, qué en su finca se dan bailes encueros? Eso lo saben hasta los gatos. ¡Qué honor! ¿eh? El primer magistrado de la nación conduciéndose asi.—

—No lo creerá usted. Usted cree que nosotros calunniamos, que debemos hacer como en los Estados Unidos. Pero de seguro que el presidente Hoover no será un santo, pero es seguro que no hace cosas

semejantes. Si aqui sacan a Machado y han sacado a otros en revistas y hablan de ellos y chismean es porque no proceden honrando la posición confiada, son tan bajos como un vendedor de cebollas, y si allá pasa eso y no lo critican será porque son muy hipocritas, pero no vamos a decir que se merezca otro cosa quien asi actua, que no honra su puesto.—

Saint Just lo llevó a un rincón. El tenia fe ciega en Charles, los demás eran amigos, pero no le dirian la verdad y él queria que Charles supiese que lo queria como a un padre, como a un hermano, que supiera que con él no tenia secretos.

—Oiga, maestro, como ocurrió aquello del Parque Marti, usted debe siempre creer que estoy loco. No, no lo estoy; padezco de insomnio; pero yo sé lo que hablo y con quien lo hablo. Usted se interesa en la muchacha. Oigáme. Esa que usted ve está pegadita al presidente, lo visita todos los dias, Tenga la seguridad que es asi. Es una confidenta que ni en Alemánia ni en Francia se ha dado una espia como ella. Inteligente, discretisima, impasible; ha logrado embobar al presidente. Y lo mejor es que ni se ha "mojado" con ella, ni se "mojará". Eso es lo mejor. —Y añadió bajando más la voz al odio de Charles— y no le extrañe que ésta muchacha le cueste la cabeza a Machado.—

Adivinó y no quiso preguntar.

Rara era la semana que no se descubria un complot contra el presidente, Bombas colocadas por donde pasaba su automóvil, y eso que segun le informaban, no iba nunca dos veces por el mismo sitio. No lo habian volado en una explosión de milagro. Era indiscutible que habia alguien muy cerca del presidente, y en quien éste no sospechaba,

que estaba trabajandolo suavemente para cazarlo.

—¿Quiere qué se la presente?— preguntó Saint Just.

La presentación fué breve.

—Adelfa, éste camarada es un emigrado revolucionario de la época de Marti, que conoció y acompañó a Marti. Es Machadista. Ahora que si todos fueran como él, nosotros estariamos con Machado.—

La joven le tendio una mano largo y fina, en uno de cuyos dedos Charles vió un diamante tan grande, tan bien cortado y tan fino, que valia un capital.

Adelfa lo habia mirado fijamente, con aquella su mirada fija como una aguja de acero, mirada penetrante de un azul obscuro, impasible, inefusiva.

—Adelfa Luján es mi nombre y si usted es Machadista, somos aqui dos, ahora que usted no será más Machadista que yo, porque yo....—hizo una pausa y dijo con un dejo de maliciosa intención—porque yo soy de las "incondicionales".

Lo dijo con mucha gracia y miró a otro lado para volver la mirada a Charles al que mandó sentarse.

Arnao se habia levantado de su silla; comprendia; la habian presentado a Charles y el vino diciéndole.

—Adelfa, ya veo que Saint Just te ha presentado al maestro Charles, pero es bueno que sepas, que fué él quien lo salvó de los cabillazos de Atares, cuando lo del Parque Marti.—

—¡Ah, si! ¿El qué les habló en inglés y le cogieron miedo? ¡Ah es el señor!—

Y volvió a penetrarlo con aquella su mirada azul obscuro, penetrante, fria.

Charles explicó el caso.

—Fué un abuso de la porra. Este joven estaba en el uso de un derecho. Total nada; una peroración

con el Apóstol. En otros lugares se le hubiera oido y la policia se habria echado a reir, en Nueva York por ejemplo. Y aquello fué un atropello infame. No me faltaron ganas de liarme con los porristas a golpes, pero acababa de salir de mi enfermedad y estaba débil.— y agregó —en Nueva York cuando yo era joven algunos golpes reparti y entre gentes un poco más fuertes que esos porristas. Ahora— hizo una larga pausa— ahora es distinto, no soy ni joven ni soy fuerte.—

Adelfa volvio a bañarlo en su mirada y dijo firmemente.

—No, usted no es un viejo. Victor Hugo dice que el hombre es lo que representa y no lo que ha vivido. Usted— volvio a mirarlo fijamente— se ve que no es un muchacho, pero está fuerte y bien conservado. ¿No es verdad Arnao?—

Y no hay duda que aquello complació en lo más intimo a Charles, pues no hay cosa que más nos halague que oir a una mujer joven y bella decir que estamos muy bien conservados, que lucimos bien, cuando estamos convencidos que somos viejos.

Hablaron de los Estados Unidos.

¿Qué si habia vivido en la gran nación? Si, ella habia vivido en los Estados Unidos, en Nueva York. Es más hablaba el inglés, pero inglés de Pogolotti.

—No lo habla usted mal— le advirtió Charles, una vez que le hubo oido una sentencia completa.

A Nueva York habia ido con una tia rica; pero no le gustaba la ciudad, Mucho ruido, mucho apretujamiento, mucha desesperación, Y agregó filosóficamente.

—¿Para qué hay qué apurarse tanto? Las grandes obras todas se hicieron despacio. No porque nos

apurémos se va a virar el mundo al revés.—

—Asi mismo— dijo Charles— es la ciudad de las patadas, de los empujones y donde finalmente vive uno muy sólo.—

Siguieron hablando de Nueva York, de los horribles inviernos, cuando cae la humedad que viene del rio y tiembla la ciudad, y se pesca uno la neumonia en el más leve descuido. Y de los dias en que él se metia en las tavernas del Bowery y se liaba a golpes con tahures y maleantes de la gran ciudad.

De aquella noche en lo adelante un nuevo incentivo en Charles, Su vida vacia de ideales, el desmoronamiento lento de su fe, tenia en aquella muchacha un porque de la existencia; hablar con ella que parecia tan bien entenderle. Cuando por las noches llegaba, se sentaba por un rincón, donde menos se hablase Observaba que cuando Adelfa se sentaba con sus amigos tendia discreta la mirada por el salón como buscando alguien, y finalmente lo descubria y desde lejos le saludaba con su mano firme, que centelleaba al resplandor de la luz el diamante grande y fino.

Charles, celibe empedernido, desde su separación con Nellie, parecian renovarse en él los alientos extintos de una juventud sin freno.

Por otro lado, ¿seria verdad? ¿Seria ésta muchacha la preferida del presidente como algunos afirmaban?

Y algunas veces aquello le atormentaba, como si un interes directo le vinculase a la muchacha. Acababa por decirse. —¿Y a mi qué me importa si es o no es?—

Y dejaba de ir por largo tiempo por el club de revolucionarios. Queria hacerse dueño de si mismo,

no ocuparse.

Más insensiblemente le iban sucediendo otras cosas. Se acicalaba más, se untaba más polvos, se descañonaba más a menudo la barba. Algunas veces le parecia que iba a lucir mejor si se tiñese el pelo. Creia que aquello tenia que venir, que necesariamente tenia que suceder; era una ciudad donde el aparecer bien era un dogma. Todos querian oler bien; vestir bien; hablar bien.

Pero un dia habló consigo mismo; hizo un recuento; se confesó a si mismo.

No, no era nada de eso, era sencillamente que se estaba enamorando. ¿Y no era un tonto al hacerlo? Se examinaba bien; él no podia ser más que un platónico. Admiraba la muchacha como podria admirar una hija. La joven eran tan bella, tan gentil, tan delicada, pero sobre todo, tan exótico su tipo...

Y seguia en sus interminables discusiones con Arnao y Rivera. Una noche preguntó sobre Saint Just, Tenia ya absoluta confianza con los jovenes.

—¿Ese muchacho es un fumador de marihuana, un loco o qué?—

—No, nada de eso, sencillamente trastornado por una razón muy lógica. Era mecánico. Trabajando de mecánico se costeaba la carrera de abogado. Ya iba muy adelantado. Con el cierre de la Universidad quedó arruinada su carrera, Tenia la madre enferma; eran gentes que habian sido ricos, pero ahora lo que tenia era que salvar de la miseria a la madre y el modesto hogar, Por eso estudiaba. Machado al cerrar la Universidad le habia arruinado la carrera, Y esto lo habia obsesionado, se la pasaba por los parques; era digno hasta la sublimidad, no aceptaba nada y se iba enflaqueciendo y poniendo cada dia

más huraño. Arnao agregó.

—Hemos tratado de sujetarlo, pero el dia menos pensado comete una barbaridad, y eso no nos conviene. Pero es redondo y sincero a carta cabal.—

A medida que los dias corrian para Charles aquello era concluyente, Machado estaba en los cierto, alli no se podia gobernar sin tirania, era imposible hacerlo de otro modo. Machado era invencible, nada lo haria saltar como no fuese una intromisión de los Estados Unidos, Sin estar en las verdaderas interioridades de aquella juventud, comprendia que por una u otra causa, ésta juventud no contaba con elementos militantes suficientes; pero no se le ocultaba que veinte de aquellos jovenes eran capaces de mantener siempre el terrorismo de las bombas. Esto era ya una rutina, y el pueblo no se alarmaba por ello. Además, el gobierno ya les iba tomando la punteria y exterminando poco a poco los más atrevidos.

Pero en tanto que estaba seguro que a Machado no le hacia esto mella y estaba también convencido que el campesinaje estaba con Machado, en cambio cuando en aquellas tardes se sentaba en el Malecón y sentia el oleaje estrellarse contra el abandono sensual de la gran pared de piedra le parecia que allá lejos, en los Estados Unidos, se estaba empollando la caida de Machado. Aquellos veinticuatro mil periódicos continuamente presentándolo como incapaz, como loco, haciendo circular noticias falsas y ampliando los actos de violencia eran lo bastante para destruir a Machado, lenta pero seguramente, Por otro lado todo terrorista perseguido en Cuba, y todo oposicionista se refugiaban al verse en peligro en Tampa o Miami; no los podian extraditar y

desde allí seguia haciendo daño.

Pero se sentia desarmado. ¿No era él eso mismo? ¿Y no era él el causante de esto qué ahora le ocurria a Machado? ¿No era su propia obra? ¿No era él un sujeto díscolo, que siempre andaba buscando camorras con aquellos peninsulares, voluntarios, en sus años mozos hasta herir de muerte a uno y huir a los Estados Unidos a cobijarse bajo la bandera extranjera? ¿No habia encontrado aquello muy bien y muy lógico? ¿Por qué ahora se llamaba a engaño, porque lòs violentos de hoy hiciesen lo mismo? ¿No era él quién les habia enseñado el camino? Y después, cuando en los años de conspiración y de guerra contra España aquellos periódicos americanos llenos de mentiras y abultando la verdad y envenenándo el ambiente en contra de los españoles de Cuba, ¿no lo encontraba él muy propio y muy bien? Pues ahora sencillamente se estaba repitiendo la misma historia. Se sentia desarmado, No, no era la obra de esta generación de estudiantes y periodistas mentirosos. No, era la obra de él y de miles de cubanos como él.

Tenia que retirarse de aquello para estudiar en frente de una verdad incontrovertible con los hechos actuales. Aqui habia una minoria que no entraba en razón, pero ésta minoria podia convertirse en mayoria a medida que avanzase la depresión que venia también de los Estados Unidos. Los judios de allá se apoyarian en el entretanto en las minorias de aqui, y aquellas eran gentes que conocian como si los hubiesen parido a los cubanos y a los descendientes de españoles en general. Jugaban con ellos como muñecos, desde el Estrecho de Magallanes para acá. No habia más remedio. Machado

tenia que vencer apoyado en las fuerzas armadas y exterminando rápido el terrorismo. No habia otro medio.

¿Cómo éstas gentes de Cuba eran tan ignorantes qué no sabian qué el malestar económico ya andaba rampante en los Estados Unidos y qué Cuba lo sufria más qué nadie por depender del surplus de la gran nación y qué Machado con sus medidas de gobierno habia conjurado el hambre atroz de su pueblo? No habia más remedio, no quedaba más remedio; solamente la fuerza era la que se podia imponer en un pueblo asi con tan corta visión de las cosas y tan sujeto a ser juguete de los demás.

Después pensaba ya solamente en el soldado, el policia, la misma porra. Pasaban los soldados, erectos, firmes, y en él renacia una confianza absoluta. Los oposicionistas no podian minar las fuerzas armadas, que en cierto modo eran los niños mimados, bien pagos, bien comidos, respetados. Los grupitos de escandalosos y los judios del norte no tendrian finalmente por donde salir; Machado los venceria a todos.

Machado habia tenido la mala suerte de comenzar aquella magna obra en el momento mismo en que el mundo se iba a declarar en bancarrota. Esto, no podian entenderlo asi los que actuaban de buena fe y que creian no tener en frente más que a un tirano y ladrón, y no les convenia entenderlo a los viejos politicos que lo habian desertado al quedarse Machado sin dinero, y ver los giros que tomaban los acontecimientos mundiales, aprovechando la oportunidad para apoderarse ellos del poder, apoyados en la ignorancia e indiferencia de la masa.

Sentia a veces por el presidente una simpatía rayana en piedad. Sentábase en el parque oyendo el batir del oleaje y viendo pasar el pueblo de arriba abajo.

¿De qué hablaban? No del gobierno ciertamente; hablaban de la peseta, del peseteo, de buscar donde ganarse una peseta. Los vendedores habian variado ahora el diapasón. Oia al mismo que pregonaba sus tomates dos semanas antes con estribillo de, "una docena de tomates por medio", volverse ronco ahora gritando, "tres docenas de tomates por medio, diez tomates por un kilito".

Sentia piedad por el dictador. Ya el presidente, segun le imformaban, no salia de Palacio a menos de ir rodeado de hombres armados hasta los dientes. Era natural esto ante el continuo número de arteras combinaciones para cazarlo. Una rabia ciega e impotente de algunos por cazarlo, pero eso si, sin exponer la vida, matarlo como se mata al tigre o al boa, desde detrás de la maleza clavarle una bala en la frente.

¡Qué infeliz era el presidente! ¿No era en verdad un desgraciado? Veia que paso a paso se le iba derrumbando lo que creaba y se volvia más huraño más duro, más reservadote; odiando todo lo que le rodeaba. Aquella labor incesante, que no llegaba más que en parte a él lo domaba y destruia en su pesona. El cubano era un enemigo muy malo; atacaba por todos lados; minaba el terreno; envenenaba el aire; cubria con baba todo sitio donde pudiera poner la mano. Era la lucha de seis años contra el pasado secular de 460 años de colonia.

Pero midiendo lo que sucedia en la calle. De vez en cuando algun estudiante terrorista aparecia

tirado en medio de la via pública, muerto por personas desconocidas.

—¡Qué crimen, pero qué crimen!— oia en el corto senáculo de los aterrorizados conspiradores.

Y sin decir una palabra comentaba para si mismo. ¿Es decir qué es un horrible crimen porque los de los porra o la policia maten a un terrorista qué no hace más qué hacer daño a los infelices con sus bombas, y en cambio es un mártir si el terrorista es asesinado por la porra?

Le costaba tanto trabajo entender esto. ¡Es decir qué era un crimen qué los agentes del gobierno matasen en la obscuridad, después que ellos usando de las bombas habian hecho saltar un niño en pedazos en la calle de la Zanja!

Y nada. Estaba convencido q. todos se daban por enterados del crimen de Machado; pero no habia quien se diese por enterado del crimen de aquellos terroristas.

Una tarde comentó lo de las bombas con Rivera.

Bueno, ¿pero es posible amigo Rivera qué quieran ustedes tirando bombas qué el gobierno no conteste de vez en cuando al terrorismo con el terrorismo?

—Si,— dijo Rivera— es lo natural; no podemos esperar otra cosa. Es lo natural, ¿pero qué? ¿le vamos nosotros a dar la razón al gobierno? Amigo Charles, piense que usted con haber andado con Marti no conoce lo que son las oposiciones.—

—No, amigo mio, las bombas se colocan en la via pública. Siempre se tiene cuidado al colocarlas; pero hay veces que una revienta antes de tiempo y mata algun infeliz, ¿Pero hemos de llorar por eso? No vienen los gobernantes y tiranos matando seres infelices por las guerras y otros medios desde

el comienzo del mundo. ¿Para qué los han matado, como por ejemplo la guerra mundial? Esta es la hora que no se sabe porque se les mandó al matadero. Y si es cosa natural que los tiranos manden por millones a la matanza al pueblo y parezca lo lógico, ¿por qué a los que estan combatiendo al tirano se les ha de ver con malos ojos porque en el combate con la tirania, donde se juega uno la cabeza, reviente una bomba y mate a una lavandera?

—Carece de importancia ello, a no ser que sea importante porque lo hagamos nosotros y no importante porque tal cosa la hagan, pero en grande los gobiernos. No, nosotros lamentamos que algun infeliz caiga, Por lo demás, la mayor parte de las bombas al estallar en público estallan con un público ya advertido que no debia ir a esos lugares y para que escarmienten es bueno que vuele alguno. Carece eso de importancia. Además el pueblo nunca ha servido más que para moverlo los intelectuales; el pueblo en eso o en lo otro no tiene opinion, vale poco, bien puede dar algunas victimas de la clase esa.—

—Pero, la razón, hombre, la razón.—

—No, no la hay, no debe haberla. Si estudiásemos eso por la razón no iriamos a ninguna parte. Cuando la porra nos mata alguno, entonces le sacamos partido a la cosa. Es un martir y lo que ha hecho el gobierno es un crimen. Lo explotamos como podemos, y como no nos dejan hacer mucha demstración de alarde en los entierros, pero eso si, esa noche revientan doble o triple número de bombas en la ciudad, probándose asi ante el pueblo q. el que mataron no era el que hacia daño y que fué escogido para saciar venganzas y no para hacer

justicia.—

—Las revoluciones— dijo— no pueden detenerse porque caiga éste viejo o aquel niño. Si asi fuese no podriamos movernos las revolucionarios nunca y no habria habido revoluciones, y el hombre hubiese sido siempre esclavo. Esos que caen son tan victimas de Machado como los que él manda a matar directamente. Asi es como hay que explotarlo ante la masa y ante los que no analizan, que son la mayoria. La revolución no puede ser de otro modo. Fracasaria si los principios de la Caballeria Andante de la Europa de la Edad Media entrase a tomar parte en las revoluciones. No, el revolucionario tiene que combatir por todos los medios. No hay propaganda mejor que una bomba que revienta en un teatro, y que hiere o mata a los que sólo fueron a ver la función. Los que escaparon, de primera intención maldicen a quien puso la bomba; pero no tarda mucho sin que acusen al gobernante; los unos diciendo que no puede garantizar el orden, los otros pensando si no seria la misma porra o la policia, y nosotros que por todos los medios probamos que si no existiese la tirania no habria quien colocase bombas. El final es siempre desastroso para el gobernante.—

Volvia a ver al presidente ante si, ferozmente irritado, cuando por la mañana cogia el periódico y veia que seguian estallando bombas. Cólerico tiraba el papel; sacudia airado el puño dando contra el grueso cristal de la mesa de despacho, volando el vidrio hecho añicos. Después llamaba al jefe de policia y lo abochornaba; después al de la secreta, y violentisimo hablaba de relevos, de castigos, de persecución en fin.

—¡Loco, loco lo vuelven ésta gente! Loco, ni más ni menos. Es que me parece que ya está loco. Esta manera perfida de combatirlo tiene que volver loco a Machado o a cualquiera otro que no tenga una cabeza de piedra.—

A fines de Agosto de 1931 se habian alzado algunas partidas en los campos, y las tropas tenian que acudir a dominarlas. La mano de hierro del ejército se dejó sentir y efectivamente los revolucionarios probaron no tener fuerzas. El gobierno no sólo habia vencido; pero se habia probado que el campesinaje estaba con Machado. ¿Lo estaria de corazón o por el contrario temeroso del desorden que vendria si caia Machado? La verdad es que no secundó y el oposicionismo comprendia ahora mejor que antes que con el ejército en frente y el campesinaje retraido, y enemigo por quietud, no quedaba más remedio que la Habana; las bombas y minar la policia y el ejército.

Charles quedó convencido. No habia manera que pudiesen con Machado. Este habia abandonado la capital y se habia puesto al frente de los soldados. Las partidas fueron disueltas facilmente, desapareciendo como nieblas batidas por el fuerte sol.

—Es invulnerable— se dijo Charles.

Ya por esto tiempo Charles habia dejado de ir a visitar sus amigos los jovenes, No le gustaba el sesgo que tomaban las cosas. Los arrestos por todos lados, la falta de consideración de los porristas que atacaban sin cesar por sospechas, le habian hecho alejarse. Temia por otro lado que algunos de los muchos que continuamente ingresaban en los clubs fuera a saber sus ideas favorables al gobierno y ser objecto de espionajes.

Un dia tropezó con Arnao en la calle. El joven de seguida le preguntó.

—¿Qué, le ha pasado, maestro? ¿Qué le ha pasado, que no va a vernos? Adelfa ha preguntado por usted.—

—No, amigo Arnao, no me pidan que los visite, Siempre los querré mucho, siempre desearé el bien de ustedes, Ustedes estan destruyendo lo que yo hice, lo que la generación del 95 hizo; pero es porque son jovenes y tienen una misión que cumplir, pero estan equivocados, Ustedes estan sirviendo a nuestro peor enemigo, que no es Machado, son los Estados Unidos, y no digo todo los Estados Unidos, digo los judios a los que no conviene lo que hace Machado.—

Y ellos insistian; pero no.

Por otro lado Adelfa, aquella Adelfa, Ya huia de ella. Celibe empedernido, no podia por menos que sentir ahora, ya en el ocaso de su vida, presentarse aquellos fenómenos que debieron llegar en la juventud, Renuente siempre a crear una familia, a tener una mujer, educado en las costumbres libres del norte. Como leyese una opinión de Edison, aquella era su norma.

El gran mago de la electricidad habia sido entrevistado por un periódista. Le preguntó muchas cosas que de buen grado contestó, pero finalmente.

—¿Qué piensa usted de las mujeres?—

El viejo mago de Merlo Park contestó como si le hubiesen picado con hierro candente.

—Nunca las he estudiado, nunca me han preocupado, no sé nada de ellas, ni aspiro a saber nada de ellas.—

Asi era él. ¿Por qué entonces habria de ser qué

ésta muchacha rubia, siempre con una palabra suave en los labios lo tenia a él pensativo?—

¡Pero qué belleza! ¡Qué figura gentil! ¡Qué ojos! ¡Qué cosa más exótica! Nuestra Cuba, blanca, como si fuera de cal, con unos ojos azul prusia, con aquella cabellera de rubio suavisimo, con aquel contorno, con aquel gracejo, y que parecia haber vivido en todos lados, en todos los paises y en todos los climas y sabido todas las filosofias cuando decia pausadamente.

—El maestro Charles sabe que la actualidad es más fuerte que todo el pasado, La actualidad nos lleva poco a poco al mañana, ¿por qué apurarnos? ¿No es más dulce lo qué se obtiene trás el lento compás del tiempo?—

No, no queria ver más a los buenos muchachos ni tampoco ver más a Adelfa Luján. Meditabundo se la pasaba por los porques, viendo los soldados pasar, creyendo firmemente en Machado, apoyándolo con su pensamiento; creyendo en su firme e invencible poder. Los soldados parecian confirmarle en aquello. De vez en cuando veia allá a lo lejos contellear al sol un largo filo y oia el caer de los planazos sobre las costillas de alguien, Huian a campo traviesa los que se atrevian a formar grupos. El policia sonaba más su estaca contra el pavimento. Y más y más oia a las gentes pregonar, con más griterio. El gentio pasaba discutiendo aun más acaloradamente, cada hora se oia más aquello.

—¡Qué malo está esto! ¿Dónde podrá uno ganarse la peseta?—

Más rostros demacrados, más gentes que marchaban a prisa, más soldados, más policias y más engolfamiento de las gentes en el afan de buscarse la

comida.

Los veia salir de aquellos barrios, donde vivian en promiscuidad, por las mañanas, rabiosos, con sus tomates, con sus papas, con sus gritos, en busca de los kilos. Le parecia que la Habana cada dia sentia más y más la tenaza del norte, una tenaza que era como aquellas aguas azules, mortales, que rodeaban el arco del Malecón y que estrechaban cesar la isla.

Los Estados Unidos cada dia tendian más y más el nudo al cuello de Machado. Sus aduanas producian una tercera. La policia y empleados mostraban el disgusto al ver que se reducian los sueldos. Y al vocerio continúo de veinte tomates por medio, habia sucedido el de cien tomates por medio.

Los carretilleros sudaban más, y el tropelaje del hambre se veia en los centenares de pedigueños que cada hora crecian como una invasión que salia de los solares cada mañana.

El terrorismo habia tomado ahora ya iniciativas terribles. Una vez que el estudio habia terminado, de estar convencidos que la policia no podia echarles mano, por una u otro razón, ahora ya las bombas iban directas y los ataques eran ya contra el gobernante directamente.

Corrió la noticia del asesinato del capitán Calvo, de la policia. Machado se habia vuelto una fiera y los porristas habian tomado revanchas dolorosas y trágicas matando a varios, y los que eran cogidos en actos de terrorismo no sabian ahora si los esperaba la carcel o las fauces de los tiburones de la bahia.

El gobierno contestaba a estos zarpazos de la revolución con cadáveres, que caian de los auto-

móviles, estrellándose los cráneos contra el pavimento de las secciones residenciales de la capital de donde salian los terroristas. El tirano se enfurruñaba, desconfiaba más y la persecución era ahora ya una caceria entre gobiernistas y oposicionistas.

Para Charles Doors el caso era definido; en ésta lucha el pais permanecia indiferente, como en todos los periodos de la historia de Cuba, se enfrentaban el machismo contra el machismo. ¿Serian más machos los grupos del gobierno o lo serian los de la oposición? Cuba, la Cuba inmensa de los campos, de las industrias, de los que producen y trabajan y sufren era agena a éste incesante combatir de minorias; en ellos no habia otro ideal que combatir la miseria, el hambre, que los iba estrechando cada dia más y más sin darles tiempo a pensar, en tanto que Machado y la revolución combatian con la saña ruda de un león contra una pantera de Java.

Una de aquellas tardes estaba sentado en el Parque de la Fraternidad. Cerca de él, un busto a Domingo Aldama, el gran cubano de las emigraciones de 1868, con su cabeza de bronce, pintada de verde, que atraia los rayos del sol, jugando magnificos charolados sobre el hierro.

El desfile de automóviles era interminable. Ya habia formado su plan, retornar a los Estados Unidos. En la Habana no cabia una persona más. ¿Dónde ocuparse? El no habia venido para vivir de la cosa pública; traido por el resurgimiento de su pueblo esperaba encontrar algun trabajo; él siempre habia vivido del trabajo. ¿Pero dónde encontrarlo aqui? Se dijo para si.

—Morirán los viejos emigrados todos y no podrán vivir bajo el cielo azul de Cuba.—

Estaba como adormilado por la suave brisa que mecia la copa del arbolito a su espalda. Vio pasar un automóvil lujoso, y sentado al timón un busto que él conocia.

—¡Ah, si! —se dijo para si— Es Clemente Vasquez Bello, el Presidente del Senado de la República.—

Se lo habian señalado un dia cuando el personaje politico bajaba las escaleras del Capitólio. Una personalidad llena de magnificas ideas por el bien de Cuba, situado en un terreño de decencia en la lucha establecida entre la oposición y el gobierno.

Ya por aquellos dias los altos oficiales de la administración llevaban sus automóviles blindados; el único que no usaba los blindajes era Vasquez Bello. ¿Por qué habria de usarlos si era persona suave, liberal en sus maneras, mediador entre las violencias del Machadismo y las violencias de la oposición?.

Y fué cosa de unos minutos y vió por medio de su somnolencia, pasar otra máquina, al descubierto, verde, de un verde claro, lujosisima. Y sobre todo vió claramente, la manejaba una mujer; el cabello flotaba al viento.

Y le llamó mucho la atención; porque precisamente en la Habana era rara la mujer que manejase automóvil. Después aquella mano larga y fina que tan bien conocia. Y dió un salto, como si su corazón viejo por el trabajo y por la edad le empujase a vivir.

—¿No seria Adelfa Luján?—

No podia ser otra, primero porque era rara la mujer que manejase, segundo por aquella mano larga y fina y la franja dorada cerca de la porte-

zuela, como un escudo dorado sobre el verde frescor de la máquina.

Volvió a bajar la cabeza como visionario vencido.

—Me voy a embarcar pronto. Ahora no voy por Tampa. Iré por Nueva Orleans. Es lo que menos conozco de allá.—

Y no se ocupó más y cerró levemente los parpados adormilado por la suave brisa.

No habia pasado media hora y sin que viese movimiento alguno a su alrededor y sintio una mano larga, fina, como una seda mojada en perfume, que le cubria los ojos viniendo por la espalda, Un anillo grueso le rozaba la cara. Oyó una voz harto conocida.

—Adivine, maestro, adivine quien soy.—

No se movió, dejó que la mano perfumada se asentase bien sobre su cara. Y contestó.

—No sé quien eres.—

Safóse ligera la mano y Adelfa rápida se sentó a su lado.

—Tanto tiempo sin verlo, maestro, tanto tiempo sin verlo.—

Se disculpó. Mucho trabajo. Por decir algo.

—¿En qué trabajaba?—

No supo que decir, le costaba tanto trabajo mentir, pero al fin.

Haciendo unas traducciones, Lo habia alquilado un señor John Smith para traducirle un libro sobre Cuba.

Y como no sabia mentir, gagueaba al soltar ésta patraña.

—Oh, si es asi, mire, puede que yo le sea útil, maestro, Puedo serle útil. Conozco poco el inglés, pero mucho a Cuba y hay veces que conviene el agrandar esos libros....

El pensó un rato antes de contestar.

—Bueno, usted está en lo cierto, seguramente que me puede ayudar. La tendré en cuenta. Siempre me será muy grato....

Pero lo dijo asi, que se conocia era una cortesia llena de insinceridad. Ella se le quedó fija, mirándolo con aquella su mirada azul, de un azul acerado obscuro, que le hacia siempre bajar la vista. Por fin dijo sin quitarle la mirada de encima.

—Maestro, muchas veces he pensado en usted.—

¿Por qué pensaba en él? ¿Qué importancia podia tener él para ésta muchacha, joven, rica, donosa, tan gentil, tan envidiada, codeándose con lo más alto de Cuba?

Vacilaba en decirselo, como lo sentia, pero ella se adelantó.

—Sé lo que usted va a decirme. Continuamente nacen equivocaciones; las equivocaciones son el pan nuestro de cada dia. Me gusta verlo discutir con Arnao, con Rivera, con Luaces, Me gusta mucho lo que usted dice.—

El se reconcentró en si mismo. ¿Qué de particular podia tener lo que él decia? Conocimiento práctico de hombres y tiempos. El saber que en más de un caso no impera la razón y si se impone el apasionamiento; cosa propia de pueblos efusivos.

Y como que era pobre de elocuencia, tuvo que echarle mano a su propio pasado.

Cuando aquello donde ahora estaban era el Campo de Marte y por entre las maniguas se ocultaban los rateros. En dias que por las mañanas sonaban las cornetas y se formaban los batallones de voluntarios. Total, para guardar dos viejos castilletes. Aquella música lo encantaba, pero aquellos hombres

hinchados, de pantalones bonbachos que se la daban de guapos y de brutos. Se le fué incubando un odio, un feroz odio, a todo aquello que consideraba tirania. Se habia largado de por alli no sin antes dejar moribundo en medio de un café, a un peninsular de aquellos, orgulloso y bruto. En las emigraciones hizo cuanto pudo por expulsar aquellas gentes. ¡Qué alegrias aquellas mañanas cuando de joven en Nueva York atravesaba los campos de hielo, envuelto en caliente abrigo para tomar el whiskey ardiente en una taverna! Por los enormes edificios media la grandeza nacional; los hombres le parecian perfectos; el idioma el más fuerte y expresivo, Y acabó por decir.

—Engaños, equivocaeiones, mentira todo, amiga mia, Mentira eso de una civilizacion- superior en los Estados Unidos. Mentira que sean una raza superior a nosotros por derecho divino. Tanto los adoré que se me pegó el idioma que es lo más dificil allá y llegó un tiempo que vivia en Boston y no podia hablar casi en castellano. Quizás si los Estados Unidos de entonces fuesen superiores a los de hoy. Lo dudo también; era el afan de aquellos dias el que salieran de aqui los odiosos voluntarios, los bodegueros, las alpargatas. —E hizo una pausa.

—Y precisamente todo lo que queriamos botar es lo que no podiamos botar porque lo llevábamos en nosotros mismos, pues heredamos no las sanas costumbres y la inmensa virtud al trabajo de esas gentes en general, sino que heredamos lo que tenia la minoria de ellos y que precisamente combatiamos, lo brusco, lo intemperante, lo incivil. Los años me han convencido que equivocado yo estaba. Hoy para mi, los Estados Unidos es un pueblo grande lleno

de los mayores defectos e injusticias. Y lo peor de ello es que aquel pueblo inmenso lo primero que tiene es q. no piensa, que se lo dan todo hecho y los mueven los judios, por religion y por costumbres. He visto que nos desprecian y nos consideran inferiores. Nos volvimos fanáticos por las majaderias de cuatro ignorantes y bocones; pero con los cuales en el mismo idioma y por los mismos medios les contestabamos. Todas aquellas enormes, diferencias, que tanto odio y victimas causaron, me parecen hoy cosa pueril y sobre todo que he medido que la grandeza no está en edificios ni en dinero ni en poder, La verdadera grandeza no puede existir donde no hay espiritu, donde no hay corazón. Estoy desencantado, porque ahora si que positivamente no somos nada; somos positivamente menos cubanos que en cualquier tiempo de la colonia. Y por eso me oye usted decir a esa juventud que estan causándose daño a si mismos. al combatir a....—

Iba ya a pronunciar el nombre Machado, cuando hizo un alto pareciéndole llegar al borde de un abismo.

Y Adelfa volvió a clavarle la mirada, acerada, fria y le insistió.

—Siga, lo comprendo, iba usted a hablar de Machado.—

Dijo esto por lo bajo y como si hablase de un familiar.

Se sintió acobardado. El comprendió que debia seguir. Era imprudente no hacerlo.

—Pues ahora veo que para tantos Machado es un malvado, Para mi es un santo. Un hombre no entendido por los buenos, demasiado entendido por los malos y combatido desde allá, de aquel pais de

judios y agiotistas.—

La muchacha se llevó las dos manos a la cabeza, metio entre ellas la cara y dijo mirando para las hojas recien caidas.

—¿No es, maestro, sin embargo, el rumbo natural que las cosas deban seguir?—

El se quedó sujeto, la miró fijo, como interrogándo a una esfigie. Ella seguia con la mirada en tierra.

—No, no lo sé, puede que sea asi el destino manifiesto; sé una cosa terminante, que hubo un grande sacrificio y el grande sacrificio fué estéril. Como una semilla que ha caido entre las piedras.—

El habia venido a su pais después de cuarenta y cinco años de ausencia. Cosas de enamorados. Primero estuvo enamorado de la revolución y ahora lo estaba de la nación. En vivir en ella. en morir en ella y agregó decepcionado, triste, con la cabeza baja.

—Después, amiga mia, ¡nos desprecian tanto en aquellas tierras! ¡Nos desprecian tanto!....—

La muchacha ahora hizo una pregunta significativa.

—¿Y cuánto tiempo lo tendrémos entre nosotros, maestro Charles?—

El contestó indiferente. Se iba a ir pronto. Se iba de nuevo para los Estados Unidos; entraria por Nueva Orleans; era lo que menos conocia del gran pueblo. Le abrumaba Nueva York, era demasiado monotono el oeste; la industria en Tampa estaba en decadencia. Y Nueva Orleans era cosa nueva para el; después alli habia algunas fábricas regenteadas por españoles.

Ella esperaba estas declaración.

—Pues, amigo mio, y si le digo que yo también pienso irme.—

—Y, ¿para dónde?—

—¿Pues para dónde va a ser? Para los Estados Unidos. Vivir en ese pais donde siempre hay paz. Odio a Nueva York, como lo odia usted, maestro; pero, ¡me gusta tanto la paz y traquilidad eterna de esos pueblecitos del sur.... ! Meterme alli; vivir en la Georgia, en Tennessee, en Kentucky, en un lugar pequeño, pero donde hay de todo lo moderno y está uno al mismo tiempo en contacto con las grandes obras de la naturaleza.— y agregó.

—Esta Cuba no tiene nada de eso, aqui en la Habana si, ¿pero lo demás? Hay que encerrarse dentro de las paredes de éste castillo si uno quiere confort.—

Hizo un alto y agregó.

Pero que cosa más agradable era en aquel Kentucky, aquel pais donde la hierba es toda azul; donde los caballos eran tan grandes; donde andaban por los pueblos hombres en quitrines y volantas mezclándose con automóviles. Donde el hotel era de un piso, con agua caliente y fria; donde los árboles en la noches de Otoño ventolero lanzaban sus peras y melocotones y caian sobre la misma cama rompiendo los cristales de la ventana.

—¿Pero vivió usted por alli?—

—Si, pase en viaje por el sur, pero solo de pasada, pero me quedé encantada. No me gustan de los Estados Unidos sus grandes ciudades; primero no son americanas, segundo son inaguantables y vulgares, Me gustan los pueblos en el interior, el sur sobre todo, con tanto confort, tan alegre y sencillo todo. De buena gana viviria todo el resto de mi

vida alli.—

Y dijóle ahora, mirándole con aquellos ojos de azul de acero fijamente.

—¡Qué triste, pero qué triste me siento, maestro! Soy como un pájaro encerrado en una jaula de cristal.—

El ahora la miró fijamente.

Ella se habia levantado brusca y dirigido una pregunta cortante y apremiante.

—Maestro, ¿me promete avisarme antes que usted se vaya.?—

—¿Porque no? Se lo avisaré.—

Ella le extendió una tarjeta de bordes dorados en la que aparecia su nombre y su teléfono.

—Oiga, maestro, llame a este número; llameme alguna vez. No se vaya sin avisarme— y haciendo un mohin.

—Deme siquiera sea una cita, para verlo ......en el parque.—

Para él aquellas insinuaciones asi veladas no le causaban alegria, si inquietud.

Ella permanecia ahora en pie. Alta, blanca como la cal; con sus ojos como el acero azul, fijos e impasibles; su traje de seda rosa terminando en un collar de peluche blanco; su talle fino, modelado como en un torno; su diamante. Su tipo exotico, extraño, enigmática, como una Venus de todas las razas.

Lo vió meditativo y adelantóse.

—No sé que piensa usted de mi, tal vez piense usted mal, muy mal. Le habrán contado tantas historietas esos locos....—

—No —dijo él rápido— nada de eso— de lo único que me han hablado es de su belleza.—

Le costó trabajo el decirlo.

Ella contestó firmemente.

—Sea, vamos, que sea; pero eso es poco. Quiero, maestro, que no me juzgue usted mal. Usted no me conoce, no piense nunca mal. Deje que me juzguen mal los otros, pero nunca usted.—

Se levantó, extendiéndole la mano y cuando Charles la estrechó era una mano fuerte, presionante, como si detrás de ella corriese un cable, que viniese impulsado por el corazon.

—¡Qué mano de persona tan nerviosa bajo esa impasible indiferencia! ¿Qué será ello?— se dijo para si.

Y la joven desapareció en dirección a la máquina.

Charles quedó extasiado viéndola. Pasaba el pueblo, y uno de ellos dijo, señalándola con ironia cólerica en las palabras.

—Esa es la querida de Machado.—

Y vió varios ojos que se posaban sobre él, bien vestido, atildado, no joven, pero con cierta nobleza infinita de los que han vivido y sufrido. Eran miradas escrutadoras, interrogantes, miradas maldicientes, envidiosas, procaces e inquietantes.

Charles sintió algo que protestaba de su interior. Lo habian estado espiando y ahora le indignaba oir eso.

—Es la querida de Machado.—

—¡Qué gente, qué gente! —se dijo para si. Y agregóse. —Los mismos revolucionarios del club q. la conocen bien no dicen semejante cosa Dicen que ella está muy cerca del presidente.—

Pero las miradas seguian sobre él. Y por su mente vinieron antiguas chismes que oia continúos. Estaba inquieto.

Sin saber porque llegó a sus recuerdos una historieta que circulaba.

Machado habia ido a un baile a donde asistia cierto maestro de escuela a quien acompañaba la esposa, una mujer de arrogante belleza. En el baile era un honor el bailar con el presidente de la República y entre las varias con quienes bailó Machado figuraba aquella real hembra. Pocos dias después el maestro, cuya escuela estaba situada en un pueblo del interior de la provincia, y que ganaba un sueldo modestisimo fué visitado por cierta persona la cual venia a hablar de algo importante.

—Se que ha sido usted liberal de toda la vida y admirador de Machado— le dijo el visitante— y es una verguenza que un hombre de sus méritos no ocupe más que la posición de maestro de escuela.—

—El maestro sorprendido oiale sin chistar. Pero al final preguntó.

—¿Y qué?—

—Nada, que vengo de parte del Secretario de Instrucción Pública, el cual me informa que pase a verlo mañana, pues hay para usted otra posición mejor.—

El maestro habia quedado sorprendido de aquello, pero como visitase la Secretaria de Instrucción Pública, al dia siguiente, recibió el nombramiento de inspector general de las escuelas de todo un distrieto. Se lo habia extendido el mismo secretario, el cual le advirtió que Machado la noche que lo tratase en el baile habia salido muy bien impresionado y habia recomendado el ascenso. Un sueldo de cuatrocientos pesos al mes contra cincuenta que ganaba antes.

Pero poco después el maestro habia sido visitado

por el misterioso personaje de la primera vez.

—¿Por qué no se mudaba para la Habana? Un alto empleado debia vivir en la capital. Siempre habia fiestas y saraos para visitarlos la esposa, Siempre habia banquetes politicos a los que no debian de faltar los amigos del presidente.—

El maestro no habia accedido a la sugestión. El estaba bien en el pueblo de campo donde residia. Además q. si verdaderamente el sueldo era grande, no tenia porque gastarlo en aquellos dispendios que implicaba la vida social de la capital.

El otro habia insistido en forma de súplica y dos veces más volvió a verlo para insistirle. El maestro no le sorprendió aquello; pues comprendia bien que siempre el gobernante necesitaba cerca de si sus protegidos; pero se habia determinado, no se mudaria para la Habana. De golpe y porrazo recibió la orden de cesantia, no solo de inspector, si que también de maestro. Quedó anonadado. Ahora ni siquiera el sueldo modestisimo de antes. Y fué entonces que consultó el caso a la esposa. Esta lo oyó y cuando hubo terminado dijo cólerica.

—Eso es obra de Machado.—

—¿Por qué?— le preguntó el esposo.

—¿No lo comprendes? Quiso elevarte. ¿Te acuerdas que bailó conmigo? Pues esa misma noche me hizo una declaración completa de amor.—

Y aquello habia sido el revelarse todo. El ogro no podia cometer la imprudencia de visitar la casa del maestro en el interior, en un pueblo de campo; llamaria mucho la atención. Pero en la Habana la cosa era distinta.

Y el cuento terminaba de éste modo.

Poco tiempo después el maestro habia aparecido

asesinado en un camino. Nunca se supo por quien, ni porque causa, pero era muy raro que tampoco hubo arrestos.

Y el que lo contaba terminó diciéndole.

—Cuando el viejo se propone una cosa aunque le cueste cometer un asesinato la obtiene.—

Charles no podia creer semejante cosa. ¿Pero quién se lo habia garantizado con su palabra de honor? Nada menos que un médico retirado que paraba en la casa de huéspedes, persona de apariencia sincera. El hombre le habia reafirmado diciendo.

—Amigo mio, el q. le estorba lo quita del medio, y san se acabó.—

Charles no lo habia creido, no obstante ser el que lo garantizaba persona que estaba en muchas intimidades. ¿Comó era posible que un hombre de más de sesenta años, tan ocupado, tan atareado fuera asi? Además, ¿no habia mujeres de sobra? ¿Por qué aquel lubricismo? ¿Es qué podria estar loco o enfermo?

Pero era tantas las veces que le repetian historietas de esa indole, que una duda casi equivalente a una verdad obscurecia ya su cerebro. ¿Y si era verdad? ¿Y si positivamente el presidente de la república era un sátiro senil?

Y aquellas palabras, —cuando alguien le estorba, no lo dude usted, lo quita del medio— andaban como una nube pequeña, inquietante, en el mundo de su cerebro. Y ahora, bajo la mirada de aquellas gentes que pasaban escudriñándolo, se sentia muy inquieto. ¿Tendria qué ver? ¿Tendria qué ver? ¿Tendria qué ver que lo denunciasen a Machado o a la porra por haberlo visto amartelado con la querida del presidente? Eran tan capaces, eran tan

malvados los medios de que se valian. ¡Era tan verdad que el presidente estaba rodeado de "guatacas" prestos a congraciarse con él.!

El ruido era ensordecedor a aquella hora. Crujian los carros electricos al pasar, Chirriaban los automóviles, Se oia continuo chillido como si las ruedas fueran piernas q, las arrancaban a la fuerza y lanzasen el último gemido de dolor. El hierro frotaba incesante sobre la hoja de lata produciendo escalofrios.

—¿Por qué demonio no usarán aceites estas gentes? ¡Maldito ruido!—

Y volvia, quisieralo o no a pensar en Adelfa, la gentil Adelfa.

—¿Era positivamente la querida del general Machado?—

Lo que si poco a poco y por curiosidad habia oido, era que la tenian vigilando al viejo ogro. Qué éste estaba embobado por ella y que era quien le seguia los pasos para saber por donde se movia, Todo esto lo llevaba a la suposición lógica que era una espia que usaban los revolucionarios para averiguar con certeza por donde debian dar el golpe sin arriesgarse mucho, y cazarlo.. Que alguien indiscutiblemente le seguia firme las pisadas a Machado no cabia duda y que tenia que ser muy sútil era evidente. En diez distintas ocasiones habia escapado de milagro de volar hecho pedazos por las bombas. Y Charles tenia ya bastante base para pensar que por medio de las mujeres, a las que parecia muy aficionado el general, era por donde lo estaban minando. La secreta podia ser todo lo astuta que quisiera, pero la secreta misma no podia meterse en esto, pues el viejo ogro no iba a poner en auto de sus devaneos a los mismos

oficiales del orden. ¿Y cómo podria desconfiar Machado de ésta muchacha, que o era su querida o aspiraba a serlo? ¿O qué lo tendria embobado o lo que fuera?

Y retrataba ante si la muchacha como la viese en aquella casa donde se reunian los revolucionarios. Entraba por una puerta del fondo; vestia muy sencillo y a él la primera vez que la vió le sedujo su soberana y rara belleza y sobre todo el anillo de diamantes; pero su traje era sencillo, de percal, como una modista cualquiera. Y, ¡qué lujo! ¡qué asiático lujo cuando en la calle! Era evidente que tenia que ser alguien que la hubiese tratado para descubrir que era la misma persona la bella joven vestida de percal, que asistia a la junta de los conspiradores, y ésta soberbia belleza toda ella envuelta en sedas flotantes y manejando la poderosa máquina verde claro.

Charles después de meditar creia más a Saint Just que a los demás. —Una coqueta, una mujer sin emociones, que estaba embobando al general.—

Por eso, precisamente por eso temia, temia si, andar cerca de aquello. Y además su natural justo y recto no se avenia con las formas disimuladas de la traición. Las palabras de ella que repetia siempre; —Maestro, es inútil juzgar por las apariencias, ni por lo que dicen; es inútil hacer el juicio del presente. Tenga paciencia, espere al futuro para juzgar.— Habian sido sus últimas palabras, sin más ni más.

—¿Era la querida de Machado?—

No lo creia.

—¿Seria una coqueta qué embobaba al viejo presidente?—

Le parecia lo más probable, porque era natural en ella embrujarlo todo.

—¿Pero cuál seria el objectivo?—

—¿No seria entretener a los jovenes conspiradores que esperaban de ella el siniestro aviso?—

—¿No seria ésta muchacha una protección que tenia Machado?—

Indudablemente que parecia raro no le hubiesen ya matado, Siempre las bombas eran encontradas o estallaban después de su paso.

¿Qué enigma era este?

Y los ojos de azul prusia, escrutadores, enigmáticos, parecian clavarsele encima a él.

Asi era el momento actual, la hora, enigmática, falsa, coqueta, Alli cuando el más avisado creia que las tendencias iban por un lado se equivocaba porque siempre habia en vanguardia algo para despistar, y después la verdad permanecia como esas semillas de las frutas allá muy dentro.

—¿Quien era Adelfa Luján?—

Un misterio. De conversaciones sueltas se sabia que habia nacido en Oriente, en Santiago de Cuba, y que muy niña quedó huérfana, tocándole una madrasta dura. Que habia escapado de la casa y venido a la Habana haciendo en la capital lo que le daba su real gana. Alguien habia apreciado su belleza y la habia protegido. Nadie sabia quien; pero hacia ya años que llevaba una vida fastuosa, mucho antes de conocer a Machado, pero esto no lo podian comprobar. Es más habia la duda de si fuese el mismo Machado en los dias que fuese secretario de Gobernación.

¿Cómo ésta mujer habia navegado rumbo a los campos de la conspiración?

El estudiantado era compuesto de jovenes. Los institutos eran gente joven. Adelfa no era una jovencita, debia estar ya en los 27 años o cosa asi. Su experiencia y conocimientos parecian el de una persona que ha vivido mucho.

¿Qué se proponian con ella?

Algunas veces observaba a los jovenes para ver si por alli habia enamorados. No lo descubria. Ni el exaltado Saint Just, ni Miguel Arnao, que era un real mozo, ni Cecilio Rivero, siempre tan atildado y bien vestido, ni Joaquin Luaces, el estudiante matancero, por el cual todos sentian tanta admiración por sus valientes arranques. Alli todos estaban enamorados, pero de la revolución. Adelfa en aquel mundo valiente era como otro macho que entrase.

¿Con quién se comunicaba? No lo sabia; no acertaba adivinarlo. Aquella juventud parecia ser la vanguardia de algo que habia atrás para despistar, Alguna o algunas cabezas directoras, que él con toda su sagacidad no acertaba a descubrir. Algun viejo politico, algun maestro en las intrigas y la traición. Después de todo no le interesaba el saberlo. Iba alli por pasar el tiempo, nada más Siempre habia creido que Cuba era notable por sus enredos en la politica menuda, pero esto que aqui ocurria desafiaba todo lo que el más especulador concibiese. Cuando uno encontraba un hilo que debia conducir a una verdad, la verdad se desvanecia, era un espejismo y después y por donde menos se esperaba venia el golpe traidor, la asechanza horrible traduciéndose en tragedia.

¿Seria una espia de los conspiradores, de aquellos jovenes? Por voces sueltas y sobre todo por lo que le decia Saint Just creia que habia encontrado la

verdad. El joven repetia. —Vale un imperio: tiene al sátrapa embobado, pero esa, esa si que no se la "come" él— Y era como una conclusión aceptable, porque por su conocimiento ésta mujer de naturaleza coqueta debia embrujarlo todo a su alrededor. Otras veces pensaba lo contrario. La muerte inexperada de Luis Velasco, un estudiante atrevido, muerto en una emboscada de la porra en el momento mismo que iba a colocar una bomba.... ¿No era aquel Luis, también de Oriente, el q. mejor conocia la muchacha? ¿No habian nacido cerca en el mismo barrio de la capital oriental? ¿No se habian criado juntos? ¿Y cómo ella actuaba tan indiferente, y en una conversación que les oyó, ella discretamente habia llevado el asunto a otra parte, de forma tan sútil que los mismos jovenes no lo advirtieron, pero si él que oia y era ageno y puro?

Acabó por decirse.

—Hay que huir de todo esto, aqui hay enigmas terribles. Aqui hay algo que nadie es capaz de comprender.—

Y un terror a lo desconocido se apoderaba de él, corria por su espina dorsal cuando revistaba todas aquellas cosas. El frecuentaba la amistad de aquellos jovenes por pasar el rato, más cuando ahora oia aquella gente del pueblo afirmar enfáticamente.

—Esa es la querida de Machado.—

Dentro de si venia una réplica irritada.

—Es mentira, es una espia, positivamente una espia.—

Después se concentraba en si mismo.

¿Y quién podria afirmar terminantemente que no fuese una espia y querida al mismo tiempo del ogro?

Dió un manotazo al aire como si espantase una

atroz pesadilla.

—¿Y a mi después de todo que me importa si es querida o espia o el diablo que la crió?—

¿Qué se proponia ella con él?

Ya esto le importaba. Le parecia que queria catequizarlo para alguna cosa, ponia mucho interés. ¿Era concebible que ella estuviese enamorada de él? Eso era enteramente inadmisible. Pero no habia concluido aun de cerrar ésta conclusión, cuando como si dentro de su cerebro hubiese un diablillo que lo quisiera atormentar oia la pregunta, ¿Y por qué no? —No, porque no puede ser— se contestaba, porque en aquella Habana de personas tan inteligentes y que sabian decir tan bien las cosas sus peroraciones no valian nada. Un obrero, que ha vivido la vida dolorosa de las emigraciones del gran pais, pero que ni por su preparación ni por sus edad representaba alli nada.

¿Qué es lo que pretendia, pues, Adelfa siguiéndolo? ¿No seria qué la muchacha lo creia a él metido también de lleno en las conspiraciones y lo oia sin otro interés que ver como sabia usar el arte del disimulo?

Por otro lado, desde su separación de Nellie, en Nueva York, habia vivido célibe, y de su trabajo. Estas intrigas, estos misterios, que no se vestian con ropa negra de frailes, pero que le parecia se jugaban siempre la cabeza, lo obsesionaban. La mitad de éstas gentes no estarian jugando alguna mala partida a Machado, siendo asi que en el fondo el viejo ogro los usaba como juguetes de sus extraños designios.

Se iria, se iria lo más pronto. No le era posible el ocultarse en la Habana. Y el campo nunca le

habia atraido. No tenia la menor duda que de seguir alli tendria que ser actor de algun drama que no precisaba. No queria tal cosa, queria la paz, Habia venido a Cuba a adorar la nación que surgia, para obtener trabajo, una ocupación. No lo encontraba. Oia hablar del peseteo por un lado y de cosas raras y enredadoras por otro, tal como si el pais estuviese poblado por locos.

—Me largo de aqui— se dijo y se levantó del asiento.

Pero a medida que marchaba por las calles veia como si le cerrase el paso la imagen de Adelfa como en un placentero sueño. Aquella cabellera de un oro suave, aquella cara blanca como la cal, aquella mirada de destellos de azul prusia que se le clavaba en las pupilas. No sabia, no sabia quien era ésta mujer, ni lo que se proponia, pero indefectiblemente ésta mujer valia ella sóla más que toda aquella juventud conspiradora que él conocia; ellos vivian en la efusión de fanatismo; en ella habia un fin preconcebido, aprobado, firme sin vacilaciones; no existian en ella pasiones ni entusiasmo; porque no habia nada de efusión en ella, si la idea de dominar doquiera llegase.

—Me voy, me voy, me largo de éste pais— se volvió a repetir. —Me atormentan éstas intrigas y misterios. Nada se parece más a una casa de locos que ésta Habana.—

VASQUEZ BELLO.

XII

Corrian los vendedores gritando a todo pulmón. ¡Extra! ¡Extra! ¡Extra! ¡Vasquez Bello asesinado! ¡Extra! ¡Vasquez Bello asesinado! ¡Extra!.

El pueblo emergia rápido de los cafés, abrianse la puertas de las casas; corrian las gentes trás los vendedores de periódicos para comprar el extra.

La noticia se habia extendido con la rapidez del relámpago. El Presidente del Senado, brazo derecho de Machado, Clemente Vasquez Bello, acababa de ser asesinado.

Discutianse frenéticamente los pormenores que habian recogido los periodistas, Vasquez Bello iba en su automóvil para la playa de Marianao a tomar un baño de sol. Su máquina era la única de alto oficial del gobierno que no llevase blindajes. Algun otro automóvil lo seguia sin él fijar la atención. Al

llegar a las afueras de la Habana, o mejor dicho por aquella parte de la ciudad menos congestionada, de un auto que lo seguia, habia salido una descarga de proyectiles, segun unos de escopeta recortada, segun otros de ametralladoras, segun algunos de pistola automática, y el Presidente del Senado habia recibido la terrible carga de perdigones por la espalda, por la nuca. Herido mortalmente era conducido al campamento de Columbia donde fallecia minutos después.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! —exclamaban— ¿Por qué lo habrian matado?—

Precisamente Vasquez Bello era el mediador entre la rudeza del gobierno y los jovenes que combatian a Machado. Opuesto a la violencia no hacia dos meses que un terrorista le habia lanzado una bomba a su automóvil y cuando el joven estudiante fué arrestado, alli, ante si mismo, Vasquez Bello lo tomó bajo su protección para que nada le sucediera. Se lo llevó consigo y más tarde hizo lo pusieran en libertad.

—¿Por qué entonces matar a un hombre tan bueno?—

Y comentabase aquello como una sorpresa, la más grande de las sorpresas desde que venian estallando bombas, matandose terroristas y porristas, y ocurriendo cosas alarmantes. Era aquello incomprensible. Era ináudito, ¿Por qué lo habian matado?.

Pero no habian transcurrido dos horas cuando de nuevo los vendedores de periódicos gritaban a grito pelado.

¡Extra! ¡Extra! ¡Extra! Los tres hermanos Freire Andrade asesinados. El abogado Miguel Angel Aguiar asesinado. ¡Extra! ¡Extra!

Avidamente corrian a comprar el nuevo extra. Y las discusiones ahora eran en voz baja.

¡Qué crimen! ¡Qué horrible crimen!.

Y ahora todos convenian quien los habia matado; no cabia duda; era el gobierno.

Los informes ahora eran precisos; un grupo de hombres, vestidos de blanco impecable, con la apariencia de enfermeros, se habian presentado en casa de los hermanos Freire, que por lo general eran los abogados defensores de los terroristas, habian subido a los altos donde estaban los tres hermanos y cinco minutos después los tres yacian acribillados a balazos. Dos hombres desconocidos habian penetrado en el bufete del abogado Miguel Angel Aguiar hiriéndolo mortalmente.

No cabia duda para el pueblo; estos últimos hechos eran la venganza rápida y precisa del gobierno; la porra y los empleados del Senado, familiares de Vasquez Bello.

Dos horas más tarde ya eran pocos los que encontraban injustificado el asesinato de Vasquez Bello y todos convenian en el horrible crimen cometido con los Freires, y Miguel Angel Aguiar.

Cundia efervecencia general en la ciudad. Los rumores todos eran que Vasquez Bello era un buen hombre. un mediador, alguien que odiaba la violencia. ¿Por qué lo habrian asesinado?—se preguntaba Charles. Rumores circulaban imprecisos de quienes serian los asesinos, Pero nadie dudaba de donde habia venido el golpe a los hermanos Freire, y a Aguiar. —Esta era la obra del gobierno.—

Aquello desconcertó a Charles, que no se lo explicaba. Fué en busca de Atilano. Seria el único en la Habana capaz de descifrar. Hacia mucho tiem-

po que no lo veia. Evidentemente Atilano andaba oculto por alguna razón. La verdad era q. anteriormente siempre por los parques, con su figura única, muy cabezón, con su cabeza calva en el centro y con un cerquillo por los costados. Su gorra de chofer, amarilla, su corpachón voluminoso, con sus piernas que se arrastraban al caminar. Por fin dió con él.

—¡Caramba! Tanto tiempo sin verte Charles, Crei que te habias metido en la porra.—

—No creas, no lo he hecho, pero no me han faltado ganas de hacerlo.—

Lo miró fijamente Atilano. Y le dijo.

—Tú te chanceas; eres inteligente y superior para meterte en el ejército de malvados. Además que debes de darte cuenta y no querer ser de los derrotados.

—Bueno, pues venia a verte. Me ha intrigado mucho el verte; nunca he sentido mayor deseo de hablar contigo. Quiero que me expliques algo que yo no entiendo.—

—Tú dirás— mandó Atilano sentándose en una silla a horcajadas, e invitando al amigo a hacer lo mismo.

—Bueno, ya sabes que hace dos dias mataron a Clemente Vasquez Bello y poco después a los hermanos Freire Andrade, quiero que me expliques un enigma; ¿quién mató a Vasquez Bello?—

Atilano se sonrió.

—¡Hombre! ¿quién lo iba a matar? Unos asesinos desconocidos. —

—Bien, eso es una perogrullada tuya, pero lo que te quiero decir que en todas partes oyes que Clemente Vasquez Bello era el mejor de los hom-

bres, que se oponia a las venganzas del gobierno contra los terroristas, que una vez le tiraron una bomba y perdonó al terrorista. Si eso es verdad, ¿como se explica?—

—¿Y a qué te explicas la muerte de los Freire? ¿no?—

—Si, bien, eso es distinto; dicen que eran los abogados de los terroristas. Me lo explico; todos parecen convenir que fué el gobierno.—

—Bueno, —preguntó su amigo— ¿qué de extraño tiene que matasen a Vasquez Bello?—

—Hombre, tiene mucho; precisamente el hombre que se oponia a la violencia y asesinarlo asi; no me lo explico.—

Atilano se pasó la mano por la cabeza y dijo.

—Veo, Charles, que aun no conoces nada de Cuba, eres los que llaman allá en los Estados Unidos, un "greenhorn" (un novato). Y agregó.

—¿Te enteraste lo que dice el periódico de ésta mañana?—

—No, no lo he leido.—

—Bueno, pues ahi está toda la clave y es sencillo el asunto. Precisamente porque Vasquez Bello era tan bueno lo mataron para que sirviese de carnada. La idea era matar a Vasquez Bello, cosa que se le hiciera un gran entierro, pues como era presidente del Senado irian todos los senadores, representantes, la flor y nata del Machadismo, los ministros extranjeros y cuando estuvieron alli en el entierro volar el Cementerio de Colón, y como que el cementerio no es más que una marmoleria grande, con piedra encima de piedra, pues la explosión hubiera sido morrocotuda y hubieran muerto tres o cuatro mil castrones.

Charles se quedó sorprendido y soltó de seguida.

—¿A quién le ocurrió semejante barbaridad?—

—A cualquiera —contestó Atilano— sobra gente en el mundo.—

—¡Caramba! Pero es que en una hecátombe asi hubieran muerto centenares de infelices sin comerlo ni beberlo. Eso es propio de salvajes.—

—No, estás equivocado, Charles; alli no hubiera volado ningun infeliz, porque estarian como siempre lejos, Además, si por "faroleros" iban a darle lustre al entierro que volasen también.

Charles reafirmó.

—¿Es decir qué matar al mejor de los Machadistas para que le hicieran un gran entierro y volar medio mundo en el cementerio?—

—Asi mismito— contestó Atilano.

—¿Pero qué manera de hacer propaganda por un ideal es ese, Atilano?—

—A lo ruso, chico, a lo ruso. Ya los sistemas a la antigua han pasado de moda. Hoy sobra gente y hay que hacerlo en grande. Más propaganda hace la revolución matando un infeliz que matando a un malvado. Del malvado dirán— estuvo bien muerto— y del infeliz dirán —¡Qué horrendo crimen!— pero de ahi no pasa y eso al principio, porque cuando pasan dias todos convienen en una cosa, que si no fuera estar Machado en el poder no habria terroristas y hasta los familiares del muerto piensan— fuera Machado.—

—Pero, hombre, teorias asi son infames, raras y sobre todo injustas.—

—¿Injustas? ¿Por qué injustas? ¿Tú crees que como está el mundo importa mucho la vida de unas cuantas hormigas? ¿Qué se queden en sus casas

y no den lustre al tirano con su presencia y verás que no hay bombas que los alcancen.—

—¡Hombre! ¡Hombre! —exclamó Charles— pero, matar a un hombre bueno, como Vasquez Bello, cogerlo de carnada porque era bueno. Eso es infame.—

—¿Y por qué no? Mejores que Vasquez Bello se los han comido los tiburones en la bahia.—

—Pero, Atilano, no te conozco, ni los más abominables anarquistas predicarian cosa semejante.—

Soltó Atilano una risotada sárcastica.

—No, hombre, no, los anarquistas eran unos idealistas mentecatos. Se sacrificaba el individuo por matar a un rey o presidente del consejo. Exponia su vida y perecia en la contienda siempre, y el resultado es que habia un atentado de esos cada dos cientos años. Esto de ahora, si lo estudias bien, es mucho más efectivo.

—Pero eso es traidor, es cobarde, es malvado. Los revolucionarios que hiceron la república protestarian desde sus tumbas.— dijo Charles.

Atilano se quito la amplia gorra, mostrando su enorme cabezote, con aquella marca siniestra, que hundió su cráneo. Se sonrió irónico.

—No, no protestaran, pero si protestasen serian unos hipocritas. ¿Has estudiado tú las revoluciones? Pues si las estudias con las variantes logicas del tiempo siempre fueron lo mismo. ¡Los revolucionarios de 1895! ¡Hombre, hombre! ¿Pero qué hacian los revolucionarios del 95? Pues usaban medios a cual más bajo. ¿Qué diferencia encuentras tú entre los que combatieron a los españoles entonces y los que combaten a Machado ahora? Cosas de apariencia nada más, pero en el fondo lo mismo. ¿Los revolucionarios del 95? ¿Tú no sabes que no

querían los fusiles Mausers porque causaban heridas que podian curarse? ¿Tú no sabes que usaban el Remington calibre 43 que por donde te entraba la bala te quedaba una tronera y por donde salia parecia una pared rajada? ¿Una bala de plomo, explosiva. que si te daba en un pie saltaba de hueso en hueso y de carne en carne hasta dejarte hecho un escombro? Pues si no lo crees, lee la historia. ¿Y qué manera de combatir usaban? La más baja de todas las conocidas; la emboscada. Metidos detras de una loma o una manigua y cuando pasaba el soldado español una descarga por la espalda o un tiro suelto y saltaban las cabezas como si fueran de cristal rotas por una pedrada. ¿Quienes eran los soldados españoles? Unos infelices que los habian obligado a venir a Cuba, que andaban por esos caminos, cargados como mulas y muriéndose de fiebres y diarreas. No les habian hecho el menor daño posible a los insurrectos antes, y si es verdad que estaban armados, no es menos cierto que desde el momento que no les avisaban y los atacaban de ese modo artero era como si estuvieran indefensos. Eso era un asesinato como otro cualesquiera. ¿Contra quién? Contra el pueblo.—

—Si, pero hay mucho diferencia entre aquello y esto.—

—No, no hay ninguna. Es que siempre lo que se hace hoy parece mal y bueno lo que se hizo antes. Pero si coges los periódicos de aquella época, o si pudieras oir a las gentes de aquella época, verias que llamaban a los insurrectos traidores. canallas, y asesinos y malvados. ¿Qué se les llama hoy? Los libertadores, los que dieron su sangre por libertar la patria.— Y agregó.

La cosa toda estriba en ganarla. Weyler cargó con todas las culpas porque éste es un mundo de 'vivos''. Weyler fué el más bruto y se la ganaron los más inteligentes y le echaron toda la culpa. Pero los insurrectos que ahorcaban los infelices campesinos que iban al pueblo a cambiar sus huevos y leches por mandados; los que los apaleaban y vejaban porque no se incoporaban a las revolución; los q. envenenaban los pozos donde bebian los soldados; los que los tiroteaban para cansarlos y hacerlos sudar bastante para que bebiesen agua tropical y muriesen de la fiebre amarilla, esos que no eran más que criminales como cualquiera otro, son hoy las figuras venerandas de la patria, y Weyler y los guerrilleros los malvados. ¿Tú sabes por que? Te lo voy a decir; la ganaron y hay un dicho italiano muy expresivo. que dice.

¡Guay dei vinti! (¡Ay de los vencidos!)

—¿Es decir que tú aplaudes que maten a un Vasquez Bello los terroristas, es decir los mismos que si viven fué por la tolerancia e intromisión de Vasquez Bello.?—

—Si, hombre, si, yo los aplaudo. ¿Por qué no voy a aplaudirlos?— Y agregó.

—Los aplaudo como revolucionario. Como critico de la historia para mi son tan asesinos los que han matado a Vasquez Bello como Máximo Gomez o Juan Delgado. Esa es la diferencia, Yo en eso soy la justicia, ya que me pides que precise.—

Y después agregó.

—Tú has venido a que yo te esclarezca lo que aqui pasa, Te lo voy a decir. Cuba ha llegado a un extremo tal por los desordenes y imposición al derecho de sirios y troyanos, que aquí lo que hay

es un caos politico, un caos social y un diablo suelto. Por ejemplo, ¿quién te dice que en ésta muerte de Vasquez Bello no tenga la mano el mismo Machado?

Charles saltó.

—¿Pero también la muerte de Vasquez Bello, de su intimo amigo, también se la vas a achacar al gobernante?—

—No, no me entiendes, no, directamente Machado no es culpable, pero hay un mundo misterioso que se mueve por distintos caminos, y ese conduce a la destrucción del tirano. Todo lo malo es de él, todo lo bueno de los revolucionarios.—

—Explicame eso. No te entiendo.—

—Mira, hace poco hubo aqui una votación para elegir jefe del Partido Liberal. Machado, con todo lo que lo ha ayudado Vasquez Bello, queria para el puesto a Carlos Machado, su hermano, y dicen que no le gustó ni un poquito que saliese Vasquez Bello postulado. Es natural. Vasquez Bello era un aspirante a la presidencia. Y eso, de que ese "niño lindo" de las Villas intervenia en favor de los revolucionarios, es filfa. Era cosa de conveniencia. Era de los aprovechados, de los que estan comiendo gordo hoy, pero no se olvidan que el futuro es del que se mueve, y lo que hoy se mueve es la juventud, que es la que forjará el mañana, Machado y Arsenio Ortiz, son definidos y preferibles. Vasquez Bello era más peligroso para la revolución porque era de los que usaban la vaselina para "embarrenar" al pueblo de Cuba, y perpetuar al Machadismo.—

—¿Es decir qué tú crees que lo ha mandado matar Machado?—

—No, Machado no lo ha mandado matar, pero

se mata a los individuos cuando se les coloca en ciertos lugares inclinados donde tienen que caerse, Por lo demás al lado de Machado no hay quien crezca; es como el guao, que todo lo hincha y que seca la hierba. Cuando comenzó a gobernar trajo a Zayas Bazan, un camagueyano, arreglador de mundo, que fue el que hizo la limpieza en la Habana y en provincias. ¿En dónde está Zayas Bazan ahora? Debajo de seis pies de tierra. Donde está ahora Carlos Miguel de Céspedes, el dinámico, el hombre de la Carretera Central y el Capitólio? Pues arrinconado. El déspota lo ha echado a un lado. Le vió la aspiración de ser presidente y lo echó al monton de los papeles viejos ¿Qué es lo que ha sucedido aqui a los que quieren ser más que Machado estando a su lado? Desaparecen como si se los llevara el viento. Tú lo vez, ahora Vasquez Bello. El no lo ha matado, no, ni lo ha mandado a matar, pero el destino actua y lo barre y es precisamente el más fuerte de todos los que aspiraban a la presidencia, Lo más seguro es que pase como con Armando André, periodista asesinado, que aun no se han encontrado los ascsinos; pasará lo mismo que con Zayas Bazan, que el asesino se fué, no obstante la magnifica policia de Cuba, Pero para hacer la cosa más grande, matan los Machadistas a los tres hermanos Freire de Andrade y limpian algo el ambiente de la oposición y si no han matado más es porque cogieron un miedo pánico, entre ellos el Mendieta y Menocal que se metieron en las embajadas extranjeras, temblando de miedo.—

De pronto, y para gran sorpresa de Charles, Atilano preguntó, sin mirarle a la cara.

—Oye, sé que té vas para Nueva Orleans.—

Charles se quedó sorprendido por aquella afirmación. y rápido.

—¿Quién ha dicho semejante cosa?—

Atilano miró indiferente a la calle por donde pasaban los limosneros y contestó sin importancia.

—Hombre, no sé, creo fué un viejo emigrado, amigo nuestro, quien me lo dijo, me lo aseguró.—

—¡Caramba!— se dijo para si Charles.

Pero después afirmó enfáticamente.

—Pues es mentira; a nadie le he dicho semejante cosa.—

Reeservado por naturaleza, Charles recordaba haber hablado con sólo una persona de sus propósitos. Habia sido en el Parque de la Fraternidad hablando con Adelfa, precisamente en el momento mismo en que era asesinado Vasquez Bello. Era a ella, si, a ella, a quien habia hablado del viaje a Nueva Orleans. ¿Conoceria Atilano a la joven? ¿Qué relación podian tener todos aquellos hechos y ésta afirmación —sé que te vas para Nueva Orleans—? —Y con el retintin que se lo dijo....

Pero Atilano, al que no habia pasado desapercibida la forma brusca en que Charles dijo —es mentira; a nadie he dicho semejante cosa— suavizó con ésta salida.

—¿Pero qué de particular tiene ello? Cuando uno es libre y no tiene ni perrito ni gatico se va donde a uno le de la gana.—

Charles contestó mesurado ahora.

—Si, nada de particular tendria que me fuese, me extraña que haya quien diga asi las cosas. Apenas si conozco a media docena de personas aqui.—

—Bueno —dijo filosóficamente Atilano— en el ambiente de hoy, a fuerza de cavilar bajo la tirania,

se adivinan los pensamientos.—

Para Charles aquello tenia suma importancia. Vaya que si la tenia. Aquella Adelfa en su máquina verde, de un verde fresco, con escudo pintado en la portezuela.... Vasquez Bello, al cual hacia minutos viera pasar en su somnolencia. El asesinato vil del Presidente del Senado. La máquina verde que pasó trás la de Vasquez Bello. Las palabras de Saint Just. —Esta rubita anda siempre por palacio— aquellas últimas declaraciones de Atilano— al lado de Machado todos perecen o son arrinconados.— ¿Qué seria? ¿Qué no seria? Vasquez Bello era el aspirante fuerte a la presidencia de la república. Y ahora, si estaba seguro que Adelfa estaba metida en aquella muerte. Le parecia verlo, tocarlo, palparlo. Aquella mano tan fuerte, nerviosa, que estrechó la suya como un cable que viniese del corazón. Aquel deseo de marcharse con él para los Estados Unidos. ¿Qué correlación habia en todo aquello? ¿Y por qué el misterio se unia como un hilo largo que se enredase a su propia persona.?

—Tenebroso, máquiavélico, raro, es esto —se dijo— El no conocia media docena de personas; estaba seguro que la única a quien habia dicho que se iba era a Adelfa .¡Qué poco, pero que poco conocia a los cubanos, sus propios paisanos! Positivamente los conocia menos que a los americanos con los cuales nunca tuvo comunidad de ideas. ¿Qué seria? ¿Qué no seria?—

Atilano iba a despistarlo; comenzó a hablar de Vasquez Bello diciendo.

—Era un dia de mucho sol. Tomé un automóvil. Son tan baratos estos automóviles aqui.... Ya lo ves, té paras en una esquina; piensas tomar el

tranvia; esás prácticamente al otro lado del mundo, allá por el Cerro, por la Ciénega. Pero el pesetero para su máquina, te ofrece un viaje. Le contestas;— No, gracias, no; voy a tomar el tranvia, no pienso gastar más que un medio— y el chofer pesetero té contesta.— Hombre, hagalo diez centavos y lo llevo.—

Hizo una pausa.

Figurate tú, que esto se liquida; me parece la liquidación de una tienda de judios en el norte. Fueron grandes los choferes, ganaron mucho dinero; se han arruinado y ahora té dan un viaje de diez millas por diez centavos; menos de los que cuesta la gasolina; estan liquidando, no es posible sea otra cosa.—

Hizo un alto.

—Bueno, que me fui hasta el Vedado. Tú recordarás lo que era eso; piedras y montes, Ahora por razón de las "vacas gordas", una ciudad tan grande como la Habana. Chalets y más chalets costosisimos. Se habian levantado de la noche a la mañana. Palacios rarisimos; un Oriente fastuoso y brillón. Todos aquellos enriquecidos por los negocios ilicitos de la politica levantaron ali sus palacios. ¡Pero que palacios! Mármoles, pórfiros, lacas; el sol se estrellaba sobre ventanales, sobre torres y regias escalinatas. En aquella mañana cegadora tenias que cerrar los ojos por el relampagueo del sol sobre las piedras. Vi un palacio que era una réplica del templo de Jehol en China.

—¿De quién es esto?— pregunté al chofer.

—Era de un representante, de un arrancado. Se levantó con Menocal. Pero ni siquiera por sus méritos de sometido y enredador, no. Se habia levantado

debido a la belleza de la esposa. Una rubia que mata pesares, que se mete en todas partes, que monta a caballo con todos los gobiernos. La rubia, hija de un obrero mecánico, de la noche a la mañana era una asidua de Palacio. Esa rubia ha hecho de un imbecil un personaje. El marido, que como abogado no valia nada, y como politico una nulidad.—

—¡Pero en cambio las ancas de la esposa! ¡Y que ancas, mi hermano! Y los ojos, y su belleza rubia; porque aqui lo rubio es un imán; los cubanos se pirran por las rubias; las rubias del norte que nos van influenciando.—

Hizo otra pausa.

—Y el palacio, ya te digo, era un remedo, una réplica del celebre templo del sol en Jehol, Asia. Figurate, un capital, dicen que costo dos cientos mil pesos. Este sujeto se levantó con Menocal, siguio creciendo con Zayas, parecia que se iba a eclipsar con Machado. ¿Pero para qué está la mujer de ojos azules, dorados como si un tinte de oro los bordease, con unos senos redondos y erectos como de piedra y una cintura de diez pulgadas y una grupa redonda como la letra O? Esta mujer ha influenciado directamente los destinos del esposo; mejor dicho ·sus carnes han moldeado la fortuna del esposo Ha influenciado en los destinos del mentecato. Eso valdria poco; pero ha influenciado los destinos de Cuba; es decir las rėdondas grupas han influenciado los destinos de todo un pueblo. El marido, que es tan inhábil, que no hubiera servido ni para soldado es ahora un personaje de los más influyentes en la politica de Cuba; uno de esos personajes seriotes y taciturnos, que lo mueven todo sin hacer ruido y sin llamarse Pedro.—

—Palacios gigantescos. Toda la plebe dorada se refugiaba alli. Comerciantes que se volvieron calvos y hidrópicos a fuerza de disputarle a los infelices el centavo en el mostrador. Colonos que de la noche a la mañana vieron que la finca llena de guisasos y cañuela valia un capital y fueron a caer en el Vedado llevándo aun los arique amarrados a las patas. La emulación de los de abajo que se hace infinitamente más ridicula que la de los nobles de la antiguedad, que siquiera tenian pergaminos donde se probaba que sus abuelos fueron machos que pelearon contra otros reyes o animales. Estos, no, estos son sencillamente emulativos. Emulación por el lujo y el fausto, no emulación en favor de su pueblo, compuesto de parias e infelices.—

Y continuó.

—Vi por alli entre los palacios cosas de las más raras. El palacio de un español que se la pasó traficando en la comida de los soldados españoles robándoles parte del rancho, y después, cuando la república dueño de ingenios y de una fortuna colosal amasada por la Guerra de Independencia. Palacios por todos lados. Pórfidos, marmoles, piedras doradas y fausto en todas partes; jardines como en Andalucia; naranjos en los patios como en Valencia. Un despliegue asombroso de lujos, que venia del tiempo de las "vacas gordas". Y por entre todo aquello, por entre el mármol y el pórfiro vi una casa de tabaco. Bien, quiero decirte un caserón de tabla de palma y techo de guano de esas que hay en los campos para curar tabaco. Eso es tipico de los campos y no vale nada. ¿pero aqui? Era cuando menos un ataque al ornato público. Pregunté al chofer.

—Ah, esa es la casa de Clemente Vasquez Bello.—

—¿Y quién era Clemente Vasquez Bello?— Yo pregunté porque en esos dias yo conocia poco esto.—

—El chofer dió a la lengua, pues los choferes son los que han substituido a los barberos en el chismorreo.—

—¡Oh, Vasquez Bello! Un joven de mucho mérito, de las Villas.—

—Y naturalmente, comprendi. Me pareció ver al individuo. Un sujeto engrandecido al azar, que comprendia que habia que llamar la atención de la plebe. ¿La llamaria haciendo un palacio de mármol? No, porque habia ya muchos. Pues habia que atraer la atención, Nada mejor que levantar entre tanto palacio un caserón de tabla de palma y techo de guano.—

Y dije.

—Pero eso deberian prohibirlo aqui en ésta parte de la ciudad, Eso habla de ruinas y atraso.—

—Si, en la apariencia —me contestó el chofer— pero, entre en esa casa; vale un millón por dentro; tapices, cuadros, mármoles, oros. El guano es por fuera, por dentro es diamante.—

—¡Pedantes! ¡Pedantes! —exclamé— ¡Los enriquecidos, los levantados por el azar!—

—No sé si habré sido justo, o quizás lo que me movió en aquello; pero te advierto que desde entonces segui a Vasquez Bello como la sombra al cuerpo. Por fin una tarde lo oi pronunciar un discurso en el Senado de la República.—

Era un discurso ponderando a Machado.

—¡Qué politicos más guatacas los de aqui. . . . !—

Atilano continuó en aquella su forma lenta, precisa, terriblemente implacable.

—Bien, te diré. Vasquez Bello comenzó a ponderar. Hablaba enfáticamente diciendo que Machado era su "pilongo" es decir que los habian bautizado a los dos en la misma pila buatismal en Santa Clara. ¡Ojala se les hubiesen caido de los brazos a las madrinas y se hubieran estrellado el cráneo en el pavimento!—

—Después de ponderarlo mucho, comenzó a hacer un estudio de Jorge Washington. Creó un Washington aun superior al que conocen en los Estados Unidos. Pero después de alargarlo, pulirlo, retocarlo y pintarrajerlo, probaba en el discurso que Washington con ser tan grande no daba la talla para pararsele al lado a Machado. —

Jorge Washington, el gran tranquilo de la guerra, el hombre modestisimo, que se hizo cargo de los ejércitos de la revolución en Cambridge, sorprendido de que lo hubiesen seleccionado para mandar los revolucionarios. El gran patricio que comia bellotas con sus soldados muertos de frio en Valley Forget, después que los ingleses ocuparon Filadelfia. Tranquilo, mesurado; pero guerrero al fin, cruza durante la Noche Buena el rio Delaware al frente de sus soldados emcapotados. Las aguas del rio son piedras blancas babosas, el bote débil surca por entre roturas del hielo, en tanto que sus soldados bucean entre las frias aguas. Pasea la vista por los contornos y ataca descuidadamente a los Hesianos y gana la gran batalla de Trentón. Al dia siguiente vuelve a tronar el cañón; las águilas de los Estados Unidos son victoriosas en Princeton. Politico sagaz, que supo seleccionar sus hombres; manda a Franklyn a convencer al rey de Francia, y con la ayuda francesa sitia a Cornwallis en Yorktown haciendo

prisionero al general en jefe inglés. La nación lo aclama el Padre de la Patria y lo nombre su primer magistrado, y da una administración modelo y sus enseñanzas de gobierno son proverbios, y dice el pueblo de los Estados Unidos; Grande en la guerra, grande en la paz y grande en el corazón de sus conciudadanos.

Atilano continuó.

—¿Mas, ¿qué era éste grande hombre al lado de nuestro presidente? Washington con toda su grandeza no daba la talla, le faltaba estatura para llegarle a Machado al hombro. Yo lo estaba oyendo y me maravillaba que hubiese hombres tan amigos de "guataquear" hasta hacer semejantes comparaciones.—

—Pero después la emprendió con Lincoln.—

El leñador que llegó a ser presidente desfilaba. Un dia habia sido capitán de milicianos cuando los indios invadian el territorio de su estado. Después escribiendo en la corteza de los árboles aprendió a escribir. Más tarde fue notable abogado. Hombre de gran ambición ascendió y pronto era representante de su estado en la legislatura estatal. Y la esclavitud, estigma señalado por Cristo desde la cruz, subsistia en las ferreas tierras del sur de los Estados Unidos y amenazaba invadir los estados del norte. Lincoln fue el apostol de la manumisión. Desde los dias de Cesar, que libertó a los griegos, no habia aparecido una figura de libertador como Lincoln en toda la historia de la humanidad. Esclavistas confabulados en su contra; y el hombre alto, flaco, desgarbado, rematadamente feo que aspiraba a libertar cuatro millones de hombres. Los Estados Unidos se adiestraron en la más feroz contienda; la

Guerra de Secesion. Sin ella no hubieran sabido la fuerza con que contaban, ni el lugar que el destino les señalaba entre los grandes pueblos. Lincoln fue el hombre fuerte, el hombre destino; los cuatro millones fueron libres; treinta batallas, las más sangrientas que se presenciaran sobre la corteza de este globo se libraron entre los soldados del norte y del sur. Pero el sur, tenaz, valiente, militar, fanático, sucumbió, dobló la dura cerviz y cayó con el estruendo de las instituciones esclavistas que desaparecieron del mundo. Washington fué el creador; Lincoln el libertador. Y después como si el destino le señalase un puesto aun más honorifico, mártir, un obscuro fanático, John Wilkes Booth lo asesina al grito de ''Asi mueren los tiranos'' en el teatro Ford en Washington.

Continuó.

—Y la fraseologia brillante de Vasquez Bello describia al gran personaje histórico con lujo de detalles. Todo para venir a la conclusión que Machado era superior, que Lincoln y Washington juntos no podian compararse con el que por divina gracia nos habia tocado de presidente. —

—¿Habras tú visto que guataqueria más insulsa?—

Y agregó.

—Si los americanos hubiesen oido semejante cosa de seguro que se rien a mandibula batiente, a no ser que lo tomasen a serio, y mandasen a los ''gansters'' de Chicago, que nos secuestrasen a Machado, el ''pilongo'' de Vasquez Bello.—

Y siguió.

—Bueno, pues verás. Vasquez Bello, ante un nucleo que se la tienen por muy intelectuales y que lo aplaudian frenéticos, la tomó con Teodoro Roose-

velt. Lo describió como el hombre atrevido que habia sacado a su pueblo del ostracismo en que habia vivido y lo convierte de nación continental en nación internacional, llevando la bandera de las barras y las estrellas hasta flotar airosa sobre Cavite y Guam.—

Al terminar aqui ya Vasquez Bello tenia materia prima suficiente para formar con pedazos de los tres grandes hombres a Machado y dice enfáticamente.

—De Washington, el patriotismo inmaculado, la pureza, el nacionalismo. De Lincoln el arresto viril que liberta a millones de hombres. De Roosevelt el empuje vigoroso que lleva a los Estados Unidos de potencia continental a potencia internacional.

—Y de todos estos tres, las más grandes figuras de la historia de los Estados Unidos y quizás del mundo, ha logrado formar ya un Machado, es decir que tuvo que cortar en pedazos a Washington, a Lincoln y Roosevelt para formar de los pedazos un muñeco que diera la talla de nuestro Machado, nuestro dictador criollo.—

Atilano añadió.

—Y aquel pueblo lo aplaudió frenéticamente. ¿Quieres ver berracos mayores?—

—Si era asi, era un simple— dijo Charles.

—¡No, hombre! ¿qué un simple? ¿qué un simple? Eso es lo que sirve aqui, lo ampuloso, la mentira, lo que halaga las pasiones. Lo que era un niño lindo, un aprovechado. Si, un niño lindo, que se encaramó él y con la misma le encaramó toda la familia en los hombros al pobre Liborio. Se le habia pegado a Machado; era su "pilongo" y el pueblo cubano tenia que soportar sobre sus costillas a toda

ésta pléyade de sujetos que por el de más talento deduciras los demás. No era más que un aprovechado, un "vivo", como decimos aqui.—

—Pero si hablaba asi me parece de todo modos un hombre sencillo y sano—

—A ti te parecerá lo que te de la gana, para mi no era más que un "vivo".—

Charles preguntó entonces.

—¿Y lo cogieron de carnada?—

—Si, hombre, lo cogieron de carnada, para que matándolo viniese un gran entierro; volar el cementerio y con el se acabaran sirios y troyanos, Las patas, las cabezas, los mondongos mezclados con los nichos; el Panteón de los Estudiantes, el de los Bomberos y tanto mármol que hay en esa marmoleria que se llama Cementerio de Colon, Es lastima que hayan fracasado. Iba a ser una, que si da resultado hubieramos ganado por lo menos el record de las barbaridades, que es ganar algo.—

—Y fracasó todo ¿no?—

—Si, alguien habló, han ahorcado dos terroristas cerca del cementerio. Los dos terroristas serán un dia dos mártires de una noble causa si vencen los revolucionarios; si la pierden, pues seran dos feroces criminales sobre cuyas tumbas no habrá una flor.—

Volvió sobre Machado y sobre los politicos. Y dijo.

—Hay aqui una politica tan baja, tan nefanda, que no hay quien la entienda. Y todas las traiciones y maldades de los politiqueros italianos se quedan aqui pequeñitas. Aqui no hay Menocalistas, Machadistas, ni Marianistas; lo que hay son gentes ansiosas de comer o comiendo de la república. Y por eso, porque no hay principios vienen tantas deserciones y tantos cambios. Es natural que tengan que

encubrirlo con alguna disculpa. ¿Pero qué clase de politica habrá aqui, que ya ves, matan al mejor de todos para que sirva de anzuelo y de ese modo acabar con los demas?—

—¿Y quién estará detrás de estos asesinatos? ¿no estaran Menocal y Mendieta?—

—No, te equivocas, esos dos señorones les ha pasado lo que a Machado; se equivocaron; les ha salido la criada respondona. Encendieron la candela usando el terrorismo suave, y alentando los estudiantes, pero se les soltó el loco y ahora andan con las nalgas a dos manos.—

Charles agregó.

—Lo que es Machado debe de vivir una vida terrible de incertidumbres.—

—No lo sé; pero más en zozobra y miedo viven Menocal, Mendieta y los otros. Date cuenta, estos señores politicos atizaron la candela; ¿pero qué ha resultado? Que ha venido el terrorismo y ahora los ves que estan con el alma en un hilo. Hace poco los estudiantes iban a asesinar a cierto prominente y Mendieta y Menocal casi se arrodillan pidiéndoles no lo hicieran. Es natural; el gobierno toma terribles represalias y si no fueran las embajadas donde se meten ya Menocal y Mendieta estarian bajo seis pies de tierra. Pero es curioso lo que pasa; tanto Menocal como Mendieta ahora se orinan en los pantalones pensando que los golpes del gobierno vayan sobre ellos y no duermen y no comen, y pasan una vida más amarga que el mismo Machado. Les ha sucedido a los unos y los otros algo que no esperaban. Azuzaron a la juventud y ahora quieren sujetarla. ¿No sabes qué tan pronto Menocal supo lo de Vasquez Bello se metió en la embajada de Me-

jico? Te digo que se estan ensuciando en los pantalones,— ¿No sabes qué Menocal se enfermó del "mofle" por el susto que llevó?.—

Y continuó Atilano.

—Machado dice que no aspira a seguir en el puesto después del 35, pero eso nadie lo cree aqui. Se sabe lo que pretende, poner a otro en su lugar y gobernar él detras de bastidores, como Calles en Mejico o Juan Vicente Gomez en Venezuela. Los oposicionistas le han cogido la jugada y tratan de hacerlo saltar porque cada dia se hará más fuerte. Después los enemigos más grandes que tiene Machado ahora son la misma horda de guatacas que formaron la primera trinchera. Y que ahora se quieren justificar y gritan más que nadie. Uno de esos mismos catedráticos de la Universidad, un enemigo a muerte de Machado, fué el mismo que en una gran samblea que se dió en el Teatro Nacional después de la prorroga de poderes, gritó dirigiendose al sátrapa, que estaba sentado en un palco— Machado, el pueblo cubano no solo quiere la prorroga de poderes; el pueblo de Cuba quiere q. seas emperador— y el teatro se vino abajo. Este mismo ahora hace la más atrevidas de las campañas. Es que vió que Machado se empobrecia, que no podia sacarle nada, pues lo desertó. Asi son todos.—

Después Atilano contó lo que recordaba de los dias de la prorroga de poderes.

—Cuando a Machado le vino la ambición de seguir en el puesto, empujado también por los suyos, que estaban comiendo gordo de la república, recorrió la isla con su plana mayor de "guatacas". Iban a "embarrenar" a Liborio; "embarrenarlo" con la vaselina, Habias de ver que trenes llevaban los

liberales. Miles de personas en el tren de propaganda. En toda Cuba se pusieron en pie, y lo aclamaron como un dios, apesar de que todos sabian que la prorroga de poderes era cosa amañada. Todo croniquero, todo fotográfo, todo quisque que le gusta figurar, y aqui hay millares de ellos, se fueron por esos campos, gritando, aplaudiendo y abrazando a Machado, y ésta Habana, que nuncá, fué revolucionaria, pues la única revolución que hizo antes se parece a la de ahora, es decir el nañiguismo, se puso toda en pie y lo victoreó. Yo que vi entrar a Máximo Gomez, el gran Libertador, flaco y seco como un don Quijote y rodeado de sus soldados hidrópicos, no tuvo un recibimiento ni siquiera de una tercera que el que se le hizo a Machado. Y si Machado los guarda debe tener baules llenos de nombramientos, de honores, de cruces y pergaminos y porquerias. No protestó nadie, con la excepción de los estudiantes, que han sido los únicos que se han plantado bonito desde el principio y los "han tenido en su lugar".—

Y agregó.

—Pero entonces habia trabajo, habia dinero de sobra, se colectaban ochenta millones en las aduanas y habia siempre algo que robar. Pero como al perro flaco todo se le vuelven pulgas a Machado se le acabó el dinero y entonces salieron los nuevos libertadores, y tenemos un pueblo de berracos. Pero figurate tú, ¿cómo se puede comprender que un Menocal, el que todavia no hace diez años se robó las elecciones presidenciales por sus "timbales", y atropelló el derecho, y trajo los americanos para que lo apoyasen y fué causante una revolución desastrosa, como se comprende digo, que ahora ese

mismo pueblo le acepte que hable de libertades conculcadas y sea una de las primeras figuras revolucionarias? ¿Cómo te explicas tú eso? En cualquier lugar de la tierra donde hubiese alguna dignidad y civismo Menocal no podria presentarse en público sin ser silbado y aqui ya lo ves.—

—¿Es decir qué tu crees que sólo hay un cambio de politicos?—

—No, eso es lo que han pretendido Menocal, Mendieta y Miguel Mariano; pero alentaron a lo único de valer que hay aqui que son los estudiantes, pero se les "soltó el loco", y ésta Cuba linda está en meses mayores y en lugar de nacionalismo lo que va a parir va ser el comunismo.—

Charles preguntó.

—¿Y crees qué Machado caiga?—

—¡Oh, si, que cae no lo dudes! Ahora que yo no sé por donde vendra la caida. Yo tengo fe en mis pedigueños. ¿Te has fijado como aumentan cada dia? Ese es el barómetro; no lo dudes; los he contado; hay setenta mil pordioseros en la Habana, que son la primera linea de ataque, pero en las últimas semanas he visto algo que me alegra sobre manera, Veo que se van formando las reservas. ¿No te has fijado qué ya no son veinte tomates por medio? ¿Te has fijado qué son cien tomates por medio? ¿Te has fijado qué los vendedores andan más demacrados y gritan como locos? Pues esa es la reserva, Los pedigueños directos y los que piden indirectamente.—

Y exclamó lleno de alegria el semblante.

—Mi ejercito de pedigueños será el nuevo ejercito libertador de Cuba.— Y agregó.

—No lo creerás, pero yo tengo fe ciega en mis

limosneros. Yo tengo mi filosofia. Yo amamanto la miseria, y no les doy una sed de agua. Ya llegará el momento, ya llegará. Ya lo verás que no me equivoco. Yo tengo mi filosofia, si, mi filosofia. A medida que aumenta el pordioserismo aumenta la revolución. Es leña que se está acumulando para la santa hoguera.—

—¿Y qué crees del ejército?—

—¡Oh, el ejército es en lo único que descansa Machado! Te habrás fijado que el campesino de Cuba no sirve más que para cortar caña y sembrar malangas; pero que no tiene opinión. —Y agregó.

—Lo más curioso del caso es que Machado por una u otro razón tiene consigo la mayoria. Pero eso es lo más particular, que como no hay civismo, ¿qué importa que tú tengas muchos amigos si cuando deben decir una palabra en favor tuyo se quedan callados? Es natural que los callados acaban por sumarse a los que más gritan. ¿No te has fijado en eso? Es caracteristico del hombre. Los hombres más callados son observadores por naturaleza y son los más propicios a caer del lado del que más grita. Parece imposible, pero es asi. Si en Cuba hubiera verdadero civismo Machado no caeria nunca. El no está cogido en un circuito que él creara, no; él está cogido en las condiciones del mundo, que no lo comprenden aqui, Este es un pueblo aparentemente inteligente, pero es más brillante y de imaginación que inteligente. Si los Estados Unidos estuviesen frente a una situación como ésta estarian al lado del gobernante más que en cualquier otro periodo de la historia. El gobernante en cierto modo es la nación, y todo trastorno hace las cosas peores. Pero aquel pueblo está acostumbrado a las lides

cívicas; es constructivo por excelencia y no destructivo. Hasta nuestro idioma es altisonante, presuntuoso; pero falto de sentido, Si se fuera a hacer justicia, se le achacarian a Machado muchas cosas, pero si hubiera pueblo lo defenderia. No lo hay, y él está sólo y tiene que apoyarse en los soldados, porque sino la minoria rabiosa y atrevida acabaria por sacarlo a patadas de la presidencia. Y lo demás el pueblo, indiferencia.

Charles habia estado esperando un cruce apropiado. Este modo de razonar era el sensible, el justo. El seguia siendo Machadista, porque en justicia tenia que serlo, por eso aprovechó. Charles seguia siendo la linea recta de toda su vida.

—Bueno, Atilano, has llegado a un momento importante para yo hablarte. Lo que tu dices es la verdad, la pura verdad, segun yo la veo, algo irrebatible. ¿Por qué siendo asi, un hombre como tú, justo y bueno combates entonces al presidente? ¿Por qué no te sumas a los que creen que es tratado injustamente?—

Estaban sentados en un banco del parque. Pasaban las gentes indiferentes. La tarde era de sol, caliente, vivo. Atilano lo miró, se quitó la gorra amarilla, de chofer, mostró su gran cabezota pelona, con su enorme cicatriz y dijo cautelososo.

—Pues porque a un gobernante asi se le debe de combatir, mejor dicho, se debe estar al lado de los que lo combaten. El gobernante no ha tenido talento para comprender que el bien que queria traernos no nos lo mereciamos y resultaria un mal por razones de historia y de naturaleza. ¿Qué haria yo con apoyarlo? ¿Qué haces tú con apoyarlo? Seria un tonto; estaria eso bueno para el que no conozca

lo que somos. Yo quiero estar cerca de las verdades; la verdad es que los que lo combaten son los q. van a ir al poder y que el Machadismo con razón o sin ella está fracasado. Esa es mi razón de estado y si yo fuera a reconocer las bondades del régimen no seria revolucionario. El revolucionario es un enamorado de los fenómenos y no de lo útil.—

Hizo un alto y preguntó.

—Tú conociste a Marti; ¿no es verdad?—

—Bueno, ¿a qué no lo oiste en público perorar haciendole justicia a España en lo que debiera de hacerselo, que sin duda era en muchas cosas? ¿A qué siempre lo oiste fustigando y achacando al gobierno español todos las culpas? —Y agregó— Porque era asi pudo conseguir quien lo siguiera. Asi es el pueblo. Hay que presentarle todo lo malo del régimen y prometerle villas y castillas. "Prometer hasta meter y después de lo metido, nada de lo prometido".—

Después agregó.

—Machado caerá y quien sabe lo que venga después. Pero, ¿qué importa lo que venga? Nuevas fuerzas se moblizarán y el mundo seguirá su marcha sin Machado. Cuando tú veas a un pueblo, que está con el gobernante mientras reparte dinero, y que niega al gobernante cuando éste no tiene nada que repartir, un pueblo asi es mejor que lo coja el caos y lo reviente.—

Charles lo oia. Después Atilano creyó el caso de finalizar.

—Me hablas que yo ayude a Machado. ¿Por qué lo voy a hacer? ¿Qué soy yo? ¿Qué eres tú? Nada. Ayudemosle o no, no cambiaremos el rumbo de las cosas. ¿Y qué soy yo dentro de éste régimen?

Sencillamente un peón de albañil; la mayor parte de las veces con una entrada por dia de sesenta centavos, cuando se trabaja. Y otras de interprete, que son las menos. ¿Por qué voy yo a querer que se prolongue un régimen en que yo no soy nada? Seria un tonto.—

Hizo una pausa y dijo.

—Además, yo ya tengo la experiencia dolorosa de lo que es servir la causa de la justicia, en el supuesto que lo sea la de Machado. Ya yo he servido de redentor muchas veces; todo para ser sacrificado por el mismo pueblo a quien servia.—

Se quitó la gorra, mostrando su cabeza pelona donde el martillazo habia dejado huella indelebre hundiendo un hueso redondo como un peso plata. Habló de si.

—Tú no me conoces Charles, no me conoces más que de hace algunos meses. Hernandez si sabe quien soy. ¿Qué hay detrás de mi? ¿De mi pasado? Nada más que trabajo y sacrificios. ¿Para qué? Para nada, porque nadie te agradecerá mañana lo que haces hoy. Mira aqui tienes la nuestra; para lo que sirve el ser redentor.—

Y su dedo gruso y largo, duro, de peón de al bañil, mostraba la cicatriz horrible que marcaba su cráneo como si fuese pegada con fuego vivo.—

Charles vió un momento decisivo de la vida. Le intrigaba aquello. Estaba seguro como dos y dos eran cuatro que éste Atilano Acosta no era otro que Apolinar Reyes, orador contra el imperialismo y jefe de rompehuelgas en Nueva York. Pero como si el recuerdo de aquellas noches de dolores en que Atilano estuviese a su lado como un hermano, más que hermano como un padre, le hizo pararse

las manos por los ojos como para borrar aquello, y como si por primera vez viese a Atilano, "el mejor de los hombres", y preguntó interesado.

—¿Y fué esa cicatriz en la lucha obrera?—

—Si, pero es necesario que te lo cuente y asi sabrás mejor porque no creo en nada y porque no miro más que al yo, y al yo, y siempre al yo. Te contaré. No quiero ser muy largo, porque seria cansada toda mi historia, voy a los puntos principales. Allá voy.—

Limpióse la amplia calva con el pañuelo y continuó.

—Era el año de 1906 y yo trabajaba en Nueva York, de tabaquero, Por los noche iba al Club anarquista; porque yo siempre fui anarquista. Nos reuniamos alli varios de Sur América, cubanos y italianos. Dabamos mitines en Madison Square Garden, y atacabamos al capitalismo yanki. Tú sabrás que en Nueva York se puede decir lo que le de a uno la gana; porque aquella es una metrópoli y estan civilizados, pero eso es sólo en Nueva York y algo en Chicago. Yo iba al Madison Square Garden y figurate tronaba contra el imperialismo yanki, que te advierto no conocia más que por lo que decian los periodicos acrátas. Tanto hablé y tanto me meti a criticar que aun en Nueva York la policia la tomó conmigo, mejor dicho, los detectives, que son alli una calamidad. Hubo varios motines en que tomé parte, motines orginados en huelgas de los Unionistas de la ropa hecha. Me metieron cinco veces en la carcel y comprendi que me tenia que marchar de por alli. Me fui a Patterson, Nueva Yersey, que hay muchas fábricas de sombreros y muchos italianos. No podia encontrar trabajo de

tabaquero y entré en una fábrica para ponerle badanas a los sombreros. En esto se aparecieron por alli unos agitadores italianos y comenzaron la propaganda, que dió por resultado que fuesemos a la huelga. La gente salió en huelga, pero no habian pasado dos semanas y ya habian varios rompiéndola en la fábrica Smith Hat Company. Fuimos comisionados algunos para que sirviesemos de piquetes a la fábrica para ver si convenciamos a los rompehuelgas.—

Volvió a secarse el sudor en tanto que Charles con la mirada fija en él, contemplaba su cabeza gorda, su cicatriz profunda y se intrigaba más y más por lo que diria Atilano.

Continuó.

—Bien, en el estado de Nueva Yersey como en Nueva York está terminantemente prohibido andar con armas de fuego, y al que lo cogen con armas sin tener licencia son varios años de presidio. Los rompehuelgas se habian armado, ¿pero de qué te crees? Pues de martillos. Cada uno de ellos llevaba un martillo de carpintero, sin duda aconsejados por la misma policia. Una de aquellas mañanas cuando estabamos tratando de convencerlos, uno de ellos dió un grito y caimos en una emboscada que nos tenian preparada entre ellos y la policia. Fué una pelea terrible. Ya me "enrosqué" con dos rompehuelgas y logre quitarles los martillos, pero en esto vino otro por un costado y me dió con el martillo éste "mameyazo"— y señaló la gran cicatriz— y ya no supe nada más de mi hasta tres meses después que salia del Hospital Belle View, donde estuve entre la vida y la muerte.

—Milagro no te mataron.— dijo Charles para

poderse dominar; pues ante aquella mentira tan rotunda y amañada no sabia que hacer. y tenia que sujetar la risa.

—Oh, no me mataron de milagro.—

—Bueno —arguyó Charles— pero eso que te pasó es lo natural en la lucha de clases.—

—No, no me refiero a eso —contestó Atilano— no me refiero a eso. Sin embargo, quien me dió el martillazo era un trabajador, que estaba traicionando, un trabajador de todos modos, Pero no es eso lo peor, si no que cuando estuve en el hospital no hubo uno sólo que se atreviese a visitarme. La policia andaba buscando a los que formaban el grupo de los piquetes, y aquellos cobardes, temerosos del arresto, me dejaron abandonado en el hospital y ni siquiera me fueron a ver.—

Charles se quedaba sombrado. ¡Qué manera de mentir tan rotunda! Ahora, ahora si q. lo precisaba él bien todo. Si, lo veia como si fuera ante sus propios ojos. Este no era Atilano Acosta, éste era Apolinar Reyes. Era verdad que pronunciaba discursos contra el capitalismo yanki, en Nueva York; él lo habia oido; pero el martillazo era de cuando Apolinar Reyes al frente de un grupo de rompehuelgas iba a entrar en los talleres de conservas de J. L. Markman a romper la huelga. Lo recordaba, si, como si lo viese, porque precisamente por ser el herido cubano, lo habian llamado a Charles para identificarlo, y él habia ido al hospital donde estaba todo vendado, y estaba segurito que era éste mismo. Y la razón porque desde que lo viera en la Habana hasta meses después no lo identificase como tal y tuviese tantas dudas, era claro para él ahora. Apolinar Reyes llevaba una melena rubia

muy coposa Estaba ciertisimo, porque vió el cabello formando a manera de un masacote de sangre y pelo sobre una mesilla de mármol del hospital Roosevelt, en Nueva York, donde fuera conducido trás ser herido y donde le raparon la cabeza.

—Y, ¿cómo éste hombre mentia asi?—

Charles volvió a pasarse otra vez las manos sobre los ojos. Era un juramento, si, un juramente a si mismo. Y se repetia en su interior; —no importa, es una mentira; pero la aceptaré como una verdad terminante; un hermano, un padre no valen más que él; es verdad cuanto dice.— Y le preguntó.

—¿Y fué por eso qué saliste del campo obrero?—

—Si, desde entonces me convenci, chico, me convenci. El pueblo no merece más que palos. Los años y la experiencia me han convencido que hay que seguirlo para vivir de él. Por eso, ¿qué me importa la razón que tenga Machado? El pueblo lo va a tumbar, y yo que lo veo, conspiro con la masa. No hay otro medio en un mundo de maldad; defenderse cada uno como pueda. Si Machado cae se acabó lo de peón de albañil para mi. Yo subiré con los que triunfen y para ello ya he hecho méritos suficientes. Se acabó el idealismo; eso es bueno para los mentecatos; de aqui en lo adelante, Atilano Acosta, primero, y Atilano Acosta siempre, y a los demás que los parta un rayo.—

Charles pugnaba por sujetar la risa; una risa nerviosa. De buena gana soltaria una carcajada que estremeciese todo el parque. Tenia que domarse, sujetar con las manos sus mándibulas. ¡Qué mentira! ¡Pero qué tremenda mentira! Y Charles acabó por virar la vista a otro lado, para posarla de nuevo sobre la horrible cicatriz, sobre la cabeza de Atilano,

y decirse para sus adentros, viendo aquel hueso, hundido, rajado y triste.

—¡Qué mentiroso es! Pero de buena gana me levantaria, le sujetaria la cabeza, le besaria ahi sobre esa cicatriz, huella de su heroismo por defender la causa del trabajo.—

Era lo menos que podia pensar. ¿No habia sido su hermano en las terribles noches de enfermedad? ¿No habia sido más que su padre? ¿No le habia realizado hasta los más bajos menesteres?

Y una vez más Charles se pasó la mano por los ojos para borrar la visión exacta de la verdad, para que entrase la visión falsa, y quedáse alli para siempre; un Atilano Acosta, jefe obrero, valiente entre los valientes, herido mortalmente cuando prestaba servicios de piquete en Patterson, Nueva Jersey.

Y como para alejar para siempre la verdad y vivir de aqui en lo adelante en la mentira, se levantó y estrechándole la mano al amigo, que era más que un hermano le dijo:

—Atilano, de hoy en adelante te estimo más, porque has vivido; porque has sido un hombre, porque arriesgaste la vida por servir la causa del trabajo. No eres mi amigo, no, eres mi hermano.—

SUMMER WELLES

XIII

Charles siguió haciendo su vida métodica y observadora. De vez en cuando pasaba horas sentado en los parques viendo pasar el pueblo de arriba abajo y pensando que distinta en la apariencia una ciudad donde la revolución se arrastraba como un reptil por debajo de tierra; una ciudad aparentemente tranquila, pero en su interior atormentada por el terrorismo. Al terrorista de bombas contestaba el terrorista gubernamental. Era ya raro ed dia que no cayesen varios en la dura refriega entre unos y otros. El gobierno, iba venciendo; el terrorismo tocaba casi a su fin. Empero se acercaban momentos terribles para el régimen. Acababa de leer en el periódico la abrumadora elección en los Estados Unidos llevando a Roosevelt al poder; el protector de los obreros, de los campesinos, de los industriales; el enemigo de las casas bancarias que prestaban dinero al exterior; los enemigos naturales de Machado estaban en el poder al otro lado del mar.

Huyendo como huia de encontrarse con Adelfa Luján desde aquella tarde reciente en que habló con ella y en los momentos mismos que Vasquez Bello era asesinado, la muchacha debia estarlo espiando, pues una tarde en el momento que salia de un obscuro cafetin de la calle de los Sitios habia pasado ella en su lujosa máquina, Lo llamó. El se hizo el desentendido, pero finalmente ella habia parado el auto y sonó fuerte la bocina.

—No me huiga usted, maestro.—

—No, hombre, no, por el contrario, me alegra tanto el verla.—

Ella habia sujetado ligeramente el timón y le insistió a que se sentase en la máquina.

—¿No quiere acompañarme por la ciudad?—

Se lo agradecia, pero tenia que ir a la Policlinica Nacional a ver un enfermo.

—Pues yo lo llevo; entre.— insistió ella.

No, se lo agradecia, pero estaba esperando un amigo.

Estaba pegado a la máquina, a un lado de la acera, haciendose el indiferente, bajo la mirada de la joven.

Estaba decidido a huirle a ésta mujer. La tarde en que hablaron en el Parque de la Fraternidad, el hecho de haber ella pasado antes siguiendo la máquina de Vasquez Bello; el asesinato del Presidente del Senado; las palabras eternas de Saint Just, —ésta muchacha es de mucho mérito, se mueve por Palacio. Algun dia hará un gran servicio.—

—¿Qué seria? ¿Qué no seria?—

Para el pueblo era la querida de Machado, para los más versados revolucionarios una espia, que tenia embobado a Machado, y el cual nunca se

"mojaria" con aquella belleza exótica, y para Charles, una personalidad, extraña, desconocida, sin antecedentes; pero muy peligrosisima, no sabia porque. Hilos sueltos lo llevaban a las conclusiones. No tenia la sagacidad del detective, pero olia estas cosas por su práctica de la vida. Y ésta muchacha, Machado, los conspiradores, el asesinato de Vasquez Bello, el más fuerte aspirante a la Presidencia; el deseo intenso que ella le manifestaba interesándose por él a que la acompañase a los Estados Unidos.

—Perro viejo soy —se dijo— ésta mujer es una obsesion.—

Estaba muy viejo para enamorarse perdidamente, pero ella lo dominaba cuando le decia; —siempre pienso en usted, maestro, siempre pienso en usted, me gusta tanto oirlo. No me juzgue usted mal; no me importa lo que otros piensen, pero si que usted crea en mi.—

¿Por qué? ¿Después de todo que era lo que él decia? Simplezas que carecian de importancia, que cualquiera sabia decir mejor.

—Si, pero asi es el mundo —dijo ella— hay quienes son modestos y no se creen capaces de inspirar a nadie y son los que más inspiran.—

Dijo esto mirando al cafe donde se habian presentado varios en la puerta y la admiraban.

Volvió sobre él, diciendo indiferente.

—No sabe usted lo que me hastia ésta Habana; las ganas que tengo de marcharme....—

—Pues a mi me encanta— contestó Charles y le contó sus recorridos nocturnos por entre la vetusta ciudad.

—Si, el pasado, si —contestó ella— si el pasado, bueno para soñadores, pero no para gentes de ima-

ginación viva que piensen en el mañana. Esto adormece como el licor que venden en las bodegas— afirmó ella.

Y volviéndose rápida.

—¿Cuándo se va, maestro? ¿Cuándo se va?—

—No lo sé aun, pero no me olvido, se lo avisaré.—

Habia llegado al cruce que ella deseaba y clavándole su mirada fija, penetrante, le dijo con la seguridad de quien vence.

—Oiga, maestro, quiero ahora mismo definir una cosa con usted.—

—Usted dirá— contestó él.

—Supongamos, es un suponer, que me diese por marchar mañana mismo, y le pidiese me acompañase, sin disculpa alguna, y pagándole yo todos los gastos, ¿me seguiria?—

Charles recibió aquello como un chispazo eléctrico, Bajó la cabeza, Reflexionó. No se atrevia a decirla que no. Era cosa tan tentadora, fuese lo que fuese. Y levántando la cabeza fijóse bien en ella.

—Si, puede contar, conmigo; la seguiria por complacerla, desde luego. Por complacerla.—

Ella ahora paró por completo la máquina y le estrechó la mano, fuerte, como un hombre decidido que ha encontrado en su desgracia al hermano; era una mano tan fuerte como una promesa firme, impaciente, nerviosa.

Y safó su mano y abrió de nuevo el motor y echó la máquina a andar, con firmeza, con magestad del palanquin de una reina.

Charles miró hacia el café. Oyo una vez más aquellas palabras.

—Es la querida de Machado, ¡Qué real hembra! ¿Quién será el sujeto?—

Se hizo el que no oia, rióse para sus adentros y vió pasaar alguno de ellos como siguiéndolo, como acechándolo. Y como si sintiese sobre la nuca las quemaduras que causaban aquellas miradas envidiosas.

Se sentó en el parque. Queria hacer un recuento de cosas. Ahora veia desfilar todo lo suecedido en relación con ésta mujer. Aquella insistencia, aquella insistencia de ella. Primero habia sido Arnao, que lo encontró en la calle y le dijo; —Adelfa ha preguntado por usted, maestro.— Otro ocasión habia sido Rivera; —Oiga, maestro, vaya por el club, nos gusta hablar con usted; usted le interesa mucho a Adelfa; ha preguntado por usted, dice que, ¿qué le pasa?—

Y él no habia puesto atención a esto; estaba muy viejo y posiblemente esta juventud lo tomaba por un tonto. Más tarde ya habia sido ella directamente la que le dijese. —Me gusta tanto la amistad de usted, Procure no engañarse, maestro; procure no engañarse; no juzgue las cosas por el presente; tenga paciencia, espere el futuro; deje que todos me juzguen mal, pero no lo haga usted nunca.—

No podia ser que él deslumbrase a nadie y menos a una mujer como aquella. ¿Qué hablaba en el club que tuviese alguna importancia? Fuera de algunas discusiones con los jovenes con relación a la politica de los Estados Unidos en Cuba, se acordaba que habia hablado mucho, sobre todo cuando ella le tiraba de la lengua, de algo que en eso si él estaba seguro que era superior a todos ellos; cuando hablaba de los Estados Unidos tan detalladamente como pudiera hacerlo hablando de su propia habitación. Habia vivido en el oeste, de vaqueros y

minas; en el sur de algodonales y negros; en el norte de vida industrial y apretujamientos; en el noroeste de desiertos y de soles vivos. Conocia o habia visitado treinta y seis de los estados de la Unión y conocia más de cien ciudades y poblados. En eso, en eso si, que él era superior y era superior su conocimiento al de todos ellos, que lo oian sin chistar.

Y entonces iba pareciéndole que podia ir descifrando el interés de la muchacha por él. ¿No seria que ella habia gastado todos sus recursos de mujer coqueta con Machado y el viejo ogro la asediaba dia por dia con la tenacidad del lubricismo viejo y fuerte como el vino de centurias? ¿No seria qué viendóse apresada y siendo verdad que el dictador cuando se proponia una cosa la obtenia aunque le costase cometer un crimen, ella estuviera preparándose para escapar de la isla, y bohemia como era, quisiera llevar consigo alguien que le sirviera de cicerone y guardian en el gran pais?

Pero pronto otras ideas mezclabanse a éstas sin poderlas borrar y formando extraña confusión. Y se decia para si; —rica, con dinero de sobra, porque solamente aquel anillo que llevaba en un dedo valia un capital, con tomar un buque y salir de la isla era el todo; el ogro quedaria cortado por las imponentes olas del Golfo Mexicano capaces de apagar su sed lúbrica para siempre.— ¿No seria otra cosa? ¿No seria qué ella, espia de los revolucionarios, esperaba un golpe formidable, producto de la asechanza de ella misma y en que la sospecha recayese y tuviese que escapar de seguida? ¿No habia oido él barruntos ahora en ocasión de la muerte de Vasquez Bello, que la judicial seguia la pista a ciertas relaciones

y desvarios amorosos por creerse que andaba la mano de una mujer en el asesinato del celebre politico? Y para sus adentros, asi como institución, algo le decia a él terminantemente que si habia habido la mano de una mujer, ésta no era otra que Adelfa. De su larga vida, siempre habia olisqueado la verdad en el primer momento; habia en él cierto don de adivinación. Una sospecha fija que Adelfa andaba metida en aquel horrendo crimen.

Y ahora veia más precisa la cosa. El la habia contado como saliese de la Habana, burlando las autoridades españolas, trás de herir mortalmente a un voluntario; las artimañas, los recursos, que supo mobilizar rapidamente, siendo como era entonces un joven sin experiencia. ¿Qué no lo supondria ella a él capaz de hacer por ella en este caso, enamorado como sin duda ella lo supondria, cosa natural, en suponerlo asi, aunque positivamente él no lo estuviese? Era claro como el agua, ella no podria preparar esa fuga facilmente sin ayuda, ¿Y qué ayuda mejor que el ciudadano del gran pais y conocedor del mismo?

Y ahora volvia aparecer otra cosa. Atilano habia repetido mucho aquello de Vasquez Bello era el más fuerte de los aspirantes a la presidencia, y Machado no queria a Vasquez Bello en dicho puesto y si a su hermano Carlos Machado. ¿Y quién no le decia que la combinación fuese de los estudiantes y revolucionarios y de Machado a un tiempo? ¿Machado para librarse de un opositor peligroso y los estudiantes a su vez buscándolo como carnada?

Pero todo aquello se volvia a tierra cuando cotejaba otros puntos dudosos. No cabia eso, no, no cabia, no era posible tampoco que ella lo necesitase

para huir de la isla en caso de persecuciones Era imposible. Ya habian sido muchos los actos de violencia y los terroristas escapaban a Miami, Tampa o Key West Aqui al fondo debia haber una formidable organización que les cubria la retirada. ¿Por qué se iba él a imaginar que la muchacha en caso de peligro lo necesitase, estando en contacto ella y siendo uno de sus espias que necesariamnte conoceria la forma más rápida y segura de escapar?

Volvia a quedarse en el mismo ensimismamiento del comienzo. Lo más seguro era que la muchacha de quien iba a huir era de Machado; personalmente de Machado. En esto si cabia que no usase la red conspiradora y si otra para salir de la isla. Y ahora veia el peligro inminente por varios lugares a la vez. ¿No era para él muy peligroso que lo viesen hablando con ella? Si era verdad lo que decian, que esta era la querida, seguro que el dictador le tendria una vigilancia encima. ¿Y si al intentar ella y él marchar de la isla los apresaban? Seguramente a ella nada le sucederia, ¿pero a él? Y de todos modos; no cabia la menor duda, estaba enteramente convencido; él sin darse cuenta habia entrado ya en la conspiración y sin darse ni remota cuenta de que enredos le traeria. Y él, nada menos que un Machadista de corazón, estaba jugando aqui un papel que no habia buscado y que lo habian seducido.

No quiso pensar más en aquello. Acabó por decirse.

—Charles, hay que cortar por lo sano. Aqui no está seguro uno en ninguna parte. No voy con esa mujer ni a coger doblones. Lo que voy hacer es esconderme.—

Formó su decision final. Tenia que ver. Tener que esconderse como huyendo de un crimen, y huirle a Adelfa, que él ya veia era la revolución misma, era la espia de aquella juventud y le habia encontrado algo que los revolucionarios necesitaban de él. No lo podia precisar, pero sabia que ya estaba en la red.

Y aquella misma tarde empaquetó sus ropas. No estaria un dia más en aquella casa de huéspedes. No hacia mucho habia visto pasar la máquina verde y Adelfa habia levantado la vista hacia el portal del hotelito.

Y aquella noche se mudaba para el Cerro, donde tomó una habitación con nombre cambiado. No saldria sino por las noches tomando sus precauciones hasta marchar a Nueva Orleans. ¡Tenia qué ver! Si, tenia que ver, que sin comerlo ni beberlo se viese metido en un lio. Y exclamó.

—¿Quién me mandaria a mi a salvar a Saint Just en el Parque de Marti? ¡Hombre, mira que tiene que ver esto! Mira que tiene que ver esto que yo tenga que esconderme como un criminal sin comerlo ni beberlo.—

Y se agregó.

—No hay cosa que se parezca más a una casa de locos, que ésta Cuba.—

— II —

Si el pérfido enredo, obra del embajador Summer Welles, que trajo la caida de Machado, hubiese sido realizado en una gran nación y extraña a los Estados Unidos, digamos Alemania o Francia, por ejemplo, dicho Summer Welles podria haber ocupado con justicia el titulo del primer diplomático del uni-

verso. Tratándose de Cuba no puede calificársele más que como un abuso de confianza. Abuso de la confianza que inspiró a Machado y abuso de la confianza del pueblo cubano, que fué sincero con el embajador. El pueblo cubano es cándido y es creyente cuando se trata de los Estados Unidos. Educado en el catolicismo y sencillo de naturaleza aunque a las veces se haga aparecer muy inteligente y se la den algunos de "vivos", el pueblo cubano es uno de los pueblos más faciles de engañar; pues por naturaleza, por su sangre, es eminentemente efusivo y pasional. Alguien ha afirmado que el cubano conoce mejor al americano que al mismo español y que el americano conoce al cubano mejor que a cualquier otro pueblo extranjero y como que lo conoce se puede acercar y entenderse con más facilidad. Tales afirmaciones son erroneas. El pueblo cubano no conoce en lo absoluto al pueblo de los Estados Unidos. La mayoria no conocen, eso si, les deslumbra la grandeza, de la misma manera que la luz deslumbra a las mariposas. Aparte de esto, el cubano en general conoce al americano por el turista y entiende que ese es el verdadero pueblo. El turista mismo no es otro cosa que un estado de ánimo. Evidentemente el que abandona su pais para visitar Cuba, llevando dinero que gastar y a pasar "un buen tiempo", como dicen, lleva un estado superior de alma consigo; el turista es alegre, rumboso, liberal, gastador; siempre sonriente; pero eso dificilmente descubre su verdadero espiritu. Su modo de ser complicado y sútil, enteramente ageno a cuanto el cubano cree. Por lo demás podriamos aceptar que el pueblo en general de los Estados Unidos fuera del tipo que conoce el cubano; pero si el

pueblo americano es una u otra cosa dentro de los lindes de sus fronteras, en cambio cuando se trata del extranjero, el pueblo de los Estados Unidos carece de opinión, más que cualquier otro gran pueblo; sus opiniones la forman los periódicos. Tengase en cuenta que en esa nación se publican veinticuatro mil periódicos y por ello se podrá medir que influencia tan determinante ejercen sobre el pueblo.

El pueblo americano es uno de los más perfectos de la tierra, no obstante los muchos defectos de que padece. Pero el pueblo de los Estados Unidos es uno dentro de casa y otro enteramente distinto cuando se trata de cosas del extranjero. En su gran pais es un pueblo verdadero, civico, que vive buscando siempre movimiento ritmico de la vida nacional; eterna vigilancia mirando a la libertad y produciendo sin cesar para el bien general; incesante en su labor constructiva, y una critica mesurada y firme moldea generalmente la vida nacional. Dentro de si no puede pedirsele mayor perfección. Más cuando ese mismo pueblo tiene que confrontar problemas del exterior con otros pueblos su misma grandeza se convierte en injusticia; no conoce casi nada y se guia enteramente por los medios de publicidad, que son regidos a su vez por intereses determinados. Los medios de publicidad, lo más potente y perfecto de la gran nación, periodismo, radio y cines esta en manos de judios. Sus veinticuatro mil periódicos, sus 30,000 cines, sus seis millones de radios, pueden en 24 horas formar una opinión enteramente falsa sobre lo que ocurre en el exterior, Tratárase de los asuntos de casa la cosa diferiria, pues las corrientes de opinion formidables podrian reducir a la impotencia estos medios de publicidad.

Durante los años 1929, 1930, 1931, 1932 y 1933 esos 24,000 periodicos, esos cines y esos radios hicieron campaña contra Machado. La cosa era natural; les hacia daño a industriales y refaccionadores la industrialización de la isla. Los males de Cuba los ocasionaron los Estados Unidos y no Machado; éste intentó y tuvo relativo éxito en conjurar la crisis de su pais. Fueron los Estados Unidos; primero recargandole el derecho al azucar, medio que no les dió resultado; segundo la gran depresión del pais que lanzó 20 millones de personas a depender del auxilio gubernamental cortándoles su gran poder adqusitivo para comprar azucar. Esto solamente era lo suficiente para hacer fracasar en Cuba cualquier gobierno. Cuba dependió siempre para vivir del surplus de riqueza de los Estados Unidos y estos estaban al margen de la bancarrota.

Fueron culpables los Estados Unidos en el asunto Machado, pues las campañas de periódicos casi todas ellas amañadas y mentirosas tenian por objecto sujetar el éxodo de capital, que se dirigia a industrializar la isla; sujetando el turismo también con los informes falsos de revoluciones, y matanzas en Cuba. Fueron los Estados Unidos los que dieron acogida suave y complaciente a los terroristas que huian de Cuba y se metian en Tampa, Key West y Miami. Fueron los Estados Unidos, los que permitieron conspirar abiertamente a estos elementos y en más de un caso salir de sus costas expedicionarios para combatir el gobierno legitimo de Cuba.

Sin el terrorismo, posiblemente el gobernante hubiese sido capaz de vencer todo esto; pero apoyados oposicionistas y terroristas en la prensa americana y en industriales y ganaderos, aquella campaña

a la que daba fuerza terrible de crisis el paro general en la gran nación tendria que dar un resultado directo. Cuba fué quedando aislada y sintiéndose alli los tenaceos del hambre tanto o más que en el pais más pobre de la tierra.

El año 1933 subia al poder Franklyn Delano Roosevelt y con él las tendencias industrialistas y campesinas y ganaderas. Gobierno con ciertos ribetes de socialismo, que tendia a combatir el financiarismo, que prestaba dinero e industrializaba otros paises.

No obstante la pequeñez de Cuba es significativo que la primera medida con referencia a asuntos extranjeros, fué el atender el caso cubano. Habian subido al poder los enemigos de Machado y éste habria de sucumbir ahora, ya debilitado, ante las combinaciones de ellos. Es raro lo pronto que atendieron a Cuba, no ocupándose de otros asuntos exteriores. Es raro también a donde llegó la venganza, Todas las casas bancarias que habian hecho préstamos a Cuba, como el Chase National Bank, Morgan y otras fueron perseguidas. Una vez puestas éstas casas en la piqueta pública, y para investigar sus transaciones en Cuba, se dejó de investigar lo que hicieron en otros paises. Era evidente; castigar a Machado y a sus amigos en los Estados Unidos.

Una vez empobrecida Cuba, directa e indirectamente por los mismos Estados Unidos, primero por recargos, segundo por las infames campañas y después por algo que no era directo pero también venia del norte, la gran depresión que alli se sufria, llegaba el momento de actuar.

Empero, en la primavera de 1933, el terrorismo habia sido casi dominado en Cuba. Los terroristas

que eran un corto numero fueron exterminados o estaban en la carcel, Los oposicionistas en este caso no contaban ya con elementos de valia y tendrian que someterse y esperar las elecciones de 1935.

Fué seleccionado Summer Welles. ¿Para qué? Positivamente para echar a Machado del poder, lo cual no tendria mayor importancia. Era seleccionado para destruir toda la industrialización de la isla, primero ofreciendo un nuevo tratado comercial, segundo por medio de combinaciones traer la caida de Machado y el caos en la isla, cosa que se matasen tantos cubanos y quedase un odio tan intenso, que se renegase siempre de la era Machadista. Todo ello le salió a pedir de boca, hasta cierto punto. Pero si se estudia bien la cosa, fracasó en la segunda parte, Este hombre queria una guerra civil entre los cubanos cosa que se matasen sin parar hasta ver el Capitolio volado y la Carretera Central destruida por la dinamita. El golpe de fuerza de los sargentos y cabos mandados por Fulgencio Batista y que impusó el orden en Cuba, salvó a Cuba de la completa destrucción que pretendia el embajador de los Estados Unidos.

Summer Welles era uno de los mayores enredadores con que contaba la diplomacia americana. Acostumbrado a tratar con gobiernos latinos, en la America Central y del Sur, conocia perfectamente el modo de ser, la psicologia de los descendientes de españoles. Acostumbrado a jugar con ellos como muñecos, le seria mucho más fácil en Cuba. Este pueblo como hemos ya dicho, cree ciegamente en los Estados Unidos. Educado en el paternalismo politico siempre lo espera del gobernante todo; esperó de Machado la solución a todos sus problemas,

sin comprender que los gobiernos tienen muy poca fuerza para resolver nada y que son los individuos los que cuentan con la fuerza. Era, pues un pueblo vencido que espera de quien nada puede dar. No pudiendo Machado resolverle sus problemas, porque no eran problemas que dependian de Machado, volvia la vista esperanzado, creyente, a los Estados Unidos, pensando, siempre por educación, en el paternalismo politico y económico. Un tratado comercial envolvia el cese de las actividades industriales en la isla; si esto no se dijo, no importa; esa era la finalidad. En cierto modo era decirle al cubano; —Tú gobernante no sabe lo que tiene entre manos. Yo soy quien te puedo salvar; no pasarás más hambre; comprame y te compraré y cesará tu miseria.—

Fué sútil y amañada su labor. Cuando fué entrevistado por los periodistas contestó afirmativamente, No venia a Cuba a meterse en los asuntos cubanos, Los cubanos tenian un gobierno legitimamente constituido y era cosa de ellos ponerse de acuerdo. El venia sencillamente a negociar un tratado favorable a Cuba. No se necesita ser un lince para ver que se haria de rogar para que interviniese en un pais donde sus politicos, todas sus querellas, con mucha falta de dignidad nacional han querido se las resuelvan los Estados Unidos. Era evidente que el tratado que traia favorable a Cuba, envolvia ésta tácita afirmación; —te haré esta concesión, si me compras las patatas, la carne, los quesos, en cuyo caso te compraré más azúcar, y como que no vas a poder hacer ese tratado estando en el poder un nacionalista e industrialista, es necesario que lo hagas tú saltar del puesto.— Eran palabras que no se dije-

ron, pero que logicamente conducia a ello el medio en que se movia. Machado habia industrializado para librarse de comprar los alimentos al exterior, Un tratado favorable no podria obtenerse si no se echaba a un lado el industrialismo nacional.

Tan sútil fué en su actuación y tales declaraciones hizo que los más avisados de los oposicionistas creyeron que venia para robustecer a Machado. Los más empero, como gente acostumbrada a someterse, le insistian para que pusiese su mano en la cuestión politica. Esto desde luego contaba el embajador que sucederia, pues su plan no podia consistir en echar a Machado abajo contando con la fuerza inmensa de los Estados Unidos, y si con minar las instituciones nacionales y unir los enemigos para formarle opinión adversa como contrario al nuevo tratado y minarle sutilmente las organizaciones obreras y el ejército. Como se ha visto por estos tiempos ya Machado contaba solamente con los soldados.

Quince dias después de su llegada ya Welles iniciaba los pasos de lo que se llamó "Mediación". ¿Por qué lo hacia? Para satisfacer el deseo de los cubanos, que se lo pedian, que lo suplicaban. ¿No decia Machado continuamente que deseaba un entendimiento con la oposicion? ¿No la querian también los oposicionistas? Machado estaba cogido en las muchas brechas que siempre impredentemente creara y que hacian tan indefinida su actuación.

Machado, que de cuanto se le atribuye posiblemente lo más apropiado es que se trataba de un campesino de buena voluntad en la presidencia, no podia ver peligro en el embajador. ¿Comó habria de temerlo? El hombre que venia representando un

pais, donde el gobernante electo por el voto siquiera sea un robo en las urnas, es sagrado, no podia concebir que fuese a tratar de destruirlo y menos minándole las instituciones armadas. Machado se contaba seguro, El era la selección del pueblo de Cuba, que lo prorrogó; en 1935 dejaria el puesto y seria electo otro. De aqui que el gobierno dió todas las facilidades para buscar un entendimiento.

Pero ocurrió un fenomeno único; el embajador cuando quiso reunir las fuerzas de la oposición se encontró con las anbiciones del grupo, caracteristico del pueblo de Cuba y sobre todo que los dos sectores más importantes contra Machado se negaron a ir a la mediación; los Menocalistas, la fuerza más importante después del partido de gobierno no querian entrar en la mediación; los estudiantes, que eran los que verdaderamente combatieron por la violencia, se negaban a ésta mediación, en que estaba metido un embajador extranjero, como una indignidad nacional. El embajador comprendió que estaba fracasado, ¿Pero no es Cuba pais por excelencia de grupos? Fué aceptando grupos y más grupos y oyendo querellas y con algunos cubanos, q. no queremos calificar, logró tener algunas fuerzas a su lado, fragmentos y grupitos. Luego apoyado en una opinion voluble y vengativa en contra del gobernante llevar a su lado todos los resentidos y todos los que tenian algo que pedir. Pronto la embajada era la cloaca donde se desahogaban todas las pasiones nacionales; llegó un dia q. la embajada fué visitada por una mujer a quien el marido habia dado una paliza; los dueños de casas de alquiler en la Habana se presentaban para pedir al embajador que interviniese, pues los inquilinos se nega-

ban a pagar las rentas......

Naturalmente que tanta indignidad de parte del pueblo no era tan visible a los que tomaban parte en ella como lo era a quienes a distancia la veian. ¿Qué clase de nacionalidad era ésta donde se doblaba tanto la rodilla ante un embajador extranjero y se humillaba asi su propio gobierno selección de ellos mismos hacia dos años?

De cuantas indignidades se han presenciado en America de sometimiento y abjeccion la de éste pueblo que asi actuó, ocupará el primer puesto. El mismo Welles debió de sentirse abochornado de tanto sometimiento, en que llegó a calificarsele de "Libertador". Afortunadamente, podemos afirmar que el pueblo cubano en general no tomó parte en semejante crimen de lesa patria.

Pronto el gobierno de la república iba pasando al embajador y la embajada tomaba el aspecto por el entrar y salir de gentes, como si alli estuviese la dirección general de los asuntos cubanos.

Llegó por fin el momento que Welles esperaba, tener consigo fuerza suficiente. Machado en este momento se dió cuenta del peligro; pero ya era tarde. Asi como lo habian ido abandonando antes, lo iban abandonando ahora más, viendo una terminación desastrosa para él. Cuando las conferencias, cuando los momentos en que habia que contrarrestar la pérfida labor del ministro, Machado no tenia un sólo hombre a su lado, capaz de poder batir a Welles en el tablero ante él colocado. Machado era un hombre sencillo; no pasaba su habilidad politica de aquella que se aprende en Cuba, politica menuda de comités de barrio. El único que podria haber contrarrestado algo la labor de Welles, era Ferrara,

pero éste llegó a Cuba cuando ya era tarde. El embajador se presentaba ahora ya con el programa completo. —Liberación de todos los presos politicos; suspensión de la censura; restitución de los derechos constitucionales.— Esto pedia la oposición. Machado comprendió el peligro. Puestos en libertad los terroristas y oposicionistas, ¿qué garantia tenia el gobierno que no se volviese a los dias del terror? Levantada la censura de una prensa que era toda enemiga de Machado, ¿quién garantizaba que no excitase a la revolución? Restituidas las garantias constitucionales, ¿quién garantizaba el uso de la libertad sin excesos?

Atilano dijo a Charles.

—¿Te has convencido que el viejo sátrapa va a caer?—

Charles contestó.

—No, creo que caiga, pero si cae, no será por los revolucionarios de aqui, no, de eso estoy seguro, será por alguna intromisión de los Estados Unidos.--

Atilano habia creido que Welles venia a robustecer a Machado. Charles de seguida le explicó.

—No, no viene a eso, viene a ver si lo puede tumbar apoyado en los mismos de aqui. Estoy seguro; Roosevelt representa allá interesés de los industriales, ganaderos y campesinos. Este enredador lo envian aqui para que haga lo que ha hecho en otros lugares de la America Española. ¿No le ves la jugada? El pueblo cubano está muerto de hambre y le atribuye a Machado todas sus desdichas, cosa propia de pueblos que todo lo esperan del gobernante; el embajador trae un tratado comercial, es como decir que el pueblo va a comer, con eso basta para saber el desenlace. No es posible

ese tratado con un gobierno industrialista como el de Cuba; es claro; no lo dicen; pero es asi —expulsen a Machado y comerán bueno. Es claro.—

Y los dias fueron pasando y la torpeza de Machado en permitir que en los asuntos cubanos se entrometiese un embajador extranjero, comenzó a dar sus resultados. La revolución vencida levantaba de nuevo cabeza. Se veia claro el desenlace aunque sin precisar por donde vendria; los más incondicionales de Machado lo desertaban; era cosa de vida o muerte; era cosa de estómago, ya nadie queria estar a su lado.

Las hábiles jugadas del embajador habian logrado revivir la revolución ya muerta. Era el mismo fenómeno de siempre. Los Estados Unidos gritaron cuando Weyler, pero no aparecieron en escena hasta que Weyler se marchó al ser asesinado Canovas; vino el general Blanco y la revolución maltrecha y vencida se levantó de nuevo. Cuando la muchedumbre se dió cuenta que España estaba fracasada todos se volvieron revolucionarios, incluso los mismos guerrilleros.

Charles dijo.

—Me parece que los veo, es el mismo caso del pasado, cuando se dieron cuenta de que España estaba vencida entonces los americanos se presentaron para llevarse la gloria de vencedores. Siempre son lo mismo. Es lo propio que hicieron en Europa cuando la guerra mundial. Machado no tiene más que una salida, expulsar al embajador por indeseable. Y notificar a Estados Unidos que nada tienen que arreglar aqui, que se vayan a limpiar sus ciudades llenas de criminales y de gansters. Si no lo hace está perdido. Este viene para pro-

barnos que ellos nos pueden vender las papas, la mantequilla, las carnes más baratas que lo que nosotros podemos producirlas y además para que sepamos terminantemente que si quieren que nos compren el azúcar hay que comprarles los tocinos y las mantequillas. Es claro como el agua. Machado se opone a eso, pues destruye su obra, y nos deja esclavizados. Por lo tanto, —sobra Machado.—

Welles una vez que contó con fuerzas y apoyado en las mismas declaraciones del presidente, presionó las peticiones de la oposición. Machado se resistio; pero finalmente, cansado sin duda, y combatido por todos, cedia, diciendo al ministro.

—Voy a soltar los terroristas presos, Volveremos a la era de terrorismo, Voy a restituir las garantias constitucionales, volveremos a las faltas al derecho ageno; voy a suspender la censura a la prensa y comenzarán a hacer labor revolucionaria, Voy a hacerlo; tenga usted por seguro, que el gobierno cumple lo que promete, pero no hay quien garantice nada al gobierno y que tendré que traer de nuevo los soldados,—

Pero el embajador, sabedor que no podria atacar a Machado de frente apoyado por su pais, pues era el gobierno constituido y sabedor que Machado usaria las fuerzas públicas y domaria la revolución habia ya puesto la mano en las organizaciones obreras y minado el ejercito. Labor verdaramente infame; destruir las fuerzas de la republica, hablando al oido a los jefes y prometiendo, al mismo tiempo que en forma velada hacia saber la posibilidad de una intervencion directa en Cuba, Esta oficialidad del ejercito temia semejante situación con un hombre en el poder como Machado, capaz

de jugar el todo por el todo y recibir a tiros a los marinos si desembarcaban en el suelo patrio. El ejército estaba minado por el embajador; las organizaciones obreras lo mismo. Esto lo ignoraba Charles, pero receloso, veia un terrible peligro en el embajador; a él no lo podian engañar facilmente; habia vivido muchos años en el pais donde hay un refrán que dice; —si quieres que un hombre se ahorque dale bastante soga.—

Se decia para si leyendo el periódico. —Machado no tiene más que una decisión, la decisión de un suicida. Expulsar al embajador y comunicar a los Estados Unidos que es persona non grata. Si no tiene valor para hacerlo, que se resigne porque está perdido, éste hombre ha venido aqui para tumbarlo y tumbar su obra; yo los conozco bien.—

Vino una huelga, Una huelga de poca monta. Huelga de choferes, Pero persistió, persistió con la persistencia de un grano malo. Charles, receloso, de éste movimiento en la apariencia sin importancia, desconfiaba. Era ducho en cuestiones obreras, Una huelga pequeña conviene siempre acabarla pronto, sino puede venir la huelga general; la solidaridad de clases pende eterna como una amenaza. Le disgustaba aquello; el gobierno no tenia habilidad para tranzar el movimiento que se iba agudizando. Los dias pasaban y la huelga de choferes seguia en pie. Era evidente que llamarian a otros sectores obreros, y esto debia evitarlo el gobierno. ¿Como es qué los que dirigian no conocian éstas cosas que las conoce cualquier industrial?

De pronto corrió el rumor. Venia la huelga general.

Fuese a ver a Atilano.

—No lo hace saltar el embajador con todos sus enredos, pero lo van hacer saltar mis pedigueños— dijo el agitador. —¿No te dije qué era mi barómetro? Pues — y lo dijo en tono confidencial. —Tú verás que va a ser el pueblo cubano. Ya viene la huelga general.—

Charles desconfió. ¿El pueblo cubano? ¿No andaria la mano del embajador en esto de la huelga? Pero no contestó.

Atilano le habló bajo, en confianza.

—Charles, te lo digo; porque tengo confianza en ti. Se ha votado la huelga general secretamente, para hacerlo saltar.¿No te lo dije? Los hambrientos.

—Pero que filosofia es la tuya, ciertamente los hambrientos no irán a la huelga—

—No, lo que pasará es que lanzarémos la huelga general, para que venga el hambre; para que los hambrientos asalten las bodegas; para que venga la matanzas. los hambrientos que son más de la mitad ya en la Habana se lanzarán al asalto, vendrá el soldado, matará sin parar y se difinirá la situación.--

—¿Es decir?—

Es decir que yo sé que hay miles que pasan hambre. Yo he amamantado los hambrientos, no dándoles una sed de agua. Es natural que al venir la huelga general el comercio cerrará sus puertas y nos encontrarémos que tendrán que saquear.—

—¿Cómo sabes tú qué cerrará el comercio?—

—Bueno, ¿te acuerdas del entierro de León? ¿Te acuerdas lo qué te dije? El comercio está en contra; los unos porque Machado les ha acabado los monopolios, los otros porque los porristas los tienen secos. Ha llegado el momento de la liquidación.—

—¿Y qué crees que haga Machado?—

—No sé lo que hará; el ejército parece que lo tiene consigo, Bueno, si no se suma matará sin parar; es lo que yo creo que suceda. Como en todo lo que se va a definir, un problema, quizás las cosas imprevistas que se presenten; pero los gremios obreros han votado la huelga general y ésta es la protesta más grande que ha tenido Machado.—

La promesa del embajador americano de un tratado favorable para Cuba fué el anzuelo. Pueblo acostumbrado a esperar siempre de los Estados Unidos la solución de sus problemas, veia ahora el hambre cesar como por encanto y de nuevo rebosar la isla de riqueza. En este caso Machado tenia la culpa por no haber sabido gobernar, por haberse metido a sembrar patatas, yucas y ñames, levantar crias de ganado y pollos, sin contar que al hacer eso no podria vender su azúcar.

Si estudiamos desapasionadamente verémos que el malestar de Cuba era todo él de caracter económico y no politico. ¿Podria Machado resolver favorablemente la crisis del universo? Indudablemente no En casi bancarrota los Estados Unidos, y en bancarrota total el mundo, Machado habia realizado el maximun, crear una relativa independencia económica de su pueblo, limitada desde luego. Pero esto no se entendió asi. Se entendió que lo que hacia Machado era lo que causaba la crisis. Los tiempos posteriores se han encargado de probar a los creyentes que con tratado con los Estados Unidos, con cuota azucarera y demás, la miseria es mayor que en los dias de Machado.

—¡Qué torpeza! ¡Qué torpeza manifiesta!— se oia repetir. —¡Solamente a un hombre tan estúpido se le antojaria semejante cosa!—

Charles observaba el sesgo que iba tomando la opinión pública, quebradiza y falsa. Por todos lados se comentaba el tratado favorable a Cuba. Ni uno sólo veia que expusiera razones en contra. Todos convenian que quien podia salvar a Cuba y restituirla a su grandeza de otros dias eran los vecinos del norte.

Mostrabánse alegres y se oia repetir en los corrillos. —se acabó el peseteo, se acabó el peseteo, mi hermano. No más peseteo.— Un tratado q. acabaria con la miseria cubana. Otros afirmaban enfáticos.

—Machado ha s do el causante; privar a Cuba de un comprador de azúcar como los Estados Unidos. ¡Qué torpeza!—

Para Charles era evidente la cosa; es natural que si los Estados Unidos concedian un tratado favorable en el azúcar, seria para que dejasen de sembrar los campos y traeria ello la destrucción del vasto plan de escuelas agricolas y de independización de la isla. No era concebible que Machado negociase un tratado semejante. Era destruir todo lo creado a fuerza de tantos saacrificios. Y como que no estaria por eso; la cosa era clara; Machado estaba de más, y al ministro le seria relativamente fácil el presentarlo como un enemigo del pueblo de Cuba, socavarle el terreno y echarlo abajo.

Enemigo por naturaleza de las discusiones, no pudo por menos que irritarse al oir una discusión sobre el tratado; oia a un hombre gordo, caretón, el que hablaba encomiásticamente.

—El hambre de Cuba no la pueden conjurar más que los Estados Unidos. Ellos son la salvación.—

—Mentira, eso, —exclamo Charles irritado— los Estados Unidos no podrán salvar a nadie porque

ellos mismos estan tan mal que tienen que buscar quien los salve.—

— Pues yo creo, —contestó otro —que ellos son los que pueden salvarnos, quitándole el recargo al azúcar. Ellos son ricos, cuentan con grandes recursos, y el pueblo de Cuba tiene que buscar en ellos la salvación.—

—Pues yo he venido de allá hace poco; conozco aquello muy bien y usted está equivocado. Ellos no pueden levantar al pueblo de Cuba, pero si pueden jugar con la ignorancia que hay aqui. Ellos tienen alli una depresión terrible; hay más de doce millones sin trabajo, y a eso, y no a la subida del azúcar, que es de poca monta, se debe que no puedan comprar más.—

Pero aquellas palabras caian mal. Todos alli querian que fuese como ellos se imaginaban, y acabó por callarse cuando notó que lo asechaban con miradas de odio. Evidentemente identificaban a un individuo por Machadista solamente porque les dijeese la verdad de lo que ocurria en el gran pais.

—¡Habrase visto gente más estúpida que ésta y que se la den de inteligentes!—

Y se sentia desalentado, enteramente desalentado. No le quedaba duda, con la sola añagaza del tratado ya el ministro de los Estados Unidos tenia destruido a Machado.

Por todos lados oia.

—Ahora si, mi hermano, Ahora si se acabo el peseteo; ahora si se va a **come gueno**.—

En otros corrillos oia jactanciosos a hombres con tamañas caras.

—La culpa ha sido del gobierno, hombre. ¿A quién se le ocurre qué con ñames y yucas se resuelva

la cosa? Es natural, los Estados Unidos tenian que tomar venganza.—

Y otro.

—Si, Machado no es más que un estúpido; lo único que ha hecho es matarnos de hambre, Ahora si; viene el tratado comercial. El ministro garantiza cuatro millones de toneladas de azúcar, Cuba se ha salvado.—

Volvia Charles a repetirse.

—¡Y qué estos hombres con tamañas caras y tamañas patillas crean semejante cuento de camino!

Precisamente habia llegado la miseria del pueblo cubano al máximo. Como se ha advertido, ésta miseria tenia su origen en los Estados Unidos; Cuba para vivir malamente, mientras no se cambie por completo su estructura económica y se dependa de la caña será económicamente el juguete de los Estados Unidos. Si no se vende alli el azúcar, que en enorme producción sale de los campos el hambre en Cuba será segura. Los recargos al azúcar no les habian dado resultado en contra de Machado, pero la fatidica depresión, causa indirecta, lanzando a más de veinte millones de personas en los Estados Unidos a depender del áuxilio gubernamental y llevando poco menos que a la bancarrota la gran nación, con amagos de rebeldia ya en muchos sectores, llevó una crisis sin precedentes a Cuba; algunos la calcularon del 50 por ciento en Estados Unidos y el 80 por ciento en Cuba. Esto que venia de los Estados Unidos se imterpretaba por la mayoria en Cuba, que se debia a Machado, a su plan de industrializar, que habia traido la represalia.

Convencidos en Cuba que era causa de Machado y disturbada la vida nacional cubana con lo actos

de terrorismo, le bastó al ministro traer un tratado comercial. Nada hay que halague más al hambriento que le ofrezcan un pedazo de pan, y quien se lo ofrezca se lo llevará consigo.

Charles comprendió inmediatamente la jugada. ¡Qué perfidia! Ser ellos causantes de la crisis cubana, y ahora indirectamente, pero claro, presentarse como salvadores, y directamente la opinión volverse contra Machado. Creyentes fueron siempre estos pueblos de la grandeza de los Estados Unidos, que si bien existe no es tan grande como el espejismo les hace creer. Charles que habia vivido cuarenta y cinco años en el gran pais, no podia engañarse en esto. Los Estados Unidos no podrian resolver la cuestión eeconómica cubana nunca; era el pueblo cubano, trabajando y dirigiéndose por los caminos industrializadores de Machado el único capaz de resolverlo. Seria cuestión de sacrificios y de tiempo, pero la riqueza de la tierra cubana venceria.

Al anunciarse el nuevo tratado, Machado por necesidad era un obstaculo. Precisamente la obra de Machado era para no comprar en el extranjero; el tratado era para que se comprase.

Al silencio de los tiempos anteriores habia sucedido ahora una critica despiadada. Un tratado favorable que salvaria a Cuba y la llevaria de nuevo a los dias de las "vacas gordas". Y afirmaban.

—Machado se opone, ¡Habrase visto qué hombre más testarudo y malvado! Quiere matarnos a todos de hambre para salir con la suya. ¡Qué hombre más castron!—

Charles oia esto y le indignaba.

—¡Qué gente, pero qué gente más ignorante, y que se la daban de sabios!—

Y veia con una claridad meridiana el terrible sesgo que tomaba la cosa. No habria nadie capaz de convencerlos. Machado era el culpable. Oia a otros decir.

¿Ha visto usted qué barbaridad? Pues no ha dicho que no firma el tratado porque no le da la gana. ¿Qué le parece? Nada menos que se ha metido a amenazar que atacará los marinos si desembarcan. Si, hombre, está loco, materialmente loco.—

FINIS

XIV

Charles lo veia muy claro. La muchedumbre que permanece cuidadosamente a distancia y espera. Si ve una vacilación del gobernante le viene encima como torrente despeñado. El veia a esa muchedumbre ya inclinandose; el tratado favorable que acabaria la crisis. Con esto bastaba. Machado estaba perdido a menos que actuase con rapidez y expulsase al ministro y al mismo tiempo rompiese con el nucleo obrero. ¿Era capaz de eso? Los pusilanimes, los sentimentales, no son capaces de las grandes decisiones.

Pero la huelga no materializaba; el temor a la mano fuerte que habia regido la república hacia que los jefes obreros no se determinaran; como es sabido, las organizaciones obreras, por regla general, tienen a su frente hombres con tan mala o peor intención que los politicos. No se determinaban a hacerlo en grande.

Seguian las negociaciones; el ministro ya exigia, liberación de todos los presos politicos, libertad a la prensa, restitución de las garantias constitucionales. Corrian rumores alarmantes; dos poderosos buques de la armada americana se acercaban a Cuba cargados de infanteria de marina. Rumores ya corrientes que Machado ponia obstaculos a la negociación del tratado, cosa esta que irritaba en demasia el pueblo. Otros que Machado preferia marcharse a negociar el tratado.

Lo mismo que Charles se imaginaba, Matar al pueblo cubano por el hambre y ahora venir con un tratado para hacer saltar al presidente. Era claro como el agua aquello.

Al dia siguiente corria una alarmante noticia. La huelga se iba haciendo general. Los gremios iban entrando en ella y el paro se iba haciendo más visible. El dictador sacaba más soldados de Columbia, y la Habana tomaba el aspecto de un campamento militar. Por las calles para arriba y para abajo pasaban los soldados patrullando; sus poderosos rifles al hombro, sus largos machetes colgando del cinto.

Otra noticia alarmante. Simultanéamente con la huelga general, el comercio hacia causa común con los huelguistas y venia un cierre general.

La huelga general presentaba ahora un aspecto amenazador. La población hambrienta se lanzaria al asalto o el gobernante tendria que abrir los establecimientos con la punta de las bayonetas. El comercio hacia causa común con los revoltosos, y jugaba en manos del embajador. Habia llegado a definirse la situación; el gobierno no contaba más que con las fuerzas armadas.

En el Palacio el viejo dictador estropeado y mal humorado llamaba a los jefes del ejército.

—Mañana se abren las bodegas a golpe de culata de fusil.—

Una quietud absoluta reinaba en todos partes. Los soldados iban de arriba abajo disolviendo los grupos. La policia armada de rifles recorria en camiones. El orden se mantenia completo; pero era ese orden ominoso, lugubre, que precede a las grandes explosiones.

Los establecimientos cerrados a cal y canto. Sobre la ciudad ni una hilacha de humo denotadora de vida industrial. En el interior, la Cuba de los campos, permanecia indiferente y expectante.

Los jefes del ejército comnzaban a desconfiar de los soldados; pero habian dado la orden terminante —se abririan las bodegas por la fuerza apoyados en el ejército.—

—No te lo dije —exclamó Atilano— ya lo tenemos en grande; la huelga general completa. Verémos que jugada hace el gobierno.—

Machado habia procedido a mantener el orden a toda costa. Los automoviles blindados pasaban las calles con ruido ensordecedor sobre las baldosas de negro asfalto, sacándole chispas. En todas las esquinas habia soldados, policias, porristas armados. El pueblo se refugiaba en los hogares.

Charles observaba el fenomeno hora por hora. Era evidente; la miseria caeria sobre la poblacion extrangulándola. Los turistas abandonaban de carrera la isla. La forma ominosa de aquella revolución le parecia terrible. Encerrada en las casas, sin dar la cara. Adivinaba, si adivinaba; la muchedumbre estaba atisvando para decidirse violenta e

irrascible. Habia que temer a esto más que a cualquier otro fenómeno. Las revoluciones que no brotan en la calle, que no combaten con las fuerzas de seguridad son las más cobardes e injustas de las revoluciones. La razón de ello es que no cuentan con fuerza, esperan solamente lo imprevisto.

Y recorriendo aquellos barrios y observando la quietud de muerte, temia. Alli en aquellas casas dentro de aquellas paredes estaban ocultos miles y miles de seres que emergerian de un momento a otro. En toda la ciudad se observaba la quietud, pero esa quietud alamante què precede a la recurva de los ciclones. ¿Brotarian las barricadas como granos que brotan sobre un cuerpo lacerado?

....

Las doce del dia. Los soldados seguian recorriendo desafiantes. El dictador habia dado ordenes terminantes. Irritado por lo que hacia aquel comercio, fuerza viva de la nación, que asestaba éste golpe artero a aquella hora. Ya verian...

La tarde entró. Nada de anormal. El orden era completo; pero la huelga mataba la ciudad, junto con el cierre de los comercios que hacian causa común con los revoltosos. Algun que otro individuo iba acompañado de un policia; la bodega se abria y el marchante quedaba encerrado entre las paredes.

Entró la noche; pasó la noche; noche de alarmas. Charles, sólo, ambulaba por las calles solitarias. Ni un ruido, ni un disparo. ¿Pero qué ocurria detrás de puertas? Le parecia que alli se estaban armando. Le parecia tan extraña ahora ésta ciudad. La ciudad de los ruidos, de la bulla, de los cantos; ahora cerrada a cal y canto como las tapias de un cementerio. ¿Iba la Cuba nueva a enfrentarse con

la Cuba vieja, en un combate mortal y cuerpo a cuerpo? ¿Iban a enfrentarse dos principios que ansian destrozarse? Nada. No habia tal cosa. Habia millares de seres que esperaban una oportunidad.

¿De dónde salió aquella mentira? ¿Quién caviló la terrible asechanza al gobierno y al pueblo? Cabe que fuera obra de la propia embajada de los Estados Unidos. Cabe que fuera el estudiantado; cabe que fuera un malvado cualesquiera. El ambiente estaba preñado de sorpresas. Era voz corriente que el embajador habia pedido a Machado se retirase y entregase la presidencia al general Herrera. Estaba ya ello en el ambiente, echado alli por una mano alevosa para preparar un celada. Y la celada vino, artera e impropia. La noticia corria rápida como el viento.

—¡Machado ha dimitido!—

Lo acababan de oir todos por una estación de radio. Era una asechanza para echar la gente a la calle, para armar motin, revolución en fin; una naticia falsa.

Y agitanse y abrense las puertas y lanzase afuera enardecido el populacho, que canta, q. baila, que entona canciones siempre prohibidas. Van al motin. Por las calles pasan raudos automóviles de los que salen disparos en todas direcciones. Gentes locas como si se libertasen de una esclavitud de cadenas. Charles ve aquello y oye los nuevos sones, el canto africano que revienta ahora cómo contenido por tanto tiempl.

—¡Ay mi hermano, se acabo el peseteo!—

—¡Ay mi hermano! Se fué **Machao** y ni un guatacazo **ma.**—

¡Cayó el dictador!

¡Muera el dictador!

Y la muchedumbre avanza saliendo de las estrechas calles y va hacia el centro, hacia la Habana brillante y rica de Palacios, de Capitólios, Viene en turba multa y sobre el canto africano de la Conga y la Chambelona resalta ahora.

—¡Se acabo el peseteo! ¡Se fué **Machao** y ni un guatacazo ma.!—

Pero el dictador sorprendido levantase airado. Es una artera mala pasada, lo comprende; pero hay que imponer el orden sobre aquellas turbas que van sobre el Capitólio.

Y de momento, estremece, preciso, cortante el tac tac de las ametralladoras.

El desbordado gentio, q. va a cantar victoria, y quien sabe con qué fines, recibe la carga metálica de una docena de ametralladoras. El pavimento se tiñe de rojo; caen por docenas sobre las escalinatas del Capitólio. Machado acaba de descargar el puño y es un puñetazo fuerte, sangriento; la masacre. La policia ha abierto fuego sin cesar; las ametralladoras giran en abanico y queda el campo sembrado de muertos y heridos; el populacho huye despavorido bajo el aguacero de plomo.

Las ambulancias recogen heridos y muertos. No hay pueblo que pelee, pero hay pueblo que muere. Veintenas de muertos y centenas de heridos.

El populacho sorprendido se desbanda. dando alaridos de venganza; pero dominado por el terror. ¿Se armará? ¿Volverá de nuevo sobre la ensangrentada arena? ¿Brotará por fin la revolución?

Charles ansia ya verla; ha llegado ya el momento de definirse. Machado no va a hacer saltar al embajador; pero va a masacrar a su propio pueblo. Error

craso, el último de los errores de Machado.

El terror se esparce por la ciudad; centenares de personas heridas, ochenta personas muertas. Un terror se cierne; la huelga ha recibido el puñetazo. El soldado aun no ha entrado en acción y espera.

Los necrocómios catalogan los muertos; las casas de socorro y los hospitales los heridos. Alma ominosa que precede a la nueva explosión. Pero el pueblo ha sido diezmado; los que venian gritando quizás con idea de saqueo y matanza, han sido barridos. El pueblo na ha hecho la más leve resistencia; ha sido fusilado sin piedad. ¿Se habrian equivocado?

A Charles le asombra lo poco de revolucionario que tiene el movimiento. Ninguna resistencia se ofrece al policia, que campea por sus respetos trás de haber bañado en sangre las escalinatas del Capitólio. Machado la gana y en él se arraiga la creencia que el hombre va a jugar el todo por todo; y ser un suicida si es necesario.

El soldado es ahora dueño; dueño absoluto en la ciudad, dueño absoluto de los campos. Diez mil hombres llevan sobre su espalda el peso de cuatro millones que cuenta la isla. ¿Podrá el soldado soportarlo y no hundirse bajo su terrible carga?

Pasea rigido, duro, envuelto en su kaki, con el poderoso rifle al hombro; en tanto que la policia en auto camiones, va de un sitio al otro. Parece que dicen in mente. —Vamos, salgan de las casas, vengan por la otra. Atrevanse de nuevo.—

Después, nada, quietud, absoluta quietud. Los pocos que se atrevieron quedaron ensangrentando el suelo; los otros lamentándose en las camas de los hospitales, cosidos a balazos.

¡Loor al dictador! ¡Loor al dictador!

Y Charles ve de un momento a otro al pueblo, al populacho, que aplaudirá a Machado, como aplaudió a todos los fuertes de la historia.

El pueblo ha muerto; no habia pueblo. ¿Donde las barricadas? ¿Donde la lucha?

Atilano sacude la cabeza mal humorado. No ha muerto de milagro. Iba al frente de un grupo.

—¡Qué cobarde esto de hoy! ¡Qué cobarde!—exclama. ¡Ochenta muertos y más de tres cientos heridos!—

—¿Y qué hay de tus pordioseros? ¿Qué se han hecho?—

Atilano contesta pausado y triste.

—Aun tengo fe en ellos. Ya aparecerán. Espera.

Pero hay en él mucho desaliento; la matanza ha aterrorizado; el tirano va a vencer, a imponer su ferrea voluntad.

Atilano acaba por decir, desalentado y con la calva cabezota entre las manos.

—Posiblemente la huelga general no baste; no somos un verdadero pueblo industrial y la huelga general da resultado cuando se paralizan grandes industrias.—

Una vez más se convencia Charles de lo que habia pensado; no habia pueblo detrás de los opositores. Habian sido diezmados sin disparar un sólo tiro, sin soltar una sola pedrada. Machado era el dueño.

—Atilano, te has equivocado, la huelga general va a ser un fracaso. Tú sabes bien lo que son las huelgas: un arma de doble filo que corta facilmente a quien la maneja. Si el tirano sigue veinticuatro horas en el poder domina por completo; la caida de

la huelga general, es la caida de la oposición. Y tus mendigantes no han salido aun a escena.—

—No te lo niego, me desalienta lo que ocurre; pensé que vendria una lucha verdadera y no la hay; creo que vas a tener razón.—

Está desalentado, como si ilusiones de las más queridas se desvanecieran ante sus ojos. Tiene ganas de llorar. Charles entonces le da valor.

—Ya sabes que soy Machadista, pero no me gusta esta acción de Machado; ésta matanza puede resolver algo, Yo estoy porque expulse al ministro de seguida, se pare bonito y respete al pueblo, que es un pueblo infeliz. Pero te voy advertir un peligro; un eminente peligro. De un modo ú otro los revolucionarios han logrado ya definir al pueblo y se le ha unido, soldadas las ligaduras por la sangre de hoy. Espero una jugada traidora del embajador, una jugada de los judios del norte a los que él sirve.—

—¿Qué crees? ¿Qué envien los marinos?—

—No, nada de eso, no creo en eso; yo he venido hace poco de allá, y eso de enviar marinos a las Américas está descartado. Además si los marinos desembarcasen Machado estaba a salvo porque es el gobierno constituido, y ellos no se atreverian a destituirlo. Pero me temo alguna otra asechanza del embajador con los mismos de aqui. Para entrarle al dictador tienen que hacerlo aqui con sus mismos elementos como han hecho hasta ahora. Algo me dice instituitivamente que Machado no seguirá en el puesto; ese embajador ha venido aqui para tumbarlo y tumbar de rechazo por medio del tratado toda su obra, y si puede, producir aqui el caos. Ahora, que no sé por donde le vendrá la jugada. Este movimiento obrero me parece que está conec-

tado con la embajada; ellos mueven siempre la madeja quitándose toda la responsabilidad, trabajando fino, colocando los unos frente a los otros Es su labor.—

—Pues hablándote la verdad— contestó Atilano —yo no sé por donde lo podrán tumbar. Te soy sincero, me considero vencido con mi ejército de mendigantes.—

Después Atilano le cuenta los cuadros atroces que ha presenciado. La matanza fué precisa; media hora si cesar el fuego. Y agregó.

—¡Pero qué pueblo! Nadie se resistió; se han dejado matar mientras huian.—

Charles explico.

—La razon es lógica, es que no hay pueblo detrás de la oposición, pueblo verdadero; pero eso si no olvides, que si hay pueblo oportunista, que ya es otra cosa tan o más peligrosa al gobierno. El pueblo definido, viene de frente, el otro caerá tan pronto vea al tirano debilitado. Ya enseñó las uñas, pero le han dado una paliza.—

—Si lo entiendo— contestó Atilano— son los que siempre van trás de los tiranos cuando los asustan. ¡Es lástima! ¡Qué poca, pero que poca gente ha logrado sumar la minoria de aqui! Si no revientan las barricadas en dos horas estamos perdidos.—

—No, no revientan, no, de eso estoy seguro. No obstante no conocer esto bien, te digo que no.—

Y ambos desde la azotea de la casa observan la ciudad allá abajo donde los camiones del ejército pasan sin cesar. La calle abajo está solitaria. Ciudad milenaria, inmensa, de piedras, que se ha refugiado en sus casas huyendo a las balas. No presenta ningun acto viril, ni colectivo, ni aislado.

Charles dijo.

—Esta ciudad nunca produjo más que nañiguismos: y lo que ha venido aqui ocurriendo entre el gobierno y la oposicion tenia el cariz de riñas de juegos de ñañigos. Este pueblo de la Habana carece de virilidad para enfrentarse con Machado.—

—Lo creo asi— afirmó Atilano —mira que grité, mira que trate de sujetar la gente. Y ya que no peleaban que fuese una matanza en grande, para ver, para ver.—

Por las callejas, a aquella distancia, desde la altura, la ciudad tranquila parecia paralizada. ¿Dónde estaban los ruidos terribles del pasado? ¿Pero el ominoso aletear de tantas gentes en las casas?

De pronto Atilano dijo.

—Queda nada más que un peligro para Machado, un sólo peligro.—

—¿Cuál es?— preguntó Charles.

—El ejército, pero sin duda que no está bien trabajado; estoy seguro que no está trabajado.—

Los dos piensan al unisono en el único peligro que puede presentarsele a Machado, el soldado. Es que viene en el aire, como un caso de trasmisión del pensamiento. El tirano ahora ya no descansa más que en el ejército y el pueblo valiente y el pueblo cobarde, piensan solo en el soldado. ¿De qué lado podrá caer, si es que cae?

Lo ocurrido hace horas no ha definido más que al pueblo, enemigo por oportunismo. no enemigo por revolucionario. Pero el ejército no se ha definido. Verdaderamente la matanza no ha sido obra del ejército, ha sido obra de la policia. ¿Pero la sangre vertida imprudentemente por la policia no

hará el milagro?

Después Atilano explica detalladamente. Apenas si se sabe que haya habido propaganda entre los soldados. Son discolos, enemigos del pueblo de la Habana; corte de campesinos. Y dice desalentado.

—No.—

Pero para Charles, el ejército no es la cosa; es el embajador, y ve pasar como una sombra aquella figura larga, tiesa, con nariz de ave de rapiña, enfundado en su chaquet diplomático. Un enredador, un conocedor de la mentalidad de nuestra raza, de la pobre mentalidad de un pueblo niño. Piensa en él y dice.

—Ese embajador, esa figura de ave de rapiña. Esa figura de ave de rapiña con levita. Esa. Yo Machado lo estaba metiendo ya en un buque aunque viniesen para acá todos los yankis de los Estados Unidos. Me parece que esa decisión de Machado de fusilar su propio pueblo no viene bien, para eso siempre hay tiempo. El embajador, si, el embajador; persona 'non grata'', y fuera del pais. Es la jugada. Si actuase asi nada ocurriria, el gobierno americano echaria la culpa al embajador. Tú dices que si en dos horas no hay barricadas estamos perdidos y yo te digo que si en dos horas más Machado no bota al embajador está perdido. No sé por donde, no te sé decir por donde, pero me lo da el corazón y nunca me equivoco.—

—¿Lo crees asi?—

—¡Cómo qué si lo creo! Apostaria doble sobre sencillo. Esas gentes cuando dan un paso lo dan sobre seguro, bien seguro. No son estos revolucionarios sólo preparados para que los masacren. El embajador, si, el embajador; ese es el enemigo ver-

dadero de Machado y de Cuba.—

Ahora se hallaban en la azotea del Cuban Telephone, el edificio más alto de la ciudad.

Allá abajo, la ciudad era como un campo rayado por surcos. Por las bocas calles veian soldados y policias y paisanos de la porra, Los camiones llevando soldados iban de un lado al otro. De tarde en tarde veian ir algun paisano acompañado de un policia a comprar en la bodega cerrada.

Atilano inclinado sobre el muro se ensimismaba en la distancia.

—Me parece que van a venir las barricadas. ¿No ves aquello?— dijo apuntando con su grueso dedo a la distancia.

En efecto, allá lejos, en una boca calle tiraban los muebles a la calle.

—¡Barricadas, barricadas!— contestó Charles— Tú estas soñando, Esos son los muebles de un hotel que los estan tirando a la calle los policias por no pagar la renta. ¡Barricadas! Los revolucionarios de ahora prefieren las bombas, en donde no se expone abiertamente el pellejo. Además, las barricadas no las hay ya más que en las obra "Los Miserables" de Victor Hugo.—

Y volvieron a los soldados.

Atilano analizó la única esperanza en el soldado.

—Pudiera ser, lo dudo, pero si viene es por rivalidad de cuerpo. La matanza de ayer ha sido la policia, Figurate, eso es lo único y al soldado lo mismo le podria dar por emular a la policia matando tres o cuatro veces más, que es creo lo que suceda, si vuelve la gente a salir, como pudiera ocurrir lo improbable, que les diera por pasarse al pueblo. Pero he ahi— dijo enseguida desalentado— pero

he ahi, el caso es que no puede ocurrir ese fenómeno de pasarse al pueblo, ¿por qué dónde está el pueblo? La gente escondida debajo de las camas no es garantia suficiente para el soldado caer de ese lado.—

Y desalentado retiróse del muro. Charles acababa de saber que Atilano era uno de los jefes principales de la revolución; que habia sido él quien manipuló traer la huelga general, para producir la miseria y que viniese el motin por el hambre; asaltos de establecimientos, la revolución en fin. Además daba por sentado que Atilano estaba en lo cierto; no habia habido propaganda en el ejército.

Pero su obsesión lo llevaba siempre a los Estados Unidos y se decia. —Cuando esa gente planean algo lo planean para que no fracase. Estoy seguro que ellos estan interesados más que nadie ,y ellos no pueden permitir que esto fracase. Si Machado dura dos dias más, el ministro tendrá q. coger la maleta; el pueblo asi mal tratado actuará como ha actuado siempre; victoreará al tirano, y el embajador quedará como don Alonzo.—

Y fuese a dormir siguiéndole en el sueño la vida pasada en los Estados Unidos durante 45 años. La manera sútil que tiene al americano para crear situaciones que se resuelvan en su favor y quedar siempre en la situación de salvador. No podian fracasar aqui, porque no fracasaban en ninguna parte cuando hacian éstas jugadas. Welles era el seleccionado, un perro viejo, entendedor y enredador y que venia a quitar a Machado y traer el caos. ¿Pero por dónde? Estaba seguro, apostaria la cabeza que no se atreverian a desembarcar los marinos. La jugada del embajador de minar a Machado le habia dado mediano resultado,pero la vio-

lenta acometida del dictador habia echado los planes mediatorios a tierra. Pero le era evidente que éstas gentes siempre llevaban tres o cuatro planes consigo y un buen numero de jugadas en cada uno. ¿Por dónde vendrian?

Que Machado iba a jugar el todo por el todo no se le ocultaba. Si como aseguraban estaba cansado y queria retirarse, ¿como se explicaba la matanza de hacia dias? Y, además, ¿no habia prometido abrir los establecimientos por la fuerza? El que asi actuaba no tenia cariz de quererse marchar en medio de la refriega.

Y algunas veces, pensaba si positivamente Welles no estaba fracasado.

Quedó dormido, velandole tranquilamente el sueño el recuerdo del pais donde tantos años habia vivido y el modo de ser peculiar del americano en los juegos politicos y sobre todo aquel refrán nacional que dice. —Cuando quieras que un hombre se ahorque, dale bastante soga.—

Despertó ya bien entrado el dia. Miró por la ventana. La bodega de la esquina seguia cerrada a cal y canto; la barberia también; el puesto de chinos también.

La orden de Machado habia sido abrir al otro dia usando las tropas y abrirlas por la fuerza. ¿Habria desistido el tirano? ¿Se le habrian negado los soldados?

Se vistió. En el comedor oyó que hablaban cuchicheando. No quiso preguntar. El que más y el que menos no queria comentar. Era el momento de las grandes decisiones, como si la paz del mundo dependiera de una sola palabra. El silencio reinaba en la gran casa de huespedes. Aun el sirviente, Ramon-

cito, de suyo jovial, esa mañana ni le contestó el saludo.

—Mal presagio para por la mañana es éste.—

Se echó a la calle, llevando su pasaporte y su carta de ciudadano americano. La gente no se atrevia a salir facilmente; pero él estaba dispuesto a ver lo que ocurria.

Por las calles vió muy pocas personas. Soldados y policias armados hasta los dientes iban de un lado al otro. Un hombre muy gordo y barrigón era escoltado por dos porristas a la bodega de la esquina. La quietud era horrible, ni un cuchicheo salia de los casas. La ciudad del ruido era ahora la ciudad del silencio.

Oyó palabras sueltas, rumores vagos en que se afirmaba que el dictador habia dado la orden de abrir los establecimientos por la fuerza y los soldados se habian negado.

—Mal negocio es ese— se dijo para si, y se agregó —Si no abre los establecimientos la cosa va andar mal, pero más malo es que haya querido abrirlos y los soldados se hayan negado. Mal comienzo.—

Con la ciudad materialmente bajo la ley marcial y soldados y policias no permitiendo ni siquiera dos personas, era dificil obtener informes veridicos. Todos los periódicos estaban suspendidos por la huelga general. Miraba para las caras serias de los soldados y le parecia leer en ellas evidente turbacion y que en el seno de aquella tranquilidad aparente se estaba laborando algo trascedental. Las casas de vivienda seguian cerradas, y por ninguna parte veia demostración de vida ciudadana.

Se acercó a dos que comentaban por lo bajo en una esquina, recelosos y mirando siempre la

boca calle por si aparecian soldados. Se enteró. Se decia que el presidente habia llamado al comite de huelga general y que les habia hecho concesiones, entre ellas la formación del Partido Comunista en Cuba. Se determinó ir a buscar a Atilano que debia saberlo todo.

Atilano le imformó lo que sabia. La huelga podia ser que terminase de un momento a otro porque Machado les concedia todo lo que pedian y los obreros en general se habian llevado bien con el dictador. El gobierno esperaba, No se sabia nada en definitva si era o no verdad que los soldados se hábian negado a abrir los establecimientos, Pero Atilano estaba descorazonado, La terminación de la huelga traia la caida del movimiento revolucionario por su peso especifico.

Acababa de ser lanzado a la calle el periódico El Heraldo de Cuba conteniendo imformaciones nada más. Pero nada definitivo. La huelga se la consideraba en términos de arreglo, segun el periódico.

Atilano se vistió y se fueron al Cuban Telephone, Ya habia sido prohibida la entrada, pero un amable empleado les permitió subir a la azotea. Se situaron junto a la torre con un poderoso gemelo de campaña alemán.

La ciudad no presentaba señales de movimiento alguno, Como alcanzada de paralisis, como dormida, como aterrorizada.

Atilano dijo.

—Y pensar que en esas casas hay escondidos cerca de tres cientos mil hombres. Si salen y les da no más que por gritar volverian locos a soldados y policias.—

—¿Cuantas fuerzas tendra el gobierno, Atilano?--

El amigo afirmó.

—Entre soldados y policias no pasan de siete mil hombres, Figurate, si hubiera verdaderos revolucionarios no tendrian más q. salir a la calle y barrerlos a sombrerazos.—

De momento Atilano dando un salto de alegria extendió el gemelo a Charles.

—¡Mira, mira aquello.!—

Allá, por el Malecón avanzaba una columna de soldados en una marcha que no parecia de ordenanza. Parecia de sublevados.

Oian gritos; pero a la gran distancia no podian precisar lo que sucedia. Pero todo les indicaba que aquellos gritos estaban fuera de lugar y que quien gritaba era el populacho aplaudiendo a los soldados. ¿Qué seria ello?

No tardaron mucho en saberlo.

Un empleado del Cuban Telephone habia subido a la carrera para notificarselo.

—Dos batallones de artilleria de costa se han sublevado.—

—¡Bueno! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bueno!— gritó Atilano, Y arrastrando a Charles le gritó.

—Es el momento de echarse a la calle. Vamos.—

Charles lo sujetó.

—Espera, espera un momento, vamos a ver que hacen.—

Pronto supieron lo que ocurria. Dos batallones de artilleria de costa mandados por Alonzo Gramages y Erasmo Delgado, dos favoritos de Machado, se habian sublevado. Sin embargo, se limitaban a recorrer la Habana entre victores, como en un paseo militar.

Pronto corria rápida la noticia. Machado acababa

de huir hacia Columbia para echar los tercios táctivos y la aviación sobre los amotinados.

Las noticias se habian esparcido rápidas, y ya la policia comenzaba a luchar con la marejada de gentes que salian de las casas en tono dudoso y gritón.

¿Qué te parece esto?— preguntó Atilano.

—Nada, no veo nada más que la mano del embajador. Nada más.—

—¿Por qué lo crees asi?—

—No, lo sé por instuición. Estos soldados no estan sublevados; no son los soldados, son los oficiales que los empujan; algo me lo dice de mi interior.--

Ya se habia confirmado que Machado estaba en Columbia. ¿Cuales eran sus propósitos? Los que conocieron de aquellas horas, nos dicen que resistir y dominar los amotinados.

Con el amotinamiento de los batallones de artilleria de costa se habia producido el resultado subsequente. Se comenzaron a abrir las puertas de cada casa y a recibirlos la calle. Empero, la acometida que la policia les diera unos dias antes los hacia recelosos; temor de una nueva asechanza. Todos preguntaban donde estaba Machado, querian cerciorarse que habia seguridad para ellos; y se presentaban aun silenciosos y con cautela, observando. Era evidente que esperaban ver las cosas más claras y definidas. La salida de los dos batallones amotinados no era lo suficiente; estos por otro lado, se limitaron a paseos militares por la ciudad y volver al Castillo de la Fuerza. El pueblo asechaba.

Era evidente que la sóla sublevación, sublevación pasiva de estos dos batallones no seria lo bastante

para un acto de magnitud completa; la retirada del presidente Machado. Corria de boca en boca la noticia; el embajador le habia pedido la renuncia a Machado y que entregase la presidencia al General Herrera, jefe del ejército. Y también que dictador se negaba resueltamente.

Por todos lados se iban formando corrillos comentando lo que ocurria, con gran precaución en las palabras. Era el miedo a Machado. Se afirmaba que dos poderosas unidades de combate de la armada americana se acercaban a las costas cubanas y esto era interpretado como seguro desembarco de marinos en la capital.

Muchos son los que afirman que Welles prometió villas y castillas a una parte de la oficialidad y los llevó a su lado con la amenaza velada del desembarco de los marinos. Nosotros nos inclinamos a no creer tal cosa; Welles lo que hizo fué crear situaciones para que se resolvieran en su favor, conocedor del modo de ser del hijo de españoles. Primero, el tratado era una bendición de Dios que acabaria con el hambre en Cuba, con el sólo inicio de esto colocaria al pueblo a su lado, pues éste pueblo lo espera todo de los Estados Unidos. Con esto ya bastaba para verse a Machado en el aire, pues Machado precisamente lo que queria era no comprar en el exterior y si producirlo en Cuba, que es lo que estaba haciendo. Segundo, una vez puesto lo del tratado en el tapete era natural que Machado cada dia tuviese más y más personas ansiosas de verlo saltar del poder al atribuirle los males nacionales.siendo que tales males eran obra de los propios Estados Unidos.

Colocadas las cosas en ésta forma ellas se re-

solverian por si solas en favor del embajador. Machado resultaba siempre un obstaculo para el tratado y la oficialidad del ejército veia un peligro en la obstinación de Machado que era capaz de cometer un acto suicida. Es natural que bastó muy poca labor para minarle el ejército.

Los obreros, alcanzados más que cualquier otro sector por los males económicos, y aun menos conocedores que los demás de lo que positivamente se traia Welles, y hasta nos inclinamos a creer q. más sinceros que los demás sectores, buscaron salida a sus males con la huelga general, en un pujilato a ver quien podia hacer más daño al gobierno.

Atilano se encontró con Charles en el Parque de la Fraternidad.

—Oye, los minutos son ahora como dias. Dicen que el tirano se niega a irse y que ha amenazado al embejedor con atacar los marinos.—

Charles sentiase triste. Comprendia muy bien como habia sido la jugada. Un buen tratado que salvaria a Cuba del hambre y al que se oponia Machado por salvar su industrialismo; la amenaza de desembarcar los marinos no debia haber sido hecha, porque comprendia al embajador más discreto y no convenia el desembarco que mantendria a Machado en el puesto; pero el pueblo no lo conocia y daba por sentado que vendrian los marinos; el embajador habia minado cierta oficialidad del ejército haciéndoles ver la dificil posición en que estaban, pues Machado se opondria al desembarco y los haria pelear. Además, quien sabe que promesas de ascensos en el nuevo régimen que surgiese. Y aquella oficialidad o una buena parte de ella iba a determinar la caida del presidente. ¿Qué los

movia? La obsoluta falta de condición patriótica de los que habian jurado la bandera y se sometian a las añagazas del embajador.

Y Charles dijo indignado.

—Eso es lo que se merece un pueblo asi, una raza que debe desaparecer por su ignorancia, por su fanatismo, su mezcla conscupicente de maldaa. Una raza que cierra siempre los ojos a la verdad y la niega cuando es clara como la luz del sol. Una raza asi le está todo bien empleado. Ya llegará el dia que les llamen aqui mismo, en su propio pais y en su propia cara negros y inferiores, como nos llaman en su pais. Bien, bien empleado para q. aprendan, para q. algun dia tengan verguenza.—

Atilano no le contestó. Charles era el mismo que hacia cuarenta y cinco años abandonase Cuba y lleno de odio a los opresores de entonces habia cambiado su nombre de Carlos Puertas por Charles Doors para hacerse más americano. Seguia siendo la misma linea recta, sin dobleces y lleno de sinceridad.

En toda la ciudad se nötaba inusitada algarabia. Como el despertar vivaz de un gallinero en las primeras horas de la mañana. La policia ya no se atrevia a sujetar los grupos. Los soldados que iban apareciendo se sumaban al pueblo. Este seguia aun indeciso antes de determinarse. Sobre todo procuraban enterarse, muy interesados, que haria Machado. Aun presintiendo la caida del dictador su sólo nombre inspiraba temor.

—¿Y qué hace el presidente?— preguntó uno.

—No lo sé— contestó el soldado. —Está en Columbia y dicen que va a mandar salir los tercios tácticos para atacar los batallones sublevados; pero

otros dicen que se va.—

Pero aquel pueblo, q. desde la matanza frente al Capitólio se habia encerrado en sus casas, y con la pesadilla del terror encima, ahora se iba formando en oleadas que se precisaban más y más. Todos parecian interesados en saber que haria Machado.

Charles se detuvo en una esquina; encendió tranquilamente su cigarro y oyó. Se dijo para si.

—Es la avalancha que espera, que observa, que como una montaña va a despeñarse cuanto vea la debilidad y va a barrer con todo. Ese es el resultado siempre de la deserción y cobardia. Los que más lo adularon serán los más fánaticos en ésta hora para redimirse. Mi experiencia en las luchas obreras me ha enseñado que el rompehuelgas de ayer es el más peligroso de los obreros radicales de hoy. Esos mismos porristas, que han abochornado el nombre de Machado, se volverán revolucionarios al ver el peligro.—

Más la falange no se atrevia a presentarse; se limitaba a grupos en las esquinas, a cambiar impresiones. La policia habia cambiado su modo de ser y confraternizaba con los grupos; los soldados se retraian algo; pero muchos se sumaban al pueblo en las discusiones.

Habia llegado la última noticia aplastante. Machado habia ido a Columbia para lanzar las tropas contra la ciudad y dominar los sublevados. Lo habian recibido friamente los soldados. Los coroneles Castillo y Guerrero que mandaban las fuerzas le habian dicho.

—Manda lo que debemos hacer; tú eres el jefe del ejército.—

El viejo dictador permaneció indeciso, como si

aquello le sorprendiera en un sueño, Se habia retirado al club militar, donde estaba paseándose por el balconcillo, cuando se le acercó el capitán jefe de la aviación Torres Menier. El capitán se cuadró y dirigiendose al presidente le dijo firme y sentencioso;

—Señor Presidente; el Cuerpo de Aviación ha tomado el acuerdo de no derramar más sangre de cubanos. No es una insubordinación, ni un desacato a las leyes de la república; pero somos padres, hermanos e hijos y nos complaceria saber que no se nos han de comunicar más ordenes que impliquen derramamiento de sangre. El Cuerpo de Aviación me encarga que comunique a usted éste acuerdo, y que le manifieste que no corre su persona ningun peligro que pueda partir de nosotros. A sus ordenes, Señor Presidente. —

Esto era la terminación. Veintiseis aviones, cargados de dinamita, se habian pasado a la sublevación. El presidente friamente se limitó a decir ''Finis''. Era evidente que toda lucha era imposible con el cuerpo de aviadores sublevado, con los dos batallones en la Habana sublevados y con la malisima cara que veia a los soldados de infanteria de linea. Iba a firmar su renuncia de presidente de la república y entregarla el general Herrera.

Aunque la noticia circuló rápidamente y fué muy comentada, el pueblo permaneció silencioso y reservado. ¿No estaria Machado fraguando algunas de las suyas? ¿No era Herrera una prolongación de Machado?

Al medio dia se confirmaba la noticia. Acababa Machado de entregar la presidencia al General Herrera.

Hubo un compás de espera que duró poco. Por las calles pasaban camiones del ejército a toda marcha. El griterio empezaba a manifestarse.

¡Ha caido el Tirano! ¡Muera el Tirano! ¡Abajo Machado! ¡Muera Machado!

Y observaban al soldado, pero este parecia dar su aprobación a aquel griterio. El hecho estaba consumado.

Y fué el roncar de un monstruo que despierta. Charles sintió miedo. Era el mismo monstruo que habia estado encerrado encadenado y tembloroso mientras la mano de hierro del dictador descargaba sobre el pueblo inerme y que ahora iba a desatar su furia. Eran los mismos que durante cuatro años habian observado a distancia aquella lucha y los mismos porristas que por sus persecuciones injustas habian enconado la lucha; todos dispuestos, o la inmensa mayoria dispuestos, a desertar al hombre al que mancharon con tantos ultrajes.

Al lugar donde Charles estaba en observación, se acercó un oficial del ejército. Charles no pudo por menos de interrogarle.

—¿No ha sido eso obra de la embajada de los Estados Unidos?—

El oficial contestó.

—Si, el ejército se veia ante una disyuntiva dura; el embajador amenazó a Machado con desembarcar los marinos. El dictador contestó al embajador que si desembarcaban los marinos daria ordenes de atacarlos. Los oficiales del ejército, una arte, habian convenido que eso era impropio y el embajador los habia convencido que seria un acto suicida.—

Charles se indignó.

—¿Es decir qué los mismos que amamantó Ma-

chado; los mismos que han vivido de niños lindos, ganando grandes sueldos y vistiendo uniforme, y haciendo vida de parásitos son los que lo desertan? ¿Eh?—

Lo dijo con tal enfasis y tan directo que el oficial lo miró cólerico. Pero se quedó callado.

Charles agregó.

—Si, lo que usted oye, ni iban a desembarcar marinos ni mucho menos. Y si desembarcaban, ¿Qué? Lo que hay en el fondo de todo eso es cobardia y traición.—

El oficial pensó contestarle fuerte, pero algo tan decidido leyó en los ojos de Charles que se limitó a decir pausado.

—Eso de que no desembarcasen no lo sabe usted ni yo.—

Charles contestó como un pistoletazo.

—No, eso quien no lo sabrá es usted, que lo único que habra hecho es vivir en el cortisimo mundo de su uniforme; pero yo que los conozco, que he vivido entre ellos, que hace poco que sali de alli, sé que los nuevos rumbos y cambios tomados en los Estados Unidos impiden el desembarco de marinos.—

El oficial comprendió que el que tenia enfrente debia ser algun cubano que habia vivido muchos años en los Estados Unidos y más suave dijo.

—Bueno, puede que sea asi; pero la alta oficialidad lo ha creido. —

Charles volvió a replicar.

—No, los altos oficiales del ejército lo saben lo mismo que yo o mejor, precisamente la mayor parte de ellos conocen bien ese pais. Lo que pasa es que son iguales al resto de éste pueblo; mientras el gobernante les pagó bien y les dejó robar bastante

han estado con él; pero ahora que lo ven rodeado de enemigos, todo el patriotismo de ellos se reduce a servirles de limpiabotas al ministro americano. Eso demuestra que jura de la bandera hicieron esos oficiales y a que clase de cubanos se les confió las instituciones patrias; a "cundangos" vestidos de uniforme.—

El oficial se indignó.

—Oiga, usted ofende con sus palabras.—

—Si ofendo o no ofendo, tomelo como le de la gana. Eso no es propio de oficiales de un ejército; eso es propio de mercenarios y cobardes. —

Y virándole la espalda siguió calle arriba.

CAOS

XV

Machado se ha ido. Vuela hacia Nasau en avión. Son las cuatro de la tarde. La alegria es loca. Las calles de la ciudad son un baile público grande. La alegria es brava y toma ya las fases de locura.

Se oye la Chambelona y la Conga y resuena por encima de aquellos acordes africanos el son imventado en el frenesi de la elegria.

—Y con el nuevo **tratao,**
Ya se acabó el peseteo.
Y vuelve el rascabucheo
Y como se fué **Machao**
Ni un guatacazo **má**
Ni un guatacazo **má.**—

Cuando el orden descansa solamente en la fuerza pública y no en el valor ciudadano esos fenómenos como el de aquella fecha memorable son la lógica consecuencia. Machado practicamente no habia contado con un pueblo; habia tenido consigo muchedumbres que aclamaban al dispensador de dinero.

Habia tenido un ejército que solo lo era de nombre, con una oficialidad una buena parte de la cual usufructuó la república y explotó el uniforme; pero sin un concepto definido del deber de un militar. No contaba con nadie, pues cuando se depende de elementos tan deleznables que doblan la rodilla ante la palabra admonitoria de un embajador extranjero, no se puede decir que se cuenta con algo. Y sin embargo, el ejército era la piedra angular los últimos dias del Machadato, Caido el ejército caeria Machado y la caida de Machado en este caso significaba el desprendimiento de la roca sobre la que descansaba la montaña. Asi sucede con todos los gobiernos en los pueblos donde el civismo es desconocido y donde la opinión la forma no el periódico y si el chisme. Rota la piedra angular la montaña se venia abajo aplastando cuanto encontrara. La muchedumbre, ansiosa de vengar agravios, que la mayor parte ella es la misma causante que se les infiera, y ansiosa de redenciones por las q. generalmente no labora, está siempre lista como el tigre, para lanzarse sobre su victima y destrozarla.

Asi sucedió alli. Aquellos miles de seres que oyeron temblando el estampido de las ametralladoras manejadas por la policia, y se refugiaron en casa, y no dieron la cara, quedaron alli atisbando para ver como se definia la refriega y después sin peligro salir a la calle a vengar agravios, que ellos mismos eran los causantes de haberseles inferido. Los verdaderamente agraviados, quizás si apenas tomaron parte en la tragedia.

A las cuatro de la tarde ya el dictador volaba en dirección de Nasau, y el populacho emergia de sus casas, ¿De qué venia armado? De puñales, de

trancas, de cabillas, de revólveres, de navajas. ¿Contra quién iba a combatir? No habian fuerzas públicas que les hicieran frente; iban a exterminar porristas, precisamente a los que más contribuyeron directamente a hacer odioso el Machadato.

Cuando Charles, en un banco del parque vió venir una de aquellas nubes sombrias le pareció un ras de mar que venia avanzando. Salian de las callejuelas estrechas esgrimiendo sus armas mortales. El griterio era loco. En un momento todos aparecieron de camisa, La levita que era alli imprescindible, habia dejado lugar a la camisa, amarrada en nudos en la barriga, atavio de ñañigos y pobretes; pechos de los que se escapaba el vello, fuerte; ombligos sudorosos y sucios.

Charles tembló. Era para temblar. Al oir el aullido sordo que precedia a ésta falange obscura, cavisbaja que venia a destruir. Era tenebrosa y terrible cuando enfilaba hacia los parques; el álito de odio sentiase sobre la arboleda; nada parecia poder escapar a la furia de aquellos irredentos.

Como un dragón con millares de cabezas; millares de ojos que atisvaban y descubrian sus victimas; no se equivocaban jamás. Los golpes eran precisos, con la precisión del carnicero, con la sagacidad del detective caian sobre los predestinados a la muerte horrible.

Aullaban de contento. No habia quien impusiese el orden. La policia dejaba hacer o era desarmada y mofada y algunos muertos, con esa rapidez que caracteriza al populacho. Toda defensa parecia inútil una vez desatados los impetus de la fiera. El parque se inundó de ellos, destrozando los bancos y los arbolitos en ciega furia contra todo lo pacifico y

calmo; llevando adelante su obra de profanación.

Charles, en su aturdimiento, sólo encontró una expresión.

—Es Atila, el feroz guerrero de las Galias, no dejarán piedra sobre piedra por donde pasen. —

Acababa de romperse la vieja cloaca colonial. los odios acumulados de 460 años, que enseñaron la cabeza y fueron contenidos al terminar la guerra de Independencia gracias a la enérgica actitud del gran libertador Máximo Gomez iban ahora a salir a la superficie. La vieja cloaca, de odios, de hambres, de miserias, de aspiraciones cortadas, de ambiciones, de maldad, de concupiscencia, de abandono y latrocinio de los gobernantes sobre el pueblo infeliz; sangre coagulada de generaciones que fueron engañadas, Masa multiforme mezclada en hacinamiento colonial; viejos, niños, mujeres; negros, chinos hombres enbigotados y brutos y seres infelices sin más brújula que un empujón; bigotudos, chancletudos. Rugian al pasar y seguian sin detenerse. Iban sobre el Palacio Presidencial, ya que no podian descargar sus furias sobre Machado iban a descargarla sobre los pianos, los muebles, las tapicerias contra todo lo que luciese bien.

Por las estrechas calles vomitabanse hacia arriba sin parar, sin cesar, en tanto que automóviles a toda velocidad disparaban sin cesar tiros sin cuidado alguno hiriendo o matando a inocentes transeuntes. A las cuatro de la tarde aquello tenia el aspecto de una orgia, de una bacanal sangrienta, de un baile de pieles rojas, desolladores de cueros cabelludos. A retaguardia de la gran nube sombria, obscura, iban quedando degollados, con los abdomenes abiertos, con los cráneos rajados como si

fuesen melones podridos, los que eran identicados como Machadistas.

Charles se horrorizó. No podia moverse del asiento bajo la incerteza y terrible miedo. Vió la caceria precisa de un hombre que acababa de salir de un café. El hombre disparó su revólver sobre aquellos miles de enardecidos y locos y de seguida se detuvieron, Pero un autocamión cargado de soldados apareció y abrieron fuego sobre el hombre que daba un salto en el aire y cai de espaldas. La avalancha entonces se limitó a pasarle por encima para ensangrentar sus chancletas y siguio adelante dejandolo en medio de la calle como un trapo ensangrentado y lleno de lodo sobre el que hubiese pasado una carreta.

Cuando éste populacho se dió cuenta que la fuerza pública, creada para mantener el orden, estaba con ellos, no tuvo limites. Era evidente que cuanto Machadista, o mejor dicho, quien no hubiera sabido ya sumarseles, seria sacrificado, a lo menos vejado. Por la ciudad aparecian automóviles llevando una extraña bandera verde, disparando tiros al aire y sin detenerse a pensar donde podrian dar las balas. De vez en cuando el tiroteo tomaba aspecto encarnizado cuando algun porrista, armado y dispuesto a vender cara la vida se parapetaba en las colunnas y desde alli hacia fuego mortifero. Los amotinados corrian a refugiarse detrás de las grandes colunnas; esperaban atisvando a que se le acabasen las cápsulas y entonces iban sobre él, haciéndolo pedazos.

Era peligroso aun recoger los victimas que dejaba trás si la avalancha fratricida.

Charles hacia esfuerzos por dominar su miedo, Queria pensar, refleccionar, saber que hacer. Y por

fin encontró en su mente las expresiones.

—Ahora, ahora si me doy perfecta cũenta de la fuerza tan grande que contaba Machado, Por el enorme número de personas que hoy quieren justificarse se comprende como fueron las manifestaciones en honor de él. Hoy todos quieren rivalizar, negar que fueron Machadistas y ver quien es más barbaro para probarlo; la barbarie creen, borra el estigma del pasado. Barbarie, precisamente con los que le siguieron fieles, es decir los que tuvieron un honor y una palabra. Es el mismo fenómeno de los rompehuelgas en los talleres; todos quieren redencionarse en la próxima huelga y son más radicales que nadie y son peligrosos para quien siempre cumplió con su deber. ¡Qué fuerza, pero que inmensa fuerza tuvo éste gobernante, cuando tantos hoy se vuelven contra él!—

Y aquel mundo inmenso de gentes entró en el parque produciendose como la conmoción que precede a una explosión. Charles se sintió con un miedo atroz. Venian todos descamisados y se comprendia que lo que privaba ahora era la manga de camisa y la sucia camiseta en contra del fino atavio de otros tiempos.

Fué rodeado por aquellos hombres rabiosos que se detenian, temerosos que se tratase de un extranjero, pero ansiosos de descargar sobre él su furia al verlo tan acicalado e indefenso.

Ojos terribles le observaban, le escrutaban, como si quisieran descubrir donde lo habian visto, quien era. Navajas sangrientas se levantaban en el aire sacudidas por fuertes puños, palos, cabillas, algunos disparaban frenéticos sus revólveres sin parar. Estaban como los perros olisqueandolo y Charles tembló.

Habia cambiado de color, no obstante su valor, cuando uno de ellos se le dirigio en tono amenazador.

—Grita "Muera Machado" Grita "Muera el tirano".—

Charles se recogió en si mismo. El valor en él nato, surgió como una espuma sobre la superficie de un pantano.

—Señores, soy nuevo en la ciudad, no sé de que se trata.—

Se habian detenido.

Otro individuo de un bigote muy raro, que parecia un hilo negro sobre un labio abultado y grueso, que respiraba alcohol por todos los poros. gritó.

—¿Hay quién conozca a éste hombre? ¿Hay quién lo conozca?—

—Yo— grito alguien que habia dado un tremendo empujón y se habia plantado delante de Charles.

Y el desconocido gritó dominando el ruido y los disparos.

—Ese es de los nuestros, ese es el que salvó al estudiante Saint Just, Cuidado con el que lo toque o me "caso en la madre del que lo toque".—

Charles en su turbación habia reconocido a Atilano. La gorra amarilla de chofer, ahora era substituída por un sombrerón negro, viejo, alón, todo ripiado, y los ojos de Atilano eran de un loco, aquellos ojos terribles con que sugestionaba al populacho en Madison Square Garden.

—Si Atilano lo conoce es de los buenos— gritó otro del grupo. Y dió un alarido.

—Adelante, a cazar porristas antes que se escondan.—

Y el mundo inmenso de gentes siguió avanzando. Como una sierpe horrible que se arrastrase, dejando

caer cobre los bancos cabillazos, como para recompensar la furia en el que acaba de escaparseles. Las huellas sangrientas de cabezas rotas a Machadistas quedaban manchando el verde y blanco de los bancos.

Atilano comprendió que habia salvado a Charles por el momento y empujándolo hacia un lado antes que llegase otra columna, que avanzaba, enfrentándose por la boca calle, le dijo al oido.

—Oye, el momento es horrible. ¡Qué verguenza! Pero no hay más remedio. Este es el pueblo. ¿Te acuerdas lo qué te dije de mis mendigantes? Fijate que todos quieren hoy parecer pordioseros. ¿Te acuerdas de Pan Duro? Pues, miralo ahi, al frente de su grupo —y señalaba con dedo tieso, allá por donde aparecia un grupo.. Atilano agregó; —Este es el pueblo de que tanto hablan los movelistas. Tira el saco a un lado; echate la camisa fuera; hazte el correspondiente nudo en el ombligo y apoderate "a huevos" de la dirección. Siguenos.—

Charles estaba como anonadado. No le quedaba la menor duda que lo habrian atropellado si no llega Atilano; pero aquello de sumarse a éste ejército de malvados le hizo exclamar. ¡Pero por Dios, Atilano, no me pidas semejante cosa! ¡Esto es bochornoso!—

—Vamos, vamos— dijo a Atilano imperioso— éste no es momento de andar en vacilaciones. Vamos, antes que lleguen los otros. Aqui el que no mata y destraye hoy lo tildan de Machadista. Puede que alguno te haya oido defender a Machado. Tú tienes los.... en su lugar, apoderate sin perdida, de tiempo de la dirección de un grupo. No seas tonto, manda, manda. Hoy es pena de muerte ser

Machadista.—

Charles intentó aun resistir; pero Atilano le advirtió que era imposible. —No, no puedes irte; hay mucho peligro para uno como tú bien vestido y que se ve eres pueblo.—

Y Charles en medio de su indecisión sintió que le arrancaban la levita que voló por el aire en pedazos. Atilano forzaba la situación antes que llegase otra falange horrible e hirsuta que avanzaba saliendo de una boca calle, y al frente de la cual venia un negro con un pañuelo colorado en la cabeza. Y Charles, sin saber ni como ni cuando se encontró con la camisa por fuera con sus correspondiente nudo en el ombligo, como los pobretes o los ñañigos. Los empujones que se daban los unos a los otros frenéticos por llegar pronto a matar, lo llevaron asi como en un sueño, como si aquello fuera una borrachera, cogido dentro de la marejada. Era aquello un vértigo que se comunicaba como un contagio terrible y pronto se vió como sugestionado por el crimen, como borracho, llevando en alto amenazadora una barreta de hierro, que alguien le habia puesto en la mano.

Gritaba como los demás, sentia como los demás, como los demás veia sangre, como los demás el furor asesino de la hora se le habia infiltrado en la sangre matando todo espiritu de justicia.

—¡A Palacio! ¡A Palacio!— gritaban.— A destruirlo. A Quemarlo. Adelante, adelante, que no escape ún porrista con vida.—

Y fué asi, como un autómata, con su barreta de hierro levantada en alto, amenazadora, como un muñecote llevado por el oleaje continuó, empujando, siempre empujando, aullando, siempre aullando.

—Adelante, Adelante, que no quede un porrista con vida.—

Al fondo oia otro griterio clamoroso, ancestral, de los pedigueños, de los ansiosos de comer.

—A saquear. A saquear. A las bodegas. A las bodegas. A saquear. A saquear.—

A su paso barrian cuanto encontraban.

Y atrás iban quedando Machadistas, o personas supuestas de tales, muertas, maltratadas, vejadas, heridas, apaleadas.

Charles era el jefe, el jefe nato. Su estatura elevada, su cara obscura, bañada de sudor, sus gritos extraños de un castellano difuso.

Pero dentro de su cerebro la voz de la justicia clamaba incesante. Era bochornoso aquello; era injusto y pensaba escaparse tan pronto pudiera, safarse de las anillas del monstruo. Todos rivalizaban alli por ser el más barbaro. Hab a que probar el odio contra Machado probándolo con todo lo que lucia bien, y las cabillas caian a veces sobre los inermes y verdes arbolillos del parque desgarrándolos con furia loca. Ya no era probar odio a Machado, era probar el oido ancestral de los mendigantes contra los que comen y lucen bien.

—Alli. Alli. Alli. A aquel que es porrista.—

Y vio correr a un individuo a campo traviesa bajo una lluvia de balas. Lograba escaparseles en aquella loca carrera hacia un viejo callejón para ir a caer de bruces sobre otra falange terrible que subia de la vieja Habana. El hombre fué apaleado sin compasión, rematado por los miles de personas que pasaron sobre él, dejándolo estrujado, diforme.

¿Es qué estaban solamente atacando ya a los porristas? No, efectivamente se estaba atacando a

todo el que no se les sumara en la obra fratricida. Era un ataque contra todo el que apareciera bien vestido.

Pensó en la horda de mendigantes y comprendió la honda filosofia de Atilano. Era verdad, ahora todos rivalizaban por parecer pordioseros; todos pordioseros, locos, roñosos.

De pronto vió unos ojos amenazadores fijarse en él. Debia ser un borracho pues los ojos parecian querer dar un salto hacia la calle. Unas barbas en forma de alambrada sucia servian de adorno como un bosque a un corte impudico, a una boca roja y babosa, metida entre una hondonada semejante a un corte lúbrico. Oyo un grito de aquel hombre, un grito cavernoso.

—¡Aqui hay traidores! ¡Aqui hay traidores!— y fijaronse los ojos saltones, fieros en él.

Charles conoció quien era; comprendió el peligro. Era Pan Duro, el indecente, que olia a alcohol y letrina y que venia a sus espaldas con un grupo.

Una inspiración vino a su mente. Aquellos gritos parecian revolver airada la gente, y no tenia duda; era la voz de la venganza. Era el tipo indecente, al cual él habia rechazado el pedazo de pan mugriento aquella mañana q. Atilano se lo presentara. Si, era el mismo y en el aire vió centelleante aquella navaja sevillana, que tanto le llamara la atención y que ahora le pareció como la hoja brillante de una guillotina que se suspendia sobre su cuello. Su inspiración en frente del peligro, Y dando un grito formidable , que apagase toda desconfianza, rugió iracundo.

—¡Al Heraldo de Cuba! ¡Al Heraldo de Cuba! A quemarlo. A destruirla. A acabar con el perió-

dico de Machado.—

Aquello habia sido su salvación, fue una inspiración y una declaratoria terminante de fe. La falange obscura lo seguia ahora ciegamente.

—¡Viva! ¡Viva Charles el americano, el que salvo a Saint Just!—

Le parecia que estaba loco, que estaba borracho y aquellos gritos de "hay traidores", habian cesado, y la navaja de Pan Duro salia ahora por encima de las cabezas, brillante, incitadora, como una guillotina que lo estuviera obsesionando para meter la cabeza bajo ella. Sin saber como ni porque rumbo se enfrentó al edificio del periódico. Ardia la casa, caian los muebles en medio de la calle hacien dose añicos. Aullidos de alegria coreaban el alzarte imponente de las llamas, cuando rompieron a arder los depositos de tinta. Charles aullaba como los demás.

—¿Cómo habia descendido tanto? ¿Qué lo diferenciaba a él justo siempre, equitativo siempre?, ¿qué lo diferenciaba? Nada en absoluto. ¿No era él un juguete del miedo cómo los demás? ¿No hacia todo aquello por el temor de perder la vida? ¿No era el terror individual qué nace del terror colectivo?—

Y gritaba furioso.

—¡Muera Machado! ¡Muera el tirano!—

Ardian casas, ardian redacciones de periódicos. Sonaban tiros sueltos al azar sin saberse quien tiraba. No parecia haber una sola autoridad en la capital, Los soldados corrian en máquinas por las calles llevando banderas rojas en las puntas de las bayonetas.

¿Seria el comienzo de la revolución social?

Su antigua vida de rebelde en los talleres se manifestaba airada.

Gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡A asaltar los establecimientos! ¡A acabar con los extranjeros!—

Y fué el seguirlo ahora más y más nube de gentes. La destrucción se acentuaba ahora en algo positivo; comer. El silbido aspero, como el despertar de un boa llenaba el ambiente.

—¡A saquear! ¡A saquear!—

La tarde cedia sus colores de sol mortecino a éste llamear incesante de edificios que ardian. La noche entraba escoltada por el incendio rojo. Las cielos presagiaban un aguacero desencantador. Y Charles corria al frente de los grupos pegando candela a las casas de Machadistas. Viendo pasar huyendo, como en sueño, las figuras borrosas de los que huian.

Habia perdido todo el concepto de la dignidad. El temor al atropello; el temor a la muerte en manos del populacho, que es el más grande de los terrores, porque viene precedido del escarnio, de la mofa, de la refinada crueldad, lo habian hecho sumarse a estas furias de canibales. Habian entrado en una bodega con ánimo de saquearla; pero el bodeguero, calvo y gordo, se congració de seguida, dando desde detras del mostrador algunos, ¡mueras a Machado! Hubo que desistir del saqueo. ¿No habia sido el comercio el que ayudó con su cierre la caida del tirano? Y el bodeguero nervioso se congraciaba sirviendo alcohol vivo a los que entraban, ansioso de ahogar la revolución con borracheras. Y Charles fué servido, vaso grande, cognac barato, y sintió sus nervios excitados y frenéticos;

su vida de hombre probo y abstemio se sublevaba ahora en forme violenta. pidiendo exterminio.

Por su mente pasaban ráudos y rudos sus odios de tantos años. Sus últimos odios crstalizaban ahora contra aquella nación al otro lado del mar, contra aquel embajador de figura de ave de rapiña con levita, que habia derrumbado su última ilusión; vivir en su pais. Y la idea fija. la idea terminante.

—No, no lo hacen sólo para derrumbar a Machado; seria lo de menos, lo hacen para derrumbar su obra y para que se desaten los odios ancestrales de éste pueblo efusivo y sincero, Para que se desencadene contra los propios cubanos el odio que debe ir contra el extranjero. Para destruirnos, para que les compremos sus papas y sus cebollas. Por eso lo hacen.—

Y se tomó otro trago. El bodeguero solicito lo servia. Veia que era el jefe, el jefe nato de la horda salvaje.

Uno gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Viva Charles! ¡Viva Charles el americano! ¡Viva Charles, el que salvó a Saint Just!—

Y aquellos vivas, aquella efusión lo hacian más y más sumarse al pueblo y ser inexorable y ser cruel. Ya todos confiaban en él; no los desairaria. A destruir, pues.

Su ascendencia era terminante sobre aquellos amotinados. Y aquella ascendencia era terrible, porq. él era jefe por naturaleza: alto, fuerte, enérgico; rapado el cutis; sobresalia por sobre todos los demás. Sus arrestos de la juventud volvian a él con el alcohol ingerido. Puesto que aquellos lo habian querido, puesto que al perfido pais al otro lado del Golfo habia querido el desorden, el caos, ahora

iban a probar un poco de él. Puesto que miraban sólo el propio interés y sacrificaban a éste pueblo bueno y sencillo, ahora les iba a dar una lección, él que les conocia sus hipocresias. Estaba claro, labrado el terreno; el era el jefe; llevaria la falange de destrucción sobre los comercios de los Estados Unidos, de aquellos judios en la capital. Pensó en la casa de Woolworth y se dijo para si. —Voy a empujar la gente sobre San Rafael y pegarle candela a todos los comercios americanos.

El griterio era incesante. Charles volvió a tomar otra copa de alcohol y gritó.

—Ahora a exterminar Machadistas. ¡Qué no escape uno sólo!—

Y con la terrible barreta de hierro en la mano colocóse a la cabeza de los enardecidos de pasión y alcohol. La avalancha lo seguia ciego gritando.

—¡Viva Charles! ¡Viva Charles, el americano, el que salvó a Saint Just:—

Y atras allá a lo lejos seguia la musiquilla de un son, y unas voces que cantaban con dejo africano.

—¡Ay, ay, qué se acabó el peseteo!

¡Ay, ay, qué se acabó el peseteo!

¡Ay qué ya cayó **Machao**!

¡Ay qué se acabó el peseteo!

¡Ay qué se marcho **Machao**!

¡Ay, mi hermano, ni un guatacazo **má**!

No habia que temer nada. La policia no aparecia por ningua parte y los que se atrevian eran rapidamente desarmados. Los soldados seguian corriendo calle arriba y calle abajo en los automóviles victoreados por el pueblo, pero con los rifles levantados. Era ya el caos completo. Ahora las noticias corrian de boca en boca, El embajador después de pedir

que Machado entregase a la presidencia al general Herrera, comprendió que no saldria bien la jugada, Herrera en cierto modo era el mismo Machado e impondria el orden; Welles queria el desorden cosa que se matasen sin parar para que siempre fuese odiada la era de industrialización, en la apariencia el Machadismo. Habia buscado un muñeco. Carlos Manuel de Cespedes para que fungiera de présidente provisional.

Welles habia conseguido lo que se proponia y una vez que vió que Machado entregaba la presidençia a Herrera, ya roto el orden y minada las instituciones obreras y el ejército, era hora de imponer un hombre civil, que esto careceria de importancia sino fuese que ya estaba escogido el hombre; Carlos Manuel de Céspedes, personalidad de todos conocida como incapaz por caracter y otras cosas para imponer el orden. Presidente provisional que al notificarle que se exterminaban los unos a los otros en las calles de la Habana, y en los poblados del interior hubo de decir, —hay que dejar que el pueblo se desahogue y tenga su hora de venganza.—

Si hubiese sido una hora podria hasta pasar, pero dos semanas después de la caida de Machado era más encarnizada la caceria y mayor la destrucción de propiedades. En esos momentos trágicos, Cuba tuvo la suerte que surgiera el movimiento de los soldados y cabos. De no haber acontecido el levantamiento, la matanza y el saqueo no hubiesen tenido limites y el ejército. ya en estado de desmoralización completa y llevando en las bayonetas la bandera roja estaba a punto de quebrarse por completo cayendo posiblemente la república. ''La sargentada', como se la llamó, impuso el orden y logró sujetar

las matanzas, Se calcula que en Cuba fueron asesinadas más de 3,000 personas por venganzas politicas en esos dias. Era la obra del embajador de una nación amiga, "del buen vecino", como se jactan siempre de decirlo. Labor que no se sabrá nunca como calificar; porque jamás se dió un caso de atrevimiento mayor; minar las organizaciones obreras para traer la guerra de clases, minar el ejército para destruir el orden, lo más sagrado de todo pueblo civilizado. Welles fué el verdadero culpable, no haciéndolo directamente; pero creando situaciones, nadando y guardando la ropa. La abjección de una parte del pueblo llego a un grado tal que Welles fué victoreado como un libertador y Machado escapó con vida de milagro.

—¡Malvados! ¡Infames!— se dijo —revolver el pasado de odios de un pueblo sujeto dificilmente en el pasado y ahora desbordado como una cloaca abierta, exponiendo todas sus viejas querellas blancas, y sobre todo africanas. ¡Qué malvados! ¿Por qué no lo hacen en su propio pais?—

Ya en la calle el torrente mandado por Charles se dirigia sobre los parques. Huian a su paso todos los bien vestidos. Era evidente que el terror clavado en el corazón de cuantos sirvieron al régimen y se pudieron poner al abrigo en sus casas, habia evitado mayor matanza, pero era imposible para miles de ellos escapar de las furias, pues era la tarde y los habia cogido a los más en las oficinas del gobierno y en la calle. Empero, no extremaba el caso el pueblo con estos, limitándose a obligarlos a dar gritos de ¡Muera Machado! y destrozarles las ropas; a algunos a dejarlos encueros.

Charles ahora dueño de la situación gritaba.

—¡A asaltar los establecimientos! ¡A acabar con Woolworth, de alli fué donde tiraron los policias cuando la muerte de Trejo!—

Era una mentira, que todos creyeron.

De vez en cuando por entre el incendio y las cabezas veia brillar incitante la navaja de Pan Duro, llevada en alto, ensangrentada y que oscilaba con luz de relámpago sobre el llamear de edificios ardiendo. Y locamente se empujaban, rivalizando en llegar pronto para meter las chancletas en los charcos de sangre para ir estampando las rojas huellas sobre el pavimento.

Y Charles al frente de su muchedumbre se vió al fin frente por frente al gran establecimiento americano; la casa de Woolworth. ¿Pero qué ocurria? ¿Es qué cuando se trataba de lo del extranjero la carne y la sangre cubana nada valian y eran piadosos no ya con las vidas, sino lo peor, piadosos con los ladrillos del extranjero? Vió que vacilaban en atacar. No obstante, la lluvia de pedradas habia hecho volar las vitrinas del establecimiento, pero no habia uno sólo que se atreviese a tocar las mercancias alli a la vista. ¿Eran sin duda reliquias sagradas? Pero la candela no brotaba, y Charles gritaba desesperado.

—¡A pegar candela! ¡A pegarle candela!—

De momento vió aparecer los soldados que iban deteniendo los autos y situándose en actitud amenazadora, apalanqueándo los rifles. El populacho enardecido por los gritos de Charles, empezaba ya a meter las manos cargando cachivaches de las vitrinas; el saqueo venia.

Pero uno de los automóviles blindados, del ejército habia ocupado la boca calle. Comprendió Char-

les en su borrachera lo temerario del asunto. Allí habría matanzas, destrucción pero sería siempre para salvar al extranjero; sangre a torrentes del nativo. El nativo que no poseía más que su cuerpo lo ofrendaba, matándose ante el altar del extranjero, movidos sus odios por los extranjeros; pero tocar las baratijas de los extranjeros, eso nunca lo harían; eran sagradas.

Un oficial del ejército se acercó tremolando una bandera roja en la mano. Y dijo dirigiéndose a los amotinados.

—No permitiremos la destrucción de negocios de americanos.—

—¿Cómo qué no? ¿Cómo qué no? ¿Es que los americanos son mejores que nadie?— gritó alguien de la muchedumbre.

El oficial contestó de seguida.

—No, no lo son; pero hay que respetarlos y sino con las ametralladoras yo los haré respetar. Los militares, ayudados por los Estados Unidos, les hemos dado la libertad a ustedes y hemos tumbado al tirano. Procurad no crear a la república una situación embarazosa.—

Y aquello había sido el romperse de otro ilusión. Charles comprendía que la insistencia podría traerle una catástrofe y quizás si cualquier cambio se operaba y venía sobre él el estigma Machadista. Aquella corriente era muy viva y muy impetuosa y no podía dejar de oscilar a cada paso y había que huirle a toda mirada, a todo lo que significase que se dañaba los interesés de los amigos de la revolución; los americanos que habían ayudado a tumbar al tirano, los bodegueros que habían hecho causa común con los revoltosos.

Charles midió rápido los pros y los contras y gritó.

—Respetemos lo que manda el ciudadano oficial y vamos a buscar porristas para que no escape uno solo.—

No que se diese por satisfecho, no, nada de eso. Esperaba la noche. La marejada iba en aumento; pronto no habria ya Machadistas que exterminar, porque se habrian pasado al pueblo o muerto, y entonces, ebrios por la bebida y la pasión, en la noche él los empujaria al incendio y al saqueo. Era la única manera de castigar al extranjero. Toda muchedumbre que sale a la calle en son de motin va a apoderarse de lo ageno y matar a quien se lo impida; esa es la historia. La gente se habia entretenido matándose unos a otros. Los porristas habian sido el camino de cruce. Pero a menos que un gobierno con mano fuerte ocupase el poder en algunas horas el saqueo y la matanza eran inminentes. No queria torcer el rumbo señalado de las cosas. Iba ya notando cierta frialdad y era que ya no quedaban porristas que exterminar. No quedando ya enemigos en frente; la muchedumbre la emprenderia con los amigos, que ha sido siempre la salida de toda revolución y sobre todo las de éstas clases de gentes que no precedieron en la lucha por la libertad. No podia equivocarse; la noche.

Y ella ya no tardaba mucho por que el sol se iba hundiendo en un horizonte color canela, el sol amarillento, ennegrecido aqui y allá por humaredas de los edificios que ardian. Eran las casas de los Machadistas, las redacciones de periódicos; establecimientos que se defendieron en los primeros embates de saqueo.

Sonaron muchos tiros a la vez. Charles se vió con la camisa tinta en sangre. Horrorizóse. ¿Estaria herido y por tanto alcohol no sentia dolor? Palpabase inquieto, nervioso, frenético. De pronto se dió cuenta, saliendo del terrible miedo. Es que se habia recostado contra una columna; la calunna estaba embarrada de sangre de un porrista que se habia desangrado arrimado a aquel poste.

¡Qué salación ésta! ¡Qué salación! ¡Mal rayo me parta! ¡Qué desgraciado soy! ¡Yo que odio tanto la cochina sangre!— gritó en alta voz desesperado. Y aquel su odio contra la sangre le volvia más cólerico e irrascible.

Y como una aguacero que se espesase llegaban más y más gentes extrañas. Ahora se comprendia que llegaban de los barrios más lejanos de la capital a juzgar por el cansancio y atavios. Pronto se ahogarian entre si. La fuerza de alcohol y la fuerza de los gritos. El comercio hacia causa común con los revoltosos, y en toda bodega se bebia libremente. El alcohol es un magnífico elemento para producir el incendio revolucionario, pero es aun mejor para apagarlo.

El griterio era ensordecedor. En los parques se veian los bancos virados, los arboles rotos. Por las bocas calles hacia abajo ardia una pira inmensa; era la biblioteca más grande de Cuba, q. habia costado cien mil pesos y contenia los más notables libros del universo, y era quemada en medio de la calle por ser de un Machadista.

Entre el humo obscuro vió Charles una figura que creyó de primer intención un muñeco que era elevada tirando de una soga sobre un poste de la luz eléctrica. Centenares rugian de alegria mientras

se elevaba aquel muñeco, Pero pronto sintio como si el pelo se le parase de punta. ¿Qué? ¿Estarian en el centro del Africa? Era un cadáver que iban a quemar. Era el cuerpo del jefe de policia que se habia suicidado y que habian ido a sacar de su tumba en el cementerio para quemarlo en medio de la plaza. ¿Es locura o es que hemos descendido a ser una tribú de salvajes? Aquello no duro mucho, pues los soldados convencieron que la venganza no debia ir tan lejos y amenazaban con sus rifles. El macabro muñeco cayó sobre la calle medio quemado y una ambulancia lo recogia.

Le extrañó que en toda aquella jornada horrible no hubiese visto a Arnao, Rivera o Saint Just; los muchachos del club. Era muy posible que anduviesen en automóvil y disfigurados para que no los conocieran. En los primeros momentos habia notado caras jovenes en automóviles que llevaban la bandera verde del ABC; caras agitadas, rojas, gritadoras, q. comprendia eran de la juventud militante; pero habia sido sólo un reflejo, el que pronto quedó ahogado en aquella nube obscura, desgarbada, de caras de hambre y tendencias destructoras y homicidas, y ésta nueva falange lo habia llenado todo con sus arrestos y barbarie. No habian tropezado con la colunna que mandaba Atilano que sin duda era la que asaltó el Palacio.

Pero los vahos del alcohol y el incesante griterio no le hacian olvidar la filosofia de su amigo cuando repetia: —Ya verás, ya verás si mis mendigantes sirven o nó sirven. Machado ha creado el pordioserismo, sin darse cuenta que es la horda más peligrosa; los ha creado para que lo aplaudan; ellos lo destruirán.—

Y asi era. Aquellas gentes que lo seguian de casualidad veia una cara regular; rostros palidos, ojos hundidos en charcos de fango; barbas sucias; pechos velludos, ombligos al aire, y todos trajeados de miseria y los brazos al extender para destruir tenian la misma imploración de los que mendigan.

—¡Qué cosas dá el destino!— se dijo— yo de jefe al frente de los mendigantes, saqueadores, y asesinos.—

En esta fecha del año 1933 presencióse la mayor bacanal de sangre conocida desde q. se descubrió la isla. En los necrocómios amigos y enemigos mezclados en montaña imforme, sin identificar. Nadie se preocupaba de éstas formalidades; alli donde toda tragedia tiene por corolario un largo expedienteo. Más que muertos por balas se notaba la obra de las cuchillas y navajas que abrieron los vientres con la avidez de quien busca un tesoro en tierra virgen. Yugulares seccionadas, que parecian bejucos cortados, soltando gota a gota sobre los tristes mármoles la última esencia de la vida. No eran los muertos de una masacre; eran las victimas de una degollina. Algunos con los ojos botados fuera a patadas; otros con sus ojos claros, con esa serenidad que da la muerte, que miraban al cielo raso; victimas y victimarios juntos ofrecian un macabro conjunto multiforme. En todos aquellos ojos abriertos se leia la sorpresa, Habian sido sorprendidos; los porristas que no supieron preveer la avalancha, que no creyeron que por dar bofetas les abririan los abdomenes; jovenes de cutis lampiño, apenas cubierto el labio por bocitos como paja de maiz, que morian sorprendidos al ser alcanzados por las balas perdidas; nobles matronas con las

cabezas rotas por los balas que las alcanzaron cuando se asomaban al balcón.

Los médicos apenas se ocupaban de los heridos; de los hospitales y de las casas de socorro salia un aire lastimero de dolor. Las ambulancias llegaban conduciendo toneladas de carne sangrante que era puesta en fila para cuando hubiese tiempo, Magulladuras, cortaduras, piernas rotas, brazos partidos; pedazos de metal incrustrados en la carne, que hacian respirar dolorosamente. De las ambulancias sacaban aquella carne lacerada con el mismo respeto que sacan la carne de res los distribuidores para las carnicerias. Habia mucho de parecido, vestian también como los distribuidores de carne, lienzos blancos sobre los que las gotas de sangre pintaron rojos lunares.

¿Cuanto tiempo duraria la horrible pesadilla?

Se oian rumores de formación de gobierno; de mobilización general del ejército, de detener la matanza, y esto hacia que se apresurasen a la destrucción, temerosos de la reacción del espiritu humano, y que el ejército tomase cartas en el asunto metiendo al desorden de nuevo en sus guaridas a fuerza de metralla.

La noche iba extendiéndose. Muy pocas luces se encendian. El comercio cerraba sus puertas después de los primeros momentos esperando lo peor durante la noche. Los incendios seguian sin parar y la humareda pasaba sobre la ciudad, de las casas que ardian en los ricos suburbios.

—La noche— dijo Charles a Bocanegra, un sujeto que tenia traza horrible y un hilo corto como bigote sobre unos labios largos y negros y que se le habia pegado como lugar teniente.

—Gueno, gueno. Esta noche va a habe jolgorio.— contestó el borracho.

—Si la noche,— se dijo para si Charles,— ocultando cual era su designio. Aquellos judios del norte iban a saber que cosa era un caos. Ellos lo habian traido para que se matasen los cubanos entre si y quedase siempre odio a la era industrial de Machado; pero ahora aprenderian cosa buena cuando se les destruyesen sus industrias, y sus comercios, y aprenderian a tener más respeto con los demas pueblos y no usarlos como usan a los negros en el Sur para que bailen y los diviertan. Después se preguntaba. ¿Cómo le gustaria a éste embajador enredador y extranjero, de cara de ave de rapiña con levita, que el embajador de Alemania en son de amistad fuese a sus pais, diese fuerza a los ''gansters'', minase las arganizaciones obreras para desencadenar la lucha de clases y comprase a los jefes del ejército para que roto el orden se manifestaran todas las venganzas ancestrales del hombre? ¿Cómo le gustaria?—

Pero la réplica venia de seguida. —La culpa después de todo no es de él, es de nuestro gente, que los llaman, que les suplican, que se arrodillan para que les hagan daño. Es culpa de los nuestros, que no hay pueblo, no hay más que colonia y cuando se les antoja nos hacen bailar para divertirse como hacen bailar en la Georgia los blancos a los negros tirándoles de vez en cuando tiros a los pies.—

—De todos modos— se dijo para si,— esta noche van a aprender su leccioncita. Voy echarles la gente sobre San Rafael y quemarles todos los negocios que aqui tienen. Los seguros no sirven cuando hay revolución y los arruinarémos de verdad.—

La llegada de la noche llenaba de pavor. Las caras parecian más terribles, más duras, bañadas por el resplandor de los incendios, nadando los ojos en el impulso del alcohol que ardia allá abajo en los estómagos. Charles al frente de aquel ejército de descamisados marchaba hacia el Malecon para quemar varias casa de Machadistas que por alli habia.

Acababan de degollar a un porrista que se defendió disparando y huyendo. Habia sido perseguido con terrible saña de azotea en azotea y huyendo habia caido en la calle donde se le partieron las piernas en la caida. La caida fue coreada con un griterio ensordecedor. Charles se habia quedado rezagado. Del grupo salio uno y avanzó, quizas el más asesino, quizas en éste caso el más humano, y antes que la avalancha pasase sobre él, y lo convirtiera en un trapo, le habia cortado la yugular, como una caricia, inclinándose sobre el herido suplicante; habia hundido la larga hoja de la navaja en el cuello, y habia brotado un chorro de sangre negra como si se acabase de partir una cañeria de agua sucia.

Charles llegó tarde para ver la obra maestra. Se horrorizó. ¿Dónde habia visto él un corte similar, redondo, preciso, acabado? ¿Dónde lo habia visto? Se horrorizó. ¿Cómo podia haber tanto salvaje en el mundo? ¿Cómo semejantes aspectros del mal habian podido subsistir con Machado? ¿Cómo estos seres asi no habria un medio para descubrirlos a tiempo y exterminarlos con el gas venenosos como se extirpa en el Sur las culebras de cascabel?

Charles se habia quedado entretenido viendo la herida. El frenesi del populacho no tuvo limites y

los gritos de una borrachera o bacanal. Pero en su ensimismamiento brotó de nuevo para él el terror cuando oyó una voz harto conocida que gritaba.

—¡Aqui hay traidores! ¡Aqui hay traidores!—

¿No habia sido Pan Duro el qué diera anteriormente las voces y que lo llevó a él a determinarse ante el fulgor deslumbrante de la navaja, que brillaba como la hoja de una guillotina que amenazase su cuello y sumarse a los actos más feroces?

Preguntó a Bocanegra.

—¿Quién degolló al Porrista?—

—No sé quien es, le dicen el Jediondo.—

No quiso preguntar más. Los empujones se sucedian y si él queria conservar el mando tenia que seguir gritando y excitando a nuevas barbaridades amenazante con su barreta en alto.

¿Pero aquel corte? ¿Aquel corte? ¿Donde habia él visto un corte semejante? ¿No habia sido sobre un pedazo de pan? Si, estaba seguro, el pan que le brindó aquel pordiosero indecente que llamaban Pan Duro y que él rechazó. Un corte redondo, fijo, preciso. Y, ¿cómo podria ser? Bocanegra decia que el degollador habia sido el Jediondo. ¿No habria la muchedumbre bautizado de nuevo a Pan Duro, por aquel insoportable olor a letrina que llevaba encima?.

En cuanto a aquella voz de— ¡Aqui hay traidores!— estaba seguro que era de Pan Duro. Era la venganza de haberlo visto bien vestido, bien oliente, aquella mañana que se lo presentaron en el parque y en que Pan Duro cortó con la navaja sevillana un pedazo de pan grasiento y cochino y se lo ofreció. Le habia despreciado el pan y el hombre recordaba el desprecio.

—¿Quién seria el Jediondo?—

Pero no preguntó y comprendiendo el peligro inminente de aquella hoja que tantas veces le obsesionara desde la mañana en que la viese en manos del mendigo, gritó.

—¡Asi es como se hace, asi, degollarlos para qué no sean traidores! ¡Viva el Jediondo!—

Y la turba ahora pateó al que agonizaba desangrándose por la herida y siguió adelante con un resoplido de fiera suelta. Habian logrado enchumbar las chancletas en sngre hirviente.

Charles parecia ser arrastrado por una pesadilla bajo los acordes de cantos africanos que sonaban a su espalda. Oia sin cesar el canto y veia hombres retorcer las caderas, como mujeres, en tanto siempre preciso el són africano.

Y con el nuevo **tratao**
Ya se acabó el peseteo.
Y empezó el rascabucheo.
Ya se ha **largao Machao.**
Ni un guatacazo **ma.**
Ni un guatacazo **ma.**

Se sentia desfallecer. No podia seguir como iba. El alcohol le traia terribles reacciones; era un terror frio que corria por su espina dorsal. La figura del monstruo degollador aparecia y desaparecia con su hoja ensangrentada en la mano. Aquello lo tenia inquieto. Le parecia como si aquella navaja le rozase a las veces el cuello. El grito reptido de ¡Aqui hay traidores!— aquel porrista degollado asi mansamente en medio de la calle con un corte redondo en el cuello que habia hecho brotar una cloaca de sangre negra.

Era evidente; aqui, entre ellos, enardecidos, locos,

se deslizaba la horrible y asquerosa figura, como una serpiente, taciturno, con un sombrerote metido hasta los ojos, con la mirada corva, con el levitón largo, tinto de sangre, limpiándose la navaja ensangrentada en la manga del levitón.

El miedo le mandaba beber, beber, sin parar beber. Era evidente que no podia separarse, sobre todo después de aquellos gritos de —¡Aqui hay traidores!— Además, él tenia un designio q, cumplir; quemar la casa barata de Woolworth. Lo mejor era beber, olvidar al degollado y a la brillante hoja. Empujó su gente hacia la cercana bodega que estaba congestionada de gentes. Un bodeguero taciturno, gordo, servia cognac sin parar; nervioso, la botella temblaba en la mano amenazando caerse. Bebió dos copas sin hacer casi intervalos. Salieron de alli aullando de alegria.

Por entre aquel gentio que cada vez era más maciso y abrumador veia allá lejos una boca calle; oia un vivo tiroteo, Currian figuras borrosas, bien vestidas; un grupo de porristas se habian parapetado en una casa y una falange obscura atacaba el edificio pegando candela a las casas cercanas.

Su colunna vaciló. El estaba alli para empujar su gente sobre el territorio donde estaban los grandes comercios americanos.

¿Qué veia ahora entre el gentio? ¿No era una lujosa máquina verde con un escudo o cosa asi pintada en la portezuela? Trató de recordar, pero la bebida era atormentadora a su memoria, Sus recuerdos no se conectaban bajo aquella bebida mala. ¿Un automóvil verde? ¿Dónde lo habia visto antes? ¿De quién era? ¿Quién podria atreverse asi a salir en una máquina tan lujosa en aquella noche en que

todo lo que luciese bien, vistiese bien, ú oliese bien estaba destinado al ultraje de la plebe? ¿Quién podia ser? No creia que fuese de algunos de los jefes del motin, pues a aquella hora ya los mendigantes, los haraposos eran los dueños de la ciudad. ¿Dé quién, pues?

Por fin por entre la nube de cabezas desgreñadas, hechas candela por el fulgor del incendio, entre las ráfagas de humo q. corrian de un lado al otro, vió claramente dorada por el incendio una cara extraña de mujer, una cara extrañamente exótica, como si la piel fuera blanca como la cal viva, de ojos azul prusia, obscuros; una figura de impecables contornos.

En su horrible pesadilla por aquel alcohol barato que habia ingerido, ¿no seria q. unia aquella figura con la máquina que acababa de pasar? No, aquello todo era creación de su locura. No podia ser. Le habia venido a la mente una sola persona; Adelfa Lujan, aquella mujer que lo obsesionaba por razón del parecido de la máquina. ¿Cómo era posible qué en dia tan peligroso, en que era tan arriesgado el hacer ostentación de lujo y bien vestir fuese ella a arriesgarse a salir en aquella lujosa máquina? La sabia de buen sentido. Y por otro lado ésta figura le parecia distinta; engrandeciala el fulgor del incendio; pero como empujada, como maltratada, asi como si fuese un hilo de oro retorciéndose dentro de una masa de barro. La figura se bamboleaba de atrás adelante por entre aquella turba que aullaba. Le parecia como una pelota que era empujada de un lado al otro sin poder salir de aquel cerco no previsto. Las grenchas rubias volaban al aire; los ojos parecian adquirir tremenda luz alargándose y

ampliándose, como si fueran charcos de luz. Las manos se sacudian al aire, como de alguien que ha caido en una tembladera y el légamo le tira de los pies, sacudiendo en el aire su mano fina donde brillaba el fulgor de un relampago.

¿No era todo aquello la mala bebida ingerida qué el bodeguero daba libremente, sin duda para apagar la revolución? Pero, ¿de todos modos? ¿quién seria? Adelfa no podia ser; no podia ser; era imposible que fuera. ¿Quién era, pues? El alcohol le hacia ver visiones; la matanza interminable y el continuo tiroteo lo enloquecia. ¿Quién seria, pues? La cara de la diosa tomaba tornasoles de pieza de porcelána bañada por el sol; los ojos se hacian más implorantes, unos ojos de piedad y justicia que reclamaban auxilio, que le parecia q. lo llamaban a él q. siempre los ignoraba. El edificio derrumbóse al perderse los puntales y el llamear inmenso borraba los contornos. Y ahora la figura alta, como un espectro, que estuviese por encima de todos, presidiéndo la matanza, con las grenchas rubias flotando como oro y que al levantar las manos brillaba una sortija grande como un disco de metal. Y como si saliendo de entre las llamas se le quisiera precisar más y más como acabada de fundir por el incendio. ¿Quién era éste espectro de luz y belleza qué tenia como marco el llamear incesante de un edificio que ardia? ¿No seria una deidad terrible, decretadora de exterminios, y que era sólo visible entre el resplandor del incendio y estando loco de terror y alcohol? Un espectro, si, un espectro. ¡Pero qué bello espectro! y sus ojos no se separaban, como seducido por una serpiente. Arrecostado a la amplia colunnata, que soportaba un edificio.

Fué en medio de aquel su estupor en que dudaba si todo aquello era una visión, un espejismo del alcohol, o una realidad, que le despertó, disipando sus incertidumbres todas, con la rudeza de un puñetazo en la frente, un grito horrible, cólerico, procaz.

—¡Es la querida de Machado! ¡Es la querida de Machado!—

Y habia tal odio, tal envidia, tal venganza en aquel grito, que tembló. El alcohol barato parecia haber volado todo ante la realidad. Ahora, ahora si que estaba seguro. ¿Cómo no lo habia comprendido antes? Era Adelfa Lujan. Era Adelfa Lujan. No tenia la menor duda. Y sus fuerzas indómitas de los terribles tiempos del Bowery resucitaban ahora bajo su ferrea voluntad indomable. Dió un puñetazo feroz al que tenia por delante. Echó los dos brazos en yunque, como un ariete, arrastrando con ellos a la caida a cuantos lo rodeaban; sin decir palabra, como un perro feroz y mudo que muerde sin parar. Pero no podia adelantar nada. Era una muralla humana la que tenia enfrente. Oyó entonces otro alarido, que le aterró.

—¡Es la querida de Machado! ¡Es la querida de Machado! ¡A rascabuchearla! ¡A rascabuchearla!—

Comprendió. ¡Infames! Profanando asi a la revolución misma, porque ahora no tenia la menor duda; estaba convencido; Adelfa Lujan era una espia de los revolucionarios. La sabia suficientemente inteligente para no meterse a salir en su lujosa máquina por las calles si no estuviera segura de si misma; era su gente la que habia vencido. Si, Adelfa Lujan, una terrible enemiga de Machado, que no habia podido cazar al viejo dictador, pero que habia descargado la mano revolucionaria y

habia caido Vasquez Bello.

Por eso sin decir una palabra, como loco, avanzaba rompiendo por entre el gentio a puñetazos en tanto que Bocanegra intentaba sujetarlo gritando.

—¡Charles, usted se ha vuelto loco. Está loco, Charles.—

Logró avanzar algo, pero estaba aun tan lejos.... ¿Cómo derribar aquella muralla humana? Y, alto, y espigado veia que por detras y por delante de la joven bailaban, moviendo las caderas, restregándose contra ella.

—¡Infames! —gritó ¡Dejenla! ¡Es una espia! ¡Es la revolución misma! ¡Dejenla!—

Pero todo su fuerza quedó como paralizada por el terror. Un sudor frio le bañó el rostro; los ojos parecian saltarle de las órbitas. Acababa de ver elevarse una mano tosca y sucia, que habia prendido feroz en las grenchas rubias de la joven y simultaneamente vió el brillar argentino de una hoja fina y larga que cruzó como un relampago en el fulgor de incendio, trazando rasgos llameantes de alante atrás, pasando como una pluma que buscase sitio suave sobre la blanca garganta de la joven. Fué como el pensamiento aquello de fugaz y ahora aquella hoja balanceabase por entre el resplandor de las llamas, tinta en sangre.

Un rugido feroz cruzó el espacio, q. era imposible saber si de persona o de bestia a quien han roto una pierna de un cabillazo.

Dio un grito de loco a tiempo que Bocanegra lo sujetaba por el brazo.

—¿Qué se trae, maestro Charles? Es una meretriz. Yo la conozco, no le han hecho nada; un poco de rascabucheo, nada más.—

Positivamente debia ser lo que Bocanegra decía, y no lo que él se imaginaba. Porque vió que la figura seguia alli mismo como la viese antes; era como una mata cogida por el viento; la cabeza de inpecable corte griego se bamboleaba como si fuera a caer de éste ú el otro lado. La larga cabellera se extendia sobre la espalda y la cabeza iba hacia detras y hacia delante, forcejeando consigo mismo como para ponerse erecta, como un trompo que da volveretas tratando de tomar su posición.

Y oyó de nuevo una voz iracunda que gritaba.

—¡Es la querida de Machado!—

Y ahora el apretujamiento diluiase como una fuente que se rompe. Y la figura con la cabeza echada atrás, tuvo espacio y la vió claramente, caia boca arriba, en tanto que la muchedumbre seguia avanzando, pisoteando, cazando otras victimas.

Y vió asi como si al inclinarse hacia ella se hubiese partido un fino alambre salpicando suave la sangre hacia arriba de la redonda herida.

—¡Degollada! ¡Por Dios! ¡Degollada!— gritó horrorizado.

Y fué a dar contra una columna, en tanto que seguian pasando como un ciclón las gentes que iban adelante, siempre adelante. Dejando detrás un reguero de victimas. Sobre la acera iban quedando las huellas de las chancletas marcandose precisas, la sangre que arrastraban.

Charles se llevó en desesperación las manos a la cabeza.

—¡Degollada! ¡Degollada!—

¿Cómo era posible? ¿Cómo no lo previó desde el primer momento, cuando la vió como flotando, como un espectro entre tanta gente? !Ah, si se da cuenta

la hubiera salvado con sus terribles fuerzas....!

Pero alli estaba, alli permanecia. Extendida en medio de la calle. El corte era redondo como un beso, como una caricia, junto a sus finas orejas y aquel labio hondo manaba suave como un pequeño arroyo.

Se quedó sobrecogido por el espanto y hundido y anonadado por la lástima. Ya él no era el jefe, otros habian tomado la dirección; las ultimas barbaries habian creado nuevos caudillos.

Miró al rededor; allá lejos iban saltando; las piernas parecian de goma, en danza infernal; por debajo de aquellas piernas y por arriba de aquellas hirsutas cabelleras el vasto incendio bañando el horizonte formaba arcos.

E iba a huir del sitio cuando oyó una voz clara, precisa que le grito.

—Maestro, maestro; ésta es la revolución, ésta es la revolución que siempre sacrificó a los grandes revolucionarios; cortó el cuello a Danton, cortó el cuello a Robespierre; guillotinó a Carlota Gorday y ha degollado a Adelfa Lujan.—

Y vió arrodillado ante la degollada una figura rara que recordaba históricos personajes; en tanto que los ojos de la muerta, azul prusia, intensos y emigmáticos prendianse en el alto cielo como uniendose a los luceros y su piel blanca como la cal era bañada como una porcelana por el resplandor del incendio.

Recordó al personaje estraño, y melenudo que le gritaba.

—¡Ah, si, Saint Just, el loco de Saint Just!—

Y huyó, huyó, buscando el frescor marino. El mar se encrespaba y el Golfo Mexicano venia a

estrellarse contra el acantilado rugiente y levantando oleajes, como brazos con garras, de una enorme bestia que forcejease por salir del negro abismo. El viento batia firme y rugia en larga carcajada continua. Y seguian pasando las figuras de la barbarie, envueltas en el rojear del incendio y el humo como unos muñecos de cuerda, bailando, con sus puñales en alto, con sus cabillas en alto, con sus navajas en alto sangrantes; las piernas como de goma, doblandose al enfrentar el mar, como un rendimiento, como una devoción; como los negros en el sur de los Estados Unidos que bailan dando saltos para escapar las balas que disparan los dueños. Y el oleaje del monstruo era como música que los acompañase regocijado, como una sonrisa que brotase del averno y se quebrase sobre el rudo paredon en tarantela honda.

Miró hacia el mar q, era un bosque de negros y arañantes brazos q. brotaban en la sombra, pensó en su música, que eran irónicas carcajadas, y volvióse hacia el pais al otro lado del Golfo. Era sin duda el vampiro regocijado que acompañaba con su música quejumbrosa la alegria de carnaval de aquellas gentes, brotes africanos, que dejaban sobre el pavimento las huellas de sangre, de sangre cubana; cumpliendo destino manificsto; matarse si siempre entre si los cubanos, no ser para ellos nada la propia vida de su pueblo pero eso si sagrada siempre la propiedad del extranjero. El enemigo solapado que agitaba incesante soplando en el odio ancestral del nativo para que se matase entre si. y las sangrientas revoluciones, aparentemente en favor del pueblo de Cuba, habian solo servido para hacer más fuerte a los extraños. La sangre del na-

tivo cada dia valia menos, derramándose en querellas pueriles, distraidos en esto y no viendo que sus verdaderos enemigos en el entre tanto se adueñaban de todo, convirtiéndolo en un pueblo de esclavos. Alli la libertad y la vida del cubano nada valian; pero eso si, cada dia eran más y más sagradas la vida y la propiedad del extranjero.

—¡Qué pueblo! ¡Pero qué pueblo!— se dijo in mente.

E iba a tomarlo en serio. Pero oyó que aquella trágica escena era siempre acompañada con el último son. Con la eterna expresión de un mundo de creyentes.

—Ya se acabó el peseteo.
Y viene el rascabucheo.
Ya se ha largao Machao.
Y ni un guatacazo ma.
Ni un guatacazo ma.—

FIN.

A NUESTROS LECTORES

Estimados Lectores.

A lo largo de éste libre posiblemente haya usted encontrado algunas erratas o faltas.

Su benevolencia y discreto juicio las habrá hecho pasar por alto, subsanando el error. Además estamos seguros que el libro ha sido de su agrado y que las faltas ante dichas no son de caracter substancial que alterasen fundamental el parrafo.

De todos modos solicitamos benevolencia de parte del amable lector.

Gracias.

El Heraldo Dominical Publishing Company.

JOSE DE LA CAMPA GONZALEZ

(Notario Público por el Estado de la Florida en General)

Atendemos a toda clase de tramitaciones legales, que esten comprendidas en las que la ley permite a los notarios.

José de la Campa Gonzalez.
Box 5319 Ybor Sta., Tampa, Florida.
United States of America.

INFORMACIONES

Cualquier clase de informaciones que usted desee de los Estados Unidos se las podemos suministrar.

Directorios comerciales; directorios industriales; listas de determinadas industrias, comercios o prefesiones.

Cuando usted desee una información, no importa de lo que sea, y que se refiera a los Estados Unidos, no tiene más que escribirnos y decirnos claramente lo que desea.

El Heraldo Dominical Publishing Company.
Box 5319 Ybor Sta., Tampa, Florida.
United States of America.